

Georgui Vatchnadze

POLITICA, CULTURA Y SOCIEDAD

LOS
SECRETOS
DE LA
PRENSA
SOVIETICA

De Gorbachov a Yeltsin

EDICIONES INTERNACIONALES UNIVERSITARIAS



Georgui Vatchnadze, doctor en Historia, trabaja en el Instituto de Problemas Políticos y Sociales de la Academia de Ciencias de Rusia. De 1962 a 1970 fue corresponsal de las agencias TASS y *Nóvosti*. A partir de 1967, durante veinte años, dio clases en la Facultad de Periodismo de la Universidad de Moscú. En Tbilisi, capital de su Georgia natal, publicó extensas obras sobre las intrigas de la URSS en Polonia y sobre los nuevos *mass media* de Occidente. Es autor también del primer libro editado en la URSS sobre los programas en ruso de las emisoras estadounidenses *Libertad y La Voz de América*.

LOS SECRETOS DE LA PRENSA SOVIÉTICA refleja los avatares de la libertad de información abriéndose paso en la *perestroika*, y constituye un testimonio de las consecuencias degradantes tras siete décadas de marxismo en la antigua URSS. Degradación que afecta «no sólo a la economía y la ecología sino también al propio hombre».

A las ediciones rusa, inglesa y francesa, sigue ahora la española. Con anterioridad a esta obra no se había publicado en español un trabajo tan amplio, documentado y completo, sobre los medios informativos de la ex-URSS en la época de Gorbachov y los meses que siguieron al golpe *-putsch-* de agosto de 1991.

La formación y el trabajo de su autor explican que el libro esté escrito con la fluidez del periodista, procure la profundidad del investigador, y tenga la abundancia de documentación propia de quien no puede olvidar su condición de historiador. Da la impresión de ser una obra escrita con prisa, con la urgencia de comunicar testimonios que reclaman respuesta. Los protagonistas del libro no son los periódicos, editoriales de libros, emisoras de radio y de televisión. Los auténticos protagonistas son los informadores, las personas entrevistadas, los políticos, todos cuantos participan en el buen o mal oficio de *hacer o deshacer* la opinión pública en aquellos países del Centro y Este europeo.

ISBN 84-87155-21-9

POLITICA, CULTURA Y SOCIEDAD

LOS SECRETOS DE LA PRENSA SOVIÉTICA

De Gorbachov a Yeltsin

GEORGUI VATCHNADZE

EDICIONES INTERNACIONALES UNIVERSITARIAS, EIUNSA, S.A.
BARCELONA

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original: Les Médias sous Gorbatchev

© 1991 by Editions de l'Espace Européen.

La Garenne-Colombes (France)

© 1992 Ediciones Internacionales Universitarias, Eiuinsa, S.A.

Vía Augusta, 9 - 08006 Barcelona (España)

Con la colaboración de la Facultad de Ciencias
de la Información de la Universidad de Navarra

ISBN: 84-87155-21-9

Depósito Legal: NA 1.958-1992

Tratamiento y filmación: FONASA

Avda. Sancho el Fuerte, 26. Pamplona

Printed in Spain - Impreso en España

Imprime: Line Grafic, S.A. - Hnos. Noáin, s/n. Ansoáin (Navarra)

INDICE

<i>Prólogo</i>	11
<i>Introducción</i>	15

PRIMERA PARTE EL CUARTO PODER AMORDAZADO

CAPITULO PRIMERO

COMO NOS OBLIGABAN A SUSCRIBIRNOS A LA PRENSA DE PCUS.....	21
<i>La Ley de Prensa de 1 de agosto de 1990</i>	26
<i>Cae la censura</i>	28
<i>La lucha por la libertad de prensa</i>	31
<i>Que algo cambie para que no cambie nada</i>	35
<i>El papel: monopolio del PCUS</i>	40
<i>Situación económica deprimente</i>	43
<i>¿Por que mienten los periodistas?</i>	53
<i>La falta de protección del periodista (El control económico e ideológico)</i>	53
<i>Los profesionales de la mentira abundan aún</i>	57
<i>De las sanciones administrativas y penales al código ético</i>	60

CAPITULO SEGUNDO

TASS, NOVOSTI, INTERFAX Y OTRAS AGENCIAS	63
<i>El Ministerio de Information bajo la máscara de TASS</i>	63
<i>Un cambio mayor de TASS con falta todavía de credibilidad</i>	68
<i>Gorbachov cede el control de la TV, pero no el de TASS</i>	73
<i>Bajo el rótulo de Nóvosti.....</i>	74
<i>Los «inhundibles»</i>	80
<i>Postfáctum: la primera agencia de información independiente</i>	86
<i>La valentía de una periodista honrada Una agencia cristiana</i>	86
<i>Una agencia cristiana</i>	91

CAPITULO TERCERO

PUBLICACIONES POLITICAS VETERANAS	93
<i>Lo interesante de «Pravda»</i>	93
<i>«Nos han robado la vida»</i>	94
<i>Espías con máscara de periodistas</i>	101
<i>Adós a Pravda: las confesiones de un suscriptor</i>	104
<i>La renovación de Pravda, cambio en la dirección</i>	107
<i>Izvestia: último reducto semidemocrático de la propaganda oficial.</i>	
<i>De Alexéi Adzhubéi a Igor Golembiowski</i>	111
<i>La conspiración del silencio</i>	118
<i>Periódicos extranjeros y de otras repúblicas (Del totalitarismo a la libertad de prensa).....</i>	118
<i>Recuerdos del Komsomol</i>	121
<i>Prensa de Moscú</i>	123
<i>El hermano menor de Pravda</i>	128

CAPITULO CUARTO

PUBLICACIONES QUE HAN OBTENIDO LA INDEPENDENCIA NM Y AIF	131
<i>Los bufones de la «perestroika»</i>	131
<i>Argumenti i fakti (AiF)</i>	143
<i>Los tiempos de las revistas literarias «gruesas» han terminado</i>	145
<i>El ocaso de «Literatúrnyaya gazeta»</i>	164

CAPITULO QUINTO

LA PRENSA NUEVA	171
<i>Vitali Tretiakov, un amigo de Gorbachov</i>	171

<i>Una brecha en el bloqueo informativo: NG. (El golpe del 19-9-91 y la primera Conferencia de prensa de Gorbachov)</i>	174
<i>Los periódicos del poder democrático. La Gaceta de Rusia</i>	180
<i>Andréi Malguín, un «crítico por la Gracia de Dios». Stolitsa (La Capital)</i>	184
<i>Kuranti, diario del Soviet Supremo</i>	193
<i>En el espíritu de la «Glásnost» de Serguéi Grigoriants</i>	194
<i>La prensa de las repúblicas bálticas</i>	200
<i>Mesa redonda de los «grandes de la glásnost» (La prensa de la oposición)</i>	206
<i>La matanza de Vilnius terminó con la idea de la Unión Soviética</i>	206

CAPITULO SEXTO

Prensa para los hombres de negocios. En busca de la rentabilidad ..	215
<i>Los muchachos enérgicos de «Kommersant»</i>	216
<i>Los Yákovlev: padre e hijo</i>	218
<i>Las revistas «Moscow Magazine» y «Burda», «Burda Moden» y otras revistas</i>	224
<i>Publicaciones culturales y filantrópicas</i>	231

CAPITULO SÉPTIMO

EDICION DE LIBROS PROPAGANDISTICOS	239
<i>No lleven a Gorbachov a la hoguera</i>	239
<i>La sociedad necesita miles de títulos en lugar de decenas</i>	249
<i>En los tiempos de Súslov, la censura no se dejaba sobomar</i>	258
<i>Falta todavía una verdadera Historia del Estado soviético</i>	261
<i>Libros de memorias y documentales</i>	263
<i>Estadísticas editoriales y otras, referentes al libro</i>	265
<i>Las editoriales</i>	267
<i>El bastión del GULAG en la Unión de Escritores de la URSS</i>	271

SEGUNDA PARTE LA RADIODIFUSION

CAPITULO OCTAVO

LA RADIODIFUSION AL SERVICIO DE LOS INTERESES DEL PCUS	287
<i>Radio Rusia contra el Buró Político del CC del PCUS</i>	289
<i>«Eco de Moscú» salvó el honor de su pueblo</i>	293
<i>La emisora «Ejo de Moskvý»</i>	293
<i>Habla Vilnius</i>	296
<i>Programas en ruso de emisoras extranjeras</i>	298
<i>La emisora soviético-francesa «Radio Nostalgie-Moscú»</i>	299

<i>Otras emisoras internacionales. Radio Moscú</i>	300
<i>El decreto del Presidente Yeltsin sobre la apertura de oficinas de corresponsales de Radio Libertad en Rusia</i>	314

CAPÍTULO NOVENO

ESTRELLAS DE LA PEQUEÑA PANTALLA	323
<i>Eduard Sagaláev, Tatiana Mirkova y Yuri Rostov contra el Presidente De la URSS</i>	323
<i>Nuestra vida no es más que una serie de desilusiones</i>	327
<i>La primera entrevista televisiva con el académico Sájarov</i>	336
<i>Información del golpe de agosto de 1991</i>	343
<i>El síndrome de Nevzórov</i>	345
<i>La guerra de la información en las ondas hertzianas terminó el 21 de agosto de 1991</i>	356

CAPÍTULO DÉCIMO

<i>¿televisión para el presidente?</i>	365
<i>La noticia del terremoto de Georgia, en decimocuarto lugar en el telediario</i>	365
<i>La simbiosis de la TVCentral y el KGB</i>	369
<i>El telediario militar-comunista «Vremia»</i>	372
<i>Un «vistazo» desde la clandestinidad</i>	377
<i>Dimiree Shevardnadze</i>	379

CAPÍTULO DECIMOPRIMERO

<i>técnica de televisión</i>	385
<i>El Kremlin prometió derribar el primer satélite de comunicaciones de Rusia</i>	385
<i>La cosmonáutica militar</i>	396
<i>Georgui Kuznetsov: «sí, queremos tener 20 canales de TV»</i>	400
<i>Habrá televisión por cable</i>	420
<i>La mafia del vídeo en la URSS</i>	427

CAPÍTULO DECIMOSEGUNDO

<i>redes de telecomunicaciones</i>	441
<i>El teléfono del «hermano mayor»</i>	441
<i>A quién vigilaba Kriuchkov</i>	447
<i>La COCOM está en contra de que se nos vendan tecnologías de fibras ópticas</i>	454
<i>Inspección de todas las cartas</i>	462

CONCLUSIONES. <i>El mañana que nos espera</i>	467
---	-----

PROLOGO

La historia de nuestro tiempo puede ser calificada de muchas maneras, menos de una: aburrida. Son años apasionantes; opresión y libertad mantienen un pulso que por fortuna se inclina a favor de esta última. El libro del Dr. Vatchnadze refleja los avatares de la libertad de información abriéndose paso en la perestroika, y constituye un testimonio de las consecuencias degradantes tras siete décadas de marxismo en la antigua URSS. Degradación que afecta «no sólo a la economía y la ecología, sino también al propio hombre».

Cuantos participamos en tareas relacionadas directamente con la comunicación social, podemos obtener de la lectura de este libro ánimos para continuar defendiendo la dignidad de la persona humana, y contribuir a que no se repitan tristes experiencias como la de aquella buena mujer rusa, después de hacer un viaje de una semana por la entonces República Federal de Alemania. Al reencontrarse con la falta de libertad, repetía una y otra vez: «nos han robado la vida». Esta frase, tomada de una entrevista que publicó Kuranti (1.10.1990) y recogida en las páginas que siguen, puede servir de llamada a la solidaridad.

A las ediciones rusa, inglesa y francesa, sigue ahora la española. Me parece que con anterioridad a esta obra no se había publicado en español un trabajo tan amplio, documentado y completo, sobre los medios informativos de la ex-URSS en la época de Gorbachov y los meses que siguieron al «golpe»-putsch- de agosto de 1991. Su autor, Géorgui Sahlberg-Vatchnadze, Doctor en Historia por la Universidad de Moscú, profesor durante varios años en la

Facultad de Periodismo de aquella Universidad, trabajó como corresponsal para las agencias TASS y Nóvosti, es investigador del Instituto de Sociología de la Academia de Ciencias de Rusia. Esta síntesis biográfica explica que el libro esté escrito con la fluidez del periodista, procure la profundidad del investigador y tenga la abundancia de documentación propia de quien no puede olvidar su condición de historiador. Da la impresión de ser una obra escrita con prisa, con la urgencia de comunicar testimonios que reclaman respuesta. En ocasiones es reiterativo, quizá consecuencia inevitable de la cuantiosa reproducción de documentos, necesarios para poder captar matices y descubrir análisis pormenorizados de personas, publicaciones, hechos de la historia de la información en la Rusia de nuestro tiempo. Los protagonistas del libro no son los periódicos, editoriales de libros, emisoras de radio y de televisión. Eso puede parecer en una primera impresión; pero no es así. Los auténticos protagonistas son los informadores, las personas entrevistadas, los políticos, todos cuantos participan en el buen o mal oficio de hacer o deshacer la opinión pública en aquellos países del Centro y Este europeo. Por recoger muchas y plurales opiniones, el libro abre puertas a la discrepancia. En algunos momentos el lector puede sentir el impulso de rebatir ciertas afirmaciones de los protagonistas; en otros, puede identificarse con el autor. Pero no es un libro polémico, aunque incita a la reflexión.

La libertad de expresión pide libertad de empresa informativa, y actualmente el ejercicio de esta libertad se vincula a la economía de mercado que favorece la presencia plural de ofertas y demandas de informaciones, a las que de algún modo se otorga la función de regular el mercado de la información. Pero favorecer la oferta y la demanda no es dejar en sus manos la exclusiva de garantizar las libertades informativas. Si el mercado no es la regla que debe regir la Economía, tampoco lo debe ser en el ámbito de la información. Por encima están los intereses generales y los intereses de las personas individuales. Quizá sea oportuno traer a la memoria estas sencillas ideas al pensar en países como Rusia que estrenan su camino de la economía de mercado, y quieren que su nuevo y original mercado de la información se integre en esa vía. La tarea no es nada fácil, como bien se deduce de las páginas de este libro. Algunos datos pueden mostrar esa dificultad. En el otoño de 1991, en la Comunidad de Estados Independientes estaban registradas unas veinte mil publicaciones periódicas, entre las que figuraba la revista de mayor difusión en todo el mundo: *Argumenti i fakti*, con 33.392.200 ejemplares. En épocas pasadas, el precio de venta era un precio político, y también lo era el precio del papel. La contrapartida más penosa tenía un nombre bien claro: censura. La Ley de Prensa de 1.8.1990, suprime la censura, deja en libertad la constitución de empresas periodísticas. Sin embargo, la economía impone una restitución: la subida de los precios de papel prensa. Si se proyecta este encarecimiento sobre la difusión multimillonaria de la revista antes citada, y se tiene en cuenta la incipiente presencia de la publicidad como ingreso, es fácil comprender

las dificultades económicas de la prensa en aquellas Repúblicas. Recuerdo la conversación que sobre estas cuestiones mantuve hace pocos meses, en su despacho de Moscú, con Vitaliy Tretiakov, director del diario *Nezavisimaya gazeta*. Se trata de un periódico que desea responder a su título —Independiente— y mantenerse con una explotación económica autónoma, para evitar posibles condicionamientos a su línea editorial. Tarea ardua. Los ingresos por publicidad crecen con lentitud; el precio de venta no se puede aumentar mucho; las subvenciones y ayudas deben ser tamizadas con especial cuidado. Su inmediato es tan atractivo como espinoso. Pero son buenos profesionales de la información, afincados en las libertades: el tiempo juega a su favor.

Para cuantos pensamos que la palabra Rusia es mucho más que geografía o política, este libro de Géorgui Vatchnadze ayuda a redescubrir valores difíciles de entender si no se adentra en la historia de un pueblo, su literatura, arte, religiosidad, cultura. Reflota el alma rusa cargada de sentimiento, donde sólo la mirada generosa distingue el límite entre queja y proclama, autocrítica y reivindicación. Sale al vuelo de la historia el hombre que quiere ser respetado, antes que admirado o compadecido.

Una última reflexión que me parece subyace en este libro. La futura configuración de las empresas informativas rusas, no necesariamente será traslación de formas empresariales al uso en otros países democráticos. Tendrán que responder a las necesidades de unos ciudadanos que no quieren les vuelva a ser robada su vida. La racionalidad, al proyectar nuevas empresas, no tiene por qué identificarse con el pragmatismo materialista; si han salido de uno, apena pensar que se puedan encaminar hacia otro.

Prof. Alfonso Nieto

INTRODUCCIÓN

La *glásnost* es el principal logro de la *perestroika*. Las reformas promulgadas por Yeltsin el 22 de agosto de 1991 han confirmado la esperanza de poder convertirla en una verdadera libertad de expresión.

Desde 1985 a 1991 fueron adoptadas varias leyes fundamentales en la URSS sobre derechos humanos: libertad de conciencia, de los partidos políticos, de prensa, de emigración, etc. Poco a poco hemos comenzado a disfrutar las libertades democráticas que unos años atrás no podíamos imaginar ni en sueños.

Pero todavía nos encontramos a años de distancia de la democracia tal y como se entiende en Occidente. Seguimos empeñados en superar la herencia del régimen totalitario y, al mismo tiempo, cometemos nuevos errores de trágicas consecuencias, que han desembocado en el golpe militar de agosto de 1991.

En estos seis años de *perestroika*, el poder de los Soviets y sus medios de comunicación se han manchado con nuevos actos de ocultamiento, engaños y silencios. Sobre la conciencia de muchos periodistas, y especialmente de los censores y controladores del partido comunista pesan, entre otras cosas, las mentiras de lo ocurrido en Bakú, Tashkent, Tbilisi y Nagorni Karabaj, así como el enfoque informal de los movimientos independentistas en las repúblicas bálticas y algunas regiones de Ucrania y Rusia.

El silencio que la prensa obediente guardó durante cinco años sobre el alcance real de la tragedia ocurrida en Chernóbil ha quitado muchos años

de vida a millones de bielorrusos, ucranios y rusos que hasta ahora residen permanentemente dentro de la zona afectada por las consecuencias del siniestro nuclear. En 1990, se reconoció oficialmente que más de 200.000 niños están condenados a morir si no se les hace el trasplante de la médula espinal. Estas operaciones no pueden ser realizadas en nuestros hospitales por carecer de equipos médicos especiales. La única esperanza es la ayuda internacional, que no solicitamos con la necesaria persistencia.

Hasta 1991, a lo largo de muchos decenios, el papel de la prensa opositora en la URSS corrió a cargo de los medios de información extranjeros. Pero lo paradójico es que precisamente la prensa doméstica lleve la voz cantante en los procesos renovadores iniciados en la URSS. Sabido es que Mijaíl Gorbachov inició la *perestroika* con el apoyo activo y entusiasta de muchos periodistas vinculados a la prensa oficial. Las revistas *Ogoniok* (Lucecita) y *Novi mir* (Mundo Nuevo), el semanario *Novidades de Moscú* y los periódicos *Izvestia* (Noticias) y *Argumenti i fakti* (Argumentos y hechos) se volcaron para impulsar la *perestroika*, por lo que se convirtieron en blanco principal de los sectores conservadores del aparato del PCUS.

Quienes promovieron en nuestro país la revolución de la información fueron, hace ya tres decenios, los cantautores Gálích, Visotski y Okudzhava. No se editaban discos con sus canciones, pero sus voces se esparcieron por todo el país en cintas magnéticas y llenaban el ambiente de cualquier tertulia, en los años 60 y 70. El régimen detenía y encarcelaba a quienes osaban difundir cualquier tipo de obras por medio de copias (*samizdat*) o publicarlas en el extranjero (*tamizdat*)¹, prohibía a los ciudadanos tener en casa cualquier aparato multicopista, lo más que se toleraba eran máquinas de escribir de modelos antediluvianos. Pero hay tendencias que no pueden ser contenidas. Varias generaciones de «piratas» soviéticos hicieron su agosto copiando libros, grabaciones musicales, películas y *software* informático de procedencia extranjera. En Occidente, hacían la vista gorda. Poco a poco casi todos los soviéticos nos convertimos en consumidores de esas mercancías –creación artística e informaciones extraoficiales– prohibidas en nuestro país. Ahora, se están sentando las bases jurídicas para normalizar las actividades en este terreno. La industria sumergida de la información tiende a transformarse en una economía legal.

La fisonomía de nuestra prensa escrita y radiada ha cambiado gracias a la supresión de la censura previa, el 1 de agosto de 1990, y el proceso de

1. Los términos *samizdat* y *tamizdat*, acuñados a semejanza de los nombres contractados de las editoriales rusas, significan respectivamente, en traducción literal, «autoedición» y «edición en otro lugar».

desmontaje de las estructuras de control del PCUS, proceso que de hecho se inició hace bastante tiempo.

La prensa libre, o semilibre, tiene muchos más derechos y obligaciones en comparación con las publicaciones de antes, dóciles serviles al aparato del PCUS, que estaban dispuestas a investigar cualquier problema siempre que ello no interfiriera en los intereses de la *partitocracia*. Debido a la ausencia de instituciones judiciales independientes que defendieran los derechos de los ciudadanos en vez de velar exclusivamente por los intereses del sistema, la prensa ha desempeñado hasta hace poco, y todavía sigue desempeñando en muchos casos, el papel de una oficina encargada de atender las quejas de la población. De ahí la actitud del poder supremo, me refiero en este momento a las estructuras federales de la URSS, hacia esos periódicos. Hasta fechas recientes era raro que algún alto jerarca condescendiera a entrevistarse con un periodista soviético; si acaso, a lo sumo, algún ex miembro del *Politburó*. Además, ¿para qué tenían que andar con miramientos?

Se había suprimido la censura, pero la agencia Soyuzpechat no tenía ningunas ganas de poner en venta en los quioscos ni llevar a domicilio «publicaciones no muy comunistas»; los precios de distribución de los periódicos y revistas han subido; el papel vendido a precio de Estado estaba reservado a las publicaciones veteranas, mientras que los editores independientes tenían que comprarlo en el mercado pagando diez veces más por cada tonelada. No es de extrañar que nuestros periódicos sean los más «enjutos» del mundo por el número de páginas y por el contenido de la información y la publicidad. Las pocas revistas ilustradas que tenemos se imprimen en el extranjero.

La prensa soviética se encaraba entonces con la necesidad de asimilar los nuevos principios de trabajo en el contexto de un espacio informativo único, tanto en el marco de la nueva comunidad de Estados independientes, constituida por las antiguas repúblicas socialistas federadas, como en escala europea y mundial. La pirámide informativa dominada por el Departamento de Agitación y Propaganda del CC del PCUS se desmoronaba a ojos vistas. El Centro ya no podía seguir emitiendo verdades supuestamente absolutas e indicaciones que no hacían más que irritar a la población de las repúblicas. El noticiario televisivo *Vremia* (El Tiempo), el diario *Sovétskaya Rossia* (Rusia Soviética) y otros medios de comunicación por el estilo asumieron el papel de detonadores de la guerra fría entre el Centro y las repúblicas, y debemos reconocer que, hasta el 22 de agosto de 1991, cumplieron esa indigna tarea con bastante éxito, demasiado incluso.

Con todo, existen condiciones para pasar rápidamente, mañana mismo, a un sistema descentralizado de información política, asegurar la transmisión vía satélite de programas televisivos desde diferentes regiones de la URSS a medio planeta y, a la inversa, poner al alcance de cualquier

televidente soviético emisiones de procedencia de cualquier país de Europa, Asia y América.

Nuestros éxitos en el campo del periodismo libre se han concretado en la aparición de decenas de nuevas publicaciones periódicas, y programas de radio y televisión, como *Nezavisimaya gazeta* (El Periódico Independiente) y la revista *Stolitsa* (La Capital), el semanario ilustrado *Moscow Magazine*, el telediario *Vesti* (Noticias) y las emisoras *Radio Rossia* (Radio Rusia) y *Ejo Moskvyy* (Ecos de Moscú).

En este libro ofrecemos al lector un conjunto de elementos de juicio agrupados en torno a los siguientes temas: 1) los protagonistas del combate que, desde comienzos de la década del 90, se ha venido librando en la prensa y la actividad editorial, en la radio y la TV por acelerar el desarme del sistema estalinista; 2) el desarrollo de los medios audiovisuales y la televisión por cable y vía satélite; 3) la opinión pública y su manipulación por los sectores pudientes, y 4) interrelación de los problemas de la libertad de prensa y los derechos humanos en la URSS.

PRIMERA PARTE
EL CUARTO PODER AMORDAZADO

CAPITULO PRIMERO

COMO NOS OBLIGABAN A SUSCRIBIRNOS A LA PRENSA DEL PCUS

La dictadura comunista se instauró en Rusia a raíz de la Primera Guerra Mundial y como consecuencia de un largo período de culto a las ideas del populismo, el anarquismo, el terrorismo, el socialismo y el régimen comunal en los ambientes de los *raznochínets*¹ rusos. Lenin y Stalin, Hitler y Mussolini ascendieron al poder aprovechando el atractivo de las ideas socialistas y manipulándolas hábilmente con ayuda de los grandes medios de propaganda. Quizá la única diferencia entre unos y otros consista en que los dos primeros se las ingeniaron para mandar al otro mundo a un número mucho mayor de compatriotas suyos. Sin el apoyo económico y político que le prestó Stalin durante muchos años, Hitler jamás hubiera llegado a ser lo que fue ni se hubiera desatado la Segunda Guerra Mundial, que a fin de cuentas favoreció la expansión comunista.

1990 señala un hito. Los países de Europa Oriental recuperan la libertad. En la URSS, gana terreno la liberalización. Los países occi den-

1. *Raznochínets*: nombre con el que se designaba, en la Rusia de los siglos XVIII y XIX, a los intelectuales que no pertenecían a la hobleza.

tales lanzan un nuevo «plan Marshall» para la Europa del Este. Pero es difícil construir lo nuevo sobre las ruinas que ha dejado tras de sí un prolongado gobierno de dictadura comunista. Porque la degradación afecta no sólo a la economía y la ecología, sino también al propio hombre. Se nos ha inculcado una psicología de esclavos que nos impide hoy sentirnos hombres libres. En esto nos diferenciamos de los polacos. Ellos siempre quisieron ser libres –de los rusos, de los alemanes, de los comunistas–, no toleraban el yugo y no se resignaban; luchaban o al menos armaban follones. Hoy son un pueblo de hombres libres; nosotros no, por ahora.

Según datos de la UNESCO referidos a 1984, la URSS ocupaba un lugar destacado en el *ranking* mundial de producción de periódicos: 405 ejemplares por cada mil habitantes. Por delante estaban sólo Japón (575), Alemania Federal (408) y Gran Bretaña (421). Pero nuestra situación ya no es tan envidiable si hacemos abstracción de las cifras y vamos al fondo del problema. La mayoría de nuestros periódicos constan de cuatro páginas de formato grande o tabloide, en una de las cuales –hasta fechas muy recientes– se insertaban comunicados oficiales despachados por la agencia TASS (con diferentes indicaciones de publicación obligatoria para la prensa central, regional o local).

Hasta el 90 % de los periódicos se distribuyen por suscripción; es decir, que las editoriales están acostumbradas a recaudar el dinero por anticipado. Mientras tanto, los servicios estatales de correos tienen sus propias costumbres y la prensa diaria llega al interior del país con retraso, cuando no una vez a la semana en «paquete completo». Una parte de la tirada ya abonada por los suscriptores no acaba de ver la luz por falta de papel. En 1989, por primera vez en la historia del país, se implantó el sistema de suscripción libre (sin limitaciones) a la mayor parte de las publicaciones periódicas. Al calor de la *glásnost*, disminuyó la presión del Partido Comunista sobre sus miembros para que se suscribieran a *Pravda* (La Verdad, diario del CC del PCUS) y las revistas *Kommunist*, *Aguitátor* (Propagandista) y *Politicheskoe samoobrazovanie* (Formación Política Autodidáctica). Ese debilitamiento de la presión tuvo rápidos efectos: en 1990, dichas publicaciones perdieron hasta un 40 % de sus suscriptores. La tirada de la prensa del PCUS hubiera caído en picado de no mediar dos circunstancias: la suscripción institucional a cuenta del Estado y la ausencia de prensa en los quioscos que en dos horas venden *toda* la producción impresa diaria. *Pravda* siempre es el último en agotarse, porque su número de ejemplares destinados a la venta directa supera el de todos los periódicos en conjunto.

Es verdad que el país sufre escasez de papel. Pero siempre lo hay para el PCUS y las cooperativas. El primero controla el reparto de papel y se reserva buena parte para producir propaganda impresa en cantidades ilimitadas. Las segundas tienen dinero disponible y pueden permitirse el

lujo de pagar cualquier precio. También los lectores tienen que vaciar sus bolsillos comprando una prensa cada vez más cara.

He aquí datos de la suscripción a la prensa central en 1990 (en millones de ejemplares): *Argumenti i fakti*, 31,5; *Komsomólskaya pravda* (La Verdad del Komsomol), 20,3; *Trud* (El Trabajo), 20; *Izvestia*, 9,4; *Pravda*, 6,4; *Sélskaya zhizn'* (La Vida Rural), 5,7; *Semiá* (La Familia), 4,6; *Literatúrnyaya gazeta* (La Gaceta Literaria), 4,2; *Sovétskaya Rossiá* (Rusia Soviética), 3; *Úchítelskaya gazeta* (La Gaceta del Maestro), 1,2; *Krásnaya zvezdá* (Estrella roja), 1; *Rabóchaya tribuna* (Tribuna Obrera), 0,8; *Económika i zhizn'* (Economía y Vida), 0,6; *Sovétskaya kultura* (La Cultura Soviética), 0,5. Veamos ahora las cifras correspondientes a revistas de difusión nacional (también en millones de ejemplares) *Ogoniok*, 4; *Novi Mir*, 2,7; *Znamia* (Bandera), 0,9; *Molodaya gvardia* (Joven Guardia), 0,6; *Izvestia del CC del PCUS* (Noticiero del CC del PCUS), 0,6; *Kommunist*, 0,5; *Nash sovreménnik* (Nuestro Contemporáneo), 0,4; *Zvezdá* (Estrella), 0,3.

Suscribirse a algunas publicaciones, como las revistas *Amérika* y *Anglia* (Inglaterra) o el semanario *Nedelia* (La Semana), siempre ha sido un problema debido a las severas restricciones.

El 1 de agosto de 1990 entró en vigor la Ley de Prensa que suprime la censura y el monopolio de la actividad editorial por el Partido Comunista y el Estado.

Los periodistas soviéticos ya no se ven obligados a cumplir las directrices de los jefes del partido. Se ha puesto fin a la práctica de responder oficialmente a las críticas vertidas en la prensa. A los protagonistas de las investigaciones periodísticas ya no se les expulsa del trabajo y después de las intervenciones de la prensa en defensa de los «trabajadores injustamente discriminados» ya no se adjudican apartamentos a título gratuito ni se reparten plazas en hospitales y centros de enseñanza superior de forma arbitraria. Pero hasta hace poco, concretamente hasta el 1 de agosto de 1990, los periodistas soviéticos se sabían empleados por un sorprendente organismo social que acumulaba las funciones de fiscalía, ministerio de seguridad social, judicatura e iglesia. El personal de las secciones de cartas es el más numeroso en todas las redacciones de diarios. Hasta hace poco cada día les llegaban sacos repletos de cartas lacrimosas, quejas, peticiones, denuncias anónimas o simplemente opiniones sobre uno u otro artículo publicado. En las redacciones de nuestros periódicos comienza a aplicarse una norma que es axiomática para cualquier medio informativo en un país civilizado. El arma del periodista es la influencia sobre la opinión social y no sobre un funcionario administrativo, porque en un Estado de Derecho los derechos se hacen valer por medio del tribunal y no a través de cartas dirigidas a los periódicos o comités del partido.

Para poder funcionar de modo eficaz, la nueva forma de poder de la prensa requiere independencia política y económica. La libertad siem-

pre cuesta caro, pero vale la pena pagar cualquier cantidad de dinero por ella. Así debe de opinar Mijaíl Poltoranin, flamante ministro de Prensa e Información de Rusia. *Novedades de Moscú* (9.9.90) publicó una entrevista con el diputado Poltoranin, bajo el título *El cuarto poder en Rusia*:

La esposa del ministro Mijaíl Poltoranin está descontenta con su marido. Este hecho de su vida privada guarda estrecha relación con el departamento que él dirige. Juzguen ustedes. El ministro ya lleva mes y medio sin cobrar un céntimo, trabajando desde las ocho de la mañana hasta últimas horas de la noche en una oficina instalada en un bello edificio antiguo. Añádase a ello el escasísimo personal del nuevo ministerio –tres empleados solamente–, la crisis del papel y la subida de su precio así como la avalancha de editores nuevos y viejos que acuden cada día a su oficina en la calle Kachálov en demanda de lo dispuesto en la nueva Ley de Prensa en un país donde la mayoría de las imprentas son propiedad del partido, y ustedes comprenderán lo difícil que es la vida de este ministro ruso. *De iure*, el Ministerio de Prensa e Información se fundó el 1 de setiembre, *de facto* realizó en mes y medio un volumen de trabajo equivalente a la norma anual de su predecesor, el Comité Estatal para la Obra Editora de la Federación Rusa.

Mijaíl Poltoranin se propone editar las obras completas de León Tolstói (90 tomos), sin los cortes que en la antigua edición llegarían a dos grandes tomos. Quiere el ministro que dichas obras completas salgan de la editorial Posrédnik, fundada en la gobernación de Tula por el propio escritor, y que hoy se encuentra abandonada. Poltoranin propuso al Consejo de Ministros de Rusia establecer desde 1991 el monopolio estatal de la edición de obras literarias clásicas. De ser aceptada esa propuesta, las editoriales del Partido Comunista dejarán de embolsarse los enormes beneficios procedentes de la publicación de libros de Pushkin, Balzac, Gógol, Conan Doyle, Julio Verne, Isaac Azimov, etc. Los clásicos sin partido no quieren alimentar a los conservadores. El Consejo de Ministros de Rusia apoyó la idea del Ministerio de Prensa, máxime que las utilidades son evidentes: se podría, sin aumentar los precios (porque el papel se ha encarecido), subvencionar la edición de libros de texto, literatura infantil, publicaciones de corta tirada y baja rentabilidad en las repúblicas autónomas.

– ¿Dónde se propone editar obras clásicas, libros de aventuras y otro tipo de literatura a cuyos autores no hay que pagar nada?

– Pues en las imprentas que permanecen ociosas por falta de papel...

De la literatura, hemos pasado a los problemas cotidianos.

– La escasez de papel en el país es un fenómeno que todos conocemos...

– Pero no todos saben que en EE.UU. se consumen 300 kilos de papel por habitante; en la pequeña Finlandia, el consumo per cápita es de casi 250 kilos y en la URSS apenas se llega a 37. Es necesario alcanzar por lo menos 150 kilos de consumo anual por habitante. El Consejo de Ministros de Rusia ha discutido el problema de la desfalleciente industria papelera. Rusia produce más del 85 % del papel soviético. Se ha creado una comisión encargada de elaborar el programa estatal de desarrollo de la industria papelera. No necesitamos empresas gigantescas, sino medianas, de ciclo completo, así como empresas mixtas y equipos para las empresas ya existentes.

– Esto va a requerir tiempo, unos diez años por lo menos. Pero las publicaciones crecen como hongos después de la lluvia, surgen nuevos partidos y todos reclaman papel...

– El año pasado la industria produjo sólo 6,3 millones de toneladas de papel, sin contar el cartón de embalaje. A pesar de la escasez, exportamos 335 mil toneladas; 280 mil se las lleva el CC del PCUS para editar libros y revistas, y más de 250 mil toneladas se destinan a la prensa del partido. Entre las editoriales rusas dependientes de nuestro ministerio, se reparten solamente 165 mil toneladas. Presentamos al Soviet Supremo de Rusia la siguiente propuesta: todo el papel que se produce en territorio de Rusia (el año pasado, por ejemplo, 5,4 millones de toneladas) debe ser repartido por la propia Rusia. En una palabra, debemos controlar las disponibilidades de papel y distribuirlo con equidad, de forma transparente, con participación de organizaciones sociales y profesionales, y con arreglo a las necesidades de los diferentes partidos.

– Así pues, el monopolio ruso proporcionará el papel a las imprentas de Rusia y el monopolio estatal de la edición de obras clásicas proporcionará dinero a la nación. ¿Cómo se pretende utilizarlo?

– Ya me he referido a las subvenciones de los manuales y libros infantiles. Pero existen muchos problemas de otra índole. Subvencionamos 115 periódicos de alcance provincial. Seguiremos haciéndolo con tal de que sean órganos de los Soviets locales. Ya hemos presentado propuestas al Consejo de Ministros de Rusia, señalando que no vamos a financiar las publicaciones en las que participan los comités del Partido Comunista.

– El partido gobernante tiene recursos suficientes para saturar el mercado con sus publicaciones periódicas, ¿no es cierto?

– Hemos propuesto que en Rusia ningún partido, tampoco el PCUS, pueda controlar más del 30 % de los medios de comunicación social. Hoy día, el Partido Comunista controla más del 85 %.

– ¿No se puede facilitar el control clausurando las publicaciones de pequeña tirada?

– Existen dos indicadores sencillos y fiables: el número de fundadores y las tiradas superiores a los 100 mil ejemplares. Dichos indicadores posibilitan un control bastante eficaz.

– ¿Y los mecanismos de control?

– Pues, el papel y el Banco Estatal de Rusia. Si se excede de la cuota del 30 %, el banco podrá intervenir las cuentas.

– ¿No se llegará por este camino al famoso criterio de quitar y repartir, aunque sea de forma más justa que antes?

– Por supuesto que no. El ministerio creará sus bancos comerciales que concederán créditos a publicaciones independientes. Así podremos proteger los valores culturales y morales de Rusia.

– Pero el dinero hay que ganarlo.

– Hace poco, el Ministerio de Finanzas de Rusia inscribió en el registro comercial a la sociedad anónima Casa Comercial de Rusia, entre cuyos fundadores figura nuestro ministerio. De suerte que el dinero lo vamos a ganar sin falta.

– Bueno, lo de libros y periódicos está más o menos claro. ¿Cómo se piensan organizar los servicios de información? Este asunto compete al ministerio que usted dirige. ¿Tendrá

Rusia, digamos, su propia agencia telegráfica?

– Hemos renunciado a esta idea, considerando que no tendría sentido reproducir la inflada estructura de la agencia TASS. En Rusia ya existen muchas agencias de información independientes, cuyos despachos se publican incluso en periódicos como *Novedades de Moscú*. Nos proponemos crear en Moscú un centro informativo sobre la base de esas agencias. Por contrato con las mismas, la información que ellas generen se concentrará en dicho centro para ser distribuida a escala nacional.

– ¿Y la prensa de Rusia?

– Tenemos la intención de editar dos diarios y dos semanarios, así como 8 revistas.

– ¿Tendrá la Federación Rusa su cadena de televisión?

– Sí, en el marco del ministerio se está creando la Compañía Nacional de Radio-televisión de Rusia. Una parte de las instalaciones necesarias esperamos poderla obtener de la Televisión Central. También hemos firmado con empresas extranjeras una carta de intenciones para crear televisión comercial y unos estudios propios...

La Ley de Prensa de 1 de agosto de 1990

El «derecho»

Dos meses bastaron a Mijaíl Poltoranin, ministro de Prensa de Rusia, para entrar en la historia de la prensa soviética. Precisamente él empezó a poner en práctica lo establecido en la Ley de Prensa, lo cual constituye una experiencia muy valiosa para el proceso renovador soviético. En la URSS se ha configurado una situación paradójica al mismo tiempo que lógica: el Parlamento promulga leyes que en algunos casos merecen el calificativo de buenas, y el aparato burocrático las bloquea en un intento de conservar su control sobre la sociedad y no perder ni siquiera una parte ínfima de sus poderes. Es alentador que a finales de 1990, cinco años después del inicio de la *perestroika*, el ministro republicano resultara más fuerte que las estructuras ideológicas del Comité del PCUS de Moscú, el Comité para la Obra Editora de la URSS, el Partido Comunista de Rusia encabezado por Polozkov, el CC del PCUS y las organizaciones como KGB, la Unión de Escritores y el CC del Komsomol. En consecuencia, todas esas estructuras del poder partidista y el alto generalato odiaban a Poltoranin y lo atacaban constantemente –no menos que a Yeltsin– desde las páginas de la prensa subordinada y el telenoticiario *Vremia*.

Mijaíl Poltoranin es un periodista de máxima calificación; trabajó de comentarista en el diario *Pravda* y en la Agencia de Prensa Nóvosti, dirigió el periódico capitalino *Moskóvskaya pravda* (La Verdad de Moscú) y en la Organización de Moscú de la Unión de Periodistas de la URSS. Fue elegido diputado popular de la URSS en representación

de la misma y, como legislador, trabajó durante todo un año en el proyecto de Ley de Prensa. Ahora, en calidad de ministro, se esfuerza por llevarla a la práctica y vela por que se cumplan sus postulados. La tarea es realmente difícil: sentar los cimientos del cuarto poder, el de la opinión social, expresada a través de los medios de información independientes.

Así pues, en el nuevo Gobierno de la Federación Rusa la cartera de Prensa e Información ha sido confiada a un hombre competente y audaz. Otro tanto cabe decir de los viceministros. Uno de ellos, Mijaíl Fedótov, contó su trayectoria en una entrevista concedida al periódico Cañera (*La Carrera*, núm. 5, marzo de 1991), órgano de la Unión de Periodistas de Moscú:

La primera vez que ingresé en la Universidad de Moscú, no pasé del segundo año: me expulsaron de la sección de estudios diurnos por mi participación en lo que ahora llamamos movimiento en defensa de los derechos humanos. Eso ocurrió justamente en 1967. Entré a trabajar en el vespertino *Vechérnaya Moskvá* (Moscú Vespertina). Pues bien, cuando contaba ya con cierto conocimiento del duro oficio periodístico, escribí un trabajo de fin de curso titulado *Opiniones de Lenin acerca de la libertad de prensa*. Eso fue cuando cursaba el segundo año de la Facultad de Derecho. Y desde entonces he seguido ahondando en el tema. ¿Sabe lo que más me impresionó al principio? El contraste brutal entre los criterios defendidos por el «guía» según el momento. Hasta octubre de 1917 fue realmente un cantor a la libertad de prensa. Después de la revolución, pasó a oprimirla. Este problema me afectaba de cerca, ya que yo continuaba colaborando con algunos periódicos. Cuando el claustro me recomendó para que siguiera estudios de post-graduación (y hubiese sido pecado desaprovechar esa oportunidad), elegí de hecho el mismo tema: *La libertad de prensa, un derecho constitucional de todo ciudadano*. Posteriormente escribí varios artículos y libros. En 1989 defendí mi tesis de doctorado: *Los medios de comunicación de masas en cuanto la institución de la democracia socialista*. Como ve, es un problema en el que he venido trabajando durante todos estos años o, mejor dicho, decenios. Es, por así decirlo, una idea fija. Me he planteado como objetivo de mi vida hacer todo lo posible por que en este desdichado país se instaure, por fin, la libertad de prensa.

– ¿Cuál es el resultado de esos esfuerzos sostenidos durante tantos años?

– Aquí está. En este folleto: *Ley sobre la Prensa y Otros Medios de Comunicación de Masas*, un proyecto en cuya redacción colaboraron conmigo mis amigos y colegas Yuri Baturin y Vladímir Entin. Lo hicimos por iniciativa propia, sin que mediara ningún contrato editorial, ningún pedido social, para decirlo con un término que está en boga. Lo que nos movía era el imperativo cívico de decir lo que estimábamos indispensable. Y es que Vladímir llevaba muchos años estudiando ese problema en el contexto de los países capitalistas. Y Yuri Baturin era especialista en problemas del intercambio de información en las relaciones internacionales, y en los problemas de la *glásnost*.

– ¿Cabe considerar, por tanto, este proyecto como uno de los resultados más importantes de su vida y actividad científica?

– Por supuesto. Y quiero contar cómo luchamos para sacarlo adelante. Primero elaboramos el proyecto, luego lo editamos en una tirada de 5.000 ejemplares que pagamos de nuestro bolsillo, y lo introdujimos físicamente –digo bien: físicamente– en el Soviet Supremo de la URSS.

– ¿Físicamente?

– Teníamos pases para asistir al Primer Congreso del Soviet Supremo de la URSS. Cada vez que íbamos, nos llenábamos los bolsillos con esos folletos, hasta cien ejemplares. De noche visitábamos a los diputados en el hotel y llevábamos allí paquetes con el texto del proyecto para que lo distribuyeran en las delegaciones. No vendimos ningún ejemplar, aunque en las tapas se indicaba el precio: 30 kopeks. Lo distribuíamos gratis. Ya nos quedan muy pocos ejemplares, pero seguimos aplicando el mismo principio. Habíamos anunciado por el conducto de *Literatúrnyaya gazeta* que no venderíamos ni un solo ejemplar. Y hemos cumplido esa promesa. Entregábamos nuestro proyecto a los diputados, conversábamos con ellos para demostrarles que teníamos razón. Encontramos muchos partidarios. Ese ha sido otro factor importante, que ha contribuido a que se conociera nuestro proyecto en el extranjero.

Otro episodio que merece ser contado, pues es muy gracioso, tuvo lugar con ocasión del Foro para la Información, celebrado en Londres en el marco de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa. Los representantes soviéticos incorporaron a su delegación a Yuri Baturin, para que expusiera allí nuestro proyecto. Y aunque éste iba dirigido contra el proyecto oficial, que ya estaba listo y era muy distinto del nuestro, ellos lo presentaron como un fruto de la *glásnost* y de los avances de la democracia en nuestro país. De haber prosperado aquel proyecto oficial, no podríamos estar hablando de estos temas como lo hacemos ahora.

Cae la censura

No debemos olvidar que la relativa libertad de prensa de que gozamos hoy, no nos la regalaron desde arriba, sino que es resultado de los esfuerzos abnegados de personas que merecen nuestro agradecimiento.

El primer número del periódico *Demokráticheskaya Rossia* (Rusia Democrática) describe en detalle el desarrollo de esa lucha, hasta el 1 de agosto de 1990, fecha en la que entró en vigor la Ley de Prensa. ¿Se había conseguido la libertad de expresión? Sólo hasta cierto punto, estimaba el jurista Mijaíl Fedótov, miembro del grupo parlamentario de trabajo para dicha ley:

La libertad de prensa no se introduce mediante una ley, pues constituye una sola rama en el árbol de la democracia. Mientras no crezca el árbol, es una tarea vana e inmoral tratar de injertar la libertad de prensa en el tronco del sistema totalitario. Es en vano, puesto que la libre circulación de ideas se contradice con el monopolismo de la economía, la política y la ideología. Es inmoral, puesto que la libertad proclamada *de iure* sirve de tapadera para el lavado de cerebros so pretexto de la «formación de hombres de nuevo tipo».

Durante siete decenios en nuestra sociedad imperó la «libertad de prensa», proclamada constitucionalmente en «interés del pueblo y a fin de consolidar y potenciar el régimen socialista». Miles de periódicos centrales, republicanos y locales, cortados según el mismo patrón, gozaban de plena libertad para inculcar a la población las ideas formuladas por funcionarios del CC del PCUS. Todo juicio discrepante se tachaba de «infundio premeditado que denigra el régimen estatal y social soviético» por no corresponder a los «intereses y fines» legalmente establecidos. Y, como consecuencia, no podía aparecer en la prensa «libre».

Pero cuando la sociedad soviética se encontró metida en un callejón sin salida, resultó que el pueblo fue capaz de definir por cuenta propia cuáles eran sus intereses y escoger a quién respaldar: a los partidarios de «consolidar y potenciar» o a los que proponen otras vías de desarrollo. Por supuesto, la transparencia informativa proclamada tenía poco que ver con la libertad de expresión y de prensa. Las autoridades sólo aflojaron la brida, acariciando la esperanza de volver a tirar de las riendas, una vez aprobada la Ley de Prensa.

El anteproyecto de ley, presentado a los diputados como oficial, dejaba entrever el afán de las autoridades por impedir que la prensa llegara a ser realmente libre. El documento, confeccionado en el CC del PCUS según el patrón de los tiempos de Novotny y Ceausescu, suponía legalizar la censura, destruir el *samizdat* y hacer de la prensa un arma poderosa y eficaz a disposición del Partido Comunista.

Se sabe que los diputados prefirieron tomar por base el anteproyecto *alternativo*, preparado por los juristas Y. Baturin y V. Entin y el autor de estas líneas quienes, tras una lucha ardua, que duró varios meses, editaron el documento en forma de folleto (la financiación de la empresa corrió a cargo de los autores) y lo distribuyeron gratis entre los participantes en el primer Congreso de Diputados Populares. Por este canal *informal*, el anteproyecto *alternativo* «se filtró» en el Parlamento.

Las cláusulas consideradas por los autores del documento y los diputados que integraban el grupo de trabajo provocaron una reacción de rechazo por parte de nuestros oponentes que las calificaron de «excesos de la democracia» y de «espejismo de las libertades burguesas» y no escatimaron medios para mutilar el texto y despojarlo de todas las fórmulas «demasiado atrevidas». En las reuniones del *Equipo* de trabajo los representantes de los «departamentos interesados» alborotaban en torno a cualquier artículo, procurando colocar en el texto minas de acción retardada capaces de hacerlo añicos. Para colmo, el texto sufría metamorfosis extrañas: tras pasar por la oficina de mecanografía, en el anteproyecto aparecían nuevas fórmulas e incluso artículos enteros (por ejemplo, sobre las restricciones de la libertad de palabra en los medios de información masiva).

Pese a todos los contratiempos, conseguimos preparar un borrador digno de ser presentado en primera lectura. Al fracasar en su intento de mutilar el texto en la fase de redacción, los oponentes decidieron recurrir a otros métodos de lucha. En una reunión del *Equipo* de trabajo se decidió publicar el anteproyecto para someterlo a debate público. El CC del PCUS prohibió hacerlo. El anteproyecto fue fotocopiado como documento oficial de la sesión parlamentaria a fin de distribuirlo entre los diputados, pero el CC del PCUS se incautó de la tirada. Durante la primera lectura se produjo un escándalo: a los

diputados se les entregó la «versión modificada» del anteproyecto que poco tenía que ver con el documento aprobado por comités parlamentarios.

Los legisladores rechazaron la «versión modificada» por tratarse de un documento ilegal, que había sido preparado por un grupo de cabilderos. El Parlamento aprobó el anteproyecto presentado por el *Equipo* de trabajo y resolvió someterlo a debate público y, luego, introducir en el mismo las enmiendas pertinentes. Sin embargo, las «instancias correspondientes» dispusieron hacerlo todo al revés: primero, introducir enmiendas y, luego, someter el documento a debate público. Como resultado, en el texto aparecieron «variantes *alternativas* propuestas por un grupo de diputados». Las nuevas fórmulas impedían a los ciudadanos fundar —a título particular— su propio medio de información social y otorgaban a los fundadores y editores el derecho de imponer su voluntad a los periodistas. Estas enmiendas adulteraban el documento y en vez de la libertad de prensa legitimaban la ausencia de la misma.

El camino hacia la segunda lectura resultó lleno de dificultades. Los autores del anteproyecto eran objeto de presiones cada vez más fuertes y tuvieron que hacer ciertas concesiones. Desaparecieron las cláusulas que detallaban los casos en que era posible denegar la publicación de un mentís y prohibir el acceso del periodista a determinada información. Representantes de los «departamentos interesados» se esforzaban por convencer a los diputados de que el periodista debe gozar del mismo derecho a la información que el resto de los ciudadanos. Pero el derecho del ciudadano a la información no vale nada en nuestro país. Los intentos de comparar al periodista con el cirujano quien, a diferencia del resto de los ciudadanos, puede utilizar el escalpelo para salvar la vida humana, no surtieron efecto.

Resultó «muy valiosa» la contribución aportada al anteproyecto por las «mecnógrafas, de un alto nivel de conciencia política»: apenas los miembros del grupo de trabajo perdían la vigilancia, el derecho de clausurar un medio de comunicación social resultaba transferido al organismo facultado para registrar dicho medio. Imagínense una situación en que funcionarios de la oficina de registro civil, por su propio capricho y en contra de la voluntad de los cónyuges, declaran inválido un matrimonio contraído.

Lamentablemente, nos percatamos demasiado tarde de que en el texto había aparecido esa innovación. Hubo también otras «correcciones». Así, del artículo que especificaba los motivos del cierre de un medio de información masiva desapareció sin dejar rastro la palabra «sólo». Y esa omisión hacía posible cerrar un periódico, valiéndose de cualquier pretexto. Gracias a Dios, esa corrección no pasó desapercibida.

Pero ¿cómo explicaban esos fenómenos misteriosos las «mecnógrafas»? «También asumimos la responsabilidad por el anteproyecto —me dijo una en cierta ocasión—. Si algo no le gusta, puede largarse de aquí».

Los debates en torno al anteproyecto duraron tres días. Fue un drama en tres actos.

En la primera jornada los legisladores aprobaron sólo un artículo. Pero ¿qué artículo! «Se prohíbe la censura de la información masiva». Creo que el gran Pushkin se habría alegrado al enterarse de que el día del aniversario de su natalicio se hizo realidad su sueño dorado: la censura dejó de existir.

El segundo día de debates conseguimos salvar la norma que garantizaba a todo ciuda-

dano el derecho de fundar un medio de comunicación social. No sé qué argumento a favor de esa norma resultó decisivo: ¿referencias a los legados de Lenin, alusiones a la actividad editorial de Herzen, Pushkin y Délévig, los compromisos internacionales de la URSS?... La propuesta de «excluir al ciudadano» reunió sólo 84 votos a favor. En el receso no pudimos contener nuestra alegría y nos felicitamos.

Pero nos esperaba una derrota. Los miembros del *Equipo* de trabajo y otros diputados se esforzaron por privar al órgano registrador del derecho de clausurar medios de información. Tratamos de explicar que esta fórmula apareció en el texto contra nuestra voluntad. Pero todo fue en vano. La «enmienda de la oficina de mecanografía» adquirió la fuerza legal, ya que nos faltaron una veintena de votos para impedirlo.

El tercer acto del drama estuvo repleto de sorpresas. Primero, el excelente escritor Serguéi Zaliguin pidió la palabra y se pronunció... en contra de la ley, aludiendo que protegía a los periodistas, pero dejaba indefensa la revista *Novi Mir* que él dirige.

Luego, un diputado por Moldavia exigió establecer sanciones contra los astrólogos, personas con poderes extrasensibles y a todos cuantos difunden «datos que no se corresponden con la realidad». Como argumento, contó un caso de pánico entre la población de Moldavia después de que un astrólogo pronosticara un terremoto inminente. Tal vez no entendía que su propuesta podría causar una herida mortal a la pluralidad de opiniones y a la libertad de expresión. Y las «mecnógrafas» serviles ya estaban dispuestas a ofrecer las fórmulas correspondientes para someter la enmienda a la votación.

Por fortuna, la enmienda del diputado moldavo fue rechazada, lo mismo que muchas otras. En resumidas cuentas, durante la segunda lectura no se logró mejorar ni empeorar el documento.

¿Es mala la nueva ley? Diría que es buena y la calificaría de «notable». Pero hoy lo principal es impedir que el Gobierno central, el Comité para la Obra Editora y el Comité de Radio y Televisión introduzcan «innovaciones» en el documento. Por eso hay que estar alerta y luchar en Parlamentos, en Soviets locales, en tribunales, en Redacciones... Es decir, en todas partes.

Nezavisimaya gazeta (2.2.91) publicó que «expertos del Ministerio del Interior de la URSS están revisando la Ley de Prensa por encargo y a cuenta del Comité para la Obra Editora de la URSS, no del presidente». Esos expertos ya han remitido al Soviet Supremo un «paquete» de propuestas de mejora del texto de dicha Ley, ya ratificada y en vigor y, según la información del citado periódico, las mismas han sido acogidas de forma positiva.

La lucha por la libertad de prensa

La orientación unilateral de la TV Central de la URSS, el hecho de que se guiara en *toda* su actuación por los criterios del *Politburó* era no sólo una muestra de intervencionismo arbitrario del PCUS en el ente

público. Demostraba, además, que la Ley de Prensa de la URSS no había sido implementada con los mecanismos indispensables para garantizar su aplicación. Ante esta situación, en la Federación Rusa se ha elaborado un proyecto de enmiendas al Código Penal. Si el Parlamento lo aprueba, los actos de censura serán castigados en adelante como delitos. Por otra parte, ahora sabemos que la policía no tiene derecho a actuar contra los vendedores callejeros de periódicos y revistas, siempre que se trate de publicaciones oficialmente registradas en el Soviet del correspondiente nivel. El Ministerio de Información de Rusia ha conseguido que el Tribunal Supremo de la RSFSR aclarase esta cuestión: la venta de periódicos en la vía pública no supone ninguna infracción. En consecuencia, las redacciones pueden emplear, por ejemplo, escolares para que vendan o repartan los periódicos a cambio de una retribución decente, lo cual es una buena salida en el caso de publicaciones de pequeña tirada que tienen fricciones y problemas con la red distribuidora de Soyuzpechat.

La lucha contra la *glásnost* ha sido permanente, como también lo ha sido el esfuerzo por reducirla al nivel de una información dosificada y suficiente desde el punto de vista de quienes ejercían el poder. Téngase en cuenta que en este país siempre ha funcionado un sistema de censura que últimamente había alcanzado un sumo grado de «perfección» y ocultaba a la opinión pública cualquier tipo de información considerada «indeseable» por razones ideológicas.

Como comentaba *Izvestia* (25.3.91), la abolición de la censura no significaba de por sí la desaparición de los viejos clichés conceptuales y los patrones de conducta, que variaban desde los criterios de lo útil o no de la información hasta las intervenciones en el Soviet Supremo, quien llamaba abiertamente a suspender la ley de Prensa. Hoy, debemos plantearnos la necesidad de asegurar no sólo la libertad de prensa y la transparencia de la gestión pública, sino el derecho de los ciudadanos a obtener cualquier tipo de información. Y esto debe regularse mediante los correspondientes actos normativos. Pero la base deben constituirlos los principios fundamentales de la prensa democrática; en primer término: la independencia respecto a los fundadores, la libre elección del director y el derecho del informador a tener y mantener su propia opinión. Hasta el momento nuestra sociedad no ha asimilado estos principios. De ahí los llamamientos lanzados desde diferentes sectores, invitando a «meter en cintura» a los periodistas y recordarles a quién deben servir.

Podríamos entrar aquí en largas especulaciones teóricas sobre lo que debe ser la prensa en un Estado democrático, pero pensamos que será más interesante examinar qué posibilidades reales ofrece a los periodistas la ley aprobada en junio de 1990. En opinión de J. Sheinin, jefe de departamento del Tribunal Supremo de la URSS, por ahora esas posibili-

dades no se utilizan en su plenitud. Esto hace referencia, sobre todo, a las estipulaciones que establecen el derecho de los ciudadanos de obtener información, el de los medios de comunicación de difundirla y el de los cargos públicos de brindarla. «No comprendo, comentaba Sheinin, por qué los periodistas no recurren a la justicia para defender sus derechos. Desde que entró en vigor la Ley no se ha incoado ningún proceso de este tipo, aunque ya existen los elementos jurídicos indispensables para llamar a capítulo a los funcionarios que dificultan el acceso a la información o la manipulan».

Moscow Magazine (marzo de 1991) publicó un artículo de la periodista norteamericana Karen Duchesse, titulado *¿A cuánto vende la entrevista, cantarada burócrata?* En estos tiempos de *glásnost*, señala la autora, los funcionarios soviéticos han tomado costumbre de pedir fuertes pagos en divisas a cambio de cualquier dato de interés. Ya nadie se contenta, como antes, con una botella de vodka o una videocinta virgen. Vladimir Martínov, jefe del servicio de prensa de la Dirección de Policía capitalina, anunció que los periodistas de televisión extranjeros deberían pagar hasta 1.000 dólares por día para que se les permita filmar reportajes sobre el trabajo de los milicianos. La articulista cita una frase de Yasen Zasurski, decano de la Facultad de Periodismo de la Universidad de Moscú, según el cual los funcionarios que ponen precio a la información se asemejan a los taxistas que cobran cien o doscientos rublos para llevarle a uno desde el aeropuerto de Sheremétievo hasta el centro de la capital.

Está claro que la práctica normativa anda a la zaga de la Ley de Prensa actualmente en vigor. «Este es un terreno en el que todavía queda mucho por hacer», dijo V. Fotéev, presidente del Comité del Soviet Supremo de la URSS para la Transparencia Informativa (*Izvestia*, 25.3.91). Por otra parte, es evidente que no se debe seguir recurriendo, en sustitución de la ley, a los métodos de «orden y mando» empleados antes para dirigir desde arriba los medios de comunicación de masas. Fotéev señalaba entonces que su comité se había convertido en una especie de oficina de reclamaciones a la que los diputados se dirigían pidiendo que se tenga a raya la prensa. Sin embargo, comentaba, es evidente que la sociedad debe regirse por la ley. Esto deben tenerlo presente quienes se indignan en el Parlamento contra lo que dice tal o cual periódico. De lo contrario, corremos peligro de que se restauren los métodos de intervencionismo administrativo en la prensa y se pongan nuevas cortapisas a la *glásnost*. «Por lo visto, dijo V. Fotéev, los *mass media* deben plantearse hoy una tarea cualitativamente nueva: contribuir a la formación de la opinión pública sobre la base de una información realmente plural».

El Comité del Soviet Supremo de la URSS para la Transparencia Informativa se fijó como misión fundamental garantizar que la Ley de

Prensa se aplicara en su plenitud. Con este fin, se trazó un programa que contemplaba el fomento de la base material de artes gráficas y la creación de instituciones especialmente dedicadas a la formación de cuadros profesionales y la protección jurídica de los periodistas y las publicaciones frente a las presiones de los editores y las entidades fundadoras. En este sentido, es significativo el caso del diario *Svoi gólos* (Nuestra voz), del Soviet de Diputados Populares del territorio de Krasnoyarsk. Como condición para imprimir este periódico, la editorial Krasnoyarski Rabochi (Obrero de Krasnoyarsk) exigió que la Redacción del mismo se comprometiera por escrito a «no criticar de manera infundada e indiscriminada los comités del PCUS». Es un caso muy sintomático, un claro indicio del monopolismo que todavía impera en el mercado editorial y que afecta no sólo a la prensa local. Cuando los colectivos de periodistas de varias publicaciones centrales manifestaron el deseo de constituirse en fundadores de sus respectivos periódicos o revistas, la editorial *Pravda* se negó a firmar con ellos los correspondientes contratos de impresión.

¿Y cómo juzgan en Occidente los progresos de la *glásnost*? En relación con este tema, el periódico *Nóvoye russkoye slovo* (La nueva palabra rusa), de la emigración rusa en EE.UU., insertó en su número del 14 de febrero de 1991 el comentario *La palabra y el hacha*, por nuestro ex compatriota Marc Popovski. El título hacía alusión al brutal asesinato del conocido predicador y escritor Alexandr Meñ en condiciones misteriosas que todavía no han sido dilucidadas. Después de referir el caso, Popovski agregaba:

La *glásnost* ha cumplido tres años. En Occidente, la consideran el logro más importante e indiscutible de Gorbachov. En la Unión Soviética, las apreciaciones, incluso por parte de los partidarios de Gorbachov, son más prudentes. Todo indica que la Ley de Prensa, que entró en vigor el 1 de agosto de 1990, no ha desterrado de la prensa soviética ni el miedo ni la mentira. En todo caso, la dirección del semanario *Novedades de Moscú*, en una carta abierta publicada hace varios días, manifiesta: «El pueblo debe conocer *toda* la verdad sobre el estado de cosas real. Las .medias verdades y las mentiras manifestadas de los estadistas deben ser castigadas» (NM, 18 de noviembre). Es una opinión en la que coinciden muchos escritores y redactores. Ellos desean que se ensanche el marco de la *glásnost*. Por otra parte, también está bastante difundido el punto de vista opuesto, el que sostienen abiertamente, por ejemplo, algunos lectores de *Izvestia*: «Los radicales de *toda* laya necesitan la libertad y la independencia de los órganos de prensa con un único fin: desacreditar el partido y adueñarse del poder», escribe un habitante de Lvov. «Yo, en lugar del Gobierno y el partido, adoptaría medidas de rígido control sobre ustedes, camaradas periodistas. Si no se les tiene a raya, causarán muchos destrozos», escribe un moscovita. Desde la ciudad de Vsevolzhsk llaman a «defender la sociedad contra la violencia informativa y establecer con este fin un sistema de censura moral». Y desde Gorki nos llega el veredicto final: «En un país civilizado, el descontrol de la prensa es intolerable y perjudi-

cial».

¿Qué grado real de transparencia informativa tolera actualmente el poder soviético?

Que algo cambie para que no cambie nada

No cabe duda de que ha concedido cierto margen de libertad a la sociedad. Desde las páginas de los periódicos y revistas resuenan las voces de científicos, sacerdotes, oficiales y ciudadanos de a pie que, en cartas dirigidas a la redacción, cuentan francamente las penalidades de su existencia cotidiana.

Pero las autoridades, si bien han debilitado un tanto su presión sobre la prensa, no se olvidan de sus intereses. La propaganda oficial no ha enmudecido: tan sólo ha cambiado de tono. Ahora se esfuerza por inculcar en la mente del pueblo que las antiguas instituciones opresivas han sido renovadas por completo y ya no representan peligro alguno para los ciudadanos. Los dirigentes del KGB y el Glavlit, el organismo director de la censura de prensa, machacan el tema artículo tras artículo, entrevista tras entrevista. Los funcionarios del Glavlit juran públicamente que en el trato con ellos los escritores y periodistas jamás volverán a oír prohibiciones ni indicaciones prescriptivas. Los censores (de todos modos, el cargo no ha sido suprimido) actuarán en adelante como buenos consejeros y consultores interesados en prevenir la fuga de secretos de Estado. Y puesto que hoy día en la URSS se ha pasado en todas partes a la autogestión financiera, proponen a las redacciones y editoriales que firmen contratos con los censores y retribuyan sus servicios. ¡Quieren ser un organismo rentable!

Debido a todos esos cambios, el Glavlit, el estado mayor de la censura de Estado (recuerdo muy bien ese enorme edificio en el pasaje Kitaiski, cerca de la sede del CC del PCUS), ha cambiado su nombre por el de Dirección General para la Protección de los Secretos de Estado en la Prensa y Otros Medios de Información (GUOT). En sus declaraciones a los periodistas, los funcionarios de la flamante Dirección General confiesan con tono de excusa que sí, que todavía son secuestrados cada día unos 20 ó 30 libros traídos de Occidente, pero se trata de obras de las cuales «emana el hálito de la guerra fría», que «exacerban la confrontación y tratan de socavar los cimientos del régimen soviético y la unidad del país». ¿Que si existe una relación de libros prohibidos? No, por ahora no se ha confeccionado tal lista. El que se deje pasar o no un libro editado en el extranjero depende del arbitrio de los funcionarios locales. En cambio, las bibliotecas gozan ya de plena libertad: sólo siguen prohibidos unos quinientos títulos. Los demás, que los lea quien

quiera. Pero mientras los dirigentes de la GUOT daban esas entrevistas «reconfortantes» y los diputados deliberaban (¡casi tres años!) para ultimar la Ley de Prensa, el poder seguía aplicando en la práctica una política de censura. Durante ese período se hicieron intentos de destituir a cuatro directores de periódicos y revistas que proporcionaban a sus lectores «demasiada» información indeseable: los del semanario *Argumenti i fakti*, el diario urbano de Noguinsk y las revistas *Oktiabr* (Octubre) y *Knizhnoe obozrenie* (Observación librero). Ciertamente es que, en definitiva, sólo pudieron echar del trabajo a uno de los directores rebeldes, pero los dueños del país disponen de otras muchas palancas para presionar sobre la prensa.

A los 22 días de vigencia de la Ley de Prensa, en la que se proclama la supresión de la censura, se remitió «a quien corresponde» una relación secreta de «datos cuya publicación está prohibida». Esta nueva lista ha sido editada con una tirada de 20.000 ejemplares, es decir, que obrará en poder de *toda* una legión de vigilantes de la prensa. De manera estrictamente confidencial, se le hace saber que los periodistas no tienen derecho a tratar temas relacionados con epizootias de glosopeda y se prohíbe rigurosamente publicar las estadísticas de mortandad del ganado; tampoco se permite hablar del relajamiento de la disciplina, los fenómenos de delincuencia y los casos de suicidio en las Fuerzas Armadas; se consideran secretos todos los datos concretos relativos al desgaste del material rodante del transporte ferroviario. Y un largo etcétera... La lista de datos secretos es aprobada por el Consejo de Ministros y, por supuesto, se confecciona a partir de las recomendaciones de los diversos ministerios. El principio aplicado es muy sencillo: los funcionarios ministeriales declaran secreto todo lo que revela su mal trabajo, la ineficacia e incompetencia de los dirigentes. El pueblo no debe saber que millones de reses sucumben a causa de enfermedades, ni que los vagones y las locomotoras se encuentran en estado deplorable, por lo cual cabe decir que los accidentes de ferrocarril están programados, ni que el ejército se está corrompiendo y que se están saqueando los bienes del ejército, incluido el material de guerra. Cuando la ley de Prensa apenas acababa de entrar en vigor, los *apparátchiki* (funcionarios del partido) ya habían colocado una mina bajo la tesis fundamental, que estipulaba la supresión de la censura. Además, los informadores deben tener presente otro párrafo de esa misma ley, que amenaza a quienes divulguen secretos de Estado con penas de cinco a ocho años de prisión. ¡Una buena trampa para quienes demuestren demasiado celo en buscar y difundir la verdad!

Por cierto que ya se ha intentado atrapar a periodistas en el cepo de la «divulgación». El pasado verano, tras las famosas declaraciones del ex general del KGB Oleg Kalugin en *Novedades de Moscú*, la Fiscalía General del ejército convocó a uno de los miembros de la Redacción. El

interrogatorio duró cuatro horas. Posteriormente, un oficial encargado de la instrucción del caso se presentó en la Redacción de NM y exigió que se le entregara la grabación de las declaraciones de Kalugin que habían servido de base para redactar el artículo publicado por el semanario. Huelga decir que todo eso se hizo con el pretexto de proteger los supuestos secretos de estado que Kalugin y *Novedades de Moscú* pretendían divulgar.

En la lejana Siberia tienen menos miramientos aún cuando se trata de meter en cintura a los periodistas y redactores díscolos. Hace algún tiempo la agencia independiente Sibia imprimió un boletín de información cuyo contenido desagradó a los funcionarios del comité regional del PCUS. Por «orden de arriba», la tirada fue secuestrada en el aeropuerto y se incóó un proceso contra los editores, por haber incurrido en el delito de «actividad ilícita». En Leningrado, el diario *Smena* tuvo el atrevimiento de expresar la sospecha de que el KGB estaba implicado en el accidente de aviación sufrido por Borís Yeltsin en España. Inmediatamente se adoptaron sanciones y es posible que el director tenga que comparecer ante el tribunal. En los Urales, los perseguidores de la prensa libre se valen de los servicios de correos: de vez en cuando desaparece *toda* la tirada de una u otra publicación y los suscriptores se quedan en ayunas. Con particular frecuencia se ha empleado este método para impedir la difusión de la revista *Vék XX i mir* (El siglo XX y la paz), que se manifiesta de modo bastante consecuente en defensa de las libertades humanas.

De todos modos, está claro que en un Estado centralizado es también por métodos centralizados como se puede combatir mejor la prensa «subversiva». Poco antes de que se iniciara la campaña de suscripciones para 1991, se anunció una fuerte e inminente subida de los precios de los periódicos y revistas (posiblemente, en un 100 ó 200 %), debido al aumento de los gastos de impresión y envío por correos. ¡Magnífica jugada! *Pravda*, *Izvestia*, *Kommunist* y otras publicaciones de «alto rango» saldrán fácilmente de apuros gracias a la ayuda financiera procedente de las cajas del PCUS y del Estado. Pero las nuevas publicaciones opositoras, que apenas comienzan a levantar cabeza, y algunas más viejas que se han escapado de la tutela del Comité Central, pueden hundirse: el alza de los precios desanimará a muchos suscriptores potenciales. «Nuestros economistas han calculado que el aumento de los precios, aunque sólo sea al doble, provocará una disminución a la mitad del número de suscripciones», comentó el director de *Ogoniok*, Vitali Korótich. Su homólogo de *Moskovski komsomólets*, Pável Gúsev, analiza el problema más a fondo (o quizá sea más franco): «Se trata de una acción encubierta contra la libertad de expresión. Como resultado, las capas desposeídas, es decir, las que más necesitan la información, quedarán privadas de ella». Esta opinión es compartida por el director de *Sovéts-*

kaya kultura: «El aparato, que desde hace tiempo soñaba con aplastar la *glásnost*, ha encontrado el pretexto —el paso a la economía de mercado— para cortar el interés por lo que dice la prensa, empleando las tijeras de los precios».

Efectivamente, tal es el motivo de esta medida. En los años de la *perestroika*, las tiradas de muchos diarios y revistas del PCUS han sufrido una fuerte disminución, llegando a representar el 20 % o menos aún de las que tenían antes. Todo indica que en 1991 la demanda de publicaciones del partido seguirá a la baja. Y esto significa que disminuirán también las posibilidades de los medios de propaganda, de embrutecimiento masivo, tan estimados por los jefes del PCUS. De todos modos no debemos preocuparnos por el futuro del aparato partidocrático: éste mantiene firmemente en sus manos todas las palancas de dirección de la gestión estatal. Y todo el patrimonio nacional. Se ha abolido el monopolio de la información, pero se conserva el de la distribución del papel. Hasta el presente, el sistema de estructuras del PCUS y los diversos ministerios y departamentos reciben —a precios bajos o superbajos— más de la mitad de la producción soviética de papel. Las empresas del ramo producen anualmente 1.800.000 toneladas de papel periódico, pero el Departamento de Asuntos Administrativos del CC del PCUS devora él solo 500.000 toneladas y los militares se toman 150.000. Hay otros muchos consumidores privilegiados, como resultado de lo cual quedan apenas 60.000 toneladas para satisfacer las necesidades de todos los periódicos de Rusia. Casi de la misma manera se distribuye el papel destinado a la impresión de libros y revistas. La editorial *Pravda* ha sacado a luz este año 350 millones de ejemplares de propaganda que nadie lee, mientras que las demás tiradas de libros editados en Rusia han sumado apenas 140 millones de ejemplares. De modo que no hace falta lanzar los destacamentos de tropas especiales ni movilizar el KGB contra la prensa opositora: según los cálculos de los *apparátchiki*, un gran número de publicaciones democráticas se extinguirán por sí solas el año que viene, a causa del alza de precios o la falta de papel. Tal es la estrategia diseñada por el *Equipo* de Gorbachov en el contexto de la *glásnost*.

Frente a esta situación, ¿qué opinan los profesionales de la prensa? ¿Cabe esperar que la opacidad de la *glásnost* se transforme al calor de la Ley de Prensa en verdadera transparencia y plena libertad de expresión? He aquí algunos juicios —los más interesantes— de directores y redactores de publicaciones adscritas a diferentes corrientes.

«La *glásnost* y la libertad de prensa son cosas diferentes. El primer término significa libertad de decir lo que permitan desde arriba. No puedo concebir de prensa libre ningún diario o revista de los que se editan actualmente por procedimientos tipográficos. No hay libertad de prensa; la *perestroika* por ahora no nos la ha dado» (Alexandr Lévikov, *Literatúrnyaya gazeta*).

«Los periodistas, muchos hombres públicos e incluso estadistas ya han cansado a todo el mundo y se han quedado afónicos a fuerza de pedir a gritos durante estos años de *perestroika*: ¡Denos estadísticas fidedignas! ¡Digan de una vez qué tanto por ciento de la renta nacional corresponde a la producción militar! Los resultados son, cuando más, muy incompletos y, cuando menos, casi nulos» (Alexéi Pankin, *Mezhdunaródnaya zhizn'* (Vida Internacional)).

«La censura es una especie de rienda. Hoy la han aflojado un poco. Ya meneamos la cabeza. Ahora bien, en cualquier momento pueden tirarla de nuevo; primero nos encabritaremos, pero luego recuperaremos el hábito de andar ensillados» (Mijaíl Fedótov, jurista y hombre público).

«La Ley de Prensa adolece de muchos defectos... La prensa disfruta de poca autonomía, sigue estando en manos de alguien» (Anatoli Ivanov, *Molodáya gvardia*).

«En general, en nuestro país es más fácil adoptar una ley que lograr que se aplique» (Vitali Korótich, *Ogoniok*).

Como vemos, tanto los periodistas «de izquierda» como los «de derecha» se muestran poco optimistas con respecto al futuro de su profesión. El hacha acerada de la censura pende sobre la libre opinión de Rusia.

En comparación con el Parlamento soviético, los legisladores rusos decidieron seguir otro camino: someter a debate público el proyecto de la Ley de Prensa de la Federación, cuyos autores –M. Fiódorov, Y. Baturin y V. Entin– son los mismos que promovieron en su tiempo la correspondiente ley de la URSS.

Los autores recalcan que el proyecto no entra en contradicción con la ley de la URSS, sino que desarrolla y complementa el contenido de la misma.

Así, por ejemplo, si en dicha ley hay sólo una frase concerniente a la censura (en el primer artículo), en el proyecto se ha incluido un artículo especial en virtud del cual «se prohíbe la censura de la información de masas, es decir, que ningún funcionario de los organismos, entidades e instituciones estatales o de agrupaciones sociales podrá exigir a la Redacción de un medio de comunicación de masas la previa concertación de las noticias, artículos y demás textos (a excepción de los casos en que el funcionario sea el autor o el entrevistado), ni prohibir la difusión de noticias, artículos y otros escritos o de determinada parte de los mismos. Asimismo se prohíbe la creación y financiación de órganos, entidades o instituciones y el nombramiento de funcionarios encargados de realizar la censura de la información de masas o facultados para ello».

En el capítulo sobre las normas de organización a que debe atenerse la actividad de los medios de comunicación de masas, se proponía incluir la siguiente cláusula: las redacciones de los nuevos medios de comunicación

de masas no tendrán que pagar impuestos sobre las ganancias durante los dos primeros años.

El proyecto contiene nuevos apartados relativos a los medios electrónicos de información: se establecen las normas de formación y actividad de la Comisión Federal para las Comunicaciones de Masas, que determinará la política oficial de otorgación de licencias para la radiodifusión y televisión (art. 30). El artículo 31, sobre las licencias de difusión, fue muy discutido. Estipula que «no se examinarán las solicitudes de licencia presentadas, ya sea directamente o a través de organizaciones filiales, por partidos políticos, sindicatos, organizaciones religiosas y otras agrupaciones sociales. Obviamente, la televisión y la radiodifusión deben ser obra de profesionales, y garantizar así la igualdad de oportunidades para todos.

En el capítulo sobre las relaciones de los *mass media* con los ciudadanos y organizaciones, se ha ampliado el apartado concerniente al derecho de recibir información, incluyendo artículos sobre las formas en que debe solicitarse y las sanciones imponibles a quienes se nieguen a concederla, y sobre la información confidencial, que desaparecieron del texto de la ley de la URSS durante el debate parlamentario.

En opinión del profesor Y. Zasurski, decano de la Facultad de Periodismo de la Universidad Lomonósov, el proyecto de ley de la Federación Rusa sobre los medios de comunicación social constituye una notable aportación al pensamiento jurídico sobre esta materia. Por primera vez en la práctica jurídica de este país, el texto se atiene al principio básico de cualquier Estado de Derecho: se permite todo lo que no está prohibido (en lugar del tradicional: se permite todo... lo que esté autorizado)...

Los autores dedicaron su proyecto a la memoria de la finada periodista de Krasnoyarsk Liudmila Batínskaya, diputada popular de la URSS, que defendió en el Parlamento el derecho de la prensa a ser el cuarto poder, y no simple «polvo en los zapatos». El texto íntegro ha sido publicado en un suplemento especial del periódico *Rossia* (Rusia) y en forma de folleto.

El papel: monopolio del PCUS

¿Y qué medidas se piensan adoptar en relación con el patrimonio del PCUS, que hasta hace poco acaparaba las principales capacidades de imprenta? El diario *Kuranti* señalaba en fecha reciente (16.3.91) que sólo el 4 % de las capacidades instaladas en la Federación Rusa para la impresión de periódicos se hallaban integradas en el sistema del Ministerio de Prensa e Información de Masas de esta república. Con anterioridad, el ministro Mijaíl Poltoranin había manifestado (*Argumenti i*

fakti, 28.7.90):

– Al examinar los datos referentes a la industria papelera, me quedé atónito. Casi un 60 % de las empresas papeleras se explotan desde finales del siglo pasado y comienzos del presente. El 65 % de los equipos han agotado su vida útil. En los últimos veinte años, el ritmo de incremento de la transformación química de la madera se redujo a la quinta parte. Exportamos madera sin elaborar a precio de liquidación. Las reservas forestales de Rusia son las más grandes del mundo –73.000 millones de metros cúbicos– mientras que la producción de celulosa es seis veces inferior a la de EE.UU.; la de papel, ocho veces; la de papel de escribir e imprimir, 15 veces; la de tipo higiénico, 50 veces menor.

Situación análoga se observa en el caso de las imprentas. El Partido Comunista se ha apropiado de las mejores imprentas, dejando las peores para el Estado. En 1975, las imprentas mejor equipadas pasaron a ser propiedad del PC, que de hecho expropió las instalaciones construidas con cargo al tesoro público. En el presente, los funcionarios del aparato del PCUS declaran que el patrimonio del partido es intocable. Las imprentas y los periódicos que arrastraban pérdidas y eran deficitarias seguían manteniéndose de los fondos estatales. Actualmente, los fondos del Comité Estatal para la Obra Editorial cubren la edición de 2.115 periódicos «pequeños», de los cuales el 80 % son deficitarios. Del presupuesto de Rusia se detraen cada año 60 millones de rublos para financiar esas publicaciones al servicio de los comités del partido.

La industria nacional carece de base para fabricar equipos y máquinas de imprenta. De las 362 denominaciones de equipos necesarios faltan 182. Las máquinas que se producen son anticuadas, de hace 50 años. Desde que empezó la *perestroika*, la fabricación de máquinas de imprenta se ha reducido en un 42 %. Por una parte, se proclama la *glásnost*, pero por otra, las condiciones de la misma empeoran. Por eso, no partimos de cero, sino de niveles más bajos aún.

– El ministerio asume muchos compromisos. ¿No hay riesgo de que con el tiempo se convierta en un monstruo y, combatiendo al monopolismo, termine siendo un monopolista más?

– No, no existe tal riesgo, porque no nos proponemos imponernos sobre los editores. Lo que sí vamos a intentar es unir los esfuerzos de todas las estructuras relacionadas con la prensa y la información en general, facilitando la aplicación de un régimen de autorregulación para que aquéllas puedan servir de forma más eficaz al renacimiento espiritual de Rusia. Estamos creando un consejo de coordinación en el que participarán directores de periódicos, revistas y editoriales. Junto con ese consejo vamos a elaborar proyectos y presentarlos al Soviet Supremo y al Gobierno de Rusia. Consideramos de suma importancia garantizar la cobertura jurídica de la *glásnost*.

¿Cuáles son las necesidades del momento actual? En primer lugar, es preciso crear una comisión de expertos, integrada por juristas, economistas y diputados, con el objeto de aclarar qué es la propiedad del Partido Comunista, cómo ha surgido y en qué condiciones. ¿Por qué los dirigentes del partido que nos han llevado a la ruina cobran pensiones estatales? ¿Cuánto dinero público se han embolsado? ¿Qué cantidad de divisas el partido le ha quitado al Estado adquiriendo máquinas de imprenta, equipos mé-

dicos para hospitales y sanatorios de lujo, muebles para las fincas de sus dirigentes? Una vez aclaradas las fuentes de financiación, habrá que pasarle factura al partido. Pienso que cuando se paguen todas las cuentas se verá que el PCUS no sólo carece de propiedad, sino que le debe al pueblo miles de millones de rublos. En tal caso, el Soviet Supremo podría decretar la nacionalización de los bienes del partido y obligarlo a saldar sus deudas con el pueblo.

– Todo lo que acaba de decir se refiere al futuro. ¿Qué se puede hacer ahora?

– Hay que potenciar la infraestructura. Estamos negociando la compra en EE.UU. de imprentas universitarias para las pequeñas comunidades étnicas del Norte.

Tenemos conciencia de que nos faltan recursos para remover ese cúmulo de problemas. De ahí que nos propongamos atraer inversiones extranjeras para la industria papelera, las empresas fabricantes de imprentas y aparatos de vídeo. Los empresarios occidentales se muestran comprensivos y quieren entrar en nuestro mercado. Tampoco cabe desprestigiar las obras benéficas.

– Los conservadores gustan de repetir que así se malgasta el patrimonio nacional de Rusia...

– Durante setenta años ellos no hicieron otra cosa que expoliar las riquezas naturales de la nación y permanecieron callados. Exportaban valiosa materia prima con el único propósito de fortalecer el socialismo mundial y afianzar en el poder a la cúpula dirigente, al generalato, al ejército y al KGB. Las riquezas del país se malgastaban en el mantenimiento de las estructuras totalitarias. Ahora Rusia modifica sus estructuras para que dejen de absorber sin provecho los créditos extranjeros y los pongan al servicio de los intereses públicos. Sin duda, habrá presiones e intenciones ocultas. Ya las hay, ciertamente. La táctica de la prensa central del partido es conocida: más indirectas intimidatorias y augurios nefastos, menos veracidad y buen sentido. Antes, esa estrategia podía servir, pero ahora produce efectos contrarios.

– Una pregunta concreta: el 1 de agosto entra en vigor la Ley de Prensa. Supongamos que uno quiere editar su propio periódico. ¿Qué debe hacer para ello?

– Según lo acordado por el Gobierno de Rusia, las publicaciones de alcance nacional serán inscritas en el registro por nuestro ministerio. Las de repúblicas federadas, regiones y distritos serán legalizadas en los respectivos Soviets locales.

Apenas obtenida la licencia reglamentaria, usted podrá editar su periódico. Por nuestra parte, deberemos ayudarle en la adquisición de papel y equipos, así lo haremos cuando hayamos creado la necesaria base industrial. Un banco comercial le otorgará un crédito, usted podrá hacer contrato con una imprenta y... ¡adelante!

– En este país se escribe mucho, más que en otros. Se escriben instrucciones, circulares, directrices, folletos explicativos, etc. Se escriben y se editan, por supuesto. ¿Se propone el ministerio que usted dirige poner orden en el papeleo de las numerosas oficinas y ocuparse en serio de la distribución del papel?

– Me consta que debemos obrar con decisión. Lo del papel es un gran problema. ¿Por qué ha dejado de salir la revista *Novi mir* y por qué otras publicaciones populares experimentan una aguda escasez de papel, mientras que el CC del PCUS lanza nuevas ediciones? ¿Por qué las editoriales del partido prosperan sin problemas, mientras que las especializadas en literatura infantil vegetan en la pobreza? Sí,

el ministerio propondrá al Gobierno las medidas necesarias para redistribuir el papel. Cuando la *glásnost* tenga una base apropiada, cuando las empresas mixtas y el mercado libre comiencen a funcionar a pleno rendimiento, las funciones del ministerio se irán reduciendo.

– ... Y usted quedará sin trabajo.

– Eso significaría que habré cumplido la misión encomendada...

El resumen de lo que dijo el ministro ruso Mijaíl Poltoranin podría ser el siguiente. Suprimir la censura y legitimar la libre suscripción –sin cortapisa– a cualquier medio informativo, incluyendo la revista *Amérika* y el semanario *Novedades de Moscú*, ha sido tarea relativamente fácil. Durante 73 años existieron la censura previa de cualquier escrito y la suscripción obligatoria a todas las publicaciones del PCUS. Hoy día ya no existen esas dos medidas. Lógicamente, *toda* esa producción impresa, muy impopular en el país (lenguaje oficial aburrido, mentira, falsa propaganda de los éxitos inexistentes, denuestos contra los capitalistas y explotadores burgueses en los términos propios de la guerra fría) debería perder la demanda en el mercado libre y convertirse en papel inútil. Pero no fue así. Ante una fuerte reducción de la producción de papel de diario en 1990, el Gobierno de la URSS hizo todo lo posible por asegurar la provisión de las editoriales del PCUS. Buena parte del papel fue colocado en el mercado y vendido a precios exorbitantes. Aquello que antes hacía el censor de GLAVLIT o cualquier funcionario del departamento ideológico del CC del PCUS, ahora lo hace con igual éxito cualquier funcionario del órgano administrativo encargado de distribuir el papel con criterios de fidelidad ideológica: los infeas son los últimos en recibir papel y lo pagan a precios más altos. Existen métodos más sencillos para obstaculizar la *glásnost*. Hace un año nadie podía imaginarse que las imprentas en la URSS iban a detener sus máquinas por falta de tinta para imprimir en color. Uno de los componentes necesarios se importa, pero en 1990 se decidió ahorrar divisas. Como resultado, falló la edición de manuales, libros para niños, pasaportes y papel moneda. Alguna que otra organización de planificación y abastecimiento debió de ganar buen dinero vendiendo los restos de la tinta a precios triplicados. Proveedores alemanes y suizos se hicieron cargo del problema y nos enviaron con urgencia grandes partidas de aditivos y componentes necesarios para producir tinta en dos fábricas soviéticas. Les respondimos negándonos a pagar las facturas en divisas. Los proveedores extranjeros se indignaron y suspendieron el suministro. Los gastos anuales por dicho concepto apenas si llegaban a 4 millones de dólares.

A mediados de enero de 1991 se supo que la única empresa fabricante de zinc de alta pureza para artes gráficas había parado sus máquinas. El nuevo déficit afectó, en primer lugar, a los periódicos centrales que se imprimen en Moscú y se reproducen en muchas ciudades del país (los materiales se envían por telefoto y luego se convierten en matrices a partir de las cuales se hace la reproducción). La causa del déficit de zinc para artes gráficas radica en la política del Comité de Planificación (Gosplán) que a principios de 1991 lo excluyó de la lista de pedidos estatales, sancionando de hecho la venta de ese producto a precios libres.

Situación económica deprimente

El 4 de enero de 1991, *Izvestia* insertó una selección de noticias re-

cogidas por sus corresponsales en diferentes regiones del país y un amplio comentario de la redacción a propósito de cómo el Ministerio de Comunicaciones de la URSS bloquea en todas partes la distribución de este periódico. La verdad es que ocurren cosas curiosísimas: con la subida vertical de las tarifas postales este servicio no deja de empeorar y el celo de sus empleados varía según el periódico de que se trate. Los carteros reparten con religiosa puntualidad *Pravda*, mientras que *Izvestia* o *Komsomólskaya pravda* entran en los buzones de forma muy irregular.

Naturalmente, las nuevas publicaciones tropiezan con más dificultades aún que los periódicos veteranos. De este tema nos habla con más detalle V. Logunov, viceministro de Prensa de Rusia, en el artículo *Rusia recupera su voz*, publicado en *Argumenti i fakti* (núm. 46/90):

La falta de información en la época de la transparencia informativa. La Ley de Prensa ha comunicado un fuerte impulso al proceso de fundación de nuevos periódicos y revistas. Para el 1 de noviembre nuestro ministerio registró unas 300 publicaciones que alcanzan a *toda* la república.

Los nuevos periódicos encaran muchos problemas. Se deja sentir la escasez de cuadros calificados. En un estado deplorable se encuentra el equipamiento de las imprentas. En este capítulo nuestro atraso respecto a los países occidentales es más que evidente. Incluso las máquinas antediluvianas gozan de demanda en el país.

Rusia en un pasado reciente no tenía ni televisión, ni emisoras, ni publicaciones propias, salvo el tristemente célebre periódico *Sovétskaya Rossiá* que *sólo de ture* pertenecía al Soviet Supremo de la república. ¿Y qué decir de los diarios regionales, urbanos y distritales de doble dependencia? Estas publicaciones siempre han estado bajo el control del Partido Comunista.

Por eso nuestro ministerio, creado a finales de setiembre del corriente, promovió a un primer plano potenciar el desarrollo de la prensa rusa independiente.

¿Qué se ha logrado hacer durante el período transcurrido? Ha comenzado a salir el rotativo parlamentario *Rossíyskaya gazeta* (Periódico de Rusia). El 11 de noviembre se lanzó el primer número de este periódico. Antes que finalice el año se pondrá en circulación el semanario gubernamental. Se proyecta asimismo editar un semanario dedicado a los problemas de la soberanía y del federalismo, así como otras publicaciones.

¿Mantener los «principios» o buscar fórmulas de compromiso? ¿Cómo conseguimos empezar la edición de los nuevos periódicos rusos? Diría que por las buenas llegamos a un acuerdo con el CC del PCUS sobre la publicación de nuestra prensa en la editorial *Moskóvskaya Pravda*. Además, hemos pactado financiar en común la construcción de la segunda fase de esta imprenta (con una área industrial de 32.000 m²) y su equipamiento. Conforme a lo acordado, nos correspondería el 40 % de las capacidades instaladas y otro tanto de los beneficios.

Hay quien afirma que, al cerrar el trato con el CC del PCUS, hemos renunciado a nuestros principios... Pero razonemos: ¿qué habríamos ganado con «sustraer» *Sovétskaya*

Rusia al PCUS? Tal acción nos habría proporcionado una determinada cantidad de papel y un diario impopular en Rusia. ¿Dónde podríamos editarlo? ¿En Tula, en Ginebra o en alguna otra ciudad? Además, el órgano de los comunistas rusos tiene su historia y sus suscriptores... Rusia nueva debe tener un periódico nuevo.

En agosto cursamos una carta a los órganos de administración locales, comunicándoles que los periódicos comarcales, urbanos y distritales de doble dependencia no recibirían subvenciones presupuestarias del gobierno ruso (el año en curso el monto de subvenciones ascendió a 70 millones de rublos y en 1991, debido a la subida de precios del papel y de los servicios de imprenta, habría sobrepasado los 300 millones de rublos), pero les sería asignado un 50 % del papel necesario (otro tanto tendría que suministrar la otra parte, o sea, el CC del PCUS). Como resultado, de las primeras planas de diarios empezó a desaparecer la referencia tradicional a que eran «órganos del PCUS», aunque el Partido Comunista no abandonó el propósito de seguir controlando esas publicaciones.

El problema de la dependencia administrativa de los periódicos locales debe resolverse por las buenas y no por fuerza. A la hora de confeccionar el presupuesto público, el Soviet Supremo de Rusia tomará una decisión respecto a las subvenciones a la prensa, y los Soviets locales tendrán que resolver si es racional o no seguir editando uno u otro periódico. Vamos a promover con firmeza esta política, puesto que del destino de las publicaciones locales depende la suerte de unos 30.000 periodistas...

Lo que más nos inquieta es el problema del papel, que se revela muy grave en la república. Hay quien atribuye *toda* la culpa a los cooperativistas, acusándoles de «haber comprado todo el papel». Pero lo que compran los cooperativistas (a precios exagerados) no es comparable con las cantidades de papel que quedan a disposición del CC del PCUS y de otras organizaciones privilegiadas. Funcionarios del Comité Estatal de Planificación siempre han cumplido al pie de la letra las «recomendaciones» del CC del PCUS para la distribución del papel entre los consumidores virtuales.

¿Ha cambiado la situación en este ámbito? Aparentemente, sí. Pero el criterio de distribución del papel sigue siendo el mismo. Por ejemplo, el año pasado la Federación Rusa produjo alrededor de 1,8 millones de toneladas de papel de diario, de las que 600.000 se suministraron a otras repúblicas federadas y casi 250.000, a los países amigos. De la cantidad restante casi la mitad (500.000 toneladas) correspondió al CC del PCUS y unas 150.000 toneladas, al Ministerio de Defensa, al KGB, al Ministerio del Interior, al Komsomol y a otros organismos del mismo calibre. Para cubrir sus necesidades, Rusia obtuvo sólo 60.000 toneladas, menos del 4 % del papel de periódico producido en la república. Así las cosas, ¿es posible que se mantengan a flote nuevos periódicos y otras publicaciones que pueden aparecer (de los Soviets «independientes», para niños, de partidos políticos y movimientos populares)? La única salida consiste en redistribuir los fondos a cuenta de los consumidores que disponen de papel en gran cantidad.

Los periodistas soviéticos han escrito centenares de artículos sobre la necesidad de potenciar la base técnica de la transparencia informativa. Cada nuevo déficit tiene sus causas. La principal es la lucha por la supervivencia del viejo sistema autoritario burocrático. El aparato

del partido y los ministerios aprendieron bien que su dictadura puede existir únicamente en medio de déficit crónico, de pobreza generalizada y falta de derechos. «¡Te voy a dejar sin comida y sin otras cosas!», grita para sus adentros el *apparátchiki* del Partido Comunista y consigue fácilmente el bloqueo económico de cualquier iniciativa creadora.

En la madrugada del 2 de enero de 1991, tropas especiales del Ministerio del Interior de la URSS tomaron por asalto la Casa de Prensa de Riga, capital de Letonia. El flamante ministro del Interior, Borís Pugo, dijo que no había cursado orden alguna de intervención a los *boinas negras* y se refirió a la necesidad de buscar compromisos. ¿Con quién? Pues, con el Partido Comunista de Letonia que decidió «rescatar la propiedad del PCUS» con ayuda de la fuerza armada.

El diario *Izvestia* (9.1.91) recogió las opiniones de Kazimir Dundurs, director de dicha Casa de Prensa: «En 1957, ésta fue transferida al Partido Comunista sin compensación alguna. Cada año, hasta 2 millones de rublos ingresaban en la caja del partido por concepto de utilidades. En 1972, se empezó la construcción de una nueva imprenta con un presupuesto de 25 millones de rublos. Pero compensamos con creces esos gastos, al haber transferido a la cuenta del PCUS más de 90 millones de rublos entre 1976 y 1990. Hace un año, la Casa de Prensa fue transformada en sociedad anónima y centenares de sus trabajadores ya son titulares de acciones. En la asamblea constituyente, éstas fueron repartidas de la siguiente manera: el 51 % para los trabajadores de las imprentas y redacciones, el 26 % para el Estado y el 23 % para el PCUS. La legitimidad de las reclamaciones de ambas partes aún no está determinada por vía judicial ni arbitral».

De la noche a la mañana aparecen *boinas negras* defendiendo al PCUS. El colectivo del más importante grupo editorial de Letonia (1.300 empleados, de ellos 750 en talleres de artes gráficas) se han negado rotundamente a trabajar bajo las mirillas de las metralletas. Los periódicos centrales han dejado de reimprimirse en Letonia y el periódico *Diena*, órgano del Gobierno de Letonia tuvo que cambiar de imprenta. La operación de asalto realizada por tropas del MININT fue apoyada por el CC del PCUS, la Televisión Central de la URSS y el diario *Pravda*, que hicieron todo lo posible por llevar la situación en Riga hasta cotas explosivas.

A comienzos de 1991, en Georgia, Armenia, repúblicas bálticas y en algunas regiones de Moldova y Ucrania, el Partido Comunista prácticamente se quedó sin sus medios informativos. Los periódicos de estas regiones, al suprimir el lema generalizado «¡Proletarios de todos los países, uníos!», se han liberado de la tutela del partido y han accedido a la independencia. Sus fundadores son los propios colectivos de redacción. Pero este proceso no se ha extendido todavía a la industria papelera y a la im-

prenta. Las empresas papeleras siguen funcionando en régimen de GULAG, porque se les priva de todos los beneficios y no se les permite ni el más mínimo margen de autonomía. Por eso la comparación con el GULAG –sigla de la Dirección General de Campos de Concentración en tiempos de Stalin– es perfectamente válida, máxime si tenemos en cuenta que en las explotaciones forestales siguen trabajando presos comunes y que el personal de dichas empresas padece enfermedades y sufre las consecuencias del desabastecimiento alimenticio. Lo cierto es que en aquellos lugares no puede haber personas sanas, porque la polución contamina el aire, el suelo y las aguas. La estadística oficial registra que el 80 % de los alumnos de grados superiores tienen problemas de salud y el 20 % restante los tiene en fase latente. La causa principal es la mala alimentación (exceso de farináceos, azúcar y grasa animal, hortalizas contaminadas con abonos nitrogenados y falta de frutas), así como la degradación ambiental.

Moscú no puede, por ahora, mejorar la deprimente situación económica de las industrias forestal y papelera de Rusia. El 80 % de los equipos instalados en las empresas del sector son de importación y casi *toda* la producción de las mismas es exportable, es decir, puede generar ingresos en divisas. Es posible mejorar la situación de dichas industrias, pero el monopolio de los departamentos centrales las tenía metidas en cintura. Hasta aquí, una visión pesimista de las cosas. Pero también hay noticias buenas. El modelo estalinista de economía centralizada aún es capaz de cierto progreso. Resulta que los equipos de las empresas madereras y papeleras, que sufren un total desgaste físico, pueden ser explotados con mayor rendimiento mediante sistemas occidentales de control de procesos tecnológicos. La compañía estadounidense ABB USSR Business Development Inc. concedió un crédito de 22,5 millones de dólares por un plazo de 3 años. Según el programa ratificado por el Ministerio de Industria Forestal y el Consejo de Ministros de la URSS, la empresa mixta PRIS (integrada por la ABB y un grupo científico e industrial soviético) suministró en 1990-1991 equipos a 10 empresas cuya aplicación permitirá aumentar entre 5 y 20 la productividad laboral y elevar la calidad a nivel mundial.

El mercado no acaba de aparecer en medio de tanto dictado monopolista. Si tienen ganas de instalar un moderno sistema de encendido eléctrico (léase de control tecnológico) en todos los automóviles que se deshacen (léase empresas papeleras y forestales), los instalan por la fuerza. Si luego les da por convertirlos en chatarra, los convierten. Lo principal es que tales contratos prometen viajes a EE.UU. para funcionarios ministeriales y gubernamentales. Y como se les va a dispensar una hospitalaria acogida, de vuelta a casa querrán inventar un proyecto igualmente global y ambicioso, con grandes ventajas para el contribuyente estadounidense.

Lo paradójico es que las firmas occidentales, con garantías de sus respectivos Gobiernos o sin ellas, están dispuestas a invertir en la URSS, en proyectos totalmente ineficaces desde el punto de vista económico. El sentido común sugiere que los occidentales deberían ayudar a los editores de la naciente prensa libre de igual modo que a la prensa independiente polaca, en los años 70 y 80. En aquella época, a las editoras opositoras se les suministró papel, dinero, máquinas impresoras y otros equipos necesarios. Respecto a la URSS, la política es distinta, cabe decir, diametralmente opuesta. He aquí como la enjuicia la diputada Galina Starovóitova en una conversación mantenida con un corresponsal de la emisora estadounidense Libertad en Moscú. La entrevista fue publicada en el periódico *Rússkaya mísl* (Pensamiento ruso) (8.6.90), que editan en París emigrantes de la URSS.

Me parece que la mayor preocupación de Occidente es evitar que la URSS se desintegre como imperio y se convierta, como suelen decir algunos, en un Zimbabwe con armas nucleares. Lo cierto es que nuestros periodistas que han estado en ese país africano dicen que si nos ponemos a trabajar bien, dentro de treinta años podremos vivir como se vive ahora en Zimbabwe. De suerte que dicha analogía no es justa, aunque en Occidente la utilicen con bastante frecuencia. Los países occidentales están dispuestos a hacer concesiones, muchas concesiones, y a otorgar créditos. La RFA ya está dando pasos en ese sentido para evitar la crisis económica que nos amenaza. Occidente está realmente interesado en hacer concesiones, porque un imperio como el nuestro, en proceso de desintegración, es peligroso para todo el mundo. Occidente está interesado en mantener el estancamiento de la URSS y se muestra dispuesto a concedernos créditos incluso antes de que empiecen las reformas económicas en nuestro país. ¿Pero en qué medida estamos interesados los soviéticos en que el estancamiento se mantenga y en que nos den créditos y donaciones de misericordia no condicionados al inicio de reformas? Me parece que esos créditos desaparecerán como agua en la arena, como la enorme ayuda internacional a raíz del terremoto en Armenia. El caso es que nuestro sistema económico actual es incapaz de utilizar eficazmente la ayuda extranjera. Pienso que Occidente tendría razón si se interesara por cómo se pretenden utilizar los créditos. Sería mejor si los países occidentales nos ayudaran con tecnologías avanzadas, con experiencia de gestión y especialistas, sobre todo en la creación de la infraestructura técnica y material de la prensa independiente, la cual podría disipar los estereotipos y prejuicios que siguen pesando en la conciencia de la mayor parte de la población y que obstaculizan el desarrollo de la empresa libre. De lo contrario, sólo será posible retrasar la crisis, pero no prevenirla.

Después de 70 años de propaganda, de falsedades, tiene importancia fundamental reconstruir una prensa libre, influyente y profesional.

La inventiva de quienes quieren reprimir a la prensa independiente en este país no tiene límites. Junto con un fuerte aumento de los precios del papel (oficialmente, el 100-300 %, pero en el mercado los precios se

han decuplicado) y de las tarifas de imprenta, el Ministerio de Comunicaciones de la URSS ha subido los precios de envío y distribución de periódicos y revistas. Al amparo de sus derechos monopólicos en la distribución de la prensa a través de la red de Soyuzpechat, y utilizando la dependencia de las oficinas de correo y de los carteros de ese ministerio, la jefatura del mismo reclamó por sus servicios el 50 % de la recaudación por concepto de venta de las publicaciones centrales (periódicos y revistas de difusión nacional que se editan en Moscú). Respecto a las demás publicaciones, que también quieren ampliar el ámbito de difusión, se ha decidido actuar según los «precios libremente convenidos», es decir, sin regla alguna.

En opinión del diario *Izvestia* (26.1.91), el récord absoluto corrió a cargo de los responsables del correo de Kazajstán que incrementaron en 16 veces (!) las tarifas de servicio postal y en 26 veces (!) las de distribución de la prensa. Al tributar con un 60 % a la tesorería de dicho ministerio, las editoriales locales se encontraron al borde de la ruina.

Para evitar la quiebra, todas las publicaciones periódicas han tenido que elevar varias veces los precios de venta al público y hasta limitar la suscripción para 1991. En 1990, el precio de un ejemplar de un diario o un semanario central no sobrepasaba 20 kopeks. Los periódicos independientes, que tienen cerrado el acceso a la red distribuidora de la agencia estatal Soyuzpechat, se venden por difusores callejeros a 1 ó 2 rublos el ejemplar, y eso a pesar de la pequeña extensión de esas ediciones y de la bajísima calidad de la impresión gráfica).

Al provocar la subida artificial de los precios, los departamentos centrales se han salido con la suya, aprovechando, además, su monopolio en la producción y distribución del papel y sus derechos de propiedad de las imprentas, los locales de las redacciones y las redes de difusión. El Partido Comunista seguía difundiendo por todos los medios –por suscripción obligada cuando sea posible, a precios rebajados o gratis– los diarios *Pravda* y *Sovétskaya Rossia*, así como publicaciones de índole similar. ¿Qué podía hacer la redacción de la revista literaria mensual *Novi mir* en esta circunstancia?

Es necesario, sin duda, modernizar las empresas papeleras y de comunicación, construir nuevas imprentas y dotarlas de equipos modernos. Pero, quién puede asegurar que los enormes recargos sobre los precios del papel, las tarifas de correos y los servicios de las imprentas se utilizarán para modernizar las empresas, aumentar los salarios del personal y mejorar las condiciones de vida y de trabajo de los obreros forestales, tipógrafos y empleados de correos. Porque suele suceder que todos o casi todos los beneficios adicionales van a parar al bolsillo del Estado, o sea, a fondo perdido.

Lo que antes no se consiguió hacer limitando la suscripción (no a *Pravda* ni a otras ediciones del partido, sino a revistas como *Novi mir*. un

cupón de suscripción se rifaba entre todo un colectivo laboral de casi mil miembros), ahora se consigue fácilmente con la subida de precios. Pero los burócratas de siempre no tuvieron en cuenta una circunstancia fundamental: la opción definitiva la hacen los propios suscriptores que en vez de recibir 3 ó 4 publicaciones van a recibir, en 1992, una o dos, pero de aquéllas que más les gusten.

El hambre informativa se deja sentir en la URSS. La pobreza de la prensa periódica de hoy contrasta incluso con la de 1913, es decir, de antes de la revolución. En 1988, se editaban en la URSS 1.578 revistas de especialidad y orientación diferentes. En la Rusia zarista, las revistas sumaban más de ocho mil. Según el semanario *Ogoniok* (19.5.90), no podemos ni compararnos con los países desarrollados. En la RFA, cuya población es cinco veces menor que la de la URSS, aparecen 1.268 revistas científicas; en EE.UU., 18.500, de ellas 290 son de sociología, frente a las 2 que sobre este tema aparecen en la URSS. En total, se editan en EE.UU. 59.609 revistas.

En cambio, justo la mitad de todo el papel periódico de la URSS se empleaba en la edición de revistas «socio-políticas» y «socio-económicas». Entre ellas, eran muy pocas las científicas propiamente dichas. Todos los quioscos, desde Moscú hasta Vladivostok, así como todas las bibliotecas estaban llenos de escritos propagandísticos y ediciones de diferentes ministerios y departamentos. Esos *stocks* de producción periódica ilegible por innecesaria se cancelaban cada fin de mes y se enviaban directamente a los centros de almacenamiento de papel usado. ¿Qué persona sensata querría gastar su dinero —o pedir gratis en una biblioteca— en publicaciones como *Revista Internacional* (editada en Praga por el movimiento comunista mundial), *Blocnot agitatora* (Agenda del Propagandista, editada por el PCUS en 76 ediciones regionales y en las lenguas de muchos pueblos de la URSS), *Sotsialisticheskoe sorevnovanie* (Emulación Socialista), *Slovo léktora* (Palabra del Conferenciante), *Sotsialisticheski Trud* (Trabajo socialista), *Raboche-krestianski korrespondent* (El Corresponsal Obrero y Campesino), *Ekonomika Sovetskoi Ukrainy* (Economía de la Ucrania Soviética), *Kommunist Gruzii* (El comunista de Georgia) y centenares de otras ediciones similares?

Al verse fuera del sistema de suscripción obligatoria, la mayoría de esas ediciones «socio-políticas» simplemente han dejado de existir. El análisis realizado por *Izvestia* el 24 de noviembre de 1990 adelantaba el siguiente panorama:

Para el 1 de enero de 1991, la tirada suscrita de los periódicos de difusión nacional representa el 64,9 % en relación con la suscrita para el 1 de enero de 1990; en el caso de las revistas de alcance nacional, la tirada es del 45,4 %.

Entre los periódicos, al igual que el año pasado, el liderazgo lo ostenta el semanario *Argumenti i fakti* con 22.773.000 suscriptores. La tirada de este periódico, como

se recordará, ascendía a más de 33 millones de ejemplares. La del diario *Trud* fue de 21 millones. Para 1991, han formalizado la suscripción a este periódico más de 17 millones de habitantes. Luego sigue *Komsomólskaya pravda*, diario de la juventud que en 1990 tuvo una tirada de casi 22 millones de ejemplares por día, y estuvo a punto de entrar en el *Libro Guinness de los Récords*. Este año, los suscriptores de KP suman 16 millones.

Izvestia, cuya suscripción anual pasó a costar casi 23 rublos, también ha perdido no pocos suscriptores, que en 1991 sumarán, sin embargo, más de 3,6 millones, cifra que lo sitúa entre los cinco diarios de mayor tirada en el país. *Sélskaya zhizn'* ocupa el quinto puesto con una tirada de 3,5 millones de ejemplares.

Entre los periódicos de difusión nacional, los mayores descensos en la suscripción corresponden a *Literatúrnyaya gazeta* (1 millón frente a los 4,5 millones en 1990), *Pravda* (2 millones contra 6,8 millones). En el caso de las revistas, la pérdida de suscriptores afecta, en primer lugar, a *Diálogo* (19,6 % en relación con el año pasado) e *Izvestia del CC del PCUS* (22,8 %). La tirada de la revista *Chelovek y zakón* (El hombre y la ley) se redujo en tres cuartas partes. *Ogoniok*, al encarecer a más del doble, ha perdido un tercio de sus lectores habituales. En 1991, su tirada fue de 1,5 millones de ejemplares frente a los 4,6 millones en 1990.

Para el otoño de 1991 se habían registrado en los Soviets de los diversos niveles unas 20.000 publicaciones periódicas, 400 de las cuales habían sido fundadas por particulares. Para 1992, el catálogo general de periódicos y revistas que se distribuirán por suscripción en toda la URSS incluía más de 2.000 títulos, entre ellos cerca de 300 totalmente nuevos (en el catálogo de 1991 figuraban menos de mil títulos).

En 1992 la suscripción anual a muchos periódicos, sin hablar ya de las revistas científicas, se ha convertido en un lujo. Soyuzpechat, el Ministerio de Comunicaciones y el Gabinete de Ministros han hecho todo lo posible por retorcer los brazos a los editores y cargar la cuenta a los suscriptores. La gente con bajos ingresos compra los periódicos como las tartas: sólo con ocasión de días festivos.

Las cosas se presentan peor aún para las publicaciones de entidad de distrito, en las que trabajan la mayoría de los periodistas soviéticos. Hasta hace poco, las de mayor difusión y rentables funcionaban a cuenta del presupuesto del PCUS, mientras que las de menor tirada, y deficitarias, estaban a cargo de los Soviets. Basta echar una ojeada a cualquier periódico de distrito para comprender que la crisis económica actual y lo que se avecina pueden ser fatales para esas publicaciones. Da lástima ver las dificultades con que tropiezan: ¿cómo salir adelante sin clisés y con letras desgastadas y borrosas? Hace todavía dos o tres años, las imprentas soviéticas mal que bien recibían maquinaria y piezas importadas de la RDA y Checoslovaquia. Pero desde 1990 tenemos que pagar con moneda convertible. Y no hay divisas ni tampoco máquinas de fabricación soviética. Por ahora hay papel, pero esta mercancía es, desde hace tiempo, objeto de las maniobras políticas de los sectores pudientes.

Además, los complejos del ramo presentan una tendencia crónica al incumplimiento de los planes y la disminución de las cifras totales de producción, y saben muy bien que en China, la India o Taiwan por una tonelada de papel, aunque sea de calidad mediocre, les pagarán gustosos 470 dólares. En algunas regiones de la Federación Rusa han decidido

imponer restricciones a la venta de madera fuera de su territorio. El 95 % del papel periódico fabricado en la URSS se elabora en tres complejos industriales (los de Kondopoga, Solikamsk y Balajny), o sea, en 22 máquinas continuas, ocho de las cuales llevan ya funcionando no menos de 50 años, otras doce fueron puestas en marcha hace cosa de 20 ó 30 años y las dos restantes, las más modernas, cuentan ya con 8 años de servicio. Estas 22 instalaciones son de fabricación extranjera y todas las piezas de repuesto indispensables deben ser importadas. Pero no hay divisas.

De año en año el Estado ha venido comprando papel finés para los diarios *Pravda* e *Izvestia*, que cubrían con él una parte considerable de sus tiradas. Hasta 1991 adquiríamos anualmente en Finlandia unas 400.000 toneladas de diferentes marcas por un valor total de 250 millones de dólares. Resulta interesante comparar las cifras de la producción de papel periódico en los países que encabezan la clasificación mundial: en Canadá, 9.672 millones de toneladas; en EE.UU., 5.300; en Japón, 2.588; en Suecia, 1.975, y en la URSS, 1.874. Cotejemos también los índices de consumo per *cápita* en algunos países: en la URSS, 6,3 kg; en Suiza, 43; en Suecia, 44,5; y en EE.UU., 51,6.

Por lo que se refiere a la producción total de papel, Estados Unidos va en cabeza, seguido por Japón, con 22,5 millones de toneladas en 1987, casi el doble que la URSS.

Por otra parte, el uso del papel en grandes cantidades y con diferentes fines, tanto en la industria de artes gráficas como en las más diversas esferas de la producción y los servicios, se combina en el extranjero con una utilización racional y parsimoniosa de los residuos. Según datos de fuente japonesa correspondientes a 1987, el aprovechamiento de papel usado proporcionaba en Inglaterra el 29,8 % de la producción papelera nacional y en Japón, el 49,1 %, mientras que en la URSS este índice no pasa del 19,1 %.

La importancia de las tecnologías de recuperación es evidente: en 1987, los japoneses obtuvieron sobre esta base el 81,5 % de la producción nacional de papel de imprenta.

Nosotros, en cambio, podríamos llenar todos los museos del orbe con modelos antediluvianos de máquinas impresoras. En todo el mundo, incluso en África, hace tiempo que se pasó al equipamiento electrónico, mientras que en este país hasta los periódicos centrales se siguen imprimiendo en linotipias.

M. Nenáshev, al encabezar el Ministerio de Información y Prensa de la URSS, instituido en julio de 1991, *prometió* adoptar medidas de modernización. Hay que decir que el comunista Nenáshev se diferenciaba de muchos de sus compañeros de partido, como Krávchenko o Efímov, que ocupaban cargos directivos en los medios de comunicación de masas. El reemplazo de Nenáshev por Krávchenko al frente del Comité Estatal de TV y Radiodifusión (Gostelerra-dio) de la URSS agregó un nombre más a la lista de personalidades respetadas, como Bakatin, Shevardnadze, Petrakov, Yákovlev y Shatalin, que perdieron sus puestos a raíz del «giro a la derecha» a finales de 1990. ¿Qué podía hacer Nenáshev en los pocos meses que duró su ministerio? En contraste con la inoperancia de las estructuras de la URSS, tenemos a la vista la intensa actividad desplegada por el ministro de Información de Rusia, Mijaíl Poltoranin. Pero ¿quizá debamos tener en cuenta que Poltoranin se dio de baja del PCUS en 1990?

El caso de Eduard Sagálaev es un tanto distinto. Sigue siendo miembro del PCUS, aunque se marchó él mismo de la TV Central. No quería estar mintiendo todos los días al son de la flauta de Krávchenko y concibió el proyecto de fundar una compañía privada de televisión.

Sagálaev no es de los que gastan palabras en balde. Precisamente porque tiene fama de persona honrada y muy seria, ha sido elegido presidente de la Junta Directiva de la nueva Unión de Periodistas de la URSS, de carácter confederativo. Ahora bien, ¿qué es la Unión de Periodistas (UP) de la URSS? ¿Un sindicato de profesionales de la prensa? Lamentablemente, no. Verdad es que su flamante presidente, Eduard Sagálaev, promete crear tal sindicato en un futuro más o menos próximo.

¿Por qué mienten los periodistas?

Durante largos decenios los periodistas soviéticos han estado encuadrados en un sistema de servidumbre de escalones múltiples. Los trámites de colocación, sobre todo en el caso de un periodista de poco nombre, duraban meses o incluso años; en cambio, podían despedirlo de la noche a la mañana, sin que tuviera derecho a recurrir ante los tribunales. La prensa estaba sometida a un control total –riguroso y muy eficiente– en el que intervenían todos los niveles de la jerarquía. Cualquier periódico de entidad distrital, con una tirada de unos cuantos miles de ejemplares, se hallaba bajo la vigilancia permanente de los organismos superiores del partido. Los hilos del sistema de control confluían en la correspondiente sección del CC del PCUS, que desempeñaba de hecho las funciones de Ministerio de Información y Prensa. Cada número del más pequeño periódico distrital era estudiado con microscopio por censores, oficiales del KGB y funcionarios de los comités de partido y los organismos de hacienda y de planificación. Eran tiempos en que una fábrica de géneros de punto podía burlar durante años la vigilancia de los organismos estatales e introducir en el mercado –por conductos soterrados– mercancías que representaban hasta un 90 % de su producción total, no registradas en los libros oficiales y obtenidas a partir de materias primas robadas; pero la producción ideológica era materia sagrada, vigilada con máximo rigor. Los censores del Estado y del PCUS no aceptaban dádivas.

La falta de protección del periodista (El control económico e ideológico)

Y cuando un periodista intentaba discrepar de sus jefes o exponer públicamente una opinión distinta a la oficial sobre un asunto insignificante y hasta ajeno a lo político, el cese era fulminante e inapelable. Nuestros periodistas nunca han tenido protección, sea de los sindicatos

o de la Unión de Periodistas (UP). Tampoco les defendían los tribunales. El periodista que «incurría en falta» se convertía de inmediato en objeto de acoso y derribo, no pudiendo contar siquiera con ese mínimo margen de protección social que cubría a los demás trabajadores soviéticos, desde los campesinos y obreros hasta los empleados y profesionales. El periodista soviético, al igual que el zapador, podía errar en lo ideológico sólo una vez. Ya he dicho que ese sistema ha permanecido intacto hasta 1990.

El aparato de la Unión de periodistas y el de sus delegaciones locales se nutría, en lo fundamental, de funcionarios del partido. Los secretarios de la Unión siempre eran directores de editoriales del partido, bien situados en las estructuras jerárquicas verticales, desde Moscú abajo. El cargo de presidente de la Junta Directiva de la UP era, durante muchos años, complemento al de director del diario *Pravda*, y sus adjuntos eran, por lo común, directores de la agencia TASS, de *Izvestia*, RTV, APN, etcétera. Cuando se iba un director general, pongamos el de la agencia TASS, le sucedía otro que ya tenía reservado un puesto en la Junta Directiva de la UP, cuya sesión plenaria no hacía sino ratificar formalmente tal «designación».

El 5 de febrero de 1991 se inauguró en Moscú el VII Congreso de la Unión de Periodistas de la URSS. Un gran número de delegados eran mayores de cincuenta años. Ellos fueron quienes salvaron a Leonid Krávchenko, cuando varios delegados pidieron que se le revocara de su cargo de diputado popular de la URSS en representación de la UP de la URSS. A pesar de los esfuerzos del presidente de la Mesa por quitar hierro al asunto, consiguieron que incluyera en el orden del día un informe de Krávchenko sobre la situación en Gostelerradio, donde a partir de su nombramiento se había desplegado una poderosa ofensiva contra la *glásnost*.

Leonid Krávchenko fue expulsado de la organización gremial poco tiempo después, por acuerdo de la Presidencia de la UP de Moscú. Por lo que es del mencionado congreso, allí se tomó una decisión muy importante: la antigua Unión de Periodistas de la URSS dejó de existir como tal, siendo sustituida por una nueva organización que lleva el mismo nombre, pero tiene un carácter confederativo. De este modo se subraya la igualdad y la soberanía de todas las organizaciones que la integran sobre bases contractuales. La nueva Unión de Periodistas es una organización no gubernamental e independiente de los partidos políticos, que se rige por los principios de autogestión. Está llamada a defender los derechos de los trabajadores de los medios de información social, así como el derecho de los lectores, oyentes y televidentes a recibir información verídica y seria.

Pocos días después de que el Congreso de la UP concluyera sus labores, salió a la luz el Decreto del Presidente de la URSS sobre medidas

prioritarias para la protección socio-económica de los trabajadores de la literatura y el arte en el contexto de la transición a las relaciones de mercado. Uno de sus puntos decía: «Serán eximidas de impuestos las publicaciones de la Unión de Periodistas». *Golos* (La Voz), el nuevo periódico de la UP de la URSS, reaccionó inmediatamente (núm. 8, febrero de 1991) a este importante acontecimiento, insertando una entrevista con el viceministro ruso de Prensa, Mijaíl Fedótov, titulada *El cuarto poder y los «órganos de prensa»*.

– Después de leer este decreto, pensé que hace poco, en el VII Congreso de la Unión de Periodistas de la URSS, aprobamos un llamamiento dirigido, entre otros destinatarios, al Presidente de la URSS, en el que proponíamos, en particular, «eximir de impuestos las rentas de las redacciones y las asociaciones de periodistas, al objeto de asegurar la supervivencia de los medios de comunicación de masas en las nuevas condiciones económicas. ¿Se acuerda?

– Claro que sí. Lo hemos publicado en el número siete de *Golos*. Pero ¿a qué viene este preámbulo?

– Pienso que se ha respondido rápidamente a lo que planteamos.

– ¿De verdad le parece que ese llamamiento era lo que faltaba para que el Presidente de la URSS promulgara dicho decreto?

– Sería difícil decir cuál ha sido la «última gota» determinante. Pero no descarto la posibilidad de que haya sido precisamente dicho llamamiento. Aunque en el Congreso de los Periodistas se planteó el problema en términos más extensos: eximir de impuestos todos los medios de comunicación de masas. Y es que en el contexto actual, marcado por la carestía del papel y los servicios de imprenta y de correos, los periódicos y revistas que obtenían antes inmensas ganancias (otra cosa es dónde iban a parar esos beneficios), ahora empiezan a sufrir enormes pérdidas. Por eso es muy importante que el Presidente tome medidas. De lo contrario, dentro de medio año nos encontraremos en una sociedad privada de los grandes medios de información. Sólo subsistirán las publicaciones de tipo comercial, que se nutren de la publicidad y la pornografía.

– ¿Es decir, que en la prensa sólo quedarían esas dos fuerzas motrices: publicidad y pornografía?

– En efecto.

– ¿Qué tipo de impuesto deben pagar actualmente las redacciones de los periódicos y revistas? ¿El 45 %, como cualquier empresa?

– Según la legislación de la URSS, sí; pero en Rusia el tipo del impuesto sobre los beneficios de las empresas es del 38 %. Agregúese el 50,6 % que se lleva el Ministerio de Comunicaciones; más el costo del papel. Bien sabemos que las empresas productoras ignoran por completo el precio de 800 rublos la tonelada, fijado por el Estado: en realidad cobran 1.200, 1.500, o incluso más... ¿Hay acaso algún periódico que pueda sobrevivir en tales condiciones de robo generalizado?

El decreto presidencial, al eximir de impuestos a la Unión de Periodistas y a sus empresas, agrupaciones y organizaciones, crea una nueva situación para los *mass media*. De ahora en adelante, las redacciones de los periódicos y re-

vistas que se coloquen bajo la égida de la UP no tendrán que pagar impuestos.

– ¿Y los periódicos que sigan siendo órganos de los comités del PCUS o los Soviets, o los de tipo comercial, tendrán que continuar pagando un impuesto del 45 ó 38 % sobre las ganancias?

– Exactamente. Pero, en virtud del decreto, los que cambien de editor y pasen a ser publicaciones de la correspondiente organización –por ejemplo, regional, urbana o distrital– de la UP se beneficiarán inmediatamente del régimen de exención fiscal.

Creo que esta cláusula encierra cierto significado político. En ningún otro país del mundo (me refiero a los países de verdadera democracia) hay periódicos que sean órganos del poder estatal ni tantísimos diarios de partido. Por doquier la prensa cumple las funciones de cuarto poder. Y pienso que estaremos de acuerdo si digo que el cuarto poder no puede ni debe ser el órgano de prensa del primero ni del segundo ni del tercero. ¿Acaso puede actuar como cuarto poder el órgano de una entidad oficial o partido?

Por eso me parece que este decreto tendrá un efecto inesperado: todos los medios de información social optarán por pasar bajo la tutela de la Unión de Periodistas. Tanto más que, como se enfatizó en el VII Congreso, la UP no debe ser una entidad de tipo lucrativo, sino una organización de profesionales que atienda a las necesidades de la labor creativa.

– *Golos* será uno de los primeros periódicos en disfrutar de la exención de impuestos, ya que la UP de la URSS figura entre nuestros cofundadores. Ahora bien, en el caso de otras publicaciones, ¿cómo deben proceder para cambiar de editor: pueden limitarse a solicitar el consentimiento de la correspondiente organización de la UP o deben inscribirse en el registro de prensa en calidad de nueva publicación?

– El procedimiento a seguir es el segundo. El periódico puede cambiar de nombre o conservar el que llevaba, pero necesariamente debe dejar de existir en su personalidad jurídica de antes y registrarse en calidad de nueva publicación.

– Dice usted que el decreto presidencial exime de impuestos a las publicaciones de la UP. Pero bien sabemos que antes también había muchas publicaciones que disfrutaban de exención fiscal.

– Sí, y sus beneficios se destinaban a la Unión de Periodistas. ¿Y qué ocurría? La UP las colocaba entre la espada y la pared: o transferís a nuestra cuenta todas vuestras ganancias o se las llevará el Estado por concepto de impuestos. En cualquier caso, las redacciones se quedaban en cueros. Ahora gozarán de franquicia fiscal sobre bases legales.

– Además, pueden mejorar su situación financiera captando publicidad, la cual, como sabemos, constituye la principal fuente de ingresos de la prensa extranjera.

– Lamentablemente, por ahora, nuestros periódicos no pueden vivir de esos anuncios. Para que la publicidad comercial se convierta en una fuente de recursos estables, tienen que darse ciertas condiciones. La necesidad de publicitar productos de consumo surge en las sociedades donde hay abundancia de tales productos. En nuestras condiciones, la publicidad comercial es más bien una forma de autopublicidad a que recurren los dirigentes de empresas que cuentan con dinero disponible, y nada más.

- El decreto especifica que las nuevas empresas de las uniones de escritores, periodistas y artistas podrán ser eximidas de contribuciones por el Ministerio de Finanzas, previa concertación con el Ministerio de Cultura. ¿Qué viene a hacer aquí este ministerio?
- Me parece que esta cláusula puede dar lugar a que se cree cierto mecanismo de coacción del Ministerio de Cultura con respecto a dichas uniones.
- ¿Teme que el Ministerio de Cultura pueda plantear exigencias a las nuevas publicaciones de la UP?
- Sí. Por ejemplo, puede decir: este periódico gozará de exención fiscal, y aquél, no. En tal caso podría surgir un peligroso mecanismo complementario de control ideológico.
- Creándose, además, condiciones propicias para el soborno.
- Es una contingencia que tampoco podemos descartar. Pero el decreto dice que las nuevas empresas y organizaciones serán eximidas de impuestos por el Ministerio de Finanzas. Por lo tanto, vamos a interpretar esta cláusula de la siguiente manera: el Ministerio de Finanzas tiene la obligación de eximirlos.

Aunque todavía quedan por aclarar muchos puntos, me inclino a pensar que, al introducir esta norma en el texto del decreto, sus autores han tratado de prevenir la eventual creación de empresas que no guarden relación con las actividades estatutarias de dichas uniones (por ejemplo, montaje de automóviles, radiotécnicas...). En tal caso, la concertación con el Ministerio de Cultura hará las veces de freno automático para poner coto a posibles fenómenos de defraudación tributaria.

- Pero en el caso de la Unión de Periodistas cabe considerar como actividades relacionadas con su finalidad estatutaria no sólo la edición de periódicos y revistas, sino también la producción de papel...

- Pienso que esto sería lo más justo. En primer término, la UP debe preocuparse porque se desarrolle la base material de la libertad de expresión. Sin la correspondiente base material, la libertad de prensa es puro *bluff*. Sin papel y sin imprentas no puede haber prensa libre ni libertad de expresión.

Confío en que este decreto sea el primer paso dado por el Presidente para resolver los problemas socioeconómicos de los cuales se trató en el VII Congreso de la Unión de Periodistas y a los que se hizo referencia en el llamamiento del Congreso.

Los profesionales de la mentira abundan aún

En mayo de 1991 se constituyó en la Unión de Periodistas de la URSS, el Comité para la defensa de la libertad de expresión y los derechos de los periodistas, presidido por otro profesional en paro, Pável Gutiérrez, quien poco antes se había visto obligado a despedirse de *Izvestia*, en el que se había destacado como analista de política interior. Gutiérrez se enfrentó con problemas muy complicados. ¿A quién debía defender?

Quienes se aplicaban antes en despotricar contra el mundo capitalista y cobraban puntualmente las recompensas en metálico y en forma de viajes al extranjero, no creían ellos mismos en una sola palabra de lo que

escribían. Con soberbia imperial y sin tener la más mínima idea de lo que está pasando en las repúblicas, esa misma gente endilga sambenitos de «nacionalista», «fascista» y otros calificativos por el estilo a los dirigentes de Lituania. Entre tanto, en Uzbekistán, por intervención del Ministerio del Interior de la URSS, han sido encarcelados los dirigentes locales que no inspiraban confianza a Moscú; en Bakú, los paracaidistas ametrallaron a los rebeldes, y los dirigentes de la república fueron sustituidos por emisarios del Kremlin; en el caso de Armenia se recurre a la guerra y al bloqueo económico; contra el Gobierno independentista de Georgia se azuza a los turcos de Mesquetia, los osetios y los abjasios. Todos estos atropellos se organizan desde el centro con la correspondiente cobertura «informativa». Entre nosotros abundan todavía los profesionales de la mentira.

No es de extrañar, por tanto, que el hombre de la calle sienta poco respeto hacia los periodistas y su oficio. Dios nos libre de tales «informadores», piensa la gente normal, de la misma manera que prefiere evitar el trato con los jueces de instrucción, los policías o los oficiales del KGB. En relación con este tema, son dignas de interés las reflexiones expuestas por Mijaíl Poltoranin en el semanario internacional *Russki kurier* (núm. 16, junio de 1991):

– Hoy, claro está, las cosas han cambiado en comparación con el período del 88 al 89, cuando nos maldecían desde todas las tribunas. La sociedad les cogió manía a los periodistas, porque era una sociedad enferma. El periodismo normal revelaba sus deficiencias, sus dolencias, mostraba el revés del tejido. Lo que ella se había acostumbrado a mantener bien oculto. Nuestra sociedad inmadura y antidemocrática se estremeció cuando le enseñaron crudamente en el espejo de la prensa qué mal educada está, qué mal vive, qué mal viste... Pero, en lugar de empezar a curarse, se puso furiosa contra el espejo e incluso trató de romperlo.

La segunda ola de antipatía hacia el periodismo se levantó después de que esa gentuza a la que llamamos partitocracia recuperara el control de casi todos los *mass media*. Se adoptaron medidas de ostracismo, contra las pocas publicaciones que todavía discordaban en el cuadro general de la calma restablecida. Pero a partir de agosto de 1990, a raíz de la entrada en vigor de la Ley de Prensa, fueron apareciendo en número creciente periódicos absolutamente independientes, liberados del control de cualquier sector oligárquico, y que nuevamente se pusieron a decir lo que el resto de la prensa silenciaba. Y nuevamente comenzaron los gritos, las llamadas al orden: ¡Ojo!

Por otra parte, en el contexto actual, el que los periodistas gocemos de poco prestigio es culpa en gran medida de nosotros mismos. Hemos sido los primeros en pasar a las condiciones de mercado. Y ahora vemos que muchos profesionales de la información, de los que se habían acostumbrado a vivir al amparo de algún organismo y cumplir las indicaciones que les daban, no pueden adaptarse a las condiciones en que ya se está desenvolviendo el periodismo independiente, democrático. Tanto más por cuanto los comités del PCUS han cambiado de táctica. Antes trataban a los periodistas como lacayos y sólo les

ofrecían los huesos ya roídos de la mesa señorial; ahora, en cambio, la partitocracia se ha puesto a cebar a los periodistas que siguen trabajando en los medios de comunicación controlados por el PCUS: en la TV Central, en *Pravda*, en *Sovétskaya Rossia*, en *Sélskaya zhizn'*, en *Rabóchaya tribuna*, en *Moskóvskaya pravda*. Les están creando condiciones óptimas, dignas de envidia para quienes trabajan en la prensa independiente y a los que ellos llaman plumíferos. Y los más mimados se han puesto a cumplir cualquier indicación de sus jefes.

Veán, por ejemplo, a Igor Fesunenko, el moderador de los programas con los candidatos a presidente de Rusia. ¡Qué delicado, con qué finura elegía las preguntas dirigidas a Bakatin o Rizhkov! Véanle cuando conversa con Gorba-chov. Ya no sólo luce su sonrisa más agradable, sino que respira admiración embelesada, servilismo, obediencia. Hasta su figura se encorva *toda* en forma de interrogación.

Y vean con qué desparpajo ese mismo Fesunenko se arrellana en su butaca ante Yeltsin, con qué desvergüenza... Cuando Yeltsin se quitó la chaqueta (el ambiente de los estudios está recalentado por lo focos), Fesunenko le dijo: «Espero que no vaya más lejos». Creo que en una sociedad decente, un periodista así perdería el derecho a aparecer en las pequeñas pantallas. Naturalmente, la gente, cuando ve a periodistas de este tipo, no puede sentir respeto hacia ellos, y esos sentimientos se proyectan a los demás profesionales de la información.

Otra cosa que me preocupa es que los periodistas también nos estamos dividiendo en dos bandos. Unos, por así decirlo, se decantan netamente a derecha; los otros, netamente a izquierda. El periodista no tiene el derecho de ponerse al servicio de uno u otro grupo de fuerzas, porque su deber consiste en representar el cuarto poder, el poder de la opinión pública. Y ésta tiende siempre a colocarse por encima de las peleas y enjuiciar las cosas con criterio objetivo. La opinión pública es partidaria de la concordia, de la paz civil. Y el periodista en ningún caso tiene derecho a olvidarse de ello; de lo contrario incurre en lo que podríamos conceptuar como un delito de perjurio. Creo que los periodistas, aún siendo estudiantes, deben prestar juramento, como lo hacen los médicos. Un juramento de fidelidad a la objetividad, a los valores universales, a los ideales cristianos, a la compasión por el prójimo, a los intereses de la sociedad, a todo lo que se designa con la palabra civismo. Todo eso lo hubo en el periodismo ruso. Y hoy debemos pasar paulatinamente de los principios del periodismo partidista a los del periodismo al servicio de la sociedad civil.

El Sistema no podía perdonar tales palabras. El 20 de setiembre de 1990, el semanario *Glásnost*, del CC del PCUS, ya se había puesto en campaña contra Mijaíl Poltoranin, acusándole de haber amenazado en una comparecencia televisiva a «miles de periodistas soviéticos». El semanario volvió a la carga en seis números seguidos y planteó el caso ante Borís Yeltsin y Anatoli Lukiánov, como presidentes de los Soviets Supremos de la Federación Rusa y la URSS, así como ante el Fiscal General de la URSS, A. Sújarev, exponiendo que las declaraciones de Poltoranin imposibilitaban su continuación en los cargos de ministro y de diputado. ¿Qué había dicho Poltoranin el 16 de octubre de 1990 ante las cámaras

de televisión? He aquí el extracto de la grabación que reprodujo *Sovétskaya Rossia* (10.7.91):

«Y todos los que hoy están prestando servicio al aparato del PCUS, a esa partidocracia, quienes hincan la rodilla ante ella, deben ser conscientes de que en esta cuestión no habrá, por así decirlo, inocentes y culpables. Por eso, quienes de una u otra manera le están prestando servicio —y esto hace referencia en especial a algunos periodistas de la prensa comunista que han tomado posición, y también a otros que no son periodistas— deben tomar conciencia de que están jugando con fuego. Ellos no piensan en el futuro de sus familias y de las generaciones venideras».

Poltoranin aguantó con paciencia durante medio año los ataques de *Glásnost*, *Pravda* y del comentarista de TASS V. Petrunia, pero un buen día se hartó y acudió a los tribunales.

De las sanciones administrativas y penales al código ético

En mayo de 1991, la Unión de Periodistas de la URSS difundió una Declaración de solidaridad con centenares de periodistas lituanos, en la que protestaba contra la presencia militar en los locales de la TV lituana y la Casa de la Prensa de Vilnius. ¿De qué sirvió? Para poder actuar con eficiencia, la UP debe transformarse en un sindicato que defienda los intereses de sus miembros ante el empresario, dice Eduard Sagaláev. Pero, por lo visto, todavía pasará bastante tiempo antes de que contemos con semejante sindicato.

De las sanciones a comienzos de mayo de 1991, durante la segunda jornada del Congreso de la UP de la URSS, los delegados discutieron y aprobaron el Código de Etica Profesional del Periodista. El proyecto, redactado por el Dr. Fedótov en colaboración con D. Avraámov, había sido publicado tres años antes en la revista *Zhurnalíst* (El Periodista); traducido a muchos idiomas, se había granjeado la consideración de uno de los mejores códigos éticos de Europa.

En junio de 1991, se inscribió en el registro oficial de asociaciones la Fundación para la Defensa de la *Glásnost*, creada por iniciativa de la Unión de Cineastas de la URSS. En una cuenta especial, abierta en el banco comercial Neftegazstroibank, se abonaron los primeros 100.000 rublos. La nueva fundación se proponía prestar asistencia económica y jurídica a los periodistas, documentalistas y trabajadores de la televisión que sean objeto de presiones, ayudar a las familias de los periodistas despedidos o muertos en acto de servicio, y dar su apoyo a las publicaciones independientes y los nuevos estudios de TV. Participan en ella los colectivos de las redacciones de *Novedades de Moscú*, *Argumenti i fakti*, *Ogoniok*, *Moskovski komsomólets* y *Megapolis-Express*. Al intervenir

en una reunión de representantes de los colectivos fundadores, el ministro ruso de Información, Mijaíl Poltoranin, advirtió que los tiempos relativamente favorables para la prensa democrática tocaban a su fin:

Los medios de información social comenzaban a atacar los cimientos del régimen, el sistema está preparando a guisa de respuesta los cañones. Podemos llamarnos libres, independientes, democráticos, pero seguimos editando en empresas del PCUS. El papel y *toda* la industria de artes gráficas sigue siendo propiedad del Estado. Y este puede cortar fácilmente el oxígeno a cualquier publicación democrática (nueva forma de censura, por medio de los resortes económicos). Soyuzpechat, otra empresa del Estado, se niega a distribuir las nuevas publicaciones, alegando que se venden mal. Una de las principales tareas inmediatas de la Fundación consiste en crear una base económica independiente para la prensa opositora. Hay que defender la libertad de expresión, pero también, y no menos, la libertad de difusión de las opiniones. Muchas repúblicas, encubriéndose con la bandera de la soberanía, cierran paso a la información. La carencia de noticias fidedignas sobre la situación en Nagorni Karabaj es un ejemplo muy elocuente.

Por una coincidencia fortuita y a la vez muy significativa, la presentación de la nueva fundación tuvo lugar el mismo día en que decenios atrás, en 1922, se promulgó el decreto que instituyó oficialmente el Glavlit. El aniversario de la censura soviética coincidirá en adelante con la fecha de nacimiento de un movimiento que se plantea la tarea de luchar contra la censura, por la libertad de expresión.

Con razón comentó *Izvestia* (10.6.1991) que los tiempos románticos de la *glásnost* habían terminado.

Hoy es necesario diseñar y desarrollar los mecanismos protectores de la libertad de expresión. Y ya están cobrando cuerpo los instrumentos de lucha para realizar ese objetivo: en Rusia, con una tirada total de cerca de tres millones de ejemplares, circulan 35 periódicos regionales independientes, liberados de la tutela de los organismos del PCUS y los Soviets locales, que han sido fundados por sus propios colectivos de trabajadores y el Ministerio de Prensa e Información de Masas de Rusia. En Leningrado funciona un nuevo sistema de distribución de la prensa, independiente de Soyuzpechat.

El 19 de agosto de 1991, en las primeras horas del golpe, Eduard Sagaláev concedió una entrevista a la TV japonesa –en una calle de Moscú llena de tanques– firmó una declaración en nombre de los dirigentes de la UP de la URSS, y se pasó los tres días del *putsch* con los defensores de la *Casa Blanca*, sede del Parlamento ruso. Idéntica posición ocupó la Unión de Periodistas de Moscú (UPM), presidida por Pável Gúsev, el director de *Moskovski komsomólets*.

El 22 de agosto, la UPM instituyó premios especiales para distinguir a los informadores moscovitas que cumplieron honradamente con su deber en los días del golpe de Estado. La Secretaría de la UPM adjudicó sendos diplomas y premios de 1.000 rublos a los colectivos de periodistas de los periódicos *Argumenti i fakti*, *Vechérnaya Moskvá*, *Kommersant*, *Kuranti*, *Megapolis-Express*, *Moskovski komsomólets*, *Novedades de Moscú*, *Nezavisimaya gazeta*, *Prolog*, *Rossia*, *Rossiyskie vesti*, *Rossiyskaya gazeta* y *Sobesédnik*; de la revistas *Iskusstvo kinó* y *Stolitsa*, de las agencias RIA y ANI, y de las emisoras *Ejo Moskvyy* y Radio Rusia.

La Secretaría de la UPM adoptó también la siguiente disposición: «Rigiéndonos por los principios de los Estatutos de la UP de Moscú, expulsar de la Unión de Periodistas a los dirigentes de los periódicos comunistas que mancharon su nombre con su colaboración criminal y complicidad en los actos políticos de los golpistas: G. Selezniiov, director adjunto de *Pravda*; V. Chikin, A. Yurkov, A. Jarlámov y V. Lisenko, directores de *Sovétskaya Rossia*, *Rabóchaya tribuna*, *Sélskaya zhizn* y *Moskóvskaya pravda*, respectivamente; así como G. Shishkin, primer subdirector general de TASS. Hay que señalar que L. Krávchenko, presidente de Gostelerradio de la URSS, ya ha sido expulsado anteriormente de la Unión de Periodistas».

CAPITULO SEGUNDO

TASS, NOVOSTI, INTERFAX Y OTRAS AGENCIAS

El Ministerio de Información bajo la máscara de TASS

El poder soviético siempre ha tenido a los periodistas atados y bien atados, controlando y dirigiendo con rigor la producción y difusión de información social y política, ya se tratara de un periódico mural o de un comunicado sobre una recepción oficial en el Kremlin.

¿Qué es un periódico mural? Consta de varios comentarios escritos a mano o mecanografiados que, junto con un par de dibujos o fotografías, se pegan a una extensa hoja de papel que luego se cuelga en los pasillos. Tales periódicos se hacían mensualmente en todas las instituciones, empresas y escuelas de la URSS, mejor dicho, en todas las organizaciones donde había células del partido y, como se sabe, las había en todas partes. La supresión de la censura y el debilitamiento generalizado de la dictadura del PCUS hacia 1990 hizo cambiar las técnicas de la propaganda mural. Surgió así la posibilidad, al menos teórica, de imprimir algo o de hacer copias y repartirlas entre los interesados.

Sólo en las grandes empresas con miles de empleados se editaban los llamados periódicos fabriles de 2 a 4 páginas de formato tabloide, cuya tirada no solía sobrepasar unos centenares de ejemplares. Tales publicaciones no estaban obligadas a reproducir los comunicados oficiales de la

agencia TASS que durante decenios ha cumplido las funciones del Ministerio de Información, mejor dicho, las de distribuidor de noticias al servicio del Departamento de propaganda del CC del PCUS. Cada día, todos los periódicos centrales, regionales y locales recibían vía télex los comunicados oficiales y las indicaciones detalladas sobre el espacio y la fecha de su publicación. No se permitía la más mínima libertad de opción. De ahí que al abrir los diarios —*Pravda*, *Izvestia* o *Zaria Vostoka* (Aurora de Oriente), que se editaba en Georgia— uno se encontraba a menudo con planas enteras ocupadas por una misma información procedente del Kremlin.

En 1990, la agencia TASS seguía mandando indicaciones a sus abonados, pero la reacción de éstos era distinta a la de antes. Nuevos aires corrían en este país, y quienes antes solían obedecer servilmente a cualquier voz de mando que procedía de Moscú, ahora se negaban a hacerlo y hasta llegaban a prescindir de la «opinión autorizada». Algunos, los más listos y osados, reproducían dichas instrucciones para exponerlas al público lector. Así lo hizo el periódico *Zariá Vostoka* (6.11.90), editado en ruso en la república de Georgia, la víspera de la conmemoración del Gran Octubre:

Para conocimiento de las Redacciones

Se recomienda el siguiente orden de edición de los periódicos centrales, republicanos, regionales y del partido la víspera de la fiesta y en los días festivos:

El 6 de noviembre todos los periódicos salen dentro del gráfico habitual.

El 7 de noviembre los periódicos insertan el discurso de M. Gorbachov y las intervenciones de los participantes en la reunión solemne con motivo del 73 aniversario de la Revolución Socialista de Octubre.

El 8 de noviembre los periódicos publican informes y reportajes sobre el desfile militar y la manifestación de trabajadores en la Plaza Roja de Moscú.

Las ediciones del 9 de noviembre serán según criterio de las respectivas Redacciones y autoridades locales.

TASS

A título de aclaración

La agencia TASS ha cursado una orden. Tales órdenes, dicho sea de paso, el diario *Zariá Vostoka* las recibía todos los años en vísperas de cualquier fiesta o fecha significativa. No sabemos quién las emite, ni por qué se difunden en nombre de una agencia informativa y en forma anónima, sin firma de quién ordena. Tampoco sabemos las consecuencias que la desobediencia puede comportar en tales casos. Sólo nos consta que las órdenes han de cumplirse estrictamente.

Pero la Ley de Prensa de la URSS ya está en vigor. Por ahora no tenemos la correspondiente legislación republicana y nos hemos remitido a la federal. Pero dicha ley —y conste

que la hemos examinado punto por punto— no contiene referencia alguna al papel dirigente o coordinador de TASS, ni tampoco a su derecho de dar recomendaciones o regular la salida de periódicos.

Hablando en plata, la iniciativa de difundir instrucciones y directrices por *toda* la geografía del país no parte de los periodistas de la agencia, sino de quienes, instalados en las oficinas centrales de la capital, están habituados a dirigir el pensar y el sentir de la sexta parte del planeta. La costumbre de obedecer servilmente las órdenes anónimas podría ser igualmente fuerte si no mediara la referencia a la necesidad de publicar reportajes sobre el desfile en Moscú. No creemos que nuestros lectores echen de menos las vistas panorámicas de columnas de uniformados.

En muchas repúblicas las antiguas filiales de TASS han cambiado de nombre y de orientación política. Pero en la sede central de la agencia, en Moscú, todo sigue igual. Uno de los símbolos del poder soviético ha sido durante muchos decenios la frase que corona en ocasiones las sentencias más importantes del Kremlin: «TASS está autorizada a declarar...».

Los despachos de TASS (y no sólo los de contenido protocolar) a menudo se acompañaban con la nota «publicación obligatoria», indicándose qué medio informativo debía insertarlos y en qué página. Los periodistas recuerdan que se atajaba de inmediato cualquier divergencia de criterios respecto a los mantenidos por TASS.

La información, al pasar por los filtros de TASS, parecía adquirir un certificado de calidad. Rumores, suposiciones, inventos adquieren sello legitimador en los teletipos de la agencia oficial, y ya no es vergonzoso citarlas como fuentes dignas de crédito (tanto es así que incluso los redactores encargados de comprobar la solvencia de las fuentes de información se permiten ahorrar trabajo en el caso de los despachos de TASS).

El prestigio de TASS, a salvo, con este título optimista *Moskovski komsomólets* insertó el 7 de marzo de 1991 la siguiente nota:

El 16 de enero, *Moskovski komsomólets* publicó una declaración de la Presidencia de la Unión de Periodistas de Moscú sobre los sucesos de Lituania, en que se hacía una apreciación de la información difundida por TASS sobre ese conflicto. Profundamente indignados, los dirigentes de la gloriosa agencia nos han hecho llegar su respuesta:

«En su declaración sobre los acontecimientos de Lituania, la Presidencia de la Unión de Periodistas de Moscú critica 'el carácter netamente tendencioso de la información' difundida por nuestra agencia sobre dichos sucesos y llega a la conclusión de que las noticias transmitidas por nuestros corresponsales 'no contribuyen a la solución del conflicto, sino que sólo pueden agravarlo y exacerbar la discordia nacional'».

TASS no puede convenir en esta apreciación de su actividad, ya que en su cobertura de los sucesos que tuvieron lugar en Lituania del 12 al 15 de enero de 1991 la agencia difundió una información variada que ofrecía una descripción dinámica de los acontecimientos, reflejaba la opinión de los testigos y recogía diferentes juicios.

Es fácil convencerse de ello analizando con criterio imparcial todo el torrente informativo de las cintas nacional, internacional y mundial de TASS, así como los materiales del servicio de fotocronica de nuestra agencia y la información publicada por la revista *Ejo planety*.

Por otra parte, TASS no tiene la culpa de que ciertos medios de comunicación de masas elijan de entre el conjunto de noticias difundidas por esta agencia las que corresponden a su interpretación de los acontecimientos o criterios políticos.

La declaración de la Presidencia de la Unión de Escritores de Moscú tiende a socavar el prestigio de TASS en cuanto agencia mundial y supone menoscabo de sus derechos e intereses legítimos.

Por encargo del Consejo de TASS, V.G. Talánov, director general adjunto».

Nota de la Redacción.

Por supuesto, «TASS no tiene la culpa de que ciertos medios de comunicación de masas elijan de entre el conjunto de noticias difundidas por esta agencia las que corresponden a su interpretación de los acontecimientos o criterios políticos». Lo malo es que *Pravda*, *Sovétskaya Rossia* y *Glásmost* tengan entre qué elegir, mientras que nosotros, *Novedades de Moscú* y *Nezavisimaya gazeta*, no. Y eso que, palabra de honor, cada día analizamos con criterio imparcial, como nos aconsejan ustedes, el torrente informativo que nos llega de su agencia...

Pero, a decir verdad, colegas, ¿por qué tendríamos que ofendernos? Al fin y al cabo, ese es el sino de ustedes: el de no ser una pequeña empresa privada, sino ¡la Agencia Telegráfica de la Unión Soviética! Como tal agencia están predestinados a actuar siempre en nombre y en bien de nuestra gran potencia. Y está claro quién sabe mejor que nadie lo que puede redundar en bien de esta potencia.

Por eso llevan ustedes su cruz con la cabeza erguida, por eso gozan de estima y se les crean todas las condiciones para que puedan trabajar de la manera más productiva. Por eso mismo, los cuadros que se han formado y han templado su carácter en las oficinas de TASS son tan populares en nuestro país. Y el Gobierno, apreciando en su justo valor los méritos de los directivos de TASS, los manda a salvar situaciones desesperadas en los sectores más importantes de la industria informativa. ¡Fíjense cómo uno de ellos ha logrado, en bien pocos días, transformar por completo la imagen de la TV Central!

Por lo que se refiere a los perjuicios que pudiera causarles la declaración emitida por la Presidencia de la Unión de Periodistas de Moscú, no se preocupen, colegas: el prestigio de TASS no ha sufrido menoscabo. Sigue a la misma altura de siempre.

La antipatía manifiesta de *Moskovski komsomólets* hacia TASS es bien comprensible. Por aquellos tiempos el jefe de la Redacción Principal de Información Soviética era Vladimir Petrunia, un periodista con buenas dotes profesionales, pero que se orientaba demasiado a los gustos políticos de *Glásmost* (del CC del PCUS), *Sovétskaya Rossia*, *Pravda*, *Krásnaya zvezdá* y el telediario *Vremia*. Contra V. Petrunia presentaron querrela por difamación los diputados populares de la URSS Galina Starovóitova (que ganó el proceso en el juzgado del distrito Sverdlovski

de Moscú, en febrero de 1991) y Mijaíl Poltoranin, que también ganó el proceso.

Uno se pregunta a qué tribunal podrían recurrir los checos que se hayan enterado de cómo tergiversaba TASS la historia de la liberación de Praga. El neoyorquino *Novoye Russkoye Slovo* (12.2.991) escribió al respecto:

Al intervenir en una *Rueda* de prensa celebrada en el Ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS, Vitali Churkin, jefe del Departamento de Información, criticó a Checoslovaquia con motivo de la decisión de desmontar el monumento erigido en el barrio praguense de Smichov en honor del Ejército Rojo (un tanque T-34 instalado sobre un pedestal).

«Adoptándose a la coyuntura y cediendo a pasiones políticas mezquinas, se puede tratar de reescribir la historia, pero no se puede rehacerla –dijo Churkin. Tenemos el firme convencimiento de que los días de mayo de 1945 seguirán constituyendo una página brillante en la historia de las relaciones entre los pueblos amigos de la Unión Soviética y Checoslovaquia, y de que nadie podrá borrarlos de la memoria de las generaciones».

Churkin, naturalmente, hizo como si no cayera en la cuenta de que para los checoslovacos el tanque soviético se asocia no sólo con 1945 sino también con los acontecimientos más recientes de 1968, cuando los blindados soviéticos y unidades militares del Pacto de Varsovia invadieron el país, poniendo fin a las reformas democráticas.

En relación con las declaraciones de Churkin, los corresponsales de TASS A. Kaníshev, I. Peskov y L. Timoféev escriben: «En la etapa final de la guerra (la II Guerra Mundial –N. de la Red.) los tanquistas soviéticos, respondiendo a los llamamientos de auxilio de la población insurrecta de Praga, efectuaron una marcha sin precedentes a través de regiones montañosas y salvaron a la ciudad de la destrucción. El tanque instalado sobre el pedestal fue uno de los primeros que irrumpió en la capital».

Por enésima vez TASS trata de reescribir la historia. Quienes liberaron Praga no fueron los tanquistas soviéticos, sino los combatientes de una división a las órdenes del coronel Buniachenko, que formaba parte del ejército del general Vlášov¹. Cuando los «heroicos tanquistas soviéticos» irrumpieron en Praga, la capital de Checoslovaquia ya no necesitaba su ayuda.

Más recientemente, en julio de 1991, TASS volvió a «distinguirse» en relación con el segundo decreto firmado por Borís Yeltsin, tras su toma de posesión como presidente de la Federación Rusa. La promulgación de este decreto, que prescribía la supresión de las estructuras del PCUS en todos los organismos, instituciones y empresas del Estado establecidos en territorio de Rusia, causó tremendo impacto en las esferas oficiales, tanto

1. Ejército reclutado entre los prisioneros de guerra soviéticos para combatir contra el régimen bolchevique al lado de las tropas alemanas.

como el que había producido en su tiempo el abandono del PCUS por el mismo Yeltsin. La dirección de TASS necesitó varias horas para obtener el «visto bueno» de las instancias supremas sin el cual no se atrevía a publicar el texto del decreto. El telediario *Vremia* salió al aire sin la noticia del día.

Un cambio mayor de TASS con falta todavía de credibilidad

TASS representa un enorme consorcio de información con decenas y centenares de oficinas en la URSS y en el extranjero. En Georgia, por ejemplo, para TASS trabajaban centenares de personas, pero ellas, al igual que sus colegas en las repúblicas bálticas, fueron las primeras en declarar su independencia respecto a TASS, exigir la separación de bienes y pasar a un justo régimen de contratos. A la cabeza de TASS siempre han estado personajes que en la jerarquía periodística han ocupado el segundo puesto después del diario *Pravda*. Leonid Zamiatin, por ejemplo, tras largos años de trabajo como director de TASS pasó a ocupar un cargo de responsabilidad en el aparato del CC del PCUS y desempeñó durante el decenio inmovilista la jefatura del Departamento de Información Internacional, dirigió el proceso de exaltación de la política de Brézhnev, para terminar siendo embajador en Londres, donde permaneció hasta agosto de 1991. El primer adjunto de Zamiatin en dicho departamento era Vitali Ignatenko, hombre que figuró en el *Equipo* del presidente de la URSS como responsable de las relaciones con la prensa. En este país los «mejores hombres» de la época del *estancamiento* se incorporaron paulatinamente a la vanguardia de la *perestroika*.

Leonid Zamiatin no concede entrevistas; en cuanto a Vitali Ignatenko, presenta poco interés al ser actor en papeles secundarios. Por lo tanto, merecen cierta atención las líneas que están dedicadas a la agencia TASS y en las cuales se ofrece un retrato del que fuera su director general, Leonid Krávchenko (el 14 de noviembre de 1990, Krávchenko fue designado por decreto presidencial, y sin ratificación del parlamento, jefe del Comité Nacional de Radio y Televisión). Ofrecemos a continuación el texto de la entrevista que concedió Leonid Krávchenko al diario *Moskóvskaya pravda* (5.5.90), y en la cual, tras los usuales tópicos del lenguaje funcional, se vislumbra cierto descontento (leve, casi imperceptible) con la situación interna del PCUS:

— Hoy en día, los medios de comunicación, que al comienzo fueron la principal tribuna del debate reformista, se están convirtiendo en objeto de airadas polémicas. Las opiniones son muy heterogéneas: unos afirman que la prensa es el motor de las reformas, y otros culpan a nuestros colegas de todos los desaciertos de la *perestroika*. No dejan de sorprenderme las reacciones tan diversas ante el flujo informativo que se está vertiendo

sobre los soviéticos.

– En cuanto a mí, me asombra otra cosa: la euforia unánime ante el *boom* informativo. Durante largo tiempo, la sociedad soviética recibió dosis estrictamente racionadas de información, y ahora no puede asimilar sin conflicto la repentina abundancia. Creo que los periodistas tampoco estábamos preparados para una eliminación tan brusca de las barreras restrictivas. Al menos, me atrevería a decir que no conocemos a fondo a nuestro auditorio, y sólo estamos aprendiendo a pronosticar su eventual reacción. Dejemos a un lado a los ortodoxos, a quienes molesta la verdad, y miremos más bien a la gente sincera, que constituye la mayoría de nuestro público. Ya no se ven obligados a sintonizar programas de emisoras extranjeras, en busca de noticias; les basta con abrir el primer periódico que cae en sus manos... y a decir verdad, no todos se muestran entusiasmados con tal cambio.

– Todavía más porque la información es bastante «caliente»...

– Exacto. Y las noticias no siempre son alentadoras. Es algo a lo que uno tiene que acostumbrarse. Conste que la gente, sobre todo las viejas generaciones, tienen otros hábitos. Los guardianes del triunfalismo oficioso generaron en el lector, en contra de su voluntad, la costumbre de ver en cada línea alarmante algo más de lo que está escrito. Por ejemplo, si se mencionan ciertas deficiencias, la gente ya saca la conclusión de que las cosas van de mal en peor. Y ahora se escribe, negro sobre blanco, que la situación es crítica. Dicho sea de paso, una de las amargas lecciones de Chernóbil consiste en que la cobertura informativa de esa tragedia se convirtió en la última –al menos, eso espero– reincidencia de la verdad a medias, lo cual, a veces, es peor que la mentira.

– Si nos limitáramos, en nuestro trabajo, a registrar hechos y datos exactos, creo que la propia conversación sobre la influencia de los medios de comunicación en los procesos sociales sería poco seria.

– Desde luego. No basta con constatar uno u otro suceso, pues una constatación imparcial puede desempeñar un papel destructivo. Supongamos que usted recuerda constantemente a una persona su defecto físico. Eso también será verdad, pero no una verdad capaz de infundir ánimo al pobre hombre. Otra cosa es contarle que un compañero en desgracia supo encontrar un lugar en la vida. La verdad es el eje de nuestra profesión, nuestro principal medio de producción, y es necesario que sea un instrumento de creación, no de destrucción.

– La elección del interlocutor para esta entrevista se explica no sólo por el hecho de que usted esté al frente de la mayor agencia informativa del mundo. En *Stroitel'naya gazeta* (Gaceta del Constructor), usted recorrió la trayectoria de simple corresponsal de plantilla a redactor jefe; luego, en la primera mitad de los ochenta, desempeñó el cargo de vicepresidente de RTV de la URSS. Su presencia en dichos medios de comunicación fue marcada por una serie de agradables sorpresas para los lectores y televidentes. No quiero profundizar ahora sobre su trabajo en RTV, aunque coincidió con la aparición de varios programas, sin los cuales la «pequeña pantalla» ya es inconcebible; no lo hago ahora, porque ha sido una época de reformas, con la que soñaron generaciones enteras de periodistas. Mejor, hablemos del diario *Trud*, en el que usted trabajó de 1980 a 1985. La publicación oficial de los sindicatos soviéticos se transformó de pronto en el diario más leído del país, y su tirada aumentó de 9 a 19 millones.

¿Y cómo le va en TASS? Sabemos que TASS suministra noticias oficiosas, que son reproducidas por todas las publicaciones comenzando por las más importantes y terminando por las periféricas.

– Sería un anacronismo limitar las funciones de TASS a la mera reproducción de los comunicados gubernamentales. De ser así, no creo que nuestra agencia tuviera en el extranjero el prestigio que tiene. La información de TASS se transmite, a través de un centenar de agencias, en ocho idiomas, y la reciben en 130 países. El volumen diario de estas noticias equivale a 750 páginas de periódico. ¿Es posible que el Gobierno de un país, ya sea una potencia tan enorme y tan rica en acontecimientos como la URSS, se convierta en la única fuente de ese alud de información? Conste que esa cadena informativa genera dos corrientes: de la URSS al extranjero, y del extranjero a la URSS.

– De lo anterior se desprende que tras ello hay un trabajo titánico de numerosos periodistas. Sin embargo, cuando en un rotativo aparece la información de TASS, los lectores la interpretan como una opinión oficial de las autoridades soviéticas.

– Lamentablemente, la misma tendencia se observa en el caso de los materiales que, en virtud de su contenido, no pueden ser gubernamentales. Además, la fórmula bastante recurrente «TASS está autorizada a declarar» no siempre significa que el autor de dicha información es el Gobierno en su conjunto. Y menos aún, la propia agencia, que sólo actúa como intermediaria. A mi modo de ver, cuando nuestro corresponsal ofrece noticias, digamos de carácter cultural en nombre de *toda* la agencia, se crea una situación absurda. A propósito, eso sucede a menudo por culpa de los propios periódicos, que tachan el apellido del autor pero dejan la firma TASS. Estoy categóricamente en contra de esta impersonalización y, además, no veo razones para que la entidad que transmite la información mantenga en secreto el nombre del autor. A menudo, TASS está autorizada a hacer ciertas declaraciones, y sería mejor decir quién le ha dado semejante autorización.

– Volvamos a los comunicados oficiales... Debido a ellos, nuestros periódicos a menudo se parecen como gemelos.

– Le voy a decir de entrada que soy enemigo acérrimo de las noticias «impuestas», pero hay que ser justos y reconocer una cosa: el carácter de la información que se transmite por los canales de TASS es tal que *toda* edición que se respete va a publicarse obligatoriamente. Con todo, repito que estoy a favor de la plena libertad en esa materia. Claro que el veredicto final deben dictarlo los redactores, y como lector asiduo del diario *Moskóvskaya pravda*, aplaudo la decisión de no publicar comunicados oficiales que llegan con retraso y ponen en peligro el calendario de la edición. Nuestro deber consiste no sólo en suministrar la información a tiempo, sino también en hacer lo posible por que ésta sea indispensable, incluso sin la indicación explícita a este respecto.

– ¿Qué se le podría desear a usted en el Día de los Periodistas? ¿Con qué sueña?

– ¿Con qué puede soñar uno cuando se celebra su fiesta profesional, si no es con la prosperidad de la institución que le ha sido encomendada? Últimamente, TASS está llevando a cabo una modernización tecnológica. Conste que no se trata de «tapar las agujeros», sino de elevar el servicio a un nivel tecnológico conceptualmente nuevo. Ahorremos-

le al lector la enumeración de nuestras adquisiciones... Su objetivo estratégico es crear en TASS un banco de datos para almacenar la información relacionada prácticamente con todos los campos del saber.

– El «banco» siempre es un concepto comercial...

– Por supuesto, lo es. Y en la actualidad, cuando en la economía soviética se están introduciendo nuevos métodos de autogestión y autofinanciamiento, ha llegado la hora de que nos acostumbremos a esta palabra. Claro que TASS no piensa utilizar dicha información de forma monopolista. Al contrario: la suministraremos, sobre una base comercial, a todo el mundo.

– Ya me imagino los futuros reproches de que «la agencia gubernamental se está convirtiendo en monopolista de la información en plena época del pluripartidismo».

– No queremos imponer condiciones previas a nuestros eventuales clientes. Ni a las empresas, ni a las organizaciones, ni a los partidos políticos. A fin de cuentas, los datos exactos, la verdad es algo que nadie debería temer, sobre todo si estamos convencidos de tener razón.

En diciembre de 1990 Lev Spiridónov, filósofo de 59 años, fue designado director general de la agencia TASS. Esta es su hoja de servicios: dirigente del Komsomol, funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, redactor de *Moskóvskaya pravda*, jefe de sector en el CC del PCUS, secretario del comité del PCUS de Moscú, subdirector del diario *Pravda*. Su experiencia en el periodismo es desconocida para el gran público, lo cual no impidió que se le incorporara al nuevo *Equipo* de colaboradores del presidente, junto con Pugo, Grómov, Krávchenko y otros.

Las actividades de las mayores instituciones soviéticas, ya fuesen industriales, de defensa o ideológicas, eran terreno vedado para el público, al menos, para los habitantes de la URSS. Siempre fuimos los últimos en enterarnos de lo que nos pasaba.

Por supuesto, los profesionales del ramo estaban al tanto de todas las actividades de TASS –por ejemplo, las de su servicio internacional– y esperaban con impaciencia cambios radicales. ¡*Por fin!*, bajo este epígrafe y con el título *La información secreta de TASS, al alcance de todos, el semanario Argumenti i fakti* (núm. 16, abril de 1991) insertó un artículo de V. Golovín, redactor jefe adjunto de la Redacción Principal de Información Internacional de TASS:

¿Existe en este país un mercado de la información? No me refiero a la oferta de periódicos independientes –aunque sean los más independientes– en los quioscos, sino a la posibilidad de enterarse rápidamente, pongamos por caso de la política adoptada por las autoridades de Singapur respecto a la fundación de empresas mixtas o de obtener, de manera regular, datos sobre Polonia con vistas a eventuales contactos económicos del organismo municipal que usted dirige con empresas de ese país. Lamentablemente, no contamos con tal mercado. La información, en gran medida, sigue siendo difundida a

pequeñas dosis por los viejos canales de la *nomenklatura*.

No obstante, a finales del año pasado, TASS, o mejor dicho su Redacción Principal de Información Internacional (Ino-TASS), dio un paso hacia la formación de un mercado de noticias. Sin esperar ni pedir permiso especial, retiramos la anotación «*para uso reservado*» de todos nuestros boletines y noticieros confidenciales destinados a los funcionarios del CC del PCUS, el Ministerio de Asuntos Exteriores, el KGB y otros organismos oficiales. Por primera vez en la historia de nuestro país, Ino-TASS ofrece a *toda* persona o institución la posibilidad de suscribirse a cualquiera de sus noticieros.

Por ejemplo, se ha abierto la suscripción al boletín semanal *El mundo* y la URSS, sucesor inmediato del famoso *TASS blanco*, fruta prohibida con la que sólo podían deleitarse algunos funcionarios. Este noticiero ofrece a los lectores traducciones de los mejores análisis críticos de autores extranjeros sobre los diversos aspectos de la vida soviética, desde la política exterior hasta la cultura.

Con destino a los profesionales que trabajan en el campo de los negocios y las relaciones internacionales, y a los activistas de los partidos políticos y del movimiento obrero, se editan a diario siete boletines regionales, centrados en los problemas de las Américas, Europa Occidental y Oriental, Asia, África y el Oriente Medio. Permiten estar al tanto de los últimos experimentos económicos y la estadística de las bolsas, ofrecen información sobre los modelos de organización de los servicios públicos y las estructuras de autoadministración local y dan «pistas» para establecer contactos en el extranjero.

En el *Dossier de Problemas Internacionales* se publican cinco veces por semana informes analíticos sobre diferentes temas, desde la economía hasta la ecología. Recoge, en particular, todos los datos del antiguo boletín secreto destinado a los máximos dirigentes del país, del que sólo se sacaban 205 ejemplares.

Pero, naturalmente, la fuente de información más operativa es la cinta de noticias del extranjero que Ino-TASS, desde el 1 de enero de 1991, emite durante las 24 horas del día, en régimen de tiempo real. Por ahora, nuestros principales usuarios –los periódicos, la TV y la radio– sólo alcanzan a digerir una parte ínfima del caudal informativo, que abarca desde las últimas decisiones de la *Casa Blanca* hasta las recomendaciones de expertos del Mercado Común para lograr la convertibilidad del rublo.

Ahora ofrecemos paralelamente una variante condensada de esta misma cinta, que contiene sólo noticias «serias», más revistas cotidianas de la prensa y los telediaris de las grandes ciudades del mundo (por supuesto, sin corregir la «tonalidad política»). Preparamos también un extracto condensado, con las noticias de máxima actualidad y más sustanciales (el llamado servicio *Planeta*), que ofrece un panorama exhaustivo de la situación en el mundo durante la jornada anterior. Hasta el momento este servicio de información atendía fundamentalmente a los comités regionales del PCUS.

Resumiendo, podemos decir que este inmenso torrente informativo, desbordando los conductos de «uso reservado», afluye al mercado libre. Sólo debemos advertir que nuestros boletines van dirigidos fundamentalmente a los profesionales y la suscripción anual cuesta, como mínimo, cientos de rublos.

En 1989, cumplió veinticinco años el noticiero económico de la agencia, denominado EcoTASS. Este servicio ofrece publicaciones desti-

nadas exclusivamente a los profesionales de diversos sectores de la economía así como del sector bancario y del comercio exterior, con información sobre las negociaciones comerciales que se han celebrado o que están teniendo lugar en nuestro país y en el extranjero, sobre los convenios de exportación e importación entre las empresas nacionales y las compañías de otros países, ciertos datos sobre la coyuntura en los mercados internacionales, los tipos de cambio, etc. Así, la sección *Diálogo: se requiere un socio* recoge los anuncios de firmas del país y extranjeras que desean entablar contactos y promover empresas mixtas en determinados sectores de la economía.

TASS reúne todas las apariencias de una agencia sumamente respetable: centenares de oficinas, miles de empleados, millones de palabras al día.

Sólo le falta lo principal: la confianza del público. TASS se ha dedicado durante decenios a adulterar y amañar la verdad (por una curiosa coincidencia, esta acción se designa en ruso con la palabra *podtasovka*, consonante con *tassovka*, que significa comunicado de TASS); mintió en los tiempos de Stalin y en los de Gorbachov, antes del golpe de agosto y después. Por decreto presidencial del 28 de agosto de 1991, Vitali Ignatenko, que había desempeñado hasta esa fecha las funciones de secretario de prensa del Presidente de la URSS, fue designado director general de TASS. Es el mismo hombre que hizo todo lo posible por tener desinformados a los periodistas durante los sucesos de Lituania de enero de 1991. ¿Acaso sus declaraciones desentonaron en algún momento con la posición de la *troika* Kriuchkov-Pugo-Yázov? ¿Y acaso tiene Ignatenko suficiente autoridad moral para llevar a cabo la reforma anunciada por él mismo? ¿Convertir ese coloso subvencionado, ese departamento del Ministerio de Información del Kremlin (TASS preparaba y difundía la información y centenares de funcionarios de la Sección de Agitación y Propaganda del CC del PCUS controlaban cómo cumplía la prensa —en sus distintos niveles— las indicaciones de la agencia) en un consorcio independiente tanto en lo económico como en lo político? Difícil empresa. Por algo los comentarios con que la prensa moscovita aludió a esta agencia en los últimos meses de 1991 pueden resumirse con una frase pronunciada en el noticiero *Vestí* (Noticias) de la TV de Rusia: «En TASS no hubo revolución».

Gorbachov cede el control de la TV, pero no el de TASS

¿Qué nos leen por las tardes los locutores de los telediarios? Comunicados de TASS. Gorbachov cedió el control de la televisión, pero conservó el de otra fortaleza de la información, la Agencia Telegráfica de la Unión Soviética. La URSS dejó de existir, pero TASS se salvó del naufrago.

gio. En setiembre de 1991 trascendió al dominio público que la agencia posee tres grandes centros de comunicación: uno, el que todos conocen, cerca de la Puerta de Nikita, y otros dos de reserva instalados, el primero, en el subsuelo de una estación de ferrocarriles de Moscú y, el segundo, en una aldea de las afueras de la capital. En estos dos últimos se mantienen activos los sistemas de apoyo vital, con 336 líneas telegráficas y 180 telefónicas de comunicación con muchas ciudades del país y del mundo entero. El centro subterráneo en Moscú, que dependía de TASS y del Ministerio de Comunicaciones de la URSS, fue inaugurado en 1959. Imagínense un pozo de 53 metros –con ascensor y diversos elementos de infraestructura– que desemboca en un túnel horizontal de 100 metros de largo, en el que se encuentran las oficinas y las salas de despacho de la información.

Las nuevas estructuras de mercado que se están creando en la URSS-CEI ponen los ojos en las líneas de interconexión informática y comunicación vía satélite de TASS. Es muy probable que esta agencia realice en un futuro próximo su idea de «ceder en arriendo» a la Bolsa de Mercancías de Moscú sus medios técnicos y los servicios de su red de corresponsales en la URSS y en el extranjero.

Por cierto, que no sólo TASS se ha visto obligada a buscar nuevas fuentes de ingresos. Nóvosti, por ejemplo, ante las perspectivas del mercado y las dificultades económicas que se le echaban encima, ideó un recurso más sencillo: alquilar locales a quien fuera (siempre que pagara en divisas convertibles), alegando, cómo no, la necesidad de reforzar los lazos de cooperación con empresas soviéticas y extranjeras de marketing, publicidad, turismo e información.

Bajo el rótulo de Nóvosti

A la APN-IAN siempre le ha gustado vivir a lo grande. Tiene una imprenta con enorme capacidad productiva, ocupa uno de los mayores edificios de la capital, cuenta con su propio servicio de TV y, hasta hace poco, una red de corresponsales que abarcaba 120 países (más veinte oficinas en el interior del país).

Vladímir Tsvétov, famoso comentarista de TV, decía en el número de agosto de 1991 (antes del golpe) de *Zhurnalíst*:

La mentira era un elemento sustancial en el trabajo de los periodistas especializados en temas internacionales. Yo también, naturalmente, soy un producto de aquella época. En 1957 me gradué en el Instituto de Lenguas Orientales adjunto a la Universidad de Moscú y comencé a trabajar en el Sovinformburó que pronto tomó el nombre de Agencia de Prensa Nóvosti. Fui ascendiendo hasta ocupar el cargo de director de una revista que editábamos en Japón. Es entonces cuando comprendí que APN era un tremendo

tinglado por medio del cual se manipulaba la información a escala mundial. Como quiera que nadie publicaba ni quería publicar la basura que editaba la agencia para hacer propaganda del modo de vida soviético y nuestros grandes logros, todo el personal se dedicaba a amañar los datos sobre el efecto real de nuestra labor. Yo también. En Japón, por ejemplo, se edita un sinnúmero de boletines especializados; algo tienen que publicar y de vez en cuando insertaban «informaciones» de Nóvosti. Una vez, por ejemplo, un corresponsal de Kalinin se sacó de la manga el cuento de que los ingenieros de una fábrica de esa ciudad habían inventado un tipo de papel pintado calorífero y que en adelante se podría prescindir de los radiadores. Un pequeño boletín, que se especializaba en la temática relacionada con la industria de papeles pintados y cuya tirada no pasaba de 200 ejemplares, insertó la noticia. El nombre del boletín no decía que se trataba de una publicación especializada en empapelados. Y ya me tienen escribiendo un informe sobre esta hazaña; luego se sumaban todos nuestros informes y se daba parte al Comité Central del PCUS: «APN ha colocado en la prensa extranjera 5.000 escritos de propaganda». Todos sabían que era mentira, pero eso iba con las costumbres de la época.

Tsvétov se fue de APN en 1964, pero los usos de la casa han sido siempre los mismos. Tras el fracasado golpe de Estado, el Gobierno de Rusia acometió la reorganización de esta agencia, que había sido hasta entonces un apéndice propagandístico del CC del PCUS. Por algo lo encabezaron en los últimos años altos funcionarios del partido como Valentín Falin y Albert Vlášov, secundados por poderosos adjuntos en las personas de los generales del KGB Fediashin y Bábushkin. Casi *toda* la plantilla del departamento de Propaganda Especial y gran parte del personal de las representaciones de la agencia en el extranjero eran agentes de nuestros servicios secretos.

En los días del golpe, el 20 de agosto de 1991 se transmitió por los canales de IAN a todos los países del mundo un comentario de su analista Vladímir Símonov. Ese texto, sin llegar a ser un panegírico de la junta golpista, representaba un claro intento de darle apariencias de legitimidad a los ojos de la comunidad mundial. He aquí un pasaje significativo: «Guennadi Yanáev y los demás componentes del Comité de Emergencia se han impuesto voluntariamente un terrible sacrificio: han cargado con el tremendo fardo de los problemas que hasta ahora había llevado sobre sus hombros Gorbachov». Después de leer ese comentario, uno de los traductores se negó a verterlo a su lengua de trabajo, enfrentando la amenaza de la administración de rescindir el contrato laboral.

El 19 de agosto, la dirección de Nóvosti, para congraciarse con el Comité de Emergencia, prohibió que se pusieran a la venta los libros recién editados de Alexandr Yákovlev y Raísa Gorbachova.

El 29 de agosto, Mijaíl Poltoranin, ministro de Prensa e Información de Rusia, presentó en el Consejo de Directores de la IAN al nuevo direc-

tor general de la agencia, Andréi Vinográdov (por decreto del Presidente Yeltsin, la agencia Nóvosti, que era antes un anexo del poder central, pasó a la jurisdicción de Rusia). Vinográdov dirigía, desde 1990, la Agencia de Información de Rusia (RIA). Anteriormente había trabajado largo tiempo en Nóvosti. Fue corresponsal en Checoslovaquia y, a su regreso a Moscú, encabezó el departamento europeo.

Nóvosti es la única agencia de información soviética que cuenta, en la URSS y en el extranjero, con una red de corresponsales y otros representantes tan ramificada como la de la TASS. En el verano de 1991, se habló mucho de Nóvosti en la prensa mundial y en las publicaciones democráticas soviéticas con motivo de la escandalosa conducta de los dirigentes de esta agencia respecto a su fotógrafo Vardán Oganesián. Este joven corresponsal, de 23 años, fue detenido por el OMON azerí en el poblado armenio de Guetashén (situado en territorio de Azerbaiján). Los policías le retiraron su credencial de periodista, confiscaron la cámara y lo encarcelaron. Al enterarse de ello, la dirección de la APN en Moscú comunicó telegráficamente a las autoridades azeríes que había decidido rescindir el contrato con este periodista supernumerario. Es poco probable que Oganesián, que había sido testigo de los desmanes cometidos por las fuerzas del Ministerio del Interior de Azerbaiján contra la población de origen armenio, hubiera recobrado la libertad, a no ser por el revuelo que armó en la prensa moscovita e internacional la teleperiodista búlgara Tsvetana Paskaleva, que se encontraba casualmente en Azerbaiján por esas mismas fechas de mayo y se enteró –también por casualidad– de *toda* esa historia. A raíz de las denuncias de Paskaleva, tomaron cartas en el asunto dos organismos que justo acababan de ser instituidos: el Comité pro *Glásnost* adjunto a la Unión de Periodistas de la URSS y la Fundación para la Defensa de la *Glásnost*.

¿Es casual que la APN-IAN traicionara de modo tan alevoso a su corresponsal, no saliera en defensa suya y lo abandonara a una muerte segura en la zona de hostilidades? ¿Quizá los empresarios se acordaran de que en enero de 1991, cuando corrió la sangre en las repúblicas bálticas, su fotógrafo Oganesián se había trasladado inmediatamente a Riga, donde se incorporó a un *Equipo* de filmación? En julio de 1991 Oganesián fue liberado y dio una conferencia de prensa en la Representación Permanente de Armenia en Moscú.

La crónica interna de la agencia Nóvosti registraba a veces episodios no menos sorprendentes, pero de índole más agradable. A comienzos de 1991 fue nombrado vicepresidente de la IAN Valeri Kuznetsov, que hasta ese momento desempeñaba el cargo de ayudante de Alexandr Yákovlev. Los periodistas, escritores y editores recuerdan a Kuznetsov, quien ocupó el puesto de jefe del GLAVLIT de la URSS a comienzos de la década de los 80, como uno de los dirigentes más liberales de la censura soviética.

Posteriormente, cuando trabajaba en el correspondiente sector del CC del PCUS, ejerció la supervisión de *Argumenti i fakti* y permitió que esta publicación se convirtiera en la de mayor difusión en la URSS. Pero muy pocos dirigentes de Nóvosti pueden hacer alarde de semejante hoja de servicios.

Es verdad que en su tiempo trabajaron en la APN el actual ministro de Información de Rusia, Mijaíl Poltoranin, y Algimentas Cekuolis, que viene a ser algo así como el agregado de prensa del Gobierno Ūtuano, un hombre que maneja magistralmente la palabra y la pluma y que tiene siempre la respuesta a punto, tanto en lituano como en ruso o en inglés. Otro ex-trabajador de la APN, Guennadi Guerásimov, que hasta hace poco fue portavoz del Kremlin también tiene fama de periodista excelente, aunque menos democrático y liberal que los anteriores.

Por lo que se refiere a las actividades de esta entidad, que quiere asemejarse a la USIA y en los últimos cincuenta años ha cambiado tres veces de nombre –Sovinformburó, Agencia de Prensa Nóvosti, Agencia de Información Nóvosti–, la mayoría de los contribuyentes soviéticos ven tan sólo la «punta del iceberg». La agencia tiene en el extranjero más representantes que el Ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS. Publicaba numerosos materiales y los repartía gratuitamente entre los lectores de diversos países. Si juzgamos por el hecho de que todas las oficinas de Intourist en las terminales ferroviarias de la URSS estaban repletas de folletos de APN sin que nadie quisiera llevárselos como regalo, resulta que esta producción es totalmente inútil. ¿Y esas revistas sobre los encantos del modo de vida soviético, que se editaban en el extranjero en diversos idiomas? Nunca gozaron de demanda, fuese en Sofía o en París, por el simple hecho de que maquillaban la realidad de la manera más burda. Es evidente: si teníamos suficientes recursos para hacer inyecciones financieras a todos los partidos comunistas del mundo (sus libros y periódicos eran pagados en divisas; sus funcionarios recibían instrucción en la URSS; sus dirigentes descansaban en los mejores balnearios del país o eran sometidos a tratamiento médico en los hospitales privilegiados del Kremlin; y encima, les proporcionábamos armas, los llevábamos al poder y les asegurábamos la debida protección), no había problemas para mantener a centenares de periodistas extranjeros, dispuestos a apoyar con sus plumas cualquier acción que emprendiese la URSS. Baste recordar la acogida que se brindaba en APN a los «amigos de la URSS», a esos amigos que viajaban a cada rato a nuestro país, por supuesto, por cuenta de la agencia, y podían gastar los generosos honorarios en tiendas especiales que les ofrecían los mejores artículos occidentales. Eran personas tan importantes, que a nadie se le hubiera ocurrido pedirles que firmasen la factura, para ello estaban los periodistas soviéticos que los acompañaban... ¿Y esos interminables viajes por el país, acompañados de *toda* la familia?... Ninguna agencia

de turismo occidental podría ofrecer una gama de servicios tan amplia. Ahora, han cambiado muchas cosas. Pero no todas. En la Junta Directiva de Nóvosti, están las mismas personas de años atrás, y en esa cúpula se ven pocos cambios.

Esta es la evaluación que da Mijaíl Poltoranin, ex comentarista político de Nóvosti, hoy ministro de Prensa e Información en el Gobierno de la Federación Rusa, quien concedió una entrevista al periódico moscovita *Manager* (núm. 11.90):

La creación de una agencia de información rusa se ha convertido en un problema espinoso. El Gobierno de la Federación Rusa pensaba hacerlo sobre la base de la APN. No sabemos si, en el plano jurídico, tal decisión es legal, pero el proyecto en sí me parece razonable. No olvidemos que APN fue constituida en los años más duros de la guerra fría, con el fin de hacer frente a la propaganda occidental. Y en la actualidad, dicho objetivo no sólo se ha hecho humo, sino que resulta absolutamente inconcebible. Entonces ¿por qué esa sección semioficial del KGB no empieza a desempeñar sus funciones directas, es decir, las que corresponden a una auténtica agencia de INFORMACIÓN. Por lo visto, el presidente de la URSS no comparte esa idea, ya que promulga un decreto mediante el cual dicha entidad se transforma en la agencia estatal de información Nóvosti. Tal decreto concuerda bastante mal con las normas jurídicas, pues, oficialmente, la agencia tiene el rango de organización social, y convertirla de un plumazo en una institución estatal es lo mismo que transformar un partido nuevo en un ministerio. El problema de la agencia de información, igual que el de la TV rusa, sigue pendiente. En cuanto a los periódicos, la situación es mejor porque cada día se registran nuevos.

Desde un principio, la Agencia de Prensa Nóvosti intentó proyectar una imagen de organización «social», que había sido constituida, a su vez, por otras organizaciones «sociales», como las Uniones de Periodistas y de Escritores de la URSS, la asociación Znanie, el Comité de Mujeres Soviéticas, la Unión de Sociedades de Amistad con Otros Países, etc. Dichas instituciones sólo servían de cobertura formal o, según la expresión del actual jefe de Nóvosti, Albert Vlásov, «de paraguas». Este hombre desempeñó, en los últimos veinticinco años, varios cargos importantes: tanto en la propia agencia como en la sección especial del CC del PCUS que se encargó, hasta 1990, de coordinar las actividades de APN con otras entidades influyentes (Ministerios de Asuntos Exteriores y de Defensa, KGB, etc.). Por lo que se refiere a las ocupaciones extraoficiales de algunos agentes, perdón, de algunos corresponsales de APN en el extranjero, en Occidente existe una amplia bibliografía al respecto.

En el caso de que Albert Vlásov hubiera tenido que ser ratificado en el cargo por el Parlamento ruso, o el de la URSS, el resultado habría sido, probablemente, negativo. Y es algo que no tiene nada que ver con la per-

sonalidad: B. Burkov, Tolkunov, V. Falin y A. Vlášov, quienes se sucedieron en la presidencia de Nóvosti, han demostrado excelentes cualidades profesionales y humanas. El problema consiste en que la propia agencia se ocupaba de asuntos bastante feos, a veces contrarios a las normas éticas del periodismo.

El 27 de julio de 1990, APN cambió su nombre por el de Agencia de Información Nóvosti; asimismo, el decreto le atribuía el nuevo rango de institución estatal y designaba a Albert Vlášov como jefe de la misma. La agencia dejó de estar supeditada al CC del PCUS y pasó al control del Consejo Presidencial, lo cual ya era una prueba de verdaderas reformas. En cuanto a las funciones y a los cuadros dirigentes, parece que poco ha cambiado. En todo caso, en dos o tres entrevistas que Albert Vlášov concedió a la prensa central, no se siente ningún arrepentimiento por los viejos pecados. El vespertino *Izvestia* escribió en el número correspondiente al primero de agosto de 1990:

Hoy, a la tradicional edición de periódicos y revistas en diversos idiomas extranjeros se suma la tarea de transmitir la información con equipos de vídeo, radio y televisión, así como a través de la red informativa mundial. Conste que dicha información tiene un destinatario concreto: así, el *Equipo* de Stanislav Pólzikov prepara telerreportajes desde las zonas más «calientes» de la URSS para las cadenas televisivas de EE.UU., RFA, Japón e Italia. Nuestros reporteros gráficos tienen la posibilidad de transmitir, gracias a la comunicación vía satélite, fotografías en colores desde cualquier punto de la URSS a cualquier periódico del mundo. ¡En sólo 17 minutos! La sede de Nóvosti, en Moscú, cuenta con una emisora que puede transmitir programas a las más importantes cadenas de radio internacionales. Así, durante las labores del XXVIII Congreso del PCUS, se transmitieron por ese canal más de cien programas dirigidos a otros países.

– Nuestro presupuesto, aprobado por el Soviet Supremo (Parlamento permanente) de la URSS, ronda los 100 millones de rublos anuales. Si tomamos en cuenta lo que se gastaba antes en las ineficientes campañas ideológicas, es mucho; pero si miramos los criterios actuales, es justo lo necesario para satisfacer las demandas. En todo el mundo, la información es un producto bastante caro. Algunas secciones de la agencia, por ejemplo, la de Europa Occidental, ya reportan beneficios, en particular, en divisas. Asimismo, obtenemos ganancias prestando asistencia a los corresponsales extranjeros que visitan la URSS o están acreditados aquí (en lo que va del año, han venido más de 4.000).

La postura oficial de Albert Vlášov, así como de sus compañeros que trabajan en el aparato del CC del PCUS y en el KGB, incluye la tesis de que el Este y el Oeste comparten la culpa de haber iniciado la guerra fría y de haberla conducido hasta el año 1990. Hace unos tres o cuatro años, esa misma gente atribuía *toda* la culpa a la política belicosa de Occidente. Claro que cuando se jubilen, y en las memorias, o bien, en las conversaciones con periodistas tendrán que reconocer a regañadientes que los políticos occidentales no han modificado sustancialmente, al menos,

en el último medio siglo, su opinión sobre la teoría y la práctica del comunismo. Somos nosotros y no ellos quienes vivimos patas arriba durante setenta años. Somos nosotros los que iniciamos, para comienzos de la década de los 90, una paulatina transición de la utopía al realismo político.

La sede de la Agencia Nóvosti ocupa varios centenares de habitaciones en unos cuantos edificios del centro de Moscú. El edificio principal, situado en Sadóvoe koltsó, lo conocen todos los periodistas extranjeros que están acreditados en la capital soviética, pues aparte de la agencia, alberga la Dirección de Información del Ministerio de Relaciones Exteriores. Los más prestigiosos políticos nacionales y extranjeros celebran allí *Ruedas* de prensa.

El bajísimo nivel profesional de la mayoría de los materiales que llevan la marca de Nóvosti se debe a varias razones. Así, los mejores periodistas no se quedaban en la agencia durante mucho tiempo: no querían ser funcionarios anónimos que enviaban al extranjero artículos de propaganda nunca demandados. La agencia carece de modernos servicios de información, bibliotecas y archivos. Para *toda* la APN se suscriben 3 ó 4 decenas de periódicos y revistas extranjeras. Algunas de estas ediciones, como *Rússkaya misl* (Pensamiento ruso) y *Nóvoe rússkoe slovo* (Nueva palabra rusa) –publicaciones de la emigración rusa en París y Nueva York–, están destinadas para uso exclusivo del jefe de la agencia o de sus colaboradores más próximos. De los dos ejemplares de *Time*, *Paris-Match*, *Newsweek* y otros semanarios occidentales que llegaban a APN en la época de Brézhnev, Chernenko o Andrópov, se eliminaba previamente cuanto tuviera relación con la política y las personalidades de dichos dirigentes, así como *toda* mención del KGB, de los disidentes y de los líderes de la emigración rusa. Y hasta así de castrados, esos «especímenes de la putrefacta ideología imperialista» sólo llegaban a las manos de los empleados más curiosos de APN...

Afortunadamente, ahora en Moscú hay otras agencias aparte de TASS y APN, y a diferencia de ambas, no aspiran a las asignaciones presupuestarias de 100 millones de rublos. Lo único que pretenden es que el Estado no les estorbe. En 1990, la prensa soviética empezó a citar cada vez con más frecuencia a las nuevas pequeñas agencias de información. Informaciones breves de Interfax, Postfactum, SIBIA, Nordeste, KASKOR y el servicio de información permitieron informar de manera más amplia y moderna a nuestros lectores sobre los sucesos del país.

Los «inhundibles»

Las referencias a Interfax, servicio de información que ocupa unas cuantas habitaciones en la sede de Radio Moscú, son cada vez más fre-

cuentas en los grandes medios de comunicación. En un principio, TASS hizo como que el rival no existía; luego, intentó reprimirlo, sin que ello surtiese efecto alguno, y se ofreció para comprar las noticias de Interfax en divisas; y como la respuesta fue negativa, pasó finalmente a desmentir algunas informaciones de la nueva agencia. Como resultado, Interfax sólo ha ganado en popularidad, de acuerdo con las leyes de la competencia.

Quienes trabajan en Interfax creen que es necesario divulgar la información disponible cuanto antes y sin ofrecer comentario alguno, para que el lector pueda elaborar su propia opinión sobre el particular. El nuevo servicio de información fue creado en Radio Moscú en setiembre de 1989 con capital de la empresa mixta Intercuadro (franco-soviético-italiana). Inicialmente, Interfax se dirigía a los corresponsales extranjeros acreditados en Moscú y transmitía, vía fax, varios noticieros diarios en ruso, inglés y español; asimismo, preparaba tres resúmenes semanales sobre los temas más importantes de la actualidad soviética, así como entrevistas exclusivas con los estadistas y personalidades sociales de prestigio. A pesar de que en ese entonces, la censura en la URSS aún no había sido eliminada oficialmente, Interfax se negó a que sus materiales fuesen sometidos a la autorización de las respectivas instituciones.

El número de los abonados de la agencia tiende a aumentar. «Utilizamos la información de Interfax con mucho gusto –afirma Alexéi Ma-yórov, colaborador de la BBC–, puesto que su nivel corresponde a los requisitos internacionales».

En una entrevista al semanario *Argumenti i fakti*, Mijail Komissar dijo (AiF, núm. 30/90):

La creación de Interfax es un reto para las agencias de información habituales, tales como TASS o APN, y una persona que se atreve a hacer competencia a los grandes monopolios debe estar segura de que triunfará.

La idea de crear una agencia independiente surgió porque los diplomáticos y corresponsales extranjeros se quejaban constantemente de la falta de información fidedigna sobre los sucesos que tenían lugar en la URSS. No les satisfacía el servicio de TASS porque tenía un carácter obviamente politizado, tendencioso, y además porque llegaba con retraso. Los materiales de APN tenían los mismos defectos. De ahí que se decidiera crear una agencia nueva, a fin de informar de manera expeditiva y con objetividad sobre los acontecimientos en el país.

– Las primeras noticias de Interfax aparecieron en setiembre de 1989...

– Ya en los primeros dos meses de trabajo logramos compensar todos los gastos iniciales, y en la actualidad funcionamos en régimen de autogestión y autofinanciación. Contamos con una red de más de cien corresponsales en muchas ciudades de la URSS. En cuanto al procedimiento técnico, usamos la vía fax, que nos permite transmitir a los abonados grandes corrientes de información rápida.

– No obstante, noticias de Interfax han sido desmentidas en varias ocasiones...
 – Siempre verificamos las que nos parecen dudosas con la ayuda de otros corresponsales o dirigiéndonos a las instituciones oficiales. Y prácticamente todos los días nos vemos obligados a rechazar unas cuantas noticias que son imposibles de comprobar.

En cuanto a los desmentidos, sólo hubo dos, y ambos procedían de TASS. El comportamiento de dicha agencia causó en nosotros cierto asombro: nadie nos había preguntado por los datos que teníamos, y entretanto había pruebas irrefutables que demostraban nuestra razón. Con todo, decidimos no entrar en polémicas y no refutar el mentís.

A propósito, la práctica internacional consiste en que un medio de comunicación no desmiente a otro; en tales casos, simplemente ofrece su propia información al respecto. Es decir, existe cierta ética de las relaciones gremiales.

– Las noticias de la actualidad interna Interfax las transmite antes que las emisoras occidentales. ¡Felicitaciones!...

– Así debe ser: los periodistas soviéticos tienen que enterarse los primeros de lo que pasa en su país, igual que los alemanes, en el suyo... Y el que antes no fuera así se debe a las deformaciones en nuestro sistema. Creo que las actividades de Interfax sólo lo pone todo en el debido lugar.

El 11 de enero de 1991, la dirección del Comité Estatal de Televisión y Radiodifusión de la URSS (Gostelerradio), presidido por Leonid Krávchenko, decidió prohibir la actividad de la agencia Interfax en locales del edificio perteneciente a Gostelerradio. Krávchenko ordenó el embargo de todos los bienes de Interfax que se encontraban en dicho edificio. El mismo día, el Soviet Supremo de Rusia y la Unión Científica-Industrial de la URSS ofrecieron nuevos locales a la agencia, situados en sus respectivas sedes. La dirección de Gostelerradio no ocultaba que la información difundida por Interfax no se ajustaba a la orientación política de ese comité estatal. El conflicto tuvo amplia resonancia en la prensa nacional y supuso para Interfax una buena publicidad que no le costó ni un céntimo.

Oleg Kupriánov y Alexandr Kan, corresponsales en Moscú del periódico norteamericano *Nóvoye Rússkoye Slovo* (15.01.1991), refieren el caso:

El 11 de enero, Interfax dedicó su bloque informativo de la mañana a los acontecimientos en Lituania y las otras dos repúblicas bálticas. Como siempre, su información contrastaba con las versiones difundidas por las fuentes oficiosas: TASS, RTV y la prensa del partido.

Ese mismo día, A. Lukiánov, al abrir la sesión de la mañana del Soviet Supremo de la URSS, dijo que, a pesar de que el Parlamento se reunía a puerta cerrada, se habían producido fugas de información, en particular por el conducto de Interfax.

Y esa misma mañana se reunió el Consejo de Gostelerradio para tratar del asunto de

Interfax. A las cuatro de la tarde, los trabajadores de la agencia independiente se pusieron a salvar a *toda* prisa sus bienes retirándolos de las oficinas que ocupaban en el local de Gostelerradio en la calle Piátnitskaya. El Consejo del Comité Estatal de Televisión y Radiodifusión, con su nuevo presidente Leonid Krávchenko, había decidido el cierre de Interfax y el embargo de los bienes de la agencia que se encontraban en la sede de Gostelerradio.

Al poco de ser tomada esta decisión, cuando apenas habían pasado dos horas, fueron desconectados los teléfonos y telefax instalados en el local de la agencia. Interfax se vio obligada a cancelar la transmisión del bloque informativo programado, pero tuvo tiempo de lanzar un S.O.S. a sus abonados: Estamos persuadidos de que las causas del presente conflicto con Gostelerradio no tienen que ver con cuestiones económicas ni el contenido sobre los bienes. Interfax estima que esta acción del *Equipo* directivo de Gostelerradio se inscribe lógicamente en las líneas de desarrollo del rumbo adoptado por Leonid Krávchenko para eliminar las estructuras de información independientes. La reciente prohibición del teleprograma *Vzgliad*, el de mayor audiencia en la URSS, y el que no se conceda espacio en la pequeña pantalla a las emisiones del estudio independiente Avtorskoe Televidenie son eslabones de la misma cadena. La dirección de Gostelerradio no oculta que la información de Interfax no corresponde a la concepción política por la que ella se guía... Impedir que se consuma la acción proyectada sólo está en poder de la misma persona que designó a Leonid Krávchenko para este puesto: el presidente de la URSS, Mijaíl Gorbachov.

Las principales agencias informaron del cierre de Interfax en sus bloques de noticias de la URSS, en segundo lugar, detrás de la información sobre los sucesos de Lituania. Sea dicho de paso, los comunicados de Interfax sobre la situación en las repúblicas bálticas ocupaban amplio espacio en muchos *mass media* extranjeros. Según informó un colaborador de Interfax, el motivo formal por el que se decidió el cierre de la agencia fue por haber transmitido unas declaraciones del ministro de Cultura de Letonia, Raimond Pauls, quien calificó de «muy distante de la realidad» la forma en que la TV Central presentaba los sucesos en dicha república.

Mijaíl Komissar, director de Interfax, fue más diplomático. En unas declaraciones hechas a los corresponsales de *Nóvoye Rússkoe Slovo* inmediatamente después de la decisión del Consejo Directivo del Comité Estatal, indicó dos causas del conflicto. En primer lugar, la lucha de diferentes grupos en el seno de Gostelerradio, donde el ultraderechista Krávchenko ha venido a reforzar un *Equipo* directivo de por sí bastante conservador. Y en segundo lugar, la antipatía personal del nuevo presidente hacia Interfax. Y es que Krávchenko, antes de ser designado como dirigente de Gostelerradio, ha sido director general de TASS, una agencia que supera con mucho a Interfax por su estatuto, su potencial técnico y las dimensiones de su red, pero no puede competir con ella en lo que se refiere a cualidades profesionales tales como la objetividad, la rapidez y la independencia.

De todos modos, Mijaíl Komissar es optimista. «Confío en que podremos reanudar nuestra labor dentro de pocos días, cuando nos mudemos al local que el Soviet de Moscú ha asignado a nuestra agencia y que actualmente se encuentra en reparaciones». El personal de Interfax, un tanto repuesto del susto –bien comprensible– que se llevó en el primer

momento, tampoco dramatiza la situación. Los miembros de la comisión designada por la dirección de Gostelerradio para controlar la operación de desalojamiento, no se asemejaban a los chequistas de los tiempos de la gran represión, e incluso ayudaban a sus colegas con buen espíritu de camaradería a sacar de las oficinas los efectos de la agencia. Los periodistas bromeaban: «nos trasladan a Butirki o a Lefortovo»². El divorcio con Gostelerradio –tarde o temprano– era inevitable. En cambio, comentan, «en adelante gozaremos de plena independencia».

De todos modos, los hechos de estos últimos tiempos demuestran que a todo ratón le toca un buen día vérselas con algún gato. El caso de Interfax se inscribe claramente en la campaña general de represalias contra los medios de información independientes. Es obvio que el poder tiene en reserva otros muchos medios y estrategias...

La rapidez con que Interfax, a partir de la nada y a despecho de sus poderosos opositores, ha logrado convertirse en una agencia que goza de buen crédito, es alentadora. Resulta grato ver que en el terreno de la información todavía se aprecia la honradez y la profesionalidad. Según reveló una encuesta realizada en octubre de 1991 por el Instituto de Estudios de la Opinión Pública de la URSS, los periodistas extranjeros que trabajan en Moscú confían mucho más en Interfax que en las demás agencias soviéticas de información.

El «fenómeno Interfax» es fácil de comprender cuando se tienen en cuenta las características de sus hermanas mayores TASS y Nóvosti. De todos modos el siguiente artículo de M. Bérguer, publicado en *Izvestia* (31.8.91), nos ayuda a comprender mejor sus causas y significación:

«En el local de Interfax han irrumpido hombres armados. Circunstancias de fuerza mayor nos obligan a interrumpir nuestro trabajo por tiempo indefinido».

Este comunicado había sido redactado en las primeras horas del golpe de Estado dirigido por el Comité de Emergencia, y un empleado de Interfax tenía el dedo sobre el botón para poder emitirlo en el último momento, caso de que las fuerzas golpistas ocuparan la agencia. Es más, se había acordado con los usuarios occidentales que IF utilizaría una señal en clave para indicar que estaba emitiendo bajo control, si en vez de clausurarla la obligaban a transmitir informaciones manipuladas. Por suerte, las cosas no llegaron a esos extremos previsibles e Interfax, lo mismo que Radio Rusia, la emisora *Ejo Moskvy* y la agencia Postfáctum, siguieron transmitiendo información objetiva sobre lo que estaba ocurriendo y sobre la reacción que los sucesos de Moscú provocaban a nivel nacional e internacional.

No se entiende muy bien por qué la «dirección soviética» no cerró las agencias de noticias independientes, ni tampoco está claro por qué, habiendo clausurado los periódicos democráticos, no bloqueó sus sedes. Fueran cuales fueran las causas, ese descuido

2. Nombres de barrios donde se encuentran las dos cárceles principales de Moscú.

permitió a las unas difundir ampliamente su información y a los otros emplearla en sus octavillas y emisiones clandestinas.

La *Casa Blanca* de Moscú se mantuvo en contacto permanente con IF, cuyas informaciones le ayudaban a orientarse en la situación y tomar las medidas pertinentes. La heroína emisora *Ejo Moskvyy*, que salía una y otra vez al aire a pesar de todo lo que se hizo por acallarla, transmitía, de manera continua, noticias de IF.

Si el mundo se enteró desde las primeras horas de lo que realmente ocurría en nuestro país, es en gran parte gracias a Interfax: casi todas las agencias y otros medios de información occidentales están abonados a IF. El lunes 19 de agosto, cuando las líneas de comunicación internacional estaban recargadas y las redacciones no podían mantener contacto permanente con Moscú, periodistas de la NBC norteamericana se desplazaron a la oficina del representante de Interfax en Estados Unidos y desde ahí leían en directo los comunicados de la agencia enviados desde Moscú.

No tiene sentido reseñar aquí las noticias transmitidas por IF en los días del *putsch*, todos nosotros tuvimos ocasión de leerlas o escucharlas en aquellos mismos días. IF ha recibido muchos mensajes de agradecimiento de colegas occidentales. Mijail Komissar, director de la agencia, siente especial y legítimo orgullo por una carta del Centro de Relaciones Públicas del Ministerio del Interior de la URSS, en la cual se hace constar que gracias a IF el personal de dicho centro no se dejó engañar por la «información» que le hacían llegar «desde arriba».

Hace justo dos años, en setiembre de 1989, comenzaron a llegar a las redacciones de los periódicos moscovitas breves fax de una agencia independiente a la que nadie conocía. La independencia de una entidad que había nacido en el seno del Comité de Radio y Televisión de la URSS se prestaba a dudas, y efectivamente muchos dudaban de que fuera independiente. Pero todos se fijaron desde el principio en la calidad de la información y la capacidad para adelantarse a las demás agencias, incluida una empresa monopolista como TASS. Por cierto que *Izvestia* fue el primer periódico de la prensa oficial en insertar noticias de IF.

Interfax se acreditó rápidamente. Más aún después de que Leonid Krávchenko, al hacerse cargo de la Compañía de Radiotelevisión de la URSS, quiso terminar con ella expulsándola de sus locales. IF se salvó entonces gracias a la ayuda del Gobierno ruso y de la Unión Científica-Industrial. Extendió su campo de actividad a la información económica. Fue la primera en montar un servicio de noticias de las bolsas. En ocasiones, logró anticiparse a los acontecimientos. Interfax divulgó la noticia de que Gorbachov había decidido renunciar al cargo de secretario general del PCUS, cinco horas antes de que se hiciera pública la declaración oficial.

Los acontecimientos de agosto han puesto de relieve el papel de los *mass media* en la sociedad. Hoy muchos medios de comunicación de masas son realmente independientes. Los que lo eran ya antes del *putsch*, ayudaron a frustrarlo.

Entre quienes se solidarizaron de manera inequívoca e incondicional con el poder legítimo y las fuerzas democráticas durante los días cruciales de agosto, estaba también todo el personal de la Agencia de

Información de Rusia (RIA). A ella acudió Eduard Sagaláev para difundir la declaración de la Unión de Periodistas de la URSS («Entre nosotros caben personas de diferentes convicciones y opiniones políticas, pero no hay sitio para gente mentirosa y ruin»). Nacida en 1991, RIA fue durante los primeros meses una agencia pigmea en comparación con TASS o Nóvosti. Se hallaba instalada en unas cuantas habitaciones y transmitía 10 páginas de texto al día. Durante los días del golpe aumentó el volumen diario de información hasta unas 30 páginas. En setiembre de 1991, adquirió un *status* mucho más alto, pasando a ocupar un piso entero en la sede de Nóvosti. De hecho se ha realizado la fusión de ambas agencias.

Postfáctum: la primera agencia de información independiente

La agencia Postfáctum, que se menciona cada vez con mayor frecuencia en la prensa soviética, también es fruto de la *perestroika*. He aquí una información publicada en *Trud*, del 18 de setiembre de 1990:

«Somos la primera agencia de información independiente en la URSS. No expresamos la opinión oficial sobre los sucesos, sino la nuestra. Postfáctum se fundó hace aproximadamente un año, y todos los días, incluidos los domingos (a las 12:00, a las 18:00 y a las 24:00) envía a los abonados, por telégrafo, fax y telex, el resumen informativo que se denomina *La URSS hoy*. Incluye las noticias de los corresponsales de la agencia, así como resúmenes de la prensa central, local y no oficial».

Los cables de Postfáctum son utilizados por instituciones públicas, radio y televisión, los periódicos, así como empresas, embajadas y corresponsalías extranjeras que tienen representación en la URSS. La información de la agencia se transmite a través de las redes de telecomunicaciones de Europa y EE.UU. Además, Postfáctum publica recopilaciones semanales de artículos dedicados a los principales problemas de la economía y la política de la URSS. Tales ediciones contienen los resultados de investigaciones, datos analíticos y materiales que se publican por primera vez.

La valentía de una periodista honrada

Para completar este capítulo dedicado a las agencias de prensa, vamos a presentar un fenómeno algo insólito en nuestra actualidad política: una descripción detallada de las actividades de SIBIA (agencia de información de Siberia), hecha conjuntamente por la revista de la Unión de Periodistas soviéticos, *Zhurnalíst* (núm. 9/90) y el director de la mencionada agencia, Alexéi Manánnikov, diputado del pueblo de la Federación Rusa. Creo que si Serguéi Grigoriantz, disidente y redactor jefe de la publicación semiclandestina *Glásnost* llegara a ser diputado

del Parlamento ruso, o del de la URSS, sus entrevistas serían publicadas no sólo en la prensa extranjera, sino también en la nacional. En cuanto a Alexéi Manánnikov, quien hasta hace poco era un perfecto desconocido, trabaja en condiciones completamente legales. A continuación, ofrecemos el texto de la entrevista que este personaje concedió a la corresponsal de *Zhurnalíst*, Elena Korolkova, bajo el título *No te fíes, no tengas miedo, no pidas nada*:

– Según el diario *Sovétskaya Rossiá*, usted es uno de los miembros de la Unión Democrática, y además, el «ídolo» de los grupos independientes y radicales soviéticos. ¿Es cierto?

– ¡Qué absurdo! Trato de no comprometerme ni política ni militarmente, al menos, de manera formal. Ninguno de mis colaboradores es miembro de la Unión Democrática. Incluso publicamos varios materiales en contra de la UD, después de lo cual los militantes de dicha organización se negaron en redondo a difundir las ediciones de SIBIA. En general, la práctica de atribuir a los oponentes políticos las ideas de la UD abunda en la prensa oficial, sobre todo, en la periferia: es una etiqueta que suele ponerse a todo lo que parece inconveniente a los ideólogos en el poder.

– Su posición de director independiente y, al mismo tiempo, de representante del poder supremo de la república rusa me parece ilógica... Un líder informal en la más formal de la estructuras... ¿Cómo lo explica?

– Primero le voy a contar cómo me inicié en el periodismo, pues este hecho contribuyó a que fuese elegido para el Soviet Supremo (Parlamento permanente) de la Federación Rusa. Podría decirle que me forzaron las circunstancias. Soy economista, estudié en los cursos de posgrado y durante algún tiempo impartí clases de Economía Política. En 1982, me arrestaron, pasé tres años en la cárcel, y cuando salí, no me dejaron ejercer mi profesión.

– ¿Por qué lo encarcelaron?

– Por «divulgar calumnias contra el régimen estatal y social de la Unión Soviética» (artículo 190.1 del Código Penal de la Federación Rusa)... Y en concreto, porque manifesté públicamente mi simpatía hacia Solidaridad de Polonia. Me incriminaban algunas expresiones, como «régimen totalitario» o «partitocracia» y las valoraciones subjetivas sobre la guerra de Afganistán... También, la afirmación de que la prensa soviética publica mentiras. Esta última frase fue calificada de «la más denigrante».

Durante mucho tiempo tuve que ganarme la vida con trabajos ocasionales, como estibador, fogonero y cosas por el estilo. Y cuando los aires de la renovación cobraron cierto vigor, intenté conseguir la rehabilitación. Mi solicitud fue rechazada, y para protestar, decidí iniciar una huelga de hambre. Pero era necesario comunicarlo a algún periódico, y entonces me dirigí a la redacción de *Glásnost*, donde encontré apoyo. Fue entonces cuando me di cuenta de una cosa: la gente, cuya trayectoria era similar a la mía, estaba ocupada de tareas concretas. Ellos no pedían nada para ellos mismos, y habían descubierto un espacio tan importante como la prensa independiente. Empecé a colaborar con la revista, luego pasé a dirigir la

sección de crónica, y a principios de 1989, regresé a Novosibirsk e intenté organizar una agencia de información.

– ¿Por qué precisamente una agencia?

– Quería abarcar a *toda* la región. Siempre fui partidario de la autonomía de Siberia. Esta idea no es nueva y, mucho antes de la revolución, ese proyecto lo defendieron algunos diputados de la Duma (Asamblea Nacional). En la década de los 30, los partidarios de la autonomía regional de Siberia fueron ejecutados como «enemigos del pueblo», y con ellos desaparecieron las publicaciones siberianas de antes de la revolución. Sólo quedó la revista mensual *Sibirskie ogni* (Luces de Siberia). Es decir, había una enorme laguna informativa, e intentamos llenarla. Gracias a los contactos con *Glásnost* y con Express-crónica, conseguimos en breve plazo formar un consejo de redacción, así como una red de corresponsales. Entablamos vínculos con todos los centros territoriales y regionales de Siberia, con una veintena de ciudades. Sobre la base de las noticias que recibimos redactamos un resumen de prensa semanal, en cuya portada se anuncia que es la primera edición informativa de alcance regional. Antes, éramos también la única, pero luego surgieron la radio de Novosibirsk, que transmite programas para *toda* la región, y un periódico, denominado *Sibirskaya gazeta*. Asimismo, editamos una revista independiente, *Séverni telegraf* (Telégrafo del Norte), en el cual se recogen los materiales que, por una u otra razón, no han entrado en los resúmenes. Ya se publicaron cinco números, pero en la actualidad decidimos hacer una pausa: para editar obras voluminosas, se requiere mucho dinero, y eso resulta bastante costoso para el usuario.

– En las guías bibliográficas de *samizdat* (literatura de confección casera, casi siempre de orientación disidente) figura un boletín mecanografiado *Svobódnoe óbshchestvo* (Sociedad libre), órgano de la UD en Irkutsk y de la sección local de SIBIA.

– Es la primera vez que oigo ese nombre. En cambio, con la emisora Libertad mantenemos contacto y le suministramos las noticias más recientes. Libertad y la dirección de *Rússkaya misl* reciben por fax la versión completa de nuestros materiales. Asimismo, tenemos contactos esporádicos con la Voz de América y la BBC.

– Bueno, empecé a trabajar en SIBIA forzado por las circunstancias, pero ¿cómo llegó a ser diputado del Parlamento?

– Pues, precisamente, gracias a mi trabajo de periodista. En Siberia, me conocen tanto por los programas de Libertad como por las publicaciones de la agencia; además, me ayudó muchísimo la fuerte resistencia de los órganos del PCUS, ya que en la campaña electoral estaba de un lado Alexéi Manánnikov y, de otro, el comité del PCUS en la región de Novosibirsk. Una confrontación en que votar «en contra» significa votar por alguien.

– ¿Cuál era su plataforma electoral?

– Mi programa se limitaba a dos postulados: primero, el cumplimiento de los legados políticos de Andréi Sájarov y la descolonización de Siberia; y como medida de transición, el cambio del modelo económico y político de la URSS. Como economista, apoyo las ideas de los denominados republicanos de derecha en EE.UU. (digo «de derecha» en el sentido que tiene esa palabra en Occidente), de los conservadores británicos, de los demócrata-cristianos de la RFA y de los liberales de Japón. En Rusia todavía no existe nada parecido, pues no puede haber individuos libres allí donde todo depende

del Estado.

– Usted mencionó Radio Libertad. ¿Le ofreció alguna ayuda durante la creación de SIBIA?

– Sólo nos paga por los materiales que le proporcionamos, así que no ha intervenido en nuestra formación. El estatuto de radio Libertad le prohíbe contratar a ciudadanos de la URSS. Además, allí hay una marcada discriminación respecto a los autores soviéticos. Que yo sepa, se les paga 12 ó 13 marcos por minuto, en tanto que a los occidentales no menos de 30. Así que la libertad aparte, el sistema no es muy justo... Lo que enviamos son como regalos, una especie de beneficencia. Simplemente compartimos la información con todo el mundo. Pero los resúmenes de SIBIA se divulgan, principalmente, en Novosibirsk, así como en otras ciudades de la Federación Rusa, entre ellas, Moscú y Leningrado. Tenemos casi 500 abonados, en particular, casi todas las bibliotecas importantes y las direcciones de numerosos periódicos, por ejemplo, de las publicaciones como *Atmoda*. Los materiales de la agencia se reproducen en diarios de la juventud de Siberia, periódicos de Moldova y de las repúblicas bálticas. En cuanto a la prensa partidista, también utiliza nuestros textos, aunque lo hace de una manera algo peculiar: citándolos en sus críticas. A estos periódicos hay que rendirles tributo, pues han contribuido más que nadie a hacernos publicidad.

– ¿Todavía cree que la prensa soviética publica mentiras?

– No, ahora no. En la actualidad, las publicaciones asumen posturas diversas, escriben sobre cualquier tema y enfocan los problemas desde diferentes ángulos. Si abro, por ejemplo, *Argumenti i fakti* o *Komsomólskaya pravda*, puedo encontrar allí un montón de cosas que me inspiran confianza. Con todo, no existen garantías de que tal situación siga en el futuro, si se conserva la estructura actual en los medios de comunicación. En ese contexto, no podemos negar los méritos de la denominada prensa informal o *alternativa*, que fue la primera en tocar algunos de los temas tradicionales vedados.

La prensa oficial sólo seguía sus huellas. Así, el principal mérito de nuestra agencia, a mi modo de ver, es el levantamiento del bloqueo informativo en torno a las huelgas en la región hullera de Kuzbáss en 1989. Los medios de comunicación centrales informaron de las huelgas una semana después que comenzaron; y los periódicos locales, incluso en las regiones limítrofes con Kuzbáss, mantuvieron silencio hasta setiembre o hasta octubre. En cambio, SIBIA empezó a informar de los sucesos desde el primer día, a través de las emisoras occidentales. Así, la cadena televisiva CBS recibió de nosotros el primer reportaje desde la zona de las huelgas. Lo habíamos rodado en Prokó-pievsk y en Novokuznetsk.

– ¿Cuántas personas trabajan en la agencia?

– Cinco.

– ¿Sólo cinco?

– Sí. Es algo característico de *samizdat*.

– Pues, en este caso, ustedes son reporteros natos. A propósito, *Sovétskaya Rossiá* les hizo –por supuesto, sin quererlo– un elogio. Voy a citarlo textualmente: «No hay ningún motivo para cuestionar la profesionalidad de los que trabajan en SIBIA».

– Y, como siempre, han fallado: en el consejo de redacción no hay un único profesio-

nal. Simplemente, somos coidearios, y hemos logrado crear un núcleo organizativo en torno al cual ha empezado todo. Tres personas se dedican a la redacción de noticias, y otras dos, a las cuestiones técnicas. En cambio, entre quienes nos dan la información hay algunos profesionales: así, nuestra antigua colaboradora Marina Sálnikova trabaja en *Tiumenski komsomólets* (Komsomol de Tiumén); Sasha Lavrova, quien redacta el boletín y las ediciones de *Séverni telegraf*, es filóloga. A decir verdad, la división formal según las funciones no la respetamos mucho dentro de la agencia. Además, la dirección de SIBIA cambia constantemente, de modo que se produce la rotación natural del personal.

– ¿No lo siente?

– Lo que sí siento es que en los últimos meses no haya cambiado nada. Falta la inyección de fuerzas nuevas.

– ¿Cómo es la base material y financiera de la agencia?

– Sólo tenemos una computadora que está a punto de estropearse. Los dos primeros boletines los escribimos a máquina, y luego los fotocopiamos. Pero tuvimos suerte, pues una imprenta de la región del Báltico aceptó publicarlos en tirada considerable. Por primera vez logramos vender nuestro producto, a cincuenta kopeks el ejemplar. En la actualidad, procuramos mantener inalterable ese precio, aunque es módico para una edición independiente y supone para nosotros ciertas dificultades con la distribución: todo el mundo trabaja en condiciones más ventajosas. La tirada actual es de 15.000 ejemplares, lo cual nos permite cubrir los gastos de mantenimiento. Los colaboradores de la agencia perciben 50 rublos semanales, y sólo los dibujantes cobran honorarios extras. Cuando se terminó de imprimir el número 12 (y era la primera edición en gran tirada, de modo que habíamos pedido prestado algún dinero), sucedió algo imprevisto: todos los ejemplares fueron confiscados en el aeropuerto. Nuestros distribuidores iniciaron una huelga de hambre, y el principal huelguista era el agente de ventas, quien no había podido llevar la edición desde Vilnius. Pues, esa gente se instaló cerca del monumento a Lenin, y en torno a ellos se congregó al poco tiempo una muchedumbre. Los huelguistas hicieron una colecta y lograron reunir mil rublos, justo lo necesario para volver a imprimir la edición.

– ¿Son frecuentes esas represalias?

– En diciembre de 1989, el apartamento que servía de sede a la redacción, fue sometido a un registro: la policía intentaba hallar drogas. Pero sólo encontraron espráis con gas lacrimógeno, de esos que se venden libremente en la RFA, como medio de autodefensa. El dueño del apartamento fue detenido por tres días. Claro que las drogas y los espráis sólo eran un pretexto. En realidad, era una acción que habíamos esperado, pues la víspera del registro, se publicó una edición especial del boletín que estaba dedicada a la policía local y llevaba como título: *La mafia al servicio de la Ley*.

– No obstante, usted acoge con satisfacción la Ley de Prensa, a pesar de que también impone una serie de reglas y normas que han de ser acatadas por los todavía no registrados. Aunque la censura ya ha sido eliminada.

– En cuanto a la censura, no nos preocupa en absoluto. El problema consiste en el acceso a las imprentas. La Ley de Prensa ha de entrar en vigor paralelamente con los mecanismos de mercado. Pues en el caso de que tengamos que comprar papel a precios de mercado libre, y la administración de las imprentas, que en su mayoría aún pertenecen al PCUS, siga controlando los materiales que publicamos, no habrá libertad de prensa. Par-

to de la fórmula tradicional de cada recluso: No te fíes, no tengas miedo, no pidas nada».

Una agencia cristiana

A primeros de enero de 1991, la Agencia Cristiana de Información (ACI), recientemente constituida, iniciaba su actividad en la capital soviética. ACI edita un boletín informativo *Jristianskie nóvosti* (Noticiero Cristiano)– y un almanaque periódico *Jristianski arjiv* (Archivo Cristiano). Dicha agencia se constituyó a partir de la editorial independiente Protestant, propiedad de bautistas evangélicos, que ya distribuye oficialmente un periódico del mismo nombre y la revista *Jristianin* (El cristiano), reaparecido tras un largo paréntesis de casi 70 años.

CAPITULO TERCERO

PUBLICACIONES POLÍTICAS VETERANAS

Lo interesante de «Pravda»

Pravda, Izvestia, Rabóchaya tribuna, Komsomólskaya pravda, Trud, Krásnaya zvezdá, Sélskaya zhizn' y Gudok, estos eran los ocho periódicos que por disposición del Gabinete de Ministros del 28 de marzo de 1991 seguirían recibiendo divisas convertibles para asegurar el envío por avión de sus ejemplares a los suscriptores extranjeros (en total, unos 17.000). Quienes se habían suscrito a otras publicaciones soviéticas debieron contentarse en 1990 y 1991 con recibir una parte de los números por tren (Europa) o mar, y no recibir la mayor parte. Los promotores del golpe de agosto de 1991, al decretar la suspensión de todos los periódicos y revistas editados en Moscú, hicieron una excepción para los mencionados más arriba (con la sola diferencia de que *Gudok* y *Komsomólskaya pravda* fueron sustituidos en la lista del Comité de Emergencia por *Glásnost*, del CC del PCUS).

¿Seguirá editándose «Pravda» en 1991? Con este título, *Argumenti i fakti* (núm. 41/90) publicó un artículo de V. Egórov, que desempeñaba un cargo de responsabilidad en el órgano del CC del Partido Comunista de la Unión Soviética:

Se ha configurado una situación de emergencia. Y por eso en la agenda de la reunión partidista, que se celebró en nuestra Redacción, se cuestionaba la propia existencia del periódico en 1991. El hecho de que el problema se haya planteado en estos términos demuestra lo grave que es la crisis actual: el diario va perdiendo el prestigio, así como el apoyo de los lectores; reacciona con retraso a los sucesos de estricta actualidad; a menudo, es incapaz de polemizar con sus oponentes políticos; y elude comentar, o simplemente silencia los hechos que requieren una respuesta rápida.

La mayoría de nuestros periodistas se dan cuenta de la situación, pero la jerarquía burocrática, que aún se conserva, impide revelar en pleno el potencial creativo de la Redacción, aumenta el nerviosismo y contribuye a la división del colectivo. El conflicto que ha surgido no puede interpretarse como simple confrontación entre personas. Lo que pasa es que la actual dirección del periódico —el Consejo de Redacción y el director— son incapaces de sacarlo de la crisis. Ese problema figuraba en el orden del día de la reunión del partido, y si no incluimos en la respectiva resolución una moción de censura, es porque el director de *Pravda* hizo el siguiente anuncio: «Dentro de unos días, voy a informar al Comité Central y al Buró Político del CC del PCUS que no puedo ni quiero seguir trabajando aquí».

De continuar así las cosas, el periódico simplemente dejará de existir. He aquí algunos datos: a comienzos de octubre, en Ucrania se habían suscrito a *Pravda* 92.000 personas, mientras que el año pasado, sólo en una ciudad, Dnepropetrovsk, había 140.000 personas que recibían regularmente nuestro diario. En algunas regiones, el número de los abonados ni siquiera llega a una veintena.

Las relaciones de la *nomenklatura* del PCUS con la prensa partidista siempre han sido tabú, e incluso quienes trabajaban en dichas publicaciones tenían una idea bastante vaga del mecanismo que ponían en funcionamiento las campañas propagandísticas, iniciadas por las instancias superiores (el PCUS, el KGB, el Ministerio de Defensa o la Cancillería de la URSS) y se llevaban a cabo a través de la prensa.

Nos han robado la vida

El rotativo moscovita *Kuranti* (1.10.90) insertó unas revelaciones del periodista de *Pravda* Veodímir Sómov. Su artículo tiene un encabezamiento larguísimo: *Durante muchos años el periodismo fue instrumento del sistema totalitario, y la mayoría de los profesionales de la información, sin darnos cuenta, participábamos en la obra de embrutecimiento ideológico del pueblo. Hoy, uno de ellos se arrepiente públicamente, consciente como está de que a todos nosotros NOS HAN ROBADO LA VIDA.*

Ahora reímos a menudo entre sollozos, porque nos reímos de nosotros mismos. Esa historia me la contó un amigo y, en un principio, nos pareció muy divertida, aunque

luego dejamos de reír y durante largo tiempo permanecemos callados, pensando cada cual en lo suyo. Ahora les cuento una cosa: una vecina de ese amigo viajó durante una semana por la RFA; era la primera vez que visitaba un país occidental, pero cuando regresó, parecía otra persona, ensimismada, retraída, no hablaba con nadie. A todas las preguntas contestaba con un sola frase: «¡Nos han robado la vida!». Han pasado varios meses desde entonces, y ella sigue contestando la misma cosa: «Nos han robado la vida».

Prácticamente todo ciudadano soviético que viaja por primera vez al extranjero sufre una suerte de choque. La abundancia de productos y artículos de consumo, los bajos precios y la asequibilidad de las mercancías, el carácter amistoso de la gente y las sonrisas en las caras de los vendedores, es decir, todos los elementos rutinarios de una vida normal son capaces de enloquecer incluso a una persona de nervios fuertes. Lo absurdo y lo cruel del experimento bolchevique son evidentes ahora para todos; exceptuando a los propios bolcheviques que aún están obsesionados con el papel rector de su partido.

A centenares de millones de soviéticos se les ha robado la vida. A generaciones enteras, incluso a aquellas que están por nacer porque se requerirá mucho tiempo para recobrar la pérdida. La vida ha sido robada no sólo a aquellos que desaparecieron para siempre en las cárceles del KGB o en los campos de trabajo forzados, sino a todos los soviéticos que permanecen ahora en las interminables colas, agarrando en la mano un cupón de racionamiento para el azúcar o el jabón; a mi madre octogenaria, que recibe del Estado una pensión de 39 rublos; y a mi hijo de 11 años, que ha olvidado ya el sabor del chocolate y cuyo sueño dorado es comprarse un balón de cuero para jugar al fútbol, imposible de conseguir en los comercios de la capital.

Me han robado la vida a mí, y según los estándares internacionales, vivo al borde de la miseria como el resto de mis compatriotas. Lo que gano al mes, si traducimos en dólares, es menos de lo que recibe a diario un basurero neoyorquino. Y eso que, a juzgar por las normas soviéticas, tengo todo lo necesario: un apartamento de tres habitaciones (40 m²), que está perdido en la jungla de hormigón armado en uno de los barrios dormitorio de Moscú; y un par de trajes usados para cubrirme; y hasta una posición social de cierto prestigio, ya que durante varios años desempeñé el cargo de subdirector de *Pravda*.

Pero ¿qué importa el bienestar? A fin de cuentas, siempre se nos ha dicho que no es lo principal, y hasta han llegado a convencernos de ello. Cuando digo que me han robado la vida, me refiero a otra cosa.

El régimen totalitario no dejaba a nadie vivir tal como uno deseaba. El científico, el ingeniero, el actor, el campesino o el ebanista ¿acaso podían realizarse plenamente, revelar al máximo su potencial? Claro que no. Y por eso nuestra economía sigue arrastrándose como un jamelgo, y la cultura está a punto de extinguirse.

Seamos optimistas: cuando la gente tenga alguna propiedad, y con ésta, la libertad económica, la vida cambiará. Ya no nos sentiremos culpables del pasado. ¿Cómo quieren que me sienta ahora con ese lastre del periodista, que no sólo estaba oprimido por los dogmas ideológicos sino que hizo lo posible porque tales dogmas prosperasen?

Cuando se tienen cuarenta y cinco años, resulta algo difícil reconocer, incluso ante sí mismo, que la vida ha pasado absolutamente en vano. Trabajé durante un cuarto de siglo

en la prensa del partido, como fiel servidor de ese ídolo comunista al que ahora estamos derribando del pedestal; durante veinticinco años fui instrumento en las manos del sistema autoritario, es decir, participé activamente en el «lavado de cerebros». Quiero que me perdonen por esta expresión, pero sirve perfectamente para calificar las actividades periodísticas.

Claro que no lo hacía adrede, y es el único consuelo que me queda ahora. Lo más fácil sería hacerse pasar por una víctima del sistema, pero el hecho es que mientras yo me esforzaba por elogiar el entusiasmo laboral de los soviéticos, dispuestos a realizar nuevas hazañas en el cumplimiento del plan quinquenal de turno, los auténticos defensores de la verdad estaban en la cárcel o eran deportados del país del «socialismo real».

¿Podía incorporarme en aquel entonces al movimiento disidente? A pesar de que siempre tuve una actitud crítica hacia el régimen y no lo oculté ante mis amigos, no estaba preparado para luchar contra el sistema. Simpatizaba con los disidentes, y les tenía cierta lástima porque estaban dando cabezazos contra una pared inquebrantable. Pero ha resultado que yo me equivocaba.

El comunismo es un intento bastante acertado de la hipnosis en masa. Ya es evidente que la gente que pretendía lograrlo aspiraba a subir al poder: eran maniáticos que se escudaban con las consignas de la dictadura del proletariado. Y esos hipnotizadores consiguieron convencer al pueblo, con los métodos más monstruosos, de que el poder de los Soviets era fuerte como granito.

Yo creía en el comunismo que describían nuestros manuales. Creía sinceramente en que la actual generación de los soviéticos viviría en una sociedad más feliz. Y cuando, a los 18 años de edad, empecé a trabajar en un pequeño periódico regional, redactaba día tras día los artículos sin ningún asomo de hipocresía.

Más tarde, me enviaban casi todos los días a las empresas industriales y a las granjas agrícolas. A mis jefes les gustaban los reportajes críticos, y se los ofrecía sin pensarlo mucho: flagelaba a quienes se habían retrasado en la cosecha, a los que se demoraban en la siembra o a los que perdían en el campo unas cuantas espigas. Pronto, llegué a la convicción de que entendía los asuntos agrarios más que cualquier agrónomo o zootécnico, y aunque ahora me avergüence de recordarlo, les enseñaba cómo tenían que trabajar. Reprochaba a los directores de las granjas agropecuarias por la mala administración, tal como lo hacían los inspectores del comité regional del partido. Y todo el mundo lo toleraba.

Un colega, Vladímir Poliánchev, me decía con cierta ironía: «Y tú, ¿como siempre blandiendo el sable?». Yo le respondía afirmativamente, con mucha dignidad; con el transcurso del tiempo, incluso empecé a sentirme como pequeño jefe local. Después de mis publicaciones a los culpables los reprendían en el trabajo, hasta hubo algunos despedidos, y en los medios periodísticos el mayor mérito consiste en eso, en conseguir que los trabajadores criticados sean despedidos.

Trate, pues, de imaginarse cómo viven los habitantes de esos países «putrefactos». No es fácil, pero haga el intento. Luego mire hacia dentro y verá... un campo de concentración. Todavía encontramos por todas partes alambradas de púas. Cada uno de nosotros debe vivir en la barraca que le han asignado. Los mendigos, que vuelven de noche con su mísero botín, se ponen a dividirla, riñen y terminan a navajazo limpio, como en Karabaj,

Sumgaít, Ferganá, Osh... (Comprendo que simplifico un tanto los problemas de esas regiones y, desde luego, no quiero herir los sentimientos nacionales).

Mi intención es mostrar que en un campo de concentración no hay ni puede haber libertad de prensa. Y no se trata únicamente de la censura oficial, la cual se está adaptando a las nuevas condiciones: el problema es que también existe un censor interno, que se instaló en el alma de cada uno de nosotros, gracias a los esfuerzos continuos del PCUS. Los periodistas aprendemos muy rápido las leyes de nuestra profesión. Uno puede criticar al portero, al administrador de la casa, incluso a un jefe partidista, si es que también lo hacen los superiores; pero Dios nos libre de tocar a los favoritos o, aún peor, a las propias bases del sistema. Desde luego, se trata de leyes no escritas, pero las conocía al dedillo y las acataba estrictamente todo periodista soviético. Como si todos estuviésemos convencidos de que así lo requerían los intereses supremos del partido.

El censor interno es más peligroso que el oficial, pues con éste uno puede polemizar, presentar contraargumentos, y por último, quejarse de sus acciones ante los superiores, aunque las más de las veces todo ello fuera inútil. En cambio, el censor interno lo representan las propias convicciones, que han sido imbuidas por el sistema. Voy a ponerles un solo ejemplo: durante casi veinticinco años trabajé bajo la tutela del censor interno con tanto éxito que no recuerdo ninguna ocasión en que tuviese que intervenir la censura oficial.

He aquí el ejemplo: en la primavera de 1982, la redacción de *Pravda* me envió con una misión especial a Uzbekistán. Leonid Brézhnev acababa de visitar esa república y yo debía preparar un reportaje sobre los cultivadores del algodón, mostrando cómo se esforzaban por cumplir las últimas instrucciones del secretario general. Los corresponsales de *Pravda* en Tashkent me contaron algunos pormenores de la visita oficial: el dirigente del país, quien se parecía a una momia viva, era transportado por la ciudad con la máxima cautela. Digamos, lo llevaban a un invernadero, y acto seguido, de vuelta a la residencia; o por ejemplo, cuando llegó a una fábrica de aviones, los andamios de un taller, sin poder aguantar a tantos curiosos, se precipitaron al suelo, de modo que el secretario general, muerto de susto, se vio obligado a regresar a Moscú. En aquel entonces, ni siquiera se me ocurrió referir esos sucesos en mis reportajes.

¿Quizá de todos modos me esforcé por reflejar objetivamente en mis artículos la desastrosa situación del sector algodonero? Mostrar, por ejemplo, las condiciones de esclavitud en que el campesino uzbeko se veía forzado a trabajar... Nada de eso. Permanecí en Tashkent durante una semana, y sólo en una ocasión pude desplazarme al campo para hablar dos o tres minutos con los mecánicos agropecuarios. Y lo conseguí tras una gran insistencia. Mis compañeros hacían lo posible porque el contacto con la población local fuera mínimo. Me llevaban de un banquete a otro (menos mal que no bebo), que se celebraban en las residencias pertenecientes al partido, y en el curso de esa interminable «excursión», no había manera de reunir los datos necesarios para mis notas. Cuando el artículo fue publicado, me sentí muy orgulloso: sólo un profesional podía superar las evidentes dificultades y elaborar un reportaje sobre el entusiasmo de los cultivadores del algodón, que es lo que necesitaba de mí la Redacción.

Por supuesto, me daba cuenta de que la sociedad uzbeka era típicamente feudal, con los barones del partido viviendo en el lujo y el pueblo llano hacinándose en chabo-

las. Mis encuentros con los dirigentes locales disiparon las últimas dudas sobre la existencia de una *mafia* organizada. Los palacetes de los comités regionales del partido (la residencia del emir de Bujará era mucho más modesta) eran escenario de orgías y borracheras; en torno a la mesa, donde nunca faltaba nada, se reunían los hombres más poderosos de la región, todo eso, en medio de ampulosos discursos e interminables brindis.

Los detalles de aquella comisión de servicio se los conté a mis amigos y a algunos colegas de la Redacción, pero no pensaba reflejarlos en mis artículos. El censor interno tenía razón: nadie habría publicado semejantes materiales. Ni siquiera después de que los jefes del partido en las regiones de Bujará y Surján-darya fuesen encarcelados, y otro más, de la región de Kashkadarya, se pegara un tiro cuando iban a detenerlo. ¡Qué hondo había calado el sistema, si los periodistas se conformaban con ese censor interno, considerándolo su *alter ego*!...

El embrutecimiento del pueblo dura más de setenta y tres años. Además se ha creado una aureola de profundidad y sabiduría en torno a la primitiva demagogia comunista. Basta recordar los discursos de Stalin, semianalfabetos pero pronunciados siempre con un aire trascendental. O, digamos, los editoriales de *Pravda*. Todos los *apparátchiki* los releían una y otra vez, pensando que era la opinión de las instancias superiores.

Escribí para *Pravda* más de medio centenar de editoriales, y el hecho de que esas instrucciones infundieran tanto respeto a los funcionarios del partido me daba risa. Prácticamente todos los periodistas de la Redacción escribíamos, por turno, tales artículos; a veces, lo hacíamos conjuntamente con funcionarios del aparato del CC, quienes no hacían gala de esa coautoría por miedo a los superiores.

La existencia de tópicos en la interpretación de las disposiciones partidistas permitía atribuirles cierto tono significativo. Era muy fácil habituarse a escribir editoriales. Dicen que en *Pravda* había un personaje legendario que era capaz de escribir el editorial en dos páginas, siempre y cuando hubiese tomado su buena dosis de vino barato. Esa afición le hizo una mala jugada, pues un día lo encontraron muerto: estaba sentado en su lugar habitual, con una botella de vino en la mesa y un editorial inconcluso.

Para mí, ese género resultó algo difícil. El primer editorial que intenté hacer, me lo devolvieron con numerosas notas en los márgenes. Volví a redactarlo, y de nuevo lo rechazaron. Un amigo, al enterarse de mi fracaso, leyó lo que había escrito y se puso a reír:

– Oye, viejo, ese «articulito» no sirve para nada. Existen ciertos estereotipos: los editoriales de *Pravda* suelen tener once párrafos, aunque puede haber excepciones; el primer párrafo es una introducción al tema, y en el segundo tiene que haber obligatoriamente alguna cita de los discursos del secretario general. Antes se citaba a Stalin. Dicen que él mismo ordenó incluir sus aforismos en los segundos párrafos. Y ahora hay que citar a Brézhnev. Uno de los párrafos, mejor que sea el penúltimo, ha de mencionar el papel de las organizaciones del partido.

Seguí el consejo de mi amigo y, sin mayores conflictos, me incorporé a las filas de los «editorialistas», como se les llamaba en broma a esos autores. Ahora me da asco recordarlo, pero hace muy poco cuando *Pravda* dejó de publicar editoriales, los *apparátchiki* de alto

rango y los jefes de comités regionales del PCUS empezaron a quejarse: la vida les resultaba extremadamente difícil sin las instrucciones explícitas del diario. Y entonces, el director de *Pravda* restableció por un tiempo los editoriales.

Nunca canté loas al régimen. Y tampoco escribí esos aburridos artículos sobre la experiencia de la «construcción socialista». La mayoría de mis materiales eran críticos y enfocaban problemas concretos, a pesar de que jamás llegué a analizar las causas de nuestras deficiencias. Cuestionar el valor de la doctrina marxista o erigirse en defensor de la propiedad privada era, en aquel entonces, sinónimo de locura. Claro que ahora eso es evidente: la falta de libertad de gestión conduce a la ruina económica. Pero hace unos cinco o diez años sólo buscábamos a las personas culpables de la mala administración, a aquellos que no habían logrado inspirar el debido entusiasmo laboral.

Uno podía criticar a cualquier jefe, siempre y cuando fueran asuntos de poca monta; y en las condiciones del régimen totalitario tales críticas permitían crear las apariencias de democracia. En cambio, para escribir un artículo crítico de mayor calado era necesario contar con la autorización del CC. Así, en 1983, me permitieron lanzar una ofensiva contra el comité del PCUS de la región de Vorónezh. No sé quién dio el visto bueno, pero el jefe de mi sección tuvo que llevar las pruebas de imprenta a cierto funcionario del CC, y aquél incluso pidió reforzar algunos comentarios del artículo. En las condiciones de entonces, era una crítica aniquiladora, y si la analizamos con la óptica actual, bastante justa; sin embargo, las conclusiones que se hacían a partir del artículo me parecen erróneas: al comité regional del partido y a sus secretarios se les reprochaba la insuficiente intervención en los asuntos agropecuarios.

Las «autorizaciones para la crítica» las recibíamos de las más altas jerarquías. Por ejemplo, me decían lo siguiente: «Gorbachov (en aquella época, miembro del Buró Político) ha pedido...» o «Ligachov encomienda...». Y sin pensarlo dos veces, me precipitaba a cumplir las valiosas instrucciones.

¿Y cuando no había autorización? Pues, en tales casos uno podía ver lo que era la libertad de prensa y la *glásnost* al estilo del PCUS. Todavía no sé quién decidió enviarme a Volgogrado, en 1986, cuando rendí tributo a los métodos de dirección de los líderes locales. Ahora supongo que no había ninguna autorización, y que los materiales críticos se estaban preparando por iniciativa de Víktor Afanásiev, a la sazón director del periódico. Es una situación algo rara: el propio autor desconoce quién era la persona, cuya voluntad él tenía que cumplir. Muchas cosas en *Pravda* estaban rodeadas de misterio.

Aquel artículo fue publicado en la edición dominical, y al día siguiente, apenas entré en mi escritorio, me invitaron para una conversación con Afanásiev. El director dijo que el secretario general le había llamado dos veces por teléfono, que estaba muy irritado y que le reprendió por la publicación. «Pero si ya vivimos en medio de la *glásnost*... ¿Cómo es eso de que hay zonas vedadas para la crítica?», repliqué. Afanásiev me miró con ironía, sin poder explicarse tanta ingenuidad, y se encogió de hombros, dando a entender que la audiencia había terminado.

El jefe del partido en la región de Volgogrado, que era objeto de la crítica, había trabajado en Stávropol bajo la dirección de Mijaíl Gorbachov. En aquellos días, todos estábamos pendientes de cómo iba a terminar esa prueba para Gorbachov; si se erigiría en

defensa del que fuera uno de sus hombres, o por el contrario, confirmaría que no existían zonas cerradas para la crítica. Uno de los secretarios de CC, Níkonov, viajó a Volgogrado para participar en una sesión plenaria del comité regional del partido. El artículo de *Pravda* –creo que con la ayuda de Níkonov– fue condenado, aunque nadie podía desmentir los hechos: todos los datos los había tomado de la estadística oficial.

Estaba seguro de que la venganza no se haría esperar, pero no: me reprendieron un poco y me dejaron en paz. Con el corresponsal de *Pravda* en Volgogrado, que había sido coautor del artículo, fue peor. A mí, no me tocaron. En cuanto a la región de Volgogrado, dejó de mencionarse en los editoriales y los comentarios de *Pravda*. El jefe del partido estaba celebrando la victoria: nadie había causado una derrota tan contundente a la publicación del CC del PCUS. Unos años más tarde, la población de Volgogrado consiguió que a ese dirigente lo destituyeran del cargo, por haber destruido la economía regional. No obstante, ese personaje debía de tener protectores bastante influyentes, porque su candidatura figuró hasta última hora en la lista de eventuales aspirantes al puesto de vicepresidente del Gobierno, y sólo la prudencia de los parlamentarios le impidió salir elegido.

¿Habrán cambiado los tiempos? ¿Qué sentido tiene recordar todas esas cosas? Pero ¿qué quieren que haga yo con mi vida, si resulta que la he vivido en vano? ¿Qué voy a hacer con las mentiras y el autoengaño que duraron veinticinco años? A lo mejor, ese arrepentimiento público me dará fuerzas para hacer borrón y cuenta nueva.

No creo que hayan llegado tiempos distintos para la prensa soviética. Es cierto que el monopolio partidista de la prensa se ha debilitado, pero todavía se conserva. Las denominadas publicaciones independientes se editan en una tirada insignificante y, además, tienen bajo nivel profesional. Las reservas de papel y las imprentas aún están en manos del «partido de vanguardia». Por ahora, sólo se han producido algunas reformas cosméticas, que no afectan a la esencia del problema: la prensa central, incluidos aquellos periódicos que no pertenecen al PCUS, tales como *Trud* o *Izvestia*, sigue siendo un instrumento de la propaganda comunista.

Al mismo tiempo está surgiendo la prensa libre, que tiene que abrirse paso en lucha sin cuartel contra la demagogia. Y, sin embargo, el periodismo aún no se ha arrepentido públicamente y no creo que lo haga en un futuro próximo.

El periódico moscovita *Kuranti* continuó con la serie de artículos cuyos autores, ex corresponsales de la prensa central, se hacían la auto-crítica por su actividad anterior. En la edición del 20 de diciembre de 1990, el ex corresponsal del periódico sindical *Trud*, V. Goncharov, recordaba el conflicto, allá por los años setenta, con las autoridades, mejor dicho, con los dirigentes comunistas de la región de Donetsk. La suya es una historia que haría palidecer a la propia Agatha Christie y hasta a la *mafia* siciliana. Cuenta el autor que, por concurso de circunstancias en los altos despachos de Kíev y Moscú, consiguió apartar de su puesto al mismísimo primer secretario del comité regional del PCUS. En realidad, algún «pez gordo» lo hizo de buen grado aprovechando los

testimonios recogidos por ese plumífero especializado en «remover asuntos sucios». En el 99 % de los casos, semejante temeridad periodística podía saldarse con un tiro en la nuca a manos de un mercenario, o bien con un accidente de tráfico, con el ingreso en la cárcel o en un psiquiátrico o, en el mejor de los casos, con el despido. El 1 de febrero de 1991, el periodista soviético Ilyá Shatunovski recordaba en las páginas de *Kuranti* cómo en tiempos de Mijaíl Súslov, principal ideólogo del partido, él, redactor practicante en *Pravda*, tuvo que escribir un artículo en lugar de por un correligionario del académico Lysenko, gran destructor de la ciencia, y luego discutir con los jefes de la redacción la lista de posibles firmantes de ese artículo.

Espías con máscara de periodistas

¿Y la temática internacional? Yo siempre he tenido la impresión de que los directores de *Pravda*, TASS, APN y las otras cinco publicaciones de organismos centrales que se editaban en Moscú tenían muy poca influencia sobre sus corresponsales particulares en el extranjero. El nombramiento de los mismos incumbía al correspondiente sector de la Sección de Propaganda del CC del PCUS y el contenido de la información que ellos enviaban a Moscú se concertaba siempre con el punto de vista de la embajada soviética en el país dado. Y en las embajadas, como bien sabemos, mandaban los representantes de diferentes organismos: el CC del PCUS, el KGB, la Dirección General de Inteligencia del Ejército, el Ministerio de Asuntos Extranjeros y otros departamentos del poder central, entre los cuales el KGB llevaba la voz cantante.

En relación con este tema, el neoyorquino *Nóvoye Rússkoye Slovo* publicó, el 2 de febrero de 1991, el texto íntegro de una carta dirigida a este periódico por unos diez jóvenes empleados de la Secretaría de las Naciones Unidas, quienes decían en particular:

Las declaraciones de Kalugin sobre las actividades antilegales del KGB se quedan cortas. El podría contar muchas más cosas, y en las presentes circunstancias tiene la obligación de decir *toda* la verdad. Kalugin (lo ha dicho él mismo) trabajó de corresponsal en Nueva York; por lo tanto, debe saber que la mayor parte de los periodistas soviéticos que se encuentran en Nueva York (y en Washington) son colaboradores de plantilla del KGB. Estos espías con máscara de periodistas constituyen de hecho un cuerpo de refuerzo para los agentes que trabajan en la misión soviética ante la ONU. Un refuerzo que no le cuesta nada al KGB. Dicho con otras palabras, sus servicios antilegales los pagan, a cuenta del presupuesto público, los periódicos y revistas soviéticos que los enviaron.

Por culpa de estos pseudoperiodistas de rostro adusto y ojo avizor, «compañeros de armas» de quienes intentan poner de rodillas al general Kalugin, los lec-

tores de la prensa soviética siguen a la espera de una imagen viva de la realidad norteamericana.

De creer lo que dice la gente de nuestra colonia, los profesionales del KGB con credencial de periodista son los representantes de TASS en la ONU Máslov y Menkes, los corresponsales del semanario *Tiempos Nuevos*, Andriánov; de *Novedades de Moscú*, Lukasevicus; de *Komsomólskaya pravda*, Ovcharenko; de TASS, Kikilo, Bilorúsov, Titov, Makurin y Bábichev; de la TV, Levskói y Gerásichev; de *Literatúrnyaya gazeta*, Símonov y Ognev; de *Izvestia*, Shálnev, y el de *Pravda*, Sujói. Todos los demás, sin excepción, son agentes a sueldo del KGB.

No creo que estas revelaciones puedan sorprender a ningún soviético. Pero en relación con lo que se dice en esa carta cabe preguntarse: ¿Y los corresponsales particulares de los periódicos centrales en el interior del país, de quién eran agentes? Durante decenios representaron en los niveles locales los intereses del aparato o, al menos, el punto de vista del Comité Central del PCUS. Tradicionalmente, el de *Pravda* era algo así como el «decano» de los corresponsales de periódicos centrales, acreditados en la capital de una república o región concreta, y el único que formaba parte del reducido círculo de personas que podían contactar directamente con los miembros del buró del Comité Central o local del PCUS. Por su significación dentro de la *nomenklatura* del partido, los cargos de corresponsal particular de una publicación central eran muy apetecidos por los periodistas locales y se otorgaban únicamente a personas probadas y obedientes. Los periodistas de *Pravda*, *Trud*, *Rabóchaya gazeta*, *Sélskaya zhizn*, *Sovétskaya kultura* y *Uchítelskaya gazeta* recibían de los jefes locales del partido apartamentos y teléfonos oficiales, *dachas* y aprovisionamiento especial, espléndidas oficinas y coches. Así las cosas, ¿cabía esperar que alguno de ellos intentara, aunque sólo fuera una vez, escribir la verdad sobre el estado de cosas en su región? De ninguna manera. Habría bastado con una sola llamada de los jefes locales a Moscú para que lo despidieran en el acto. Últimamente, las cosas han cambiado, pero en Uzbekistán, Azerbaidzhán, Tartaria y Bashkiria, en setiembre de 1991, todavía se seguía con las prácticas de «la dirección de la prensa por el Partido».

Durante los años de la *perestroika*, la lectura de las seis (los domingos, ocho) páginas de *Pravda* sugería inevitablemente una pregunta: ¿a quién está destinada esa propaganda? El bajo nivel profesional de los periodistas, que trabajan en la Redacción del diario, se conjuga con el miedo a decir una sola palabra de más. Igual que en la época de Stalin y Brézhnev. Pero en los años veinte y treinta, cuando la prensa soviética aún no se había convertido en coto de los funcionarios partidistas, la lectura de los periódicos podía resultar interesante.

A pesar del carácter netamente manipulativo de la propaganda comunista, del que *Pravda* ha sido siempre un claro ejemplo, esa prensa cuenta todavía con millones de lectores. Los dirigentes comunistas sabían cómo

hacer las cosas: cada otoño, a los militantes de base en cierto centro de trabajo (empresa, institución pública, granja agrícola, unidad militar, etc.) se les proponía (o se les exigía) formalizar la suscripción al principal órgano del CC del PCUS, así como a alguna otra publicación partidista. Y no había manera de negarse, pues la negativa redundaba inevitablemente en perjuicio de la carrera profesional. De modo que ningún comité del PCUS, ya fuese regional, distrital o urbano, jamás tuvo dificultades con las campañas de suscripción a la prensa.

Esas campañas se realizan una vez al año. Pero ¿qué ocurriría si la mayor parte de las tiradas de la prensa soviética, en lugar de distribuirse por suscripción, se pusiera a la venta en los puestos de periódicos, como se hace en todo el mundo civilizado? Entonces se repetiría lo mismo día a día durante todo el año y en cada quiosco. Las publicaciones comunistas gozarían de poca demanda y más bien para ser utilizadas en calidad de envoltorio, o como sustitutivo del papel higiénico, que escasea en nuestras tiendas. Por otra parte, hasta hace poco, todos los jefes y jefecitos soviéticos leían *Pravda* todos los días, procurando encontrar en sus páginas, aunque fuera entre líneas, información útil para su carrera sobre eventuales cambios en ciernes.

En el verano de 1991, algunos comités del PCUS seguían esforzándose por inercia y sugerían a las empresas o a las organizaciones de base que subvencionaran la suscripción al periódico, es decir, que se lo pagaran a quienes se mostraban dispuestos a leerlo siempre que ello no supusiera ningún desembolso. De hecho, *Pravda* llegó a ser el primer periódico gratuito. Hasta fechas muy recientes, lo ofrecían gratis a los pasajeros de nuestras líneas aéreas, los turistas, los miembros del PCUS y los humildes trabajadores «sin partido».

El director del diario, académico Iván Frolov (su antecesor también fue miembro de la Academia de Ciencias), instó a sus colegas a que empezaran, por fin, a «cazar ratones», es decir, a preparar materiales interesantes, porque si no la bancarrota sería inminente y los periodistas, al menos aquellos que no fueran académicos, se verían en la calle. *Pravda* estaba muriendo de muerte natural. En cuanto a otras publicaciones del PCUS, sufrían *toda* clase de cambios: se sustraían al control del partido y pasaban a la jurisdicción de los Soviets locales; sustituían el nombre comunista por otro, más neutral; obtenían la independencia, se fusionaban o se constituían en asociaciones y buscaban desesperadamente a patrocinadores comerciales.

El tiempo ha ido pasando y no se vislumbra ninguna mejora en la prensa del partido. Entretanto surgió la denominada prensa *informal* o independiente. Al sacarla de la clandestinidad, la Ley de Prensa sentó las bases para la formación de un auténtico mercado de publicaciones. La competitividad de las ediciones centrales del PCUS, igual que la del propio partido, será sometida a una prueba seria e implacable.

Al parecer, nadie ha analizado en serio las consecuencias que tuvo para el destino de la prensa comunista de nuestro país la anulación del artículo 6 de la Constitución de la URSS. Creo que la resolución del XXVIII Congreso del partido sobre los medios de comunicación, pertenecientes al PCUS, no tomó en consideración el hecho de que éstos tenían un carácter abiertamente dirigista. Por más paradójico que parezca, en ello radicaba el interés hacia tal prensa. La gente quería saber qué exigían hoy sus jefes, y preferían recibir esta información de primera mano. *Pravda* lo necesitaban tanto aquellos que servían celosamente al poder autoritario como los que se oponían, solapada o abiertamente, al mismo.

Al propio tiempo, *Pravda* ocupaba posiciones marcadamente opuestas a las estructuras democráticas del poder, en especial en Rusia. Tal postura podía significar un intento de la prensa partidista de conservar en las nuevas circunstancias su condición de fuerza omnipotente y autoritaria en la sociedad. A juzgar por todo, *Pravda* ensayaba un modelo de comportamiento de los *mass media* comunistas y del PCUS en conjunto.

En este periódico trabajaron o colaboraron las mejores plumas —periodistas y escritores— del país. Los mejores entre quienes estaban dispuestos a observar las reglas del juego impuestas por el Kremlin: K. Símonov, E. Evtushenko, G. Ratiani, V. Ovchínnikov, V. Gúbarev, Y. Chernichenko, M. Poltoranin... Sin embargo, hacia 1990, *Pravda* ya no podía hacer alarde de firmas tan reputadas. Este diario, a despecho de su nombre, jamás se caracterizó por su apego a la verdad. Pero antes la labor desinformativa estaba muy bien pagada —en metálico y con prebendas— y se realizaba a un nivel profesional mucho más alto que en los años de la *perestroika*.

Adiós a Pravda: las confesiones de un suscriptor

El colectivo de *Pravda* hizo en los últimos años todo lo posible por desacreditar definitivamente al PCUS y ponerlo en ridículo (aunque no llegó a superar en este sentido a *Sovétskaya Rossia*, dirigida por V. Chikin). El periodista veterano Vladímir Volín, miembro del PCUS desde 1944, expuso en *Ogoniok* (núm. 42/91) las razones de su *Adiós a Pravda* (*Las confesiones de un suscriptor*):

Ya está decidido: en 1992 abandonaré las «filas» de los suscriptores de *Pravda*, de las cuales formé parte durante más de medio siglo (con un intervalo bien comprensible a causa de la guerra). Durante estos cincuenta años largos me acostumbré a sacar del buzón, todas las mañanas, el órgano de prensa del Comité Central del PCUS, partido del que también formé parte durante casi medio siglo.

Soy consciente de que, en este agitado período de desarrollo impredecible, mi decisión no tendrá gran importancia. Como decía uno de los personajes de Chéjov, el doctor Chebutikin, «un barón más o un barón menos, ¿acaso no da lo mismo?».

Pero he optado por dar a la estampa estas amargas confesiones con la esperanza de que podrían inducir a los periodistas de *Pravda* a reflexionar (no lo tomen por una falta de modestia).

Pasemos por alto los años en que la falsificación de la verdad era una práctica habitual de nuestra prensa, en que todos difundían las mentiras más viles sobre los cosmopolitas y los médicos asesinos, sobre Sájarov y los disidentes, sobre Solzhenitsin y Pasternak. Años en que *Pravda* era sólo «el alumno más aplicado» (según la expresión de Evgueni Shvarts), el buque insignia de una armada que navegaba en un océano de desinformación.

Pero en los últimos años, cuando parecería que ya nadie nos obliga a mentir, han aparecido en *Pravda* artículos que, una y otra vez, laceraban mi corazón de lector asiduo.

Creo que el primero de esta serie fue el artículo del compositor Algirdas Zjuraitis sobre la puesta en escena de la ópera de Chaikovski *La dama de pique* en escenarios occidentales. El autor arremetió de manera desconsiderada contra el director de escena Yuri Liubímov, el de orquesta Gennadi Rozhdéstvenski y el compositor Alfred Shnitke, calificando a este último de «compositorzuelo». ¿Se permite calificar de modo tan despectivo a un hombre que es motivo de orgullo para la cultura soviética y ha sido reconocido hace tiempo en todo el mundo como un genio de la música moderna!

Poco después, tres escritores –Yuri Bóndarev, Vasili Belov y Valentín Rasputin–, haciendo suyas las «mejores tradiciones» del trienio de 1946 a 1948 bramaron en *Pravda* contra el *rock*.

Luego apareció la famosa *Carta de los siete*, firmada por M. Alexéev, V. Astáfiev, V. Belov, S. Bondarchuk, S. Vikúlov, P. Proskurin y V. Rasputin (Astáfiev se separó posteriormente del odioso septeto, con lo cual alegró a los admiradores de su talento y se ganó las iras de los «patriotas»). En otros tiempos, la publicación de una carta de este tipo habría sido motivo suficiente para cambiar por completo la Redacción de *Ogoniok*, como se hizo en los años 40 con las revistas *Zvezdá* y *Leningrad*, y más tarde con la Redacción de *Novi Mir*. La carta estaba redactada en el estilo típico de las denuncias políticas y contenía el clásico conjunto de «sambenitos»: «una tergiversación sin precedente en la historia», «se ponen en entredicho las conquistas sociales del pueblo», «se denigran nuestros valores espirituales». ¿Qué falta hacía publicar esa maraña de falsedades?

Pravda tardó mucho en advertir la existencia del periodista de televisión Alexandr Nevzórov, lo cual era comprensible pues sus duras críticas a la *nomenklatura* del PCUS no casaban con los gustos del periódico. Pero en enero de 1991, cuando Nevzórov emitió en el marco del programa *600 segundos* sus odiosos reportajes de Lituania, que los cineastas profesionales calificaron de «escenificaciones» chapuceras, *Pravda* le dedicó un panegírico que ocupaba *toda* una columna con el título rimbombante de *La verdad bajo las balas* y con los elogios más admirativos: «Nos referimos a un gran profesional y

un hombre intrépido, el comentarista del programa de la TV leningradense *600 segundos*, Alexandr Nevzórrov, que nuevamente se ha metido en los lugares más arriesgados para cumplir con su deber y brindarnos información objetiva...». Por esa información «objetiva» se le perdonó al «hijo pródigo de TV» sus críticas al PCUS y al régimen («un poder despreciable, cruel e incapaz») y sus sonadas revelaciones sobre «la vida de los peces gordos» (hechas, sea dicho de paso, con verdadero talento y apego a la verdad).

No quiero detenerme a comentar los artículos del historiador Roy Medvédev dedicados al Archipiélago Gulag. Este personaje, que reveló su verdadera catadura ante todo el país gracias a la retransmisión por TV de los Congresos y sesiones del Parlamento de la URSS, no era el más indicado para hablar de Solzhenitsin, ni para «defender» a Sájarov contra los demócratas (en *Sovétskaya Rossia*), como lo demostró de manera convincente Elena Bonner en *Demokraticheskaya Rossia*.

Tampoco voy a repetir todo lo que se ha dicho en relación con el más vergonzoso de todos los artículos publicados en los últimos años, o mejor dicho la reproducción del artículo del periódico italiano *La Repubblica* sobre la estancia de Yeltsin en Estados Unidos. Esa vez el órgano de prensa del CC del PCUS ya no sólo quedó en ridículo sino que se metió de cuerpo entero en un pantano pestilente.

Cierto es que después de esa tremenda metedura de pata, *Pravda* dejó de publicar bulos insostenibles, confiando esta tarea a su «hermanita menor», *Sovétskaya Rossia*. El delirante informe sobre las conexiones de Yeltsin con la *mafia* italiana fue publicado en dicho rotativo en vísperas de las elecciones presidenciales.

Me han llegado varios números de la nueva *Pravda*. Si antes era un periódico que tenía al menos una fisonomía propia —no muy atractiva, pero propia—, ahora es una publicación amorfa, proteica y omnívora. ¿Que recargo las tintas? Quizá. Pero comparen *Pravda* y *Nezavisimaya gazeta*: el contraste es evidente. Porque aunque este último periódico aparece con el epígrafe «Sin resentimiento ni favor», está claro que tiene una posición definida. ¿Y *Pravda*?

Con la «hoja de servicios» a que nos hemos referido más arriba, le será muy difícil granjearse prestigio y autoridad.

En los días del *putsch* de agosto de 1991, las publicaciones del CC del PCUS, *Pravda*, *Sovétskaya Rossia*, *Glásnost*, *Rabóchaya tribuna*, *Moskóvskaya pravda* y *Leninskoe znamia*, así como las agencias TASS y Nóvosti, desplegaron una actividad febril. Legiones de periodistas sufrieron una amnesia repentina, quitaron de sus despachos los retratos de Gorbachov y se olvidaron por completo del secretario general del PCUS. A su regreso de Foros, el secretario general —traicionado por «los suyos»— no pudo oponer ninguna resistencia a Yeltsin, quien el 22 de agosto de 1991 precintó los locales del PCUS en la capital y clausuró provisionalmente los mencionados periódicos del PCUS. Pero era temprano todavía para llevar a cabo la desnazificación, perdón, la desestalinización o despartidización de la prensa. Los comunistas pusieron el grito en el cielo: ¿qué es eso de prohibir sin juicio ni formación de causa? Curiosamente, acusa-

ron a los demócratas de incurrir en prácticas *neobolcheviques*. Y las autoridades de Rusia se vieron obligadas a anular, el 11 de setiembre, su decisión, dejando que la prensa comunista muera de muerte natural y se prolongue la agonía. Los periódicos colaboracionistas reaparecieron en los quioscos.

Los cambios experimentados por la prensa comunista no pasaban de ser simples retoques cosméticos. En plena consonancia con la tradición del PCUS (si has metido la pata, hazte la autocrítica), los periódicos resucitados pedían disculpas a los lectores y protestaban de su lealtad con respecto a la ley y las autoridades legítimas. *Pravda* prometió ser un periódico adicto a los principios de la «concordia civil», y *Rabóchaya tribuna*, una «verdadera tribuna de todo el pueblo». Para confirmar sus buenas intenciones, dichos periódicos dejaron de llamar a la unidad de «todos los proletarios del mundo» y renegaron de su padre, el Comité Central del PCUS.

La renovación de Pravda, cambio en la dirección

Pravda, como siempre, se situó en cabeza de los «renovadores»: aumentó el precio del ejemplar en cinco kopeks, cambió de director, quitó de su encabezamiento la efigie de Lenin y en el primer número de la «nueva época» arremetió contra el Soviet Supremo de la URSS, calificándolo de «dócil instrumento de Lukiánov». El colectivo de *Pravda* confió la responsabilidad del periódico y la dura tarea de justificarse por los pecados de la antigua dirección a Guennadí Selezniiov, miembro del antiguo Comité Central del PCUS, ex director de *Uchítelskaya gazeta* y ex director adjunto de *Pravda*. A juzgar por el primer artículo publicado con su firma, la situación del periódico en el momento en que se hizo cargo del mismo era tan precaria que invocó a Dios pidiéndole «fuerzas y sabiduría».

De la noche a la mañana, la prensa del difunto partido se convirtió en una armada de «publicaciones independientes», cuyos locales, imprentas y otros bienes, por ser propiedad del PCUS, habían sido nacionalizados *de facto* en virtud del decreto presidencial del 22 de agosto de 1991. El colectivo de *Pravda*, por ejemplo, se quedó sin dos casas de vivienda casi terminadas y sus llamadas «bases de descanso». Al perder las subvenciones del PCUS, se planteó la necesidad de reducir la plantilla en un 80 %. Las nubes de la expropiación se cernieron también sobre la lujosa sede del periódico.

Aparte de otras consideraciones, ¿para qué necesita *Pravda* ese inmenso edificio de 12 plantas, en el que podrían instalarse holgadamente las redacciones de todas las publicaciones democráticas de Moscú y aún quedaría sitio libre? No es de extrañar que la anterior dirección del periódico concibiera el proyecto de utilizar «el espacio sobrante» con

fines lucrativos que no guardaban relación alguna con el periodismo. Además de las oficinas de trabajo (cada periodista tenía su propio despacho), las bibliotecas, las salas de descanso, la piscina, las cantinas y cafés, en el local de *Pravda* se abrió un taller para... el labrado de diamantes. ¿Por qué no, si en la sede del CC del PCUS había un laboratorio especializado en la preparación de documentos falsos y que estaba directamente subordinado al Departamento Internacional del Comité Central?

Todo eso casaba perfectamente con la lógica del *socialismo desarrollado*. ¿Qué hacía una factoría metalúrgica si quería disponer de carne para alimentar a sus obreros? Abría una hacienda auxiliar para la cría de cerdos. De la misma manera, los funcionarios del CC del PCUS arreglaron las cosas para no tener que recurrir al KGB cada vez que necesitaban falsificar algún pasaporte «polaco» o «estadounidense». Y el académico Víctor Afanásiev, director de *Pravda* hasta 1989, encabezó el colectivo de «entusiastas» que decidió crear un centro para el labrado de diamantes, en lugar de venderlos por un pedazo de pan a la compañía sudafricana De Beers. *toda* la prensa mundial ha hecho alusión de una u otra manera a la habitación número 626 en la sede de *Pravda*, que visitaron los miembros del *Politburó* Ligachov y Zaikov. *Moskovski komsomólets* (26.10.91) fue el primero en hablar de ese curioso taller, en el artículo *Un laboratorio secreto en la fortaleza de la prensa comunista. Brillantes para la dictadura de la «nomenklatura»*. Con insólita rapidez, *Pravda* (28.10.91) insertó una réplica de Víctor Afanásiev con el siguiente título: *Los brillantes de la habitación 626 no eran para la «nomenklatura» sino para el pueblo*. Afanásiev explica cómo logró reunir en Moscú, bajo los auspicios de su periódico, a los diez mejores talladores soviéticos de diamantes, pero al cabo de siete años, en 1989, se cerró el laboratorio sin haber puesto en marcha la producción de diamantes. Uno se pregunta qué hicieron allí diez especialistas durante siete años. El extenso artículo de Afanásiev no está mal redactado, pero tiene el mismo defecto de todo lo que escribe *Pravda*: no convence.

Este periódico quiere mantener su «opción socialista» e, igual que el PCUS, quitarse de encima –sin el menor arrepentimiento– las cenizas de las decenas de millones de víctimas del comunismo. Las generaciones futuras estudiarán la antología de *Pravda* como paradigma de la mentira más descarada, de la mentira total, ante la cual palidecen los mayores «logros» de la propaganda hitleriana.

Después del golpe de Estado, el ex «buque insignia» de la prensa comunista llama (8.10.91) a «depurar la imagen de Lenin de la cizaña estalinista». Los bandidos del Kremlin habían extendido su influencia al mundo entero por medio de terroristas mercenarios, funcionarios comunistas y senadores venales. Difundían mitos en los que mucha gente creía. Pero los tiempos cambian, los mitos se esfuman. Pronto aparecerán

películas y libros que permitirán al pueblo conocer al verdadero Lenin, que no esa imagen dulzona que difundía la propaganda oficial. «El abuelito ha muerto, pero su causa vive, mejor habría sido que ocurriese al revés».

Hemos visto que *Pravda* es uno de los «órganos de prensa» que han venido defendiendo esta causa a base de repetir mentiras y callar verdades. Pero, aún así, hay periódicos y revistas más repugnantes todavía.

Me refiero a *Sovétskaya Rossía*, *Deñ*, *Glásnost* y otras publicaciones de carácter francamente estalinista, casi se me escapa la palabra «fascista». Es poco probable que algún día les falte dinero a quienes están interesados en que estos periódicos no desaparezcan. Aunque Gorbachov confesara en un proceso político todo lo que sabe (nunca lo dirá todo, como advirtió él mismo a los periodistas a su regreso de Foros), siempre quedarán unas diez o veinte compañías-testaferros que ya han logrado blanquear – en la URSS o en el extranjero– el dinero robado a los miembros del PCUS y al Estado soviético. En el período de 1989 a 1991, cuando el Banco de Relaciones Económicas Exteriores de la URSS no tenía con qué pagar la deuda externa, el secretario general Gorbachov hizo gestiones para que las «empresas amigas» pudieran cobrar lo que supuestamente se les debía. Por otra parte, es verdad que actualmente ya no se obliga a los soviéticos a suscribirse a tal o cual periódico o revista, y es evidente que entre los ex comunistas, los militares, los campesinos y otras categorías de población que hasta ahora se veían obligadas a hacer lo que les mandaban desde arriba, habrá poca gente dispuesta a renovar la suscripción a *Sovétskaya Rossía* y otras publicaciones por el estilo.

No será exagerado decir que *Sovétskaya Rossía* fue el centro ideológico del golpe de Estado protagonizado por el PCUS y el KGB en agosto de 1991. Este portavoz de las fuerzas conservadoras, estalinistas, insertaba regularmente extensos extractos de los discursos de Kriuchkov, Pugo y Yázov, y expresaba las opiniones de un político de neto cuño fascistoide como Zhirinovski. Tras el fracaso del *putsch*, este periódico, que durante tantos años se había mostrado enemigo irreconciliable de los proyectos de privatización, «se entregó» súbitamente a un propietario privado: la empresa Zavidiya aparece hoy coeditora de *Sovétskaya Rossía*, junto con la organización sindical del periódico. El multimillonario Andréi Zavidiya, que militó en el PCUS y participó en las pasadas elecciones presidenciales de Rusia al lado de Zhirinovski (en calidad de candidato a la vicepresidencia), expone sus ideas con suma sencillez: «Soy un futuro candidato a la presidencia de la URSS... Hasta el momento no he invertido ni un kopek en *Sovétskaya Rossía*. No invertiré nada si veo que eso no promete beneficios... Estoy de parte de los perdedores. Me apoyaré también en los millones de comunistas de la base, en los ciudadanos sin filiación política, en los cosacos, en el sector privado... Estoy del lado del complejo militar-industrial, del KGB y de la policía. Resumiendo, me

siento solidario con todos aquellos que pasan hoy momentos de apuro... A mi juicio, si se ponen comunistas al frente de la mayoría de las cooperativas y las empresas privadas y mixtas, la situación mejorará...» Esta impresionante sarta de «perlas» ha sido tomada de *Komsomólskaya pravda* (28.9.91).

Según *Nezavisimaya gazeta* (31.8.91), muchos trabajadores de *Sovétskaya Rossía* están convencidos de que el generoso auxilio de este comerciante se explica fácilmente: «Los antiguos propietarios del periódico tuvieron tiempo para transferir a la empresa de Zavidiya una parte de sus recursos, indicando en qué debían invertirse».

Zavidiya figura ahora como editor no sólo de *Sovétskaya Rossía* sino también de *Deñ*, una publicación de inspiración similar, fundada en 1991 como órgano de prensa de la Unión de Escritores de la Federación Rusa y dirigida por Alexandr Projánov. Hasta el *putsch*, la Redacción de *Deñ* tenía su sede en... el cuartel de una unidad militar. La tirada de esta publicación, igual que la de *Sovétskaya Rossía*, no superó en ningún momento —ni antes ni después de agosto de 1991— los 100.000 ejemplares.

Cuando me toca hablar de gente como Chikín, Projánov, Bónдарев y algunos correligionarios suyos menos letrados, del tipo de Yázov o Zavidiya, siempre me acuerdo por asociación de ideas de otro personaje por el que ellos siempre sintieron gran respeto: Saddam Hussein. Un amigo más de la Unión Soviética, al que nuestros «patriotas» trataron de defender en sus escritos y discursos antes y después de los sucesos de enero de 1991 en Vilnius. Y es que si Bush no hubiese expulsado a Hussein de Kuwait, el Ejército Soviético habría aplastado a sangre y fuego el movimiento de liberación nacional en Lituania.

El diario *Sovétskaya Rossía* (5.2.91) se encasilló a sí mismo entre los partidarios de Saddam Hussein, los palestinos y demás luchadores por la libertad y la justicia.

Hasta el 19 de agosto de 1991, el PCUS era propietario de la inmensa mayoría de las capacidades tipográficas en que se imprimían periódicos y revistas (a excepción de las publicaciones técnicas y científicas). Pero ya todo estaba cambiando. El Komsomol se desintegraba a ojos vistas; por todas partes se organizaban sindicatos independientes y comités de huelga; y muchas redacciones, a la chita callando, habían dejado de imprimir en la primera plana de sus publicaciones el antaño obligatorio lema de *¡Proletarios de todos los países, uníos!* En sus crónicas de la sociedad y de los tribunales, la prensa soviética informaba regularmente de cómo las redacciones de pequeños diarios locales del PCUS luchaban por independizarse de sus fundadores oficiales, los comités de partido.

El 22 de agosto de 1991 terminó la pesadilla que atormentaba a los soviéticos desde 1917. Tres días, del 19 al 21, el Comité Central del

PCUS estuvo pensando si debía reaccionar públicamente al secuestro de su Secretario General. A raíz del fracaso del golpe, las fuerzas democráticas de Rusia encabezadas por el presidente Yeltsin suspendieron la actividad del PCUS en el territorio de la Federación Rusa y nacionalizaron el ingente patrimonio del PCUS, del que formaban parte centenares de edificios y grandes complejos editoriales. La desnazificación en Alemania e Italia y la expulsión de los colaboracionistas en Francia se llevaron a cabo en meses contados. En la URSS, la desestalinización duró decenios. En uno o dos días, Borís Yeltsin hizo en bien de la *perestroika* no menos de lo que había realizado Gorbachov en el transcurso de seis años.

Prácticamente, el imperio propagandístico de la mentira subvencionada por el PCUS dejó de existir el 22 de agosto de 1991 y ha pasado ya a la historia, corriendo la misma suerte que la máquina de propaganda de Goebbels.

En Moscú, hay tres grandes combinados poligráficos –*Pravda*, *Moskóvskaya pravda* e *Izvestia*– en los cuales se imprimían no sólo los principales periódicos del CC y del comité urbano del PCUS y del Soviet Supremo de la URSS, sino otras muchas publicaciones. Pocos periódicos tienen su propia imprenta (*Literatúrnyaya gazeta*, *Krásnaya zvezdá* y unos cuantos más). La mayoría han recurrido hasta ahora a tipografías «ajenas», que antes del 22 de agosto de 1991 pertenecían jurídicamente al Departamento Administrativo del CC del PCUS, a excepción de los talleres gráficos de *Izvestia* cuyo propietario nominal era el Soviet Supremo de la URSS.

Izvestia: último reducto semidemocrático de la propaganda oficial.

De Alexéi Adzhubéi a Igor Golembiovski

El diario *Izvestia* ha tenido suerte con algunos de sus directores: Alexéi Adzhubéi, Lev Tolkunov e Iván Laptev, quienes procuraban respetar las normas elementales de decencia y en todo caso consiguieron, bajo cualquier régimen, hacer un periódico interesante (en comparación con *Pravda*). *Izvestia* era el órgano de prensa del Soviet Supremo de la URSS, pero solía recibir instrucciones de las secciones ideológicas del CC del PCUS. Con todo, siempre ha guardado respeto al lector, como también se esforzaban por guardarlo *Komsomólskaya pravda*, *Trud* y *Moskovski komsomólets*.

El 29 de enero, Igor Golembiovski, subdirector primero del diario, fue citado al despacho de Anatoli Lukiánov, presidente del Soviet Supremo de la URSS, quien le propuso que renunciara a su cargo y aceptara el destino de corresponsal en España. Con Golembiovski, estaban relacionados todos los cambios democráticos operados en dicho periódico en

los últimos años. Según *Nezavisimaya gazeta* (31.01.91), «ese intento de apartarlo debe ser considerado en el contexto general de la ofensiva contra la transparencia informativa, lanzada desde los medios de comunicación oficiales. Además, Golembiovski es uno de los autores de la carta firmada por los fundadores de *Novedades de Moscú*, en la cual se denunciaban las responsabilidades del régimen en el crimen cometido contra el pueblo de Lituania».

El 30 de enero, la asamblea de periodistas de las redacciones de *Izvestia* y de sus suplementos semanales *Nedelia* y *Soyuz* manifestó su firme decisión de defender al subdirector, recurriendo si fuera necesario a la huelga. Paralelamente, se agravó el conflicto entre el colectivo de *Izvestia* y su director, Nikolái Efimov, miembro del CC del PCUS, que había sido nombrado para este cargo en 1990 por decisión del Presidium del Soviet Supremo y a despecho del colectivo de periodistas, el cual había promovido unánimemente la candidatura de Golembiovski. Periodista relativamente joven, Efimov había desempeñado varios cargos de responsabilidad durante los tres lustros anteriores: fue vicepresidente de la Agencia Nóvosti, director de *Novedades de Moscú* y presidente del Comité Estatal de la URSS para la Obra Editora, revelando en todas partes sus cualidades de funcionario obediente y censor concienzudo. Iván Laptev, ex director de *Izvestia* y a la sazón presidente del Soviet de la Unión en el Parlamento de la URSS, expresó en carta abierta su desacuerdo con la destitución de Golembiovski. Después de los sucesos de 1991 en las repúblicas bálticas, menudearon los casos de censura política y veto a los artículos críticos por orden directa de Efimov.

Toda la prensa soviética y los principales rotativos mundiales hicieron de una u otra manera referencia al conflicto en *Izvestia*. Estaba claro que el problema no radicaba en las cualidades personales del director. En opinión de sus colegas, Efimov no iba a durar en el diario. Todo lo que hacía, cualquier cambio en los cargos directivos que se le ocurriese, se convertía en piedra de escándalo con ecos en todo el país. Sus nuevos subdirectores Mamléev y Sevruk fueron nombrados con el visto bueno de Gorbachov y Lukiánov, pero sin consultar con el Consejo de Redacción del periódico. «Efimov está defraudando la confianza del patrón; terminarán sustituyéndolo por otro lacayo más inteligente, lo cual será peor para el periódico», comentaba en *Literatúrnyaya gazeta* (17.07.91) el corresponsal de *Izvestia* Eduard Polianovski. La reputación (prestigio, autoridad, crédito) de *Pravda*, *Sovétskaya Rossia*, TASS y la TV Central estaba por los suelos. De ahí, deducía Polianovski, que el poder se agarrase con las dos manos a *Izvestia*, «el último reducto semidemocrático de la propaganda oficial».

Iliá Milstein exponía la misma idea en *Ogoniok* (núm. 27, julio de 1991):

Izvestia está en trance de muerte. Hace tiempo que el poder se despreocupó por entero de *Novedades de Moscú*, *Ogoniok*, *Znamia*, *Kommersant* y otras publicaciones por el estilo: ¡Que escriban lo que les dé la gana! Al fin y al cabo, cualquier día se pueden dictar órdenes de clausura o dejarlas sin papel. Pero perder el control de *Izvestia*, aunque fuera por un único día, sería terrible. Es el único diario de alcance federal que mantiene una orientación centrista, y cualquier paso a la izquierda, aunque sea el más tímido (y la verdad es que los periodistas de *Izvestia* han dado ya varios pasos, nada tímidos, en esa dirección) supone una amenaza para el poder. Existen varios grados de aproximación a la verdadera libertad. Los profesionales de *Izvestia*, en este sentido, han logrado bastante.

Lo peor era que el contenido de este periódico, igual que el de cualquier otra publicación soviética «tradicional», dependía muy poco de las opiniones, la honradez y la competencia de quienes trabajan en él. En general, si estos últimos poseyeran todas esas cualidades, no seguirían colaborando allí. Veamos un caso elocuente. A mediados de febrero de 1991, tras la dimisión de Shevardnadze, la política de la URSS con respecto al conflicto norteamericano-iraquí sufrió cambios notables. Gorbachov manifestó que las acciones de EE.UU. excedían a los poderes que le había otorgado el Consejo de Seguridad de la ONU. ¿Cómo reaccionó *Izvestia*? Igual que la mayoría de las publicaciones ortodoxas o incluso partidarias de la *perestroika*. La prensa soviética se puso a decir a coro que los norteamericanos sostenían en Irak una nueva guerra imperialista y que no tenían reparo en atacar objetivos civiles.

Stanislav Kondrashov, analista de *Izvestia*, escribió textualmente que la operación norteamericana «no debería llamarse tormenta, sino asesinato en el desierto. Nuestra conciencia no puede resignarse con el hecho de que en esta guerra nos hemos colocado del lado de unos asesinos que se encumbran con el noble pretexto de salir al paso del agresor». Más adelante Kondrashov comparaba las misiones efectuadas por la aviación norteamericana en Irak con el bombardeo atómico de Hiroshima y agregaba que EE.UU. siempre ha sido proclive a emplear las armas de exterminio masivo para proteger la vida de sus soldados.

Otro analista de *Izvestia*, Maxim Yuzin, también se solidarizó con Saddam *Ivánovich* (Hussein, qué duda cabe, formaba parte de la «familia»: al cabo de medio año él y Gaddafi serían los únicos en felicitar a Yanáev con motivo del golpe de Estado; Arafat, por lo visto, estaba de vacaciones y no le dio tiempo). «Sea cual sea el desenlace de la presente crisis en el plano estrictamente militar —escribía Yuzin—, ya podemos vaticinar el deterioro de las relaciones norteamericano-árabes... En la situación creada, podemos reforzar nuestra influencia en esa zona de gran importancia estratégica. Por tanto, en estos momentos álgidos de la guerra no debemos suspender nuestros contac-

tos con Bagdad e inhibirnos de las acciones emprendidas por Washington».

Me cuento entre los lectores de *Izvestia*. Pero cuando me encuentro en el número del 2 de agosto de 1991 con un artículo titulado *Ucrania Occidental: nuevas figuras en el poder*, un tema sobre el cual me gustaría estar más informado, ¿qué sentido tiene leerlo con detenimiento si existen razones de sobra para dudar de la calidad informativa de este texto o cualquier otro de los que inserte dicho periódico? El funcionario que ejerció la tutela de N. Efimov por línea del CC del PCUS se convirtió un buen día en... subordinado del mismo, en calidad de redactor jefe de *Nedelia*, el suplemento semanal de *Izvestia*. Andréi Nuykin nos ofrece en las páginas de *Novedades de Moscú* (30.06.91) un retrato burlón e incluso esclarecedor del personaje:

Desde hace algún tiempo se venía rumoreando que Vladímir Sevruc volvía a subir. Los rumores se han confirmado. Por decisión de las instancias supremas (la Presidencia del Soviet Supremo y Lukiánov en persona) ha entrado en posesión del semanario *Nedelia*.

Bueno, ¿y qué?, dirán ustedes. En este régimen de feudalismo desarrollado siempre se han distribuido y se distribuyen los cargos de esta manera. ¿Por qué se han puesto tan nerviosos los periodistas?

En efecto, ¡vaya acontecimiento! A un tal Sevruc le han nombrado redactor jefe de un semanario. El problema es que no se trata de un periodicucho cualquiera, sino de una de las publicaciones más leídas y respetadas en los ambientes de provincia, y no de «un tal» Sevruc, sino de un hombre bien conocido de cuantas personas tuvieron que pelear en los años del inmovilismo para abrir paso a nuevas ideas y sufrieron en su pellejo los tormentos de la censura «más humana» del mundo...

Sevruc no es un funcionario cualquiera, sino el mensajero de otros mundos. Mundos de tinieblas que huelen a azufre y tintas secas. Tomen, por ejemplo, a Súslov. El también era un engendro del sistema estalinista-brezhneviano, pero en su carácter no había ni un mínimo elemento de misterio. Era un hombre tan sencillo como los chanclos que, según dicen y sin que nadie sepa por qué, metió en la nevera pocos días antes de morir. Un dogmático ignaro elevado casualmente por un vértice a las capas superiores del pantano partidista. Sevruc no es ni un ignorante (ostenta el título de candidato a doctor en Filología) ni un dogmático, sino una persona que respira romanticismo burocrático y misticismo funcional.

Confieso que yo fui uno de los que le ayudaron a hacer carrera. Voy a contarles el caso. Un grupo de posgraduados de la Academia de Ciencias Sociales adjunta al CC del PCUS fuimos testigos de cómo nuestro compañero de estudios se pasó todo un mes ensalzando la novela *Los muertos no sufren*, de su paisano Vasil Bíkov, hasta que un día publicó en *Pravda* un virulento artículo de censura ideológica contra ese mismo libro. En aquel entonces convocamos una reunión de partido y arremetimos contra Sevruc, criticando su hipocresía y doblez. Lo hicimos sobre todo para impedir que tal hombre ingresara en la

plantilla de funcionarios del Comité Central. ¡Qué ingenuos éramos! A juzgar por todo, nuestras críticas hicieron las veces de publicidad y el Comité Central no quiso perderse tan valioso cuadro. Sevruk, sin embargo, no supo apreciar el servicio que le habíamos prestado y se pasó veinte años largos valiéndose de todos los medios para «cortar el oxígeno» a quienes, involuntariamente, le habían ayudado a hacer carrera. Y los funcionarios del Comité Central contaban con posibilidades ilimitadas para manipular las «llaves de oxígeno». Las tenía cualquier *inspector* corriente y moliente, y tanto más el jefe primero del Departamento Ideológico.

¿Saben en qué consiste la forma suprema de sibaritismo entre la gente del aparato? En ajustar las cuentas por lo bajito, sin el menor ademán agresivo, sin improperios... El funcionario toma el teléfono, marca el número apropiado para el caso, dice unas cuantas palabras con voz queda, y asunto arreglado. En algún lugar del país la víctima comienza a asfixiarse sin comprender lo que pasa. El crimen se consuma sin dejar huellas dactilares ni ninguna prueba de convicción. Otro método al que solía recurrir Sevruk era el siguiente: pedía que le mandaran de una revista el artículo de un autor determinado y se sumía... en tareas impostergables. La Redacción esperaba pacientemente un mes, dos, tres... Al cabo de medio año todos empezaban a comprender el mensaje. Un mensaje que no concernía al artículo, sino al autor del mismo. Y el autor se pasaba el resto de la vida sin comprender las causas de ese repentino desafecho.

En ocasiones empleaba otra táctica. Esperaba que se metiera en prensa el libro de la víctima de turno. Llegado el momento, sonaba dulcemente el teléfono: tin-tin... En uno de mis libros, Sevruk ordenó a la editorial (por teléfono, claro; no por escrito) que hicieran una «pequeña corrección» en una tirada de 100.000 ejemplares. Se trataba de un pasaje en el que aludía (sin nombrarlo) a un arribista que trabajaba de ayudante de un dirigente regional. «¿Sabe usted que los ayudantes son nombrados exclusivamente por el primer secretario del comité regional del partido?», preguntó Sevruk con tono severo al director de la editorial. La «pequeña corrección» tuvieron que hacerla a mano. Nunca más volví a publicar en esa editorial.

El epílogo de Oskotski a un volumen de narraciones de Vasil Bíkov corrió la misma suerte. Esa vez, por hacer referencia a la novela *Los muertos no sufren*, que había sido criticada en *Pravda* (¡por el propio Sevruk!). Como en el caso anterior, la tirada era de 100.000 ejemplares. Y, siempre por indicación del mismo personaje, una editorial bielorrusa tuvo que suprimir la mencionada novela en un tomo —ya compuesto— de obras escogidas de Bíkov. Para ello Sevruk tampoco necesitó usar la navaja ni el lazo corredizo ni la maza. Le bastó con una llamada telefónica y ciertas insinuaciones. Se cumplió la voluntad del Partido y se reforzó aún más su autoridad.

Alés Adamóvich, hablando en nombre de periodistas y escritores, le dijo varias veces a Mijaíl Gorbachov: «Mientras Sevruk siga mandando en el área ideológica, ninguna persona más o menos sagaz se creará que el cambio ya está realmente en marcha». Entonces, decidieron darle a la gente sagaz ese indicio indispensable para que pudiera creer en el comienzo de la *perestroika*...

Hoy muchos opinan que el período renovador toca a su fin. Yo mismo he sostenido este criterio en varias ocasiones, pero me faltaba un punto para rematar el razonamiento. ¿Hemos de pensar que ya se ha puesto el punto final?

Lo pondrán sin falta, si no logramos entre todos cambiarlo por una coma.

Para la Redacción de *Izvestia* y para sus lectores, la justicia triunfó el 23 de agosto de 1991. Tras la destitución de Efimov, que se había solidarizado con los golpistas, el colectivo de la Redacción inscribió el periódico a su nombre en el registro del Ministerio de Prensa e Información de la Federación Rusa, y eligió director a Igor Golembiovski. Como editor del diario ya no figura la Presidencia del Soviet Supremo de la URSS, sino el propio colectivo de periodistas. ¿Cabe hablar de un desenlace feliz? No del todo. Sobre la conciencia de los profesionales de *Izvestia* pesan no menos pecados que sobre los periodistas de *Pravda*. Estos gozan de mucho menos crédito que aquéllos. Por eso la ponzoña desinformativa que emanaba de *Izvestia* ha sido siempre mucho más dañina que la de las demás publicaciones del PCUS.

Es de señalar en honor a la verdad que durante los tres días del golpe de agosto, no salió ni un solo número de *Izvestia* que no informara con mayor o menor extensión sobre las medidas adoptadas por Borís Yeltsin y Anatoli Sobchak y las manifestaciones multitudinarias de sus partidarios en Moscú y Leningrado. En la edición de Moscú del 20 de agosto (núm. 198) aparecían en primera plana dos grandes fotos del mitin de protesta contra los *putschistas* que tuvo lugar el 19 de agosto ante la sede del Parlamento de Rusia, y dentro, otra más –también de gran tamaño– de la concentración en defensa de la democracia en Leningrado. La víspera, en el número 197, en el que casi todo el espacio estaba ocupado por los comunicados oficiales del Comité de Emergencia y una relación detallada de la conferencia de prensa de Yánaev y los demás dirigentes del golpe, de todos modos se encontró sitio para insertar un par de sueltos, de los cuales se desprendía claramente que Yeltsin, lejos de adherirse al *putsch*, llamaba al pueblo a luchar contra la dictadura y los impostores. I. Ovchínnikov, uno de los periodistas más honrados de *Izvestia* (lo fue siempre, en todas las épocas), refirió, en la edición del 22 de agosto, lo que había ocurrido durante los tres días anteriores en el seno de la Redacción y en la imprenta, evocando a título de comparación un episodio relacionado con el «golpe palaciego» de octubre del 64 contra Nikita Jruschov: la destitución de Alexéi Adzhubéi, el más famoso (y mejor) director de cuantos han estado al frente de periódicos centrales soviéticos (siendo yerno de Jruschov, tenía derecho a expresar su opinión y, además, era un hombre de gran talento):

Estas jornadas han puesto a prueba nuestro sentido de responsabilidad como periodistas. Ha sido una prueba –a la vez colectiva e individual– a la que jamás se habían visto sometidos los periodistas jóvenes.

Pero quienes contamos con varios decenios de antigüedad en el oficio, no podíamos menos de recordar en esas circunstancias el interminable día de octubre en que nuestro

director de entonces, Alexéi Adzhubéi, un hombre al que todos respetábamos e incluso venerábamos, bajó lentamente a la calle por la escalera de mármol de *Izvestia*. Nos despedíamos de él con la mirada, apretando los dientes y sin ocultar las lágrimas. Pero por la tarde sacamos un periódico que no se parecía en nada al que habíamos hecho con él la víspera.

¡Qué seguros estaban de sí quienes querían ahora retener en sus manos sucias el poder sobre este inmenso país! No dudaban de que todo marcharía como sobre *Ruedas*. ¡Qué equivocados estaban! Al sopesar los pros y los contras, se habían olvidado de un elemento inmensurable e intangible como es la conciencia humana, el sentido de responsabilidad se había despertado al calor de estos últimos seis años. ¿Podía pasarle por la cabeza a alguno de ellos lo que iba a ocurrir, por ejemplo, en los talleres gráficos de *Izvestia*? Justo a la una de la tarde del 19 de agosto, los obreros de la imprenta, cajistas y ajustadores, prensistas y estereotipistas, hicieron saber: el periódico no saldría a la luz sin el mensaje del presidente Borís Yeltsin al pueblo. A las tres, el Consejo de Redacción, presidido por el director interino D. Mamléev, acordó por unanimidad que se insertara el texto. A las 3 y 40 minutos, cuando las planas ya estaban listas para meterlas en prensa, llegó inesperadamente el director, N. Efimov, que estaba de vacaciones, y mandó quitar el mensaje de Yeltsin.

¿Qué habría pasado hace cinco años? Lo que siempre había ocurrido antes: unos mandaban y los demás cumplían. Pero eso se acabó. En esta ocasión, aquellos de nosotros que nos hallábamos casualmente en los talleres de composición u otros que se habían desplazado allí expresamente, no nos encontramos con un rebaño obediente, sino con Su Majestad la Clase Obrera. Con trabajadores que estaban dispuestos a defender a muerte las planas ajustadas. Y que supieron defenderlas.

Se usaron todos los recursos para forzarlos a ceder, se emplearon amenazas y promesas (pisos, aumentos salariales, etc.). Se les repitió una y otra vez que ellos no respondían del contenido. Pero seguían en sus trece: el periódico saldría con el mensaje de Yeltsin o no saldría del todo.

Izvestia apareció sólo a la mañana siguiente. Con el mensaje. Cierto es que se hicieron pequeños cortes, pero lo principal es que se publicó y todo el país pudo leerlo. Antes aún de que el texto apareciera en nuestro periódico, los obreros de la imprenta lo habían estampado a mano en forma de octavillas. Pocos minutos después los transeúntes que pasaban por la plaza de Pushkin vieron esas octavillas, primero, en manos de los soldados, y algo más tarde, pegadas en los blindados. La gente se acercaba, leía, reflexionaba y se definía. Ante nuestros ojos, esas pequeñas hojas con la tinta aún fresca se convertían en fuerza material.

Centenares de periodistas trabajan en *Izvestia*, cuya sede ocupa varios edificios (toda una manzana) en la céntrica plaza de Pushkin, con multitud de coches aparcados y policías en cada entrada, y un abundante cuadro de directivos, que disfrutan del prestigio y el poder de esta publicación considerada hoy como la más influyente de la prensa diaria. Pero, como dice Ovchínnikov en lo que viene a ser una amarga confesión, a la hora de la verdad quienes salvaron el honor del periódico fueron los obreros de la imprenta. Ahora, se pueden cargar todas las culpas sobre

Efimov. Pero ¿es que los demás son periodistas verdaderamente libres? ¿Es que lo son, por ejemplo, A. Bovin, S. Kondrashov, A. Illesh o A. Shalnikov? (Menciono solamente las mejores plumas). ¡Qué va! Todos ellos son fieles leninistas, que se preocupaban por sus carnés del PCUS como sus padres se habían preocupado por las cartillas del pan durante la guerra.

La conspiración del silencio

A comienzos de 1991, la prensa comunista se recuperó súbitamente. Mejoró su difusión, igual que la de todas las viejas publicaciones oficiales. En enero, *Komsomólskaya pravda* se colocó a la cabeza de la clasificación. En los quioscos, *Moskovskí komsomólets*, *Véchérniaya Moskvá* y *Moskóvskaya pravda* se agotaban enseguida. También gozaban de buena demanda *Izvestia* y *Trud*. Hasta *Pravda* encontraba más compradores. Los vendedores explicaban que el creciente interés por los «antiguos» se debía fundamentalmente al cambio de los precios: a pesar del aumento (de 10 a 12 kopeks, contra 3 ó 5 en 1990) se mantenían en el marco de lo asequible.

Por otra parte, es sabido que el lector desea tener información al día, cosa que no podían ofrecerle la mayoría de las nuevas publicaciones de periodicidad semanal o mensual. Otro factor que contribuyó al aumento de las cifras de venta en los quioscos fue el hecho de que los servicios de correos funcionaran cada vez peor, lo que desanimó a muchos antiguos suscriptores.

Por otra parte, para el otoño de 1990, tras la entrada en vigor de la ley de Prensa, en nuestro país se configuró una situación algo insólita. A menos que recurriese a diferentes subterfugios, una persona deseosa de «hacer dinero» no tenía derecho a comprar, pongamos por caso, unas toneladas de mandarinas en el sur del país para revenderlas, ya no digamos en Polonia, sino aunque sólo fuera en Siberia. En cambio, podía fundar un periódico, o una revista, o una emisora, sin largos trámites burocráticos: bastaba con solicitar la inscripción en el correspondiente registro y pagar unos cuantos centenares de rublos. Sin embargo, los inquilinos del Kremlin no tardaron en encontrar el antídoto contra los excesos de la *glásnost*.

Periódicos extranjeros y de otras repúblicas. (Del totalitarismo a la libertad de prensa)

Teníamos ya una ley de Prensa, más o menos aceptable. Pero en el país comenzó a escasear el papel. En muchas ciudades de la URSS, los periódicos centrales que se editaban en imprentas locales salían con interrup-

ciones. Los diarios insertaban regularmente notas escuetas pidiendo perdón a los lectores, pero no devolvían el dinero a los suscriptores por los números no recibidos. Sólo *Pravda* ha salido con regularidad envidiable y no ha experimentado falta de papel. Al contrario: a juzgar por todo, las editoriales del CC del PCUS tenían papel de sobra, puesto que empezaban a lanzar nuevas publicaciones, por ejemplo, el semanario *Glásnost*. No se confunda este semanario con la revista *Glásnost*, editada en Moscú y París con una tirada de 30.000 ejemplares, por el defensor de los derechos humanos Serguéi Grigoriants (bajo Brézhnev cumplió 9 años de prisión). De esta manera poco decorosa las personas investidas del poder intentaron silenciar a la famosa publicación disidente e independiente del Gobierno, aunque la revista *Glásnost* y *Ezbednévnaya glásnost* (*Glásnost* cotidiana) —esta última se edita en Moscú— estaban oficialmente registradas en el comité ejecutivo del distrito Oktiabrski de la capital soviética. Tal vez, Grigoriants, licenciado de la Facultad de Periodismo de la Universidad de Moscú, fuera una persona poco conocida en el Comité para la Obra Editora, donde fue registrada la revista *Glásnost* del CC del PCUS.

¿Podíamos imaginarnos a mediados de 1990 ó incluso de 1991 que llegaría el día en el que *Pravda* o la revista mensual *Izvestia del CC del PCUS* iban a tener problemas con el abastecimiento de papel? ¿Y que se desmontaría el monumento al verdugo Dzerzhinski frente al edificio del KGB? El 5 de setiembre de 1990 el Comité Central para la Obra Editora de la URSS, conforme a la Ley de Prensa que supone el registro oficial de los medios de información, expidió los respectivos certificados a las publicaciones centrales del CC del PCUS. Su lista resulta impresionante: periódicos *Pravda*, *Rabóchaya tribuna*, *Sélskaya zhizn'*, *Ekonomika y zhizn'*, *Sovétskaya kultura* y *Uchítelskaya gazeta*; revistas *Izvestia del CC del PCUS*, *Kommunist*, *Partiinaya zhizn'* (Vida partidista), *Voprosi istorii KPSS* (Cuestiones de la Historia del PCUS), *Dialog*, así como semanarios *Glásnost* y *Voskresenie* (Resurrección). A veces uno sospechaba que todas estas publicaciones, que no gozan de popularidad en el país, existen sólo para dar más peso e influencia a los periódicos *Izvestia*, *Literatúrnyaya gazeta*, *Novidades de Moscú*, *Komsomólskaya pravda* y *Trud* y a las revistas *Rabótnitsa* (Obrera) y *Krestianka* (Campesina).

Se podría trazar el siguiente paralelo: la modesta profesora Nina Andréeva, estalinista acérrima de Leningrado, deslució hasta cierto punto las figuras de Egor Ligachov, ex-miembro del Buró Político, y de Iván Polozkov, jefe del Partido Comunista de Rusia. Y comparado con ambos, Mijaíl Gorbachov se nos presentaba como un liberal. Pero la indecisión e inconsecuencia en su manera de obrar formaban alrededor de Borís Yeltsin una aureola de defensor del pueblo y de disidente. Tras leer unos cuantos números de *Pravda* uno se queda impresionado por el estilo claro y la riqueza informativa del diario *Izvestia*, llegando a compararlo con *Le*

Monde o Times. Pero *Izvestia* jamás ha osado traspasar los límites de la transparencia establecidos por «instancias superiores». Nuestro país aún había de cubrir un largo trecho antes de llegar a la libertad de prensa.

Residiendo en Tbilisi, capital de Georgia, el lector de la prensa georgiana y central, prácticamente desconocía lo que sucedía en las vecinas repúblicas de Armenia y Azerbaidzhán. Los periódicos parisienses *Le Monde* y *Rússkaya misl*, la Radio Libertad de Munich y las publicaciones moscovitas independientes y mal vistas por las autoridades (*Express-jrónika* y *Glásnost*) brindaban una información fidedigna y detallada sobre lo que acontece en las repúblicas federadas soviéticas. Los periódicos más importantes de las repúblicas federadas, que hasta hacía poco se imprimían en editoriales del CC del PCUS, ya no se distribuían en otras regiones del país.

Un moscovita tenía la posibilidad de suscribirse a un periódico georgiano inscrito en el registro oficial. Pero si no estaba suscrito, difícilmente podía enterarse de lo que pasaba en Georgia. En el verano de 1991, había en los quioscos de Soyuzpechat un sinnúmero de semanarios y revistas pseudocientíficas, como, por ejemplo, el semanario *Za rubezhom* (en el extranjero), recopilación de artículos aparecidos en la prensa occidental, «hábilmente» traducidos al ruso; el semanario *Nóvoe Vremia* (*Tiempos Nuevos*) de corte similar; la revista mensual *Mezhdunarodnie otnoshenia* (*Relaciones Internacionales*), que fastidia con su estilo oficinesco, así como los semanarios *Literatúrnyaya gazeta* y *Nedelia*, que al calor del vertiginoso proceso de democratización habían perdido el prestigio de que gozaban otrora entre los intelectuales.

Pero jamás se ofrecía información detallada y clara sobre el acontecer en Georgia y Armenia en *Pravda*, *Izvestia* o en los informativos de TV, aunque todos estos *mass media* tenían corresponsales particulares (y oficinas bien montadas con medios de comunicación y de transporte, amplia plantilla y un presupuesto nada despreciable) tanto en Tbilisi como en Erevan. *Novedades de Moscú* era la única publicación central que en los años de la *perestroika* daba cobertura informativa al acontecer en Tbilisi (Erevan, Riga, Tallinn) sin suscitar indignación en las capitales de estas repúblicas federadas. Millones de soviéticos estaban mejor informados de las reuniones celebradas en la *Casa Blanca* de Washington que de las sesiones de Parlamentos republicanos; las entrevistas a Bush y Mitterrand aparecían en la prensa soviética.

Pero la prensa controlada por el PCUS mantenía el cerco del silencio en torno a ex presos políticos soviéticos que, al calor de la democratización, se habían promovido al primer plano de la actualidad nacional, hombres y mujeres como Zviad Gamsajurdia, Levón Ter-Petrosián, Valeria Novodóvrskaya y Parúir Airikián. Lo más grave es que las figuras políticas mencionadas tenían mucho que decir al pueblo. Si hubiesen tenido la posibilidad de exponer en la prensa central sus puntos de vista sobre

distintos problemas, habría corrido menos sangre en Transcaucasia, no tendríamos tantos refugiados en Moscú y se habría alejado la amenaza de la guerra civil en la URSS.

La guerra fría, que siempre ha sido instrumento de la política exterior soviética, se ha transformado en elemento clave de la política interna. El PCUS nos dejaba entender claramente que cuando el pueblo se cansara de sufrir privaciones, pasar hambre y derramar sangre en conflictos interétnicos, entonces el poder central volvería a darnos el pedazo de pan de cada día, estableciendo de paso una disciplina de cuartel y obligando al pueblo a cumplir las normas del trabajo comunista. Por la noche, igual que en tiempos no tan lejanos, cada ciudadano volvería a leer *Pravda* y mirar el informativo *Vremia*. No se descartaba la contingencia de una guerra civil. Sin embargo, existía un guión menos pesimista que describía el virtual desarrollo de los acontecimientos en la URSS. El aparato del partido y el generalato se dedicarían al negocio privado legal, autorizarían la propiedad privada de la tierra y las empresas pequeñas y medianas y de esta manera superarían la crisis económica, dejando intacto el núcleo de las viejas estructuras del poder. El escritor Yuri Naguibin y Valeria Novodvórskaya consideraban que si en la política del Kremlin se imponía tal estrategia de desarrollo, el socialismo estalinista-brezhneviano cedería sitio a un sistema nacional-socialista de corte hitleriano.

En vastos espacios de Rusia y la URSS la prensa local avanzaba poco a poco hacia la independencia. Muchos comités del PCUS, por iniciativa propia, transferían la titularidad de periódicos a los Soviets locales, órganos legítimos del poder. El CC del PCUS no quería (no podía) asegurar los suministros de papel para todas esas publicaciones.

En el sistema comunista los editores eran el Partido Comunista, y sus instituciones auxiliares: los sindicatos, el Komsomol, el Ejército y las asociaciones de intelectuales.

Recuerdos del Komsomol

«El Partido Comunista y el Komsomol están dispuestos a negociar los principios, pero siempre y cuando sea fijado un precio conveniente», estas palabras irónicas de Alexandr Popov, presidente de subcomisión del Soviet de Moscú para la libertad de palabra y de prensa, sirvieron de título para un artículo interesante, publicado en el periódico *Megapolis-express* (30.8.90):

Los jefes del Komsomol capitalino supieron sacar conclusiones pertinentes de las tristes experiencias de sus colegas leningradenses que tuvieron que vivir unos momen-

tos dolorosos, relacionados con la pérdida de un órgano importante. El colectivo de *Smena*, periódico que se edita en Leningrado, dijo adiós a sus dueños y registró el diario como una publicación independiente. Al enterarse de la noticia, el Comité de Komsomol de Moscú comprendió que debía actuar sin demora. Sin esperar a la jugada que haría *Moskovski komsomólets*, su propio diario, los jefes de la organización capitalina decidieron encargarse de gestiones necesarias y actuar en calidad de fundadores, reservándose el derecho de reclamar una buena parte de los beneficios que proporcionaría el periódico. Esta nueva provocó una reacción violenta en la redacción de *Moskovski komsomólets*.

– Manteniendo el control del Komsomol Leninista sobre el diario contribuimos a la consolidación financiera de las estructuras partidistas resquebrajadas –afirma el citado Alexandr Popov–. El poder de los dogmas ideológico se está derrumbando, pero se vigoriza el poder del dinero. Hoy, se asiste a un proceso curioso: el PCUS y el Komsomol se esfuerzan por dar sentido comercial a su actividad. Tras olvidarse de los ideales que importaban un bledo a muchos funcionarios partidistas, se proponen invertir dinero en negocios prometedores para poder sobrevivir y mantener sus posiciones en nuevas condiciones. Renunciando al control ideológico del periódico, nuestros dueños piensan convertirlo en fuente de ingresos.

Es una situación paradójica. El dinero que los suscriptores pagaban para poder leer materiales críticos de *Moskovski komsomólets* se destinaba a reforzar el poderío financiero del PCUS, o sea, del partido. El periódico, criticándolo, se ganó tanta popularidad en el país.

– MK proporciona anualmente millones de rublos por concepto de beneficios –dice Alexandr Popov–. Pero el grueso de las rentas se depositaba directamente en las cuentas del CC del PCUS, porque nuestro periódico se imprime en la editorial *Moskóvskaya Pravda*, perteneciente al partido. Ahora, el aparato del Komsomol tiene el propósito de sacar tajada del negocio.

Así las cosas, resulta claro por qué el Komsomol capitalino se esfuerza por mantener su control sobre el diario. El aspecto ideológico del asunto se relega a segundo plano cuando se trata de un negocio lucrativo. De un lado, los artículos críticos de *Moskovski komsomólets* turban el ánimo de la burocracia administrativa, pero de otro, se puede renunciar a los principios, siempre y cuando exista la posibilidad de obtener buenos beneficios.

Es sintomático que las tradicionales estructuras ideológicas de la URSS despliegan la actividad comercial no sólo en el campo de los medios de información masiva, sino también en otros ámbitos. El 16 de agosto al Gosbank de la URSS se presentaron los documentos con la solicitud de registrar el Kompartbank comercial, ya tercera institución bancaria entre cuyos fundadores o accionistas importantes figura el PCUS. *Pravda*, líder de las publicaciones partidistas, anunció su propósito de insertar en sus páginas anuncios publicitarios y cobrar tarifas muy altas por este servicio. En lo que respecta al Komsomol, ya no le interesa nada salvo los negocios. A juzgar por todo, la nueva política económica de las estructuras partidistas busca objetivos a largo plazo...

Pável Gúsev, director de *Moskovski komsomólets* (El Joven Comunista

de Moscú), el diario de mayor difusión en la capital soviética, trazó un retrato de sí mismo y redactó un vibrante mensaje a los lectores (3.1.91). Dicho periódico se empeña en ser objetivo y su director, cuya honradez es bien conocida en los círculos profesionales de la capital, fue elegido en 1990 presidente de la Unión de Periodistas de Moscú (elegido, que no designado desde arriba).

Moskovski komsomólets ya había sido en épocas anteriores, allá por los años 50 y 70, un periódico audaz y muy leído. Hoy su tirada se agota enseguida, nada más llegar a los quioscos, no sólo por la originalidad del material gráfico en que puede verse al propio Pável Gúsev con un acordeón en las manos en la fiesta de MK a beldades desnudas con espléndidos bustos y bellísimas piernas.

Prensa de Moscú

El 19 de agosto *Moskovski komsomólets* fue prohibido, como casi toda la prensa moscovita y central. El decreto N.º 2 establecía «provisionalmente» que sólo podrían publicarse en Moscú los siguientes diarios: *Trud*, *Rabóchaya tribuna*, *Izvestia*, *Pravda*, *Krásnaya zvezdá*, *Sovétskaya Rossía*, *Moskóvskaya pravda*, *Leninskoe znamia* y *Sélskaya zhizn*.

Muchos de estos periódicos defraudaron las esperanzas que el «presidente en funciones», Yanáev, y los demás miembros de la junta habían cifrado en ellos. *Trud* no insertó ni un solo artículo en apoyo de la junta (a excepción de los comunicados oficiales); por el contrario, publicó fotografías que respiraban angustia, la protesta de los sindicatos de Rusia y reportajes veraces desde los puntos de mayor tensión... El Consejo de Redacción de *Moskóvskaya pravda*, órgano del Comité Urbano del PCUS en Moscú, no podía ir en contra de su editor, pero al menos tuvo la osadía de manifestar su desacuerdo con algunas medidas adoptadas por el Comité de Emergencia. Como comentara Víctor Loshak en *Novedades de Moscú* (22.8.91), «es la vieja costumbre de consolarse con la ilusión de la pureza personal al tiempo que se cumplen las funciones más infames». Y naturalmente, los primeros en aplaudir con júbilo a la junta golpista fueron *Pravda* y *Sovétskaya Rossía*, los portavoces del «honor, la inteligencia y la conciencia de nuestra época», como llamó Lenin al Partido Bolchevique.

Pero en esos mismos días vimos cómo otros muchos profesionales de la información se colocaban resueltamente del lado de la democracia. Entre ellos los de un diario que lleva un nombre tan indecente como *Moskovski komsomólets* (imagínense la impresión que causaría hoy un periódico que se llamara *El Hitlerjunge de Berlín*). Desacatando las órdenes del Comité de Emergencia, MK se mantuvo en la brecha durante esos tres días y noches decisivos para el futuro del país. Cada día salían

a la calle varias ediciones especiales (en forma de fotocopias) con crónicas de la resistencia en Moscú, decretos, mensajes y declaraciones del presidente Yeltsin, resoluciones del Parlamento ruso e información sobre los mítines, con las intervenciones de Sobchak, Popov y Shevardnadze.

En setiembre, *Rossiyskie vesti* (núm. 19/91) pidió a los directores de once publicaciones democráticas de Moscú que contestaran a tres preguntas concernientes a las vías de desarrollo de la democracia, la prensa y el poder en la Rusia poscomunista. He aquí las respuestas del director de MK, Pável Gúsev:

1. El término «democracia soviética» tiene connotaciones pestilentes. Durante largos años se nos ha inculcado la ideología del totalitarismo, provocando mutaciones más o menos graves en la conciencia de todos nosotros. Tengo el convencimiento de que la mayoría absoluta de los «demócratas soviéticos» podrían asumir también el papel de dictadores bolcheviques, de personas que han sido educadas históricamente para aniquilar a cualquier adversario no por vías legítimas, constitucionales, sino por medio de la violencia. Por cierto que los últimos acontecimientos, la demolición brutal de monumentos y el que se ande buscando culpables por todas partes después del *putsch* no hacen sino reforzar mi convencimiento.

La democracia soviética se ha gestado en el contexto de un régimen totalitario y, lamentablemente, puede desembocar en una dictadura de la democracia.

No creo que estemos en el umbral de importantes cambios económicos. Nadie —ni Estados Unidos ni Europa— se va a hacer cargo de nosotros y mandarnos, año tras año, alimentos y más alimentos.

En estos 70 años, la gente ha perdido el hábito de trabajar, y hoy no quiere comprender que el trabajo puede reportarle frutos que le permitan disfrutar de una vida feliz en condiciones de libertad.

2. Soy alérgico a la palabra *glásnost*. Es un concepto inventado por Gorbachov y el PCUS para persuadir a la comunidad mundial de que aquí se estaba haciendo algo. En principio, la *glásnost* significa el permiso de decir lo que Gorbachov quiere oír. Soy partidario de la libertad de expresión en el marco que establezca la ley vigente. La libertad de expresión es un elemento consubstancial a todo el mundo civilizado. Desde antes del *putsch* ya estaba claro que nuestra sociedad se hallaba aislada en el plano de la información. Era dirigida con mano de hierro por el PCUS que indicaba en cada caso a quién y cómo se debía informar. Como resultado, la «provincia» no comprendió nada de lo que estaba pasando. Hay que terminar de una vez por todas con la falta de información, demoler el actual sistema —inoperante— de información social. Lo que han venido haciendo el Ministerio de Comunicaciones y el PCUS al objeto de dosificar y falsificar la información es un verdadero crimen. Hoy debemos empezar la reestructuración por dicho Ministerio, desmontar todo ese dispositivo de distribución racionada de la información.

3. Se avecinan nuevos comicios de resultado imprevisible. No está descartado que de aquí a entonces, movilizando diversos recursos, logren reponerse y reincorporarse a la

lucha partidos y grupos que de ninguna manera interpretan los intereses de los sectores democráticos ni las ideas de quienes se alzaron en defensa de la *Casa Blanca*. Las fuerzas democráticas deben unirse para triunfar en las elecciones.

Los funcionarios del Komsomol comprendieron mucho antes que sus colegas del PCUS la necesidad de llevar a cabo las reformas en materia de prensa. A mediados de 1990, la revista *Molodói kommunist* (Joven Comunista) cambió de nombre y empezó a salir bajo el de *Perspektivy* (Perspectivas), la aburridísima publicación departamentalista *Komsomólskaya zhizñ* (Vida del Komsomol) optó por el nombre más sugestivo de Pulso. Desde el inicio de la *perestroika* las publicaciones de los jóvenes comunistas demostraron mucho mejor sentido que la prensa controlada por el PCUS.

Komsomólskaya pravda (La Verdad del Komsomol), uno de los diarios con mayor tirada del mundo, goza en la URSS de mucha mayor popularidad que *Pravda*. Incluso los presos soviéticos dan preferencia a este rotativo y lo compran gastando una parte de las módicas sumas de que disponen. Un sondeo realizado entre los reclusos de los centros penitenciarios de la zona del Baikal arrojó que aprecian el diario por proporcionar una información fidedigna, por prestar atención a los problemas de los presos y... por publicar noticias sobre «quehaceres» de sus colegas.

En el mercado de la prensa soviética «se sienten bien» el diario *Komsomólskaya pravda* y el semanario ilustrado *Sobesédnik* (Interlocutor) que en octubre de 1990 dejó de ser suplemento de KP y adquirió el estatuto de publicación independiente. El semanario (núm. 41/90) publicó una espaciosa entrevista a su ex director, Vladislav Fronin, que pasó a dirigir *Komsomólskaya pravda*:

Nos encontramos unas horas después que Vladislav Fronin dejara de ser nuestro jefe. Si no hubiera sido nombrado director de *Komsomólskaya pravda* esta entrevista habría sido imposible. Es indecoroso publicar una entrevista al director del semanario en las páginas del mismo. Pero la semana pasada se registró un acontecimiento importante en la biografía de *Sobesédnik*. El semanario adquirió el estatuto de publicación independiente.

– Reciban mis felicitaciones –dijo Fronin.

– Por fin ha ocurrido lo que debía ocurrir.

– En efecto, finalizó una etapa «artificial» en la historia de *Sobesédnik*, pues en el plano económico el semanario siempre ha sido independiente de *Komsomólskaya pravda*. Con el correr del tiempo adquirió asimismo la autonomía «profesional». Ahora, conseguimos dar solución definitiva al problema. *Sobesédnik* tiene dos fundadores, no dueños sino fundadores: KP y el colectivo del semanario. Aunque hay algo extraño en que estas publicaciones van a recibir sólo ahora los certificados de nacimiento. *Komsomólskaya pravda* existe desde hace 64 años y *Sobesédnik*, desde hace 6. Pero así son los tiempos que vivimos...

A propósito, soy el único director de KP (en total, fueron 16) nombrado para este cargo sin previa aprobación del Secretariado del CC del PCUS. Fue una historia interesante. Apenas me nombraron director, en el periódico apareció un material que cayó mal

a un alto funcionario partidista.

– ¿A qué se refiere?

– Si lo menciono, dirían que me dedico al populismo. Aunque... Bueno, se trataba de una entrevista a Borís Yeltsin, quien en aquel entonces era acosado. El material fue preparado por mis colegas antes de mi designación para el cargo de director. Y, sencillamente, no tenía el derecho moral de prohibir su publicación. Pero de todas formas no lo habría hecho. Al día siguiente, me llamó un camarada de alto rango. «No quiero estropear la fiesta del fin del año –dijo–, pero el 2 de enero tienes que presentarte en mi despacho. Voy a decirte algo». Luego, en el diario aparecieron otros materiales críticos: *Novocherkassk*. 1962, entrevista a Oleg Kalugin, ensayo de Solzhenitsín. En una reunión Vadim Medvédev me lanzó un reproche: «Usted es comunista, pero trabaja contra el partido». Por lo visto, alguien encomendó al Buró del CC del Komsomol examinar el caso de *Komsomólskaya pravda*. Pero el entonces primer secretario Víktor Mironenko no flaqueó.

En la historia de KP, hubo momentos en que se tenía que apelar al CC del PCUS para defenderse de los ataques de algunos jefes juveniles demasiado briosos.

...Por primera vez Vladislav Fronin «fue proclamado» director de *Komsomólskaya pravda* el 24 de mayo de 1975. Aquel día se festejaba el 50 aniversario del periódico y participaron en la fiesta casi todos los ex directores del diario. Alguien presentó a Fronin, de la sección de juventud obrera, a Borís Pankin, uno de los ex directores y dijo bromeando: «Mira, este sería nuestro jefe». «Acepto la candidatura», contestó Pankin, quien había comenzado su carrera también como practicante¹.

– Vladislav, estamos conversando sobre cosas importantes, pero ya pertenecen al pasado. ¿Cuáles son sus relaciones con el CC del Komsomol?

– Tratamos de darles un carácter nuevo. De nuestro vocabulario deben desaparecer palabras «órgano», «control periódico»... Promovemos a primer plano el concepto «provecho mutuo». Me parece que Vladímir Ziukin, primer secretario, y otros miembros del Buró comparten esta opinión. Pero no tenemos garantía alguna para que asumiera la situación un profesor de la ciudad de Gorki, famoso por su «apego a la idea comunista», ya que el colectivo de la Redacción, junto con el director, se vería en la calle. A juzgar por declaraciones hechas en el Congreso constituyente del Partido Comunista de Rusia, tal desenlace es más que probable. Por eso el colectivo y nuestros lectores deben tener garantías de que no habrá reajustes en el periódico.

– ¿Para qué entonces compartir el periódico con el CC del Komsomol? ¿Tal vez, valdrá la pena fundar un «diario juvenil independiente?».

– Sabe, recelo de los periódicos que se proclaman «independientes». Por poner en la etiqueta «coñac bueno», la calidad de la bebida no mejora. Antes que aparezcan diarios realmente independientes, tendrán que aparecer periodistas independientes. También en KP faltan. Creo que por fin conseguimos hacer del periódico una publicación veraz. Pero en cuanto a nuestro futuro... El diario es independiente en muchos aspectos, ante todo, en lo

1. Borís Pankin, nombrado embajador de la URSS en Checoslovaquia a comienzos de agosto de 1991, fue uno de los pocos altos funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS, que se comportó dignamente cuando el Comité de Emergencia detuvo a Gorbachov y usurpó el poder en Moscú. (N. del A.).

que respecta a la posición política. Sin embargo, nos unen lazos históricos con la organización de la juventud. Por eso proponemos que el Komsomol sea cofundador del rotativo.

– ¿Significa que van a dividirlo en partes iguales?

– Cuando cada miembro del colectivo acumule un millón de rublos, cerraremos el negocio. No se ría. Así piensan algunos funcionarios del *Komsomol*, como si *Komsomólskaya pravda* no fuera un periódico serio, sino una pandilla de estafadores. Creo que no vamos a aumentar el salario de los periodistas, pero sí sus ingresos. Es una paradoja que en una publicación recién fundada de decenas de miles de ejemplares los honorarios se paguen a razón de 50 rublos por página mecanografiada, mientras que nuestra tarifa es de 6 rublos. Y *Komsomólskaya pravda* tira 22 millones de ejemplares.

Necesitamos fondos para finalizar nuestro desarrollo. El más grande diario del mundo se imprime en una tipografía dotada de equipos antediluvianos. No tenemos el propósito de separarnos de la editorial partidista y por eso deberíamos asignar fuertes sumas a la modernización técnica de nuestra base material. Además, tendríamos que asumir todos los gastos relacionados con el mantenimiento de las corresponsalías y la edición del diario.

– Pero los diarios juveniles no son rentables. Y además ¿para qué tener tantos diarios juveniles provinciales?

– Es un mito que no son rentables. En el país salen 269 publicaciones juveniles e infantiles, de las que 160 se imprimen en tipografías del partido. El 62 % de dichas publicaciones comportan pérdidas valoradas en 6 millones de rublos anuales. Pero sólo los beneficios que proporciona KP compensan con creces esas pérdidas. En lo que respecta a los periódicos provinciales, quisiera decir lo siguiente. ¿Se puede calificar de provincial el diario *Sovétskaya molodiozh* (Juventud soviética), que se edita en Riga? Por ejemplo, el *Náberezhnie Chelni* goza de la misma popularidad que KP. ¿Y *Moskóvski komsomólets* o *Smena* (Relevo) de Leningrado? El problema es otro. ¿Por qué la prensa central tiene más derechos que la local? ¿Por qué *Komsomólskaya pravda* está en el derecho de tener su corresponsalía en Kazan, y el periódico juvenil tártaro no puede enviar a su corresponsal a Moscú? Todos los diarios deben gozar de derechos iguales. Sólo en este caso la popularidad del periódico dependería exclusivamente del nivel profesional de los periodistas...

– La última pregunta. Vladislav, ¿por qué se negó a disputar el escaño en el Parlamento? Entre los directores de periódicos centrales hay muchos diputados populares. Y estoy seguro de que ganaría las elecciones, teniendo en cuenta que el diario que dirige goza de enorme prestigio.

– No soy, por naturaleza, orador ni parlamentario. Hago el periódico y este oficio me interesa. Además, me conocen poco en el país.

...Es verdad. Fronin raras veces aparece en la pequeña pantalla y concede entrevistas. No tiene tiempo para esas cosas. Hace el periódico».

El 5 de enero de 1991, se declararon en huelga de advertencia de una hora de duración los redactores de *Komsomólskaya pravda*: la editorial *Pravda*, alegando la «escasez de papel», les había anunciado una reducción de las ediciones a sólo cinco por semana, en vez de las seis de siempre ya pagadas por los suscriptores. Muchos personajes impor-

tanés, entre ellos el vicepresidente del Consejo de Ministros y el propio presidente de la URSS, se apresuraron a dar explicaciones tranquilizadoras en las páginas del periódico, asegurando que no había por qué preocuparse. Nadie quiere estar mal con el único periódico juvenil de alcance nacional.

Durante muchos años *Komsomólskaya pravda* sirvió al régimen brezhneviano. Con Vladislav Fronin en el cargo de director, el periódico se hizo más democrático y progresista, sin dejar de ser influyente en los círculos inmediatos al poder supremo. ¿Qué otro periódico puede permitirse el lujo de comparecer con *toda* su plantilla ante el presidente del KGB, Vladímir Kriuchkov, y luego ante el ministro de Defensa, en una conversación distendida? Sólo tres periódicos soviéticos –KP, *Pravda* e *Izvestia*, así como TASS y Nóvosti (APN-IAN)– cuentan con una ramificada red de corresponsales en el extranjero. Comentario aparte merece el hecho de que un buen número de esos corresponsales estaban al servicio del KGB y de la Dirección Central de Inteligencia del Ministerio de Defensa, obteniendo sus destinos en otros países sin trabajar ni un solo día en sus respectivas redacciones.

El hermano menor de Pravda

En los días en que la TV Central negaba a Yeltsin la posibilidad de comparecer en directo ante los televidentes, *Komsomólskaya pravda* anunció la fecha y la hora en que los lectores podrían contactar por teléfono en su sede con el dirigente ruso y hacerle las preguntas que quisieran. Las preguntas y respuestas fueron publicadas al día siguiente, el 14 de marzo de 1991, ocupando una plana entera. Dada la tirada del periódico, esa iniciativa tuvo gran resonancia. Yeltsin contestó todas las preguntas de forma clara y concisa, con franqueza, honradez y competencia. Su discurso contrastaba con la fraseología hueca, cargada de retencencias e insinuaciones, de mentiras y calumnias, por que se distinguían las declaraciones públicas de Gorbachov y Lukiánov, Pugo y Kriuchkov, Yázov y Pávlov, Varénnikov y Rodiónov. Lástima que *Komsomólskaya pravda* no llegara a convertirse realmente en la tribuna de personalidades hostigadas por el régimen como Yákovlev y Shevardnadze, Bakatin y Yeltsin, Bonner y Sájarov, Popov y Sobchak. Con mucha mayor frecuencia y simpatía, cedía sus páginas a Roy Medvédev, Eduard Limónov y Valen Chalidze, cuyos escritos parecían haber sido redactados de cabo a rabo por los plumíferos del KGB, en el seno del cual existió durante decenios un gigantesco departamento de desinformación con sucursales (por ejemplo, la APN-IAN) y centenares de agentes a sueldo dentro y fuera del país.

De todos modos, *Komsomólskaya pravda* supo arroparse con vestimen-

ta de corte liberal y, para el lector que no se fijaba demasiado en los detalles, tenía *toda* la estampa de un periódico no comunista. Mentía menos que *Pravda*. Veamos un ejemplo. El 4 de julio de 1991 ambos periódicos insertaron un comunicado de la agencia RIA sobre la recogida de firmas en Vilnius en defensa del OMON lituano. Pero el diario juvenil, a diferencia de su hermano mayor, publicó la noticia íntegramente y no suprimió la frase final que tenía un significado clave: en dos días sólo se había recogido un centenar de firmas. *Pravda*, mintiendo una vez más, optó por callar este dato.

En setiembre de 1991, Vladislav Fronin, director de *Komsomólskaya pravda*, respondió a las preguntas de *Rossiyskie vesti*, que abordaban tres temas: 1) la situación en el país y el futuro de la democracia; 2) el lugar del incipiente cuarto poder en la vida de la sociedad, y 3) el mensaje que el interrogado deseaba transmitir al pueblo y a quienes ejercían el poder. He aquí las respuestas de Fronin:

1. Las fuerzas de la democracia y los periódicos democráticos supieron unirse en un momento de dura prueba. Pero ahora están surgiendo fricciones –a mi juicio, lamentables– en el seno mismo de las fuerzas democráticas y, en particular, entre diversas publicaciones.

Hace algún tiempo todos confiábamos en que los escritores, ante la gravedad de la situación en el país, superarían sus rencillas y las luchas mezquinas por los puestos en su asociación. Hoy debemos comprender que, pese al reciente triunfo de la democracia, es ahora cuando tendrá que vencer las pruebas más duras. Si no se consolida la unidad de las fuerzas democráticas, el desarrollo interno podría desembocar en algo peor aún que los sucesos del 19 al 21 de agosto. Puede echársenos encima una situación como la de Yugoslavia, la peor variante de todas.

Mis mayores esperanzas están relacionadas con el gobierno de Rusia, con la aplicación de una política resuelta. Confío en que sabrá aglutinar en torno de sí a profesionales serios, activos y competentes.

No soy especialista en los aspectos concretos de las reformas económicas, pero estoy convencido de que debemos reformar nuestro sistema.

2. Pienso que todavía nos queda por cubrir un largo trecho. Por ahora no podemos decir que exista una prensa libre e independiente; hay muchos periódicos que se llaman independientes, pero dudo de que lo sean de verdad. Por cierto que en el marco de la editorial *Pravda*, nuestro diario es la única publicación «dependiente»: seguimos colaborando con el Komsomol y no hemos quitado de la portada nuestras órdenes ni hemos cambiado de nombre. Lo importante no es cómo se llama tal o cual periódico. Nos gusta cambiar rápidamente los nombres de las ciudades, poner epítetos a nuestras publicaciones, pero lo principal es gozar de independencia económica, y es lo que nos falta.

3. Es importante que el pueblo no cometa en las próximas elecciones los mismos errores que en las anteriores. En cierta medida, las causas de nuestras dificultades actuales y los días dramáticos que nos tocó vivir en agosto están relacionados con esos errores.

Ahora queremos cargar todas las culpas sobre el Presidente, pero no sólo él elegía; nosotros también elegimos a los diputados que aprobaron dócilmente las candidaturas de quienes rodeaban a Gorbachov y finalmente lo traicionaron.

Tenemos el deber de expresar la opinión pública. Si los presidentes cometen errores, los criticaremos a los dos. Naturalmente, no se trata de un objetivo en sí, pero pensamos que el cuarto poder debe mantenerse en la oposición sean quienes sean los que ejercen el gobierno: los demócratas o los no demócratas.

El análisis objetivo del panorama de la prensa soviética a principios de 1991 revelaba que, aun después de iniciado el proceso de transición a las relaciones de mercado, los periódicos y revistas que se editaban en la URSS seguían siendo criaturas de la economía militar ideologizada. Esta definición muy acertada la utilizó en un artículo publicado en *Sovétskaya kultura* (25.8.1990), órgano del CC del PCUS, el académico Yuri Rizhov, diputado popular de la URSS y rector del Instituto de Aeronáutica de Moscú.

Pese a los avances sustanciales registrados en el camino hacia la *glásnost*, nuestra prensa continúa igual que los intelectuales de la URSS durante los últimos 70 años. Nuestros periodistas, al igual que historiadores, filósofos, juristas, economistas y filólogos, siempre han sido considerados como personas de tercera categoría. Se había proclamado que la fuerza hegemónica de la sociedad era la clase obrera (duramente explotada por el Estado); el segundo lugar en importancia se asignaba al campesinado, cuyos mejores representantes habían sido liquidados físicamente, y el tercer y último puesto en la pirámide social correspondía a las personas que usaban gafas y tenían instrucción superior. Los ingenieros estaban al servicio de la industria de guerra y trabajaban en instituciones científicas, también controladas por los militares. El resto de la intelectualidad había sido perseguido y eliminado. El régimen llevaba consecuentemente a la práctica la famosa consigna leniniana: cada cocinera debe participar en la administración del Estado. Entre los métodos de gestión prevalecían la represión masiva y consignas del tipo: «¡Manos a la obra, camaradas!». Esa política no podía menos de tener consecuencias funestas. En el país, no hay legisladores competentes, maestros calificados ni periodistas sobresalientes.

Cierto es que la demanda de periodistas es muy alta en el país. Su precio en el mercado ha venido creciendo, mientras que los funcionarios partidistas se cotizaban cada vez menos. En las nuevas condiciones, el buen sentido sugirió al PCUS que convenía desprenderse de las revistas «gruesas» y los periódicos de pequeña tirada (muchos de los cuales atravesaban una situación económica difícil), pero conservar a *toda* costa el control de la revista *Chelovek y zakon* (El hombre y la ley) que proporcionaba rentas millonarias y gozaba de demanda estable en distintos sectores de población.

CAPITULO CUARTO

PUBLICACIONES QUE HAN OBTENIDO LA INDEPENDENCIA: NM Y AiF

Los bufones de la «perestroika»

Había, por supuesto, publicaciones que la Sección Ideológica del CC del PCUS no quería «soltar» pero que se le escaparon de las manos valiéndose de su prestigio en el extranjero.

¿Quién gozaba de mayor popularidad en la URSS: Egor Yákovlev, director de *Novedades de Moscú* o Albert Vlášov, presidente de la Agencia de Prensa Nóvosti? La APN tenía una plantilla de miles de empleados. Hasta setiembre de 1990, la APN se presentaba como fundadora y editora del semanario *Novedades de Moscú*, cuyo personal no pasaba de unas decenas. Ahora, NM es un semanario independiente, que pone por encima de todo la ley y la voluntad de los fundadores: representantes de los sectores democráticos del país que crearon la sociedad *Novedades de Moscú-Periódico Popular*.

Hace 10 años *Novedades de Moscú* se publicaba en muchos idiomas extranjeros, era propagandística, común y corriente; y se distribuía en el exterior, en la mayoría de los casos gratis. En la URSS, ante la total ausencia de periódicos extranjeros en venta libre, el semanario lo compraban quienes estudiaban francés, inglés, español, árabe... Antes de la *perestroika*, no se editaba en ruso. Tras la llegada al poder de Mijaíl Gorbachov y durante largo tiempo —desde abril de 1985 hasta 1989—, NM era la única publicación soviética «legal» que se permitía expresar su propio punto de

vista sobre distintos problemas. Todo el mundo se daba cuenta de que las agudezas que se le permitían al bufón podrían costar la vida a cualquier otro subdito del soberano.

Novedades de Moscú, periódico al que no tenían acceso los lectores soviéticos y calificado de «prensa amarilla» por los miembros del *Politburó* Vadim Medvédev y Egor Ligachov, debía servir de cara a Occidente como un símbolo de la incipiente transparencia informativa soviética. Es difícil decir qué efecto producían en los políticos y soviólogos extranjeros estas artimañas, pero el lector selecto soviético (que tenía la posibilidad de leer el periódico) tras cada artículo crítico esperaba con impaciencia la salida del número siguiente para enterarse de si seguía o no en su cargo el director de NM. En los primeros cinco años de la *perestroika* toda la intelectualidad democrática del país seguía de cerca la actividad de Egor Yákovlev, considerando con razón que su destitución significaría el fin del proceso renovador. Todavía en 1990 los periódicos centrales soviéticos no podían permitirse el lujo de decir lo que aparecía en las páginas de NM en 1986. Aunque participando enérgicamente en el batallar político del país, NM se veía obligado a no traspasar ciertas normas de la *glásnost*.

Izvestia (13.9.90) felicitó a sus colegas de *Novedades de Moscú* con ocasión del sesenta aniversario de este periódico y publicó una entrevista con Egor Yákovlev:

– El colectivo de la Redacción del semanario seguirá fiel en su actividad a tres conceptos clave: conciencia, buen sentido y atención a las demandas de los lectores. Por supuesto, hoy corremos otros tiempos distintos a los de hace cuatro años cuando decidimos que no existían temas prohibidos. En estos momentos, muchos periódicos hicieron suyo ese precepto. Celebramos que el semanario haya sido registrado oficialmente y ahora sea libre de cualquier estructura partidista. Yo, por ejemplo, trabajo desde hace 35 años en la prensa, pero no esperaba que en mi vida fuera aprobada la Ley de Prensa que Lenin había prometido promulgar inmediatamente después de la revolución. Nos agrada el hecho de que se haya anunciado la suscripción libre a la edición rusa del periódico y cada cual podrá leerla.

Muchas cosas quedan relegadas al pasado. Pero la vida no ha mejorado. Lamentablemente, la animadversión y la enemistad penetran asimismo en los sectores democráticos de la población. Queremos mostrar cómo se pueden resolver los conflictos, trátense de la economía o de la política. Tenemos la intención de proteger los derechos y la dignidad del hombre y contribuir a la transformación del país en un Estado libre, próspero y civilizado. Si conseguimos hacerlo, el periódico se convertiría en el instrumento de concordia democrática y de entendimiento entre las fuerzas democráticas.

– Es simbólico que el periódico haya adquirido el nuevo estatuto el año de su 60 aniversario...

– Es un hecho significativo.

– ¿A qué grupos sociales pertenece el grueso de sus lectores?

– Antes, respondiendo a esta pregunta, siempre decía: nuestro lector es madrugador. Tenía que levantarse temprano para poder comprar el semanario, puesto que en la URSS se distribuían sólo 350 mil ejemplares de la edición en ruso. Ahora la situación cambia. La suscripción debe probar el grado de popularidad del semanario. Los primeros resultados son alentadores. Pero si el número de suscriptores sobrepasa cierto límite, nos veríamos obligados a suspender la suscripción. Después de que nos separamos de APN, surgieron muchas dificultades económicas, entre ellas, el problema del papel.

– ¿De qué manera se proponen vencer las dificultades que seguirán multiplicándose en la etapa de transición a la economía de mercado?

– De momento, no tenemos nada propio. Establecemos contactos con tipografías. Queremos fundar una sociedad anónima y emitir acciones por valor de 25 millones de rublos. Algunos hombres de negocios de Occidente se han mostrado dispuestos a adquirirlas, aunque los dividendos se pagarán en rublos. Finalmente, estamos fundando el consorcio NM: con participación de franceses; queremos montar una emisora; estamos negociando con el Soviet de Moscú la creación del centro informativo internacional y de una editorial. Estamos seguros de que nos mantendremos a flote.

– He oído que el 18 de septiembre de 1990 se celebrará la ceremonia de presentación del primer número de *Paris-Match* en ruso. Me han dicho que será suplemento de NAÍ.

El número de *Novedades de Moscú* correspondiente al 20 de enero de 1991 salió «vestido» de luto: 8 de las 16 páginas estaban dedicadas a los trágicos acontecimientos en Vilnius, capital de Lituania. Fue aquel un acto de honradez periodística, contrariamente a las noticias que de esos sucesos suministraban los periódicos *Pravda*, *Sovétskaya Rossiá* y *Krásnaya zvezdá*, así como el informativo *Vremia* de la TV central. Treinta miembros del consejo de fundadores de *Novedades de Moscú*, cuyos nombres son conocidos en todo el país, firmaron la declaración titulada *Los crímenes de un régimen que no quiere desaparecer*, donde se describían con todo detalle los errores fatales cometidos por Gorbachov.

Anatoli Sobchak, que se encontraba de viaje, no llegó a tiempo para firmar la carta de los fundadores y por eso expuso su opinión en el siguiente número de *Novedades de Moscú* (27.1.91):

El error más grave de Gorbachov (¿se tratará realmente de un error?) fue su participación en el intento de conservar la unidad de la URSS recurriendo a la fuerza militar en las repúblicas del Báltico. Y lo más vergonzoso (en mi opinión) fue el hecho de que el Presidente se negara (y no ha sido la primera vez) a reconocer su complicidad en semejantes métodos de «diálogo político». Después de la noche sangrienta de Vilnius, después del asalto a la TV de Lituania emprendido por paracaidistas y agentes del KGB, el Presidente declaró que no estaba enterado ni sabía nada. Esa declaración suya, conjuntamente con las declaraciones similares del ministro de Defensa y del ministro

del Interior (agregúese la intervención televisiva del presidente del KGB, quien también justificó el ametrallamiento de personas inermes), fue para todo el mundo lo más deprimente.

En aquella situación el Presidente debía haber tenido la valentía suficiente para asumir el pesado fardo de la responsabilidad por lo ocurrido.

Gorbachov no ha llegado a ser un verdadero Presidente y sigue siendo Secretario General. Con independencia de lo que nos ocurra en adelante, el pueblo de nuestro país jamás olvidará los sucesos de 1989 en Tbilisi, de 1990 en Bakú y de 1991 en Vilnius.

Según estableció la Comisión investigadora del Congreso de Diputados Populares de la URSS, Gorbachov no estuvo involucrado en la matanza frente a la Casa del Gobierno de Tbilisi. Pero tampoco hizo nada para que los culpables de aquella terrible noche fueran castigados. Hasta ahora no se ha pasado por la TV la película filmada por cámaras del KGB, a pesar de que el Congreso de Diputados Populares de la URSS adoptó tal decisión. O sea, no se cumplió una resolución del máximo organismo legislativo del país. Parece que en aquel entonces, en abril de 1989, Gorbachov fue objeto de un complot reaccionario. Pero luego la situación comenzó a cambiar. En Bakú, las tropas permanecieron inactivas mientras se desarrolló la matanza de los armenios. Sólo después de terminada la matanza, cuando huyó de la ciudad el primer secretario del PC de Azerbaidzhán y el poder pasó de hecho al Frente Popular, los tanques (una vez más, de noche) invadieron la capital azerí. Esa acción se emprendió por orden del Presidente del Soviet Supremo de la URSS. Y quienes la ejecutaron procuraron que hubiese más sangre. Un año más tarde, el Presidente ya en nada desobedecía a las fuerzas de la época pasada, a las fuerzas que supieron llevárselo de su lado. Es así como Gorbachov dejó de ser el demócrata y el reformador de antes. Es así como el Secretario General venció al Presidente.

Tbilisi, Bakú y las repúblicas bálticas son tres hitos que determinaron el drama personal de Mijaíl Gorbachov y el futuro de la *perestroika* iniciada brillantemente por él a mediados de los años ochenta.

Novedades de Moscú ha sido siempre, y sigue siendo, un periódico interesante, pero sui géneris, con más opiniones que noticias propiamente dichas. La historia de cualquier publicación puede ser contada desde fuera, tal como pueden apreciarla los lectores, o desde dentro, tal como la vivieron quienes trabajaban en la «cocina» de la Redacción. En este sentido nos parece digno de interés el relato de Andréi Vasíliev, quien formó parte durante varios años del colectivo de periodistas de NM, relato que fue transmitido por la emisora Libertad a comienzos de marzo de 1991 (reproducimos el texto transcrito en el periódico del Partido Democrático de Rusia, del 17 de marzo de 1991):

A mediados de enero, cuando por *toda* Rusia retumbaba el eco de los motores de tanques en Lituania, resonó con fuerza sorprendente una noticia publicada con letra pequeña en *Novedades de Moscú*: el director del semanario, Egor Yákovlev, se había dado de

baja del PCUS.

En general, en aquellos tiempos el salirse del partido se había convertido en un fenómeno tan corriente que uno ya no podía vanagloriarse de ello ni siquiera en su casa.

Probablemente, los lectores de MN se extrañaron al enterarse por esa pequeña nota de que Egor Yákovlev había permanecido en el partido hasta pocos días antes.

Pero para quienes le conocían personalmente —éramos varios miles dentro y fuera de Rusia— la noticia estalló como una bomba por otras razones.

Mucha gente sabía que Egor Yákovlev era un bolchevique, un firme adepto de la escuela de Lenin.

Hace cosa de cinco años semejante característica significaba claramente que el hombre en cuestión era un rebelde. Casi un disidente.

Algún tiempo antes, en el 56, Yákovlev ya se había sentido disidente (por lo menos, en su fuero interno): después de escuchar el Informe al XX Congreso, no dio crédito a lo que decía el propio Jruschov. Para el secretario de un comité de distrito del Komsomol, tal desconfianza era todo un acto de valor.

Vale la pena recordar otro hito en la trayectoria de Yákovlev. Se ha dado en considerar que *Novi Mir* fue la última publicación en que se mantuvo el espíritu propio de la época del *deshielo*. Es olvidarse de *Zhurnalíst* (El Periodista), una revista remodelada por Yákovlev a partir de la hoja ministerial *Sovétskaya pechat* (Prensa Soviética). Logró sacar quince números antes de la llamada fatal del Comité Central. En la reunión convocada para cantarle las cuarenta, se portó como un jabato. Cuando le acusaron de insubordinación a la dirección comunista de la prensa, contestó: «En este país no hay dirección comunista de la prensa, en la interpretación leniniana del concepto».

Creo que el apelar a la autoridad de Lenin en aquellos tiempos era un recurso bastante resbaladizo. Por algo será que en el 70 secuestraron el serial de Yákovlev centrado en la figura del «guía» bolchevique, que no apareció en la pequeña pantalla hasta 15 años más tarde.

Bueno, en aquella ocasión, como era de esperar, le quitaron a Yákovlev la dirección de *Zhurnalíst* y lo desterraron en calidad de periodista «raso» a *Izvestia*. Voy a saltar el período durante el cual trabajó en ese vespertino: las leyendas que se cuentan no son muy interesantes y no tengo impresiones personales, ya que entonces era demasiado joven.

Entré en *NM* en el 86, dos semanas después de que Yákovlev tomara posesión del cargo de director. Para mí era un desconocido. A decir verdad, ingresé valiéndome de un enchufe: le fui recomendado por su hijo. Y desde el primer momento comprendí que mi nuevo director era un caso único en la historia del poder soviético.

Me enseñó las pruebas de una página que ya estaba ajustada. Un resumen detallado del encuentro de Borís Yeltsin, a la sazón primer secretario del Comité Urbano de Moscú del PCUS y miembro suplente del Buró Político, con los periodistas. En lugar del acostumbrado comunicado de TASS, en cuarenta líneas, una plana entera en la que se exponían además, y eso era lo más gordo, las opiniones y comentarios de periodistas.

— ¿Quién ha autorizado la publicación?

— Nadie la habría autorizado. Pero tampoco he pedido permiso a nadie. No era una reunión de funcionarios del partido, sino un encuentro con los periodistas. Por consiguiente, allí se habló «para la prensa».

El número con ese artículo fue el primero de la edición rusa que se agotó en Moscú. Antes sólo compraban *Moscow News* (en inglés) los alumnos de escuelas especiales. Y al cabo de tres semanas era imposible encontrar el semanario en los quioscos.

Se había convertido en una publicación «de prestigio» que se cotizaba en el mercado negro.

Creo que fui el quinto en incorporarme al «equipo de Egor». Antes de que él se hiciera cargo de la dirección, la Redacción era una especie de departamento del Ministerio de Asuntos Exteriores, un lugar de «destierro honroso» para espías desenmascarados y diplomáticos fracasados. La mayoría se asustaron cuando notaron la corriente de «aire fresco». Es verdad que el *Equipo* de Yákovlev olía a extravagancia. Detrás del nuevo director, entraron en la Redacción un comentarista político sin título de enseñanza superior, un judío sin permiso de residencia en Moscú, un periodista con hoja de servicios pésima, un reportero internacional con antecedentes penales... Bueno, y yo, al que seguramente tenían por un *hippy contumaz*.

El propio Egor, al principio, trató de convencerme para que usara traje, al menos un día por semana.

Pero finalmente se rindió a mis objeciones (en el sentido de que precisamente ese día iría a parar al centro de urgencias antialcohólicas). Me invitó también a ingresar en el PCUS, pero no insistió mucho. Como tampoco insistió para que viajara al extranjero. Yo, a mi vez, les hablaba con fervorosa admiración a mis amigos de nuestro Director, que puede presentarse en el trabajo con cazadora vaquera y sentarse él mismo al volante del coche oficial.

Por cierto que Yákovlev, con la brillantez de que siempre ha sabido hacer gala, expuso los principios de su «política de cuadros» en un acto celebrado en la Casa Central del Literato. Cuando le preguntaron por qué aparecían tantos apellidos judíos en las páginas de NAÍ, contestó: «A quienes admito en la Redacción, nunca les obligo a desabrocharse el pantalón».

Hay que decir, sin embargo, que no todos los que se incorporaban al personal de *Novedades de Moscú* eran judíos «sin partido». Procedentes de APN, llegaban muchos directivos de probada honradez, por los cuales Yákovlev sentía un respeto que, nosotros, simples periodistas, no alcanzábamos a comprender. Por último, había un tercer manantial de fuerzas vivificantes: la generación del 60. Shmeliiov, Nuykin, Afanásiev, Popov, Búnich, Bovin, todo el cuadro de caballeros de la *perestroika*. Esta potente batería de autores fortalecía el prestigio de NAÍ en cuanto tribuna, y lo hundía en cuanto periódico. Por lo demás, lo que quería el público era eso: una tribuna. De ahí que la Redacción representara entonces una fina capa de periodistas comprendida entre otras dos, mucho más espesas: la de los espías quemados (Yákovlev sólo logró deshacerse de unos cuantos) y la de los disidentes rehabilitados. Pero todo eso no eran más que herramientas accesorias.

El periódico lo hacía una sola persona, desde la mañana temprano hasta la noche, sin días de asueto. Cuando salía de viaje al extranjero, daba asco leer el periódico. Los adjuntos daban carpetazo a todo lo que olía a chamusquina: «cuando llegue el patrón, que decida él».

El patrón llegaba el lunes, tocaba zafarrancho, rehacía el número, nos cantaba las

cuarenta, nos echaba a gritos de su despacho; en una palabra, aplicaba el estilo comunista de dirección.

Quienes trabajaban con él se lo perdonaban, porque todos comprendíamos que sin Egor *Novedades de Moscú* se iría a pique. En cierta ocasión asumió el riesgo de reproducir una carta que diez exiliados habían publicado en *Le Figaro* con el título *Gorbachov debe presentar pruebas*, elevó así hasta la cumbre el prestigio de NM e inmediatamente comenzó a despacharse con los firmantes en las páginas de su propio semanario. Por lo visto, no se podía actuar de otra manera.

Durante la campaña anti-Yeltsin, estuvo mucho tiempo buscando un autor prestigioso para un comentario sobre el «vanguardismo político». Encontró a Gavriil Popov, que en aquel entonces todavía ocupaba su cátedra en la Universidad de Moscú.

Como resultado, los estudiantes dejaron de asistir a las conferencias de Popov.

Eran tiempos de lucha. Hubo momentos de retirada (cuando Valentín Falin, el presidente de APN, leía las pruebas, y no sólo las leía, sino que hacía correcciones y obligaba a rehacer algunas páginas).

Hubo también batallas campales (cuando Egor echó sobre la mesa de Ligachov su solicitud de dimisión, y el propio Gorbachov intervino para reconciliarlos, escribiendo una carta de la cual se dio lectura a los miembros de la Redacción).

Y hubo victorias (cuando quitaron a Falin de la APN, destinándolo a un cargo más alto; y a Ligachov del área de la ideología).

Yákovlev, con el libro de citas de Lenin en una mano y la carta de Gorbachov en la otra, empujaba la *perestroika* y no toleraba la ayuda de ningún subordinado. Y la empujó tan fuerte que él mismo se quedó rezagado.

La adhesión a Lenin y a Gorbachov que en las entrevistas de Yákovlev aparecía como el complejo exquisito (e incluso comprensible) de un gran hombre se convirtió en una especie de enfermedad profesional de todos los que trabajaban en *Novedades de Moscú*. Un complejo colectivo no puede ser exquisito ni comprensible.

Menos aún sobre el telón de fondo de la nueva prensa que asomaba cabeza y, desde luego, no tenía ningún complejo. Como para hacernos burla, venían a venderla ante la sede de *Novedades de Moscú* unos individuos de tipo lumpen, y se convertía enseguida en tema de acaloradas discusiones de la tertulia política concentrada allí de modo permanente y que aparecía en todos los reportajes televisivos desde Moscú.

Por cierto que Egor, quien se preciaba de ser un político serio, miraba con malos ojos a *toda* esa gente reunida en la acera y varias veces ordenó a nuestro administrador que se tomaran medidas para dispersarla. Pero finalmente despidió al propio administrador, que no pudo imponerse a la multitud.

Se empezó a decir que NM era el órgano de prensa del ala izquierda del CC del PCUS, y en ese contexto la coincidencia fortuita del nombre «derechista» de Egor con el apellido «izquierdista» de Yákovlev sugería ideas poco halagüeñas. Uno tras otro se fueron varios periodistas. El director encontró la explicación más fácil: los tráfugas corrían detrás de sueldos altos.

Un dato curioso, Yákovlev, que ensalzaba la empresa privada en su semanario, no estaba preparado para lanzarse él mismo en esas aguas. En una entrevista, cuando le preguntaron por su opinión sobre *Kommersant*, el periódico que dirigía su hijo, contestó que le

parecían inadmisiblemente altos los sueldos que se pagaban allí. Por esas fechas Iván Polozkov dijo más o menos lo mismo en *Pravda*.

La situación financiera del semanario tampoco era brillante, aunque eso sólo podían notarlo quienes veían las cosas «desde dentro». La primera campaña de suscripciones en que participó NM (hasta hace poco, Egor acudía cada vez al Comité Central, con súplicas y protestas de fidelidad, para que se incluyera su periódico en el catálogo) dio un resultado de más de dos millones de suscriptores. Se verificó el «efecto de mercancía deficitaria». La parte de la tirada destinada a los puestos de venta se agotaba, si no en las primeras horas, al menos al cabo de la semana.

Pero un buen día el editor inglés Maxwell se negó a seguir cooperando y se hundieron las ediciones en lenguas extranjeras.

Yákovlev comprendía que el pedido social ya era otro, pero no quería resignarse con la nueva situación. Los lectores no querían *glásnost*, sino información. Para los publicistas de la *perestroika*, llegó la hora de escribir libros en vez de apuntes periodísticos.

Los retoques cosméticos –la palabra «independiente» en el rótulo y la institución del Consejo de Fundadores– no podían remediar la situación. En uno de los Consejos de Redacción, a los que ya asistía *toda* la plantilla de periodistas, declaró que no tenía intención de colaborar con el colectivo y se marchó. El colectivo no comprendió: nunca había colaborado con el director, lo suyo era cumplir las órdenes.

Yákovlev incurría en otro extremo. En cierta ocasión dijo que seguiría haciendo un periódico para la generación que se iba, para quienes estaban acostumbrados a las formas periodísticas de antes y entendían la *perestroika* como una ruptura dentro de la continuidad. Esta hermosa idea sólo podía traducirse en una brusca disminución de la tirada y por eso no llegó a plasmarse.

Egor se trajo a jóvenes periodistas de *Moskovski komsomólets* y a un director adjunto de *Komsomólskaya pravda*. Y volvió a equivocarse. La juventud pegó un cambio y adquirió el grado de seriedad necesario para no desentonar de la tradición de NM, y el adjunto no cambió y se ganó la fama de «desdicha de la casa».

Habiendo fallado en su intento de recomponer el cuadro de redactores, Yákovlev comenzó él mismo a sentirse molesto en el *Equipo* de Gorbachov. El primer síntoma se hizo patente en el último Congreso del PCUS, cuando le prohibieron difundir la hoja *El micrófono núm. 13*, concebida por él como diario-tribuna de los delegados. Yo comenté el incidente en *Kommersant* pero, francamente, no sentí compasión hacia mi ex director: se lo tenía merecido por andar liado con los bolcheviques.

La renuncia de Alexandr Yákovlev a su cargo en el Consejo Presidencial y la dimisión de Shevardnadze lo desalentaron definitivamente. Creo que eso jamás se lo perdonará a Gorbachov. Aunque Gorbachov por enésima vez le echó una mano con el «tancazo» en Lituania.

La noche del 11 al 12 de enero había de señalarse no sólo por los acontecimientos en Vilnius, sino también por una alegre fiesta en la Casa del Cine, dedicada al 60 aniversario de *Novedades de Moscú*. La víspera Yákovlev se reunió con sus colaboradores más próximos para decidir si convenía celebrar o no la efemérides.

Egor, una vez más, asumió la responsabilidad. Los mil quinientos invitados, antes de

regalarse con el champán y los manjares gratuitos, escucharon un discurso breve y brillante.

– No es éste el momento más oportuno para andar de juerga. Pero quizá sea ésta nuestra última juerga (aplausos).

El 12 de enero por la mañana, el colectivo de *Novedades* puso manos a la obra para sacar un número especial pro Lituania. Fue un buen trabajo periodístico, y ese número resultó más interesante y mejor logrado desde el punto de vista profesional que cualquier otro.

Al día siguiente, en el acto de presentación del nuevo titular de Asuntos Exteriores al Colegio del Ministerio, Gorbachov –con *Novedades de Moscú* en la mano– se quejó de que «algunos» lo tildaran de criminal. Aludía a una frase de la carta de los fundadores de NM: «Todos nosotros somos víctimas de un régimen criminal». Los fundadores se habían pasado casi todo el día anterior redactando la carta. Algunos no la firmaron.

Por ejemplo, Afanásiev, porque le pareció que el tono de la carta no era bastante duro.

Y Stanislav Kondrashov, porque le pareció demasiado brusco.

En ese mismo número se informó de que los últimos miembros de la organización del PCUS en la Redacción se habían dado de baja. Cuando le plantearon el tema, Yákovlev se limitó a decir: «Yo me salgo, ustedes hagan lo que les parezca».

NM desapareció nuevamente de los quioscos. Yákovlev dejó de gritar y ponerse nervioso, aumentó los sueldos y honorarios, y empezó –con bastante éxito– a reforzar la disciplina.

Una vez liberado del fardo que la militancia en el partido suponía para él, da la impresión de un hombre que ha recobrado aliento e incluso la vista.

Porque hace poco dijo a uno de sus íntimos: «Me parece que me estoy convirtiendo en un estorbo para el periódico».

Las organizaciones sociales de Occidente siguen atentamente la evolución de los acontecimientos en la URSS y aplauden a los periodistas más valientes y perseverantes. Cada año en Italia se adjudican decenas de premios literarios y periodísticos. Uno de los más prestigiosos, El Periodista de Europa, instituido en Milán hace treinta años, recayó, en su edición de 1990, en un extranjero, Egor Yákovlev, director de *Novedades de Moscú*. Tras los acontecimientos de agosto de 1991, Egor Yákovlev fue nombrado presidente de la Compañía de Radiotelevisión de la URSS.

Durante los tres días del golpe, el colectivo de *Novedades de Moscú*, desobedeciendo la orden de clausura dictada por el Comité de Emergencia, preparó varias ediciones especiales y el número ordinario (con fecha del 21 de agosto) que comenzó a imprimirse en Tallinn (en ruso, para ser distribuido en Moscú y en todo el país), en Colonia (en alemán, para la RFA, Austria y Suiza) y en París (en francés). Todas estas acciones de solidaridad en diferentes países tenían carácter espontáneo y requerían el trabajo abnegado, prácticamente sin descanso, de los

traductores y obreros de imprenta. Por aquellos mismos días, el Gobierno francés tomó disposiciones para que se preparara urgentemente un *Equipo* de especialistas con miras a editar en París de manera permanente, en ruso y en francés, las publicaciones democráticas más conocidas (*Novedades de Moscú, Ogoniok, Nezavisimaya gazeta*). Por suerte no fue necesario.

El número 261 de *Novedades de Moscú* (8.9.61) apareció con una nota sin firma en primera página, titulada *El último O.K. de Egor Yákovlev*:

La vida de este hombre es un magnífico ejemplo de cómo nuestro ignominioso pasado golpeaba a los mejores representantes de nuestra sociedad. En tres ocasiones Egor Yákovlev desempeñó altos cargos gracias a sus intentos honestos y enérgicos de mejorar el sistema. En tres ocasiones lo expulsaron de la *nomenklatura*, porque sus intentos habían sido demasiado inteligentes.

Entre periodistas circula la anécdota del genial director de un periódico soviético que encontraba infaliblemente la mejor línea de cada artículo y la borraba. Egor era la mejor línea del periodismo soviético cuando en nuestro país no existía otra. Por cuarta vez llegó a ser jefe de Redacción, de una Redacción que fue la primera en iniciar la transición de un «órgano de agitación, propaganda y organización» a un medio de información social. Durante cinco años ha guiado a *Novedades de Moscú* por este camino, convirtiendo esta publicación de agitación y anuncios comerciales, que tenía por lema: «¡Bienvenidos al paraíso soviético!», en el símbolo de la *glásnost*, esto es, de la libertad de prensa a lo soviético.

¿Cómo pudo aparecer Egor Yákovlev en las entrañas del monstruo totalitario?

De momento es imposible dar respuesta a este interrogante, lo mismo que al siguiente: ¿cómo pudo surgir la vida en el mundo no orgánico? De las mismas moléculas muertas totalitarias se forma algo completamente distinto y comienza a moverse y removerse, despedazando y rompiendo el monolito que lo rodea.

Muchos de nosotros éramos heterodoxos, pero él era heteroactuante.

Día tras día se revelaba la materia viva de que estaba hecho Yákovlev. Por efecto del talento, su origen totalitario se ennoblecía hasta tornarse autoritario. Es probable que sólo un organismo de este tipo pudiera enfrentarse con el poder. Para romper muros hace falta un ariete.

Los periodistas de NM, atraídos por la luz que despedía ese talento, sentíamos esa firmeza a diario. Y nos conformábamos con ella, porque el talento ejerce siempre poderosa atracción sobre los seres normales. Anotemos que Egor Yákovlev sabía apreciar en su justo valor y desinteresadamente las dotes del prójimo. No es de extrañar, por tanto, que sus colaboradores no le abandonaran en busca de algo más suave.

Luego se abrió la brecha, por la cual llegó gente distinta que seguramente pensaba haber nacido libre. Pero no se daban cuenta de que se habían hecho libres bajo el estruendo del muro que se desmoronaba, porque es fácil formarse una nueva psicología en medio de ese ruido.

Egor Yákovlev fue reemplazado en el cargo de director de NM por

Len Karpinski. Pienso que el texto de la siguiente entrevista, publicada en *Moskovski komsomólets* (17.10.91), nos ofrece un buen retrato (o autorretrato) del nuevo director de *Novedades de Moscú*:

Señalemos tan sólo que el 28 de agosto de 1991 el analista político Len Karpinski fue elegido director de *Novedades de Moscú* por decisión unánime del colectivo.

– ¿Cabe esperar cambios en la concepción general del semanario a raíz del relevo del director?

– Lo determinante en este caso no es que Yákovlev se haya marchado. Los acontecimientos de agosto, a mi juicio, han colocado a la sociedad en una nueva situación. Esto no quiere decir que la sociedad haya cambiado por completo; hoy podríamos conceptuarla de «posttotalitaria». Y todavía tardaremos en despejar el terreno y construir de nueva planta el edificio de la democracia en Rusia. Pero a raíz de la victoria de las fuerzas de orientación democrática, la sociedad encara nuevas tareas. Y en el contexto de estos cambios debemos renovar también nuestro semanario.

– Se habla mucho de la crisis de los medios de información social. ¿Qué características debe reunir un periódico para que la gente tenga ganas de leerlo?

– Eso es lo más complicado. Creo que todos los periódicos deben ser diferentes los unos de los otros. El círculo de intereses de los lectores es inmenso, por lo cual sería ridículo tratar de encontrar un denominador común. Cada periódico debe tener una fisonomía propia.

Nosotros, por ejemplo, nos esforzamos por mantener nuestros artículos al nivel analítico e intelectual más alto posible. No podemos correr detrás de las noticias de cada día, porque somos un periódico semanal. Nuestra tarea principal consiste en ofrecer una interpretación politológica, filosófica y psicológica de los acontecimientos. En este plano estoy muy interesado en que se reincoporen a *Novedades de Moscú* algunos colaboradores de *la generación de los años 60* y, sobre todo, nuevas fuerzas intelectuales cuyo pensamiento se desarrolla en una dimensión diferente. Necesitamos no sólo ideas nuevas sino cerebros que las generen.

– Si le entiendo bien, ¿será una publicación un tanto elitista?

– No me gusta esta palabra. En este país hay 40 millones de personas con títulos de enseñanza superior, capaces de convertirse en verdaderos intelectuales. Hay además, muchísimas personas que no han cursado estudios superiores, pero no por eso dejan de ser inteligentes. En una palabra, nos dirigimos a un importante sector de nuestra sociedad, el de la gente que está dispuesta a pensar desechando los tópicos propagandísticos del pasado, pensar con cabeza propia...

– Hubo tiempos en que se dijo de usted que era un disidente. ¿Tuvo roces con el KGB?

– Sí. Recuerdo un episodio relacionado con Filip Bobkov, que hasta hace poco desempeñó el cargo de primer adjunto de Kriuchkov. Se jubiló poco antes del golpe de agosto; quizá se dio prisa para pasar al retiro porque se olía algo. Era un profesional muy cualificado, un hombre instruido, aunque, por supuesto, estaba comprometido al cien por cien con el KGB. Su ocupación fundamental era la lucha contra la disidencia.

Después del XX Congreso del PCUS, cuando yo era secretario del CC del Komsomol, venía a verme con frecuencia y, mientras tomábamos té, me exponía sus opiniones sobre los primeros revoltosos de aquella época. Con frecuencia criticaba a los poetas, sobre todo a Evtushenko...

Años más tarde, en 1975, volvimos a vernos. Tuve que visitarle en su despacho y dar explicaciones... Hablamos largo y tendido, sin té (recuerdo que fue esto último lo que más me disgustó)... En aquellos tiempos yo estaba reuniendo una biblioteca de manuscritos inéditos. En rigor, no se trataba de una forma de *samizdat*, pero el caso es que mi actividad suponía una acumulación de material intelectual explosivo. El KGB tuvo noticia de lo que estaba haciendo y me llamó al orden...

Hubo otros casos. A veces emplearon el método de «vigilancia externa al descubierto», es decir, que me espían sin encubrirse. Es una modalidad de presión psicológica... Pero yo no he sido disidente. No llegué a serlo. No participé en actos manifiestos de protesta. Tenía miedo. Mi posición era una forma de disidencia muy abstracta.

– De todos modos, ¿cómo se explica esa metamorfosis de un alto funcionario de las estructuras políticas que pasó a ocupar posiciones de «disidencia abstracta»?

– Empecemos por sentar una premisa de carácter general: si el aparato humano del sistema totalitario hubiese sido realmente monolítico, jamás se habría iniciado la llamada *perestroika*. Esta reforma lanzada desde arriba demuestra que dentro del aparato existían y se desarrollaban dos polos: el de la conciencia conformista y el de la conciencia contestataria. Las motivaciones de las actitudes críticas eran diferentes según los individuos. Pero en el contexto absurdo en el cual nos desenvolvíamos, algunos se daban cuenta de que estaban invirtiendo su vida en la escenificación de una farsa. No eran pocos, créame. Gorbachov, por cierto, formaba parte de este grupo. En general, el desarrollo de su conciencia siguió una trayectoria paralela a la del sector crítico, sólo que estaba más integrado en la *nomenklatura*. Fue ascendiendo en línea recta. De todos modos, recuerdo muy bien nuestras conversaciones, lo que él pensaba cuando tenía alrededor de veinticinco años... Ya se daba cuenta entonces –al menos, en parte– de que el mecanismo existente no funcionaba, era absurdo.

– Usted tuvo ocasión de dialogar a menudo con Gorbachov. ¿Podría contarnos algún episodio o conversación, entre los más interesantes?

– Después de trabajar en el Komsomol, fue secretario de la organización del PCUS en la Dirección de Agricultura de Stávropol. Yo trabajaba entonces en *Pravda*. En cierta ocasión estuvimos conversando casi dos horas seguidas. Gorbachov me habló con indignación del sistema de remuneración de los koljosianos que no tenía en cuenta la cantidad y calidad del producto, sino únicamente las horas de trabajo. Creo que ya entonces era partidario de pasar a una economía basada en el valor de mercado... Es así como fue desarrollándose el polo de la protesta.

– En tal caso no comprendo el porqué de su fidelidad fanática al PCUS. Después de Foros todavía quería fortalecer las filas del Partido Comunista...

– El problema no radica en el partido. El PCUS dejó de ser hace mucho un partido político, lo fue solamente en los albores de su remota juventud. Luego se convirtió en una

santa alianza de todos los jefes, incluidos los que trabajaban en la esfera de economía. Una estructura de poder cimentada por la ideología y la organización del aparato del PCUS. No era un partido sino una clase dominante.

Argumenti i fakti (AiF)

El Libro de récords *Guinness* mundiales registra la tirada del semanario *Argumenti i fakti* (33.392.200 ejemplares) en calidad de plusmarca mundial. En marzo de 1990, Vladislav Starkov, director de dicha publicación, recogió en Londres el premio al Periódico del Año. La entrega del galardón corrió a cargo del presidente de la Cámara de los Comunes del Parlamento británico en el marco de una ceremonia a la que asistió la flor y nata de la prensa inglesa. *Argumenti i fakti* ha sido la primera publicación extranjera merecedora de ese premio, a los 33 años de su institución por la cadena de televisión BBC.

El nombre de Vladislav Starkov saltó a las páginas de la prensa mundial a finales de 1989 a raíz de la enconada campaña desplegada en la URSS para removerle del cargo de director de *Argumenti i fakti*, un semanario que gozaba ya de extraordinaria popularidad y se había granjeado la fama de campeón de la *perestroika* en la prensa nacional. Al objeto de conseguir independencia respecto a los órganos de planificación y a los productores estatales de papel, la Redacción de *AiF* organizó una campaña de recaudación de fondos para crear una empresa popular de reciclaje de papel usado. Los lectores respondieron en masa, sobre todo si tenemos en cuenta que la Redacción había prometido darles participación en los beneficios de la futura empresa.

En 1990, el colectivo periodístico de *AiF* ya había anunciado la disolución de la célula comunista en la Redacción (quienes deseaban permanecer en el PCUS podían incorporarse a las organizaciones de sus respectivos lugares de residencia). El semanario se libró así de la tutela ideológica de dos partidos comunistas a la vez, el de la URSS, de Gorbachov, y el de Rusia, de Polozkov. «Queremos informar a nuestros lectores –decía *AiF* en su edición de 30 de junio de 1990– de que en los últimos meses la cantidad de ‘valiosas indicaciones’ en procedencia del CC del PCUS ha disminuido notablemente, si bien todavía se dirigen a nosotros con ‘peticiones’ de carácter no prescriptivo. A veces, llegan ‘mensajeros’ en coches oficiales trayendo documentos ‘secretos’ que, como siempre, no contienen nada confidencial. Prácticamente, han cesado las llamadas al orden y convocatorias urgentes a despachos de la Plaza Vieja (sede del CC del PCUS-G. V.), medidas que, como saben los lectores, caracterizaron la primera fase de la *perestroika*».

Desde finales de 1990, *AiF* dejó de ser órgano oficial de la sociedad ideológica y propagandística *Znanie* para convertirse en un semanario independiente. Pero todavía carece de imprenta propia y de locales normales, y sigue expuesto a las intermitencias en el suministro de papel, viéndose obligado a sostener una lucha solitaria y encarnizada por la supervivencia frente al dictado económico —ya no ideológico— de quienes siguen controlando las imprentas, la producción y distribución del papel, los correos, los bancos, los bienes inmuebles y hasta la información.

Ya un mes después del *putsch* de agosto, *Rossiyskie vesti* (Noticias rusas) propuso al director de *AiF* que expusiera sus criterios sobre los problemas de la democracia, la prensa y el poder en el nuevo contexto político y social. He aquí las respuestas de Vladislav Starkov:

1. Para nuestro periódico, las cosas se han puesto más difíciles. Si antes del *putsch* sabíamos lo que no podíamos decir y existía incluso cierta autocensura, ahora es evidente que podemos abordar cualquier tema y competir, en cuanto periódico, con la radio y la TV, cuya labor es mucho más seria e interesante que antes.

¿Y qué pasa en el país? No hay paz civil, sino que nos encontramos en una situación de guerra civil en la periferia de Rusia, en varias repúblicas limítrofes. Está claro que la sociedad no puede desarrollarse en línea recta. Confío en que en los próximos tiempos se echarán los cimientos de la democracia en todo el territorio de la antigua Unión Soviética.

La historia se desarrolla ahora en dirección a la democracia, pero las cosas marchan peor en el terreno de la economía. No tenemos respuestas ni puntos de apoyo para accionar las palancas. Es posible que los encontremos mañana o pasado mañana. Por ahora ni en Rusia ni siquiera en Moscú se ha producido una avalancha de la libertad económica. Y eso hay que resolverlo en forma de avalancha. Pienso que la lentitud de las reformas se debe al conservadurismo de nuestro modo de pensar. Durante 74 años hemos estado sometidos a la presión embrutecedora de los ideales socialistas y comunistas. Es algo que no se puede vencer en el transcurso de un solo mes de agosto. El problema radica en nosotros mismos. Necesitamos una avalancha de reformas económicas, pero hay que cuidar que el alud no lo destruya todo. Creo que en este terreno habrá que maniobrar de tal manera que todas las maniobras de Gorbachov nos parezcan juego de niños.

2. El *cuarto poder* es ya una realidad. Durante los días del *putsch* la política de amordazamiento se enfrentó con la *glásnost*, y la sociedad —inmersa en un ambiente de transparencia informativa— no dejó a los golpistas ninguna oportunidad. Ese es un gran mérito de la prensa.

3. Empleando un estilo grandilocuente, podríamos decir que el pueblo debe permanecer vigilante para que no se interrumpan en ningún momento los procesos democráticos en curso. Debemos proseguir la revolución hasta su lógico desenlace.

Es asimismo importante que la juventud tenga acceso a todas las estructuras de poder. Por ahora no me parece que este proceso se desarrolle rápidamente. En la actualidad es

primordial adoptar decisiones colectivas sensatas, examinadas previamente por un *Equipo* cuyos integrantes no deben ser seleccionados en función de su fidelidad personal, sino de su inteligencia, capacidad de análisis y espíritu de crítica constructiva.

Los tiempos de las revistas literarias «gruesas» han terminado

En 1990, tras prolongados debates y un sinnúmero de gestiones en las oficinas de muchas instituciones estatales (fundadoras), obtuvieron el derecho a la independencia una veintena de prestigiosas publicaciones moscovitas. Las revistas *Ogoniok*, *Znamia* (Bandera) y el semanario *Literatúrnyaya gazeta* consiguieron por fin romper el abrazo férreo del CC del PCUS y de la cúpula administrativa de la Unión de Escritores de la URSS, encargada de tutelar a los literatos. Todo el país siguió con vivo interés el desarrollo de la lucha que las tres publicaciones sostenían contra los organismos omnipotentes. ¿Era posible que ganaran el combate? Muchos ponían en duda el desenlace feliz del duelo, al recordar las prácticas extendidas en un pasado reciente cuando por cometer una errata (!) o emplear una locución desacertada el redactor era duramente castigado (le podían incluso echar a la calle) y el director de la publicación recibía un rapapolvo en el CC o en la Unión de Escritores.

Varios artículos (*El combate de los titanes*, *El combate de los titanes continúa*) aparecidos en *Izvesíia*, daban una idea clara de los enormes esfuerzos que hacían las Redacciones para conseguir la independencia. Al mismo tiempo, cabe señalar que publicaciones dirigidas por literatos soviéticos tan conocidos como Vitali Korótich, Gueorgui Baklánov y Fiódor Burlatski ya no gozaban de tanta demanda como antes. Cierzo es que en los quioscos de Soyuzpechat se agotaban en pocas horas, pero es que sólo se ponía sobre el mostrador una parte insignificante de la tirada, para que conservaran su condición de «mercancías deficitarias». En nuestro país, los empleados de los puestos de periódicos percibían un sueldo fijo, que no dependía del número de periódicos y revistas vendidos, por lo cual para aumentar sus ingresos les quedaba la *alternativa* de vender las publicaciones más solicitadas a precios subidos.

En una sociedad normal las publicaciones tipo *Ogoniok*, *Znamia* y *Literatúrnyaya gazeta* simplemente no habrían podido existir ni proporcionar enormes beneficios a sus editores. *Ogoniok* es una revista semanal de pequeño formato. En cuanto al diseño, no tiene nada de extraordinario. La Redacción está integrada, principalmente, por escritores-reporteros y escritores-historiadores residentes en Moscú, que raras veces viajan por el país. La denuncia de los crímenes y atrocidades cometidos en la época de Stalin aumentó sobremanera la tirada de la revista que ascendió a varios

millones de ejemplares. Poco a poco *Ogoniok* extendió el examen crítico de la historia del país a todo el período soviético, desde Lenin hasta Andrópov. Pero todo lo que se dice en esos artículos-denuncia sabe a rancio. Sin embargo, ante la ausencia de libros de texto normales, los escolares y sus maestros podrían utilizar la revista *Ogoniok* como fuente de conocimientos en materia de historia, sociología y literatura.

La revista *Znamia* (lo mismo que *Novi mir*, *Moskvá* (Moscú), *Oktia-br* (Octubre), *Druzhba naródov* (Amistad de los pueblos), *Yúnost* (Juventud), *Neva*, *Ogni Sibiri* (Fuegos de Siberia), *Prostor* (Extensiones) y una decena más de publicaciones de ese tipo que se editan en Rusia y otras repúblicas) no tenían análogos en el extranjero. Es una voluminosa publicación literaria mensual que se distribuye por suscripción limitada (otro rasgo característico del sistema soviético). Cabe señalar que antes de octubre de 1917 en Rusia la suscripción a revistas no era limitada. En 1989 la práctica de limitar la suscripción a determinadas revistas fueron abolidas. En el país de los Soviets, las revistas literarias *gruesas* siempre han pertenecido a los escritores y a sus organizaciones profesionales centrales y regionales. En la URSS, tradicionalmente, una obra literaria (novela, cuento, poema) se publicaba, primero, en una revista, y sólo después se editaba en forma de libro. ¿Por qué? Creo que esa norma existía únicamente para mejorar la condición económica de los escritores soviéticos que así recibían honorarios duplicados. Por otra parte, es cierto que la existencia de esas revistas *gruesas* beneficiaba asimismo a los lectores, puesto que entre la multitud de obras mediocres aparecía, de vez en cuando, algo digno de atención. Tales publicaciones despertaban vivo interés entre los intelectuales, en especial en regiones periféricas del país donde no existían posibilidades de conocer las novedades literarias por falta del mercado de libros «normal». Es fácil vaticinar que en adelante el interés por las revistas literarias de gran volumen disminuirá. En cambio, gozarán de demanda creciente las publicaciones dedicadas por entero a la crítica literaria que ayuden al lector a orientarse mejor en el mercado de libros.

Con el título *Los peligros de la literatura*, el neoyorquino *Nóvoye Rússkoye Slovo* insertó (29.6.91) un artículo muy duro del moscovita Nikolái Klimontóvich, que puede ayudar al lector a hacerse una idea de lo que representan hoy las revistas literarias soviéticas:

Durante los últimos setenta años cada día surgían motivos para hacer sonar la alarma y gritar: «¡La literatura está en peligro!». Pero lo paradójico es que sea ahora, después de adoptada la primera Ley de Prensa en la historia del imperio bolchevique, cuando el colapso del proceso literario se ha convertido en un realidad tan clamorosa. La literatura no hace más que marcar el paso; prácticamente es como si hubiese dejado de existir.

Al parecer, este resultado ha sorprendido a la mayoría de los que participan en dicho proceso. No sé por qué. Hace tres años ya estaba claro que los principales trenes literarios de las «revistas gruesas» de Moscú se habían encarrilado por vías que conducían al abismo.

Todos recordamos el bufido exasperado del escritor Piotr Proskurin contra quienes ponían tanto celo en editar obras de Nabókov y Pasternak: «¡Necrófilos!», espetó ese señalado estalinista desde las páginas de *Pravda*. Hasta sus correligionarios se sintieron molestos y la «caballería liberal» cargó enseguida contra el profano hasta dejarlo hecho harina: desde entonces no ha vuelto a abrir el pico. Lo curioso es que, desde la perspectiva actual, el desabrido exabrupto de Proskurin casi podría ser interpretado como la advertencia de un hombre perspicaz. Y desde luego hoy parece en todo punto razonable el intento, una medida que se intentó adoptar entonces, fijar cupos de suscripción a las publicaciones periódicas, pero que motivó una verdadera revolución popular en la cual participaron «todas las personas preocupadas por el futuro de la *perestroika*», con el inextinguible *Ogoniok* al frente. Pero hoy vemos claramente que, al son de flautas y fanfarrias, entre riñas y festejos, sin dejar de buscar nuevos y nuevos iconos y ensalzarse a sí mismos por su valeroso combate contra la odiosa censura, el abigarrado tropel de los literatos se adentró en un camino que no conducía a ninguna tierra de promisión, sino, como siempre, al reino de Chevangur.

La *fiebre autodidáctica*. Uno de los primeros en enfermar fue el decrepito Mijail Alexéev, director —hasta fechas recientes— de la revista *Moskvá* (la misma, por cierto, que publicó en tiempos, por iniciativa de Símonov, *El maestro y Margarita*).

Hace cuatro años leyó la novela de Nabókov *La defensa de Lujin*, escrita antes de la pasada conflagración mundial, y probablemente se dijo: no tiene nada de antisoviético; vamos a publicarla, ahora se puede. Y la publicaron. La aparición de Lujin, a juzgar por todo, fue interpretada como una señal. Sólo podemos hacer conjeturas sobre la forma en que se han ido moldeando, durante los largos años de servicio a la corte brezhneviana, los sesos de todos esos directores de revistas: Anániev, de *Oktiabr*; Baruzdin, de *Druzhbba naródo*; Deméntiev, de *Yunost*; Ivanov, de *Molodaya gvardia*, o Vikulov, de *Nash sovreménnik*. Una cosa está clara: abriéndose paso por todas las grietas, un caudaloso torrente de literatura buena, pero literatura de ayer, fluyó hacia las páginas de nuestras revistas.

Movilizados ex profeso, los «liberales» de la Secretaría de la Unión de Escritores —Baklánov en *Znamia*, Zaliguin en *Novi Mir*— se incorporaron enérgicamente a la carrera. Los directores se quitaban de las manos las obras de Nabókov que acababan de leer.

De mes en mes el torrente se tornaba más caudaloso. Nabókov fue tan sólo un globo sonda. La censura no abría la boca. En consecuencia, era hora de vendimiar. Y nuestros directores de revistas, como los aldeanos de Voinóvich que asaltaron la tienda local el día en que se declaró la guerra, cogían cualquier *tamizdat*.

Nuestras revistas literarias, que asumieron voluntariamente funciones editoriales (todo lo que han publicado en los últimos años, ya había sido editado en el extranjero en forma de libros y en ruso, y esa reedición total en revistas constituye desde luego un fenó-

meno sin precedente) no se quedaban sin suscriptores. Es más, el número de suscriptores de todas esas revistas «necrófilas» se multiplicó varias veces.

Los editores estimulaban el apetito de los lectores. Las tiradas seguían aumentando en flecha. Baste decir que la de *Novi Mir* sobrepasó la cota de los tres millones. Un caso inaudito. Se comprendería mejor si se tratase de publicaciones con los consejos de doctores o recetas de cocina. Pero ese incremento de las tiradas no suponía un éxito de las revistas. Era simplemente una manera de satisfacer el hambre de libros, y las revistas se convirtieron ellas mismas en rehenes del déficit de mercancías en el mercado librero.

Las revistas ganaron nuevos lectores y mayores tiradas. Pero perdieron todo lo demás, perdieron *toda* perspectiva de desarrollo.

Tradicionalmente, las fuerzas literarias de Rusia se han concentrado y cristalizado en torno de las revistas. Y de esos cristales se formaba el caleidoscopio de la realidad literaria cotidiana.

Todas las revistas famosas del siglo pasado – *Sovreménnik* (Contemporáneo), *Otchéstvennie zapiski* (Apuntes patrios) o el *Russki véstnik* (Mensajero ruso) de Katkov– se esforzaron ante todo por reunir en torno de sí una constelación de brillantes colaboradores, y cuando lograban ese objetivo, podían intervenir eficazmente en las grandes batallas literarias. Hasta en un pasado relativamente reciente, en los años 60, nuestras revistas –desde *Oktiabr*, de Kóchetov, hasta *Yúnost*, de Katáev–, si querían destacarse, seguían precisamente ese camino. El cuadro de jóvenes colaboradores correligionarios, los escritores con marcada individualidad, virtualmente adscritos a una u otra publicación, le creaban la aureola necesaria y los lectores buscaban las nuevas producciones de los diferentes autores en revistas concretas. En cierto sentido, estos han sido siempre elementos fundamentales del proceso literario ruso, amén de la existencia de una crítica eficaz y de alta calidad estética y una actividad editorial organizada con verdadero profesionalismo. Por cierto, que a Tvardovski seguramente le habría sido más fácil llenar las páginas de *Novi Mir* con obras de Bunin, Shmeliov o Aldánov inéditas en la URSS y arrebatarse a la censura algún que otro texto de los difuntos Platónov o Bulgákov, en vez de hipotecar su porvenir al vincularse con el imprevisible autor de *Un día en la vida de Iván Denisovich*. Pero es que Tvardovski era un verdadero director de revista, un hombre brioso y arriesgado, y no un aprovechado dispuesto a obtener dividendos reeditando textos de archivo.

Por lo demás, el «camino de los archivos» no conduce a ninguna parte.

El fin de «Novi Mir». El destino de *Novi Mir*, que después de Tvardovski fue a parar a manos de unos inútiles, es un ejemplo ilustrativo de los que acabo de decir. *Novi Mir* ha dejado de existir.

Bueno, todavía figura en los catálogos de suscripción. Y el letrado sigue en su sitio de siempre, en la esquina de la Púshkinskaya. Y los redactores siguen llenando el local con el humo de sus cigarrillos. Y, constantemente, llaman a la puerta *toda* clase de autores cariacontecidos, con o sin barba. Y en la Redacción se les sigue engañando: está bien, déjenos su manuscrito, vamos a leerlo (no leerán nada); aún no hemos tomado una decisión definitiva (ya lo decidieron de una vez para siempre: no publicarán ninguno de esos manuscritos). Es decir, que por fuera todo sigue como antes, pero la revista, físicamente, dejó de

existir. No se la puede tener en las manos. Los suscriptores sólo han recibido hasta el momento la mitad de la tirada proyectada para febrero. En marzo no imprimió ni un solo ejemplar. Ni en abril, ni en mayo. Otro tanto ocurrirá en junio... ¿Qué diablos está pasando? ¿Y quién tiene la culpa?

Los liberales de la Redacción hablan, naturalmente, de la «mano del KGB». ¡Cómo no! En encarnizados combates sostenidos a alturas vertiginosas, sacando a cada momento del bolsillo el carné del partido y amenazando con tirarlo sobre la mesa, el director de la revista, Zaliguin, se había hecho acreedor a la inmortalidad. Fue él quien, cuando formaba parte de la delegación que visitó China, arrimó a Gorbachov a la Gran Muralla y le exigió el permiso para publicar las obras de Solzhenitsin! El fue también quien venció heroicamente al cavernícola Medvédev, el jefe de la propaganda del PCUS. ¡Cómo se deleitaba con su triunfo en la secretaría de la Unión de Escritores, cuando Mijalkov juraba por su honor que siempre había estado a favor de que se publicara *Archipiélago Gulag* y el secretario Verchenko, ex general del KGB, prometía agenciar el papel para las obras completas de Solzhenitsin. Luego, había enviado emisarios allende el océano y desde allí nos llegaban reportajes y entrevistas dulzones del género «Shólojov en Vëshenskaya». Y se había convertido en tenedor de las acciones más cotizadas de *toda* la literatura rusa (o tal vez incluso mundial), al obtener la exclusiva de las obras de Solzhenitsin en el territorio soviético. Y ahora cuando los enemigos están derrotados, cuando se ha quitado de enmedio todas esas fuerzas malignas, y ya están listas las galeradas de varias obras del gran escritor, cubriendo todos los números de la revista para los próximos tres años, ahora resulta que no hay papel para *Novi Mir*. La razón es bien clara. Tanto más que Zaliguin, este infatigable luchador por la verdad con permiso de los jefes, se las ingenió para insertar un escrito de Artojánov, en un gesto que venía a decir: hacer por Rusia todo lo que podamos y morir.

Ninguno de los miembros del Consejo de Redacción ha caído en la cuenta de que son ellos mismos quienes han dado muerte a *Novi Mir*. Con la interminable reedición de obras que habían sido publicadas hace tiempo en el extranjero. Con su desprecio absoluto hacia las necesidades reales de la literatura actual. Con su sometimiento a los apetitos del lector, el cual quiere tener, como sea, en su estantería el *Archipiélago* y *El primer círculo*. Y con el consiguiente incremento de la tirada hasta tres millones de ejemplares.

Novi Mir, que alzó vuelo gracias a Solzhenitsin, se muere aplastado por el peso de este mismo autor.

Los liberales del montón. No había obras de Solzhenitsin para todos. Desde la mesa señorial de *Novi Mir* cayeron algunas migajas, pero de todos modos *Yúnost*, *Znamia*, *Oktiabr* y *Volga* se vieron obligadas a buscar algo más. Era ridículo pensar que esas revistas tratarían de formar su propio *Equipo* de autores, buscarían escritores noveles, renovando su propia imagen: los directores no tenían la talla necesaria para tamaña empresa. Y optaron por seguir el camino trillado: después de las obras de archivo, se pusieron a reeditar el tamizdat de autores en vida. En las páginas de las revistas, aparecieron una y otra vez los nombres de Axiónov, Voinóvich, Sasha Sokolov, y luego los de Dovlátov e incluso Limónov. En honor a la verdad, debemos decir que las obras de estos dos últimos autores llegaban a tiempo. *La extranjera* de Dovlátov, por ejemplo, se convirtió en *best-seller*: el pú-

blico desconocía la novela y sólo tenía vaga noticia del autor por las escuchas de Radio Libertad. La prosa de Limónov también nos trajo una agradable sensación de frescor. Y desde luego, la publicación de las obras de Sasha Sokolov significa un descubrimiento y una gran adquisición para los lectores rusos. Pero *El hierro dorado* de Axiónov, su *Isla de Crimea*, e incluso el graciosísimo *Chonkin* de Voinóvich causaron una impresión de plato recalentado. Otro tanto ocurrió con *La casa de Pushkin*, de Bítov, y *Sandro de Cheguem*, de Iskander, que habían sido editados en su tiempo en el extranjero, habían circulado por la metrópoli y de ningún modo podían ser considerados como novedades. No sabría decir qué objetivo perseguían las redacciones de las revistas al publicar esos escritos con un retraso de diez a quince años; si acaso, trataban de afirmar su reputación de publicaciones liberales y armar aunque sólo fuera un pequeño escándalo. Pero no hubo escándalo, y se gastó mucha pólvora en salvas.

Entre tanto, el proceso literario –que ya sin ello tropezaba con bastantes dificultades– se detuvo por completo. Esta situación paradójica se vio agravada por el hecho de que la crítica literaria también había sido desplazada de las revistas por los artículos políticos con matices económicos. El peligro para la literatura emana ahora de revistas con las cuales los lectores relacionaban hasta hace poco sus esperanzas. Los gustos literarios conservadores de hombres de la *generación del 60* como Lakshín, quien asistía a Baklánov en *Znamia* (recordemos que había sido uno de los principales críticos de *Novi Mir* en los tiempos de Tvardovski); Zaliguin o el poeta komsomol Deméntiev, al frente de *Yúnost*; su absoluta ineficacia para desarrollar actividades editoriales de manera fructífera, el deseo de compensar esta ineptitud rescatando el *samizdat* de sus años de juventud, y la brusca politización de esas publicaciones han levantado ante la nueva literatura, la de hoy, un dique que deja pequeña a la censura de los tiempos de Brézhnev.

Los conservadores en la oposición. Por extraño que parezca, las publicaciones «conservadoras», rusófilas –*Nash Sovremennik* y *Molodaya gvardia*– se han mantenido en el cauce del proceso literario actual, aprovechando la fórmula utilizada en tiempos por las revistas «liberales». En cada número insertan artículos críticos: en lo fundamental, diatribas contra las revistas izquierdistas de inspiración cosmopolita y loas a sus ídolos y profetas encabezados por Vasili Belov y Valentín Rasputín. Los rusófilos no publicaban obras de Koesler ni de Orwell, no reeditaban los libros de la casa norteamericana Ardis o la germanooccidental Posev. Por eso mismo se vieron obligados a buscar poesías y prosas dentro del país y cohesionar así el campo literario de los buscadores de valores patrióticos y populares para denunciar y combatir a los «rusófobos». De los éxitos alcanzados por este sector en el plano organizativo, se puede juzgar por los resultados del famoso plenario de los escritores de Rusia. Es verdad que la calidad de su producción literaria deja bastante que desear, valga el eufemismo. Como dijo alguien en la Casa Central de los Literatos, se está luchando por el derecho a escribir mal. Y cabe decir que en este sentido quienes colaboran con esas «revistas-peñascos», que es como gustan de llamarlas ellos mismos, no tienen rivales: desde los tiempos de Kóchetov e Iván Shevtsov, los lectores más asiduos de nuestras revistas literarias no habían tenido que digerir nada parecido a los desvarios de Belov en su novela *Todo está por venir* o las prosas seniles de Bóndarev, que últimamente se ha tornado tremendamente prolífico.

Pero seamos objetivos: entre los autores jóvenes y consecuentes de esta ala de la literatura nacional cabe distinguir algunos nombres. Indudablemente, Lichutin es un buen escritor; V. Krupín, que hace poco fue nombrado director de *Moskvá*, ha publicado unas cuantas obras elogiadas; entre los más jóvenes se destaca Piotr Palamarchuk, autor de la novela *Derzhavín es uno*, sobre los últimos días de dicho poeta. Y nadie podrá negar que Kózhinov, pese al oscurantismo que asoma a veces en sus escritos, es un crítico cualificado.

Lo principal es que, sea como sea, el proceso literario en el ala «derecha» todavía respira y renquea, contrastando con los fenómenos de dispersión e inmovilismo en la izquierda.

Sólo de vez en cuando, de manera esporádica, la literatura viva, la prosa y la poesía de hoy, logran romper el cerco de la «conspiración liberal» en las revistas.

Desde el punto de vista del buen sentido, era lógico que disminuyera la tirada de *Literatúrnyaya gazeta*. El semanario *Literatúrnyaya gazeta* se editaba en 16 páginas, la mitad de las cuales, hasta hace poco, estaban dedicadas a cuestiones de la vida interna de la Unión de Escritores, editora y fundadora del periódico. El semanario siempre ha destacado por su estilo claro y fresco en la descripción detallada de acontecimientos nacionales e internacionales.

Las publicaciones *Ogoniok*, *Znamia* y *Literatúrnyaya gazeta* vivieron su época de esplendor cuando el mercado de prensa soviética estuvo dominado por periódicos y revistas pertenecientes al Partido Comunista (aunque antes de 1989 las Redacciones de dichas publicaciones recibían órdenes de cumplimiento obligatorio provenientes de los funcionarios del departamento de propaganda del CC del PCUS). En la época de Brézhnev y en los primeros años de la *perestroika* el régimen se mostraba tolerante respecto a las publicaciones como *Novi Mir* y *Novedades de Moscú* para poder declarar en el extranjero sobre nuestros éxitos en materia de *distensión*, *nueva mentalidad política* y *perestroika*, así como en el ejercicio de las libertades pseudodemocráticas.

El 14 de setiembre de 1990 a la revista *Ogoniok* se le entregó el certificado que acreditaba al colectivo de la Redacción como fundador de esta publicación. El duelo entre la Redacción y la empresa editora *Pravda*, perteneciente al CC del PCUS (hasta el 22 de agosto de 1991 en la Unión Soviética todas las imprentas dependían administrativamente del Partido Comunista), resultó prolongado y nada fácil. El 3 de setiembre, un alto cargo del departamento ideológico del CC del PCUS aseveró al colectivo de la revista que V. Leóntiev, director de la empresa editora *Pravda* (no confundir con el diario), retiraría del Comité para la Obra Editora de la URSS la solicitud de la editorial de ser cofundadora de *Ogoniok*. Sin embargo, hasta el 11 de setiembre el Comité no recibió la petición por escrito sobre este particular.

Actuando conforme a lo establecido en el artículo 14 de la Ley de Prensa, la revista *Ogoniok* entabló la demanda contra el Comité para la

Obra Editora de la URSS por haber incumplido el plazo de un mes establecido para el registro de las publicaciones. La fotocopia del documento fue publicada en la revista *Ogoniok*.

El 12 de setiembre, Viacheslav Leóntiev retiró la solicitud presentada por la editorial, y el 13 de setiembre *Ogoniok* fue registrado como órgano fundado por el colectivo de la Redacción.

El Consejo de Redacción presentó a la editorial *Pravda*, que imprime la tirada de esta revista, el anteproyecto de un nuevo convenio, redactado por juristas independientes.

Con cuatro botellas de champaña, consumidas entre cien invitados, festejó el colectivo de *Ogoniok* la independencia conquistada tras una lucha prolongada.

En 1990 también, Vitali Korótich, el director de la revista, recibió en Nueva York el Premio Internacional al Director del Año, instituido por la publicación norteamericana *World Press Review*. La ceremonia de entrega tuvo lugar en la sede de las Naciones Unidas.

Lo gracioso (amargamente gracioso) es que Vitali Korótich, el director de una revista de gran tirada, conocido escritor y diputado popular de la URSS, para publicar —en ruso— su último libro, titulado *Sala de espera*, ha tenido que recurrir a una editorial neoyorquina. En lo que se refiere a la calidad intrínseca del texto, ese pequeño volumen de 180 páginas no pierde nada con haber sido editado por la casa norteamericana Liberty, pero ello lo hace más caro e inasequible para nosotros. Tanto más interesante resulta la lectura de un extracto que *Nezavisimaya gazeta* (18.5.91) reprodujo con el título *Jamás temí a Gorbachov* (una especie de ensayo-testimonio sobre las normas de la vida ideológica soviética):

Jamás le temí. Ni siquiera cuando se ponía a gritar, porque sus voces subidas de tono no eran en ningún caso las de un hombre cruel y todopoderoso. Siempre traté de comprender lo que se ocultaba detrás de sus gritos, por qué, de acuerdo con el guión, tenía que gritar en ese preciso momento.

Una vez se puso a hablarme a gritos en su despacho. Eso ocurrió el 2 de febrero de 1988, desde la una hasta las tres de la tarde, en presencia de Frolov, que era a la sazón como ayudante de Gorbachov, y Yákovlev. Yo no tenía idea de cuál podía ser la actitud de Frolov hacia mí, ni tampoco tenía gran interés por conocerla. Pero la actitud de Yákovlev siempre ha sido para mí un importante punto de referencia, por tratarse de una persona cuya honradez e inteligencia han estado siempre a salvo de toda sospecha. Al entrar en el despacho de Gorbachov, que se encontraba en el quinto piso de la puerta número 1 de la sede del Comité Central, lo primero que hice fue echar una mirada a Yákovlev. Pero no logré encontrarme con sus ojos: tanto él como Frolov miraban a Gorbachov, a la espera de lo que iba a decir.

Gorbachov soltó una sarta de palabrotas. Siempre he sido inmune a la grosería masculina. Ni los grandes virtuosos de los léxicos más soeces me causan molestia, pues consi-

dero que cada cual tiene derecho a desahogarse como le resulte más fácil. Pero era la primera vez que oía despotricar como un carretero a un jefe de Estado, el de mi propio Estado. No es que me quedara acobardado, pero es verdad que sentí cierto estremecimiento, y quizá fuera ése el objetivo de aquel monólogo-preámbulo de Gorbachov: dejarme atónito. De repente percibí claramente que ese hombre estaba desempeñando el papel de bruto, pero en realidad no lo era, y que su conversación conmigo formaba parte de algo más importante, que yo no alcanzaba a comprender.

Pasando a un lenguaje más convencional, Gorbachov dio una palmada en una gruesa carpeta que yacía sobre el escritorio enfrente de él:

– ¿Qué disparates te dio por decir en Leningrado acerca del ministro de Defensa de la URSS? Aquí, en esta carpeta, tengo la transcripción, me la han hecho llegar. Resulta que una persona está trabajando honradamente en un sector difícilísimo, y tú arremetes contra él sin más ni más...

Dos días antes el poeta Evtushenko y yo habíamos intervenido en una velada organizada en el inmenso polideportivo Yubileini de Leningrado, y cuando preguntaron por lo que opinaba sobre las declaraciones del ministro de Defensa, Yázov, que en una comparecencia televisiva había dicho los peores disparates acerca de mi persona y de *Ogoniok*, yo respondí más o menos lo siguiente: «Espero que en un futuro próximo nuestro Ejército se libre de los cohetes más grandes y de los mayores idiotas con que cuenta en sus filas. Esto sólo puede redundar en beneficio de nuestras Fuerzas Armadas...». Resulta que habían taquígrafado lo que dije, luego lo habían transcrito y habían dado parte al jefe del Estado. ¡Y con qué prontitud!

Gorbachov seguía hablando sin hacer casi ninguna pausa:

– ¿Con quién estás? ¿Conmigo? ¿O, quizá, te estás considerando el líder de la *perestroika*?

– En absoluto. Yo estoy con usted –respondí. El tono de la conversación ya no me extrañaba: en este país, el «número uno» siempre ha tratado a todo el mundo –de tú, independientemente de la edad y las demás circunstancias.

– Menos mal –dijo el amo del despacho–. Alexandr te defiende, pero yo no sé si debo creerle o no...

No caí enseguida en la cuenta de que Alexandr era Yákovlev. Cuando comprendí, miré hacia él y vi su rostro inteligente que me sonreía. Era una sonrisa reconfortante. Frolov estaba sentado junto a mí, del mismo lado de la mesa, a la izquierda de Gorbachov, pero estaba callado y lo que él pudiera pensar no me daba ni frío ni calor. Por un instante me quedé mirando el rostro sonriente de Yákovlev y aparté la vista porque Gorbachov volvía a gritar:

– ¿Qué tienes tú en contra de Ligachov y Chébrikov? Yo trabajo con ellos y estoy mejor situado para conocerlos. ¿Qué te propones? ¿Enseñarme a mí quiénes son mis amigos, y quiénes, mis enemigos? Ligachov es miembro del Comité Central desde hace diecisiete años y tengo plena confianza en él. ¿Quieres aleccionarme?

– No –dije yo–. No me propongo aleccionarle.

– Menos mal –repetió Gorbachov y movió hacia mí uno de los dos platillos que se encontraban sobre la mesa con pequeños bocadillos de mortadela, tan pequeños que parecían más bien tapas de aperitivo–. Uno ni siquiera tiene tiempo para comer como es debido, ya ves. ¡Come!

Me comí el minúsculo bocadillo. No era nada apetitoso. Además tenía cada vez más la sensación de que todo eso no iba en serio y yo no podía comprender el significado de la representación en que me hacían participar. Gorbachov hablaba en voz alta, articulando bien las palabras, como si estuviésemos en plena grabación de una pieza radiofónica y hubiese llegado el momento en que él debía declamar sus monólogos sin prestar mayor atención a las réplicas de los compañeros de reparto. Tras una pausa, comenzó a exponer en extenso, como le gusta y sabe hacerlo, sus ideas sobre la necesidad de reformas y la importancia de que todos sus partidarios se abstuvieran de dar pasos apresurados e imprudentes. El habla de Gorbachov se había tornado casi literario, con cierto refinamiento retórico. Lo único que no había cambiado era su semblante, el de un hombre bondadoso, en estado de tensión interna y muy cansado, que se hallaba absorto en un asunto de suma importancia. Conversaba conmigo variando las entonaciones y cambiando de timbre; se ponía de pie, se acercaba al escritorio y seguía hablando en voz alta, articulando cada palabra con esmero.

Llevábamos ya bastante tiempo conversando. Hablamos del alineamiento de fuerzas en el país, de la situación de los intelectuales y sus dificultades. En un momento dado, para interferir en el ritmo que Gorbachov había imprimido a su discurso, desviarlo hacia otra senda, y tratando de paso de comprender mejor lo que estaba pasando, dije:

– Los intelectuales le reconocen a usted como líder. Ni siquiera hay chistes dañinos contra su persona. ¿Y quién inventa los chistes? Los autores son siempre intelectuales...

– No mientas –dijo Gorbachov, articulando cada sílaba–. ¿Quieres que te cuente uno? Hay un apolotonamiento de gente haciendo cola para comprar vodka, y el último de la cola dice: «Estoy harto ya de todo esto. ¡Es el desmadre! Voy a romperle la crisma a Gorbachov por todo lo que ha hecho». El hombre se marcha, pero al cabo de cierto tiempo regresa. «¿Qué tal te fue? ¿Le has partido la crisma?», le preguntan desde la cola. «¡Qué va...! Allí hay una cola todavía más larga que ésta...».

– ¿Quién le cuenta todo eso? –pregunté.

– Me lo cuentan, me lo cuentan todo –contestó él alargando las palabras, y de repente se le alteró el semblante, volviendo a ser el Gorbachov de antes, de cuando entabló la conversación, con el mismo temperamento y el mismo léxico.

– ¿Te parece que todos los que ya estaban de antes en el poder son enemigos? No puedes ver a Ligachov ni a Chébrikov, pero bien sabes que todos le lamíamos el culo a Brézhnev. ¡Todos! Eso era antes, pero hoy debemos unir a todos los que están dispuestos a marchar con nosotros en el marco de la *perestroika*. No te olvides de que somos camaradas de partido, y debemos hacer que todo el que esté hoy con nosotros, se mantenga de este lado.

Me comí otro bocadillo de mortadela, me levanté, di las gracias.

– Alexandr te acompañará –dijo el amo del despacho, y Yákovlev, cojeando, salió conmigo. Frolov, sin despegar los labios, como había permanecido durante *toda* la entrevista, se despidió con una simple inclinación de cabeza.

– ¿Ha comprendido que él le estaba defendiendo? –me preguntó Yákovlev en el cancel entre las dos puertas del despacho–. ¿Ha comprendido usted?

Yo no había comprendido nada. Y me daba miedo pensar que el jefe del Estado, un hombre por el que sentía profundo respeto, tenía que recitar textos para los escuchas, para

que los grabaran, para tranquilizar a sus poderosos opositores y demostrarles que tenía a raya a todos esos malditos liberales.

Cualquier cosa, menos eso.

Por lo demás, podía ser una impresión errónea, una idea nacida de mi imaginación. Pienso que el desarrollo de la conversación, la forma en que transcurrió eran resultado de un concurso fortuito de circunstancias.

De todos modos, siempre he rehuído la interpretación superficial de los actos de este hombre, que nos sorprende constantemente por la precisión de las combinaciones a que recurre, combinaciones que rayan en lo imposible y en las que, por regla general, suele calcular –con verdadera maestría ajedrecística– muchas jugadas por adelantado. Le toca pagar muchos platos rotos y aún habrá de pagarlos con las penas de su alma inmortal, pero si hemos avanzado tanto, si la Europa Oriental se ha liberado, es porque Gorbachov ha resultado ser un estratega dotado de gran lucidez en una sociedad que no estaba acostumbrada a pensar de manera realista. Flanqueado por todos lados por la vieja guardia del partido, por chivatos y soldadotes, encontraba una y otra vez soluciones inverosímiles para seguir adelante, sin exasperarlos y demostrándoles incluso que no debían preocuparse: él estaba ahí, vigilante, y tenía bien amarrados a todos esos plumíferos reformistas.

Recuerdo una entrevista que tuvimos en el Comité Central, en ese mismo quinto piso donde se encontraba el despacho de Gorbachov; una entrevista bastante extraña, que comenzó al mediodía y en la que volví a gritarme, y no sólo a mí, y nuevamente sentí que no le tenía miedo. Nadie sentía miedo, y él seguía desempeñando el papel de un dirigente tremendamente severo; yo no podía desprenderme de una sensación de falta de naturalidad de lo que estaba ocurriendo ante mis ojos y que detrás de todo eso se ocultaba un cálculo a largo plazo de Gorbachov, que yo no podía entender de momento.

Desde el principio no se parecía a sí mismo: con gesto adusto, ceñudo, empezó diciendo que debíamos poner nuestros relojes a la misma hora en la lucha por la causa común.

Otra vez nos venía con la causa común... Jamás me creeré que Gorbachov no se diera cuenta de que él y sus adversarios no tenían ninguna causa común. Pero insistía una y otra vez, y yo, como nos ocurre cuando asistimos a una buena pieza de teatro, percibía la existencia de un significado profundo, de claves ocultas bajo la capa superficial de tesis triviales.

Desde que ascendió al poder, de mes en mes, de año en año, Gorbachov iba perdiendo ese barniz de entusiasmo juvenil, de exaltación afectada, propio de los dirigentes del Komsomol, y al mismo tiempo se intensificaba el padecimiento interno que hacía de él un hombre cada vez más duro y abnegado. Me parece que Gorbachov experimentaba el placer de un gran deportista a medida que impulsaba el proceso de las reformas y buscaba la manera de llegar lo más lejos posible. Acude a la mente la imagen de un delantero en el fútbol americano que corre hacia la meta y sabe que de un momento a otro van a pararlo, y le harán daño: un defensa corpulento le cruza ya el camino con todos sus músculos en tensión. Pero el próximo saque tendrá lugar más cerca de la meta, y nuevamente se lanzará al ataque y seguramente volverán a derribarlo aún muchas veces.

Aquel día, el 13 de octubre, Gorbachov se puso a gritarnos. Primero a muchos a la vez, acusando a la prensa de irresponsable, de desviaciones izquierdistas y de desacato a la

causa del partido. Luego gritó en la sala a Starkov, el director del semanario *Argumenti i fakti*, que contaba ya con gran audiencia, pero todavía no se había hecho famoso. Recuerdo el silencio electrizado en medio del cual Gorbachov señalaba con el dedo a Starkov y, arrojando rayos con sus lentes de montura fina, le decía a voz en grito que él en su lugar, en el de Starkov, dimitiría y se marcharía del periódico. El motivo de la reprimenda era una pequeñez: haber publicado los resultados de unos sondeos de los que se desprendía que el índice de popularidad de Gorbachov en el país no era siempre el más alto y Ligachov ocupaba uno de los últimos lugares en la lista. Gorbachov vapuleaba al director como si éste hubiese divulgado el secreto de una bomba inimaginable o algún otro pilar oculto del poderío nacional.

Nuestro líder gritaba, pero yo no sentía miedo, sino que me daba lástima de él. Varias veces miré a Yákovlev, con el cual tenía buenas relaciones, y a Medvédev, con quien no nos podíamos ver. Ambos secretarios del Comité Central estaban tranquilos. Como si estuviesen viendo en diferido por televisión un partido de fútbol cuyo resultado conocían.

Gorbachov habló durante mucho tiempo. Se quejaba de que el secretario de Estado norteamericano, Baker, se mostrara más optimista con respecto a la *perestroika* que el economista soviético Shmeliov. Luego, reprendió a otro economista, Popov, ordenó que los directores se atuvieran más estrictamente a la línea del partido. Todo eso lo dijo con el tono de un maestro que acaba de hacerse cargo de la clase más desobediente de la escuela. Los miembros del *Politburó* permanecían mudos como piedras.

Interrumpiendo su discurso cuando ya había alcanzado entonaciones similares a las de Jruschov, Gorbachov se levantó con cara de pocos amigos. Me acerqué a él. Nuestras miradas se cruzaron y de repente vi a un hombre que no era él. Esa otra persona, que se parecía a Gorbachov, se puso a andar de una manera extraña, de lado, como un cangrejo, hacia la salida, señalándome con el dedo y gritando a voz en cuello:

– ¡Has faltado a tu palabra! ¡Has faltado a tu palabra! ¡Sigues fomentando querellas literarias! ¡Has faltado a tu palabra! ¡Te has metido en peloterías!...

Resultaba extraño oírle decir esas cosas. Efectivamente, yo seguía polemizando con revistas chauvinistas del tipo de *Molodaya gvardia* o *Nash sovreménnik*, pero participaba en la controversia defendiendo a Gorbachov, y las tesis que él mismo proclamaba con fervor de tiempo en tiempo. Porque los ataques patrióticos, todos esos chillidos de que los dirigentes estaban vendiendo la Patria (principalmente a los judíos) y el socialismo (¿quién iba a comprar esa mercancía?) iban dirigidos no sólo contra mí, sino también, en mayor medida, contra Gorbachov. Es verdad que en opinión del secretario del CC Medvédev todo ese clamor de la prensa patriótica era un indicio de pluralismo, mientras que las voces en contra exacerbaban los ánimos en la sociedad. Otro secretario del CC, Ligachov, cuidaba de que nuestros super-patriotas fueran distinguidos periódicamente con las máximas órdenes y medallas de la patria agradecida. Pero ¿por qué tenía que defenderlos Gorbachov?

El recuerdo final que guardo de esa reunión celebrada en octubre del 89 en el Comité Central (la última; después de ser elegido Presidente, Gorbachov ya no convocó más encuentros de ese tipo) es la imagen del líder de la *perestroika* retirándose de lado por la puerta y señalándome airado con el dedo.

Eché una mirada circular a la sala. Jamás había visto tanto regocijo en las jetas de la vieja guardia de los directores de nuestras publicaciones periódicas, de todos esos Alexéev y Gribachov. Sonreían de oreja a oreja, se habían desencogido y uno de ellos me miró con un aire tan triunfal que no quise contestarle. Ni siquiera con la mirada.

Fui a comer con Pianov, el director de la revista satírica *Krokodil*, y estuvimos largo tiempo tratando de adivinar qué pasaba, por qué el Presidente había abierto fuego contra los suyos. ¿Quizá, para Gorbachov se habían permutado los conceptos de «suyos» y «extraños»? Ninguno de nosotros pensaba que eso fuera posible, pero...

La mañana siguiente me la pasé esperando que me llamaran al Comité Central. *toda* la vida soviética se adapta a determinados rituales, y el CC existe para explicarnos a nosotros, pecadores, los grandes pensamientos que los dirigentes expresan de paso. Cuando algún jefe pronunciaba un discurso, funcionarios de rango inferior se encargaban al día siguiente de dilucidarlo para nosotros. Sentado en mi despacho, miraba de reojo el teléfono de comunicación oficial con un escudo en el dial, pero el aparato permanecía mudo. Más tarde, Starkov, el director de *Argumenti i fakti*, me dijo que él también –con mayor tensión todavía– esperaba alguna llamada, y cuando sonó el timbre resultó que le llamaba un alto jefe del partido para decirle que no se preocupara y siguiera trabajando tranquilamente. Starkov pensaba que iban a decirle cosas muy diferentes.

Por fin sonó también mi teléfono. Era un conocido mío que trabajaba en *Pravda*. Exultaba: «¡Han destituido a Afanásiev, nuestro director!». Dos días después, el dictador alemán Honecker dimitió.

No nos llegó ninguna convocatoria para al Comité Central. En general, desde entonces ya no se celebraron más reuniones de ese tipo. De tiempo en tiempo citaban a alguno de nosotros por separado. Una vez fui invitado por Medvédev. Me quedé sorprendido cuando vi sobre la mesa grande de reuniones galletas, una cafetera y pequeñas tazas de café.

– ¡Sírvase! –me propuso el secretario del CC. Y tras una breve pausa, que aprovechó para hojear el último número de *Ogoniok*, comentó: –Al leer su revista, la gente deja de creer en el socialismo.

Terminé de masticar la sabrosa galleta que tenía en la boca, tomé un sorbo de café y contesté:

– Al pasar por sus tiendas, la gente deja de creer en el socialismo.

– Si seguimos así, no llegaremos a ningún acuerdo –dijo Medvédev.

Yo tenía exactamente la misma impresión.

El 28 de agosto de 1991, *Izvesia* informó que Vitali Korótich había abandonado la dirección de *Ogoniok*. Para sustituirle, la Redacción eligió a Lev Gus-chin, que hasta entonces había desempeñado el cargo de primer director adjunto. La víspera Korótich había enviado desde Nueva York un fax en el que pedía el relevo. Como motivos de su decisión alegó problemas de salud y el deseo de dedicarse a la labor docente en universidades norteamericanas. Según declaró Guschin en una reunión del colectivo, la revista se mantendrá «a la izquierda del centro».

Lo que pueda hacer Guschin todavía está por ver, pero Vitali Korótich ya ha pasado a la historia de nuestro país como una de las personas que más contribuyeron,

desde dentro, a la demolición de la fortaleza del estalinismo y el GULAG. A este ex kievita que hizo una carrera fulgurante en Moscú, lo conocen bien no sólo en las repúblicas de la antigua URSS, sino también en Norteamérica. Por eso en los encuentros y conferencias públicas que celebra allí no todo son rosas. El periódico neoyorquino de la emigración citó en dos ocasiones (7.4.91 y 2.6.91) la opinión de Korótich sobre Gorbachov, en el que no encontraba más defectos que el de «haber estudiado las obras de Brézhnev». A juicio de Korótich, el presidente del KGB, Kriuchkov, era también una persona en la que se podía confiar, porque «tenía fe en Gorbachov y le respaldaba».

Para comprender el *fenómeno Korótich*, que es en cierto modo un fenómeno propio de la prensa democrática en general y de *toda* nuestra vida política, no estará de más ver lo que declaró el ex director de *Ogoniok* en una entrevista a E. Dodolev, que fue publicada por *Moskovski komsomólets* (21.9.91), con el título *Los tristes intentos de Vitali Korótich. ¿Réquiem por la «generación de los sesenta»?*:

De tiempo en tiempo, *toda* persona normal tiene que sentir el deseo de cambiar radicalmente el curso de su vida —me dice Vitali Korótich con un atisbo de sonrisa—. A lo largo de mi vida cambié varias veces —de manera consciente y repentina— de género de ocupación. En los sesenta (después de ejercer de médico durante casi seis años) me metí de lleno en la literatura, mandando al diablo la tesis de doctorado que ya tenía escrita. Fui artista libre, trabajé de redactor... Luego comenzó la etapa de *Ogoniok*. Desde el principio fui consciente de los límites. Los últimos años señalan, a mi juicio, el fin de la época de la *generación de los sesenta*, la recta final de una carrera iniciada hace treinta años. Me entra risa cuando veo que esta generación sigue considerándose sal de la tierra, el ombligo de un universo que cubre la sexta parte de la tierra firme. Y, cual atlantes extenuados, siguen llevando sobre sus hombros el fardo de esa inmensa empresa a la que se ha dado en llamar *perestroika*. De todos modos, cuando el año pasado me propusieron firmar un contrato en EE.UU., me lo pensé mucho.

Pero no me voy del todo. Tengo el propósito de organizar en diciembre aquí, en Moscú, una conferencia bajo el lema convencional de *El fin de la época del odio*. Sí, la época del odio, engendrada por la ideología comunista ha terminado. Pero ahora se inicia otra época de odio, la del odio inducido por el nacionalismo y las discordias religiosas.

— Usted conoce, sin duda, la teoría de Lefévre, según la cual la sociedad occidental descansa sobre el consenso a base de concesiones recíprocas, mientras que la soviética se basa en la idea de la confrontación. En este país es ventajoso mantener una actitud de confrontación. Yeltsin, *Vzgliad* y *Ogoniok* han ganado puntos gracias a la confrontación...

— Nuestro país, que es un país nacido del odio, ahora que le quitaron las limitaciones disciplinarias, ha alumbrado inmensos torrentes de odio. Esto confirma la teoría de que en los últimos cien años se formaron en el ámbito mundial tres imperios totalitarios: Alemania, Japón y Rusia. Estas estructuras entrañaban graves peligros para la humanidad. En la segunda mitad del siglo XX, se logró reformar dos de estos imperios gracias a las inversiones extranjeras.

– ¿Es decir, que la conferencia proyectada para diciembre será otro intento más de captar capitales procedentes de Occidente para salvar nuestra economía exánime?

– Si Rusia no renuncia a la idea de llevar a cabo las reformas apoyándose exclusivamente en su propias fuerzas, está condenada al fracaso. Me he puesto de acuerdo con Henry Kissinger y Helmut Schmidt para celebrar sin falta esa conferencia del 15 al 17 de diciembre, en Moscú. Por la parte soviética, he apalabrado la participación de Sobchak, Popov y Yákovlev.

– ¿No le parece que usted podría trabajar en esta vertiente sin abandonar la URSS?

– Aquí nadie me ha propuesto nada. La *perestroika*, a mi juicio, ha sido una triste tentativa de la URSS de volver a los cauces de la vida normal. Lo que hago yo no es más que un triste intento de vivir en condiciones normales. Me parece normal haber abandonado hace tiempo la profesión médica, aunque creo que era un especialista cualificado. La situación de ahora es similar. Cuando era el director de una revista prestigiosa, me gritaban a menudo con irritación, me criticaban porque quería dirigirla como Dios manda. Ahora que me marchó, otra vez me ponen de oro y azul. Me voy porque quiero trabajar en condiciones normales. En nuestro país es imposible. Ahí está el caso de mi último libro. Ninguna editorial soviética se ofreció para editarlo (hubo una cooperativa que primero accedió a publicarlo, pero luego renunció aunque ya me habían pagado una parte de los honorarios). ¡Los americanos ya lo han editado! ¿Qué me propone usted: que me siente al teléfono y empiece a llamar a todas las universidades soviéticas y les proponga mis servicios? ¿A santo de qué, si tengo tantas ofertas de establecimientos norteamericanos?

– Usted intervino en muchos encuentros con lectores de *Ogoniok*, particularmente con lectores jóvenes. ¿Cuáles son las principales diferencias entre los auditorios soviéticos y norteamericanos?

– Los de aquí me parecen más realistas. Hace poco di una conferencia en el Colegio Aberdeen y tuve que contestar preguntas del tipo: «¿Cómo es posible que se desentienda usted del ideario marxista-leninista? ¿Cómo se atreve usted a dar la espalda al acervo leniniano? ¿Por qué su país destruye ese sistema tan poderoso, que fue articulado gracias a los esfuerzos de varias generaciones?». Eso es lo que preocupa a los estudiantes norteamericanos bien alimentados y bien vestidos, que no han experimentado en su carne los encantos de este sistema. Quizá valiese la pena dar conferencias ante estudiantes soviéticos, pero creo, aunque es posible que me equivoque, que nuestros estudiantes están menos politizados que los de EE.UU.; están agotados y no tienen trazas de estudiantes de las épocas de grandes conmociones.

– Nuestro país es el paradigma de una sociedad sin conceptos. No tenemos ningún sistema de coordenadas: ni religioso ni laico. ¿Siente usted esa falta de puntos de referencias en su trato con los jóvenes?

– Sí, nuestra juventud es un poco «salvaje». Algunos se saben de memoria las fechas en que se celebraron los congresos del Partido Comunista, pero no tienen idea de cosas elementales. Los actuales intentos de volver al seno de la religión toman a menudo formas históricas. En Ucrania, los jóvenes están discutiendo si deben ser católicos u ortodoxos, cuando deberían empezar por ser simplemente cristianos. De todos modos tengo confianza en nuestra juventud. No lleva en su conciencia la impronta del estalinismo. Cuando

llegué a *Ogoniok*, la mayoría de los que trabajaban en la revista eran periodistas de edad avanzada. Los había más viejos que yo. Mi táctica consistió en atraer a gente joven, para formar un nuevo equipo. Y una de las razones por las que me marché es que temo convertirme en un freno de la nueva ola de *Ogoniok*. Hace poco concedí una entrevista a la corresponsal del *Los Angeles Times* en Moscú. Tiene treinta años. ¿Puede usted imaginarse a un corresponsal soviético de esa edad en la capital de una gran nación occidental? Imposible. Durante los días del *putsch* terminó la época de mi generación. Ahora tienen la palabra los jóvenes. Nosotros todavía daremos consejos, pero ya no podremos actuar como locomotoras. Otro tanto ocurre en *Ogoniok*: hay que hacer otra revista.

– En tal caso usted se parece un poco a un capitán que es el primero en abandonar un barco que se está hundiendo.

– No, porque *Ogoniok* sigue a flote. Pero ha llegado el momento de proceder a un cambio de rumbo. Nosotros entablamos la lucha por los valores democráticos generales. Pero si hoy seguimos insertando artículos acerca de las *dachas* de generales construidas con dinero del ejército o sobre la corrupción en las estructuras del CC del PCUS, perderemos lectores. Otro factor a tener en cuenta, es que ha dejado de existir el concepto de «lector soviético». Se han ido las repúblicas bálticas, y están a punto de marcharse las de Transcaucasia. Hay que hacer una revista de ámbito nacional, rusa.

– El que abandone usted *Ogoniok* parece extraño, en particular, porque en este país estábamos acostumbrados a que la gente no se iba por voluntad propia de los puestos de dirección...

– En efecto. Del Kremlin, por ejemplo, sólo se podía salir con los pies por delante. A excepción de Jruschov, que fue derrocado, nuestros líderes sólo abandonaban sus puestos para pasar a otro mundo. Pero yo he decidido irme de *Ogoniok* porque he comprendido que dentro de un par de años podrían... quererme menos que ahora, digamos. El presidente de México me dijo que en su país nadie podía ser presidente más de seis años. En Estados Unidos también se ha fijado un tope: dos mandatos de cuatro años cada uno. Todos los postulados médicos indican que seis o siete años de trabajo en condiciones extenuantes, es el límite de las capacidades humanas. Además, al cabo de unos seis años de trabajo en el mismo cargo, el ser humano se deja llevar por la rutina, deja de ser flexible, ágil y pierde su aptitud para generar nuevas ideas.

– ¿Al hablar del límite de seis años, estaba pensando en Gorbachov? El asumió el poder en abril de 1985...

– Sí. Creo que deben retirarse todos los principales personajes de esta época: Gorbachov, Yeltsin, Shevardnadze, Yákovlev... Mejor dicho, pueden seguir en activo, pero no en cargos de nivel supremo.

– ¿Cuándo conversó por última vez con el Presidente de la URSS?

– Hace tiempo. Cuando murió Sájarov. Desde ese momento, Gorbachov se apartó de todos nosotros. Hoy cabe decir que ha agotado sus recursos como político. Conozco a poca gente que haya conversado con Gorbachov en los últimos tiempos. Quienes lo rodeaban se encargaron de cortar sus contactos con el mundo externo.

– ¿Trató usted de cerca con algún miembro del Comité de Emergencia?

– Abrigaba un sueño: entrevistar de manera simultánea al director de la CIA, Webster, y al presidente del KGB, Kriuchkov. Los bombardeé con cartas. No había manera de

conseguir que me dieran su consentimiento al mismo tiempo. De todos modos tuve varios encuentros con Kriuchkov. Dos veces me llamó para leerme la cartilla. La primera vez me criticó por tener demasiados contactos con diplomáticos extranjeros. Quise objetar que yo no conocía secretos de Estado. Pero Kriuchkov insistió y se puso a explicarme que todos los embajadores eran gente mala. En esa misma conversación pronunció una frase sacramental. ¿Cómo es posible, se lamentó el jefe de nuestra policía secreta, que los intelectuales liberales no quieran colaborar con nosotros? ¿Por qué tenemos mejores relaciones con los servicios norteamericanos de inteligencia que con nuestros intelectuales? La segunda refriega fue más seria. Kriuchkov, examinándome con mirada atenta, dijo: «Comprenda que ustedes están arrastrando el país a una situación, en la que sufriría más gente que durante las represiones de los años 30». Era una manera de insinuar que todos nosotros podíamos ir a parar a campos de concentración. Paso por alto todo lo que tuve que aguantar en relación con el asunto Gdlian-Ivánov, cuando *Ogoniok* salió en defensa de estos jueces de instrucción. Kriuchkov estaba furioso.

-¿Y Yanáev?

- En general, trato de guardar siempre la calma en el Soviet Supremo. Pero en diciembre del año pasado vulneré esta regla. Acababa de dimitir Shevard-nadze. Habían clausurado *Vzgliad*. Las cosas se estaban poniendo negras. Cuando se propuso la candidatura de Yanáev para vicepresidente, me puse frenético. Comencé a recoger firmas contra él. Cuando fui a votar, Yanáev se encontraba de pie cerca de la mesa donde recogíamos las papeletas. Allí mismo, delante de él taché su apellido con el rotulador. ¡Palabra de honor que lo hice!

- Oleg Kalugin me dijo en una entrevista que usted se negó a publicar sus primeros artículos contra el KGB. Y agregó que usted se negó porque sufrió presiones por parte de Alexandr Yákovlev. ¿Es cierto?

- El problema es que Yákovlev y Kalugin estudiaron un tiempo juntos. A finales de los años 50, estuvieron de prácticas en la Universidad de Columbia. Cuando Kalugin comenzó a hacer sus revelaciones, hubo quien pensó que habían sido inspiradas por Yákovlev. En aquellos tiempos había bastantes personas de las altas esferas de poder que deseaban comprometerlo. Al mismo tiempo a mí me consideraban como uno de sus adictos. Temí que la publicación de los artículos de Kalugin podía repercutir en detrimento de Yákovlev. Las revelaciones del general mayor no iban acompañadas de pruebas concretas. Kalugin se limitaba a lanzar acusaciones de tipo general contra la institución en la que había ascendido hasta tan alto rango. Muchas veces he hecho rabiar a Yulián Semiónov preguntándole: «¿Qué tuvo que hacer el relativamente joven Stirlitz para merecerse los galones de coronel SD?». Lo mismo se le puede preguntar a Kalugin: ¿qué hizo para ascender tan rápido al grado de general?

- Es posible que no pueda explicarlo por ser secreto de Estado. Ya se ganó bastantes dolores de cabeza por «haber revelado secretos». Volviendo a lo que usted decía, se comprende que usted procurara mantenerse lejos de Yákovlev para no exponerlo de rebote. Pero él, seguramente, correspondía a esas muestras de tacto y comprensión con sus favores y protección, ¿no?

- Ayudaba a la revista. Gracias a la ayuda de Yákovlev, *Ogoniok* logró mantener su neutralidad, maniobrando entre las piedras de molino. Cuando trataron de arrastrar-

nos a la campaña contra Yeltsin, nos escabullimos. Por otra parte, cuando Yumáshev, el jefe de nuestro departamento de correspondencia, escribió el libro de Yeltsin, me negué a publicar los pasajes que iban dirigidos contra Gorbachov. No estoy seguro de que la revista logre mantener en adelante esta línea que busca el término medio.

Ogoniok ha publicado numerosos artículos, reportajes, entrevistas e informes que desenmascaran a nuestros leninistas, militaristas, *chequistas* y otra gente de la misma calaña. En este sentido cabe destacar la entrevista (núm. 18, abril de 1991) con el ex disidente Vladímir Bukovski, conocido neurofisiólogo y hombre público, anticomunista convencido, que sufrió 12 años de cautiverio en hospitales psiquiátricos, cárceles y campos correccionales soviéticos. Habría muerto allí si no se les hubiese sugerido a Pinochet y Brézhnev la idea de canjear a este «loco» por Luis Corvalán, gran amigo de la URSS y secretario general del PC de Chile. Desde entonces habían pasado ya 14 años, pero las sentencias dictadas contra Bukovski no habían sido revisadas, los cargos seguían en pie y no se le había restablecido en la ciudadanía soviética. Finalmente, a instancias de Yeltsin y del gobierno inglés, se le concedió —a regañadientes— el visado para una estancia de cinco días en el país. Como título de la entrevista con este hombre, que había sido recibido por los jefes de Estado o de gobierno de casi todos los principales países del mundo, *Ogontok* utilizó una frase del propio Bukovski: Mientras no se armen de valentía, no habrá mortadela en las tiendas. La huelga general como único recurso para evitar el hambre y el derramamiento de sangre, el desmantelamiento completo de las estructuras de poder del PCUS y del KGB, garantías de paz para todos y la renuncia voluntaria a los territorios «de más» del imperio, tales fueron los consejos consignados en la entrevista. En agosto de 1991, se llevaron a la práctica: los moscovitas salieron a la calle, precintaron los locales del PCUS y bajaron los humos a los *chequistas*.

Era evidente que *Ogoniok*, con colaboradores y entrevistados de esa talla y con un director como Vitali Korótich, terminaría independizándose por completo del PCUS.

Hoy sabemos que *Ogoniok*, *Literatúrnaya gazeta*, *Znamia* y muchas otras publicaciones ganaron el combate. Pero en agosto de 1990 nadie podía suponer el desenlace de esa lucha.

Conflictos similares estuvieron a punto de estallar en torno a las revistas *Yúnost* y *Neva*. También esta vez como parte litigante actuó la Unión de Escritores de la URSS, mejor dicho el aparato de esta organización, cuyos secretarios jamás se han destacado por sus ideas liberales. Ninguno de ellos, como era de esperar, llegó a ser clásico de la literatura soviética, mas la tirada de sus libros —de calidad mediocre, pero ideológicamente correctos desde el punto de vista de las normas literarias impuestas por Stalin y Brézhnev— era varias veces superior a la suma de

las obras clásicas de la literatura mundial del siglo XX. A decir verdad, los secretarios de la Unión de Escritores tenían mucho que perder y por eso se volcaron para mantener sus posiciones dominantes, sobre todo sabiendo que no les faltarían los protectores de alto rango que por varias razones estaban interesados en dar largas al conflicto. Las intrigas burocráticas pusieron en peligro la campaña de suscripción que estaba próxima a celebrarse a un ritmo vertiginoso. En efecto, ¿qué lector sensato daría por anticipado su dinero, suscribiéndose a una revista que podría resultar cerrada?

Las librerías, almacenes y editoriales eran incapaces de absorber las obras de literatos «cortesianos» cuyo número se multiplicaba a ojos vistas. En las revistas «gruesas», los panegíricos a los escritores «de alto rango» pasaban desapercibidos por el lector que centraba su atención en las obras de literatos con talento de la «nueva hornada».

El «boom» de las revistas ha terminado, rezaba un título de *Literatúrnyaya gazeia* del 9 de enero de 1991. El autor se refería a las revistas literarias de muchas páginas. Estas se ha encarecido mucho, llegan a los suscriptores de forma irregular y las imprentas se niegan a imprimir las. Para todos está claro que la selección de escritos literarios destinados a revistas está dominada por criterios subjetivos. Los grandes artículos de opinión y ensayos deben ser ámbito privativo de importantes publicaciones independientes —y ya lo están siendo— mientras que las obras literarias que tengan valor han de salir en forma de libros cuyo éxito o fracaso dependerá de los propios lectores. ¿Para qué uno tiene que comprar una revista «gruesa» o formalizar la suscripción anual con el único objetivo de leer lo poco que vale la pena de ser leído o lo que uno quisiera leer?

De iure, *Literatúrnyaya gazeia* y las revistas literarias «gruesas» *Znamia*, *Novi Mir*, *Yúnost*, *Druzhba národov*, *Oktiabr* e *Inostránnaya literatura* (Literatura extranjera) dejaron de pertenecer a las estructuras federales, adquiriendo el estatuto de publicaciones de la Federación Rusa. El Ministerio de Prensa de Rusia las registró en el otoño 1990 como publicaciones no dependientes de la Unión de Escritores de la URSS.

Protegiendo su derecho de fundador de varios periódicos lituanos, el CC del PCUS utilizó unidades del ejército para mantener en sus manos las tipografías donde se editaban periódicos y revistas partidistas. La UE de la URSS no disponía de guardia armada y por eso optó por otra variante: entabló pleito contra la revista *Znamia*, Comité para la Obra Editora de la URSS y el Ministerio de Prensa de Rusia. El demandante (Vladímir Kárpov, primer secretario de la Unión de Escritores) presentó las siguientes exigencias: declarar inválido el registro de la revista por el ministerio ruso como una publicación independiente; obligar al Comité para la Obra Editora a registrar *Znamia* como órgano de la UE de la URSS; «hasta que no sea arreglado el litigio, intervenir las cuentas abier-

tas por la revista».

Personalmente, comparto hasta cierto punto la exigencia de Kárpov de cerrar la revista *Znamia*. ¿Acaso tenemos papel sobrante en el país? Una revista que tiene la tirada de 100 mil ejemplares (o de un millón) da la misma publicidad a todos los autores que colaboran en ella. ¿Es capaz una persona de leer de cabo a rabo las diez revistas gruesas cada mes?

Mucha gente se suscribió a *Oktiabr* para 1991 porque esta revista anunció que publicaría en el transcurso del año las memorias del general Denikin, memorias que en el mercado negro costaban un poco menos que la suscripción anual a *Oktiabr*, en el que naturalmente había otras muchas obras y artículos. En 1990, *Oktiabr* publicó por entregas *Confesión sobre un tema programado* de Borís Yeltsin, obra que atrajo la atención general, pero insertó asimismo novelas de decenas de autores que pasaron inadvertidas por el público.

En cualquier caso, es mejor leer *LG*, *Oktiabr*, *Yúnost*, *Novi Mir* que no tener nada salvo *Pravda* e *Izvestia*. Algunas publicaciones se aprovecharon con habilidad de la coyuntura. La revista *Literatúrnyaya uchoba* (Aprendizaje literario) empezó a publicar por entregas el Evangelio y su tirada creció de 25.000 a 900.000 ejemplares.

El ocaso de «Literatúrnyaya gazeta»

Literatúrnyaya gazeta, que en los años de la *perestroika* perdió una parte de su prestigio de otrora, tenía la única opción para poder sobrevivir: librarse de la política de imposiciones del departamento ideológico del CC del PCUS y del secretariado de la Unión de Escritores. Tras intentos infructuosos de conseguir el objetivo propuesto en los despachos de funcionarios del Comité para la Obra Editora de la URSS, la Redacción supo ganar el combate en setiembre de 1990 y registró el periódico, pero no lo hizo en el Comité patrocinado por Gorbachov y Rizhkov, sino en el Ministerio de Prensa e Información, dependiente del Gobierno de Yeltsin y Silaev.

Al quedar vacante el puesto de director, el colectivo de *Literatúrnyaya gazeta* decidió en 1990 encontrar por su cuenta una candidatura conveniente, rompiendo así la costumbre que otorgaba al CC del PCUS y a la UE el derecho exclusivo de nombrar al director del semanario. Estos últimos no tuvieron más *alternativa* que aceptar la candidatura, propuesta por 240 trabajadores del periódico. El puesto de director lo ocupó Fiódor Burlatski, comentarista político de *LG* y diputado popular de la URSS. Este se puso al frente del semanario, que en la época de Brézhnev gozaba del prestigio indiscutible entre los intelectuales por ser el único órgano en el cual se podía expresar el descontento con el régimen. En 1990, trans-

curridos 5 años desde el inicio de la *perestroika*, *Literatúrnyaya gazeta* perdió 1,5 millones de suscriptores y esta tendencia se acentuó en 1991 (actualmente, tira unos 5 millones de ejemplares). Tanto los periodistas como los lectores comprendían que F. Burlatski había asumido la jefatura del semanario en un momento difícil, cuando el prestigio de LG entre los literatos (recordemos que era el órgano de prensa de la Unión de Escritores) también experimentó un brusco descenso.

Es indiscutible que la «edad de oro» del periódico ha quedado atrás. *Literatúrnyaya gazeta* no ha resistido la prueba de la transparencia. Las posiciones centristas de la Redacción suscitaban críticas entre los lectores, entre los altos mandos del ejército, entre los burócratas jurados y entre los reformistas. Desde el punto de vista occidental este periódico «de calidad» no tiene el debido nivel profesional, y su nivel de honradez y competencia ya no son suficientes para mantenerse a flote en la época de la *glásnost*. Sin embargo, no se ha ofrecido el puesto de director de *Literatúrnyaya gazeta* a personas de la talla de Andréi Sájarov, Serguéi Grigoriants o Elena Bonner. Cito estos nombres por ser los de conocidos defensores de los derechos humanos. Mientras que Fiodor Burlatski ha sido durante muchos años el principal «luchador oficial» por esos mismos derechos, ocupando cargos de presidente o vocal en un sinnúmero de comisiones nacionales e internacionales, pero sin olvidarse jamás de arrimar el ascua a su sardina y sin dignarse en ningún momento asistir a los procesos políticos que tenían lugar en nuestro país. Los disidentes y sus correligionarios llegaron al poder en las repúblicas bálticas, en Armenia, en Georgia y en algunos países de Europa del Este. En el escenario político de Moscú, llevaban la voz cantante los funcionarios del PCUS que por su nivel moral e intelectual siempre habían descollado entre los burócratas de horizontes estrechos y gracias a esta circunstancia se crearon una imagen progresista. La única culpa de esas figuras está en que tenían la habilidad de contemporizar con cualquier régimen. Fiodor Burlatski era uno de ellos.

Novedades de Moscú (15.4.90) ofreció el siguiente retrato político del nuevo director de *Literatúrnyaya gazeta*:

Tiene 63 años y es uno de los más conocidos publicistas soviéticos, doctor en Filosofía, tocayo de Dostoyevski, ex asesor de Jruschov y autor de las memorias sobre este líder soviético. Además, es miembro del Parlamento soviético, presidente del Club de diputados y del subcomité para las relaciones humanitarias, culturales y científicas. Gusta resaltar sus ideas antiestalinistas. Es miembro de la Unión de Escritores y autor de libros sobre Maquiavelo, Mao Zedong, Fütler y Franco, así como de varias obras teatrales (Consejero del Soberano). A partir de 1967, y por tres ocasiones, perdió los puestos que ocupaba por haber publicado «escritos indeseables». «No integra ningún grupo político» se afirma en la carta escrita por el colectivo de LG. «Siempre me han atraído los problemas del poder autoritario y totalitario», confesó Burlatski. En su

tiempo abandonó voluntariamente el alto cargo de jefe de un subdepartamento del CC del PCUS y juró no pertenecer nunca a las estructuras del poder. «¿Se percataba de que podría resultar peligrosa su proximidad a la cúpula gobernante del país en tiempos de Jruschov?». «Todos nosotros éramos conscientes de ello», afirmó Burlatski, refiriéndose asimismo a Gueorgui Shajnazárov, Alexandr Bovin, Gueorgui Arbátov, Oleg Bogomólov y a Fiódor Petrenko, o sea, a las personas con quienes trabajó y a las que hasta la fecha considera como amigos.

Entre el personal de plantilla de *Literatúrnyaya gazeta* hay una celebridad: Yuri Rost. En Georgia, por ejemplo, es considerado héroe nacional. Fue el único reportero gráfico profesional que consiguió sacar fotos (pese a los malos tratos, registros y persecuciones por parte de oficiales del ejército y el KGB) de los trágicos acontecimientos del 9 de abril de 1989 en Tbilisi, cuando tropas especiales dispersaron una manifestación pacífica, matando a 20 personas. La Redacción de *Literatúrnyaya gazeta* se negó a publicar las fotos de su enviado especial. La única publicación que osó insertar los testimonios gráficos de Yuri Rost fue el diario de la juventud *Molodiozh Gruzii* (Juventud georgiana) de Tbilisi. Pero los militares confiscaron la mayor parte de la tirada y la destruyeron... Dos meses después, la Unión de Periodistas de Georgia rindió tributo a Yuri Rost y le otorgó un premio especial por su intrepidez y talento de periodista y su valentía cívica.

Indudablemente, *Literatúrnyaya gazeta* ha experimentado cierto cambio durante los dos últimos años. Pero es un cambio que atañe mucho más a la forma que al contenido. La supresión de la censura ha influido poco. Por lo visto, los comunistas de verdad tienen frenos internos mucho más sólidos que las cadenas del difunto Glavlit.

Un juicio formulado con buen conocimiento de causa es el que nos ofrece el escritor moscovita Andréi Malguín, director de *Stolitsa*, una de las nuevas revistas que han alcanzado máximos índices de difusión. El artículo *Sobre «Literatúrnyaya gazeta»* y otros temas fue publicado por el norteamericano *Novoe russkoe slovo* (12.4.91):

En la prensa de izquierda, se ha producido una escisión. Por fuera no se ve. La vida sigue su curso normal, tranquilamente. No se han cavado trincheras ni tendido alambradas. Pero he aquí, una al lado de la otra, dos casas, es decir, dos redacciones; en una de ellas trabaja gente buena y honrada, que odia con todas las fibras del alma el estado de cosas que la rodea, y en la otra, gente que reúne esas mismas características. Entre ellas hay una frontera ética, política o llámenla como quieran, el caso es que esa frontera existe. Voy a explicarme.

Un buen día nuestro Presidente deja caer una frase, de la cual se desprende que él estima conveniente suspender la Ley de Prensa. Palabra dicha no tiene vuelta. La gente se da cuenta de que está oliendo a chamusquina. ¿Qué hace el director de una conocida revista *pro-perestroika*? Quita del próximo número los materiales más críticos e

interesantes. ¿Qué hace el de un conocido semanario *pro-perestroika*? Todo lo contrario: dedica dos páginas enteras a la frase de mal agüero y dice al Presidente lo que se merece que le digan. Ahí está la diferencia. Dos publicaciones «aliadas» aparecen en la misma semana. Una de ellas pone el grito al cielo; en la otra, todo es paz y sosiego...

Quienes están suscritos a *Novedades de Moscú* (y lo reciben), habrán notado el cambio que dio el semanario después de los acontecimientos de Lituania. Egor Yákovlev, un hombre de probada honradez, se deshizo de las ataduras que cohibían su libertad y la del periódico, y desde sus páginas fluyó un torrente de información veraz. Se había roto el dique de los prejuicios y las estúpidas esperanzas de intelectuales en que el «buen zar» lo arreglaría todo. Recuerdo tiempos todavía recientes en que el director de *Novedades de Moscú* no permitía que sus jóvenes y agresivos colaboradores hincaran el diente en Mijaíl Gorbachov. Hoy, en cambio... El semanario ha recobrado aliento y su actitud adquiere particular relieve sobre el telón de fondo de la ofensiva implacable y descarada contra la transparencia informativa. Es de celebrar que Yákovlev no haya esperado el momento en que Gorbachov se pusiera a gritar y patear contra él, como lo hiciera unos meses antes contra Starkov, el director de *Argumenti i fakti*. De todos modos, está claro que entre ellos todo ha terminado.

¿Y los directores de otras publicaciones adictas a la *perestroika*? ¿Qué pocas ganas tengo de dar apellidos! Pero bien debemos decir que se achantaron. El malestar en las redacciones fue creciendo. En grupos de diez o doce personas, empezaron a marcharse periodistas de *Ogoniok*, de *Literatúrnyaya gazeta*, sin hablar ya de la radio y la televisión. El ambiente es asfixiante, dicen, no te dejan trabajar, los jefes se han vuelto insoportables, ponen más y más cortapisas, estudian cada frase con lupa y a contraluz.

En relación con lo anterior, quiero decir unas palabras sobre *Literatúrnyaya gazeta*, un periódico en el que trabajé hace tiempo durante cuatro años y acerca del cual he rehuido emitir juicios desde que lo dejé. Pero esta vez voy a decir lo que pienso, pues tengo buen motivo para ello.

Todos nuestros dirigentes, empezando posiblemente desde Stalin, han utilizado este periódico como una válvula de escape, para soltar el vapor que se acumulaba en la caldera. Recordemos la fama que le rodeaba antes de la *perestroika*. ¿Qué audaces crónicas judiciales publicaba, con qué furia arremetía contra las autoridades locales que no sabían combatir las heladas, qué brillantes reportajes desde la alcoba de Brigitte Bardot nos brindaba! El personal de los ministerios temblaba de miedo, pero los grandes jefes no perdían el sueño: las flechas de *Literatúrnyaya gazeta* jamás llegaban tan alto.

La mayoría de los lectores no podían imaginarse que antes de publicar cualquiera de esos artículos temerarios, los responsables del periódico lo llevaban decenas de veces al Comité Central y al KGB para obtener el visto bueno, y allí radiografiaban cada frase y determinaban qué dosis de verdad se podía dejar pasar. LG podía permitirse muchas cosas, pero no todas, y nunca se pasaba de rosca.

En ninguna otra publicación me han puesto tantos peros a mis artículos como lo hacían en *Literatúrnyaya gazeta*. Si criticaba algún escritor de derecha, me exigían —«para restablecer el equilibrio»— que criticase a otro de izquierda. Si mencionaba un armenio, tenía que nombrar al lado algún azerí. Etcétera. Es así como se lograba la «objetividad». Quienes más se esmeraban en la lucha por la «objetividad» y el «equilibrio» eran Evgueni

Krivitski y Yuri Iziúmov (este último dirige hoy el desbocado periódico del CC *Glásnost* y ya no estima necesario «luchar por la objetividad»).

Luego, pasé a la Redacción de *Nedelia* y poco a poco dejé de colaborar en mi *alma mater*. De vez en cuando me encontraba con antiguos compañeros de trabajo, quienes me contaban sus luchas por salvar uno u otro párrafo. Comenzó la *perestroika*, y ellos seguían luchando. Aparecieron nuevas publicaciones independientes, florecieron algunas de las que ya existían, pero los periodistas de LG continuaban bregando. El duro combate cotidiano por cada línea prosigue. Los especialistas en tachar y mutilar, equilibrar y aquilatar continúan su meticulosa labor en esa Redacción única en su género. Y uno no comprende por qué periodistas afamados tardaron tanto tiempo en abandonar esa nave que se hundía.

Llegamos aquí al episodio que motivó mis tristes reflexiones junto a la frontera franco-helvética. Justo antes de mi partida para Suiza, se me ocurrió la idea de insertar un anuncio del semanario *Stolitsa* en *Literatúrnyaya gazeta*. Me pidieron más de la cuenta: 8.000 rublos, pero no quise regatear; firmé la carta de garantía, acordamos en qué número publicarían el anuncio, y regresé a mi Redacción. Allí nos pusimos a pensar qué temas de los que teníamos en cartera convenía anunciar. Decidimos que serían los siguientes: 1) Lenin cumplió encargos del Gobierno alemán no sólo antes de la revolución, sino también después de octubre del 17. Un tema interesante ¿no? 2) ¿Colaboró Gorbachov con los órganos de seguridad del Estado cuando era estudiante? (Aquí, naturalmente, pusimos interrogación, aunque el articulista no se andaba con rodeos). Finalmente, 3) los guiones de los conflictos entre nacionalidades los escriben en la Plaza Vieja (o sea, en el local del CC del PCUS). Sobre este punto tuvimos una pequeña discusión. ¿De qué servía anunciar una verdad de Perogrullo? Todo el mundo sabe que los comunistas son los únicos interesados en exacerbar esos conflictos. De todos modos, decidimos dejar esa frase. Luego, venía el texto de rutina: nuestro número de registro, puede suscribirse en cualquier oficina de correos, el precio, todavía es posible suscribirse para el segundo trimestre. Con ayuda de los diseñadores, hicimos el boceto del anuncio y lo mandamos a *Literatúrnyaya gazeta*.

¡Dios santo, la que se armó! Comenzaron las llamadas de jefes, grandes y pequeños: unos pedían que pusiéramos interrogación en la frase sobre Lenin, igual que en la que hacía referencia a Gorbachov; otros insistían en que no se hiciera alusión a los órganos de seguridad; otros más cambiaban el tiempo presente del verbo en una de las frases y la ponían en pretérito. LG nos venía con las de siempre, pero yo había perdido la costumbre. Cuando me harté, fui a ver a quien sustituía en esos días al director y le dije: «Estimado camarada: He comprado en vuestro periódico un espacio para publicidad y, en principio, puedo disponer del mismo como se me antoje. Vosotros no cargáis con ninguna responsabilidad. Aunque me dé por representar allí un trasero».

«Si queréis representar un trasero, nadie os lo impide –replicó con sonrisa cínica el director en funciones–; traseros, cuantos queráis. Pero no os metáis con Gorbachov». Luego se deshizo en cumplidos, me agasajó con un café delicioso y entre los dos llegamos a un compromiso. Nos despedimos con un apretón de manos. Al día siguiente todo empezó de nuevo: sugerencias de todo tipo, que redactemos esto así, que pongamos aquí inte-

rogación y que quitemos los apellidos.

Fue la última gota. Desde entonces no mantengo relaciones de ninguna clase con ese periódico. ¡Genio y figura hasta la sepultura! Nunca cambiarán. Es verdad que a veces me entran ganas de hacerles una pregunta sacramental: «¿De qué lado están ustedes, maestros de la cultura?».

A los curiosos puedo decirles que el hombre con quien traté de resolver el asunto del anuncio era Yuri Poroikov, director adjunto, que había reemplazado en este puesto a Iziúmov cuando éste pasó a *Glásnost* (¡no se confunda con la de Grigoriant!) y él mismo había sido antes director de la revista *Molodói Kommunist* (El Joven Comunista). Por cierto, que la facilidad con que nuestros liberales pasan a las redacciones de publicaciones comunistas o a la inversa es otro dato muy significativo. Estoy seguro de que si en lugar de Poroikov hubiese estado Burlatski (el director de LG), el cual se encontraba de viaje por Estados Unidos, el resultado habría sido el mismo.

En Suiza conté esta anécdota a todo el mundo, en todos los auditorios e incluso desde la pequeña pantalla. Los suizos me escuchaban con gesto cortés, pero tengo la impresión de que no me creyeron hasta el fin: en su país tal cosa es inconcebible.

Por supuesto, en LG se publican artículos interesantes sobre problemas actuales, pero esto se explica por dos razones. En primer lugar, se trata de temas de los que casi *toda* la prensa moscovita y central está hablando a gritos y, segundo, van firmados por autores «de izquierda» a los que resulta difícil negar la publicación. Por ejemplo, Anatoli Sobchak, en los primeros días de abril, y Yuri Schekochijin, a principios de julio de 1991, denunciaron en LG escandalosas arbitrariedades que se cometieron por iniciativa personal del Fiscal General de la URSS, el presidente del KGB, el ministro de Defensa, el secretario general del CC del PCUS y el ministro del Interior de la URSS.

Estos cinco personajes hicieron todo lo posible por anegar en sangre el movimiento de liberación nacional en Georgia y justificar a los culpables de la matanza de abril de 1989 en Tbilisi. Con documentos en la mano, Yuri Schekochijin demostró la implicación de estos mismos personajes en los sucesos de enero de 1991 en Lituania. Sobchak también disponía de documentos serios, ya que era el presidente de la comisión nombrada por el Congreso de Diputados Populares de la URSS para investigar los hechos de Tbilisi. Huelga decir que tanto Burlatski como Sobchak y Schekochijin tenían plena conciencia de que figurarían entre los primeros internados si la ultraderecha lograba hacerse con el poder.

El caso es que en los días del *putsch* el alcalde de Leningrado (hoy, de nuevo, San Petersburgo), Anatoli Sobchak, no sólo comprendió lo que debía hacer sino que realizó brillantemente el plan ideado para organizar en su ciudad la resistencia de las masas: en la ciudad del Neva la junta golpista no logró llevar a cabo ninguno de sus designios. Por su parte, y

también por iniciativa propia, Schekochijin invitó a la prensa democrática de Moscú a reunirse el 21 de agosto por la mañana en el local de *Literatúrnyaya gazeta* para manifestar su repulsa hacia el Comité de Emergencia. Schekochijin intervino asimismo en el mitin celebrado ante la *Casa Blanca* de Moscú. Mientras tanto, Burlatski, según cuenta él mismo en *Nezavisimaya gazeta* (19.9.91), se comunicó por teléfono, los días 19, 20 y 21, con su Redacción desde un sanatorio de Crimea y «se dirigió reiteradas veces al administrador del sanatorio pidiéndole que encargara los billetes para Moscú».

En semejantes circunstancias, dirá el lector, una persona interesada hace autoestop, se traslada al aeropuerto y de ahí sale en el primer avión para la capital (Burlatski en su calidad de diputado tenía prioridad para obtener el pasaje). Eso mismo pensaron los periodistas de LG. Después de conocer la declaración que Burlatski emitió el 21 de agosto (cuando se hizo evidente que el golpe había fracasado), el colectivo de la Redacción le negó su confianza y lo destituyó. El puesto de director permaneció vacante hasta el 23 de setiembre de 1991, fecha en que la asamblea de periodistas eligió para ese cargo al antiguo adjunto de Burlatski, Arkadi Udaltsov.

CAPITULO QUINTO

LA PRENSA NUEVA

Vitali Tretiakov, un amigo de Gorbachov

En 1991, en los días de duras pruebas (y en este país lo son casi todos los días del calendario), la población de la antigua y la actual capital de Rusia recurrían para orientarse a las «voces enemigas», es decir a las emisoras extranjeras, o a *Nezavisimaya gazeta*. Este periódico ha demostrado ser el que mejor información ofrece en el ámbito nacional. Hasta hace poco su difusión en el territorio de la URSS se veía limitada debido a la desidia de los servicios de correos y el sabotaje solapado de las estructuras partitocráticas de provincia. Sólo ahora he podido suscribirme, para 1992, a este periódico.

El 24 de agosto de 1991, compré *NG* en un quiosco. Ese día salió con titulares a *toda* plana que decían:

LA DERROTA DEL 'Putsch' NO SIGNIFICA AÚN LA VICTORIA. SÓLO DESPUÉS DE SUFRIR ESTA TRAGEDIA PERSONAL, GORBACHOV HA COMPRENDIDO LO QUE DECENAS DE MILLONES DE PERSONAS SABÍAMOS, LO QUE DESDE HACE TIEMPO VENÍAN DICIENDO LAS PUBLICACIONES DEMOCRÁTICAS, QUE EL PRESIDENTE DE LA URSS VOLVIÓ A CRITICAR EN LA CONFERENCIA DE PRENSA DADA EN MOSCÚ. EL SECRETARIO DE PRENSA DEL PRESIDENTE, IGNATENKO,

NO CONCEDIÓ LA PALABRA A NINGÚN PERIODISTA DE LAS PUBLICACIONES PROHIBIDAS POR LA JUNTA GOLFISTA.

El director de *Nezavisimaya gazeta*, V. Tretiakov, desarrolla el tema en una columna junto a una foto de la estatua del verdugo Dzerzhinski en el momento de ser arrancada de su pedestal:

A mí también me gustaría cantar ahora la victoria de la *perestroika*. Y unir mis aplausos a los de los periodistas extranjeros que saludaban la primera aparición en público del Presidente de la URSS. No ante el pueblo, sino ante los periodistas, en su mayoría occidentales. Y en esta reaparición del primer dignatario de nuestro país que estuvo a punto de ser derrocado, el secretario de prensa del Presidente, Ignatenko –siguiendo, por lo visto, pautas trazadas de antemano– cedía la palabra precisamente a los occidentales. No veía las manos alzadas de quienes representaban las publicaciones prohibidas por los gol-pistas, incluidas las manos de los representantes de *NG*. Y eso que Tatiana Málkina, de *NG*, fue la única entre los corresponsales soviéticos y extranjeros que el 19 de agosto, dirigiéndose al dictador títere Yanáev, le preguntó en la cara: «¿Se da cuenta usted de que ha promovido un golpe de Estado?». Por cierto que Gorbachov e Ignatenko demostraron un conocimiento perfecto de las preguntas que se hicieron, quién las hizo y quién y cómo las contestó en la conferencia de prensa convocada por el Comité de Emergencia. Gorbachov elogió, por ejemplo, al corresponsal de *La Stampa* italiana, quien evocó las manos temblorosas del «amigo de Gorbachov», etc. ¡Y hay que ver la publicidad que le hicieron a la BBC! Es una buena emisora, qué duda cabe. Cuando uno se ve arrimado contra la pared, comienza a escucharla. Pero ¿era normal que sus miradas buscaran febrilmente a la corresponsal de la radio británica sin ver a los periodistas soviéticos que esperaban su turno?

Naturalmente, el corresponsal de *Vestí*, de la TV de Rusia, tuvo derecho a hacer una pregunta. ¿Cómo negárselo? ¿No fue Yeltsin quien salvó a Gorbachov? Y acto seguido se repitió este gesto de agradecimiento, cediendo el micrófono a la corresponsal de la revista *Ródina*, del Soviet Supremo de la Federación Rusa. La verdad es que nadie, Gorbachov incluido, entendió de qué satélites misteriosos se trataba. Tuve la impresión de que la propia periodista no sabía muy bien ni lo que preguntaba ni con qué fin hizo esta pregunta. Luego –¡qué gracia!– le dan el turno a Víctor Libovtsev, de la TV Central. ¡La misma TV Central que –junto con siete periódicos del CC del PCUS– se pasó dos días y medio y dos noches prostituyéndose con los golpistas y difundiendo sus excrementos informativos!

Pero ¿quizá en esa manera de elegir se hayan reflejado los gustos personales del secretario de prensa del Presidente? En tal caso, ¿por qué Gorbachov después de cantar loas a la prensa occidental y decir dos o tres frases (conste este detalle) sobre el importante papel que desempeñó la prensa democrática, se puso a criticarla acto seguido? Casi le echó la culpa del golpe: con su postura intransigente provocó a la derecha. Así habló de la prensa que en esos tres días de angustia, a pesar de los decretos prohibitivos, defendió a Gorbachov. La misma prensa que tantas veces había planteado la necesidad de que se comprobara si no se falsificaron los resultados de la votación por la candidatura de Yanáev a la vicepresidencia, cuestión que Lukiánov y Gorbachov se encargaron

de enterrar. La misma prensa que tantas veces había advertido claramente a Gorbachov: ¡Atención, el peligro está a su derecha y emana de Yanáev, Lukiánov, Pávlov, Pugo y Kriuchkov!

Mijaíl Gorbachov ha sufrido una tragedia personal. Arrimado a la pared, comprendió lo que mil veces le habían dicho los demócratas, los que desde hacía mucho habían comprendido millones de personas, como señaló Yuri Kariakin en la conferencia de prensa, por lo cual se ganó un sermón del Presidente.

En el discurso oficial pronunciado en el programa *Vremia*, Mijaíl Gorbachov, ateniéndose al texto escrito de antemano, dijo lo que debía decir. Al intervenir en la conferencia de prensa, sin texto preparado, y sobre todo en sus respuestas a las preguntas de los periodistas, no habló de las víctimas del *putsch* en Moscú, criticó a Alexandr Yákovlev por haber salido del Partido Comunista, dijo algo difícil de entender sobre Shevardnadze y elogió el PCUS, cuyos canales de comunicación habían servido como líneas de dirección operativa del golpe.

La primera conferencia de prensa del Presidente ha sido chocante. Gorbachov no ha perdido el sentido del humor, pero respondió con evasivas a las preguntas de los periodistas. En Occidente, claro, se han tranquilizado (aunque me parece que no del todo).

Muchos se preguntan: ¿por qué Gorbachov, al regresar a Moscú, no se presentó ante el pueblo? ¿Por qué no se reunió con los demócratas congregados en el lugar de su victoria, frente a la *Casa Blanca* de Rusia? Pienso que no es difícil hallar la respuesta. ¿Qué hubiese oído allí Gorbachov? ¿Sólo voces de alegría con motivo de su liberación? ¿O también algo más? Colocarse al lado de Yeltsin, su salvador, hubiese sido un gesto de auténtico agradecimiento. Un gesto arriesgado, desagradable para el amor propio de Gorbachov, pero indispensable. No lo hizo. Hasta ahora él jamás acudió a los mítines de las fuerzas democráticas. Tampoco lo hizo el 22 de agosto, el día en que el Moscú democrático festejaba ante la *Casa Blanca* la victoria sobre la junta que había arrestado no sólo al Presidente de la URSS, sino también a su familia.

No se trata sólo de emociones y dramas personales. Todo eso tiene que ver con la política. La lucha política está lejos de haber terminado. Gorbachov en esta pugna sigue siendo el representante del poder central. Yeltsin, el de una de las repúblicas. Quien defendió a Yeltsin en la *Casa Blanca* no fue el Centro, sino el pueblo. Y el pueblo sabe que ahora tratarán de esconderse a espaldas de Gorbachov figuras de menor calibre que no respaldaron de forma manifiesta a los *putchistas*. Si el Presidente de la URSS se equivocó en la elección de su primer ministro, vicepresidente, ministros de Defensa, del Interior y del KGB, y el presidente de su Parlamento, ¿qué garantías tenemos de que los viceministros, ayudantes, administradores y otros peces pequeños de la *nomenklatura* sean mejores que sus jefes que alzaron la mano contra dos presidentes a la vez?

Seamos francos del todo, aunque ello pueda aguarnos un tanto la fiesta de esta «victoria general». El Centro está a punto de perder el poder. Nunca estuvo tan cerca de ello. El Centro es Gorbachov, en su calidad de secretario general del PCUS y Presidente de la URSS. Pero el Centro no es sólo Gorbachov. También forman parte de él esos peces pequeños, pero con muchos dientes a los que me he referido más arriba. Gorbachov representa para ellos su única defensa potencial. Se unirán en torno a él, aunque le odien. Y él

necesitará de ellos para equilibrar el acrecido peso político de la Rusia soberana y su presidente legítimo.

Una brecha en el bloqueo informativo: NG. (El golpe del 19-9-1991 y la primera Conferencia de prensa de Gorbachov)

El 25 de agosto intervino en el programa *Vzgliad* un ayudante del Presidente, diputado popular de la URSS, que se encontraba en Foros en los días dramáticos de agosto. Ese hombre de edad avanzada, que domina mal su lengua materna, contó a los televidentes las fechorías cometidas por los servicios de información del KGB y del CC del PCUS que le colaban al Presidente datos falsificados sobre la situación en las repúblicas bálticas y Transcaucasia.

Que le colaban datos falsificados, no lo dudo. Pero ¿qué hace el presidente norteamericano en semejante caso? Además de los informes que le suministran los servicios de inteligencia, sigue los noticieros de la CNN y otras cadenas de televisión, lee periódicos y revistas. En los días del *putsch* y hasta finales de agosto, el parisiense *Le Figaro* dedicaba diariamente de ocho a doce páginas a los acontecimientos de la URSS. Lo mismo hicieron todos los diarios políticos franceses. La prensa occidental informó de los acontecimientos de enero de 1991 en Vilnius, Tallinn y Riga de manera mucho más detallada y objetiva que los periódicos capitalinos soviéticos. Es verdad que nuestro Presidente no domina ninguna lengua extranjera y tiene que contentarse con la información tendenciosa, selectiva que le brindaban los servicios de TASS y del KGB. Pero esto tiene solución: hay que crear una prensa independiente, con profesionales honrados y cualificados. Lo que hasta hace poco parecía imposible hoy está en vías de hacerse realidad. Vitali Tretiakov cumplió su promesa de que a partir de enero de 1992 *Nezavisimaya gazeta* (El Periódico Independiente) saldría a la calle todos los días.

La presentación oficial del periódico de Tretiakov, un periodista muy joven y de gran talento, ex subdirector de *Novedades de Moscú*, tuvo lugar el 21 de enero de 1991 en la prestigiosa Casa del Cine de Moscú. Tretiakov comentaba en enero que le resultaba interesante hacer un periódico sabiendo que cada nueva edición podía ser la última. *NG* contaba con el respaldo del Soviet de Moscú, pero no con los favores del Ministerio de Comunicaciones de la URSS, por lo cual su ámbito de difusión quedó circunscrito a la capital durante muchos meses. Dentro del grupo de los nuevos periódicos y revistas registrados oficialmente, se colocó enseguida por su calidad entre las publicaciones «serias» de mayor difusión, tales como *Kommersant*, *Kuranti*, *Stolitsa* y *Megapolis-express* (en 1991 sólo era posible suscribirse a *Kommersant*).

Nezavisimiy gazeta obtuvo de su fundador, el Soviet de Moscú, un

préstamo sin interés de 300.000 rublos. Este dinero sirvió fundamentalmente para cubrir los costos del número piloto, que se puso a la venta el 22 de diciembre de 1990. Según explicó Tretiakov (*Kommersant*, 24.12.90), el hecho de contar con papel procedente de los fondos del Gosplan de la URSS y los servicios de imprenta (a precio fijo de Estado) de la editorial *Izvestia* permitió cubrir los gastos de publicación del periódico a comienzos de 1991 a cuenta de los beneficios producidos por la venta del primer número y los anuncios insertados en el mismo. Además, el semanario francés *Courrier International* sacó en París una tirada complementaria de 100.000 ejemplares de *NG*, en ruso, que fue distribuida en calidad de suplemento gratuito a uno de los números de dicho semanario. Desde entonces, dice Tretiakov, *Nezavisimaya gazeta* tiene en cartera múltiples ofertas de grandes anunciantes y socios potenciales para actividades editoriales y comerciales. Las ganancias procedentes de la actividad comercial servirán para sufragar la publicación del periódico y se invertirán también en la construcción y equipamiento de una imprenta propia. Se prevé, en particular, fundar una editorial especializada en literatura política y social.

Al abrir la campaña de suscripciones para 1992, *Nezavisimaya gazeta* (1.8.91) recalcó que no se atenía a los principios de la *glásnost*, sino al derecho fundamental de la libertad de expresión. Que era el primer periódico soviético que, desde junio de 1991, se editaba también en Estados Unidos en ruso (si bien con tamaño diferente y con menor frecuencia que en Moscú). Que ningún partido controlaba ni controlaría jamás a *NG*. Que este periódico era el que brindaba más información veraz sobre lo que ocurría en las repúblicas, en la URSS y en el mundo entero. Todo eso no eran promesas. Ahí estaban los resultados del primer semestre de existencia.

En Moscú, *Nezavisimaya gazeta* se colocó muy pronto en cabeza de los demás periódicos por las cifras de venta en la calle. En marzo de 1991, tenía una tirada de 150.000 ejemplares que se vendía por entero en la capital. Por aquel entonces los quioscos moscovitas de Soyuzpechat recibían diariamente 82.000 ejemplares de *Pravda* y 40.000 de *Izvestia*. En febrero, una de las nueve agencias interdistritales de Soyuzpechat en Moscú devolvió a la Redacción de *NG* 28.000 ejemplares. Al decir de los dirigentes de la distribuidora, este periódico «se vendía mal». Anotemos que el departamento administrativo del CC del PCUS tenía muy bien organizada la labor de Soyuzpechat en la capital. Cuando queda sin vender parte de la tirada de *Pravda*, *Izvestia*, *Komsomólskaya pravda*, *Rabóchaya tribuna*, *Novedades de Moscú* o *Moskóvskaya pravda*, las pérdidas corren a cuenta de la distribuidora, pero en el caso de *NG* carga con ellas el propio periódico.

«La trama o argumento global de *Nezavisimaya gazeta* es el hombre cuerdo en el torrente de la locura». Recordemos esta frase clave. Su autor, Lev Anninski, prosigue (*NG*, 13.6.91): «La lógica de la independencia en

medio del caos de lo imprevisible. No pisamos suelo firme, estamos ya en un abismo, una sima en la que parece que jamás tocaremos fondo. Pruebe usted a permanecer sereno en una situación de alienación total». Hasta los demócratas ya están peleándose entre sí, lamenta Anninski en sus *Retratos de la nueva prensa*.

NG brinda al lector informaciones que otros periódicos se resisten a publicar: unas veces porque no les gusta el texto, otras por «falta de espacio», etc. *Nezavisimaya gazeta* fue la única publicación capitalina que reprodujo íntegramente el discurso que Elena Bonner pronunció el 21 de mayo de 1991, en presencia del presidente Gorbachov, en el acto inaugural del I Congreso Internacional en Memoria de Andréi Sájarov (*NG*, 8.6.91). Por segunda vez, Bonner y Gorbachov volverían a hablar desde la misma tribuna en agosto del mismo año, en las exequias de los tres jóvenes que cayeron defendiendo la *Casa Blanca* contra los golpistas. La mayor parte de los recursos recaudados para financiar dicho congreso, que se celebró bajo el lema de *Paz, Progreso, Derechos humanos*, procedían de publicaciones independientes: *Argumenti i fakti*, *Ogoniok* y *Novedades de Moscú*, pero, como decíamos, el brillante discurso de Bonner apareció sólo en *NG*.

Este fue también el único periódico que insertó la «memoria» remitida por el Fiscal General de la URSS, N. Trubin, a los diputados populares, documento en el que se eximía a los militares de toda responsabilidad en los trágicos acontecimientos de la noche del 8 al 9 de abril de 1989 en Tbilisi.

Andréi Karáulov, el más famoso entrevistador soviético, forma parte de la plantilla de *NG*. Su conversación con Zviad Gamsajurdia ocupa una plana entera en el número del 7 de marzo de 1991. Cuando uno tiene la posibilidad de leer los textos íntegros de Bonner, Trubin o Gamsajurdia, en vez de pequeños fragmentos o resúmenes, comprende quién es quién. En tal caso, los comentarios sobran.

NG cuenta asimismo con un buen cuadro de analistas. Pavel Felguengauer, por ejemplo, nos invita a cotejar las siguientes cifras: según los resultados del censo de 1926, en la URSS había 194 naciones y etnias; en el censo de 1959 se registraban sólo 109; en 1970, 104, y en 1979, 101. Con estos datos Felguengauer concluye el artículo *Osetia del Sur: ¿El desenlace está predeterminado? Fórmulas de supervivencia de las minorías nacionales en el período transitorio*. La dirección comunista en Osetia del Sur, empeñada en conservar sus privilegios con ayuda de las tropas del poder central, se olvida o no quiere tener en cuenta que cuando las tropas rusas o los comandos paramilitares osetios se vean obligados a retirarse, la población osetia de Tsjinvali tendrá que marcharse con ellos hacia el norte. Esto no lo digo yo, no lo dicen los georgianos, sino Felguengauer. ¿Pero acaso los comunistas pensaron alguna vez en algo más que la manera de conquistar el poder o mantenerse en él?

Para concluir esta breve revista de *Nezavisimaya gazeta* recurriremos

nuevamente a la ayuda de su director, Vitali Tretiakov, quien insertó en la edición del 4 de abril de 1991, en la última página, un excelente retrato de su periódico, bajo el título *La independencia es nuestro estilo. En particular, la independencia respecto a la estupidez, las intrigas entre bastidores y las zancadillas a los rivales:*

En el primer número de *NG* –en esta misma página– me permití exponer en mi calidad de director algunos principios del periodismo independiente, por los que nuestro periódico tenía intención de regirse. Desde entonces han pasado poco más de tres meses. *NG* se ha colocado entre los periódicos soviéticos más populares, a los que se suele hacer referencia tanto dentro como fuera del país.

Prestamos especial atención a los juicios críticos de nuestros colegas. No son juicios de este tipo lo que falta. Pero en ningún momento nos hemos planteado contestar a todos los que de una u otra manera emitían opiniones sobre nuestro periódico. En primer lugar, porque hubiera sido imposible. Y en segundo término, porque tenemos –sobre este punto también– nuestros principios. Empezando por el de abstenernos de ser los primeros en entablar polémica con exponentes de la prensa tradicional. Yo siempre he invitado a los periodistas de *NG* a tener presente que es falta de modestia querer enseñar a los demás cómo se debe escribir. Lo mejor es hacer nosotros mismos nuestro oficio como estimamos que debe hacerse.

Sin embargo, tampoco hicimos juramento de pasar por alto cualquier crítica. Menos aún, cuando se trata de acusaciones gratuitas que atañen a nuestro honor profesional. De vez en cuando hemos respondido. Previendo, por cierto, a determinadas publicaciones que deberían ser más prudentes, porque en la mayoría de los casos quienes nos criticaban no han logrado demostrar que tuvieran razón y, por otra parte, hacían propaganda –gratuita– de nuestra publicación que, por ahora, se ve obligada a salir con tirada «reducida». Muchos atendieron ese consejo; el telediario *Vremia*, por ejemplo. Pero son muchos también los que se empeñan en esa labor arriesgada e ingrata.

Hace poco, el semanario *Ekonomika i zhizn'* (Economía y vida) mencionó tres veces en el mismo número nuestro periódico y, naturalmente, no lo hizo para elogiarnos. No vamos a ofendernos por eso: sobre gustos no hay nada escrito. Pero hay un punto que merece ser comentado. *Ekonomika i zhizn'* dice: «El dependiente *Periódico Independiente*». Elegante juego de palabras, aunque demasiado fácil, a nuestro juicio. Ahora bien, ¿qué argumentos aduce? Ninguno. Quizá no estará de más que, ahora, dediquemos unas cuantas líneas a dicha publicación que, a guisa de adorno, lleva la siguiente «divisa»: «Fundada por el CC del PCUS». El que *Ekonomika i zhizn'* haya alcanzado una tirada bastante grande en el caso de una publicación especializada se explica fácilmente. Dicho semanario disfruta del «derecho de pernada» para publicar los documentos económicos normativos. Está claro que los dirigentes de muchas empresas no pueden pasarse sin estos documentos y, por tanto, se ven obligados a suscribirse a *Ekonomika i zhizn'*. Pero uno se pregunta: ¿por qué una publicación no gubernamental goza de semejante privilegio? De una exclusiva muy beneficiosa, por cierto, desde el punto de vista comercial. ¿No se tratará de un caso de monopolio ilegítimo de la información estatal de carácter económico-jurídico por un órgano de prensa que pertenece a un partido político, con-

cretamente al PCUS? ¿Y qué pasará cuando *Ekonomika i zhizn'* sea despojada de ese privilegio? ¿Le quedará tiempo para ocuparse de *Nezavisimaya gazeta* o tendrá que dedicarse por entero a buscar otros patrocinadores –al margen del Gobierno de la URSS– para enfrentarse en competencia leal con otros semanarios económicos, como, por ejemplo, *Kommersant*?

O tomemos el caso de *Rabóchaya tribuna* (Tribuna obrera), otro periódico al que *NG* no le resulta indiferente. Este diario «para la protección social de los trabajadores», según se indica en primera página, fundado –él también– por el CC del PCUS, según se hace constar en la última, prefiere atacarnos a base de dardos sueltos, sin ilación alguna entre unos y otros, absolutamente infundados y –arriesgaré aquí una definición de conjunto– tan estúpidos que contestarle con réplicas del mismo estilo sería indecoroso y ponerse a discutir en serio significaría faltar a nuestra propia dignidad.

Es de notar que, en general, los órganos de prensa comunistas (los que pertenecen al CC del PCUS) tienen una manera extraña de discutir con *Nezavisimaya gazeta*. No polemizan con el periódico, con lo que dice, sino con su nombre. Unos, como *Ekonomika i zhizn'*, explotan el retruécano de «el dependiente *Independiente*», otros insinúan una y otra vez que dependemos del Soviet de Moscú. En *Moskóvskaya pravda*, por ejemplo, el doctor en Filosofía V. Trushkov comienza su artículo señalando que el nuestro es un periódico «fundado por el Soviet de Moscú», lo cual es la pura verdad, para terminar llamándonos no sé por qué «la publicación del Soviet de Moscú». El autor confunde dos conceptos muy distintos (véase la Ley de Prensa). En los Estatutos de *NG* se consigna la independencia de este periódico fundado por el Soviet de Moscú, en particular con respecto a su propio fundador. En estos primeros tres meses de vida, *NG*, si no me equivoco, no ha insertado más que dos o tres artículos de diputados del Soviet de Moscú. En todo caso, muchos menos que *Moskóvskaya pravda*. En *NG*, por ejemplo, no hemos publicado ningún artículo ni declaraciones de Gavriil Popov, presidente del Soviet de Moscú, que le cae tan mal a dicho periódico, pero sí una extensa entrevista con el dirigente de los comunistas moscovitas, Yuri Prokófiev.

NG publica muchas opiniones sin indicar cada vez que «no las comparte necesariamente». Quienes tienen ganas de discutir con *NG*, tienen por tanto la posibilidad de elegir lo que les parezca más criticable. Pero también ocurre lo contrario: eligen lo que les gusta. Hubo un tiempo en que *Krásnaya zvezdá* nos mencionaba muy a menudo con la calificación de «pretendido periódico democrático». Pero cuando insertamos una colaboración de L. Sigal, analista de *Kommersant*, quien criticaba la posición de los demócratas en la cuestión del referéndum, *Krásnaya zvezdá* citó varias frases del artículo sin indicar dónde trabajaba el autor (aunque nosotros lo recalcamos expresamente).

Son muchos los que no creen en nuestra independencia. Allá ellos. No vamos a rasgarnos las vestiduras. El esclavo jamás entiende que una persona pueda ser libre, y entre la gente dependiente, la independencia suele suscitar recelos, en el mejor de los casos, y en el peor, irritación y el deseo de expropiar –en beneficio de su amo– la independencia ajena.

Son reacciones estúpidas. Y nosotros procuramos también ser independientes de la estupidez. A palabras necias, oídos sordos.

Pero este mismo tema de la posición de *NG* presenta otro aspecto, más delicado pues

concierno a la situación en el campo de la prensa democrática. Los periódicos derechistas no se critican los unos a los otros. Se han fijado esta regla. Una regla muy práctica.

A las publicaciones de izquierda también les gustaría concertar la unidad, pero no logran ponerse de acuerdo. Ni lo lograrán. Por una parte, esa unidad significaría el fin de la prensa democrática de izquierda: dejaría de ser democrática y de izquierda. Por otra parte, no se lo permiten las leyes de la competencia —competencia real— en un contexto marcado por el monopolio comunista de las capacidades de imprenta.

Pero el que haya competencia no quiere decir que todos los medios sean plausibles. Se comprende que el lanzamiento de *NG* no fuese acogido con júbilo por las publicaciones democráticas. Si no me equivoco, sólo *Vechérnaya Moskvá* y *Novedades de Moscú* nos felicitaron con motivo de la aparición de nuestro primer número. Luego, hemos visto cómo se inquietaban algunos representantes de la prensa democrática a medida que *Nezavisimaya gazeta* cobraba fuerza y popularidad. Repito: todo esto se comprende. Es lógico en las condiciones de lucha competitiva. Pero he aquí que un buen día *Moskovski komsomólets* publica las cifras de venta de las publicaciones centrales y capitalinas en Moscú. Y aunque estábamos ya a finales de marzo, nos ofrece las cifras correspondientes a enero (el primer mes de vida de *NG*), aunque existían datos más recientes, referidos a febrero. Y al mismo tiempo se infla el número de ejemplares devueltos de *NG*. Y no se dice que el sistema de venta en los quioscos de Soyuzpechat favorece, concede ventajas a las publicaciones tradicionales (en primer lugar, las del PCUS), incluida la democrática *Novedades de Moscú*. Y que *NG* no goza de esas ventajas. Y no indica la periodicidad de las diferentes publicaciones. En definitiva, *Moskovski komsomólets* ocultó a sus lectores lo principal: que en el momento de publicar esas cifras, y en realidad desde hacía ya un mes, *NG* era ya el periódico más vendido en los quioscos de Soyuzpechat.

Lo que menos me preocupa es que la derecha se regodee viendo cómo «nos peleamos» en el campo de la prensa democrática. Las emociones de esa gente me tienen sin cuidado. Pero quiero dejar constancia de que *Nezavisimaya gazeta* jamás utilizará tales métodos ni en contra de la derecha ni en contra de la izquierda. Ni siquiera contra aquellas publicaciones de izquierda que, después de haber luchado en su tiempo por la abolición de la censura en la URSS, han guardado a los censores —por si las moscas— en sus plantillas.

Comprendo asimismo que muchos demócratas arremetan con furia contra la derecha, contra los conservadores, contra quienes, a su juicio, cercenan la libertad de información en nuestro país. Pero si no logran ganar la batalla, que se culpen a sí mismos, y no a los otros, a *Nezavisimaya gazeta* en particular.

Francamente, me parece más decorosa la actitud consecuente de muchos conservadores. Así, por ejemplo, cuando *NG* dedicó una página y media a las vinculaciones «extrañas», valga el eufemismo, del Centro Creativo Experimental dirigido por Kurgui nián con el primer ministro de la URSS y el primer secretario del Comité Urbano de Moscú del PCUS, ambos hicieron como si no se hubiesen enterado. *Moskóvskaya pravda*, que de tiempo en tiempo nos suelta el toro, esta vez guarda silencio. Tampoco han dicho nada los diputados populares de la URSS, ni los de derecha ni los de izquierda. Creo saber por qué. Kurgui nián ya sale incluso en el telediario *Vremia* explicándonos lo

que conviene hacer. Y nadie dice nada. Como tampoco nadie respondió cuando *NG* propuso a los periodistas de Moscú realizar una acción conjunta de protesta contra el propósito de suspender la Ley de Prensa. Muchos periódicos de provincias, en cambio, secundaron la idea e, igual que *NG*, salieron con un espacio en blanco en primera página. Porque comprenden que no es con tramoyas como conviene luchar contra la censura política.

Hace unos días, repentinamente, se interrumpieron todas las negociaciones que veníamos sosteniendo con editoriales de ciudades situadas más allá de los Urales. Existía el proyecto de editar allí, en imprentas locales, nuestro periódico. De súbito, nuestros interlocutores desecharon la idea. No es que ellos mismos hubieran cambiado de parecer, sino que habían recibido una disposición del departamento administrativo del CC del PCUS con una lista de los periódicos que se prohibía categóricamente imprimir en empresas tipográficas de los comunistas (que es como decir: en cualquier imprenta del país). Tenemos noticia de que *NG* encabeza la lista. ¡Qué le vamos a hacer! Mientras la Unión de Periodistas y los diputados populares partidarios de la *glásnost*, sigan hostigando a Krávchenko entre bastidores, en vez de luchar abiertamente contra el monopolio del PCUS sobre las imprentas, que son patrimonio de todo el pueblo, esa lista tendrá más poder que Fausto. Aunque el propio Goethe resucite y se ponga al frente de la Unión de Periodistas y su Organización de Moscú.

Por lo que respecta a *NG*, seguiremos siendo un periódico independiente. No hemos incorporado censores —«por si las moscas»— a nuestra plantilla, ni hemos obtenido las ventajas de que disfruta la prensa de partido en el plano de la distribución. No viajamos al extranjero en delegaciones de la UP. Y, en general, confiamos únicamente en nuestra propia labor. Una labor independiente, realizada con honradez y sentido de responsabilidad ante el lector. Sin tonterías, intrigas entre bastidores y zancadillas a nuestros colegas demócratas.

¡Hasta pronto, en el quiosco!

Los periódicos del poder democrático. La Gaceta de Rusia

A finales de enero de 1990 se anunció la suscripción a *Rossíyskaya gazeta* (La Gaceta de Rusia), fundado por el Soviet Supremo de la Federación Rusa. En noviembre del mismo año, *RG* se puso también a la venta en los quioscos de prensa de Moscú. En enero de 1991 tenía una tirada de 200.000 ejemplares y poco a poco comenzó a difundirse en otras regiones de Rusia. El periódico no es caro (10 kopeks el ejemplar) y se imprime en instalaciones de la editorial *Moskóvskaya Pravda*, por contrato con el CC del PCUS. Es la única publicación diaria del Parlamento ruso, cuyo Presidium edita también el semanario *Rossía*. Desde junio de 1991, *Rossíyskaya gazeta* se imprime también en Volgogrado, Kazan, Krasnodar, Mineralnie vodi, Nizhni Nóvgorod, Novosibirsk, Ekaterinburgo y Ufa. Posteriormente, se agregaron a esta lista San Petersburgo, Irkutsk, Omsk y Sarátov. En el verano de 1991, la tirada diaria de *RG* (cinco edi-

ciones por semana, de 4 a 8 páginas) alcanzó los 560.000 ejemplares, que prácticamente llegaban a manos del lector el mismo día de la publicación. Este buen periódico del no siempre tan bueno Parlamento de la Federación Rusa luchó activamente para evitar que se repitieran en Moscú los sucesos de Vilnius. No es casual que, el 3 de julio de 1991, la dirección comunista de Tatarstán, que había dado su acuerdo para que se editara *Rossíyskaya gazeta* en Kazan, rescindiera el contrato sin razonar las causas de su decisión.

La línea política de *Rossíyskaya gazeta* se ve reflejada en las respuestas de su director, Valentín Logunov, a las preguntas de *Rossíyskie vestí* (núm. 19, setiembre de 1991) sobre la *democracia*, la prensa y el *poder*:

1. La situación en el país es crítica. El *putsch* significó un intento programado de involución social, que implicaba el paso de la sociedad de un estado concreto a otro diametralmente opuesto. Las fuerzas que protagonizaron el golpe contaban, y cuentan, con una base social inmensa.

Está, por ejemplo, la capa de los *límpenes*. Una capa que existe en todos los países, pero es particularmente numerosa en el nuestro. La componen personas con bajo nivel de conciencia social, cuyas necesidades se reducen a una botella de vodka por la tarde y un poco de salchichón de menudillos. Pienso que serán unos veinte millones de personas en todo el país. Además de esta capa, que frena el desarrollo del país, está el aparato de los organismos estatales, los soviets y el PCUS. Es también un estrato muy numeroso, sobre todo si lo consideramos junto con todos los fámulos que recibían algunas migajas de la mesa señorial. En conjunto, casi la mitad de la población adulta del país se opone –consciente o inconscientemente– al cambio.

Una quinta parte de la población son jubilados. No quiero absolutizar, pero está claro que en su mayoría son gente resentida. El resentimiento es un estado objetivo de esta categoría. Los jubilados de hoy soportaron privaciones durante decenios y ahora comprenden que ellos no han vivido, sino que simplemente han vegetado en la miseria. Una persona que trabajó treinta o cuarenta años se encuentra hoy sin lo más elemental, mientras que al lado vive un joven cooperativista de 25 años que tiene coche, toma champán y cobra 5.000 rublos al mes...

La sociedad está dividida y mañana lo estará más aún. El proyecto de construir una sociedad de justicia social absoluta es quimérico. Y esto significa que para llevar a cabo las reformas hay que apoyarse en determinados sectores. A saber, en la clase todavía muy débil de los empresarios, los granjeros, los profesionales y los cooperativistas. Sí, ellos se enriquecerán, pero una parte de sus ganancias, a través de los impuestos, servirá para aumentar las pensiones, los subsidios, etc.

2. Si ha habido progresos reales en algún terreno, es precisamente en el de los medios de comunicación de masas. Antes de la fundación de *Rossíyskaya gazeta*, desempeñé durante seis meses el cargo de viceministro de Prensa e Información de la Federación Rusa. Es sabido que los periódicos de provincia estaban controlados por las secciones de propaganda de los comités regionales y urbanos del PCUS. *toda* la base material, prácticamente todas las imprentas pertenecían al antiguo partido gobernante. A fin de terminar con este

monopolio, prestamos nuestro concurso para la fundación de nuevos periódicos interregionales y les ayudamos a abastecerse de papel. En Rusia, hay más de 2.000 periódicos de distrito. Tienen tiradas pequeñas pero ejercen notable influencia en el ámbito local. Además, está la TV de Rusia, y Radio Rusia. Todo esto tuvimos que arrancárselo a ese monstruo llamado PCUS.

Pienso que las autoridades actuales, desde el presidente Gorbachov hasta los Soviets locales, toman en consideración la fuerza del cuarto poder. Es un logro de enorme importancia,

3. Los rusos hemos aprendido a aguantar, estamos acostumbrados a vivir en una isla pequeña, maloliente y que amenaza con hundirse en cualquier momento. Hemos aguantado durante siglos... ¡Ojalá tengamos la paciencia indispensable para construir una casa grande y luminosa! Hace falta mucha paciencia. Y también maña y tesón.

A quienes ejercen hoy el poder, yo les diría lo siguiente: no deben subestimar nunca a la gente. Y diría más: no deben coquetear con el pueblo. Es imprescindible que formulen juicios realistas, que se esfuercen por estar a la altura debida y ver todo el país. Deben dar muestras de sabiduría. Y ser honrados, sinceros en el trato con el pueblo. Y poner *toda* el alma en el trabajo.

Rossíyskie vestí (Noticias de Rusia) es otra de las publicaciones de signo democrático nacidas en los últimos tiempos y una de las once que, al ser prohibidas por el Comité de Emergencia, unieron sus esfuerzos y sacaron a luz *Obschaya gazeta* (El periódico conjunto), que a despecho de los golpistas fue inscrito, con el núm. 1.054, en el registro oficial de prensa el 20 de agosto, por decisión especial del Ministerio de Prensa e Información de Rusia. En la primera plana de esta edición especial aparecían los encabezamientos de *Megapolis Express*, *Moskovski komso-mólets*, *Rossíyskie vestí*, *Rossíyskaya gazeta*, *Stolitsa*, *Kuranti*, *Argumenti i fakti*, *Nezavisimaya gazeta*, *Komsomólskaya pravda*, *Kommersant* y *Novedades de Moscú*.

Fracasado el golpe, *Rossíyskie vestí* decidió prolongar en sus propias páginas el encuentro de esas once publicaciones democráticas editadas en Moscú y pidió a sus directores que expresaran sus criterios sobre tres temas eternos: la democracia, la prensa, el poder. Esas opiniones fueron publicadas en el núm. 19 de 1991 bajo la siguiente rúbrica: *El club de los once. El «cuarto poder» en la cuarta revolución¹. Los codirectores de «Obschaya gazeta» en las páginas de «RV»*. Valeri Kúcher, director de *Rossíyskie vestí*, publicó ese día un artículo titulado *De la «glásnost» a la libertad de expresión*:

Los historiadores afirman que los métodos de represión de los disconformes han sido elaborados hace tiempo, son neutrales en su esencia y, por tanto, pueden ser utilizados por

1. Se refiere a la cuarta revolución rusa. Las tres primeras fueron la de 1905 y las de febrero y octubre de 1917. (N. del A.)

cualquier poder. Aunque las transformaciones estructurales ya están en marcha, todavía quedan muchos elementos que predisponen al centralismo, al burocratismo y al estancamiento. La prensa, el *cuarto poder*, constituye una fuerza muy poderosa, pero ella también descansa sobre una base muy frágil, porque sigue siendo la misma de antes: la propiedad estatal. Probablemente, cuando se empiecen a editar muchos y diversos periódicos «conjuntos», con la participación de sociedades anónimas integradas por colectivos de periodistas, es cuando entraremos en una época no sólo de unidad espiritual, sino también de fraternidad económica de los periodistas, esto es, la era de la verdadera libertad de expresión.

El primer número de *Rossíyskie vestí*, semanario del Gobierno de la Federación Rusa, vio la luz en mayo de 1991. *Rossíyskaya gazeta*, *Rossíyskie vestí* y *Rossía* son los tres principales periódicos de la Federación Rusa. Ninguno de ellos tiene más de un año de edad. De estas tres publicaciones, sólo *Rossía* se edita en ejemplares de 8 ó incluso 16 páginas de gran tamaño y está orientada a la incipiente clase media de Rusia.

A diferencia de la prensa tradicional, los nuevos periódicos moscovitas editan textos impactantes. ¿Dónde y en qué otro momento tuvieron los soviéticos la oportunidad de leer en ruso encíclicas papales? El semanario *Rossía* (29.6.91) ofreció esta posibilidad a sus lectores en un extenso artículo titulado *El hombre fue creado para ser libre*, que ocupaba una página entera del periódico e iba precedido por la siguiente nota editorial:

En 1891, cuando el papa León XIII publicó la encíclica que dio origen a la doctrina social de la Iglesia, el fantasma del comunismo estaba dando sus primeros pasos por Europa y constituía un fenómeno todavía novedoso. Así se titulaba la encíclica: *Rerum novarum* (De cosas nuevas). Han pasado cien años. ¿Cabe decir que el fantasma ha llegado al término de su itinerario? En su encíclica *Centesimus annus* Juan Pablo II nos previene contra conclusiones precipitadas. En todo caso, para nosotros, que hemos sido educados en principios fantasmales, las ideas expuestas en estos dos mensajes papales, igual que la propia existencia de la doctrina social de la Iglesia, con su entendimiento de la naturaleza humana y los fundamentos del régimen estatal, siguen constituyendo una novedad absoluta.

Hoy presentamos a nuestros lectores unos fragmentos de la primera encíclica y reproducimos el texto (abreviado) de la *Centesimus annus*.

Lenin y Stalin, Súslov y Fedoséev habrían aplicado un castigo ejemplar a quien se hubiera atrevido ya no digamos a publicar, sino simplemente a expresar en voz alta en la cocina de su casa lo que dicen esas encíclicas. Con textos como esos, elevados por su estilo y al mismo tiempo comprensibles para cualquier persona, debería formarse el espíritu de nuestros escolares. Más que discursos sobre materia religiosa, son textos

que nos explican las causas de nuestros sufrimientos. Los papas, el último de los cuales contribuyó a que su país volviera al camino de la libertad, han revelado ser hombres inteligentes. «Merece especial atención —dice Juan Pablo II— el hecho de que casi en todas partes se haya logrado derrocar el dominio marxista por medios pacíficos, con las armas de la verdad y la justicia».

En Moscú, se ha granjeado popularidad otro periódico que no depende de ningún partido político, el diario *Kuranti*, fundado por el Soviet de Moscú. El personal de la Redacción (90 empleados) se hacina en un espacio de 130 metros cuadrados. A diferencia de *Pravda* e *Izvestia*, que todavía se imprimen con linotipias (verdaderas piezas de museo), la composición de este diario la hacen los propios empleados de la Redacción utilizando modernos ordenadores de fabricación occidental. Lo malo es que estos equipos «se niegan» a funcionar normalmente en un ambiente sofocante cargado de electricidad estática. De ahí la abundancia de erratas. Hubo tiempos en que lo que más temían los redactores y el personal de las imprentas era que se colara algún «gazapo político». En el caso de *Kuranti* no los hubo, aunque no mantiene censores en su plantilla.

En los mostradores de los quioscos moscovitas han aparecido también nuevas revistas.

Andréi Malguin, un «crítico por la Gracia de Dios». Stolitsa (La Capital)

Stolitsa ha ganado fácilmente popularidad entre los moscovitas. *Véchérnaya Moskvá* (1.8.90) insertó una entrevista con el director de esta nueva publicación:

Un comentarista de temas literarios de Radio Liberty (Libertad) ha calificado a este hombre de «líder de la joven izquierda literaria». Vladímir Kárpov, dirigente de los escritores soviéticos, le llamó «crítico por la gracia de Dios». Sin embargo, Andréi Malguín se ha destacado más como crítico político, triunfando en las elecciones al Ayuntamiento de Moscú y pasando a dirigir el semanario *Stolitsa*,

— Andréi, dicen que usted se propone lanzar cada semana un «éxito de ventas» y una «bomba» llena de noticias sensacionales. ¿Me pregunto si tendrá tela que cortar?

— De momento, la hay; también hay reporteros y colaboradores.

— Ahora que los periódicos nuevos se multiplican como hongos después de la lluvia, usted tendrá que ingeniárselas para atraer al lector, ¿no es cierto?

— En efecto, el número de periódicos no deja de crecer. Pero en nuestro caso se trata de una revista, y la competencia no nos preocupa mucho, porque en el país hay pocas revistas semanales. Por su forma, *Stolitsa* se parece a Time (la portada es en color y las páginas interiores son papel de diario) o al semanario soviético *Tiempos Nuevos*, pero es mucho más «gorda» e interesante.

– Usted es un conocido rompedor de los mitos del pasado y denostador de los «conservadores de lujo» con sus privilegios y de plagios como los de Lébedev-Kumach. Ahora bien, ¿no le asusta que, cuando sus ideas triunfen –si es que triunfan algún día– y cuando el país entre en un período de estabilidad, las pasiones se calmen, las tiradas se reduzcan y a usted, crítico literario, no lo reelijan diputado?

– Creo que a mí me ha elegido al concejo municipal no por ser crítico literario sino por las ideas que he venido exponiendo en las reuniones con electores y en los artículos muy ajenos a la literatura. En *Stolitsa*, no me propongo dedicarme a la crítica literaria. Para ello, tenemos otras publicaciones. Por otra parte, la literatura y los literatos de hoy no están a la altura de las circunstancias y por esta razón no me interesan mucho.

– ¿Quiénes son las personas «alineadas» en la redacción?

– Mis adjuntos son Valeri Kichin, ex colaborador de *Sovietskaya kultura*; Vladislav Starchevski, quien escribió en el semanario *Nedelia* y Vladimir Tsibulski, conocido por sus artículos en *Megapolis Express* y *Karetni riad*. Todos son profesionales con dilatada experiencia».

A mediados de 1980, cuando el sindicato Solidaridad acababa de hacer acto de presencia en una Polonia socialmente agitada, el estudiante soviético de la Universidad de Varsovia, Andréi Malguín, fue obligado a regresar a la patria antes de que terminara el curso «por sus pronunciamientos antisocialistas», como le explicarían funcionarios del KGB. Justo diez años después, esos mismos pronunciamientos le valdrían el mandato de diputado al Soviet de Moscú (reunió el doble de votos que su contrincante, el jefe de una oficina distrital del KGB) y lo colocarían al frente del semanario independiente *Stolitsa*. Malguín, de 32 años, acredita suficiente experiencia profesional: cuatro años de trabajo en *Literatúrnyaya gazeta* y otros tantos en la jefatura de la sección literaria del semanario *Nedelia*. Pero si en los primeros años de su carrera periodística, los artículos de Malguín se publicaban incluso en el diario *Pravda*, últimamente sus agudos comentarios políticos se reproducen, las mayoría de las veces, en espacios de *Radio Libertad*. Otra mutación significativa es que, al hacerse notar como crítico literario y al publicar cuatro libros de investigación, Andréi Malguín decidió cambiar de rumbo y dedicarse a la política. En una comparecencia televisiva, definió así los rasgos distintivos de la flamante revista:

«Es una publicación en cuyas páginas pueden tener tribuna los dirigentes políticos de nueva generación que hayan superado las limitaciones de los renovadores de los años 60, cuya participación en la *perestroika* se reduce al intento de tomarse revancha por la derrota sufrida en decenios anteriores. Somos la primera revista de la época de *perestroika*, para la cual no hay tabúes, ni zonas cerradas ni tampoco prestigios inquebrantables».

La primera edición de *Stolitsa* daba motivos para pensar que esta publicación será una de las más radicales de la URSS. En su Consejo de

Redacción figuran Calina Starovóitova, Arkadi Murashov, Serguéi Stankévich, Iliá Zaslavski, Alexandr Tsipkó, Tatiana Tolstaya y Vladímir Voinóvich.

A mediados de 1990, Andréi Malguín tuvo que publicar la siguiente réplica en *Argumenti i fakti*:

La agencia distribuidora estatal Soyuzpechat, al recibir el primer número de *Stolitsa*, semanario del Soviet de Moscú, tuvo un comportamiento bastante extraño. Fue distribuyendo la revista en pequeñas cantidades a lo largo de todo un mes. Muchos quiosqueros se quejaban de que el mismo día en que les llegó la revista tuvieran que reexpedirla de nuevo al almacén por orden de sus jefes. En el distrito Proletarski, por ejemplo, el 7 de setiembre las oficinas de Soyuzpechat recibieron del almacén central 15.120 ejemplares de *Stolitsa*, pero al cabo de dos días, el 9 de setiembre, llegó la orden de devolución de la revista y de algunas otras publicaciones, como *Demokraticheskaya Rossia*, *Kommersant* y *Megapolis Express*.

Para terminar, algunas palabras a propósito del sistema de suscripción. Haciendo constar en la ficha de registro oficial que *Stolitsa* es una publicación de difusión nacional, hemos anunciado la suscripción por todo el territorio del país. Pero al Ministerio de Comunicaciones no le dio tiempo para incluirnos en el catálogo nacional. Fui a ver al viceministro de Comunicaciones y él me dijo que las referencias de la suscripción (índice núm. 73746) habían sido remitidas a todas las oficinas de correos. Pero hasta el momento muchas de ellas no las han recibido.

Desarrollar en la URSS una actividad editorial mínimamente honrada supone *toda* una hazaña. Para hacerse una idea de las dificultades y peligros con que se enfrentan los editores basta leer lo que Malguín escribe en su revista, entrados ya en el sexto año de la *perestroika*, cuando ya había sido suprimida la censura, en plena era de la *glásnost*. *Que se mantenga viva la esperanza, así se titulaba el artículo de Malguín en la Página del director*:

Tienen en sus manos el primer número de *Stolitsa* (La Capital) correspondiente a 1991. Contamos ya seis meses de vida, hemos sacado seis números y pasamos ahora a la edición semanal de *Stolitsa*.

Estos seis meses no han sido nada fáciles para nuestra revista. Esta se ha revelado demasiado radical para la editorial *Moskóvskaya Pravda*, del Comité de Moscú del PCUS, que primero demoró todo lo que pudo la impresión del primer número y finalmente se negó a atender nuestros pedidos. Recorrimos todas las empresas tipográficas de Moscú y nos percatamos de que las mayores, las que tienen capacidad suficiente para tirar un semanario, se encuentran en manos del PCUS, y todas las imprentas que no le pertenecen son de poca potencia y están equipadas con máquinas obsoletas de «mírame y no me toques». Paradójicamente, resultaba imposible imprimir en esta capital el semanario del Soviet de Moscú.

El segundo número lo imprimimos en Chernígov. Llevamos allí el papel necesario

para las siguientes ediciones, pero un buen día le llamaron al director de la empresa desde Kiev, desde la sede del Comité Central del PC de Ucrania, y le prohibieron imprimir *Stolitsa*. Algo parecido ocurrió en Odessa, pero ahí la orden de prohibición fue dictada por el mando de la Región Militar. Nizhni Nóvgorod, Rostov del Don, Chéjov señalan otras tantas etapas en este camino de esperanzas defraudadas. Añádase que varios periodistas y empleados de nuestro colectivo fueron agredidos, que se extraviaron vagones con el papel destinado a nosotros, que Soyuzpechat trató de mandar a los depósitos de papel viejo la tirada de un número reciente de *Stolitsa*... y comprenderán ustedes por qué el año pasado no logramos organizar la aparición regular de nuestra revista.

No es que se hayan resuelto todos los problemas, pero ahora tenemos suscriptores que han pagado por adelantado el precio del semanario y, lógicamente, confían en que lo recibirán de manera puntual. Tenemos el firme propósito de cumplir nuestro compromiso y sacar a la luz los cincuenta y dos números de nuestra revista. A pesar de que las imprentas de este país siguen siendo propiedad —o se hallan bajo control— de un partido desacreditado, a pesar de que el Soviet de Moscú carece de poder real y a pesar de que todavía es muy fuerte y omnipresente la policía política secreta, que desde el primer día de existencia de *Stolitsa* vigila todos nuestros pasos, haremos todo lo posible por asegurar que las sucesivas ediciones salgan de manera regular. Si se producen intermitencias, nombraremos públicamente a los culpables.

¿Qué podrán leer ustedes este año en *Stolitsa*? Nuestro tema principal es la situación política de la sociedad. Les presentaremos en nuestras páginas a los héroes positivos y negativos del día. Hablaremos detalladamente del papel que el Partido Comunista desempeña todavía en este país, de cómo intenta desestabilizar la situación, imprimir tendencias involucionistas y poner a salvo los intereses de la clase gobernante, de la *nomenklatura* y la burocracia. Otro «antihéroe» al que dedicamos atención permanente es el KGB; en nuestros próximos números seguiremos publicando artículos y documentos sobre esta institución que aterroriza aún a tanta gente. Los textos de nuestra sección económica no sólo mostrarán el estado real de las cosas (para estar al corriente no hace falta leer nuestra revista, basta con acercarse a la tienda más cercana), sino que trazarán vías para salir de la crisis. Seguiremos publicando estudios históricos, interesándonos en especial por la figura de Vladímir Lenin, uno de los más grandes aventureros de la historia mundial, que logró arrastrar este inmenso país a la vorágine de las mayores desgracias y sufrimientos. Diversos documentos y testimonios permitirán al lector formarse una idea más exacta de las «etapas del gran camino» hacia la esclavitud y la miseria.

Por otra parte, no queremos hacer una revista «demasiado seria». Amenizaremos la lectura con obras literarias, información sobre las novedades del arte, noticias de la vida capitalina y hasta una verdadera crónica de sociedad. Aunque no nos proponemos abrir una sección de humor, pensamos que nuestros textos provocarán a menudo la sonrisa del lector.

En una palabra, esperamos que nuestra revista será un auténtico semanario democrático, que interprete y defienda los intereses de las grandes masas.

Finalmente, queremos felicitarles a todos ustedes con motivo del nuevo año 1991. Será un año difícil, pero confiamos en que nos proporcione al menos algunos motivos de

alegría. Y que permanezca viva la esperanza de que este país entre, por fin, en los cauces de la vida civilizada, de la vida normal.

Andréi Malguín es un hombre valiente y abnegado, y su semanario es una de las publicaciones más radicales de la prensa capitalina de gran difusión. Además, *Stolitsa* se destaca por la calidad del trabajo periodístico y su sentido de la medida, el cual se combina con un claro compromiso anticomunista. Lenin y su doctrina, igual que todos sus epígonos, son criminales; tal es el credo de este semanario, en cuyas páginas, naturalmente, se habla no sólo de política y de nuestra historia.

No es de extrañar que el PCUS hiciera todo lo posible por «cortar el oxígeno» a Malguín y su revista. Y seguramente lo habría logrado a no ser por la muerte repentina del propio Partido Comunista. Ahora bien, antes de agosto del 91, ¿quién podía adivinar semejante desenlace? Tanto más interesante nos resulta leer hoy las respuestas de Malguín en una entrevista al neoyorquino *Novoye russkoye slovo* (22.4.91), publicada con el título '*Stolitsa' (La capital) no se imprime en la capital*:

A. Victorov: Andréi, el año pasado usted visitó Nueva York cuando era ya el director del *Stolitsa*, pero aún no había visto la luz el primer número de este semanario. Abrigaba entonces planes muy ambiciosos. ¿Ha logrado llevarlos a la práctica?

A. Malguín: En una apreciación de conjunto, sí. Aunque hemos tardado más de lo proyectado para alcanzar el ritmo de la edición semanal. Cerramos nuestra primera edición el 1 de agosto, o sea, el mismo día en que la Ley de Prensa entró en vigor y se suprimió la censura. Ese primer número salió a la calle a principios de agosto. Fue entonces cuando comenzó lo más difícil...

– ¿Es decir que la abolición de la censura no significó alivio para ustedes?

– La inexistencia de la censura y, en general, de cualquier tipo de control

externo sobre el contenido tuvo influencia en lo que concierne a la «fisonomía» de la revista, la profundidad de los análisis y la agudeza crítica de los textos publicados. *Stolitsa* no se anda con rodeos para decir que el régimen comunista es un régimen putrefacto, caduco, que la ideología comunista tiene características netamente antihumanas o que el KGB trata de invertir la marcha de la historia y lucha contra su propio pueblo. Todo esto lo dijimos bien claro en nuestro primer número...

– ¿Cuántos han salido desde entonces?

– Dieciséis. Seis el año pasado, uno por mes, y diez en el presente, en el que sacamos una edición cada semana... Pues bien, si la supresión de la censura significó alivio en cierto aspecto, en cambio hemos experimentado fuertes presiones por otros lados.

Empezaron a vendernos el papel a 1.500 rublos la tonelada (el año pasado, pagábamos menos de 300 rublos). El Soviet distrital, controlado por el PCUS, nos subió el alquiler del local que ocupamos, multiplicándolo por más de veinte y fijándolo en 70.000 rublos al año; tenemos que pagar el triple por el alquiler de los coches de la Redacción; se gravan nuestros beneficios con impuestos complementarios. Correos se queda con más de la mitad del precio de cada número como pago de los servicios de reparto a los suscripto-

res. Y no sería nada si cumplieran con sus obligaciones, pero ocurre que a estas alturas, a finales de marzo, ciudades y regiones enteras aún no han recibido el primer número de *Stolitsa*. Ni siquiera en Moscú podemos conseguir que la tirada de cada número se envíe enseguida a los quioscos y los suscriptores. Los servicios de correos comienzan a distribuirla cuando ya ha salido a la luz el siguiente número. Todos estos problemas afectan también a otras publicaciones de la izquierda, pero en ningún caso a la prensa del PCUS.

– Al parecer, *Stolitsa* se diferencia de otras publicaciones nacidas al calor de la *perestroika*...

– Por supuesto. Nosotros no hacemos nuestra esa concepción raquítica de la *glásnost*, tal como la entiende Gorbachov. Hemos decidido de una vez para siempre que vamos a regirnos por el principio de la libertad de expresión. Posiblemente sea esto lo que predeterminó el éxito de *Stolitsa*. Hoy por hoy tenemos una tirada de 300.000 ejemplares, pero nos quedamos muy cortos con respecto a la demanda potencial... Muchas publicaciones «*pro-perestroika*» están a cargo de exponentes de la «generación de los sesenta», con una filosofía, nivel político y concepciones estéticas muy limitadas. Ya dijeron todo lo que tenían por decir. Nosotros hacemos nuestra revista apoyándonos en fuerzas nuevas. El lector se da cuenta. Ninguno de los nuevos periódicos o revistas ha criticado con tanta fuerza la figura de Lenin. Pero no sólo somos «virulentos» sino que tratamos de clarificar al máximo este tema.

En varios números hemos enfocado las relaciones de Lenin con los servicios secretos alemanes y cuestiones relacionadas con la financiación del Partido Bolchevique. En el artículo La «*mona*» roja ofrecemos una nueva descripción de la revolución de octubre del 17, que en realidad fue un golpe de Estado ejecutado por soldados y marinos ebrios.

Por lo que se refiere a los temas de actualidad, cedemos nuestra tribuna a los políticos más radicales, como Yuri Afanásiev, Valeria Novodvorskaya, Iliá Zaslavski y Galina Starovóitova. Venimos informando de manera circunstanciada sobre la situación en Nagorni Karabaj, el conflicto georgiano-osetio y los acontecimientos de Lituania; y no estará de más anotar que en todos estos casos nuestros corresponsales han descubierto indicios de intervención de la «mano de Moscú». Si mañana ocurriese un milagro y los comunistas abandonasen el poder, los conflictos entre nacionalidades amainarían, la economía entraría —al cabo de cierto tiempo— en una fase de recuperación y la situación de la gente humilde mejoraría notablemente. Pero eso son sueños, y para hacerlos realidad, hay que luchar, en particular desde la prensa.

– Ha dicho usted que los servicios postales y Soyuzpechat ponen trabas, que las empresas tipográficas se niegan a imprimir su semanario. En tales condiciones, ¿no sería mejor crear una red *alternativa* de distribución (tal vez en cooperación con otras publicaciones) y su propia imprenta? ¿Acaso el Soviet de Moscú, que gobierna la capital y es el fundador de *Stolitsa*, no puede construir y equipar su propia imprenta?

– De si el Soviet de Moscú gobierna o no en la capital, se puede juzgar por el hecho de que nuestra revista —en cierto modo, «moscovita»— se imprime todavía en otra ciudad y todas las semanas tenemos que traer la tirada en camiones. Ahora se ha firmado un contrato con una importante empresa occidental y se está instalando una nueva imprenta

para las publicaciones del Soviet de Moscú: *Stolitsa* y dos periódicos, *Kuranti* y *Nezavisimaya gazeta*. Allí mismo imprimiremos el suplemento publicitario de *Stolitsa* (cuyo primer número saldrá a la luz próximamente).

Por lo que se refiere a crear un servicio de correos «*alternativo*», es una empresa más difícil todavía. Para ello habría que agregar a las setecientas oficinas postales existentes (en la capital – *N. de la Red.*) otras setecientas estafetas «*alternativas*». De modo que tendremos que seguir recurriendo a los servicios postales del Estado. Lo que sí podemos es desarrollar una red paralela para la venta del semanario. A comienzos de año, entregábamos más de 200.000 ejemplares a los quioscos de Soyuzpechat, y ahora, menos de 100.000. El resto lo distribuimos a través de vendedores privados. Muchos empleados de los quioscos esconden nuestra revista bajo el mostrador y nos la devuelven. Procuran trabajar lo menos posible ya que su salario no depende de las cifras de venta. Los «*alternativos*», por el contrario, se ganan el pan con su trabajo (les ofrecemos del 15 al 20 % del precio en portada). Ellos se mueven, conocen las horas y los lugares en que mejor se vende nuestra revista.

En general, hay que aprovechar cualquier oportunidad para demoler las estructuras monopolistas. Sólo así es como llegaremos a ser verdaderamente independientes. Veamos un ejemplo. La difusión de la prensa soviética en el extranjero corre a cargo de la entidad Mezhdunaródnaya Kniga (Mezhkniga). Quienes suscriben periódicos y revistas soviéticos en el extranjero saben, primero, que cuesta mucho y, segundo, que nuestra prensa les llega con mucho retraso, cuando –por falta de actualidad– resulta poco interesante leerla. Lo que no saben los lectores, pero voy a decirlo yo, es que nuestras publicaciones tampoco están interesadas en cooperar con esa entidad.

A finales del año pasado, Mezhkniga nos ofreció sus servicios para organizar la suscripción de *Stolitsa* en el extranjero. Había recibido los primeros pedidos, en procedencia de EE.UU., Australia, Israel y Europa. Les pedimos que nos presentaran un proyecto de contrato. Nos lo mandaron. Según lo que nos proponían, resultaba que nosotros nos comprometíamos a entregar, en el transcurso de 1991, cuantos ejemplares del semanario nos pidiera Mezhkniga, pero esta agencia nos los pagaría sólo en abril de 1992. Además, la mayor parte de la suma que nos correspondiera no la recibiríamos en divisas, sino en rublos. Naturalmente, rechazamos la oferta y propusimos negociar nuevas condiciones. Entonces nos dijeron que no cambiarían ni una letra en el proyecto de contrato y que teníamos la obligación de firmarlo. Tuvimos que contestar que no teníamos ninguna obligación para con Mezhkniga y que no sólo no recurriríamos a sus servicios, sino que les prohibíamos distribuir nuestro semanario.

De todos modos Mezhkniga organizó la suscripción y recaudó divisas. Luego, nos enteramos de que se proponía comprar una parte de la tirada a Soyuzpechat y mandarla al extranjero, sin ponernos en conocimiento de ello ni pagarnos nada. Ni un dólar, ni un rublo.

– Entonces ¿no hay manera de resolver el problema? Porque si entran en conflicto con Mezhkniga, castigan al suscriptor extranjero...

– ¿Por qué piensa usted que no hay salida? Examinamos las ofertas de varias agencias extranjeras y finalmente optamos por cooperar con la empresa suiza Eco-news, la cual se encargó de organizar la suscripción a *Stolitsa* en todo el mundo. Los lectores han salido ganando. En primer lugar, porque pagan menos (en EE.UU.,

por ejemplo, menos de 3 dólares, con los gastos de envío por avión incluidos). En segundo lugar, porque probablemente seamos la única publicación soviética que llega a cualquier punto del globo terráqueo el mismo día en que lo reciben los suscriptores del interior del país (en realidad, incluso antes que la mayoría de los suscriptores soviéticos, porque los servicios de correos de este país son los más lentos del mundo).

La parte de la tirada destinada a los suscriptores extranjeros la recogemos con camiones en la imprenta y la llevamos directamente a la representación de la compañía aérea suiza en Moscú. Dos horas más tarde las revistas salen con destino a Zurich, donde las clasifican y reexpiden a los diferentes países.

– ¡Increíble!

– A los soviéticos, en efecto, les parece increíble. Pero es así como se trabaja en el resto del mundo. La prensa es una mercancía caducable. Por cierto, que otras publicaciones soviéticas, enteradas de nuestra experiencia, se proponen romper sus relaciones con *Mezhdunaródnaya Kniga* y acudir a la mediación de distribuidoras extranjeras. El semanario *Argumenti i fakti*, con más de 50.000 suscriptores en el exterior, ya ha suspendido sus contactos con *Mezhkniga*. Durante una reciente visita a Suiza me enteré de que *Econews* mantiene negociaciones con AiF. Es posible que ya se hayan puesto de acuerdo.

– ¿A qué señas deben dirigirse quienes desean suscribirse a *Stolitsa*?

– Lo mejor es que se dirijan directamente a la agencia: *Econews*, Box 535, Lausanne 1001, Switzerland.

– ¿Cuáles son sus planes para el futuro?

– No vamos a cambiar nuestra posición. Tenemos en cartera muchos artículos, algunos de los cuales no podrían ver la luz en otras publicaciones. Los hay verdaderamente sensacionales. No quiero entrar en detalles, porque lo sensacional deja de serlo cuando se destapa antes de tiempo. Como he dicho antes, vamos a lanzar un suplemento: *Chástnaya zhizn'* (Vida Privada), con textos entretenidos y anuncios. Anuncios de todo tipo. Hoy por hoy en Moscú es difícil publicar hasta esquelas mortuorias. *Vechérnaya Moskvá* es el único periódico que inserta regularmente necrológicas, pero sólo cuando cuenta con el visto bueno del correspondiente comité distrital del PCUS. Es del todo imposible insertar en forma de anuncios pagados participaciones de boda o felicitaciones. En *Chástnaya zhizn'* publicaremos también anuncios de médicos, profesionales y empresarios privados, y prestaremos servicios de agencia matrimonial.

Huelga decir que nuestros planes, tanto en relación con la revista como en lo que concierne al suplemento, sólo podrán realizarse en un contexto de avance hacia la democracia. Si mañana Gorbachov se desliza aún más hacia la derecha, no podremos llevar a cabo esos proyectos. En los últimos números, han salido artículos críticos, valga el eufemismo, contra varios miembros del *Equipo* presidencial: Roy Medvédev, Vadim Medvédev, Anatoli Lukiánov, Nikolái Gubenko, V. Pávlov; y he aquí los títulos de algunos artículos referidos al propio Presidente: *Ha vuelto a engañarnos*, *El Presidente deviene peligroso*, *No quemem a Gorbachov*. Nos han hecho saber que nuestra revista causa irritación en las altas esferas. Es decir que si se inicia una fase de retroceso de la *glásnost*, con cierre de periódicos y revistas, figuraremos entre las primeras víctimas. Para tal contingencia, tenemos

una variante de reserva, que les hará muy poca gracia a las autoridades. No voy a contarlo todo, pero sí puedo decir que nuestra revista no desaparecerá aunque la prohiban.

— ¡Ojalá! no lleguen las cosas a ese extremo...

Tras el fracaso del golpe de Estado y el triunfo de los demócratas, se han alejado los peligros que se cernían sobre *Stolitsa*. Por otra parte, hoy resulta más difícil interesar al lector. Una cosa es denunciar, demoler y barrer, y otra, participar en un proceso constructivo. Andréi Malguín expuso parcialmente su programa en sus respuestas a las preguntas de *Rossiyskie vesti* (núm. 19, setiembre de 1991) sobre el estado y las perspectivas de la democracia, la prensa y el poder:

1. Apenas acabamos de despertar del profundo letargo y la pesadilla en que hemos vivido durante más de 70 años, y por ahora no tenemos verdadera democracia. Democracia significa, en primer término, defensa de los derechos del individuo, y en nuestro Estado el individuo se siente todavía indefenso. Espero que algún día llegue a haber en este país una democracia normal, de tipo occidental.

Ahora la tarea número uno para nuestros demócratas consiste en no perder la confianza del pueblo. Yeltsin y su *Equipo* han obtenido carta blanca para cierto tiempo. La gente no vendrá ni hoy ni mañana a preguntarles por qué están vacías las tiendas de comestibles, etc. Pero sí vendrán a preguntárselo dentro de medio año.

2. Actualmente, lo que escriben los periodistas y publicistas tiene más peso que cuanto dicen los políticos. El *cuarto poder* cobra cuerpo, actúa y es el que más influye en todos los procesos en curso. En el marco de la llamada prensa democrática, observamos cierta estratificación. Las grandes publicaciones liberales están naufragando. Por otra parte, han surgido muchas publicaciones nuevas de todo tipo: extremistas, populistas y verdaderamente democráticas. Existe el riesgo de que se desarrollen tendencias neobolcheviques. Es un peligro del que se habla mucho, y yo comparto esta inquietud. Hay un gran número de publicaciones que aún no se han decantado, pero tendrán que definirse en un futuro próximo.

En nuestro semanario seguiremos aplicando la misma política que antes del *putsch* y esforzándonos por tener bien informados a nuestros lectores. Claro está, tendremos que cambiar algo. Ya veremos por dónde van las cosas, pero nos reservamos el derecho de mantener una actitud irónica incluso hacia las personas «más serias» de la actualidad política.

3. Quienes ocupan hoy posiciones dominantes, no tienen por qué demostrar todo el tiempo que son los vencedores. La hora de los festejos quedó atrás. Hoy deben demostrar que saben ejercer el poder de modo eficiente. No voy a insistir en el tópico de que del odio al amor de las masas y de éste a aquel no hay más que un paso. Francamente, no sé cómo se podría lograr el equilibrio entre el deseo de conservar la confianza del pueblo y la necesidad de llevar a cabo —al menos— ciertas reformas que implicarán un descenso del nivel de vida. Lo que sí puedo asegurar es que analizaremos con criterio objetivo esos procesos e informaremos honradamente a nuestros lectores.

Kuranti, diario del Soviet Supremo

El diario del Soviet de Moscú *Kuranti*, muy pequeño por su tamaño físico y también por su edad, no ha logrado hasta ahora un grado de libertad equiparable al de *Stolitsa*. Quizá porque no lo desee. He aquí cómo contestó su director, Anatoli Pankov, a esas mismas preguntas de *Rossiyskie vesti* (núm. 19, setiembre de 1991):

1. La democracia es fuerte y al mismo tiempo débil. Es fuerte por su espontaneidad y su capacidad de concentración de las masas. En ello reside su fuerza externa. Pero la democracia es muy débil geográficamente, se encuentra dispersa y está mal organizada. Además, los demócratas se pelean con encono entre sí.

Por otra parte, las personas más sensatas del movimiento democrático han sabido aprovechar el momento y resolver el problema del poder en las urnas. Con la elección de los Soviets de las grandes ciudades, el alcalde de Moscú y el Presidente de Rusia se han creado ciertos puntos de apoyo frente a los peligros del caos en las estructuras de poder.

De todos modos, no entiendo a quién debemos llamar demócratas. Al fin y al cabo, todos procedemos del PCUS. Todos acusamos todavía una fuerte influencia de la mentalidad bolchevique. Y lo que debemos ver es hasta qué punto se ha alejado cada uno de nosotros del PCUS y sus consignas.

Creo que hoy cabe hablar de democracia en la medida que existe una fuerte presión desde abajo. Nuestra tarea consiste en seguir presionando sobre la cúspide del poder, por muy buena que nos parezca hoy.

Esto se refiere por entero a Yeltsin. No me hago ilusiones ni siento euforia, pero cifro esperanzas en su gobierno. No hay *alternativa*, es el único gobierno más o menos democrático. Pero pienso que Yeltsin sólo actuará en beneficio del pueblo en la medida que éste presione sobre él. Los factores principales son la presión popular y la independencia de la prensa.

2. Es propio de todos los fundadores querer ejercer la autoridad sobre sus respectivas publicaciones. Últimamente experimento presiones por parte de determinados grupos del Soviet de Moscú. Estamos dispuestos a reflejar las diferentes opiniones pero no vamos a ser el portavoz de ningún grupo. La prensa no debe asimilarse con ninguna estructura de poder. Para ser un diario interesante, debemos mostrar *toda* la gama de criterios e informar cabalmente sobre la actividad de nuestros «jefes».

3. Creo que conviene combinar resolución y tolerancia en el avance hacia los objetivos trazados. El poder actual debe impulsar la transición a la economía de mercado, levantar cuanto antes las limitaciones que entorpecen el desarrollo de la propiedad y la empresa privadas, sobre todo en el sector agrario.

Basta ya de agitar el espantajo del capitalismo: allí vive gente con niveles muy altos de cultura y de vida. Cuando me vienen diciendo que nuestro diario hace propaganda en favor del capitalismo, siento ganas de gritar: «¡Abajo la ideología y viva el buen juicio!».

En el espíritu de la «Glásnost» de Serguéi Grigoriants

Malguín, en tanto que editor, ha tenido que superar muchas dificultades. Pero el propio semanario *Stolitsa* (núm. 17/191) nos ofreció una *Entrevista con Serguéi Grigoriants, el director de la verdadera «Glásnost»*, que nos permite ampliar considerablemente nuestro conocimiento del trabajo periodístico en la URSS. La entrevista fue publicada bajo una rúbrica elocuente: *Las paradojas de la «glásnost»*:

– Serguéi, usted ejercía antes una profesión muy «pacífica», se dedicaba al estudio de la literatura. Tenía un campo de trabajo interesante: la literatura de la emigración rusa, que le permitía dejar de lado a nuestros «clásicos modernos», creadores de imágenes monumentales del héroe positivo de nuestros días. Durante cierto tiempo trabajó en *Yúnost*, una revista bastante decente por aquella época. Colaboraba en la *Enciclopedia Soviética*. Y de repente...

– Por primera vez fui detenido en 1975. Oficialmente se me acusó de difundir literatura antisoviética, incurriendo en el artículo 190 del Código Penal, y de haber canjeado cuadros de mi colección por un magnetófono, lo cual fue calificado de especulación a gran escala. En realidad, por aquellos tiempos no tenía ninguna actividad política. Pensaba – ¡ingenuo de mí! – que la literatura podía permanecer al margen de la vida social. Mantenía una correspondencia bastante intensa con escritores rusos establecidos en París y ellos me enviaban libros (a finales de los años 60 todavía llegaban a la URSS por correo). Mi abuelo era un hombre conocido en la emigración: antes de la guerra había sido director de escena de La Scala, y después de la guerra, pasó al Grand Opera de París. El KGB quería utilizarme. Llegaron a decirme que con ellos trabajaban muchos armenios... Al cabo de dos años, cuando se convencieron de que no podrían persuadirme por las buenas, decidieron intimidarme. Estaban seguros de que, al verme ante la *alternativa* de sufrir condena o colaborar con ellos, aceptaría su oferta (tanto más por cuanto, repito, yo era una persona absolutamente apolítica). Durante bastante tiempo siguieron trabajándome en la cárcel para que escribiera un artículo en *Literatúrnyaya gazeta* hablando mal de Siniavski (que acababa de emigrar), de Víctor Nekrásov... Me ofrecieron una *dacha* en Krasnogorsk (donde vivía entonces el mismísimo Kosiguin), la posibilidad de obtener jugosos honorarios por mediación de la Sociedad Filarmónica de Moscú, escribiendo textos recitables para conciertos festivos... Eran, seguramente, propuestas muy sugestivas, pero no me interesaban. Entonces comenzaron a falsificar el sumario y a fin de cuentas me condenaron a cinco años de reclusión. De todos modos todavía siguieron visitándome en el campo penitenciario.

Primero me internaron en un campo de las afueras de Moscú, para tenerme más cerca. Cuando ya estaba allí, me propusieron colocarme en la Galería Tretiakov. Pregunté si todo el personal de la Tretiakov había conseguido ese empleo por recomendación del KGB. «No, hombre –me contestaron–, no todos... Pero hemos pensado que sería un trabajo muy interesante para usted». No me dejé tentar. Entonces me trasladaron a la

cárcel de Chistópol, pero pronto les pareció que el régimen de reclusión no era suficientemente severo para mi caso y fui a parar a una de las prisiones soviéticas más duras y terribles, la de Verjneursk, que ocupa un notorio lugar en la historia política de Rusia. Salí a la calle en 1980, habiendo cumplido por completo la condena.

Me habían dado a entender una cosa muy importante: aunque yo quisiera mantenerme al margen de la política y siguiera pensando que su interferencia en la literatura es perjudicial para ésta, ellos me obligarían a meterme en esa basura hasta los codos.

En 1982 y 1983, tras la detención de Iván Kovalev, primero, y luego la de Alexéi Smirnov y la deportación de Valen Tolts, me hice cargo del boletín trimestral B, que informaba de todo lo que ahora designamos con el término de violación de los derechos humanos, a saber: los arrestos e interrogatorios, las cárceles, los campos, los hospitales psiquiátricos, etc. Por aquel entonces residía en Borovsk y fui detenido —puede decirse que «por casualidad»— unos tres años después de cumplida mi primera condena. Al principio, los encargados de la instrucción no comprendían en qué actividades andaba metido. Pero luego cayeron en la cuenta y esa vez me impusieron una condena de siete años de prisión más tres de destierro en virtud del artículo 70, y fui a parar nuevamente a Chistópol...

— Cuéntenos, por favor, cómo se creó la revista *Glásnost*.

— El primer número salió a la luz en junio de 1987.

La Redacción constaba mayoritariamente de gente que había trabajado antes en el boletín B. Todos nosotros presentíamos que en las nuevas condiciones el papel de la prensa independiente, lejos de disminuir, iba a adquirir mayor importancia. En un principio, concebimos *Glásnost* como un boletín trimestral, similar al que habíamos editado a comienzos de la década del 80. Pero pronto nos dimos cuenta de que convenía acrecentar el ámbito de difusión, ampliar el círculo de colaboradores y enfocar no sólo el problema de los derechos humanos, sino también otros temas, como la ecología y la situación de los pueblos pequeños. Hacía falta una publicación que ofreciera a la vez información y textos analíticos. En *Glásnost* fueron ocupando creciente espacio artículos que investigaban a fondo determinados problemas, con firmas como las de Seliunin y Strélianni, por una parte, y Voslenski o Guéller, por otra... Poco a poco se configuró el tipo de una revista mensual de 20 pliegos (más de 300 páginas), caracterizada por su independencia absoluta. Seguimos siendo independientes incluso durante el llamado *boom* comunista.

Desde 1988 venimos trabajando en otra vertiente: la filmación documental.

En el contexto de entonces, cuando mucha gente coincidía en el parecer de que el movimiento democrático estaba inspirado por el poder (el Gobierno y el KGB), consideramos impropio para nosotros colaborar con los llamados «demócratas oficiales». Recelábamos tanto del ala izquierda de la dirección soviética como del ala derecha. Pero ahora que los dirigentes se han dejado de habladurías sobre la democracia, ya no hay motivos para que nos mantengamos separados de esos centenares de miles y millones de personas. Andamos al encuentro unos de otros. Con ello guardan relación la inscripción de nuestra revista en el registro oficial y, en general, el acercamiento a los sectores democráticos que participaban en las estructuras oficiales y se están convirtiendo rápidamente en fuerzas de oposición. Proyectamos crear una emisora conjunta, con la participación de Radio Internacional y *Ejo Moskvyy*, y una cadena de TV por cable, en cooperación con

Avtorskoe Televidenie y otros grupos oficiales o no oficiales. Estamos trabajando también en otras vertientes.

– Hace poco apareció en Moscú el semanario *Glásnost*, editado por el CC del PCUS. ¿Qué opinión le merece este «plagio»?

– Nos hemos hecho un nombre, y hay quienes tratan de especular con nuestra reputación y sacar baza.

Algunos quisieron aprovechar la popularidad de nuestra *Glásnost* en Estados Unidos y sacaron, con el mismo nombre, un periodícucho que al principio salía una vez cada tres meses y no tardó en venir a menos. Otro tanto ocurrió en Inglaterra y otros países.

El último en recurrir a la piratería ha sido el Comité Central del PCUS, que ha fundado su *Glásnost*, esta vez en Moscú, en la capital de la URSS. En este caso el cinismo va cogido de la mano con el bandolerismo más primitivo.

En Polonia, la viceministra de Cultura me dijo indignada: «He pagado mucho dinero por la suscripción, y ahora resulta que me han colado una porquería en lugar de su revista». Recientemente recibimos una carta de Tagan-rog cuyo autor exige que le cambien la suscripción, porque él quería recibir la *Glásnost* de Grigorians, y lo que recibe es todo lo contrario...

Creo que el semanario del Comité Central se hundirá por sí solo, pero de todos modos –con fines eminentemente pedagógicos– hemos decidido presentar querrela judicial contra el CC del PCUS, amparándonos en la ley de Firmas de 1928. Esta, por cierto, es una de las razones que nos ha movido a registrar nuestra revista. Dicha ley estipula que se castigará el empleo ilícito de marcas y denominaciones registradas y prescribe que se indemnicen los daños y perjuicios causados al propietario. El que alguien pueda pensar que somos nosotros quienes decimos las barbaridades difundidas por el semanario del CC del PCUS, supone grave perjuicio moral para nuestra revista. El mero hecho de que nos cojetejen con esa publicación de mala muerte, es agravante.

– Sus actividades, ya en tiempos de la llamada *perestroika*, han causado más de una vez irritación en las altas esferas del poder.

– Desde que comenzó la *perestroika*, he sido detenido tres veces. A comienzos de 1988 entraron a saco en el local de la redacción.

Es una historia curiosa de por sí y que nos permite apreciar el carácter «democrático» de este período histórico. Le pisamos un callo a Rízhkov y, en cierto modo, a *toda* la dirección soviética. Rízhkov viajaba entonces por Europa Occidental y Escandinavia, y en sus encuentros con jefes de gobierno, ministros y empresarios afirmaba que la URSS entraría en un período de prosperidad a la vuelta de dos o tres meses. Por nuestra parte, habíamos insertado en *Glásnost* dos artículos que diferentes periódicos escandinavos se complacieron en reproducir. Uno de los artículos (que llevaba mi firma) se refería a la querrela soviético-noruega en torno de la plataforma continental del Mar de Barents. Es un problema complejo y preñado de graves peligros, ya que es posible que en esa zona se encuentren yacimientos de petróleo. Si la Unión Soviética, con sus tecnologías rudimentarias, se ponía a explotar esas reservas a gran profundidad, en las condiciones climatológicas límite, cabía esperar un desastre ecológico que afectaría a todo el litoral.

Pero el más sonado fue el segundo artículo, de Vasili Seliunin, que, partiendo de un análisis de los planes económicos de Rízhkov, llegaba a la conclusión de que sólo podían desembocar en una catástrofe. En las conferencias de prensa, y quizá también en alguna

que otra entrevista oficial, comenzaron a preguntarle a Rizhkov cómo era posible que él viera con tanto optimismo el futuro, cuando economistas y periodistas soviéticos vaticinaban lo contrario. Según supe después, Rizhkov se puso en comunicación con el jefe del Gosplan, Talizin, en Moscú, y exigió que se refutara inmediatamente el artículo de Seliunin. Talizin pasó este encargo a unos economistas del centro de investigación científica del Gosplan. Al día siguiente, ellos fueron a verle y le explicaron que era imposible refutar científicamente el artículo.

Se decidió entonces refutarlo a lo soviético. Según me han contado, varios miembros del *Politburó* y secretarios del Comité Central del PCUS examinaron el tema y decidieron darle a Grigoriantz una lección para que no se pasara de la raya. Con este fin fueron enviados a Krátovo, a la casa de campo donde se hallaba instalada nuestra Redacción, 160 milicianos de Moscú, acompañados de representantes del KGB, del ministerio fiscal y otros funcionarios. Irrumpieron en la desdichada *dacha* sin ningún fundamento legal, sin presentar siquiera una orden de registro...

No hicieron ningún inventario, no se levantó acta, no se cumplió ninguna formalidad. Fue un típico acto de expropiación a lo soviético, en presencia y con la participación de un fiscal. Nos robaron hasta nuestros efectos personales, sin hablar ya del ordenador y el archivo... Cuatro miembros de la Redacción fueron detenidos allí mismo, bajo la acusación, si mal no recuerdo, de haber maltratado a unas ancianas. Dato curioso, TASS informó de nuestra detención antes de que nos detuvieran...

Pero lo más horrible vino después.

No puedo afirmarlo a ciencia cierta, pero tenemos fuertes sospechas de que aquella acción no se limitó al saqueo del local. Al cabo de una semana nos enteramos de que nuestro multicopista (*Glásnost* se ha venido difundiendo hasta ahora en fotocopias) se había ahogado en circunstancias muy extrañas.

Ya dije en otra ocasión que la impresión de *Glásnost* estaba y todavía está a cargo de ex presos de los campos penitenciarios y cárceles soviéticos. Entre nosotros perviven algunas tradiciones, en particular la de no interesarnos por lo que no le concierne a uno directamente. Yo, por ejemplo, aunque era el director de la revista, no sabía quién sacaba las copias. Pues bien, ese hombre, el encargado de la tirada, apareció ahogado poco después del allanamiento de nuestro local. Esta coincidencia era de por sí bastante sospechosa, pero nos lo pareció más aún cuando unos agentes del KGB fueron a ver a su compañero de trabajo y le recomendaron que se diera de baja para evitar peores disgustos, en clara alusión a la suerte de su camarada... Tardamos tres o cuatro meses antes de encontrar en Moscú una persona que se hiciera cargo de sacar las fotocopias de *Glásnost*. Gente que tenía acceso a fotocopadoras nos dijo a Andréi Shelkov y a mí que sacar copias de *Glásnost* era mucho más peligroso que hacer lo mismo con obras de Sofzhenitsin... De todos modos ya no vivimos como antes en condiciones de miedo total.

– ¿Sigue siendo objeto de «desvelo paterno» por parte de las autoridades?

– Periódicamente surgen problemas con mis viajes al extranjero. Hace dos años me permitieron salir por primera vez para ir a recoger el premio Pluma de Oro de la Libertad, de la Federación Internacional de Editores, y desde entonces paso bastante tiempo fuera del país. En algunos casos, tuve dificultades para salir: me obligaban a bajar del avión, los ordenadores «se equivocaban» y resultaba que no se había efectuado el pago de billetes

reservados para mí... Me he visto en *toda* clase de situaciones inverosímiles. A finales de marzo, recibí una invitación que había sido enviada en setiembre pasado. Es una regla: todas las invitaciones llegan a mis manos cuando ya están a punto de terminar la conferencia o el congreso al que me proponían acudir...

Ocurren casos mucho más desagradables. El otoño pasado, dos difusores de *Glásnost* fueron agredidos de manera salvaje: tuvieron que ser internados en el Hospital Urbano número 1. En ambos casos fueron maltratados por policías. En el primer caso, por agentes de la comisaría número 2, y en el segundo, dos días más tarde, por oficiales de la Dirección General de Moscú. Tanto el uno como el otro vendían *Glásnost* en la vía pública, con permiso oficial, y se encontraban junto a otros difusores de la prensa independiente, pero los policías fueron directos a por ellos. En general, no podemos quejarnos de que las autoridades se hayan olvidado de nosotros...

– ¿Qué perspectivas se abren, a su juicio, ante su revista y la *glásnost* en general?

– Las perspectivas de nuestra revista coinciden con las del movimiento democrático en este país. Guardan relación directa con la presencia de blindados y del OMON (fuerzas policiales de intervención especial) en las calles y con la posibilidad de que la fuerza pública irrumpa en cualquier local amparándose en los decretos presidenciales. Desgraciadamente, estamos volviendo a la situación de comienzos de la década del 80, en el mejor de los casos, y de los años 30, en el peor. No podemos contemplar con indiferencia cómo se atrepellan la normas de la transparencia informativa y lo que está pasando en el país. Por lo que se refiere concretamente al *Equipo* de redactores de nuestra revista, cabe prever ciertos cambios en su composición. Uno de nuestros colaboradores me dijo hace poco que su familia tenía miedo y quería emigrar. En cambio, varias personas de fuera me han llamado preguntando si no había llegado el momento para ellas de reincorporarse o comenzar a trabajar en *Glásnost*.

Consideran que en el contexto actual (cuyo carácter está claro para todo el mundo) nuestra revista se está convirtiendo para muchas personas en el único lugar donde se puede desarrollar una actividad social eficiente. Hoy *Glásnost* representa algo más que una revista, es una fundación que interviene en todas las vertientes de la información. Todavía es temprano para apreciar los resultados. El tiempo dirá.

Tiempo de la prensa democrática, tal es el título de una entrevista con Vladímir Bukovski, publicada por *Demokratícheskaya Rossiá* (26.4.91). Junto a Yuri Afanásiev, Elena Bónner, Lev Kópelev, Vasili Seliunin y Vladímir Tíjonov, Bukovski forma parte del Consejo de Redacción de este semanario de 16 páginas (formato tabloide), que cuenta con buen número de lectores en Moscú y al frente del cual se encuentran, como codirectores, Igor Kliamkin y Yuri Burtin. En la mencionada entrevista, Bukovski insiste en dos puntos: el semanario debe ayudar a crear sólidas estructuras opositoras en el Ejército y entre la juventud y, por otra parte, hacer que los comunistas atrincherados en las estructuras totalitarias no teman soltar las riendas del poder.

El entrevistador comenta:

– Para que no tengan miedo, conviene darles garantías de que los avances de la democracia no supondrán medidas de castigo contra ellos. Es decir, que no habrá ningún «proceso de Nuremberg» contra el Partido Comunista ni, menos aún, contra los militantes de la base.

– Creo que debemos regirnos por el principio «a la guerre comme a la guerre». Lo primero que hicieron los aliados cuando comenzó la guerra del Golfo fue lanzar octavillas dirigidas a los soldados curdos e iraquíes: «Vengan a nuestro lado con esta octavilla y no les pasará nada». Yo propongo que hagamos lo mismo aquí; hay que decirles: «Vénganse con nosotros y no les pasará nada». Pero no debemos prometer nada más, ¿me entiende?

– ¿Y los que no estén con nosotros?

– Tendrán que rendirse. O, si no, nos moriremos todos de hambre.

Creo que Bukovski tiene razón. Nuestra *perestroika* –ya de por sí bastante tímida– se atascó tras la caída de los regímenes comunistas de Europa Oriental. Nuestros generales –militares y civiles (directivos de koljoses, del complejo militar-industrial)– se espantaron ante la perspectiva de perder sus puestos e incluso ir a parar al banquillo de acusados, como Zhívkov, Ceausescu o Honnecker y sus acólitos. Nuestra sociedad saldría ganando si duplicara los sueldos a todos los funcionarios de los que quiere desembarazarse y los jubilara con una pensión equivalente a esos nuevos sueldos. Creo asimismo que de ningún modo debe recurrirse a la pena de muerte contra los protagonistas del golpe de agosto.

Demokratícheskaya Rossía se enfrentó con los mismos problemas que *Stolitsa*, *Express-jrónika*, la *Glásnost* de Grigoriant y otras publicaciones independientes. Las agencias de Soyuzpechat, en las repúblicas, regiones, ciudades y distritos, o bien se negaban a distribuir las o bien encargaban cantidades insignificantes. Lo peor, claro, es que devolvían un buen número de ejemplares alegando la falta de demanda. De ahí que la prensa democrática optara por la difusión a través de vendedores autónomos, que trabajan por su cuenta en las calles, el metro, las estaciones, etc. Huelga decir que *Demokratícheskaya Rossía* no estaba incluida en el catálogo de publicaciones que se distribuían por suscripción.

Malguín y Grigoriant, Butin y Kliamkin les parecen hoy a los nacional-patriotas rusos más peligrosos que nuestros compatriotas establecidos en el extranjero, de los que antes hablaban con tanto odio. El consorcio editorial Avers tiró en marzo de 1991 cien mil ejemplares del número 66 –el primero que se imprimía en el interior del país– de la revista Kontinent (Continente), que Vladímir Maxímov venía, y viene, editando en París desde 1973. Antes, en vida de Axel Springer, la revista de Maxímov contaba con la ayuda de este magnate germanooccidental de la «prensa amarilla». Ahora nosotros mismos tratamos de salvar a nuestro enemigo

de ayer (por la lectura de estos cuadernos trimestrales de cuatrocientas páginas, los curiosos corrían peligro de ir a parar entre rejas). A diferencia de nuestras tediosas revistas literarias, Kontinent inserta obras inéditas de corta extensión y actualidad palpitante.

Como dije antes, Malguín es más joven y más mordaz que Máximo. Este último llamaba a terminar pacíficamente con el experimento comunista, tenía en mucha estima a Gorbachov y consideraba que los occidentales deben procurar que no se desintegre la Unión.

La prensa de las repúblicas bálticas

En la mayoría de las grandes ciudades de la URSS, con un poco de suerte y mucho dinero se podía comprar fruta del sur en el mercado y periódicos en ruso de las repúblicas bálticas en la calle. La prensa de izquierda de Lituania, Letonia y Estonia, a diferencia de la de otras repúblicas periféricas de la URSS, cuenta con muchos lectores en toda la Unión. Lógicamente, el Kremlin se esforzó por atajar esa expansión. Sobre este tema y varias cuestiones relacionadas con la situación en el litoral báltico, el neoyorquino *Nóvoye Rússkoye Slovo* insertó una entrevista titulada *Una democracia a doble prueba*, con Alexéi Grigóriev, director del periódico de *Riga Baltiyskoe Vremia* (Hora del Báltico) y diputado al Parlamento letón:

La prensa letona, pese al escaso número de opciones políticas, presenta un cuadro abigarrado. Después de que el año pasado se frustrara la celebración del aniversario de la revolución del 17, el periódico *Edinstvo* (Unidad), órgano del Interfront de Letonia, publicó –en varias ediciones seguidas– listas de «los dirigentes de colectivos laborales, que pretendían privar ilegalmente a sus trabajadores de los festejos de la Gran Revolución de Octubre». Ya fuera para ejemplo de los descendientes o bien para facilitar las futuras detenciones y represalias.

El bisemanal ligüense *Eschó* (Más) estima que la salvación del mundo pasa necesariamente por la revolución sexual en el campo de la política. He aquí algunos títulos entresacados del primer número de esta publicación, correspondiente al año en curso: *Las mujeres de Ilich, Una noche en la cama de Brézhnev, por sólo 4.000 marcos fineses; No me acostaría ni con Yeltsin, aunque me gusta más que los otros; Nada humano es ajeno al Premio Nobel* (en este caso se trata de Mijaíl Gorbachov, supuestamente enredado en un tremendo flirt con la diecinueveañera María Kalínina ‘reina de la belleza de Moscú’). Una publicación con pocas trazas de seriedad, aunque con buenas perspectivas de futuro.

Pero he aquí otras noticias en que se trasluce una posición editorial distinta: «En la sesión del Soviet Supremo de la URSS se ha revelado, por fin, la suma de recursos presupuestarios invertidos en el mantenimiento del KGB: 4.900.000.000 de rublos»... «Los recientes acontecimientos en las repúblicas bálticas –dijo Borís Yeltsin– atestiguan que

Gorbachov ha perdido el buen juicio. La *perestroika* ha terminado y el comunismo está muerto»... «Se están trasladando a Lituania nuevas tropas, en particular regimientos en procedencia de Rostov y Transcaucasia, acostumbrados a operar en las condiciones del toque de queda»...

Estas líneas han sido tomadas de recientes ediciones de *Baltiyskoe Vremia*, que es una variante en ruso de *Atmoda*, órgano del Frente Popular de Letonia. *Baltiyskoe Vremia* sale dos veces por semana desde junio del año pasado. Su director, Alexéi Gri-góriev, se encuentra actualmente en Estados Unidos, por invitación de un colegio deseoso de oír el testimonio de un participante directo en el acontecer de las repúblicas bálticas. Durante su estancia en Nueva York visitó la sede de *NRS*, donde le atacamos con las siguientes preguntas.

* * *

– ¿Qué efectos ha tenido para su periódico el giro a la derecha de la *glásnost*, que Gorbachov pretende refrendar por vía legislativa?

– Las leyes de Gorbachov no nos preocupan sobremanera, porque nosotros en Letonia nos atenemos a nuestras leyes nacionales. Lo que sí ha tenido consecuencias negativas para nuestra labor es la ocupación de la Casa de la Prensa de Riga por los comunistas. Ahora tenemos que recurrir a los servicios de una imprenta que se encuentra a cien kilómetros de la capital. No podemos decir que seamos un periódico de gran tirada (no alcanzamos el millón de ejemplares, como nuestros vecinos de *Sovétskaya molodiozh*), pero para imprimirla en una pequeña imprenta se necesitan 8 horas, *toda* una jornada laboral.

Es fácil imaginar los problemas con los que nos enfrentamos para insertar noticias de última hora, organizar el envío de los textos y el transporte de la tirada. En principio no ha cambiado nada, sólo que ahora nos toca trabajar mucho más.

– ¿Son ustedes los únicos perjudicados? La ocupación de la Casa de la Prensa habrá afectado también a otros periódicos y revistas independientes.

– Nuestra Redacción y las de otras publicaciones independientes tiene sus propios locales. Lo malo es que nos han privado de la imprenta más potente de Letonia, y esto repercute en detrimento no sólo de la prensa independiente. Han dejado de salir muchas revistas; la amenaza gravita permanentemente sobre los periódicos de gran tirada: resulta prácticamente imposible imprimir más de 50.000 ejemplares en una pequeña tipografía. *Atmoda*, el órgano de prensa del Frente Popular, ha tenido que trasladarse a la ciudad lituana de Siauliai.

– La vieja receta bolchevique para los golpes de Estado daba prioridad a la ocupación de los bancos, las centrales de comunicaciones y las imprentas... ¿Cómo debemos interpretar la ocupación de la Casa de la Prensa por las fuerzas de intervención especial, como uno de los puntos de un vasto plan estratégico o como una simple jugada táctica de la derecha local?

– Pienso que los sucesos de enero formaban parte de un designio estratégico, pero en este caso se ocupó la Casa de la Prensa como hubiera podido ser elegida con el mismo fin cualquier otra instalación. Es evidente que el poder central ha planeado una serie de pro-

vocaciones para crear tensiones en las repúblicas bálticas. El objetivo final es lo que trata de demostrar en Ginebra Denísov, el jefe de la comisión investigadora del Soviet Supremo de la URSS, a saber: que en Letonia, Lituania y Estonia hay dos grupos extremistas más o menos iguales en número y en fuerza, que luchan entre sí, y el pueblo está descontento, está cansado ya de esas luchas, el pueblo quiere trabajar, y para restablecer el orden es indispensable que el poder central tome cartas en el asunto.

– ¿Hasta qué punto corresponde ese cuadro con la realidad?

– Todo eso es pura invención, el fragmento de un guión que se quiere llevar a la práctica. Para que pareciera verdad, primero se organizaron una serie de explosiones. La ejecución se encomendó a militares. Se hicieron volar las cruces en las tumbas de legionarios letones...

– Incluso se informó de que los restos de detonadores hallados en el lugar de las explosiones habían sido identificados como provenientes del ejército, concretamente de unidades soviéticas acantonadas en esa región.

– Sí. El ministro de Defensa, Yázov, reconoció que las primeras explosiones habían sido obra de sus muchachos, pero guardó silencio con respecto a las demás. De todo eso se infiere que la ocupación de la Casa de la Prensa es tan sólo un eslabón de la cadena de provocaciones tendentes a exacerbar la tensión.

– Se habrá dado cuenta usted de que la opinión pública norteamericana está atenta al desarrollo de los acontecimientos en las repúblicas bálticas. ¿Le parece que comprende bien lo que pasa allí o una vez más se está creando una especie de mito?

– No acaba de comprender la esencia del proceso, pero de todos modos los americanos tienen hoy una visión mucho más realista de nuestros problemas. El año pasado, durante mi anterior visita, estaban cegados por la *gorbomanía*. Es una especie de sarampión, una enfermedad infantil por la que debe pasar todo el mundo. Nosotros tuvimos que vérnoslas antes con Gorbachov y sus métodos políticos. Ustedes tardarán todavía algún tiempo en desprenderse de sus ilusiones.

– A su juicio, ¿cuál de las tres repúblicas bálticas marcha en cabeza por la vía de la independencia y cuál es la que encuentra más dificultades para avanzar por ese camino?

– Lituania es, sin duda, la que más logros ha acumulado en su lucha por la independencia. Por lo que se refiere a las dificultades, Letonia ocupa el primer lugar. Mejor dicho, anda a la zaga debido a esas dificultades. Aunque las relaciones entre nuestras repúblicas no son todo lo estrechas que quisiéramos, se están llevando a cabo acciones conjuntas. El reparto de papeles es más o menos el siguiente: Lituania abre brechas, Estonia tiende puentes hacia Occidente, y entre las dos sacan adelante a Letonia.

En el plano de las transformaciones democráticas en Letonia, debemos andar con pies de plomo, recapacitando antes de cada nuevo paso. Pero una cosa está clara: la inmensa mayoría de los letones, lituanos y estonios son partidarios de la independencia respecto a Moscú, a cualquier precio. Si tuvieran que elegir entre la dictadura del Kremlin y una dictadura doméstica, no vacilarían: elegirían esta última variante, con la esperanza de que con el tiempo se podría normalizar la situación.

Nuestro periódico se edita en ruso y va dirigido a la población rusa de Letonia. Pienso que esto supone para nosotros una ventaja, ya que nos obliga a obrar con suma prudencia, sometiendo cada nuevo proyecto de ley a una doble prueba, es decir, comprobando el grado de aceptación en dos comunidades: la letona y la rusa.

– ¿Queda todavía en Letonia alguien que crea en el mito de la «vocación proletaria» de su país, en calidad de lansquenete de la revolución mundial? Me refiero a todo lo que cuenta la historia oficial soviética sobre los fusileros letones que salvaron en muchas batallas al joven Estado soviético y posteriormente pasaron a formar parte de los órganos de seguridad.

– Pienso que, en Letonia, ese mito murió definitivamente a la vez que el último fusilero. La actividad de esas unidades no es causa de orgullo, sino que más bien motiva en nosotros cierto complejo de culpabilidad nacional. Es un tema del que antes no se hablaba pero que hoy está siendo ampliamente debatido.

– Próximamente viajará a las repúblicas bálticas una delegación de legisladores norteamericanos, de la cual forma parte, en particular, el senador republicano por el estado de Nueva York, Alphonse d'Amato, que el año pasado intentó entrar «de contrabando» en Lituania desde Polonia. ¿Qué resultados espera de esta visita?

– Yo no me cuento entre quienes insisten en que se establezcan «relaciones especiales» entre los legisladores norteamericanos y las autoridades de las repúblicas bálticas. En su enfoque del proceso de desintegración del imperio soviético, los occidentales deben dedicar igual atención a los pueblos que aspiran a la independencia, trátense de las repúblicas bálticas, Ucrania, Bielorrusia, Trans-caucasia o el Asia Central. Aunque, naturalmente, tampoco debemos perder de vista el hecho de que las naciones civilizadas, en su inmensa mayoría, jamás reconocieron la ocupación ilegal de nuestras repúblicas.

Yo abogo por la activa participación de legisladores occidentales en el examen pericial de nuestras reformas. No todo lo que hacemos es ideal, pero debe tenerse en cuenta que nuestras dificultades actuales son dificultades de desarrollo del proceso democrático. Es muy importante que los gobiernos occidentales comprendan el origen de estos problemas, ya que nuestros adversarios –el poder central– tratan de aprovechar esas dificultades para hundir el proceso democrático.

– Recientemente me tocó en suerte participar en un encuentro con congresistas. Uno de los asistentes preguntó al senador demócrata por Virginia por qué no se enfoca el problema de las repúblicas bálticas de la misma manera que el de Kuwait o el de los palestinos de los territorios ocupados por Israel. ¿Le parece correcto considerar que Letonia, Lituania y Estonia son países anexionados ilegalmente como lo ha sido Kuwait?

– Sí. En cambio la comparación con el problema palestino me parece un poco cogida por los pelos, ya que los territorios ocupados o controlados actualmente por Israel no constituyeron en ningún momento un Estado soberano.

– La anexión de Kuwait se asemeja en todo punto al guión que la URSS aplicó en su tiempo en las repúblicas bálticas, Checoslovaquia y Afganistán... Primero, la invasión militar, luego aparecían unos gobiernos títeres y se oían voces de «apoyo popular» al nuevo poder. Después de los cambios demográficos en Kuwait, Hussein está dispuesto a realizar allí un «plebiscito». ¿Por qué este mismo guión falló en Lituania, Letonia y Esto-

nia el pasado mes de enero? ¿Cabe considerar que los planes de Moscú fueron desbaratados por la resistencia del pueblo?

– El factor decisivo no fue nuestra resistencia, sino nuestra resolución y capacidad de aguante. ¿De qué resistencia cabe hablar? La gente se plantaba ante los tanques y demostraba con su actitud que estaba dispuesta a morir. ¿Qué más resistencia podíamos oponer? Pero la resonancia mundial espantó a los dirigentes del Kremlin. Ahora, tratan de borrar las huellas y con este fin han enviado a Ginebra al *Equipo* de Denísov.

– ¿Cómo podría usted caracterizar a Denísov?

– Es un político típico de la época de Gorbachov. Se trata de un tipo que se distingue de sus antecesores soviéticos por un grado aún mayor de hipocresía. Los diplomáticos de los tiempos de Brézhnev procuraban al menos mentir de la misma manera hoy y mañana, mientras que los líderes soviéticos de hoy no tienen reparo en contradecirse a sí mismos. Actúan en función de cada situación concreta. La «continuidad de la mentira» les tiene sin cuidado.

Al principio, Denísov declaró ante las cámaras de la TV de Riga que en Letonia no había motivos para que estallaran conflictos entre las diferentes nacionalidades y que el único foco de tensión era el OMON. Pero a su regreso a Moscú, después de recibir las instrucciones pertinentes, comenzó a decir lo contrario. A mí no me extraña: un hombre que consagró *toda* su carrera científica a demostrar la inconsistencia de la teoría «burguesa» de Einstein, puede tratar de demostrar lo indemostrable en sus actuaciones políticas.

– Usted habló primero de tanques, luego se refirió al OMON. Aclaremos las cosas: ¿qué fuerzas armadas participaron en la operación Báltico-91? Por una parte está el OMON, que son unidades policiales de intervención especial, subordinadas de manera inmediata a la Dirección General Urbana (o regional) de Gobernación. Por otra parte, están las fuerzas del Ministerio del Interior. Y en tercer lugar, es sabido que por orden de Yázov se trasladaron a la región del Báltico unidades de paracaidistas subordinadas al Ministerio de Defensa.

Pero, a juzgar por las noticias, los corresponsales norteamericanos que cubrían los acontecimientos de enero no tenían tiempo de fijarse en los emblemas de los ojales ni en el color de los galones, y todas las unidades especiales soviéticas utilizan el mismo modelo de metralleta Kaláshnikov.

Concretamente, ¿quién asaltó la Casa de la Prensa de Riga?

– En Letonia, se ha utilizado en todas las operaciones al destacamento del OMON de Riga, el cual, en noviembre del año pasado, declaró que no acataría las órdenes de autoridades urbanas ni del Gobierno de la república. De hecho está subordinado a Moscú, aunque Moscú se niega a reconocer explícitamente este hecho.

– ¿Qué es eso, un motín? ¿Un fenómeno de anarquía? ¿Por qué el ministro del Interior de Letonia no emitió inmediatamente una orden para disolver esa unidad facciosa de la policía?

– Se hicieron algunos intentos. El 20 de enero se procedió a una movilización de *toda* la policía letona para expulsar al OMON de su base de Vezmilgravis, en las afueras de Riga. Pero Moscú nos advirtió que semejante operación podría tener consecuencias indeseables...

– Lo de siempre. Cuando los jefes juegan a la democracia, primero dejan hacer, pero en un momento dado tiran de las riendas: «¡Ojo ahí, no destrocen esos juguetes!».

– No es lo de siempre. Ya he dicho que los dirigentes de hoy, me refiero al poder central, son mucho más hipócritas que sus antecesores. Antes decían: «¡Cuidado con eso, que es nuestro!». Ahora dicen solamente: «¡Cuidado!». Creo que Moscú se desentenderá muy pronto de los hombres del OMON. Los declararán culpables de todos los males y los llevarán a los tribunales. Algo parecido ocurrió en Polonia a raíz del asesinato del sacerdote Popieluszko.

Gorbachov mueve las fichas de que dispone según las circunstancias. En Lituania, hay también una unidad del OMON que no acata la autoridad del Gobierno nacional, pero es demasiado débil numéricamente, por eso tuvieron que mandar paracaidistas. Es muy significativo que el poder central no haya recurrido a las tropas de la Región Militar del Báltico, que cuenta con una densa red de guarniciones en el territorio de las tres repúblicas. Gorbachov y Yázov no podían confiar en esas unidades: por mucho malestar que hubiera entre los oficiales y soldados, ellos sabían muy bien que todo lo que se decía sobre el peligro de que los fascistas y nacionalistas se hicieran con el poder, era pura mentira.

– Hay quien considera que, de acuerdo con el plan estratégico de Gorbachov, la operación de aplastamiento del movimiento democrático en las repúblicas bálticas estaba sincronizada con el comienzo de las hostilidades en la zona del Golfo. Garry Kaspárov, por ejemplo, no descarta la posibilidad de una componenda entre Gorbachov y Bush.

– Está claro que no hubo ninguna componenda. Pero no cabe duda de que Moscú tenía previsto de antemano iniciar esta operación en el momento del ataque norteamericano contra Irak. De la misma manera se había planeado y llevado a cabo el aplastamiento de la revolución húngara en 1956, al amparo de la crisis de Suez.

– Algunos comentaristas critican el «eurorracismo» del mundo libre, que otorga preferencia a Letonia, Lituania y Estonia en detrimento de otras repúblicas soviéticas que han vertido más sangre aún en su lucha por la independencia. Vuestros sufrimientos repercuten en el organismo europeo, mientras que los tormentos de los armenios, los georgianos o los gagaucos de Moldavia son considerados como lacras naturales de un imperio oriental.

– Es verdad que eso no es justo, pero el hecho es que nosotros, en efecto, formábamos parte de la casa europea, de la que fuimos desgajados por medio de la fuerza. Los occidentales se olvidaron de nosotros y en cierto modo nos traicionaron. De ahí que en nuestras relaciones actuales sienta cierto complejo de culpabilidad.

– ¿Habla usted de traición moral?

– No sólo. Los ingleses, por ejemplo, entregaron a Kosiguin el oro letón y resolvieron así sus litigios económicos con la URSS. De todos modos, el hecho de que Occidente se negara a reconocer la ocupación ilegal de nuestras repúblicas ha sido siempre un apoyo moral para nosotros.

Por otra parte, debe tenerse en cuenta el factor cronológico. En la serie de actos de violencia estatal perpetrados por Gorbachov, nos ha tocado en suerte ser los últimos. Si en los casos de Nagorni Karabaj o Tbilisi todavía se podía dudar de si Gorbachov estaba o no al corriente, en el nuestro todo está más claro que el agua.

– ¿Cómo concibe usted el futuro de las repúblicas bálticas dentro, digamos, de unos

veinte años?

– Lo más probable es que dentro de veinte años seamos tres Estados independientes íntimamente vinculados en el marco de una Unión Báltica y que mantendremos asimismo lazos bastante estrechos con nuestros actuales compañeros de desgracia, con una Rusia independiente, Bielorrusia y otras ex repúblicas soviéticas.

Mesa redonda de los «grandes de la glásnost» (La prensa de la oposición)

Los días 1 y 2 de febrero de 1991 tuvo lugar en Moscú una conferencia de directores de prensa de la Federación Rusa, en el marco de la cual se produjo el primer encuentro entre representantes de periódicos independientes y editados por Soviets. Entre otros temas, se discutió cómo hacer frente al bloqueo informativo de Rusia y a los intentos de reprimir los primeros brotes de democracia y libertad de expresión conseguidos en los últimos años. Se habló de cómo los dirigentes locales del Partido Comunista se empeñan en disolver las redacciones de talento democrático: sus locales se sacan a subasta, sus imprentas se traspasan a terceros, se les corta el suministro de papel. Mijaíl Poltoranin, ministro de Información y Prensa de Rusia, anunció que su departamento se proponía favorecer el desarrollo de la prensa local y urbana en el territorio de la república. En Moscú ya salían tres nuevos periódicos de ámbito federal (*Rossía, Rossiyskie vesti y Rossiyskaya gazeta*). Por su parte, la Agencia de Información de Rusia trataba de promover el desarrollo de una moderna red de comunicaciones. Los participantes en la conferencia exigieron que la dirección de Gostelerradio anulara la decisión de prohibir las emisiones de Radio *Rossía* en los canales nacionales 1 y 2, reivindicaron la soberanía informativa de la Federación Rusa y exhortaron a todos los periodistas a defender el principio formulado por la Redacción de *Novedades de Moscú*: «decir y escribir solamente la verdad y, cuando sea imposible hacerlo, guardar silencio», escribía el periódico *Moskovski komso-molets* en su edición del 5 de febrero de 1991.

La matanza de Vilnius terminó con la idea de la Unión Soviética

1991 casi puede compararse por el grado de tensión de los ánimos y la envergadura de los cambios con 1917. Hemos visto venirse abajo la dictadura de un partido que usurpó el poder durante 74 años. Se ha desmantelado el engranaje administrativo del PCUS. Pero a comienzos del año, nuevas oleadas de frío amenazaban con poner fin al incipiente deshielo. Los sucesos de Vilnius y Riga resonaban en Moscú como un toque de campanas por la prensa democrática. Las atrocidades de la intervención militar en Stepanakert, en Tsjinvali, en Bakú, la implantación de san-

grientos regímenes dictatoriales en esos territorios, los sufrimientos de la población de extensas regiones contaminadas por la radiación a raíz de la catástrofe de Chernóbil, apenas habían conmovido a la opinión pública moscovita. Pero los acontecimientos de las repúblicas bálticas causaron estremecimiento en la capital del imperio. El fantasma de la represión andaba cerca. *Novedades de Moscú* convocó una mesa redonda en la que participaron prestigiosos dirigentes de la prensa escrita y radiada: el director adjunto de *Izvestia*, I. Golembiovski; los directores Fronin (*Komsomólskaya pravda*), V. Starkov (*Argumenti i fakti*), V. Korótich (*Ogoniok*), P. Gúsev (*Moskovski komsomólets*), V. Tretiakov (*Nezavisimaya gazeta*), V. Yákovlev (*Kommersant*), N. Cháplina (*Chas pik*); A. Drozdov (*Rossia*); S. Davídov (*Radio Rusia*); los directores y presentadores de teleprogramas B. Kurkova y V. Molchánov; V. Yuguin, presidente de un comité del Soviet Supremo de la RSFSR, y L. Karpinski, comentarista político de *Novedades de Moscú*. Como moderador del debate, actuó Egor Yákovlev, director de NM.

La tirada total de los diarios y semanarios políticos que se publicaban entonces en Moscú era de 87 millones de ejemplares, más del 60 % de los cuales correspondían a las publicaciones representadas en la mesa redonda. Todas ellas se manifestaban desde hacía tiempo y de modo resuelto en defensa de las ideas de la *perestroika*. Y eran objeto de furiosos ataques de la *mafia* del PCUS, opuesta a los proyectos reformistas que ponían en peligro su poder. Todos esos directores —«los grandes de la *glásnost*»— tenían, y tienen, fama de personas inteligentes, por lo cual es interesante ver cómo apreciaban entonces la situación. En rigor, el *putsch* no comenzó en agosto sino desde los primeros días de enero, en forma de guerra entre la información y la desinformación y de cruentos brotes de violencia en todos los confines del imperio ruso-soviético. A continuación reproducimos extractos del acta estenográfica del debate, según el texto y con los subtítulos de NM (10.3.91):

La glásnost está en la oposición

Egor Yákovlev: El bochinche que se armó después de que el Presidente sugiriera introducir cambios en la Ley de Prensa es tal que la *glásnost* en la forma que existe ahora sólo puede eliminarse junto con las reformas. Se puede dausurar *Nezavisimaya gazeta*, liquidando el Soviet de Moscú en su composición actual, con Popov a la cabeza; *Chas pik* dejará de existir si se dispersa el Soviet de Leningrado junto con Sobchak; *Novedades de Moscú*, si se anula la Ley de Prensa. Pero creo que sin una revuelta directa, la cual es poco probable, no se acabará con la *glásnost*. Por ahora es posible aprovechar las posibilidades que existen para reforzar las posiciones de la prensa democrática, aunque es obvio que ya no podemos hablar de ningún régimen de ediciones favorecidas. La última intervención del Presidente muestra que él hizo su opción al conceptuar de oposición a las fuerzas democráticas.

Pável Gúsev: El propio concepto de *glásnost* fue puesto en circulación por Gorbachov y su equipo. Pero ya fuera de su voluntad, la *glásnost* se transformó en libertad de expresión. La versión oficial no reconoce la libertad de expresión. Mientras tanto, para nosotros es el arma principal. *Glásnost* es una palabra dulce para hacerle propaganda al rumbo de Gorbachov en Occidente. Y esta *glásnost* se irá conservando, pero al mismo tiempo se seguirá oprimiendo la libertad de expresión por todos los medios posibles.

Igor Golembiowski: No se debe echar *toda* la culpa al Presidente diciendo que cambió de actitud hacia la prensa democrática. La médula es más profunda. Surgió una nueva generación de funcionarios del partido que llegó tarde para el «reparto del pastel». A diferencia de la generación saliente, actuará con más energía e ingenio. Somos testigos de cómo se ataca por varios frentes a la vez a *hvestia*, un periódico bastante moderado. Pero, al mismo tiempo, este rotativo ocupa un lugar singular en el sistema de nuestra prensa. Por ahora sigue siendo el único puente entre la prensa de izquierda y la de derecha. Y si se vira este puente hacia la derecha, muchas publicaciones afrontarán una situación nefasta. A la vista están las acometidas desde todas las direcciones. En las sesiones del Soviet Supremo se difunden documentos para los diputados, en los que se enumeran las ediciones periodísticas de carácter extremista, entre las cuales, por razones que no llevo a entender, figura también *Izvestia*. Se sugieren «cambios constructivos» en *Izvestia*. Pero ¿qué se entiende por «constructivos»? Publicar el mayor número posible de declaraciones y artículos de diputados...

Vladislav Fronin: En los últimos años, los periodistas han cambiado mucho; además, en todas las publicaciones. Le tomaron gusto a la libertad de palabra. Y también los lectores. Por eso el retorno a la situación de antes de la *glásnost* es imposible. Aunque eso sí, ha habido y seguramente habrá intentos de conseguirlo.

Vitali Kórotich: *Pravda* y *Sovétskaya Rossia* pronuncian la palabra democracia como antes se pronunciaba el nombre del enemigo de clase. El sistema aspira a emparejar en la conciencia de las masas las nociones de democracia y dificultades económicas, prensa libre y anarquía. El sistema azuza al pueblo contra la propia idea de las reformas atemorizando a los «desheredados» con la competencia social que vendrá en reemplazo de su parasitismo social. Se está verificando una peligrosa convergencia entre la cúspide parasitaria y los sectores corrompidos de la base, educados en un espíritu de obediencia. Ni unos ni otros necesitan de los medios de información: unos tienen sus propios conductos de información, mientras que los otros jamás han sentido necesidad de ser informados y se contentan con cualquier sucedáneo televisivo preparado por Krávchenko.

Alexandr Drozdov: Me alarma ver cómo la palabra *glásnost* es reemplazada por el vocablo «pluralismo». Es de sobra sabido que es imposible asegurar el pluralismo en el marco de un solo periódico, porque el contenido de una publicación determinada no puede convertirse en una amalgama de opiniones distintas. El pluralismo presupone la diversidad de los medios de comunicación de masas. Creo que nuestros opositores interpretan el pluralismo como la manera de conservar la influencia del PCUS no sólo en sus propios periódicos, sino también en publicaciones que nacieron al margen de este partido.

Vladímir Molchánov: La idea de asfixiar la *glásnost* es apoyada no sólo por quienes ocupan despachos en el CC del PCUS, sino también, lamentablemente, por algunos co-

legas nuestros. En la TV Central, últimamente he estado inmerso en un ambiente en que el cumplimiento de mis obligaciones profesionales entraba en contradicción con mi opción moral. Si el telediarario *Vremia*, en su forma actual, corresponde a la opción moral de uno, ¿de qué deber profesional cabe hablar en condiciones de monstruosa violencia contra la información? Y si uno se atiene a otra opción moral, puede correr la suerte de *Vzgliad*. Los que asocian su opción moral con el noticiero *Vremia* no son pocos. En la TV Central, no hay censura oficial. Todo es censurado por individuos que dirigen la televisión o determinado programa. Cuando comencé a trabajar en *Vremia* (el 14 de enero presenté mi renuncia formal a seguir colaborando en este programa), no teníamos problema con las fuentes de «información». A las 20.45 llamaba Ligachov dando unas indicaciones concretas, a las 20.50 telefoneaba otro funcionario de alto rango con otras indicaciones. Luego, hubo un período en que nos dejaron tranquilos. Pero ahora todo vuelve a lo de antes; nuevamente se ha convertido en norma el recibir indicaciones de secretarios y otros altos funcionarios del PCUS (que son al mismo tiempo diputados del Soviet Supremo).

Vladislav Starkov: A diferencia de nuestros colegas de la TV, no dramatizaría la situación. Hemos entrado por fin en una fase normal de la lucha política. Y debemos estar prestos para enfrentarnos a diversas contingencias. ¿Debemos tener miedo a que se restablezca la censura? Creo que tal medida no beneficiaría a nadie; a Gorbachov tampoco. Tan pronto como se reactive la censura y se clausure, por ejemplo, *Argumenti i fakti*, o nos coloquen un comisario que vigile cada palabra publicada, aparecerán octavillas, surgirá la prensa clandestina y la gente volverá a escuchar las emisoras extranjeras. El pueblo no quedará sin información...

Duelo sin reglas

Egor Yákovlev: Creo que podríamos enumerar los métodos que se emplean para ahogar a la prensa democrática. Uno de éstos consiste en subrayar constantemente que todo lo que dice la prensa independiente está programado. Luego recurren a amaños y pequeñas falsificaciones. Por ejemplo, nosotros escribimos: «el crimen perpetrado por un régimen que no quiere abandonar el proscenio». Está claro que nos referimos al régimen estalinista que aún no ha sido vencido, a un régimen represivo que ha cometido un crimen en Vilnius. Pero nuestros opositores presentan las cosas del siguiente modo: miren, la prensa democrática está contra el poder soviético, contra el régimen constitucional, etc.

Len Karpinski: No debemos olvidar la rica experiencia organizativa de los adversarios de la prensa democrática. Si el Presidente se refirió a la posibilidad de suspender la Ley de Prensa y se retractó enseguida, esto no significa, ni mucho menos, que la colosal labor organizativa haya dejado de efectuarse. Creo que funcionarios del PCUS fueron enviados a diferentes ciudades del país con la tarea concreta de organizar manifestaciones de obremos en favor de *Sovétskaya Rossia* y *Krásnaya zvezdá*, contra *Komsomólskaya pravda*, contra NM, etc., exigiendo que el Soviet Supremo examine la actividad de estos periódicos. Ya han aparecido los primeros artículos en que se plantea ante el Soviet Supremo la necesidad de formar comisiones encargadas de investigar la labor de dichos periódicos.

Las partes enfrentadas combaten con armas diferentes: una con espada, y la otra con veneno.

Vladimir Molchánov: Hablando del descrédito de los medios de comunicación de masas, debo decir que la TV Central ha hecho más que nadie para ello. Estoy muy preocupado por la tendencia al anonimato de las producciones televisivas. Últimamente han aparecido emisiones anónimas; por ejemplo, el documental de los estudios Absolut sobre los acontecimientos de Lituania. Es una muestra de propaganda extremadamente sucia, como la que se empleó con profusión allá por los años 30 y 40. La TV Central se desacredita porque no hace ningún intento de cotejar los datos. Recientemente, en Moscú tuvieron lugar tres mítines, pero la TV Central mostró uno sólo. En realidad, el *Equipo* del programa *Antes y después de la medianoche* no habíamos sufrido fuertes ataques, hasta que salió nuestra emisión de enero. Las cosas están cambiando rápidamente. Al parecer, no nos ponen muchas trabas, pero se nos da a entender claramente que no deberíamos pasarnos de la raya.

Vitali Kórotich: Veamos otros ejemplos. El mariscal Yázov declaró que, sin lugar a dudas, «soy un agente de los servicios secretos occidentales». El general Filátov dijo que «soy un individuo sospechoso designado para este puesto por los norteamericanos». Periodicuchos profesionalmente «patrióticos» desde *Puls Túshina* (El Pulso de Túshino) hasta *Literatúrnyaya Rossiya* escribieron muchas cosas sobre mi persona, insistiendo en la caracterización judeo-masónica. Si me pusiera a enumerar todos los epítetos soeces con que me califica el pasquín *Molodáya Gvardia* (en algunos números mi nombre se repite decenas de veces), tardaría después en quitarme de encima *toda* esa porquería. El método principal de esa gente consiste en no entrar en polémica, sino desacreditar y denostar con *toda* clase de acusaciones gratuitas.

Serguéi Davidov: El reciente caso de *Radio Rossia* es muy ilustrativo. Literalmente a los tres días de nuestra primera salida al aire, el periódico *Glásnost* insertó un suelto diciendo que nosotros exhortábamos a ahorcar a los comunistas. Al día siguiente, TASS difundió esta «información». ¿Qué había pasado en realidad? Transmitimos una entrevista con la compositora Alexandra Pájmutova y en un momento de la conversación el animador dijo: «¿Quiere que le cuente un hecho espeluznante? No puedo recordarlo sin horror: en un concierto un periodista hacía preguntas a jóvenes espectadores. En particular, la siguiente: si se pusieran a ahorcar a los comunistas, ¿podrías tú participar en la ejecución? Sabe, casi todos los jóvenes que se encontraban en la sala —era un concierto de variedades— respondieron afirmativamente». Después del 13 de enero, cuando Radio Rossia emitió su opinión sobre los acontecimientos de Lituania, se orquestó una alborotada campaña contra nuestra emisora: miren, llamó a ahorcar a los comunistas y por eso defiende a Landsbergis en Lituania. Todo se pone de pies a cabeza, tergiversando descaradamente las citas.

Vitali Tretiakov: Cuando apareció *Nezavisimaya gazeta*, comenzaron a polemizar con nosotros en diferentes publicaciones, sobre todo en las páginas de *Krásnaya zvezdá*. Cuanto más tiempo pasaba, más nos criticaban. Luego mandamos una breve réplica a la TV

Central mostrando hasta qué punto nuestros detractores carecían de objetividad y razón. Posteriormente, insertamos en uno de nuestros números un comentario en el que preveníamos a nuestros críticos que, polemizando torpemente con nosotros, no hacían sino acrecentar el prestigio de *NG*: ganamos lectores y la gente se solidariza con nosotros, ya que el carácter tendencioso de la crítica salta a la vista. Desde entonces hablan muy poco de nosotros.

Bela Kurkova: El Comité del PCUS de la región de Leningrado celebró muchas reuniones plenarias para tratar de la labor de los medios de información social. Del programa *Piatoe kolezó* (*La quinta Rueda*) se llegó a decir que es el origen de todas las desgracias que sufre nuestro país. En el último pleno, se volvió a hablar de nuestro programa. Pero en los comunicados para la prensa se omitieron las críticas dirigidas contra nosotros. Por lo visto, los dirigentes comunistas han comprendido que en este país los perseguidos se ganan las simpatías de la gente. Luego en *Leningradski rabochi* (*El Obrero de Leningrado*) aparece un extenso artículo teórico de Belov, secretario del comité regional del PCUS, con un pasaje exquisito en el cual el autor muestra su desvelo por los intelectuales, a los que no se debe soltar de la mano ni permitir que caigan bajo la «quinta Rueda». El camarada Belov tiene encuentros con colectivos laborales y siempre hay alguien en la sala que pregunta: ¿Hasta cuándo vamos a seguir tolerando esa «Quinta Rueda»? La respuesta es siempre la misma: «pronto esa Rueda dejará de girar».

En lugar de la censura, el rublo

Natalia Cháplina: Se está desplegando la ofensiva contra la prensa. Hace relativamente poco *Lenigradski rabochi* era un periódico de tendencias democráticas, con una tirada apreciable. Sin embargo, cuando se inició el período de formalización de los periódicos en consonancia con las prescripciones de la Ley de Prensa, los periodistas de esta publicación no supieron unirse ni presentar la candidatura de un director competente. *Lenigradski rabochi* – como una pera madura – cayó en manos del comité regional del PCUS. De un periódico que sostenía posiciones de centro-izquierda se convirtió en portavoz de la ultrade-recha. Para el puesto de director se designó a un ex funcionario del PCUS; todos los periodistas buenos pasaron a otras publicaciones.

Pável Gúsev: Cuando resulta difícil luchar contra la libertad de expresión por medio de la censura ideológica, se echa mano de otras palancas de presión, por ejemplo, de tipo organizativo y económico. Ante todo, está el problema del papel. No descarto la posibilidad de que se intente bloquear la producción de papel periódico. El Ministerio de Comunicaciones controla por completo la red de distribución de la prensa. Este monopolio puede asfixiarnos: cuando un diario llega al lector con retraso de dos o tres días, deja de ser interesante. *Moskovski komsomólets* es objeto de represalias económicas. En realidad, se ha cerrado la suscripción a nuestro periódico: la imprenta se negó a publicar la totalidad de la tirada. Desde este año MK no se distribuye fuera de la capital.

Vitali Korótich: Existen diversas maneras de sofocar la libertad de información: subiendo el precio del papel y de los servicios de imprenta, desorganizando premeditadamente el trabajo de la distribuidora Soyuzpechat. Los métodos son muchos y sentimos sus efectos (mejor dicho, los ensayan en nosotros). La prensa liberal está mal protegida en

todos los aspectos. Si alguien se atreve a criticar *Sovétskaya Rossiá*, ¡la que se arma enseguida! Pero ellos se han permitido en reiteradas ocasiones causar agravio al prestigio de la URSS y hacer «procesos de intención» contra sus dirigentes (baste recordar los artículos en apoyo de Saddam Hussein y su guerra).

Igor Golembiowski: La situación no es tan sencilla como puede parecer. Antes que otras esferas, la prensa se ha visto envuelta en la economía de mercado. Este proceso seguirá desarrollándose. Hay que elaborar un plan estratégico. La economía real se impone. Por ejemplo, desde enero se ejerce presión sobre la editorial *Izvestia* para que deje de imprimir *Nezavisimaya gazeta*. Pero, objetivamente, la editorial está interesada en sacar beneficios de su capacidad productiva.

Bela Kurkova: A mi modo de ver, los trabajadores de la TV y la radio están en la peor situación. Ni siquiera nos defiende la ley de Prensa porque es casi imposible aplicarla a los medios electrónicos de comunicación de masas. Conjuntamente con el Soviet Supremo, Gostelerradio está elaborando una ley de Televisión y Radiodifusión. Es una ley muy curiosa. Los Estatutos de la Compañía de Radiotelevisión de la URSS revelan que se está constituyendo un supermonopolio monstruoso. Este documento contiene puntos que nos privarán a todos nosotros de la posibilidad de hablar como no sea por boca del PCUS. Debemos ser conscientes de la situación que se está creando. Ya no se transmite *Vzgliad*; es posible que pronto desaparezca también el programa *Antes y después de la medianoche*. Nuestra colectividad tomó la decisión de tramitar la independencia de la Radiotelevisión de Leningrado, creando una compañía en la que podrían intervenir como fundadores los Soviets urbano y regional de Leningrado, la colectividad laboral y el Ministerio de Prensa de Rusia. Pero tres o cuatro días después se promulgó el decreto presidencial, que desbarató nuestro proyecto. Es muy probable que mañana la TV de Leningrado se convierta en un departamento de la Compañía de Radiotelevisión Central. Máxime, cuando no contamos con muchas personas que ansien trabajar en un ambiente de plena democracia. ¿Qué pasará si Moscú decide imponer su voluntad a nuestra radio y TV? Es fácil adivinarlo.

Serguéi Davidov: A finales del año pasado – seguramente, por primera vez en la historia de este país – salió al aire una emisora *alternativa*. ¿De qué manera se puede doblegarla o forzarla a callar? Privándola de medios técnicos. Porque, teniendo en cuenta la escasez de divisas que experimenta el país en general y Rusia en particular, dependemos por completo de los equipos importados por Gostelerradio. Este puede en cualquier momento hacer con nosotros lo que le dé la gana.

Posibilidades de resistencia

Igor Golembiowski: Se trata de defender el carácter de nuestras publicaciones. Contamos con posibilidades para ello, ante todo con la Ley de Prensa. Lamentablemente, nuestros legisladores conocen mal esta ley. Por esto los periodistas debemos conocerla al dedillo, ahondar en los detalles y saber defender cada letra del texto. Segundo, si queremos sobrevivir, es primordial crear una sólida base económica. En esta tarea podemos invertir no sólo los beneficios de nuestras propias publicaciones. Hace poco la Unión de Cineastas acordó instituir una Fundación para la *Glásnost*. Si se logra hacer realidad este proyecto,

dispondremos de recursos importantes para prestar apoyo a las publicaciones, radioemisoras y programas de TV que necesiten ayuda. Además, existe una organización bastante absurda: la Unión de Periodistas. No creo que el relevo de la dirección surta efectos tangibles. Sin embargo, cada publicación descuenta un tanto por ciento de sus ingresos en beneficio de dicha Unión. ¿No sería mejor destinarlo a la Fundación para la *Glásnost*? En perspectiva se nos plantea asimismo la tarea de crear una asociación profesional independiente.

Vladislav Fronin: Estoy de acuerdo. Hoy lo principal es reivindicar que se aplique la Ley de Prensa. Debemos velar porque no se introduzcan enmiendas destructivas. Si, por ejemplo, se agrega a la ley un artículo en defensa de los derechos de los editores (en este país los editores son monopolistas, y las publicaciones independientes están atadas a las imprentas de esos consorcios), entonces, ¡adiós, libertad!

Natalia Cháplina: La Fundación para la *Glásnost* es necesaria no sólo para prestar apoyo a los periódicos independientes, sino también para respaldar los colectivos de publicaciones oficiales, que están siendo objeto de fuertes presiones. Sus fundadores oficiales pretenden imponer su voluntad amparándose en la Ley de Prensa. Pero nuestra capacidad de respuesta es muy limitada... ¿Por qué *Komsomólskaya pravda*, por ejemplo, no puede romper con su fundador? Porque no tiene papel ni su propia imprenta. Repito: necesitamos un fondo de ayuda que pueda garantizar la edición, el papel y otros recursos indispensables.

Alexandr Drozdov: Mejor sería un banco que financiara la creación de imprentas independientes y nuevas instalaciones de radio y TV. La constitución de un sindicato de periodistas apuntalado por un banco coadyuvaría a crear una base sólida para la prensa democrática independiente. Convendría poner manos a la obra en esa dirección cuanto antes y contar con algo concreto para el 17 de marzo.

Vladislav Starkov: El primer ministro Pávlov promulga a diario decretos capaces de arruinar en un instante incluso una empresa altamente rentable como es nuestro semanario *Argumenti i fakti*. El tiempo apremia. La Redacción de *AiF* está dispuesta a transferir cuantiosos recursos a la proyectada fundación. Además, nos comprometemos a patrocinar un periódico –distrital o urbano– que necesite apoyo, o algún programa de radio o TV. Si hace falta, ayudaremos con papel y dinero... Es más importante aún que nuestros periódicos tengan lectores. Si hay lectores habrá una fuerte base económica. En modo alguno debemos coordinar nuestras acciones para mantener nuestras publicaciones. Hay que coordinar los esfuerzos para asegurarnos recursos, papel, imprentas y el servicio de distribución, ya que no podremos hacerlo actuando por separado.

Vitali Tretiakov: Apoyo por completo la idea del banco. Y, naturalmente, soy partidario de crear un sindicato único. Este podría unir a la prensa electrónica con los periodistas. Tal vez convenga formar un sindicato único de periodistas y obreros de imprenta. Los intereses de estas dos categorías profesionales no coinciden por entero, pero la existencia de un sindicato único responde a las necesidades del momento. Los obreros de las imprentas nos apoyan. Ellos siempre han marchado en vanguardia del movimiento revolucionario de Rusia, detrás de los panaderos. Debemos unirnos.

Victor Yuguin: Para crear dicha Fundación podemos organizar una lotería internacio-

nal. En cierta ocasión ya organizamos una. Y tuvo éxito. Una parte de los ingresos provenientes de esta acción podría servir para fundar un banco de desarrollo de los medios de información social de Rusia. A la formación de ese Fondo podrían contribuir la Unión de Arrendatarios, Empresarios y Cooperativistas, que constituyen un sector nuevo de la economía.

Vladimir Yákovlev: Hay dos cosas en las que, a mi juicio, se puede y se debe invertir dinero: las editoriales y el sistema de distribución. Sobre todo, en este último. Editoriales con sus imprentas, hay muchas; podemos elegir. Nuestro semanario se imprime en las instalaciones de la editorial *Krásnaya zvezdá*, y no tenemos problemas con ella. De acuerdo con el contrato, pagamos primas a los obreros y esto, naturalmente, les agrada. En cambio, el sistema de distribución deja mucho que desear, por tratarse de un sistema monopolista. Debemos promover la actividad empresarial en este sector. Por ejemplo, en Leningrado funciona la agencia Chelovek (Persona). Podríamos invertir dinero en esa firma y crear un sistema de distribución para *toda* la URSS. A decir verdad, no estimo necesario fundar bancos especiales. Es mucho más prometedora la idea de constituir una sociedad anónima con la participación de publicaciones democráticas.

Vitali Korótich: Conviene que defendamos juntos nuestras ideas, en el espíritu democrático de la *perestroika*. Al decir «nuestras ideas», de ningún modo me refiero al principio de caución solidaria. Atribuyo sumo valor a la independencia de cada uno de nosotros y la postura propia de cada publicación. Pero si uno ve cómo se atacan y atrepellan principios que le son afines, debe ayudar a defenderlos. Creo que deberíamos organizar con mayor frecuencia mesas redondas como ésta y otras reuniones y encuentros. Cabe señalar que NM da un buen ejemplo en este sentido. Los jefes de los países no alineados se reúnen regularmente y mantienen una alianza muy firme sin abandonar ninguna de sus posiciones. *toda* la prensa conservadora cuenta con el apoyo eficiente de la «cúspide». A nosotros no nos ampara nadie, excepto nuestros lectores: vamos a unirlos para asegurar la ayuda mutua.

CAPITULO SEXTO

PRENSA PARA LOS HOMBRES DE NEGOCIOS. EN BUSCA DE LA RENTABILIDAD

En un pasado reciente, los hombres de negocios soviéticos carecían de publicaciones expresamente destinadas a ellos, a excepción de la aburridísima *Ekonomícheskaya gazeta* (Gaceta Económica), de marcado carácter propagandístico, y algunas revistas editadas por ministerios y departamentos del gobierno y centradas en estrechos campos de actividad. En cambio, todos los diarios centrales ensalzaban en sus primeras planas las proezas laborales de los trabajadores, la sabiduría del partido y sus ambiciosos proyectos económicos. En todos los centros de enseñanza superior, se impartían Economía política del socialismo y Economía política del capitalismo. Sólo hoy hemos reconocido que *El Capital* de Marx no sirve para el estudio del capitalismo moderno, que nuestro socialismo ha sido la fase tardía del feudalismo y que el comunismo ha resultado un mito y una teoría perniciosa. En lo que respecta a la economía política, huelgan comentarios.

Vale recordar un chiste viejo. Lenin y sus colaboradores íntimos viajan en un tren. De súbito la locomotora se detiene en seco: no hay rieles delante. Lenin propone organizar un sábado rojo y tender la vía. Y así hicieron, saliendo del trance.

El mismo tren, pero lleva a Stalin. La locomotora se para: no hay por dónde seguir. Stalin ordena: que aparezcan los rieles, en caso contrario, todos serán fusilados. La amenaza surte efecto.

El tren en que viaja Jruschov se detiene en pleno campo: alguien ha desmantelado la vía férrea. Jruschov propone sacar los rieles de atrás y colocarlos por delante.

Sale de viaje Brézhnev. El tren se para. Sus ayudantes y asesores se precipitan a abandonar los vagones gritando: «Ya se mueve, ya se mueve», empiezan a mecer el tren inmóvil.

Llega la época de la *perestroika* y de la *glásnost*. El tren de Gorbachov acelera, pero de golpe se para en seco: no hay rieles ni traviesas. Gorbachov ordena abrir de par en par ventanas y puertas y gritar a voz en cuello: ¡no hay rieles, no hay traviesas!

Tales son los modelos de desarrollo económico que ha tenido este país hasta ahora. Pero poco a poco los hombres emprendedores han salido de la clandestinidad y discuten en público sus problemas. Como consecuencia, en la URSS han aparecido periódicos y revistas «especiales» que no tienen análogos en el mundo.

Los muchachos enérgicos de «Kommersant»

El semanario *Kommersant* (El Comerciante) publica en sus páginas la cotización de las divisas occidentales en el mercado negro de distintas ciudades soviéticas y del rublo soviético en capitales europeas. También inserta datos sobre el mercado de divisas, controlado por los especuladores soviéticos y extranjeros. En un pasado reciente las personas que se dedicaban a tales operaciones comerciales eran perseguidas por la ley y, caso de ser detenidas, corrían el peligro de pasar el resto de su vida entre rejas. En la URSS, nadie ha abolido los artículos del Código Penal que establecen severos castigos por operaciones monetarias ilegales. Por eso los autores de las mencionadas informaciones que aparecen en *Kommersant* jamás ponen sus nombres al pie de los escritos. El semanario da a conocer regularmente el precio de venta en el mercado negro de electrodomésticos y aparatos electrónicos de fabricación extranjera, así como ropa de algunas casas de moda de otros países. Con todo lujo de detalles, se informa a qué precios se venden dichas mercancías en distintos mercados de Occidente. Así pues, es un periódico muy valioso para los especuladores. Y, naturalmente, goza de demanda en determinados círculos. Todo eso es muy extraño, puesto que el acto de especulación es punible en la URSS. A juzgar por todo, la Unión Soviética se está preparando para entrar en el «capitalismo salvaje», o sea, en la etapa de la acumulación originaria de capitales.

Desde 1989, en la URSS, ocurre lo mismo que sucedió en Polonia diez años antes. La oposición al régimen comunista ha entrado en el

sector de los negocios y la gestión económica. Las fuerzas democráticas más activas se hicieron mayoría en los ayuntamientos de Moscú y Leningrado, triunfaron en Lvov y en las repúblicas bálticas, se integraron en cooperativas, en ciudades y zonas rurales. Con participación de capital extranjero, se fundan empresas mixtas, periódicos, revistas, agencias de información, bancos de datos, instituciones financieras y compañías intermediarias. En pocos meses, el semanario *Kommersant*, 24 páginas de tamaño tabloide, con excelente presentación, ingeniosa diagramación y un nivel cualitativo muy alto de información, se convirtió en el mejor periódico soviético. Cierto es que el calificativo de «soviético» casa mal con este semanario, que rehuyó desde el principio la mentira, los tópicos propagandísticos y la táctica de cerrar los ojos ante la situación calamitosa del país. Al iniciar la lectura de *Kommersant*, se puede estar seguro de que sus analistas políticos, económicos y militares le pondrán al corriente de los acontecimientos de la semana y harán pronósticos fiables para el futuro próximo. Desde los años 20 no se habían editado en este país publicaciones de este tipo, escritas con lenguaje sencillo, comprensible y preciso. Otros periódicos tratan de copiar el estilo —un tanto irónico— de *Kommersant*. Hoy todos procuran coquetear con el lector. Pero no todos, ni mucho menos, han sabido ganarse la confianza del público.

Ya podemos vaticinar con buena dosis de seguridad, que muchas de las nuevas publicaciones sociopolíticas tendrán que cerrar en un futuro muy próximo.

En lo que se refiere a las pequeñas ediciones, destinadas a un determinado lector, ya son bastante numerosas. Se especializan en la temática religiosa, negocios, psicología de la comunicación, problemas sexuales y diversas aficiones. Asimismo, cabría citar aquí *toda* clase de *digests* que se limitan a reproducir los artículos de otras publicaciones. Esos materiales los va a comprar con gusto, y a precios relativamente altos, aquella gente que no tiene tiempo para leer los originales, de modo que se trata de un negocio muy ventajoso.

La pequeña tirada en este caso no tiene que asustar necesariamente a los que quieren publicar anuncios comerciales. Al contrario: las empresas están interesadas en presentar sus productos a un público perfectamente definido, pues la publicidad necesita tener siempre a un destinatario fijo.

Cabe prestar especial atención a las revistas caras y bien ilustradas, ya que se trata de un mercado prácticamente inexistente en la Unión Soviética. Sólo se editan unas cuantas revistas con participación de capital extranjero, como *Moscow Magazine*, *Deloviye liudi* (Gente de Negocios), *Manager* y *Megapolis International*. Dichas publicaciones tienen ciertas peculiaridades y subsisten, principalmente, gracias a los anuncios publicitarios, puesto que el costo de la edición es muy alto y no siempre se compensa mediante la comercialización.

En mayo de 1991, *Kommersant* firmó un convenio para la venta del 40 % de sus acciones a la compañía Eurexpansion, integrándose de este modo en la red europea de publicaciones económicas y financieras organizada por dicha compañía.

A comienzos de octubre de 1991, *Kommersant* duplicó el número de páginas. Por lo que es del contenido, sigue prestando atención fundamental a los negocios dentro del país; tema al que consagra el 70 % de los artículos –dice– Vladímir Yákovlev, director del semanario. Superado ya el período febril de la primera fase de desarrollo de la actividad empresarial en Rusia, nuestros hombres de negocios se interesan no sólo por la información indispensable para su trabajo, sino también por todo lo demás que la gente suele buscar en los periódicos». *Kommersant* dedica mucho más espacio que antes a las noticias de la economía, el comercio y las finanzas mundiales.

Los Yákovlev: padre e hijo

Después del golpe de agosto, los dos famosos Yákovlev, padre e hijo, Egor y Vladímir, se relajaron un poco conversando sobre temas diversos y publicaron su diálogo en *Novedades de Moscú* (8.9.91). Era la última edición de este semanario que firmó Egor Yákovlev antes de tomar posesión como presidente de la Compañía de Radiotelevisión de la URSS. El padre, a sus 61 años, es un entrenador que sale a jugar con su equipo: no sólo dirige, sino que escribe él mismo con frecuencia y tiene buena pluma. El hijo, de 32 años, no gusta de compartir sus ideas con los lectores; más que periodista, es un editor y hombre de negocios. Antes de ponerse al frente de *Kommersant*, trabajó en *Rabótnitsa* (Obrera), *Sobesédnik* y *Ogoniok*.

He aquí unos extractos de dicha conversación:

Egor Yákovlev: Para mí es como si hubieses nacido por segunda vez. Empezando desde cero, con un capital que, si no me equivoco, no pasaba de cincuenta rublos, fundaste la cooperativa Fakt, luego el periódico *Kommersant* y la agencia *Postfactum*. En cinco años has logrado montar *toda* una estructura. ¿Cuánta gente trabaja en sus diversas divisiones?

Vladímir Yákovlev: A juzgar por las nóminas, más de mil quinientas personas.

E. Y.: ¿Cuál es el capital de que dispone Fakt?

V. Y.: Es una pregunta difícil de contestar. Creo que el capital global, sumando los de todas las divisiones, incluido el valor de los bienes y las acciones a cotización de mercado, representa unos 300 millones de rublos. Pero no vayas a creer que soy propietario único de esa fortuna. Sólo poseo una parte de las acciones.

E. Y.: Te metiste en una cooperativa, y todo lo demás pasó a segundo plano. ¿Cómo ocurrió eso?

V. Y.: Fue mera casualidad. Un amigo decidió ganar dinero y se puso a organizar una cooperativa que debía producir géneros de punto o algo por el estilo. Me pidió que le ayudara a registrarla. En aquel entonces el procedimiento era muy complicado, y nos pusimos de acuerdo para que yo llevara a cabo una especie de experimento como correspondía a *Ogoniok*, que era la revista donde estaba trabajando. En la Redacción, no tenían ni idea acerca de mis planes. Mientras tanto, peleaba con el Comité Ejecutivo del Soviet de Moscú y me encargué de todo el papeleo en la oficina. Fue entonces cuando comprendí que aquello me gustaba. Se trataba de un trabajo creador, de la posibilidad de hacer algo práctico, o sea, de hacer algo que últimamente me faltaba en el periódico.

Registramos aquella cooperativa, que comenzó a funcionar. Naturalmente, después de la inscripción en el registro, ya nadie necesitaba de mí. Ahora ya no recuerdo cómo nació la idea de organizar un negocio propio. Cuando íbamos al Comité Ejecutivo del Soviet, veíamos allí una multitud de personas que también soñaban con crear una cooperativa. Esos hombres y mujeres esperaban pacientemente su turno para hacer preguntas, y nosotros ya conocíamos las respuestas. Nuestra cooperativa de géneros de punto era la segunda o la tercera en Moscú. Así nació la agencia Fakt, que daba respuestas a los futuros cooperativistas. Actualmente ya nada tiene que ver con este juego, pero fue así como se inició el negocio.

E. Y.: ¿Cómo pasaste de la cooperativa Fakt al periódico *Kommersant*?

V. Y.: También fue una casualidad. Las cooperativas fueron surgiendo por todas partes y se inició el movimiento por crear la Unión de Cooperativistas. En parte, para responder a la presión social, pero más que nada aquello era resultado de la lucha de diferentes grupos por ejercer influencia sobre este nuevo sector económico. Se reunió el congreso y Artiom Tarásov informó que en la sala se encontraba el académico Vladímir Tijonov, cosa que alegró a todo el mundo. Parecía increíble que un diputado popular de la URSS, un académico muy respetado acudiera al Congreso de Cooperativistas. En aquel entonces los cooperativistas tenían un gran complejo de inferioridad social (ahora se han liberado de todo complejo). Cuando se llegó a la elección del presidente de la Unión, el mismo Tarásov propuso la candidatura de Tijonov. De nuevo hubo gran júbilo, y el académico fue elegido de inmediato para ejercer la presidencia. Todo eso ya me estaba aburriendo y volví a mi oficina. Poco después vino a verme Tarásov. Lo habían elegido vicepresidente y trataba de resolver los problemas más candentes de la Unión de Cooperativistas Asociados. Según él, la tarea más apremiante de la flamante Unión consistía en editar un periódico propio. Esa tarea me la encargaron a mí. Al comienzo sólo me encogí de hombros, ya que no creía en el éxito de la empresa. Pero luego redactamos la solicitud y busqué la posibilidad de registrar nuestro periódico.

Resultó que en el verano del 88 nadie sabía por dónde había que comenzar. En el Comité para la Obra Editorial (Goskomizdat), me contestaron que no podía hacer la inscripción en el registro sin el visto bueno del Comité Central del PCUS. Allí me dijeron que no tenían nada que ver con esos trámites y que debía dirigirme a Goskomizdat. Me pasé bastante tiempo en idas y venidas desde la Plaza de Pushkin a la Plaza Vieja. Finalmente, logré ganarme al departamento del CC que tutelaba a los cooperativistas. Les mentí diciéndoles que necesitábamos el periódico para educar a los coopera-

tivistas. En realidad los coloqué ante el hecho consumado. Mientras los funcionarios se resistían y trataban de escurrir el bulto, yo hacía el periódico a la luz del día, contrataba al personal, gastaba dinero. Sacamos a la calle dos números piloto, cosa que no esperaba de nosotros. Nos presentamos con las pruebas al Glavlit. En aquellos tiempos ya se permitía editar publicidad sin someterla a la censura. Los censores me dicen: esto no es publicidad, es un periódico. Yo contesto: no, es un ejemplar publicitario. Ellos insisten: es un periódico. Yo me hago el tonto: es publicidad, sólo que se parece a un periódico porque precisamente es para hacer propaganda de una nueva publicación. Finalmente cedieron.

Kommersant fue inscrito en el registro oficial de prensa a finales de diciembre de 1988, tres días antes de la aparición del primer número.

El resto del diálogo gira en torno a la figura de Gorbachov, las formas de propiedad, la actitud hacia los extranjeros, hacia los que ganan mucho dinero, etc. Es una larga conversación en que el padre se enorgullece de su hijo y evoca sus inquietudes paternas de antaño, mientras que el hijo en ningún momento confiesa que ha aprovechado en todas las etapas de su carrera la circunstancia de ser el hijo de Egor Yákovlev. Gorbachov obtenía importantes créditos en el extranjero como premio por la política aperturista en el plano de la información, es decir, por *Novedades de Moscú*. La edición en ruso del semanario era muy difícil de conseguir en el interior del país, pero de puertas afuera se difundía en muchas lenguas y era considerada como un símbolo de la *perestroika*. En aquellos tiempos, nadie hubiera osado levantar la mano contra Vladímir Yákovlev. Mientras su padre gozaba de los favores de la cúspide gobernante, él pertenecía al círculo de quienes se hallaban por encima de la ley y podían hacer lo que se les antojara. Recuerdo que en mis años de estudiante, hace cosa de unos veinte años, en nuestra residencia de la Universidad de Moscú, en las colinas de Lenin, los «grandes negociantes» del mercado negro local (ropa de Berlín Oeste, divisas) eran hijos de los secretarios generales de partidos comunistas de otros países (por aquel entonces, los retoños de los altos dignatarios del régimen soviético no intervenían en esa clase de actividades). Los vastagos de los dirigentes comunistas extranjeros desarrollaban sus negocios ilícitos sin el menor recato: sabían que la policía y el KGB no se meterían con ellos.

De la misma manera, entre los nuevos *businessmen* de la *perestroika* se promovieron centenares de jóvenes, que al amparo de sus relaciones familiares podían actuar sin temor de los «guardianes de la ley». Por lo demás a comienzos de 1992: 1) en las cárceles seguía habiendo decenas de miles de presos que habían sido condenados por «delitos económicos» que en cualquier país liberal no serían considerados como tales; 2) la policía podía entrar sin llamar ni presentar orden de registro (sin sanción del ministerio fiscal) en *cualquier* puerta e incautarse de la documentación económica de cualquier ciudadano; 3) se hablaba mu-

cho de la privatización de la tierra, las empresas y otros bienes del Estado, pero en la práctica este proceso estaba todavía por comenzar.

Todo esto no era óbice para que el director de *Kommersant* enfocará con envidiable optimismo juvenil las perspectivas de la democracia, la prensa y el poder, en sus respuestas a *Rossiyskie vesti* (núm. 19, setiembre de 1991):

1. Por lo que se refiere a lo que conviene hacer, no creo que debamos hacer nada del otro mundo; simplemente vivir de manera normal. De eso se trata, de vivir. Está en marcha un saludable proceso de normalización de la vida, que se inició antes aún del golpe. A mi juicio, el tiempo de las campañas políticas ha quedado atrás.

¿Qué reformas necesitamos? No veo dificultades cuya solución requiera reformas. Pienso que hoy contamos con un ambiente legislativo favorable al desarrollo de la empresa privada y con el interés de los inversores foráneos, que sólo podrá fortalecerse con el tiempo, cuando se establezca en grado suficiente la situación en nuestro país. Lo único que debemos hacer es dar tiempo al tiempo y trabajar. Trabajar normalmente, sin histerismos ni intentos de resolverlo todo en un santiamén. Se ha imprimido un impulso a la economía. Y hemos conseguido la libertad.

¿Por qué no hay cambios perceptibles? Porque durante setenta años hemos vivido en condiciones de desmadre económico. Frente a esta realidad, la única solución consiste en ser pacientes y trabajar. Tiempo y trabajo, eso es lo que necesitamos. Los sovjoses y koljoses son una supervivencia de la época anterior, pero sería una estupidez disolverlos de la noche a la mañana por decisión del Gobierno: destruir por vía administrativa las formas cristalizadas de gestión económica no tiene sentido. El Estado debe crear condiciones propicias para que se transformen desde dentro, y últimamente viene trabajando cada día con mayor energía en esta dirección. También me parece ridículo hablar de eventuales decisiones gubernamentales que podrían enderezar la economía rápidamente. Todo lo que se podía autorizar, ya ha sido autorizado decenas de veces. Todo. Por eso se trata ahora de vivir y trabajar.

2. Sólo en su primer tramo, el camino hacia el *cuarto* poder cruza el campo de la política. La función de la política se reduce a otorgar la libertad de expresión. Luego, ese camino se adentra en el terreno comercial. En Rusia, hay muchas personas capaces de hacer un periódico o un programa de TV, pero, desgraciadamente, son pocas las que pueden dirigir una publicación garantizando su rentabilidad, asegurando que funcione como una estructura económica sana, pueda subsistir sin subvenciones del Estado, etc. Para fundar un periódico basta con obtener la autorización del ministro. Lanzar un periódico que defienda la ideología de su director o del colectivo de periodistas, tampoco es muy difícil. Ahora bien, para que una publicación sea rentable, debe corresponder a los intereses de quienes la compran. Por ahora, la mayoría de los periódicos no saben resolver este problema. Cuando aprendan a enfrentarlo con éxito tendremos el *cuarto* poder.

3. ¿Qué recomendaría yo a quienes ejercen hoy el poder? Que no se olviden de que la gente ya no es la misma de antes.

El primer ministro Pávlov también fue periodista

Delovói mir (El Mundo de los Negocios), *Delovie liudi* (Hombres de Negocios)... Esos títulos atractivos y algo inusitados para la prensa soviética se hicieron habituales a partir de mediados de 1990.

El semanario moscovita *Nedelia* publicó (22.10.90) un extenso artículo dedicado a *Delovói mir*.

En estos últimos seis meses se han logrado avances sustanciales. Ya se publicaron los primeros cinco números de *Delovói mir*, y a partir del año que viene, el periódico saldrá todos los días con ocho páginas (los domingos, con 16); asimismo, se editó un número especial en armenio, que se difunde en las colonias armenias de diferentes países. Además, se editan dos suplementos semanales –*Radikal* (El Radical) y *Rínok* (El Mercado)– y en la actualidad, se está preparando otro: *Autoreviú* (Revista de Automóviles). En 1991, *Delovói mir* procederá a la publicación del cuarto suplemento, *Ekologúicheskaya gazeta* (La Gaceta Ecológica), editada conjuntamente con el Comité Nacional para la Protección de la Naturaleza, y la revista económica para niños *Nachala* (Principios).

A pesar de que el consorcio se ha creado recientemente, ya tiene una estructura económica muy fuerte y está poniendo en práctica un proyecto de modernización en la fábrica de celulosa y papel de Kondolozh con presupuesto de 100 millones de libras esterlinas y será terminado en dos años.

El capital fundacional –mixto– del consorcio *Delovói mir* supera los 15 millones de rublos. En la ceremonia de la presentación, se barajaron cifras mucho más impresionantes, pero nadie las confirmó públicamente. La lista de los fundadores la inaugura el Ministerio de Finanzas de la URSS, seguido por el Comité Nacional de Abastecimiento Material y Técnico, el Comité para la Ciencia y la Técnica, el Ministerio de Comunicaciones, la editorial Vozdushni transport, la asociación AvtoVAZ, el consorcio Gasprom, el centro de investigaciones de relaciones económicas internacionales, tres bancos comerciales, la asociación Znanie, la Unión Nacional de Diseño Industrial y hasta el departamento editorial del Patriarcado de Moscú. Además, en la lista figuran siete miembros asociados, entre ellos, entidades tan influyentes como AvtoVAZbank. Y cierra esta lista un miembro asociado con derechos especiales: Maxwell Communication Corporation. La junta directiva del consorcio la encabeza Valentín Pávlov, ministro de Finanzas de la URSS.

Cuando Pávlov asumió el cargo de primer ministro, su apellido dejó de figurar en la lista de directivos del consorcio *Delovói mir*. Pero aun siendo «sólo» ministro (¡de finanzas!) era escandaloso que estuviese al frente de un negocio de esa envergadura.

La revista *Delovie liudi* merece mención especial: este semanario pretende convertirse en una suerte de puente informativo entre la nueva generación de los ejecutivos empresarios soviéticos y el mundo de negocios occidental. El diseño y la calidad de la impresión no tienen nada que

envidiar a las mejores ediciones extranjeras.

Conste que el diario *Pravda* hizo a la nueva revista una publicidad gratuita, al otorgar la palabra, en el número del 22 de mayo de 1990, al director de dicha publicación. Se trata de un caso excepcional, pues otras revistas de la misma orientación, tales como *Kommersant*, no se merecieron semejantes honores. He aquí lo que escribió *Pravda* bajo el título *Para los hombres emprendedores y con espíritu de iniciativa*:

Delovie liudi (Hombres de Negocios), así se titula una nueva revista internacional, constituida por la empresa franco-soviética Press-contact, entre cuyos fundadores figuran el Banco de Innovaciones de Moscú, la editorial Progreso y la empresa francesa Socpress.

La diversidad de las publicaciones sobre temas económicos en la URSS es ilusoria. Es como si los boletines de agencias matrimoniales y las revistas del tipo de *Akushertsvo y guinekologuia* (Obstetricia y ginecología) fuesen la única literatura disponible sobre problemas de la familia. La prensa dedica la debida atención al mecanismo de las reformas económicas, pero suele olvidarse de la gente que es capaz de diseñar, construir y poner en práctica dicho mecanismo. Entretanto, es necesario que la sociedad apoye a los empresarios con espíritu de iniciativa, ayudándoles a revelar el potencial que tienen con máximo provecho para sí mismos y para los demás. Todos necesitamos que dichas personas desarrollen el sentido de dignidad propia, pues, lamentablemente, el calificativo *delovói*, que figura en la expresión *delovói chelovek* (hombre de negocios) y tiene también la significación de «emprendedor», sigue utilizándose en nuestro idioma como sinónimo de «embustero», «estafador» o «falaz». Y no es casual: el sistema autoritario condena severamente cualquier iniciativa que haya sobrepasado los límites establecidos, cualquier brote de autonomía o independencia de la gente.

Delovie liudi es una revista de amplia temática, destinada a los empresarios, dirigentes de empresas industriales, granjas agropecuarias e instituciones públicas. La revista enfoca, desde un ángulo económico, los más diversos temas, comenzando por la circulación de valores y terminando por el ocio y los deportes. Cada número recoge anuncios publicitarios de empresas extranjeras.

La revista se publicará en dos idiomas: ruso e inglés. Se imprimirá en París, pero todo el contenido y la maqueta se prepararán en Moscú. Lamentablemente, el periodismo nacional sobre temas económicos está muy rezagado de las publicaciones extranjeras. Creo que la diferencia es la misma que existe entre un Mercedes y un Moskvich. Nuestros artículos suelen ser largos y les falta dinamismo; resulta prácticamente imposible encontrar fotografías expresivas, etcétera.

El promotor del proyecto *Delovie liudi* fue el francés Robert Hersant, presidente de la empresa Socpress, conocido internacionalmente como propietario de unos 30 periódicos y revistas de diferentes países. En la primavera de 1990, abrió la emisora Malopolska en Cracovia. Hersant edita periódicos en Polonia, Checoslovaquia y Rumania. Para lanzar *Delovie liudi*, ha creado una empresa mixta en la que participa con un 55 % del capital fundacional, correspondiendo el resto a los socios soviéticos.

El reto que se plantea ante los editores de *Delovie liudi* es serio, pero ya se han logrado avances sustanciales: se vende en 40 países. A Moscú llegan 100.000 ejemplares de cada tirada en idioma ruso. Huelga decir que la publicación de los anuncios comerciales se cobra exclusivamente en moneda fuerte.

Las revistas «Moscow Magazine» y «Burda», «Burda Moden» y otras revistas

En la revista *Moscow Magazine*, que empezó a publicarse en 1990 con periodicidad mensual (una tirada de 60.000 ejemplares, de los cuales 40.000 se distribuyen en la Unión Soviética, a siete rublos el ejemplar), una página de publicidad comercial cuesta alrededor de 6.000 dólares.

Moscow Magazine fue fundado por la Asociación de Editoriales de Holanda, la sección moscovita de la Unión de Periodistas de la URSS y el Banco Intersectorial para el Desarrollo del Comercio Mayorista.

Según afirman los fundadores de la revista, ésta pretende recoger los artículos de prestigiosos economistas soviéticos y extranjeros, publicar información de negocios, recomendaciones destinadas a empresarios extranjeros, así como entrevistas con aquellos que ya han montado un negocio en la URSS. Asimismo, se publicarán las noticias de la legislación económica de la URSS.

El resto del espacio estará dedicado a los problemas políticos, sociales y culturales, acontecimientos de estricta actualidad, nuevas tendencias, resúmenes de libros, etc. En la revista habrá una guía de espectáculos, restaurantes, transporte y servicios de la capital...

Esta revista, de 100 páginas, perfectamente ilustrada, se edita en inglés y en ruso.

El director de la revista por la parte soviética es Guennadi Muiselián, ex jefe del departamento internacional de la Unión de Periodistas Soviéticos; y por la parte holandesa, Dirk Sauer, quien ganó en 1989 el título de Periodista del Año. La Redacción está integrada por 11 personas, incluido el personal técnico. «Las capacidades tecnológicas de Occidente más el talento de los periodistas soviéticos», así describe la receta de la nueva revista Sauer.

Revistas como *Moscow Magazine* se publican en todas las grandes ciudades del mundo. Por lo visto, *Moscow Magazine* disponía de suficientes recursos para permitirse el lujo de distribuir en la URSS, a título gratuito, más de 4.000 ejemplares de cada número, enviándolos a las bibliotecas públicas, instituciones gubernamentales, ministerios, entidades bancarias y empresas mixtas. Durante el acto de presentación de la revista, que tuvo lugar en un local prestigioso de Moscú —el Sovint-centr—, los primeros números los repartieron entre los invitados Ria Lubbers, esposa del pri-

mer ministro holandés, y G. Jeller, vicepresidente del consorcio Philips. La parte soviética también estaba representada por gente de influencia. No, no eran funcionarios del CC del PCUS, ni tampoco sus familiares... Ya entonces había otras instituciones cuya benevolencia se consideraba indispensable. En la empresa soviético-holandesa participan los ejecutivos de Tokobank y el mencionado Banco Comercial para el Desarrollo del Comercio Mayorista, que se fundó en 1989 con la participación de instituciones como el entonces todopoderoso Gossnab (Comité para el Abastecimiento Material y Técnico), Goss-traj (Compañía Estatal de Seguros), el Departamento de Finanzas del CC del Komsomol, los Ministerios de Marina Mercante y Aviación Civil de la URSS, Agrobank, el Banco de Ahorros, así como numerosas empresas industriales y cooperativas.

Moscow Magazine ha merecido muchos elogios, en particular, el de *Nezavisimaya gazeta* (26.10.91).

El proyecto *Megapolis* tiene patrocinadores aún más influyentes. En la ceremonia de presentación de la nueva revista *Megapolis International*, que se celebró en julio pasado en Sovintcentr, los hombres de negocios y periodistas extranjeros pudieron conocer el nombre de los fundadores: el ayuntamiento de Moscú, el Centro Internacional de investigaciones de los problemas de gestión, TASS y APN. La revista está orientada a los círculos empresariales que pretenden recibir la información de temas económicos, sociales, culturales y de comunicación en Moscú o en otras urbes del planeta.

La revista promueve la edición del semanario *Megapolis Express*, que se ha hecho muy popular en la URSS, y del periódico humorístico *Utiug* (La Plancha).

El 3 de julio de 1991 tuvo lugar en el centro de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores la presentación de la revista mensual VIP, fundada por el *Equipo* de *Megapolis*. El precio de la edición en ruso, de 96 páginas, era de 7 rublos y el de la versión inglesa, de 6 dólares. La tirada de 30.000 ejemplares se realizaba en la Imprenta Modelo n.º 1 de Moscú. VIP se propone presentar al público las grandes figuras de la URSS y los demás países del antiguo campo socialista...

En mayo de 1989 se puso a la venta en los quioscos soviéticos el semanario *Manager* (con el subtítulo de *Periódico independiente* para los hombres negocios), de inspiración democrática. Es editado por la sociedad anónima Razvitie (Desarrollo). Con el mismo nombre de *Razvitie* (y el subtítulo de *Industria de la Construcción. Economía. Sociedad*), en junio de 1991 vio la luz el sucesor ideológico de los periódicos *Stroitel'naya gazeta* y *Sotsialistícheskaya industria*, que habían pasado a otro mundo por decisión del CC del PCUS. En el espacio abandonado por estos portavoces del Partido Comunista, en los cuales trabajaban más de 400 periodistas, se han instalado también *Cañera* (Carrera) e *Inzhenérnaya gazeta* (El

Periódico de los Ingenieros), más debiluchas aún, algo más independientes, bastante emprendedoras y no muy escrupulosas.

En julio de 1991, nacieron dos revistas: la moscovita *Sov-Econ* y la siberiana *Diréktor* (Director), destinada a los hombres de negocios. Ésta se vende a 4,5 rublos mientras que el precio de aquélla oscila entre 50 y 60 rublos (!). Con el nombre de *Sov-Econ* se editan de hecho dos revistas, con suscripción por separado a los fascículos mensuales sobre temas concretos y los panoramas trimestrales. ¿Cómo se justifica tan alto precio? Por la utilidad de esta revista, que ofrece a los lectores información analítica y pronósticos procedentes de fuentes oficiales solventes. Se comprende que haya gente dispuesta a pagar 50 rublos a cambio de esos datos; pagaría incluso 50.000. Se podría, por tanto, lanzar una revista que atendiera los pedidos de cada lector concreto y publicara sus elaboraciones económico-tecnológicas en un solo ejemplar destinado al cliente, poniéndoles el correspondiente precio en decenas de miles de rublos. No haría falta comprar toneladas de papel ni se necesitaría imprenta.

La editorial Mashinostroenie (Construcciones Mecánicas), conjuntamente con la agencia alemana de información Economía del Este, puso en el mercado en abril de 1991 el periódico *Ekonomika zapada* (Economía del Oeste), de 16 páginas, con una tirada bimensual de 50.000 ejemplares que se venden a 1 rublo. El coeditor alemán calcula que la parte fundamental de los beneficios provendrá de los anuncios de firmas occidentales (2.500 marcos alemanes por cada página de publicidad). Por lo que se refiere a las ganancias en rublos, dicha agencia se propone invertirlos en el desarrollo de una red de corresponsales en la URSS que le proporcionen información para la edición del oeste de Europa de *Economía del Este*.

Por 100 dólares al mes, desde abril de 1991, la firma inglesa Information Moscow, a través de la agencia internacional Data Press Service (DPS), transmite diariamente a los suscriptores anglófonos residentes unas 150 noticias de la actualidad política y económica, así como resúmenes informativos sobre la coyuntura en las bolsas mundiales, competiciones deportivas y el tiempo en todos los continentes. Es una de las pocas soluciones con que cuentan los hombres de negocios, deseosos de tener información clara y fidedigna, necesidad a la que no han sabido responder por ahora ni el servicio económico de TASS (con millares de corresponsales) ni el voluminoso Boletín de *Información Económica Exterior* (*BIKI*), que sale en ruso tres veces por semana. La tirada del BIKI (4.500 ejemplares) es a todas luces insuficiente, pero lo peor es que se rige por los intereses específicos del departamento ministerial del cual depende, intereses muy distantes de lo que necesitan nuestras empresas industriales y estructuras de comercio exterior. Por eso les toca a los extranjeros aplacar el hambre informativa de nuestros hombres de negocios ocupa-

dos en la esfera de la importación y exportación. La agencia DPS ha articulado su propia red de corresponsales –a los que paga con divisas– en diferentes puntos de la ex-URSS.

Hacia mediados de 1991 se vislumbró la esperanza de próximas mejoras en el terreno de la información económica. Bajo los auspicios de las Bolsas Central de Valores de Moscú (MTsFB) y de Materias Primas y Mercancías de Rusia (RTCB) se proyecta crear una gran agencia independiente, constituida en forma de sociedad anónima con la denominación de Agencia de Noticias Económicas (AEN), a imagen y semejanza y con el asesoramiento metodológico de la Reuter. Los directivos de dichas bolsas –que son las personas más acreditadas de las actuales estructuras económicas de Moscú– han declarado que la agencia tendrá un capital social de 100 ó 200 millones de rublos. La RTCB y la MTsFB no escatiman dinero ni en sus relaciones con los periodistas ni en el campo de la información. Saben que se trata de inversiones rentables. En abril de 1991, la RTSB y una empresa canadiense vinculada a esta bolsa invirtieron 100.000 rublos y 10.000 dólares en la organización de un seminario para cien periodistas soviéticos, algo así como unos cursillos de iniciación sobre actividades bursátiles.

El 2 de agosto de 1991, *Izveslia* informó del nacimiento de una nueva agencia de noticias económicas, registrada con el nombre de PAL Inform. Hasta los últimos tiempos, el Ministerio de Relaciones Económicas Exteriores de la URSS y la Cámara de Comercio e Industria monopolizaban la información sobre temas de la economía exterior. Bajo la égida de estos organismos se editaban un gran número de publicaciones desde *Vneshnaya torgovlia* (Comercio Exterior) y *Sovetski éxport* (Exportaciones Soviéticas) hasta las especializadas *Aviaexport*, *Stankoimport Revue*, *Elort informa*, *Expo-Courrier*, *Mercuri* (El Mercurio), etc. El Instituto Nacional de Estudios de la Coyuntura (VNIKI), editor del ya mencionado BIKI, sigue siendo el principal centro de información sobre problemas de la coyuntura en los mercados mundiales y la actividad de empresas extranjeras. Pero, debido a la deficiente dotación técnica (falta de ordenadores, medios de comunicación, etc.) el VNIKI, que posee agencias sucursales en EE.UU., Francia, India, Japón, Inglaterra y RFA, sólo alcanza a procesar un 20 % de la información que recibe sobre los más diversos aspectos del comercio exterior. La carencia de información se tradujo en ingentes pérdidas para las 21.000 empresas soviéticas que habían obtenido licencias para operar por su propia cuenta en el exterior, pero tienen muy vaga noción de la coyuntura en los mercados mundiales. De ahí que vendan sus mercancías a un precio regalado y paguen el triple de lo normal por sus importaciones.

El 31 de julio de 1990 salió el primer número de *Moskovskie védomosti* (Noticiero de Moscú), un periódico «independiente de información general», según se desprendía de la declaración de los fundadores, entre

los cuales figuraban la sociedad anónima Eleks, la editorial Kniga, la Unión de Cooperativas de Moscú y la empresa mixta Vsia Moskvá (Todo Moscú). Su director es Leonid Krásner, ex columnista humorístico de *Moskovski komsomolets*. Esta nueva publicación ha tomado el nombre de la que se editó en Moscú desde 1756 hasta 1917 y era la más antigua de Rusia después de *Sankt-Peterburgskie védomosti* (Noticiero de San Petersburgo).

Desde enero de 1991, se publica en Moscú, en inglés, el periódico *Moscow Observer* (El Observador de Moscú), que va dirigido a turistas extranjeros y contiene crónicas de la actualidad capitalina, abundante información económica y una buena guía de diversiones. De carácter similar, y también en inglés, es la revista *Leningrad news*, cuya tirada asciende a 250.000 ejemplares. Se imprime en Estocolmo y es editada por la compañía Aeroflot, que la distribuye en los vuelos internacionales con destino a Leningrado y en las agencias de turismo de Europa y Estados Unidos.

Ante esa abundancia y proliferación de publicaciones periódicas, ¿quién podía decir que en la URSS no había papel de imprenta? En todo caso, el Partido Comunista lo tenía de sobra y a precio fijo de Estado, diez veces inferior al que imperaba en el mercado. La revista *Izvestia del CC del PCUS* (Noticiero del CC del PCUS), el semanario *Glásmost...* Para completar la gama, *Pravda* comenzó a editar en diciembre de 1990 el «semanario comercial» *Uspej* (Éxito). Al 1 de enero de 1991, el semanario alcanzó una tirada de 200.000 ejemplares. En el inmenso imperio soviético, con ayuda de la agencia central Soyuzpechat y del Ministerio de Comunicaciones, se podía difundir cualquier producto impreso, e incluso en tiradas mucho más grandes. *Uspej* publicaba fotografías de chicas desnudas, guías prácticas para la ruleta y el bridge, reportajes de corresponsales de *Pravda* en el extranjero, horóscopos, cuentos policíacos y de aventuras, publicidad, tediosos informes económicos; es decir, todo lo que por una u otra razón no tenía cabida en las páginas del órgano de prensa del CC del PCUS. Tanto *Uspej* como *Pravda* en su versión 91 (hasta hace tres años este periódico podía calificarse de «serio», ya que cada palabra impresa reflejaba la opinión de los círculos gobernantes) estaban destinados a un público de bajo nivel cultural y poco exigente. De ahí el «nuevo estilo» del periodismo partidario: menos teoría y más curiosidades e imágenes; breves comentarios en vez de los extensos artículos de antaño; consignas y censuras sin la menor argumentación política.

A las ediciones comerciales pueden ser referidas también otras nuevas revistas que se editan con la participación activa de firmas extranjeras. La más importante es la germanooccidental *Burda Moden*, cuya edición rusa se imprime en Alemania. Hasta octubre de 1990, el socio germanooccidental imprimía la versión en ruso de Burda a título de

crédito: la deuda de la parte soviética ascendía a 9 millones de marcos y el propio proyecto denominado *Burda Rusa* se hallaba al borde de la quiebra. La sociedad mixta *Burda Moden* dirigió mensajes, en demanda de ayuda, a las más altas instancias soviéticas. La aparición de la revista en ruso, el 3 de marzo de 1987, fue espectacular y esperanzadora. La presentación tuvo lugar en la Sala de las Columnas de Moscú. Eduard Shevardnadze y Raísa Gorbachova le dieron el espaldarazo; *Burda* abrió sus oficinas en varias ciudades de la URSS y un centro de consultas en el territorio de la Exposición Permanente de Adelantos Económicos de la URSS. Más tarde, se abrió un pequeño taller experimental de alta costura y la televisión central empezó a emitir un programa especial *Burda Moden ofrece*. El Ayuntamiento de Moscú concedió un solar para instalar la imprenta cuya construcción se inició de inmediato. La empresa mixta se trasladó a una lujosa oficina en una céntrica calle de la capital, a varios centenares de metros de la Plaza Roja y, como colofón, se presentó la edición rusa de una de las muchas revistas que integran la rica colección de Anne Burda.

La periodista Svetlana Bulashova refirió las desventuras y los éxitos de *Burda*, en las páginas de *Manager* (núm. 9, julio de 1990), con el último, con el título *Quiero recibir 'Burda'*, se describe la historia aleccionadora –y en ocasiones casi dramática– de esta revista en la URSS:

El aroma de flores impregnaba el ambiente de la sala. Una espléndida alfombra de claveles, amapolas y rosas descendía desde el techo hasta el escenario. Finas y graciosas, las modelos no ocultaban la satisfacción que les proporcionaba la participación en ese espectáculo: en la lujosa oficina recién estrenada por la empresa mixta *Burda Moden* se exhibía una nueva colección de verano. Y aunque todo eso ocurría en Moscú y no en Offenburgo, las modelos soviéticas, el propio ambiente y las creaciones exhibidas –«hechas en la URSS»– se ajustaban al nivel y al estilo de la casa matriz.

La empresa conjunta, desde hace más de dos años, ofrece a las lectoras soviéticas la edición en ruso de *Burda* (inicialmente, con una tirada trimestral de 300.000 ejemplares, y ahora, 1.500.000 al mes). En las condiciones concretas de este país, con fuertes desajustes del mercado y los efectos de una prolongada crisis económica, esos resultados son de por sí notables y suponen cierta experiencia positiva. Pero lo más extraño e importante es que la empresa mixta *Burda Moden* sigue mostrándonos hoy cómo se puede prosperar en un contexto desfavorable.

Ha habido muchos gastos. ¿Cómo ven los fundadores occidentales de la empresa –la editora Anne Burda, su hijo Hubert y el señor Made, director de la casa Ferrastal AG– la «prodigalidad» de sus socios rusos?

– No les preocupa –contesta V. Meléntiev–. Todos los gastos los cubrimos a cuenta de los beneficios de la empresa mixta. No hemos tocado ni un marco del capital fundacional.

Además, comentó mi interlocutor, allí todo eso es normal. La prosperidad de una empresa, el bienestar de una persona no suscitan envidias como es el caso en este país. Es hora de que nos hagamos a la idea: en las condiciones de mercado libre, vivirá mejor el que aprenda a trabajar mejor.

Se podría objetar, claro es, que al obtener la licencia para operaciones intermedias, la empresa Burda Moden goza de ventaja con respecto a otras empresas soviéticas. Tampoco descarto que la propia Anne Burda hubiera utilizado los beneficios de otra manera. Pero, que me disculpe el lector, voy a expresar el punto de vista de una consumidora común y corriente: a mí me da lo mismo que la empresa en cuestión tenga dos o tres oficinas. No me importan las marcas de los coches en que viajan sus directores. Pero si un millón y medio de mujeres soviéticas (en realidad, *Burda* pasa en Rusia por manos de muchas más lectoras aún) perdiesen de repente la posibilidad de leerla y disfrutarla, me voy a sentir muy apenada. Al mismo tiempo, los éxitos de la empresa mixta infunden la esperanza de que algún día también en este país aparezcan *Anne*, *Carina*, *Bunte* y otras espléndidas publicaciones de la colección promovida por Anne Burda. Segura estoy que lo mismo quieren los empleados de la empresa, y en esta esfera los intereses del intermediario coinciden con los del consumidor.

La edición de la revista en ruso superó la crisis por la que pasó en 1990, disminuyó la tirada hasta un millón de ejemplares al mes, sigue imprimiéndola en la RFA, y, además del centro de consulta que tenía en Moscú, ha inaugurado otros similares en Tashkent, Oriol, Nizhni Taguil y Vladivostok. Allí las dieras pueden comprar no sólo diferentes números de las revistas *Burda* y *Verena*, sino también (a precios muy altos, por supuesto) cortes de telas importadas, con los botones, cremalleras, etc. Hay también salas de lectura equipadas para sacar fotocopias; las interesadas pueden recibir consultas sobre costura, peinados y cosmética.

En octubre de 1990, se difundió en Moscú, con una tirada de 10.000 ejemplares, una edición especial de 302 páginas de la revista estadounidense *Lady's Home Journal*, en ruso. En E.E.UU., se venden mensualmente 5 millones de ejemplares de esta revista. Peor para llegar hasta el público soviético, Merne Blit, directora general de *Lady's*, necesitó de activa colaboración de Natalia Yákovleva, integrante de la Junta Directiva de la Agencia Nóvosti, y de la diputada Galina Semiónova, del Buró Político del CC del PCUS. En los últimos cincuenta años en el máximo órgano del partido no hubo mujeres tan atractivas, cultas e inteligentes como ella. Durante diez años Semiónova dirigió la revista *Krestianka* (Campesina) con una tirada 21 millones de ejemplares. En este país, siempre han existido sólo dos revistas para mujeres: la segunda, igualmente popular, es *Rabót-nitsa* (Obrera). Ahora bien, no recuerdo haberlas visto en los quioscos de prensa.

Toda la tirada se vende por suscripción y los cupones de la misma se agotan en un instante.

Publicaciones culturales y filantrópicas

Probablemente, después de *Burda*, el segundo proyecto occidental en el mercado editorial soviético fuese el promovido por Robert Maxwell. El periódico *Sovétskaya kultura* (8.9.90), órgano del CC del PCUS, dedicó efusivos comentarios a la acertada obra filantrópica de ese magnate de la prensa:

El nacimiento de *Nashe nasledie* (Nuestra herencia) suscitó muchísimo interés, cabe decir, mucho mayor que cualquier otra publicación de nueva ola. Al acto de presentación en el Centro de Prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores acudieron más periodistas que los que suelen asistir a las conferencias convocadas con ocasión de algún acontecimiento político importante. A estas alturas se puede decir que las esperanzas expresadas en aquella ocasión se han realizado. La revista ha ganado una sólida reputación tanto por la calidad de impresión como por el contenido. Robert Maxwell, editor inglés de *Nashe nasledie*, considera que es la mejor de las revistas literarias ilustradas de su imperio editorial y, quizás, del mundo entero.

La libertad de prensa y el mercado libre le crean muchos problemas al mundo periodístico. En todo caso, cabe prever una fuerte competencia. De ahí que la primera pregunta que le hacemos a Vladímir Enishérlov, director de *Nashe nasledie*, no se refiriese al contenido de la «cartera de la redacción» sino al espacio que, según él, corresponde a la revista en la situación actual.

– Para nosotros, nada cambia: la revista tiene sus objetivos, determinados por el concepto cultural en el sentido más amplio posible, y ellos nos servirán de referencia fundamental. Para nosotros, la «forma» no es una palabra vacía de contenido, ni una noción de segundo orden. El alemán Frankfurter Allgemeine Zeitung escribía en un artículo panorámico sobre *Nashe nasledie*: «La revista, cuidadosamente hecha y con magnífica calidad de impresión, permite afirmar que las cosas se pueden hacer de otra manera. Además, *Nashe nasledie* se diferencia, en el fondo, de todas las revistas occidentales de lujo, en primer lugar, por una cultura más fina».

– ¿Ha pensado en la posibilidad de que aparezcan publicaciones capaces de hacer competencia a la revista que usted dirige?

– El estado cultural de nuestro país es tan deplorable que tal perspectiva me parece muy incierta. El académico Dmitri Lijachov, promotor espiritual de la revista, dijo con acierto que todas nuestras desgracias obedecen a la falta de cultura. Se puede matizar esa afirmación suya, pero es imposible impugnarla. Por eso, cuantos más periódicos y revistas de calidad haya en el país, sobre todo los especializados en la problemática cultural, cuantos más libros se editen y más teatros, bibliotecas, etc. estén a disposición de la gente, tanto más rápidamente la nación saldrá de la tremenda crisis en que la han sumido. Me gustaría tener «rivales» de este tipo. Nosotros, o sea la Fun-

dación para la Cultura, vamos a ayudarles por todos los medios. Pero, lamentablemente, no veo mucho deseo de editar nuevas revistas culturales. Todo el mundo se ha lanzado a la política y al comercio. En la mayoría de las nuevas publicaciones, advierto únicamente la pretensión de ganar un espacio en el mercado al precio que sea, desde las revelaciones de los secretos del KGB hasta los relatos de la vida nocturna de Moscú. Lo que se echa de menos es lo que el famoso poeta Alexandr Blok solía llamar «idea larga», es decir, aquello que constituye la razón de ser de una publicación, a menos que se tenga por tal razón el afán de lucro. Queda bien claro que la cultura no puede existir en términos de autogestión financiera. La cultura no puede ser asumida como factor generador de beneficios económicos. Por el contrario, hay que ayudarla económicamente. Ahora, nuestra revista rinde ganancias nada desdeñables, pero no descarto que algún día tengamos pérdidas. Y esto será normal.

– Su revista tiene una ventaja incuestionable: es pionera de la empresa mixta en la actividad editorial...

– Alguien siempre tiene ventajas, aunque sean relativas. Me parece magnífico que esta vez las tenga una revista cultural por excelencia y no una publicación meramente comercial. Tales publicaciones, dicho sea de paso, van surgiendo, pero su futuro me parece muy problemático en nuestro país. En cambio, nuestra revista, como decía el mismo poeta, se nutre del «caldo de la eternidad».

– A juzgar por la forma de decir las cosas, usted está seguro de sus lectores, ¿es así?

– Sé que los lectores potenciales son muchos más que aquellos doscientos mil que nos podemos permitir según el contrato con Robert Maxwell. Como se sabe, él edita la revista a título benéfico. Con aportar muchísimo dinero a tal fin, el señor Maxwell ha mostrado cómo se debe apoyar la cultura, aunque sea la de otro país. Nuestras empresas –y las hay muy grandes que generan enormes utilidades– ni siquiera piensan en la posibilidad de mecenazgo.

– Que yo sepa, usted ha sabido resistir a la tentación de aumentar el precio de *Nashe nasledie* en 1991.

– Las causas son varias. Aunque la demanda de la revista sigue desbordando la oferta (una de las pruebas es que en el mercado negro los revendedores piden de 10 a 15 rublos por cada ejemplar, y la gente los da), somos conscientes de que los ingresos de nuestros lectores son muy modestos por tratarse principalmente de trabajadores de la cultura. En segundo lugar, para que la revista pueda autosostenerse económicamente, es decir, sin el respaldo financiero de Maxwell y sin otras facilidades y franquicias, cada ejemplar debería costar 25 ó más rublos, lo cual se ajusta a los precios mundiales de ediciones semejantes. En Inglaterra, por ejemplo, la suscripción anual de *Nashe nasledie* cuesta 52 libras esterlinas u 80 dólares. Tercero, hemos encontrado la vía *alternativa* de distribución de la revista, renunciando a los pésimos servicios del Ministerio de Comunicaciones. La Redacción está llena de cartas de suscriptores quejándose de que la revista llega con retraso y a menudo se «extravía» por el camino. Y ese ministerio incapaz de hacer bien las cosas ha decidido triplicar las tarifas de sus servicios.

Es invaluable lo que para los soviéticos han hecho Anne Burda, Ted Turner (de quien hablaremos en el apartado dedicado a la televisión),

Robert Maxwell y otros hombres de empresa que nos llevaron de la mano hacia el mundo civilizado. Así, a finales del siglo XX, comienza a gestarse en nuestro país una prensa normal: política, comercial, urbana, femenina, recreativa, especializada (vocacional), etc. Poco a poco nos percatamos de que sin la ayuda de especialistas occidentales y sin sus capitales no podremos avanzar en este ámbito. Es cierto que, por ahora, sólo pueden ayudarnos personas muy ricas, capaces de sostener largas y enconadas batallas contra la rutina y la burocracia de este país, de arriesgar su dinero y asumir pérdidas esperando con paciencia futuros éxitos. En la URSS, triunfan solamente los occidentales que, como resultado de largos años de cooperación se convierten en amigos nuestros, llegan a comprender todos los entresijos de nuestro sistema político y administrativo y saben encontrar protectores, aliados y socios dignos de confianza.

En julio de 1991, los más diversos periódicos —*Pravda* y *Moskovski komsomólets*, *Izvestia* y *Nezavisimaya gazeta*— informaron sobre el lanzamiento de la edición rusa de *Reader's Digest* (Selecciones), con participación de la editorial Progress y la Imprenta Modelo n.º 1 de Moscú. En sus 70 años de existencia, esta revista se ha convertido en un símbolo de Estados Unidos (a la par que Coca-Cola, Mac Donalds, Marlboro o la serie *Dallas*). Se publica en 15 países y cuenta con unos cien millones de lectores. De ahora en adelante aparecerá en la URSS con la misma periodicidad mensual, el mismo tamaño de bolsillo, textos idénticos e incluso los mismos anuncios publicitarios que el original. Es una revista con poca política y nada de ideología. Como comentaba *Nezavisimaya gazeta*, el *Reader's Digest* está destinado «a gente libre, aunque sea de condición humilde, es decir, personas «con vida privada», no comprometidas, constantes, normales... ¿Cuántas las hay en este país? Es algo, por cierto, que podremos aclarar de paso». No dudo de que *Reader's Digest* tendrá muchos suscriptores: el precio es módico y la campaña de promoción ha sido muy intensa (en Moscú se alzó un globo aerostático con el nombre de la revista).

El historiador Alexandr Glezer, ex ciudadano soviético que actualmente reparte su residencia entre Nueva York y París, se las arregló para montar en la imprenta *Izvestia*, en Moscú, la edición del semanario internacional independiente *Ruski kurier* (El Correo ruso). Además de los 200.000 ejemplares que se imprimen cada semana en la capital soviética, el periódico también aparece en Occidente. Una vez al mes se hará una versión resumida en inglés. Además, se publica un suplemento mensual sobre el arte y la literatura. En Occidente, la edición en ruso estará destinada sobre todo a los eslavistas, politólogos y emigrantes.

El Consejo de Redacción de *Ruski kurier* está integrado por el escritor Vasili Axiónov y el escultor Ernst Neizvestni (ambos residentes en EE.UU.), Vitali Koróitch, Egor Yákovlev y Vladislav Starkov. Al decir de

A. Glézer, *Russki kurier*, pese a la larga e impresionante lista de fundadores, se imprime principalmente a cuenta del editor.

En 1990, apareció en nuestro mercado editorial un grupo de revistas de enorme importancia para una sociedad como la nuestra, abrumada por serios problemas y desequilibrios, sociedad en la que los pensionistas, inválidos y demás capas desfavorecidas se encuentran en una situación dramática. Aquí es donde hacen falta patrocinadores, mecenas, filántropos y simplemente acreedores y gestores de talante humanístico. Entre dichas revistas, figura la publicación mensual *Sotsiálnaya zaschita* (Protección social), editada por el Comité Estatal de Trabajo. Quizá sea la única publicación periódica que se comprometió a no cobrarles ningún recargo a sus lectores en 1991, compromiso que enseguida le valió la exclusión de las redes de distribución de la agencia estatal Soyuzpechat. La revista promete ser un vínculo de unión entre los que necesitan ayuda y quienes pueden dársela: en cada número se describen situaciones de personas necesitadas. En la Redacción se está creando un banco de datos para quienes deseen poner fin a su vida solitaria. ¿Ofertas matrimoniales? Sí, más una activa ayuda a los sectores socialmente desfavorecidos, a las mujeres y enfermos, refugiados y ancianos, familias numerosas, parados, huérfanos y viudas. Al mismo tiempo, la revista será una especie de centro de consulta sobre cuestiones laborales, sociales y jurídicas respecto a la aplicación de la Ley de Pensiones. En el espacio *Ayúdese usted mismo* se publicarán consejos de psicólogos, gerontólogos, sexólogos, especialistas en medicina *alternativa*, extrasensólogos y astrólogos.

Cuando se estaba tramitando la inscripción en el registro oficial de prensa de la revista *Preodolenie* (Superación), destinada a las personas con capacidades físicas disminuidas o, en la lengua corriente, inválidos, un redactor de *Vechérnaya Moskvá* (2.10.90) conversó con el periodista Vladímir Kalínchev, fundador de dicha revista.

– Durante muchos decenios nuestra sociedad hacía como que no tenía idea de la existencia de personas físicamente disminuidas. Personas que además de encontrarse en condiciones de indefensión social, carecen de medios de comunicación recíproca. En ello reside lo dramático de su vida. La revista que me propongo fundar podrá proteger en cierta medida a los disminuidos físicos, unirlos, reflejar sus problemas e inquietudes y favorecer su reinserción social mediante *toda* clase de ayuda. En la URSS hay 30 millones de minusválidos y no tienen ni una sola revista que interprete sus inquietudes y problemas. *Russki invalid* (El Inválido Ruso), publicación que existiera en la Rusia zarista a lo largo de cien años, dejó de editarse en... 1917.

Preodolenie está destinada al amplio público lector. En un principio pensamos publicarla bimensualmente con una tirada de 300.000 ejemplares. La revista se editará en Moscú bajo los auspicios del centro Erudición-Cooperación-Educación de la Fundación Nacional Humanitaria A. Pushkin.

La editorial moscovita Molodaya Gvardia imprime y distribuye por suscripción *Sovetski shkolknik* (El Escolar Soviético), la única revista en el mundo destinada a niños ciegos o con graves problemas de la vista (utiliza el alfabeto Braille). La colección anual de dicha revista incluye novelas, cuentos, poesías y fábulas, 48 discos de los mejores cantantes soviéticos y extranjeros, clásicos y modernos, así como reportajes interesantes y 12 dibujos en relieve en material polimérico.

En setiembre de 1990, salieron a luz los primeros números del *Miloserdie* (Caridad) y la revista literaria *Soglasie* (Concordia). La flor de manzanilla –símbolo tradicional de la caridad rusa– es el emblema oficial de dichas publicaciones.

Miloserdie fue el primer fruto del grupo editorial del mismo nombre, fundado por decisión del Gobierno de la URSS y cuyo Consejo Social es muy representativo: lo integran el patriarca de Moscú y de toda Rusia, Alexi, escritores, periodistas y destacados hombres públicos. Sus objetivos son claros y nobles: contribuir al relajamiento de las tensiones sociales y la protección de las capas más vulnerables de la población. La primera acción del nuevo grupo editorial –un recargo benéfico de ocho kopeks sobre el precio del periódico, que es bastante moderado (25 kopeks)– permitirá recaudar un millón de rublos para financiar la construcción de un hogar de ancianos en la región de Moscú.

Hay otra categoría de la población que, por fin, cuenta con varias publicaciones periódicas ajenas a la política. Nuestros jóvenes de 14 a 18 años pueden leer la revista literaria mensual *Mi* (Nosotros) que se imprime en Finlandia. En 1990, dos millones de adolescentes se suscribieron a los primeros números de esta publicación del Fondo Soviético para la Infancia. Otros tantos millones de lectores, más pequeños, tienen la suerte de poder leer *Tranvái* (Tranvía), revista con ilustraciones en color que también se imprime en Finlandia. Desde agosto de 1990, se ha comenzado a distribuir en la URSS –en ediciones trimestrales de 200.000 ejemplares– la versión rusa de *Mickey Mouse*, revista de «comics» editada por la empresa soviético-danesa Egmont (toda la tirada se imprime en Dinamarca). Todo esto supone gastos en divisas que nunca se compensarán con los rublos recaudados. Pero se puede insertar publicidad.

¿Dejaremos de ahorrar, por fin, a cuenta de los niños y, en general, de los seres humanos? He aquí un logro más conseguido en 1990. Una firma australiana comenzó a imprimir para nuestra gente dos revistas mensuales de 200 mil ejemplares cada una: *On* (El) y *Oná* (Ella), en lengua rusa. «Le declaramos la guerra a la psicología de la miseria», estas palabras del director de dichas revistas, Alexandr Poliakov, sintonizaban con las esperanzas de la población soviética.

La *perestroika* ha puesto al descubierto, con toda su crudeza, los problemas políticos y morales, los defectos y las miserias del modo de vida

en este país. En 1990, año crucial para la prensa soviética, se comenzó a editar, en ruso, alemán e inglés, la primera revista ecológica *Ecos*, cuya tirada todavía es ridícula: apenas alcanza 15.000 ejemplares. El editor de *Ecos*, la Agencia de Información Nóvosti, la imprime en Finlandia para luego distribuirla en la URSS. Habida cuenta del continuo deterioro de la naturaleza en la URSS y del agravamiento de los problemas ecológicos, y en vista de que nuestro país, necesitado de divisas, se está convirtiendo en un basurero mundial de residuos tóxicos, la revista *Ecos* tiene amplias posibilidades para conquistar al gran público lector. Todos quieren saber las verdaderas causas del genocidio ecológico en la península de Yamal, las consecuencias del *doping* en el deporte o aclararse por qué el Shuttle, a diferencia de análogas naves espaciales soviéticas, tiene incidencia destructiva sobre la capa ozónica de la Tierra. La Redacción de la revista ha declarado su intención de asumir las funciones de portavoz de expertos ecológicos independientes y de los *verdes* en la URSS. Recibió propuestas de colaboración con Greenpeace International y otros movimientos internacionales y centros científicos. En busca de apoyo financiero para poder aumentar la tirada, la Redacción de la revista anunció que el dinero sucio de organismos como el Ministerio de Industria Química o el de Obras Hidráulicas no sería aceptado.

En abril de 1991, apareció en Moscú la revista para hombres *Andréi* (100.000 ejemplares). El director de *Andréi* era Alexéi Véitsler, de 27 años, ex periodista, actor profesional y buen fotógrafo. El norteamericano *Time* dedicó un extenso artículo a este acontecimiento, que marcaba un hito en el desarrollo de la prensa moscovita, y conceptuó *Andréi* como el hermano ruso del famoso *Playboy*. Anotemos que la calidad del trabajo de imprenta, realizado en Tver, constituye una agradable sorpresa. Alentada por el éxito de esta modalidad de prensa amarilla, con su pornografía (Véitsler insiste en que se emplee el término «erotismo»), cotilleos y crónicas del acontecer político, escándalos mundanos y grandes catástrofes, la Redacción de *Andréi* ha concebido la idea de una edición destinada a la emigración rusa. Uno de los proyectos contempla la difusión de esta revista en EE.UU. e Israel, con una tirada mínima de 100.000 ejemplares al precio de 3 ó 4 dólares.

Quienes conocen bien nuestra realidad y la de los países occidentales coinciden en el siguiente pronóstico: nuestras revistas «gruesas» tendrán que adelgazar y es posible que algunas dejen de existir, mientras que el surtido de periódicos tenderá a reducirse y el número de páginas de los diarios aumentará considerablemente. Además, aparecerán en el mercado, como hongos después de la lluvia, nuevos y nuevos semanarios ilustrados, políticos o especializados en determinados intereses. Sobre este tema, *Nezavisimaya gazeta* (12.3.91) reprodujo extractos de un artículo de nuestro compatriota Mijail Epstein publicado en *Nóvoye Russkoye Slovo* (18.1.91):

Una de las cosas que siempre ha asombrado al extranjero que visitaba la URSS era el aspecto enclenque, tísico de nuestros periódicos (por lo común, 4 ó 6 páginas) y la gorda punta menos que apopléjica de nuestras revistas (casi 300 páginas en el caso de publicaciones como *Novi mir*).

En Occidente, por el contrario, los diarios suelen constar de unos cincuenta cuadernos separables (*Política, Negocios, Deportes, Crónica urbana, Estilo, etc.*) que representan en total no menos de cien páginas. Por lo que se refiere a los periódicos dominicales, da miedo ver esos kilos de papel que contienen caudales de información que difícilmente pueden caber en una cabeza humana. Comparativamente, las revistas occidentales son más delgadas, «esbeltas»: unas ochenta páginas; a veces, ciento veinte, o a lo sumo, en el caso de publicaciones muy especializadas, ciento ochenta.

No se trata de simples diferencias en el volumen físico, sino de distintos perfiles de la conciencia social. En la URSS, la historia fluía en forma de riachuelo menguante, y el caudal de noticias permisibles cabía fácilmente en las dos caras de una hoja de periódico. Los días que pasaban se distinguían tan poco entre sí como el grosor de nuestros diarios.

Las revistas mensuales eran otra cosa muy diferente. Ellas nos brindaban una intelectualidad literaria y socio-política de la realidad. Sobre el fino cartón de los hechos reales tejían una espesa alfombra de mitos.

Las revistas cambiarán. No sólo en las formas de presentación, sino en el perfil mismo de su contenido. En la situación de antes, revistas literarias como *Znamia* o *Moskvá* eran consideradas «publicaciones para las masas». Las de tipo teórico, como *Voprosi filosofá*, (Cuestiones de la Filosofía) entraban en la categoría de «publicaciones especializadas» y se editaban con pequeñas tiradas. Tanto las unas como las otras se lo tenían bien merecido, porque en las primeras florecían las bellas letras, mientras que las segundas eran asiento de la escolástica. El arte para los entendidos y la filosofía para todos, era lo que más temía el régimen. Por eso no podía tolerar que la filosofía y la psicología empezaran a hablar un lenguaje vivo, inteligible...

Cabe suponer que en adelante las revistas literarias tiendan a especializarse, comiencen a buscar a su propio lector y, con tiradas reducidas de unos cuantos centenares o mil ejemplares, le familiaricen con sutiles experimentos literarios y pictóricos. Y cabe prever también que surjan revistas de filosofía, ética, psicología, sociología, religión y ciencias esotéricas destinadas a decenas y centenares de miles, cuando no millones, de lectores, y que incorporarán al campo de investigación del pensamiento teórico los diversos aspectos de la vida real y la riqueza del lenguaje cotidiano. En otras palabras, aparecerán revistas destinadas a las élites artísticas y a un pueblo pensante.

CAPITULO SÉPTIMO

EDICIÓN DE LIBROS PROPAGANDÍSTICOS

No lleven a Gorbachov a la hoguera

En el verano de 1991, bastaba recorrer una decena de librerías soviéticas para darse cuenta del problema: la oferta seguía siendo prácticamente nula, excepción hecha de las obras de Lenin y Gorbachov y otras ediciones de lectura aburrida a las que el pueblo solía llamar *maculatura*, o sea, papel de desecho, porque a nadie se le ocurría comprar esos libros ni tan siquiera llevárselos gratis de una biblioteca. Lo extraño es que se gastara tanto dinero en editarlos, sobre todo cuando se trataba de traducciones a otras lenguas.

Toda esa brillante literatura había que imprimirla, ponerla a la venta, almacenarla y... destruirla. *Literatúrnyaya gazeta* (30.1.91) difundió la noticia de que la agrupación librera moscovita Moskniga había informado a la editorial Politizdat, del CC del PCUS, sobre la destrucción de medio centenar de títulos editados en los últimos tiempos, entre los que figuraban los folletos de Gorbachov *Debemos actuar enérgicamente, sin perder tiempo* y otros 16 opúsculos del mismo autor, libros de Rizhkov, Sliúńkov, Masliukov, Vadim Medvédev, Razumovski... Al pasar esta información a la editorial, Moskniga venía a sugerirle que los libros de los «grandes jefes» deberían editarse en tiradas más modestas. De todos modos, el hecho referido era un signo de la *perestroika* y la *glásnost*: en tiempos aún recién

tes, esas operaciones de «limpieza general» de los depósitos de literatura oficial se realizaban muy de tarde en tarde, y en todo caso no se informaba de ello en la prensa. Cierto es que el método de limpieza elegido no es el mejor. *Stolitsa* (núm. 5/91) propuso una solución más razonable. Apelando a la conciencia ecológica de los responsables de este sector, pidió que no se quemaran los libros de Lenin y sus epígonos, como lo prescriben las instrucciones, sino que se reutilizaran para la fabricación de papel. Además, ¿qué llevarán nuestros nietos a las tiendas de libros viejos? Las obras de Stálin, Jruschov, Trotski o Súslov se han convertido en rarezas que cuestan un ojo de la cara. No lleven a Gorbachov a la hoguera, decía el título.

El PCUS se ha esforzado desde siempre por colar a los pueblos de la URSS y al mundo entero obras propagandísticas plagadas de falsedades, confeccionadas a base de pegotes por legiones de prosistas y poetastros, publicistas y «expertos» en las diferentes disciplinas humanitarias. Los mejores libros soviéticos –raros islotes en un mar de mediocridad– no llegaban a las librerías, se vendían por divisas o se distribuían por conductos especiales entre los jefes. En general, siempre se han editado muy pocos títulos de literatura «normal» –de argumento, de estudio, de divulgación o de consulta–. Si comparamos con el extranjero, la proporción viene a ser la misma que la que se observa entre el surtido de quesos y embutidos en cualquier supermercado occidental y en nuestros comercios, aunque se trate de una tienda especial para la élite.

¿Pasternak o Sájarov? A nadie se le ocurrió nunca preguntar en nuestras librerías si tenían alguna obra de estos autores. Pero, además, siempre ha sido difícil encontrar los libros más «corrientes» que no figuraban en el índice del régimen.

En las librerías de Tbilisi, por ejemplo, era imposible encontrar el poema de Shotá Rustaveli *El caballero de la piel de tigre*, obra clásica de la literatura georgiana. Faltaban abecedarios, manuales y diccionarios de la lengua georgiana, era pobrísima la oferta de literatura para niños. Brillaban por su ausencia la gran mayoría de los libros que publican las 300 editoriales soviéticas (en Italia son 1.600; en Japón, 4.500; en EE.UU., 7.000).

¿Por qué faltaban libros? Parte de los mismos ingresaba en los circuitos del mercado negro; los libros menos leídos se distribuían entre las 330.000 bibliotecas escolares y públicas; alguna que otra partida viene a reposar no se sabe por qué caminos en librerías rurales o en ciudades de regiones apartadas.

Como resultado, la mayoría de los habitantes de la URSS-CEI no están en condiciones de adquirir sin ajetreos ni un solo manual o libro de texto, ni una sola obra clásica ni la de un autor popular contemporáneo. Para evitar el cierre de escuelas, el Estado mantiene bajo su control, desde

hace decenios, la edición de manuales y los distribuye exclusivamente a través de los centros docentes.

Durante decenios, las tiradas de libros en la URSS no dependían de la demanda por parte del público lector, sino de las directrices del partido gobernante. El esquema es muy sencillo: se decide publicar una obra de un escritor «ortodoxo» con una tirada de centenares de miles de ejemplares. Y como nadie quiere leerla, montones de esos ejemplares permanecen meses y meses apilados en almacenes, librerías y bibliotecas públicas hasta que llega la orden de liquidarlos. El caso es que en la URSS los honorarios de los autores se pagan una vez publicado el libro, sin dependencia de la cantidad de ejemplares vendidos. En caso de muerte del autor, a sus familiares no se les pagaba nada. Si el autor publicaba su libro en el extranjero, la Agencia Nacional para los Derechos de Autor (que tiene el monopolio y es intermediaria de esos derechos) le pagaba el 20 % de la cantidad transferida por concepto de honorarios, en rublos.

Otra característica lamentable de nuestra realidad es que en las librerías prácticamente no había libros editados en el extranjero. Tampoco había librerías especializadas en ediciones extranjeras, sin contar los escasísimos puestos de carácter publicitario instalados en Moscú y en una decena de grandes ciudades. Algunos de los libros editados en otros países llegan a la URSS en dos o tres ejemplares, siendo destinados a otras tantas bibliotecas nacionales de mayor aforo. La lectura de libros y periódicos editados en lengua rusa por emigrantes podía amargarle la vida a cualquiera. Era imposible acceder a esos libros y periódicos por la vía oficial. Periódicos en lengua rusa como *Russkaia misl* (Pensamiento ruso), que se edita en París, o *Novóie rússkoie slovo* (Nueva palabra rusa), que se edita en EE.UU., llegaban a dos o tres instituciones soviéticas y se guardaban en cajas fuertes. Algunas novedades librescas publicadas en Occidente, sobre todo las de contenido político clasificadas como éxito de ventas, eran traducidas al ruso y editadas con tiradas muy reducidas para su distribución, según una lista confeccionada y ratificada, entre unos seiscientos funcionarios del más alto nivel jerárquico. Tales prácticas se mantuvieron hasta comienzos de 1991, editándose cada año una treintena de buenos libros políticos de autores occidentales. Entre ellos, por ejemplo, *Historia de la URSS*, en varios tomos, del italiano Giuseppe Boffa. Al leerla, un funcionario del partido podía tener la certeza de estar leyendo una investigación seria y no las afirmaciones mixtificadoras que abundan en los manuales de historia editados en la URSS. Allí donde el historiador italiano citaba datos falsos, el supervisor de la versión rusa se molestaba en corregirlos, indicando en las notas marginales que el maestro está confundido porque en tal año los mariscales y generales fusilados por el NKVD (servicios de seguridad) no eran 15, sino 14.

Hace veinte años, en el marco de la Academia de Ciencias de la URSS se llegó a constituir algo excepcional: el Instituto de Información Científica para los Estudios Sociales, cuyo personal debía preparar resúmenes e informes analíticos de «uso restringido», es decir, destinados a las instituciones soviéticas dirigentes. Se construyó un edificio moderno, se reunió una buena biblioteca de libros extranjeros y se escribieron varios centenares de resúmenes, reseñas y sinopsis. Pero todo ese trabajo era vano: para hacer un resumen objetivo de un libro extranjero había que tener permisos otorgados al más alto nivel y una calificación por lo menos igual a la del autor del libro comentado.

A los occidentales les cuesta trabajo comprender el hecho de que setenta y tantos años después de instalado el poder soviético los científicos sociales y las propias ciencias sociales en este país presenten un cuadro de ruina total. En medio de una ignorancia y una desinformación generalizadas, emergen como plantas raquílicas los escasos científicos que a justo título merecen el calificativo de especialistas en Economía y Derecho, Historia y Filosofía, Filología y Sociología. Son excepción a la regla algunos escritores, cineastas y actores de teatro que tienen renombre y popularidad en el país. Esta gente se ha aprendido el lenguaje alegórico en la medida de sus dotes artísticas y de su conciencia de buenos ciudadanos. En cambio, las ciencias sociales han sufrido un estrepitoso fracaso y no habrá *perestroika* capaz de ponerlas a flote. Se necesita tiempo, se necesitan nuevas promociones de científicos y profesores. Este es el ámbito donde la ayuda occidental nos hace falta en primer lugar. Sin ella, no podremos instruir a nuestros hijos, ni enderezar la situación en el campo de la educación y edición de libros, ni tampoco poner orden en las bibliotecas.

El 99 % de los habitantes de la antigua URSS no tienen posibilidad de acceder a los libros que realmente les hacen falta. Sobre todos los demás libros pesa una gran incertidumbre, porque durante largos decenios no pasaba un solo año sin que los censores de *toda* índole acudieran a las bibliotecas del país (escolares, universitarias, urbanas, nacionales) con la orden de retirar y eliminar unos u otros libros. En el mejor de los casos, los libros retirados se destinaban a los llamados depósitos especiales o a los fondos de acceso restringido. No cabe extrañarnos, por lo tanto, que en este momento por cada república federada haya disponibles escasos ejemplares de Trotski, Bakunin, Nietzsche o Djilas. A lo largo de setenta años permaneció secuestrada en depósitos especiales casi *toda* la literatura política y de creación extranjera, es decir, todo aquello que, aunque a cuentagotas, llegaba a la URSS por los canales del intercambio bibliotecario. En las bibliotecas soviéticas no había libros extranjeros de la época contemporánea sobre religión, filosofía mística religiosa, soviología, negocios, marketing, sexología, etc. Los cancerberos de los depósitos especiales siempre han

tenido celosamente guardados no sólo los libros secuestrados, sino también los catálogos de referencias.

Por eso, nadie en la URSS podía estar al tanto de las novedades literarias que aparecían en el extranjero. Para algunas categorías de interesados de alto nivel jerárquico (si bien, a decir verdad, la gente de ese nivel no tenía la costumbre de leer libros sin hablar ya de novedades literarias), a veces se preparaban informes panorámicos muy superficiales y basados en datos cuidadosamente seleccionados. Imagínense ahora la situación de los estudiantes, doctorandos e investigadores jóvenes. Esta categoría de intelectuales, cuando tiene la suerte de acceder a una biblioteca científica, se encuentra con una oferta mucho más pobre incluso en comparación con las bibliotecas de Rusia de comienzos del siglo. En aquella época, no se hacían «limpiezas» ni «barridos» en dichos establecimientos públicos, ni solían crear depósitos especiales. Las bibliotecas de Moscú y Leningrado carecen de sistemas informáticos de almacenamiento y búsqueda de datos. El estancamiento en este ámbito produce efectos degradantes.

En la Biblioteca Estatal Lenin, la mayor del país, todavía existía en 1991 un depósito especial de acceso restringido y una tercera parte de los libros guardados en esta biblioteca no figura en el fichero, de suerte que los lectores no tienen otro remedio que jugar a las adivinanzas. La Biblioteca Lenin no coleccionaba –despreciaba– los escritos sobre Rusia y la Unión Soviética, ni los libros de edición clandestina (samizdat). Es posible que sólo el KGB tenga una colección más o menos representativa de pequeños periódicos independientes e «informales» de literatura y prensa en lengua rusa editadas por emigrantes, aunque los «coleccionistas» de dicha institución no trabajan por amor a la obra ilustradora.

En 1990, la Biblioteca del Congreso de EE.UU. tenía un presupuesto de 300 millones de dólares frente 11 millones de rublos no convertibles asignados ese mismo año a la Biblioteca Lenin. El Gobierno soviético asignó 100 millones de rublos para la reconstrucción de este establecimiento, mientras que los franceses se proponen invertir 4.000 millones de francos en el proyecto de su Biblioteca Nacional. En las bibliotecas de todos los países desarrollados se utilizan discos ópticos, sistemas de comunicación electrónicos, catálogos computadorizados, y se cuenta con fuertes equipos de investigadores. ¿Y en nuestro país? Desde el punto de vista técnico, estamos en el siglo XIX, con la única diferencia de que hoy por hoy no existe un sustrato de intelectuales y profesionales de erudición universal. Hay centros de investigación, pero no hay especialistas. El doctor Billington, director de la Biblioteca del Congreso de EE.UU., en una entrevista concedida a *Literatúrnyy gazeta* en febrero de 1990, se refirió a un *Equipo* de cinco mil empleados y, particularmente, al Servicio de Investigación del Congreso (SIC):

«Durante la reunión cumbre en Washington, Gorbachov solicitó los informes sobre la URSS preparados por el SIC, y su asesor en temas de desarme se reunió con el autor de un importante estudio sobre el desarme, adscrito al SIC».

Pienso que la Biblioteca del Congreso de EE.UU., si se lo pidieran bien, podría hacerse cargo de la Lenin en calidad de sucursal. ¿Que es una idea absurda? Lo parecerá menos si tenemos en cuenta que los fondos más valiosos (piezas de museo, archivos, etc.) se están echando a perder debido a las condiciones pésimas de almacenamiento. Tras el famoso incendio de la biblioteca de la Academia de Ciencias de la URSS en Leningrado, la Biblioteca del Congreso de EE.UU. invirtió 135.000 dólares en medidas de auxilio: especialistas norteamericanos participaron en la restauración de los libros dañados y congelaron más de 200.000 libros de gran valor bibliográfico para detener los procesos de destrucción.

Las cárceles, los asilos y las bibliotecas son las instituciones por las que se puede juzgar el grado de civilización de un país. En el nuestro, siguen imperando en todos esos establecimientos usos estalinistas. La memoria de las naciones que pueblan la ex-URSS se ha conservado en los fondos de la Biblioteca Lenin en medida equiparable a lo que queda de verdad en nuestros manuales de historia. ¿Que recargo demasiado las tintas? Desgraciadamente, no. Hasta en estos tiempos de *perestroika*, a la administración de la Biblioteca Lenin se le ha ocurrido destruir ni más ni menos que el voluminoso catálogo de publicaciones periódicas correspondiente a un largo período de nuestra historia. «¿Por qué se adoptó tal medida? –pregunta A. Rubínov en *Literatúrnyaya gazeta* (26.6.91)–. Dicen que quedaba poco sitio en la biblioteca. ¿Y por esta razón había que echar a la basura el trabajo realizado por varias generaciones de bibliógrafos, que día a día, durante años y decenios, primero a mano y luego a máquina, llenaban las fichas de cada texto publicado en cada periódico o revista? ¿Tal vez sea otra la causa? Muchos se inclinan a pensar que esta acción infame ha sido inspirada por personas temerosas de que salgan a relucir páginas inconfesables de su pasado...».

El propio edificio de la Biblioteca Lenin se encuentra en estado precario. Desde hace muchos años se viene hablando de la necesidad de cerrarla para emprender obras de «restauración». Los simples mortales no lo sentirán mucho: de doctor para abajo y sin una gestión especial del lugar de trabajo, era prácticamente imposible tener acceso a sus salas. Franca-mente, lo mejor sería entregarla a alguna institución extranjera, y hacer otro tanto con nuestros museos y archivos. De lo contrario, todo lo que aún queda allí se pudrirá y quedará reducido a polvo. En el verano de 1991, la Biblioteca Estatal de la URSS de Literatura Extranjera cedió una de sus salas de lectura para que se instalara allí el Centro Cultural Francés. No la alquiló, sino que la entregó en usufructo gratuito. A cambio, la Embajada gala se encargará de completar las colecciones de esta bibliote-

ca moscovita con novedades del mercado de libros y periodístico francés, ayudará a modernizar el equipamiento técnico y organizará prácticas del personal en París.

El soviético perdió el hábito de acudir a las bibliotecas públicas. Uno de cada tres jóvenes confiesa que «no le gusta leer». Uno de cada tres no sabe dónde conseguir un libro que pueda interesarle. Para la mayoría, los precios de los *best-sellers* en el mercado negro son prohibitivos. También hemos privado de libros a los niños, truncando así el futuro de la nación.

Además, en el caso de los pocos libros que se editan, la elección de los autores estaba dominada por rígidos criterios de control y formas de pago diferenciado de manera arbitraria. Los honorarios vanaban dentro de una extensa escala clasificadora que iba desde 100 hasta 2.000 rublos por pliego (16 páginas de texto impreso), según el género de la obra y la «categoría» del autor. El editor podía no pagarle nada, aplicarle una tarifa muy baja (la que se pagaba a los publicistas) o, por el contrario, la máxima (correspondiente a las obras de alta calidad artística) más un tanto por ciento en función de la tirada. «¡He cobrado el suplemento por la tirada!», se regocijaba el autor afortunado y se precipitaba a besar los pies del editor, que es quien concedía o no ese maná. En la mayoría de los casos, nadie compraría el libro, pero eso les tenía sin cuidado tanto al uno como al otro. La tirada se empolvaría en los depósitos hasta que llegara la orden de limpieza o, mediante una llamada «desde arriba», iría a parar a las bibliotecas. En cualquier otro país el autor depende mucho menos del editor; el factor determinante del éxito es la demanda de que gozan sus obras en el mercado. Los honorarios no se pagan en el momento que el libro sale de la imprenta, sino a medida que se vende, es decir, en forma de un determinado porcentaje (de 8 al 12 %) de los beneficios del editor.

Tenemos pocas editoriales científicas. Se mantienen a base de subvenciones estatales y, por lo común, arrastran una existencia miserable. Los autores rara vez cobran honorarios. Las fuentes de información científica se distribuyen de la siguiente manera: un 10 % de la información corresponde a monografías; un 40 %, a revistas; otro 40 %, a los informes y memorias de seminarios y conferencias, que se editan con tiradas muy reducidas, y el 10 % restante, a la correspondencia, comunicaciones verbales y otras fuentes. En el caso de las monografías, la información tarda de cinco a siete años en llegar al lector; en el de las revistas, dos o tres años, y tratándose de los resúmenes de informes o conferencias, de seis a doce meses. Dada la pobreza de nuestras bibliotecas, el resultado es deplorable. Según datos del Instituto de Información Científica y Técnica de la URSS publicados en el periódico *Radikal* (12.4.91), el nivel de información de nuestros estudiosos es cien veces (!) inferior al de los científicos de EE.UU. y otros países industrializados.

La mayoría de los libros soviéticos están escritos y editados de tal forma que a uno se le quitan las ganas de leerlos. *Literatura y 'maculatura'. Retrato del lector en medio de la ruina editorial*, así se titulaba una breve entrevista publicada en el nuevo semanario capitalino *Megapolis Express* (20.12.90):

Que nuestro pueblo es el que más lee en el mundo, nos lo teníamos aprendido desde la infancia tan bien como el hecho de que nuestro metro es el mejor del mundo. ¿Qué leemos en realidad, cómo leemos y cuánto? ¿Cómo cambia la estructura de la demanda del público lector y la oferta editorial con el paso a una economía de mercado? Un redactor de ME ha conversado sobre el particular con el profesor Anatoli Soloviov, director del Instituto del Libro de Moscú.

ME. ¿Es cierto que somos el pueblo que más lee?

A. Soloviov. No, distamos mucho de serlo. Por el volumen de producción impresa per cápita ocupamos, según unos datos, el puesto número 42 y, según otros, el 50, seguidos por países como Benín y Tanzania. Estos datos se refieren a toda la producción impresa, es decir, a todo el papel que se emplea en la obra editorial. Es bastante difícil determinar cuánto lee todo un pueblo. Hace varios años, por ejemplo, considerábamos que las bibliotecas particulares atesoraban más de 50.000 millones de volúmenes, pero en realidad, según cálculos más exactos, la cantidad no pasa de 14.000 millones, que es muy poco.

ME. ¿Habrán otros indicadores característicos del «consumo de libros»?

A.S. Por supuesto. Anualmente, se producen entre 8 y 9 ejemplares de libros por habitante, incluyendo folletos y manuales didácticos. Sólo un 25 % corresponde a obras literarias. Pero en el mundo se cuentan los títulos publicados y no la cantidad de libros impresos. Ahora bien, en la URSS se editan cada año de 280 a 290 títulos de libros y folletos por cada millón de habitantes. Esta cifra pone de manifiesto el atraso que venimos experimentando en relación con otros países de Europa, donde anualmente se publica un promedio de 700 títulos por cada millón.

ME. Seguramente habrá quienes no lean nada y prefieran pasar su tiempo libre mirando la televisión o yendo a discotecas.

A.S. Según datos del Instituto del Libro y del Comité de Estadística de la URSS, las personas que no tienen hábito de lectura suman alrededor de 40 millones, o sea, 13.6 % de la población del país. Si añadimos a los que leen muy poco (92 millones), la población carente del hábito de la lectura representará casi la mitad de los habitantes de la URSS ó 132 millones de personas.

ME. ¿Qué libro fue el más leído en 1990?

A.S. La Biblia. Y no cabe extrañarse porque mucha gente empieza a descubrir para sí la Sagrada Escritura. *El archipiélago GULAG*, de Alexandr Solzhenitsin, ocupa el segundo lugar en cuanto a popularidad.

ME. A juzgar por los sondeos de opinión, en 1990 Solzhenitsin era el más leído de todos los escritores, ¿no es cierto?

A.S. Sí, junto con Andréi Sájárov. Pienso que la popularidad en este caso obedece no sólo a la calidad y al nivel intelectual de sus obras, sino también al interés generalizado por ambas personalidades tan singulares y tan comprometidas con la defensa de los derechos humanos.

ME. Me parecía, en cambio, que el mayor éxito lo debieran tener las novelas policíacas. El interés por el género detectivesco también tendrá sus razones.

A.S. Naturalmente. Creo que la gente está cansada de las disputas políticas, de las privaciones y miserias de la vida actual, de un pasado sombrío y de un presente desalentador y sin perspectivas. En definitiva, la gente quiere distraerse un poco.

ME. ¿Tal vez la economía de mercado acabe con la escasez de libros y estimule el hábito de la lectura?

A.S. El fondo de la cuestión es que el mercado de hoy, dominado por altos precios libres, divide la sociedad entre una élite con recursos suficientes para leer y el resto del pueblo, marginando de la lectura a 60 millones de pensionistas, a 30 millones de minusválidos y a 45 millones de niños y estudiantes. Lo trágico es que aparece *toda* una generación desvinculada de la cultura del libro. De ahí el vandalismo, la creciente agresividad y la falta de respeto por el individuo. Desde luego, la escasez de libros es sólo una de las causas de dichos fenómenos.

ME. ¿Acaso la economía de mercado no comportará nada bueno para el lector?

A.S. Yo no he dicho que no comportaría nada bueno. El mercado libre implica una progresiva satisfacción de la demanda masiva, en primer lugar, en cuanto a obras literarias. Hace cinco años, por poner un ejemplo, era imposible conseguir libros de Bulgákov, Grossman, Platónov, etc. En cambio, ahora estos autores se publican con tiradas globales de 10 a 15 millones de ejemplares al año, y los precios en el mercado negro van bajando.

En este país todo es al revés de como debería ser, lo cual no obsta, a veces, para que se constate cierto progreso. Durante muchos años no hubo sindicato de periodistas ni centro de estudios de la prensa. Hace poco, Serguéi Grigoriánts, destacado luchador por los derechos humanos, fundó un sindicato independiente de periodistas, pero seguimos sin un centro de estudios especializado en los problemas de los medios de comunicación.

En cambio, se ha creado el Instituto del Libro, supeditado al Comité Estatal para la Obra Editora. La segunda entrevista del filósofo Anatoli Soloviov, director de dicho Instituto, tiene interés por ser información de primera mano. Fue publicada en *Sovétskaya kultura* (9.6.90) bajo el título *¿Somos realmente el pueblo que más lee?*

En medios intelectuales de la URSS son frecuentes las actitudes de indeferencia e inhibición ante las ideas, principios e ideales de Hornero y Sócrates, Soloviov y Florenski, Béjterev y Bogdánov, Platónov y Bulgákov, Bujarin, Vavílov, Vernadski, etc. Hoy día, los lectores soviéticos redescubren muchos nombres y muchas figuras de talla universal. Es demostrativo el hecho de que 25 de los 86 Premios Nobel de Literatura nunca se hayan publicado en la URSS.

– Se considera que en este país hay colecciones privadas y estatales muy considerables...

– Se puede sondear el problema desde el punto de vista de la cantidad de títulos. La estadística evidencia que la cantidad de títulos publicados refleja, como un espejo, los períodos de flujo y reflujo en la vida cultural. Los flujos coinciden con la NEP, entre 1925 y 1931 (de 32.300 a 54.600 títulos) y con el *deshielo* de Jruschov, entre 1955 y 1962 (de 54.700 a 79.100 títulos anuales). Los momentos de brusca caída corresponden a la época de represiones estalinistas (de 54.600 títulos en 1931 a 37.600 en 1937).

– ¿Y en los años de la *perestroika*?

– En los años setenta estábamos estancados, en el mejor de los casos, aunque también se registrara un ligero crecimiento. Pero luego, y hasta el momento, la política editorial se ha caracterizado por un progresivo deslizamiento cuesta abajo. Las cifras cantan: 84.000 títulos en el año 1985; 83.500 en 1986; 83.000 en 1987 y 81.600 en 1988.

No puedo entender la despreocupación con que la sociedad, adormecida por la tesis del «pueblo que más lee», observa las míseras raciones de dinero y equipos que el sistema autoritario burocrático les ha ido dispensando a las imprentas y editoriales. La Unión Soviética, el país más grande del mundo y el más rico en recursos forestales, se encuentra en la quinta decena de países en cuanto a la producción de papel. Según algunos datos, las capacidades de las empresas papeleras soviéticas bastan sólo para transformar el 12 % de la madera disponible, mientras que en Occidente hay capacidades suficientes para transformar hasta el 50 ó 70 % de la misma. El ritmo de incremento planificado apenas si llega a un 5 % anual. Tal situación es insostenible.

La posibilidad de tener acceso a la «lista de pedidos» siempre ha sido indicador de la condición dirigente y uno de los privilegios codiciados por la élite soviética. Además, la probabilidad de obtener un auto personal, junto con el chófer, un apartamento estatal o una plaza gratuita para *toda* la familia para estar en un balneario a menudo era mayor que la de recibir mensualmente la lista de recientes publicaciones. Bastaba con marcar los libros y entregar la lista a donde correspondía, adjuntando una suma simbólica de dinero, y todo estaba en orden.

Hasta el verano de 1991 casi *toda* entidad más o menos importante tenía su propio canal para proveer de libros a sus dirigentes. Eran distintas las «listas de publicaciones recientes» que recibían los funcionarios del CC y otras instituciones del PCUS y los dirigentes del eslabón supremo y medio del Consejo de Ministros de la URSS, así como los miembros de los consejos de los ministerios y comités estatales de la URSS y los diputados populares de la URSS. También el generalato del Ejército Soviético, la Academia de Ciencias de la URSS, la Unión de Escritores de la URSS y los dirigentes de los territorios, regiones, repúblicas federadas y autónomas tenían sus propias fuentes de abaste-

cimiento de libros. El drama consiste en que a las bibliotecas soviéticas, que son más de 300.000, a menudo llega sólo aquello que no goza de demanda.

La sociedad necesita miles de títulos en lugar de decenas

En las librerías moscovitas, (mejor dicho, en el mercado negro) se puso a la venta el *Libro de Récorde de Guinness* en ruso. Hasta 1988, esta enciclopedia, inofensiva en el plano ideológico, no se editaba en el país y algunos ejemplares de la misma se guardaban en depósitos especiales de unas cuantas bibliotecas importantes. ¿Por qué? La razón era muy sencilla: a nuestros dirigentes no les gustaban los récords «específicos» establecidos por rusos y recogidos en dicho libro.

Cierto es que uno puede pasarse sin el *Guinness*. En lo que respecta a la Biblia, al Corán y a otra literatura religiosa, en este capítulo nos ayudaba Occidente: de ahí nos enviaban gratuitamente (aunque nuestros fieles tenían que pagarlos) millones de ejemplares de estos libros en ruso y en otros idiomas.

¿Se puede vivir en un país multinacional en condiciones de total ausencia de diccionarios? Cualquier representante de una minoría étnica compraría gustosamente (y a cualquier precio) un diccionario bilingüe. No me refiero aquí a diccionarios ruso-inglés, inglés-ruso o de otras lenguas extranjeras, los cuales no escasean en nuestras librerías. Según Vladímir Nazárov (*Literatúrnyaya gazeta*, 10.10.90), director de la editorial Russki yazik (Idioma ruso), y los datos de la Cámara Nacional del Libro, los diccionarios y manuales de conversación que a veces se editan en repúblicas federadas, están destinados, por regla general, a la población autóctona que aprende ruso. ¿Y qué deben hacer millones de rusohablantes que residen fuera de su comunidad de origen? A lo largo de decenios, el Estado soviético hizo caso omiso de este problema, prefiriendo aplicar la política de rusificación. Pero en las declaraciones oficiales este detalle «se omitía» y se hablaba del «florecimiento de las culturas nacionales».

Alexandr Solzhenitsin, por iniciativa propia, confeccionó un diccionario del idioma ruso en que recogió muchos vocablos en desuso. Las diásporas Armenia y Ucrania se preocuparán por conservar la cultura nacional. Estoy seguro de que no faltarán los diccionarios de armenio, ucranio, letón, lituano y estonio. Pero ¿quién ayudará a los georgianos? ¿O a los habitantes autóctonos de muchas repúblicas y regiones autónomas de Rusia? En lo que respecta a las minorías étnicas, su cultura nacional dejó de existir, como resultado de la rusificación.

Es bueno que la aportación de Alexandr Solzhenitsin sea utilizada durante la edición del Diccionario del Idioma Ruso Moderno, de 20 tomos, cuyos primeros volúmenes ya salieron a la luz. EE.UU. nos ayudaría

a realizar el proyecto internacional ambicioso que supone editar la Enciclopedia Rusa. La asistencia de EE.UU. y de Solzhenitsin a la parte soviética en materia de obra editora es algo fantástico. De haber formulado hace 3 ó 4 años tal idea cualquier ciudadano soviético (salvo Sájarov), de inmediato se habría visto metido en un hospital psiquiátrico. Ni siquiera habría tenido tiempo para protestar.

Una editorial con rango de sociedad anónima, constituida por la fundación soviético-estadounidense Iniciativa Cultural, se propone editar entre 1996 y 2000 la *Enciclopedia Rusa* en 50 volúmenes, y desde 1991 empezarán a salir enciclopedias «intermedias» dedicadas a distintas materias (Filosofía, Economía, Diccionario de los Santos Rusos, etc.) y regiones (los Urales, el Cáucaso, la zona del Baikal).

Claro, la *Gran Enciclopedia* Soviética contiene muchos artículos sobre los problemas rusos. Pero ni siquiera en su última edición de 30 tomos contiene datos sobre miles de célebres ciudadanos rusos que cayeron víctimas de las represiones estalinistas, abandonaron la Patria o murieron en la URSS ignorados por todos. Renació la esperanza de que en un futuro el pueblo ruso recupere su memoria histórica y rinda tributo a los renombrados hombres rusos que se ganaron fama en Occidente. Hasta la fecha, muy pocos conocen en la URSS la obra y los nombres de aquellos literatos que se mencionan en la *Bibliografía de la literatura rusa extranjera*, en dos tomos (la estadounidense Liudmila Foster editó este libro en 1970 en EE.UU.) y en la recopilación *Emigración rusa. Revistas y recopilaciones en ruso. 1920-1980*, editada en 1988 por el Instituto de Lengua y Cultura Eslavas de París.

El mejor diccionario enciclopédico editado en la URSS sigue siendo la enciclopedia de Brockhaus y Efrón que se publicó hace 100 años, en la Rusia zarista, y se considera hasta ahora una obra maestra en cuanto a diseño y presentación. Para satisfacer la demanda, nuestros empresarios lanzaron a fines de 1990 la edición estereotipada de los diez primeros tomos de la enciclopedia (en total, son 86) con tirada pequeña, pero a precios exorbitantes. Sin embargo, los compradores sobran.

Desde hace decenios los libros en la URSS, igual que los cuadros en Occidente, son una buena inversión de capital, no menos ventajosa que artículos de oro, pero mucho más segura. Pues los ladrones prefieren robar joyas (en la URSS un ciudadano no podía guardar objetos de valor en el banco); los robos de libros son menos frecuentes. Tal vez los delincuentes sospechan que dentro de poco los lectores dejarán de pagar precio doble por el *Diccionario Enciclopédico Soviético* (DES), puesto que incluso la enciclopedia francesa *Quid* de la misma clase contiene datos sobre la URSS que no aparecen en el DES.

El DES se editó en la URSS varias veces con tiradas millonarias. En efecto, es un libro útil. Pero tiene un defecto: muchas realidades de nuestra vida renovadora quedaron al margen de dicho diccionario. Cuando ya

se habían formado en todas las repúblicas federadas Frentes Populares, y los periódicos informaban de huelgas y acusaban a nuestro estimado Partido Comunista leninista de haber organizado el hambre masiva en la región del Volga y en Ucrania (en las décadas del 20 y el 30), *Komsomól'skaya pravda* (10.3.90) citó con ironía tres artículos sacados de la cuarta edición del DES (Moscú, 1989):

FRENTE POPULAR: forma de organización de amplias masas... a fin de combatir el fascismo y la guerra; luchar por la democracia, la independencia nacional y por los intereses económicos de los trabajadores. En Francia (1936-1938), España (1936-1939) y Chile (1938-1941) estuvieron en el poder gobiernos del FP. En algunos países, el FP contribuyó a la victoria de las revoluciones democrático-populares y socialistas.

HUELGA (paro):... Una de las principales formas de lucha del proletariado en el capitalismo... H. es un importante instrumento de lucha contra la política reaccionaria de los monopolios y del Estado burgués, contra la carrera de armamentos y la nueva guerra.

FIAMBRE: es calamidad social que se manifiesta en forma abierta (H. absoluta) y encubierta (H. relativa: indigencia, falta de elementos nutritivos en la alimentación). En los países capitalistas industrializados millones de personas padecen de indigencia... Es posible acabar con el hambre sólo mediante la transformación socialista de la sociedad.

Mentiras de ese mismo calibre abundan en decenas de libros, calendarios y anuarios que vieron la luz a finales de 1990 en la editorial Politizdat, del Comité Central del PCUS. En 1989 y 1990, esta misma editorial inundó las librerías del país con la tirada «millonaria» del voluminoso manual de Economía Política, redactado bajo la dirección de Vadim Medvédev, secretario del CC del PCUS y responsable del área ideológica.

La abolición de la censura y del monopolio del PCUS permitió salir del punto muerto. Al calor de la liberalización nació, entre otras muchas, la editorial TERRA. Bajo la rúbrica de ¡Sensacional!, *Rossiyskaya gazeta* insertó (23.7.91) una reseña titulada *Si se publican libros como éste, quiere decir que la «perestroika» está en marcha:*

Con el título de Nuestra Patria, la editorial TERRA ha sacado a luz una recopilación de ensayos de historia política de Rusia, que viene a ser el primer libro de textos de este tipo publicado en el período soviético. Cuando el manuscrito ya estaba listo, diversos obstáculos retuvieron su edición durante casi dos años. Entre los autores figuran Y. Afánásiev, N. Maslov, G. Ioffe, V. Lelchuk, E. Pivovar, M. Miliutin, V. Shostakovski, O. Volobúev y, entre los historiadores extranjeros, Yuri Felshtinsky.

Nuestra Patria representa un primer intento de reconsideración fundamental de la historia de Rusia, sobre la base de un análisis de conjunto de las relaciones sociedad/poder a la luz de la tradición política rusa. La obra abarca un vasto período que se extiende

desde la Rusia de Kíev hasta la *perestroika*, concretamente hasta la elección del primer Presidente de Rusia. Reúne textos y documentos inéditos o poco conocidos sobre la guerra civil y la Gran Guerra Patria, la colectivización, las reformas de Jruschov y el *estancamiento*. Nos cuenta la historia de la Resistencia y la disidencia, desde Márto, Raskólnikov y Riutin hasta nuestros días, y enfoca la personalidad y la obra de las grandes figuras políticas, tanto del movimiento comunista como de la oposición. Finalmente, esboza «en vivo» la historia de la *perestroika*.

El profesor Serguéi Kuleshov, quien asumió la dirección del colectivo de autores, todavía no puede creerse que el libro haya salido a luz. Según él, Robert Konkvist, después de leer unos capítulos que habían sido traducidos al inglés expresamente para él, comentó: «Si logran editar esto, querrá decir que la *perestroika* está realmente en marcha».

— En realidad — estima el profesor V. Lechuk, uno de los autores de la recopilación—, todos nosotros somos estalinistas. Hasta los jóvenes. Este es el mayor «éxito» de Stalin. Unos somos conscientes de ello, otros no, pero todos hemos estudiado la historia en libros estalinistas, impregnados por el espíritu putrefactivo del *Breve curso de historia del PC(b) de la URSS*.

La propaganda ha hecho mella: a estas alturas, millones de personas siguen creyéndose que la construcción de este modelo de socialismo es el único camino acertado. Cuando Gorbachov habla de la URSS como de una potencia industrial desarrollada, me doy cuenta de que él también aprendió la historia en los libros de texto estalinistas y no quiere volverla a estudiar. Todas nuestras desgracias emanan de las estructuras amorales del poder, el poder de un partido cuyos líderes deben ser llamados a capítulo por todo lo que han hecho. Hoy más que nunca debemos percibir el enlace de los tiempos, enjuiciar con criterio objetivo y con el debido respeto nuestra historia. Naturalmente, nuestras posibilidades en cuanto autores eran limitadas, pero esperamos que este libro motive el esfuerzo de reflexión de nuestros lectores.

Efectivamente, el lector encontrará en esta obra muchos datos que inducen a reflexionar. Se enterará, por ejemplo, de que, por decisión del *Politburó*, las grandes revueltas campesinas de 1930 fueron brutalmente reprimidas por el ejército con intervención de todas las armas, incluidas la aviación y la artillería. Como botones de muestra de la actividad del NKVD-MGB-KGB, se reproducen diversos informes sobre el estado de ánimo de los trabajadores en empresas y koljoses, el descontento con el régimen y huelgas que tuvieron lugar en diferentes regiones del país.

En este nuevo libro de textos, el rigor científico se conjuga con un lenguaje sencillo que lo hace asequible al más amplio círculo de lectores. S. Kondrátov, director de TERRA, promete que la tirada ascenderá a un millón de ejemplares; por ahora, se han lanzado al mercado los primeros 50.000.

No cabe duda de que en un futuro más o menos próximo se escribirán y editarán no sólo recopilaciones de ensayos, sino manuales de historia del bolchevismo. De momento, *Rossíyskaya gazeta* está publicando en forma de folletín, no una novela de Agatha Christie, sino fragmentos del mencionado libro de historia *Nuestra Patria*. Es una literatura muy diferente de la que nos ofrecen el pecusero Vadim Medvédev y otro autor del

mismo apellido, Roy Medvédev, diputado popular de la URSS y miembro del CC del PCUS, autor de una treintena de opúsculos de tinte antiestalinista-antijruschoviano que en tiempos de Brézhnev fueron editadas, con el permiso del KGB, en el extranjero y ahora se reeditan en el interior del país.

Los disidentes de verdad aún no han sido rehabilitados. Recientemente, la editorial ruso-lituana Vest S. A. *prometió* en las páginas de *Izvestia* (7.5.91) publicar una *Historia de la disidencia* en 50 tomos, con una tirada de 50.000 ejemplares cada uno. Esta colección cubrirá todo el período post-Stalin. Los textos seleccionados demuestran que en el movimiento de la resistencia participaron –en los más diversos puntos de la geografía soviética– decenas de miles de hombres y mujeres de gran coraje, y no un puñado de «chiflados» como trataban de presentar oficialmente el fenómeno. La reedición de las obras que circularon en tiempos en forma de *samizdat* y tamizdat es un buen regalo para quienes cuentan con una posición económica suficientemente holgada.

Con el fin de adquirir un libro mínimamente interesante, los soviéticos de todas las edades recogen papel usado, se pasan horas en las colas de los puntos de entrega y, luego, meses, esperando que les canjeen los vales obtenidos con tanto esfuerzo. Resultado: según datos de la UNESCO correspondientes a 1988, la URSS, «el país donde más se lee», ocupa hoy el puesto n.º 43 del mundo por el nivel de desarrollo intelectual de la juventud.

Por cierto, que la situación de este país en el campo de la educación no ha sido siempre tan deplorable. He aquí un dato muy significativo. Recientemente, según informa *Nóvoye Rússkoye Slovo* (26.11.90), en el marco de un concurso organizado por la UNESCO para determinar el mejor programa de enseñanza en la historia de la humanidad se adjudicó el primer puesto al Liceo de Tsárkoye Seló, el establecimiento en el que estudió Pushkin. El sistema de enseñanza aplicado allí prestaba singular atención a las cualidades individuales de cada alumno. No es de extrañar que en Tsárkoye Seló se formara *toda* una pléyade de grandes escritores, científicos y hombres públicos, de los que Rusia se enorgullece legítimamente. A comienzos del siglo XX, Iván Sitin editaba hasta el 25 % de *toda* la producción librera del país. Gracias a él, el libro era entonces más asequible que hoy para el lector de masas. En setiembre de 1991, en Tbilisi, un vendedor callejero me pidió 100 rublos (!) por un libro de *Relatos bíblicos*, lanzado este mismo año por la editorial moscovita Détskaya Literatura (Literatura Infantil) al precio de 15 rublos. Mi mujer, inspectora de estudios en la Facultad de Periodismo de la Universidad de Moscú, cobra 140 rublos al mes, trabajando todos los días desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde. ¿Cuántos libros podríamos comprar con su sueldo para nuestro hijo, que estudia en el primer grado de la escuela?

Entretanto, las autoridades siguen mintiendo a su propio pueblo o, para ser más exactos, no le suministran suficiente información. El 99 % de los niños soviéticos jamás han leído *comics* (la prohibición de editar este tipo de literatura fue levantada hace muy poco; en 1990 fue creada la primera redacción de *comics* en la editorial Panorama). Tampoco han podido disfrutar de libros y enciclopedias en color, que se editan en la URSS con tiradas insignificantes (unos 100.000 ejemplares, para una población de 300 millones), se exportan casi en su totalidad o van a parar al mercado negro, donde los venden a un precio siete o diez veces superior al nominal.

¿A qué precio hemos vencido la escasez en el mercado del libro?, pregunta el título de un artículo de A. Dobrov en *Komsomólskaya pravda* (2.8.91):

Salgo del metro en cualquier estación y enseguida tropiezo con mesas inundadas de libros con títulos sugestivos y portadas llamativas. En esa masa predominan las novelas policíacas (en lo fundamental, Chase y Christie), obras de ciencia ficción y lo que antes calificábamos de «novelones», con las aventuras de Angélicas enamoradizas y Tarzanes «de cuerpo robusto y corazón bondadoso»... Hay también muchos libros religiosos, desde la Biblia, el Corán y el Talmud hasta adaptaciones del Evangelio destinadas a la infancia. Uno puede encontrar cualquier obra de Píkul, todo Solzhenitsin e incluso la *Rosa del mundo*, de Daniil Andréev (aunque parezca extraño, es uno de los libros que mejor se venden). Podemos decir que hoy es casi asequible todo lo que antes era imposible conseguir. Digo «casi asequible», porque he metido la mano en el bolsillo y estoy palpando mi poco abultado billetero.

Uno contempla ese abigarrado mosaico de tapas y piensa: Dios santo, ¿será posible que hayamos vencido la escasez de libros? ¿Será posible que hoy podamos formarnos una idea, por ejemplo, de la obra de Hesse leyendo sus novelas, que no las críticas soviéticas de libros inconseguibles? Sí, es posible; ahí están sobre el mostrador *El lobo estepario* y *El Juego de los abalorios*.

¿Cómo hemos vencido el hambre de libros y a qué precio? Basta con echar una mirada a las etiquetas para comprender que los costos son muy altos.

Otro dato curioso es que los libros «serios», que se difundían antes por medio del *samizdat* siguen gozando de demanda únicamente entre quienes podían leerlos antes en esa forma de edición clandestina. ¿A qué conduce la saturación del mercado con libros antes prohibidos? A una rápida disminución de la demanda. Ya han dejado o pronto dejarán de interesarse por esa literatura aquellos para quienes el conseguir y guardar en casa, en la tubería de ventilación, *Un día en la vida de Iván Denisovich* suponía antes *toda* una aventura e incluso un acto cívico. Fíjense en los precios: en Sverdlovsk, el libro *Inquietudes y esperanza*, de Andréi Sájarov, cuesta 5 rublos, y una selección de relatos policíacos norteamericanos, 35.

Megapolis Continent, en su edición del 24 de julio de 1991, insertó en primera página un artículo de su analista O. Pravotórov, titulado *Los clásicos en su dimensión de mercado*:

Hoy, la literatura clásica es una mercancía que no tiene salida. Algunas ediciones se cotizan a precio de papel usado. Nuestro contemporáneo busca alimento espiritual en

otras fuentes: en las novelas policíacas de Chase y en las aventuras eróticas de la Angélica de..., que tan poca suerte tenía en sus relaciones con los hombres. En general, Chase ha llegado a ser en nuestro mercado librero algo más que el seudónimo de un autor. Hoy podríamos adoptar el *chase* como patrón del poder adquisitivo y una unidad para medir el valor de cualquier obra literaria, desde el punto de vista del consumidor soviético. ¿Cuántos *chases* está dispuesto a pagar el lector al objeto de adquirir colecciones de obras escogidas o completas de las máximas figuras de la literatura nacional y mundial? Si partimos de que un *chase* equivale aproximadamente a cuarenta rublos, las obras completas (en ocho tomos) de otro famoso inglés, Shakespeare, alcanzan apenas un valor de cuatro *chases*. Los diez volúmenes de Goethe, están a tres *chases*. Otro tanto cuestan las ediciones de obras escogidas de Dostoievski, en diez tomos, y de Balzac, en quince. A dos *chases* y medio se cotizan los 12 tomos de Chéjov y los 22 de León Tolstói. Los diez volúmenes de la edición académica de *Obras Completas* de Pushkin llegan tan sólo a dos *chases*. Por medio *chase* se pueden comprar los cuatro tomos de Lérmontov.

¿A qué se debe esta depreciación de la herencia cultural de los grandes escritores? Que sepamos, ni Chéjov ni Balzac cometieron ninguna falta ni en los tiempos de Stalin ni en los años del *estancamiento*. ¿O es que «el pueblo que más lee» se conoce de memoria a los clásicos?

— La gente está cansada de problemas y busca literatura de evasión —estima el director de una cooperativa editorial de Moscú—. Por eso compra novelas policíacas, eróticas o de aventuras. Además, muchos de estos libros han sido editados por primera vez en nuestro país. De ahí que susciten interés.

Sí, claro. Es un fenómeno parecido al deseo de probar fresas después de la avitaminosis invernal. Pero el caso es que, en tiempos todavía recientes, muchos grandes escritores tampoco estaban al alcance de todos. Dostoievski, por ejemplo, y muy particularmente sus *Endemoniados*, no gozaban de los favores del Comité Estatal para la Obra Editora (Goskomizdat). En las colectividades laborales siempre estallaban disputas cuando se sorteaban las suscripciones para obras escogidas o completas de algún clásico. ¿Por qué ahora se cotizan tan bajo? En el resto del mundo, las colecciones de obras de autores serios se venden más caro que los libros de literatura recreativa de baja ley. El valor estético de los clásicos ha resistido la prueba del tiempo, y el propio tiempo se encarga de aumentar su valor material en las librerías de antiguo.

Esta última regla todavía funciona en nuestro mercado librero (las ediciones viejas se cotizan más que las recientes). Por lo que se refiere a las demandas estéticas de nuestros lectores, parece que sus gustos «evaden» el campo de las obras maestras de la literatura mundial.

— Hubo tiempos —recuerda un librero de lance— en que el público andaba a la caza de las colecciones de autores clásicos. Servían de adorno en las casas. Hoy quienes pueden permitirse el lujo de comprar un juego de muebles con librería, han perdido todo interés por la literatura clásica, y quienes todavía se interesan por ella no pueden conseguir ni siquiera una estantería. Por lo demás, los clientes jóvenes preguntan mucho menos que antes si tenemos algo de Tolstói o de Blok, por ejemplo. Es un generación perdida para los clásicos. No acabo de comprender el porqué.

Probablemente, en este siglo tampoco se realizarán las esperanzas de Nekrásov, no llegará el día en que, parafraseando las palabras del poeta, «la gente no se llevará del

mercado estúpidas novelas policíacas, sino libros de Belinski y de Gógol». Sea dicho de paso, hoy no sólo nadie compra obras de Belinski, ni del propio Nekrásov, sino que no tiene sentido llevar libros de estos grandes representantes del pensamiento democrático ruso. Ni las tiendas estatales ni las cooperativas de reventa los toman en comisión: no hay demanda, explican. Y eso que, según la tarifa del Goskomizdat, los tres tomos del crítico cuestan sólo 10 rublos y los cuatro volúmenes de obras completas del poeta, apenas dos rublos más. El mercado no da por ellos ni un cuarto de *chase*.

Creo que el propio Chase, que consideraba sus novelas —de indudable talento— como meras «lecturas de viaje», no se alegraría de este clamoroso éxito en nuestro país. Como hombre culto que era, es posible incluso que recordara al respecto una frase del «depreciado» Goethe: «Quien no presta oído a los poetas, es un bárbaro, sea cual sea su posición».

Por mi parte, agregaré que lo mismo puede decirse de quien prefiere sucedáneos con tapas llamativas a los verdaderos valores artísticos, cual un salvaje que trueca oro por abalorios.

Pese a las actuales distorsiones, yo no dudo de que el mercado terminará poniendo orden en el campo de la actividad editorial. En este sentido es significativo el propio título de un artículo de V. Gúbarev y A. Kolésnikov en *Novedades de Moscú* (7.7.91), *Nadie compra novelas policíacas*:

Los puestos de libros ya no caben en las calles capitalinas. Ha disminuido considerablemente la velocidad de los peatones en el pasaje subterráneo de la Plaza Pushkin. Aquí venden todo tipo de impresos.

Al comienzo se vendía en este pasaje, más que nada, literatura erótica. Luego, la pornográfica. Pero ahora compiten con ella manuales de electrónica y cuestionarios sobre las reglas de la circulación. Se venden también obras filosóficas de Nietzsche y de Nikolái Berdiáev, memorias del cantante Vertinski y las omnipresentes novelas policíacas de Chase.

Hace un año comenzaron a surgir nuevas editoriales, como Prometí, Órbita, Interbook. Pero entre todas ellas se destaca el centro editor Terra, que ya puede competir con algunas editoriales estatales.

En un año de su existencia ha impreso más de 50 ediciones con una tirada total de 6 millones de ejemplares. Ha reeditado los cuatro volúmenes de *Agasfer*, de Eugenio Sue, publicó los archivos Trotski, también en cuatro volúmenes. Allí salieron a la luz libros de emigrados rusos: Félix Roziner, Borís Nikoláevski, Yuri Felshtinski, Valeri Chalidze. Están en prensa las obras de Vladímir Máximov, en ocho tomos. A pedido de la Iglesia ortodoxa rusa, Terra ha publicado en gran tirada la *Enciclopedia Bíblica* y el *Evangelio*. Se está reeditando la *Enciclopedia de Brockhaus y Efrón*, en 86 volúmenes. Simultáneamente, han salido a la luz los primeros tomos de los *Archivos de la Revolución Rusa* y la *Enciclopedia Hebrea*, en 16 volúmenes.

En el despacho de Serguéi Kondrátov, director de la editorial, hay un retrato de Pedro el Grande y una estatuilla de este mismo zar sobre la mesa.

Kondrátov no confía mucho en los vendedores callejeros. Dice que por ahora ninguna compañía editora sería confía en ellos. El sistema de distribución estatal se encuentra en estado deplorable, pero aún funciona. Y Terra prefiere recurrir a él.

— ¿Por qué no prestan ustedes atención a las nuevas firmas —cooperativas, pequeñas empresas y tiendas arrendadas—, que están dispuestas a comercializar la producción de las editoriales por una pequeña comisión?

— Es cierto que algunas empresas se contentan con un tipo de ganancia del orden de 3 ó 5 %, en vez del 20 % que cobra la entidad estatal Soyuzkniga. Pero, en general, me parece que entre los que se han metido de lleno en el negocio de libros hay poca gente que sepa llevarlo correctamente. La inmensa mayoría procura obtener ganancias máximas, exageradas. Por eso, muchos libros quedan sin vender, lo cual entorpece nuestro desarrollo. Entre los distribuidores, a diferencia de lo que ocurre entre editores, no hay verdadera competencia. Esta surgirá cuando todo el comercio de libros sea privatizado. Es el único camino que conduce a las relaciones de mercado.

En 1991, un rasgo peculiar de nuestro mercado consistía en que los editores y los vendedores de libros preferían realizar negocios con las publicaciones deficitarias, o sea, con libros que desaparecían de los puestos de venta en cuestión de minutos. Las editoriales sólo aceptaban publicar obras por las que la gente está dispuesta a formar cola.

El imperio del Kremlin, de A. Avtorjánov; *Confío*, de Raísa Gorbachova; *La única oportunidad*, de Grigori Yavlinski; *El camino del poder*, de Anatoli Sobchak; la *Confesión*, de Yeltsin; *Sin derecha ni izquierda*, de Nazarbáev; *Mi opción*, de Shevardnadze; *Y vuelve el viento a sus giros y Cartas de un viajero ruso*, de Bukovski, son títulos que se venden bien. Las prometidas memorias de Ligachov y de Kunáev tampoco tendrán dificultad para encontrar salida. En cambio, las obras de Anatoli Ribakov, Vladímir Dúdintsev y Daniil Granin ya pueden clasificarse como *best-sellers* de ayer. Pronto se saturará también el mercado de novelas eróticas, policíacas y de ciencia ficción.

El problema es que la sociedad necesita no decenas, sino miles de títulos. Aquellas personas que de verdad leen libros (y no se limitan a adquirirlos) no pueden vivir en las condiciones de crónica escasez. Las librerías, igual que las farmacias, siempre deben estar bien surtidas. En nuestro país, la escasez de mercancías —fomentada de manera artificial— alcanza límites inverosímiles: de los artículos de consumo y servicios se va extendiendo al intelecto, al honor y la conciencia. En lo que respecta a los libros, su escasez la aprovechan, en beneficio propio, tanto los responsables de la economía sumergida como los funcionarios de la *nomenklatura*. Los últimos lanzan al mercado publicaciones de carácter abiertamente ideológico: así, —«por indicación de arriba»— fueron editadas las obras de algunos compañeros de Lenin. Trotski, Zinóviev, Bujarin y Ríkov cayeron

víctimas del comunismo, pero si hubieran sido más astutos que Stalin, habrían hecho con éste lo que él hizo con ellos. La cohorte de bolcheviques derramó ríos de sangre, y en la actualidad, se nos sugiere que no compremos libros para niños, sino las obras de estos utopistas crueles. El Estado no escatima recursos para publicar dichas obras, pero muy poca gente se decide a comprarlas.

En los tiempos de Súslov, la censura no se dejaba sobornar

¿Qué es lo que nos gustaría leer? ¿No lo adivina? Pues, basta con abrir el catálogo de cualquiera de las editoriales extranjeras que publican libros en ruso. Ya no hablo de los *best-sellers* de la literatura occidental: los habríamos devorado en un santiamén, pues durante decenios nos «atosigaron» con las obras de los escritores progresistas de Asia, África y América Latina, así como con los escritores procedentes de los «fraternos países socialistas». Está bien eso de volver la vista a Occidente, pero tampoco debemos olvidar a los profetas de nuestra tierra. María Shneerson publicó, en el periódico neoyorquino *Nóvoye Rússkoye Slovo* (15.10.90) un artículo dedicado a Vasili Grossman:

Este año marca varios aniversarios en la vida de Vasili Grossman. El escritor habría cumplido en 1990 ochenta y cinco años. Al mismo tiempo, se cumplen cuarenta años desde que él comenzó a escribir su célebre novela *La vida y el destino*; treinta y cinco años, desde que procedió a la redacción de otro libro, *Todo cambia*; treinta años, desde que terminó *La vida y el destino*; veinte, desde que en Occidente se publicó *Todo cambia*, y diez, desde que en Ginebra se editó por primera vez *La vida y el destino*.

En 1990, esta novela fue publicada por fin sin cortes de censura, de acuerdo con la versión original que contiene las últimas enmiendas del autor. Ya era la cuarta edición de la novela en la patria del escritor, incluida una variante muy recortada que apareció en la revista *Oktiabr* (la misma revista publicó después *Todo cambia*).

Las fechas mencionadas son muy elocuentes. Nos hablan de la terrible época en que el autor comenzó a escribir lo que sería el principal libro de su vida; de que, casi al mismo tiempo, estaba creando la novela *Todo cambia*, en la cual el concepto histórico, filosófico y artístico de Vasili Grossman queda especialmente de manifiesto, de que ambas obras, antes de ser publicadas en Occidente, fueron guardadas por los amigos del escritor en escondites desconocidos; por último, de que en la patria del autor dichos libros fueron publicados sólo con la avalancha de los demás libros rehabilitados.

El destino de esa obra fundamental es tan singular como el propio libro de Grossman. «El libro se va a realizar independientemente de mí, por cuenta propia, y a lo mejor, ya me habré muerto para ese día», escribió el autor a su amigo y poeta Semión Lipkin, uno de aquellos que salvaron el original de *La vida y el destino*.

En febrero de 1961, la policía registró la casa de Grossman y se llevó el libro. Un año más tarde, Grossman, probablemente impresionado por el XXII Congreso del PCUS, envió una carta a Jruschov. Ese mensaje contenía líneas conmovedoras: «Mi libertad física no tiene sentido, si el libro, al cual he dedicado mi vida, se encuentra en prisión. Conste que yo lo escribí y que nunca he renegado de él, ni pienso renegar ahora (...). Todavía creo haber escrito la verdad, y lo hice con amor y lástima hacia la gente, confiando en ellos. Pido libertad para mi libro».

No hubo respuesta. Pero Grossman fue llamado para una entrevista con Mijaíl Súslov, ideólogo del PCUS en aquella época, quien le dijo: «...la publicación de esta obra será perjudicial para el comunismo, para el poder de los Soviets y para el pueblo soviético». El dirigente del PCUS se negó a devolver el manuscrito al autor. Si la novela llega a publicarse, concluyó, será dentro de 200 ó 300 años. Súslov creía que el régimen, al cual representaba, podría resistir el paso de los siglos.

Por vicisitudes de la fortuna, los secuaces de Brézhnev confiscaron, varios años más tarde, las memorias de Nikita Jruschov. El dirigente que había perseguido a Grossman tuvo que pasar por la misma prueba que una de sus víctimas, aunque, claro está, eran dos casos incomparables.

El trágico destino de esta «novela del siglo» ha sobrepasado la tragedia personal del autor. Al leer, en octubre de 1960, *La vida y el destino*, el escritor Alexandr Tvardovski se sintió profundamente conmovido por la «extraordinaria veracidad y sinceridad de la obra». En su diario, Tvardovski apuntó: «La publicación de este libro (...) marcaría el comienzo de una nueva etapa en la literatura, nos devolvería el auténtico significado de un testimonio verídico sobre la vida, supondría un viraje importantísimo para el mundo de las letras que hoy está lleno de Dios sabe qué mentiras, convencionalismos y tonterías preconcebidas. Pero esa publicación resulta ahora inconcebible».

Sería ingenuo hacer conjeturas acerca de cómo *La vida y el destino* habría influido en el proceso literario. La publicación del libro era imposible. Y no sólo porque Grossman se refiere en esta novela al tema de las represiones estalinistas. Es que *La vida y el destino* traza un paralelo entre dos variantes del fascismo –la nacionalsocialista y la comunista–, denuncia los crímenes del régimen totalitario y pone al desnudo su esencia antihumana. Grossman ofrece un panorama de la sociedad corruptora y paralizada por el miedo; fustiga a los representantes de la «nueva clase gobernante»; muestra cómo fueron exterminados los campesinos durante la colectivización forzosa. Este valioso libro plantea cardinales problemas filosóficos, pero su solución no tiene nada que ver con la ideología marxista. *La vida y el destino* es la creación de un verdadero filósofo, investigador, casi diría, de un profeta. De modo que Mijaíl Súslov tenía razón: el libro de Grossman asesta un golpe demoledor al régimen soviético.

«Es de los libros que te hacen sentir, día tras día, ciertos cambios en tu interior –escribía Tvardovski–. Como si comenzara una nueva etapa en el desarrollo de tu conciencia...». La novela se publicó en la URSS cuando ya se habían revelado muchas cosas, así que el lector de los años 80, al conocer esa obra por primera vez, no podía experimentar la misma sensación que Tvardovski en el año 1960.

¿Será que *La vida y el destino* ha envejecido? De ningún modo. Existen libros coyunturales, que sólo reflejan los rencores del momento, y los cuales, incluso si son obras de

incuestionable talento, dejan indiferentes a las generaciones venideras; y también hay otros libros, creados para perdurar en los siglos, ya que enfocan temas universales y eternos. *La vida y el destino* es uno de estos.

Reflexionando acerca de la novela de Grossman, no debemos olvidar en qué condiciones se estaba creando. Redactarla ya era una hazaña, y sólo un hombre de extraordinaria fuerza espiritual podía realizarla.

Cuando pienso en eso, me viene a la mente otra hazaña, la de Alexandr Solzhenitsin. No se trata, por supuesto, de calibrar la importancia o el talento de ambos escritores. La vida deparó a Vasili Grossman una misión distinta de la que Solzhenitsin desempeña en el proceso literario y social de nuestra época. A pesar de que estos escritores avanzaban hacia la verdad por rutas diferentes, hay ciertas afinidades en sus obras, y también, en sus destinos.

En los años en que Grossman estaba creando *La vida y el destino*, Solzhenitsin comenzaba a escribir *En el primer círculo*, había terminado *Un día en la vida de Iván Denísovich* y ya pensaba en escribir dos obras más, que luego se darían a conocer como *El pabellón de cáncer* y *El Archipiélago GULAG*. Si analizamos detenidamente las obras de ambos escritores, veremos cierta similitud de temas e interpretaciones, a pesar de que se mantienen profundas diferencias en la visión del mundo o el temperamento social.

Solzhenitsin, quien comenzó como un «escritor clandestino», pronto se hizo escuchar en el mundo entero. En cuanto a Grossman, incluso después de la muerte estuvo rodeado de silencio muchos años. Con todo, su destino hace recordar las palabras de Solzhenitsin: «Somos unas cuantas decenas, gente retraída y terca, que vivimos en diversos confines de Rusia y escribimos, cada cual de acuerdo con su conciencia, lo que conocemos de nuestro tiempo y lo que constituye la principal verdad (...). Llegará un día en que vamos a aparecer todos desde la profundidad, como aquellos *bogatires*¹ del mar, y así resurgirá nuestra literatura en *toda* su grandeza». Solzhenitsin creía en esa posibilidad como en un «símbolo postumo (...)». Serán nuestros libros lo que se conservará gracias a la lealtad y la astucia de los amigos, no nuestros cuerpos. Nosotros ya habremos muerto». Afortunadamente, esta profecía no se ha cumplido del todo. Solzhenitsin sigue vivo...

Las obras de Grossman, Solzhenitsin, Sájarov y Pasternak deberían ser estudiadas en las escuelas, pero siguen siendo inaccesibles para el pueblo, igual que la Biblia. El Libro Sagrado se vende en la URSS a un precio que equivale a la mitad de la pensión mensual de un jubilado. Los libros de los autores mencionados también cuestan un dineral en el mercado negro. Las principales obras de Andréi Sájarov no se publicaron hasta mediados de 1991. Después que el académico y Premio Nobel de la Paz regresó de Gorki, donde permaneció desterrado de 1979 a 1986 su nombre fue un tabú, durante tres o cuatro años, para los medios de comunicación soviéticos. Sólo cuando murió, en 1989, los periódicos

1. Bogatires: héroes de la épica rusa. (N. del T.), 260

empezaron a mencionarlo. Y eso que en vida no habían publicado una sola entrevista con él.

«Es que falta papel», responderá sin vacilar cualquier funcionario del Gobierno. En casos de extrema necesidad, las autoridades permiten publicar libros «inconvenientes», pero en una versión abreviada y en pequeña tirada. Precisamente así empezó a publicarse en 1990, en la editorial Naúka (Ciencia), el libro del general Antón Denikin (uno de los principales participantes del «movimiento blanco» en la guerra civil rusa).

Falta todavía una verdadera Historia del Estado soviético

La verdadera Historia del Estado soviético, una historia sin maquillaje ni falsificaciones, aún está por editarse. En cuanto a los sucesos, nunca han faltado. Cualquier nuevo secretario general del PCUS, apenas asumir su cargo, encargaba a los historiadores una «nueva versión» de la Historia del Estado, que tenía que hacerse, por supuesto, «a su medida». La primera historia de la II Guerra Mundial fue creada para ensalzar la misión del «genial camarada Stalin». La segunda versión... Pero, mejor escuchemos al escritor polaco Stanislaw Lem (*Literatúrnyia gazeta*, 14.11.90):

Hace tiempo, en los años 50, me suscribí a la Gran Enciclopedia Soviética. Cuando llegó el tomo de la «B», el cual incluía un artículo sobre Beria, me notificaron que debía recortar los materiales sobre Beria y sustituirlos por otro artículo: «Behring (Estrecho de Behring)». Entonces tomé la enciclopedia y la llevé a una librería de viejo. Para que esas operaciones con las tijeras las realizaran los propios editores. Luego, se publicó la historia de la «Gran Guerra Patria», en seis tomos. Bueno, usted debe conocer esos cuentos sobre Jruschov que había allí... Y de nuevo decidí llevar la edición a una librería de viejo. Sólo conservé el sexto tomo, como recuerdo. Después apareció otra publicación sobre la guerra, de 12 tomos, pero el gran jefe militar ya era Brézhnev.

Ahora estoy descubriendo una historia absolutamente desconocida de aquella guerra. Los estudiantes soviéticos, igual que los polacos, se encuentran en una situación desastrosa, porque los libros sobre la auténtica historia se demoran demasiado».

Se espera que para el 50 aniversario de la victoria sobre el nazismo en la URSS estará publicada una monografía de turno, esta vez, de diez volúmenes. Claro, que en la nueva versión no habrá elogios del talento militar de Stalin, Jruschov o Brézhnev, pero aún así, el libro va a servir de poco: buena parte de los archivos históricos de la URSS seguían siendo secretos, de modo que no serán reflejados en esta edición, *Izvestia*, en el número del 19 de noviembre de 1990, sugirió suspender la redacción de la nueva monografía sobre la Gran Guerra Patria (versión número cuatro) y publicar los documentos desconocidos de aquella época, así como un

par de libros honrados sobre la II Guerra Mundial. Dichos libros estarán destinados, en primer lugar, a los jóvenes, quienes ni siquiera disponen de manuales de Historia (en 1989 y 1990, las autoridades decidieron suprimir los exámenes de Historia de la URSS en todas las escuelas secundarias y centros universitarios).

En el verano de 1991, cuando ya estaba listo para ser publicado el primer volumen de la *Historia de la Gran Guerra Patria*, en 10 tomos, estalló el escándalo. El general coronel Volkogónov, doctor en Filosofía y en Historia, conocido no sólo como científico sino también como político de inspiración centrista liberal (es diputado al Soviet Supremo de la Federación Rusa), fue destituido de modo fulminante de los cargos de jefe del Instituto de Historia Militar del Ministerio de Defensa de la URSS y dirigente del colectivo de autores encargado de preparar la mencionada historia de la pasada guerra mundial. Generales y mariscales —«fieles leninistas» o, mejor dicho, estalinistas— arremetieron con furia contra su colega, y todo porque ese primer tomo, que abarcaba el período de la preguerra, es decir, hasta el 22 de junio de 1941, había sido escrito con criterio rigurosamente científico. Dmitrí Volkogónov era uno de los pocos historiadores soviéticos, si no el único, que tenía acceso a determinados archivos, y se proponía publicar muchos documentos inéditos. A diferencia de muchos colegas suyos que se declaran partidarios de la *perestroika*, él considera que la raíz del mal, más allá de la figura de Stalin, subyace en el propio sistema implantado por Lenin. Queda por ver si ahora, después del fracaso del golpe de Estado fascista de agosto, se decide por fin dar a la estampa el polémico manuscrito.

En junio de 1991 vio la luz, por primera vez en la URSS, un libro que ofrecía al lector una imagen objetiva de la guerra de Afganistán: *La invasión. Páginas inéditas de una guerra no declarada*. Sus autores, los periodistas David Gai y Vladímir Sneguiriov, se habían convencido como quien dice en su propio pellejo de que la agresión al país vecino era a la vez un crimen y un error político, y escribieron un libro que decía la verdad. En este país la aparición de una obra verídica constituye todavía un acontecimiento. La editorial militar Voenizdat, por ejemplo, no nos ha ofrecido en los últimos tiempos ninguna obra digna de atención, a excepción del diario de un participante en la defensa de Port Arthur durante la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, así como apuntes y cartas de grandes jefes militares de la época zarista como Kutuzov, Suvórov y Rumiántsev. Agréguese un libro en preparación: las memorias del general Grómov, que ejerció el mando de las tropas soviéticas en Afganistán, y paren de contar... Pero no vayan a creer que las capacidades de imprenta de Voenizdat se subutilizan.

Novedades de Moscú insertó en su edición del 18 de agosto de 1991 (pocas horas antes del *putsch*) una carta en la que varios diputados al Par-

lamento de la Federación Rusa manifestaban su protesta contra una reciente producción de Voenizdat:

Nos dirigimos a ustedes con motivo de la publicación del folleto *La centuria negra y la centuria roja*, escrito por V. Ostretsov y publicado por la Editorial Militar del Ministerio de Defensa de la URSS (Voenizdat, Moscú, 1991; redactor: Y. Lubchenkov). El autor del folleto canta loas a las asociaciones y partidos reaccionarios de derecha que actuaron en Rusia a comienzos del siglo XX: la Unión del Pueblo Ruso, la Asociación Rusa, etc. El autor califica estas organizaciones de «verdaderamente masivas»; afirma que surgieron de manera espontánea y que agrupaban a «las mejores fuerzas intelectuales del país».

Nos vemos obligados a señalar que la editorial del Ministerio de Defensa ha publicado en tirada masiva (un millón de ejemplares) un folleto de espíritu antisemítico que fomenta discordias interétnicas. He aquí varios ejemplos. El autor afirma que a los judíos les es inherente «una acusada falta de receptividad a los principios básicos del pueblo ruso», siendo ésta la causa de «su crueldad que se manifiesta incluso en el plano teórico». Despreciando la verdad histórica, el autor presenta los pogromos perpetrados por la centuria negra como enfrentamientos entre, por una parte, «los radicales de izquierda» y «los grupos paramilitares del Bund», y por otra, «los rusos indignados» como «una reacción del pueblo ruso en defensa de su Estado nacional». En particular, interpreta de esa manera el tristemente célebre pogromo de 1906 en Belostok...

Creemos que semejante publicación sólo puede exacerbar las tensiones interétnicas en nuestro país y acrecentar el torrente de emigrantes que sienten amenazada su seguridad. A nuestro modo de ver, el libro de V. Ostretsov causa menoscabo al prestigio del Ministerio de Defensa de la URSS. Tales publicaciones desorientan a la opinión pública soviética e internacional respecto a las tareas y el contenido de la labor política en las filas del Ejército Soviético.

Esperamos que el Ministro de Defensa de la URSS aclare las circunstancias que hicieron posible la publicación de este folleto e informe de ello a la opinión pública. Asimismo, dirigimos a la Fiscalía General de la URSS la presente interpelación para que determine si dicha publicación se atiene a las disposiciones legales vigentes.

*Oleg Basilashvili, Anatoli Beliáev,
Serguéi Kovaliov, Mijail Mólostvov,
Calina Starovóitova, Mijail Tolstói,
diputados populares de la Federación Rusa.*

Libros de memorias y documentales

En diciembre de 1991, en la lujosa sede de la Agencia Nóvosti, en Moscú, se presentó el libro de memorias de Marcus Wolf, ex jefe de los servicios secretos de la ex República Democrática Alemana, quien, durante treinta y tres años, había mantenido a sus compatriotas en un estado permanente de terror. Pocos libros recibían en la URSS semejantes

honores. El ya anciano autor, nacido en Moscú y que pasó su infancia en la céntrica calle de Arbat, tuvo que regresar a su ciudad natal (donde permaneció hasta setiembre de 1991), puesto que las autoridades de la RFA habían emitido una orden de busca y captura contra él. Para publicar las memorias de Wolf, los funcionarios soviéticos, como vemos, supieron resolver el habitual problema de la escasez de papel.

En lo que respecta a otros libros, nadie se atrevía a buscar papel para su edición. Así, las memorias de Nikita Jruschov y de Sájarov no se habían publicado en forma de libro. Nuestra prensa «abierta» tampoco se apresura a editar las obras de soviólogos tan renombrados como Zbigniew Brzezinski, Richard Pipes o Heléne Carrere D'Encausse.

Ya es mucho que se mencionen las obras de ex ciudadanos soviéticos que fueron condenados a la pena capital por alta traición: V. Krávchenko, V. Krivitski, Y. Nosenko, N. Jojlov, O. Penkovski, A. Shevchenko, O. Gordievski, S. Lévcenko, etc. Esos libros, por regla general, son muy interesantes y aleccionadores para el lector soviético.

En 1990, salió a luz la obra de un tal Nósik sobre Víctor Krávchenko, pero aún no se ha publicado el famoso *Elegí la libertad* de ese ingeniero soviético que, en 1944, pidió asilo en Estados Unidos. Krávchenko no sólo escribió un libro que alcanzó muy pronto la cifra de 4 millones de ejemplares vendidos al otro lado del Atlántico, sino que ganó un sonado proceso judicial contra el periódico comunista *Lettres françaises*, cuyos colaboradores, entre ellos Pierre Courtade, André Wurmser, Roger Garaudy, Joliot Curie y d'Astier de la Vigerie, lo habían acusado de plagio y falsificación. Stalin envió a París un «refuerzo» en forma de un grupo de «testigos», pero esos gastos no surtieron efecto. El libro de Krávchenko, en cambio, fue traducido a una veintena de idiomas. En Francia, por ejemplo, se vendieron más de 400.000 ejemplares.

En 1990 y 1991, alcanzó altas cifras de venta en todos los países occidentales el voluminoso libro documental *El KGB por dentro*, escrito por el ex coronel Oleg Gordievski en colaboración con el inglés Christopher Andrew. Casi *toda* la prensa extranjera se hizo eco de esta obra que ponía al desnudo las hazañas del KGB desde los tiempos de Brézhnev hasta los de Gorbachov y contenía, en particular, una lista de los jefes de las estaciones de espionaje soviético en el extranjero. La publicación de este libro en ruso no es para mañana.

Vechemi Tbilisi (31.1.91) comunicó que la editorial soviético-estadounidense Sprint se había negado a imprimir la versión en ruso de una investigación llevada a cabo por el periodista georgiano Irakli Gotsiridze sobre los trágicos sucesos ocurridos en Tbilisi el 9 de abril de 1989 (el contrato ya estaba firmado y las doscientas páginas del libro ya debían entrar en imprenta). El periodista, tras haber conversado con Shevardnadze, Yázov, Yákovlev y Ligachov, escribió en lengua georgiana su propia versión de aquellos sangrientos sucesos. En un principio, muchas edito-

riales de Moscú se interesaron por la posibilidad de publicar el libro en ruso, pero repentinamente todas ellas rompieron las negociaciones. La situación se complicó aún más tras la dimisión de Shevardnadze, quien había auspiciado las pesquisas del autor. Irakli Gotsiridze, empleado de los estudios cinematográficos de Tbilisi, conocido ya por su actividad periodística en el pasado, ha entrado en los anales de la historia nacional como el hombre que por primera vez en la URSS consiguió realizar su propia investigación de un grave crimen político perpetrado con conocimiento de las máximas dignatarios del país.

Tampoco se publicaron en la URSS, en ediciones de gran tirada, *Las alturas abiertas*, de Alexandr Zinóviev, ni *Isla de Crimea*, de Vasili Axiónov. Lo que se publica, resulta poco asequible para la población por el precio. A finales de 1990, en el mercado negro de la capital soviética podían encontrarse algunas obras de Avtorjánov, Alilúeva y Tópol. El primero ha ganado popularidad por sus brillantes investigaciones históricas; la hija de Stalin, por las memorias algo mediocres sobre su padre. En cuanto a la novela de E. Tópol, escrita conjuntamente con F. Neznanski, merece mención aparte. Este libro, que se titula *Un periodista para Brézhnev*, fue publicado por una editorial desconocida con una tirada de 500.000 (!) ejemplares, a quince rublos cada uno. Ese precio superaba 15 ó 25 veces a los que regían en 1991. Por lo que se refiere al contenido, es una novela brillante, sin exageraciones ni falsedades. Los autores se limitan a contar la verdad sobre la prensa y la censura en la URSS, sobre la policía y el KGB, las cárceles y los manicomios especiales para disidentes, la vida de los funcionarios del partido y la del mundo del hampa.

En febrero de 1991 se vendieron rápidamente los 500.000 mil ejemplares de *Moscú 2042* de Vladímir Voinóvich. Hace diez años, en plena época brezhneviana, el escritor decidió situar a su héroe en las imaginadas realidades del año 2042, pero quién podía saber en aquel entonces que su fantástico vaticinio iba a cumplirse con inverosímil rapidez antes del plazo previsto y que la siniestra ficción del novelista sería percibida por el lector como una crónica de actualidad.

Estadísticas editoriales y otras, referentes al libro

Según datos de *Literatúrnyaya gazeta* (9.1.91), el 86% de la población del país sólo lee prensa diaria y revistas de pasatiempo, como *Rabótnitsa* (Obrera) o *Krokodil* (El Cocodrilo). En el estudio publicado por dicho semanario se aportan datos representativos de los dos indicadores principales que se utilizan en la práctica mundial. El primero es el número de títulos que se editan anualmente en lengua de la nacionalidad mayoritaria por cada millón de habitantes autóctonos (sin este indicador es difícil

hacer análisis comparativo de la capacidad editora de países grandes y pequeños). El segundo indicador es la cantidad de libros por habitante editados en lengua nacional de la población autóctona. Si el primer indicador permite juzgar sobre el grado de diversidad cultural y de libertad de acceso a lo nuevo, el segundo testimonia hasta qué punto son asequibles las ideas y los textos que se difunden.

En los años 1966-1988, el primer indicador en Estonia arrojó 1.322 (uno de los más altos del mundo, después de los países escandinavos); en Lituania, 769,5; en Letonia, 690,9; en Rusia, 331,8 (en lengua rusa en la URSS, 454,9); en Georgia, 443,6; en Kirguizia, 201,5; en Moldavia, 181,6; en Armenia, 161; en Azerbaidzhán, 148,5; en Turkmenia, 141,5; en Tadzkhikistán, 128,7; en Uzbekistán, 113,4; en Bielorrusia, 42,7 y en Ucrania, 42,0.

Por cada ruso en la Federación Rusa se editan 12,7 libros (ejemplares) (14,4 en la URSS); 12,2 en Estonia; 8,7 en Letonia; 7,5 en Lituania; 5,4 en Georgia; 2,8 en Moldavia; 2,8 en Uzbekistán; 2,2 en Turkmenia; 2,1 en Kazajstán; 2,1 en Tadzkhikistán; 2 en Azerbaidzhán; 1,9 en Armenia; 1,9 en Ucrania; 1,7 en Kirguizia y 0,8 en Bielorrusia.

Quien sabe interpretar cifras estadísticas debe imaginarse las tensiones que ellas implican en el contexto de los procesos de asimilación y rusificación forzosa a los cuales se oponen los fuertes movimientos de emancipación nacional en el ámbito de la cultura, caracterizados, en el caso dado, por indicadores de la producción editorial.

Se comprende, por lo tanto, que la mayor oposición al régimen totalitario se registre precisamente en las repúblicas bálticas, donde el nivel cultural y económico de la población supera mucho el promedio existente en la URSS. De ahí que las cifras de la prensa periódica y de la suscripción sean en dichas repúblicas el doble que en el resto del país.

Se impone una conclusión poco alentadora: para salir del atolladero en que se encuentra la nación en este momento, vamos a necesitar tiempo, poder de aguante y esfuerzos de la nueva generación, más libre y mejor instruida que la actual.

Los occidentales suelen decir de Rusia que es el país de la modernización que no acaba de producirse, en alusión a los desesperados intentos de convertirse en un país civilizado. Los seis años de la *perestroika* y de proyectos de reformas evidencian que las ideas democráticas se asimilan difícilmente debido a la profunda erosión y pobreza del sustrato cultural. Somos una sociedad con «asignatura social pendiente» y corremos el riesgo de convertirnos (caso de producirse un retroceso de sentido derechista) en un «país de tontos».

Ciento cincuenta etnias habitaban el territorio de la URSS. Pero el número de lenguas en que se editaban libros no pasaba de 73. Sólo nueve de un total de 22 pueblos pequeños pueden leer literatura en su lengua materna. La causa de tal situación es sencilla: esas ediciones no son renta-

bles. Además, la política oficial tendía a la rusificación de la cultura. En el Kremlin, hacían todo lo posible por erradicar el ucraniano del uso oficial, de las escuelas y universidades, de la prensa y la actividad editorial. Si ésta era la política del poder central con respecto a una nación tan numerosa como la ucraniana, es fácil imaginarse cuál era su actitud hacia los pueblos pequeños.

Hay otro problema, al que ya aludimos más arriba. El noticiero del Gobierno *Pravítelsvenni véstnik* (núm. 6/91) señaló que, según datos del Instituto del Libro de Goskomizdat de la URSS, uno de cada seis habitantes del país no tiene hoy más remedio que recurrir al mercado negro. Los fondos financieros de las bibliotecas no aumentan, mientras que los precios oficiales de los libros se han triplicado o cuadruplicado en los últimos diez años. En las bibliotecas públicas ingresa sólo un 8 % de la tirada global de libros; los pedidos de libros infantiles y de obras literarias apenas se satisfacen en un 30 %, y los de libros de demanda elevada, en una proporción que oscila entre el 7 y el 10 %. De ahí que sean cada vez más los jóvenes que carecen de hábitos de lectura.

Las editoriales

Lo que no está muy claro, al menos para mí, es cuándo se percatarán por fin nuestros dirigentes de que los niños soviéticos se están convirtiendo en una generación que no sabe ni quiere leer. En Occidente la infancia cuenta, al menos, con juguetes, numerosos canales de TV, videos, etc.; los soviéticos no tienen nada. Y encima se está extinguiendo la literatura infantil.

Las autoridades eclesiásticas de Kíev abrieron la suscripción a los *Monumentos del pensamiento teosófico*, una edición de 12 tomos. Para publicar este libro de más de 6.000 páginas, la asociación internacional El Camino de la Verdad fijó un precio de 130 rublos (por adelantado). Es probable que los abonados reciban sus doce tomos, tal como prometieron los editores eclesiásticos. En 1990, la pequeña *Biblia* para niños (editada en el extranjero y perfectamente ilustrada) se revende en las calles de Moscú por ochenta y cinco rublos.

Al arzobispo Pitirim, que desde hace muchos años preside el Departamento Editorial del Patriarcado de Moscú y últimamente simultanea este cargo con el de diputado popular de la URSS, debemos darle las gracias por cuanto este libro se ha publicado en sus imprentas en el plano de la actividad pacifista de la Iglesia ortodoxa rusa, pedido por el Comité Soviético de Defensa de la Paz y las más diversas fundaciones. Lo curioso es que no le haya dado en ningún momento por editar libros religiosos destinados a las masas (no obras teológicas de carácter científico, ediciones para regalo, etc.). Las Biblias que se venden en nuestras iglesias a

precios exorbitantes han sido imprimidas —en ruso— en Bruselas, o París, o Estocolmo. Desde ahí nos las enviaron en calidad de donativo y llevan incluso una inscripción en el reverso de la portada que dice: «Prohibida la venta». ¿Debemos extrañarnos de que la máxima dirección del PCUS y el KGB hayan visto siempre con buenos ojos la actividad de monseñor Pitirim? Con razón, se ha dicho que este arzobispo más que padre espiritual de los fieles ortodoxos, ha sido fiel hijo de nuestro entrañable Partido Comunista.

Los escolares soviéticos nunca han tenido libros de lectura interesantes. Los manuales, que se editan con tiradas de millones de ejemplares, no los redactaron escritores ni científicos, sino simples funcionarios del área pedagógica. Como resultado, se publicaban libros tediosos y, a veces, vulgares, escritos en un idioma burocrático ininteligible y, encima, con ilustraciones borrosas sobre papel periódico. Tras leer esos pseudomanuales de Historia, Geografía, Literatura, Lengua Extranjera o Ciencias Naturales, los alumnos perdían todo interés por las Humanidades. Y la sociedad soviética parecía resignada con esa situación, igual que con el hacinamiento de treinta o cuarenta alumnos en cada grupo.

Entretanto continúa el interminable reequipamiento de la editorial Prosveschenie, la principal productora rusa de libros de textos. En virtud de un contrato firmado a muy alto nivel, la empresa norteamericana Interconcepts suministró ordenadores e inició el adiestramiento del personal de dicha editorial. La utilización de tecnologías modernas permite acelerar considerablemente la publicación de nuevos manuales. Pero he aquí que el Banco de Relaciones Económicas de la URSS (Vnesheko-nombank) se negó a cumplir una orden del Gosplan por la que debía transferir casi un millón de dólares a la empresa norteamericana por concepto de pago de los equipos suministrados hasta el momento. Según informó *Moskovski komsomolets* (4.6.91), Vneshekonombank torpedeó asimismo un contrato de Prosveschenie con la firma alemana Zimex, negándose a pagar los libros de textos impresos en la RFA. Los alemanes suspendieron los envíos y sólo los reanudaron después de largas negociaciones y los gritos desesperados de la indigente parte soviética, amortizando la deuda soviética a cuenta de la ayuda humanitaria.

Todavía obedecemos a las leyes del «país de las maravillas»: más que editar, vender o leer libros, los conseguimos, los escondemos o invertimos en ellos el dinero. Los libros en este país se embargan y se proscriben. Y además... se exponen en muestras especiales que son comentadas luego en los noticieros de la TV. Pero, como dice el refrán: por más que digas «turrón», no tendrás su sabor en la boca.

IMCA-press tiene fama de ser la más antigua editorial rusa en el extranjero. Se fundó en 1921, en Praga, y en 1925 se desplazó a París. En setiembre pasado, los libros de IMCA-press fueron expuestos por primera vez en la Unión Soviética. La muestra se organizó por iniciativa de la

Cámara Nacional del Libro, con la participación de la editorial Judózhestvennaya literatura, y tuvo lugar en la Biblioteca Estatal de Literatura Extranjera, en Moscú. Las autoridades permitieron traer a la URSS 40.000 títulos de IMCA-press en idioma ruso, y cuando finalizó la exposición, una parte de los libros fue puesto a la venta, y el resto se entregó a las bibliotecas públicas.

En diciembre de 1989, en el mismo local, se celebró una exposición de libros eclesiásticos en idioma ruso (250 títulos), y en febrero de 1990, la muestra de libros sobre el judaísmo (alrededor de 300 volúmenes). En esas exposiciones, los libros no se vendían, pero la dirección de la biblioteca *prometió* inaugurar allí una sala de literatura religiosa, la primera en la URSS. La prensa local acogió la noticia con euforia. Según reconocía el vespertino *Izvestia*, en su edición del 2 de abril de 1990, «la mayoría de las obras de Voinóvich, Zinóviev, Kliuchevski, Kópelev, Berdiáev y decenas de otros autores 'indeseables' todavía se guardan en archivos inaccesibles para el amplio público lector». En cuanto a las editoriales extranjeras que publicaban dichos títulos en ruso, el jefe del KGB, V. Kriuchkov, las había acusado públicamente de ser «centros de propaganda enemiga e imperialista que socavan las bases del socialismo».

¡Qué inteligentes eran esos altos cargos que se erigían en defensa de la ideología comunista! Se las ingeniaban, mediante trucos sencillísimos, para mostrar a algunos autores en programas televisivos, saturaban el mercado con las polémicas novelas históricas de Valentín Píkul y las obras geniales de Mijaíl Bulgákov, y dejaban que se vendieran en el mercado negro las de Alexandr Solzhenitsin y *toda* clase de escritos pornográficos. La prensa nacional recogía entrevistas —extensas, pero muy prudentes— con los directores de periódicos abiertamente antisoviéticos, como el parisiense *Rússkaya misl* (*Literatúrnyaya gazeta*, 18.7.90) o la revista germanooccidental *Grani* (los ejemplares de esta revista que la editorial Posev, de Frankfurt am Main, enviaba a centenares de abonados soviéticos, solían demorarse meses enteros en la aduana), o incluso como la revista mensual de la Administración norteamericana *Problemas del comunismo* (*Ogoniok*, 52/90).

En 1990, en la URSS se publicó una antología de los discursos oficiales de Ronald Reagan y, luego, la autobiografía de George Bush (la vista portada de este último libro apareció por un instante en la pequeña pantalla pero ni siquiera llegó al mercado negro). *Pravda* e *Izvestia* publicaban con bastante frecuencia los brindis que algunos estadistas extranjeros pronunciaban en las recepciones oficiales durante su permanencia en Moscú.

Quienes conciben la *perestroika* como una reestructuración del régimen socialista apuntaron enseguida en el haber de éste el apoyo del académico Andréi Sájarov a las reformas de Gorbachov y la autorización que dio Alexandr Solzhenitsin para que los principales periódicos soviéticos

publicasen su artículo ¿*Cómo remodelar a Rusia?* ¿Cómo iban a desaprovechar esas oportunidades de ganar puntos ante la opinión internacional y, también, ante los intelectuales domésticos?

Conviene dejar a la gente que hable, que hable incluso hasta hartarse del tema. Mandelshtam, Gumiliov, Ajmátova y, de nuevo, Gumiliov, Ajmátova, Mandelshtam, Tsvetáeva, Pasternak. Hace unos treinta o cincuenta años, a pesar de la represión masiva contra los medios intelectuales, en la URSS había más gente capaz de asimilar el discurso de sus grandes compatriotas. Y también, más gente que estaba dispuesta a hacerlo. En la actualidad, hay menos personas instruidas que antes. Y es menor la atracción que se siente por la palabra de Dios o, simplemente, por la verdad. Muchos celebran el comienzo del *deshielo* de turno. ¿Para qué pedir más?

El disidente soviético, Félix Svétov, quien hace cuatro años, en 1987, aún se encontraba preso en el GULAG, ofrece ideas bastante interesantes a este respecto en un artículo publicado por *Literatúrnyaya gazeta* (23.5.90), del que se hicieron eco los principales periódicos del mundo. Era la primera vez que la prensa oficial de Moscú otorgaba la palabra a Svétov. Según el articulista, los primeros rayos del sol alumbran pero no dan calor, la libertad aún no ha llegado, y miles de disidentes, ya indultados, todavía no han sido rehabilitados, es decir, siguen siendo criminales para el régimen. El Estado, afirma Svétov, apoya no tanto a la Iglesia, como a la obediente jerarquía eslesiástica. El autor se mostraba descontento con la *perestroika*, pues ésta carecía de decisión para abrir paso hacia una libertad auténtica. He aquí un fragmento de ese artículo:

Echemos una mirada a la literatura, el «éxito» más obvio de la *perestroika*. ¿Cómo es la literatura de hoy? La publicación de las obras antes prohibidas es, por supuesto, un hecho plausible, pero dichas obras fueron escritas precisamente para ser leídas en la URSS y no debemos olvidar que en Occidente las conocían desde hace tiempo, que las tradujeron en reiteradas ocasiones y que ya tienen un destino propio. La aparición de estos libros veinte, treinta o incluso setenta años después de que fueron escritos hace su vida actual bastante complicada, a veces ilógica. Es poco probable que encuadren en el proceso literario de la época actual, que no se mantengan al margen y, por lo tanto, las declaraciones retóricas sobre la unidad de la cultura rusa (la del exilio y la interna) parecen absurdas. ¿Qué unidad puede existir entre Platónov y Trífonov, Koltsov y Mandelshtam, Ajmátova y Siniavski, Voinóvich y Zamiatin, Pasternak y Ribakov?... Ai meter esos libros incompatibles en una «trituradora», y al editar el producto triturado en tiradas enormes, la política de la *glásnost* transforma el proceso literario en algo inimaginable: ¿acaso era posible publicar el *Réquiem* de Arma Ajmátova junto con las nuevas obras difamatorias de N. Yákovlev? Y es que la revista *Oktiabr* recogió ambas cosas en un solo número. El vergonzoso intento de incorporar a la literatura soviética las obras maestras de la cultura rusa del siglo XX, junto con los trágicos destinos de sus autores, y la forzosa integración de tales libros en la cultura oficial demuestran lo monstruoso y los antinatural que es el proceso

literario de hoy. Esta cultura que ayer era perseguida, se lanza ahora al mercado de la *perestroika* y se transforma paradójicamente en una «mercancía rebajada», en un objeto de museo que no tiene influencia en la gente.

En ese contexto, el fenómeno Solzhenitsin sigue siendo el más interesante. Claro que se intenta meter los libros de este autor en la misma « trituradora », a fin de que *El Archipiélago GULAG* parezca una especie de « narración histórica » sobre los acontecimientos de la época remota, y la propia publicación del libro, una prueba de la nueva mentalidad. En tal caso, nadie va a reparar en la subsistencia de los campos de concentración, instituciones psiquiátricas especiales, presos de conciencia, órganos de seguridad, etc. Sin embargo, *El Archipiélago...* es de los libros que no pueden ser lanzados al mercado con la esperanza de obtener algo a cambio. Este libro es nuestro destino común y una sentencia al régimen.

En una carta que Thomas Mann envió, después de la guerra, de California a Alemania, como respuesta a un corresponsal o colega que lo invitaba a tomar parte en la *perestroika* alemana de aquel entonces, el escritor se confesó incapaz de comprender cómo los mejores músicos habían podido interpretar, en las salas berlinesas, las obras de Wagner y cómo los melómanos habían podido escucharlas. Los libros que se publicaron en la URSS en los últimos decenios, sin importar la fecha exacta, tienen algo en común: o son completamente mentirosos, o contienen alusiones supuestamente graciosas, o callan lo que un escritor ruso no tiene derecho de callar. Y soy incapaz de diferenciarlos.

Hace apenas algunos años, el *samizdat* (literatura de confección casera, casi siempre de orientación disidente, que surgió en los años 60 con la publicación clandestina de algunas novelas de Solzhenitsin) aún seguía imprimiendo las obras de Ajmátova, Bulgákov, Platónov, Voloshin, Shalámov y Mandelshtam. No podía competir con las enormes tiradas de los libros de Trífonov o Aitmátov, que eran traducidos a otros idiomas y causaban admiración del lector occidental. El *samizdat* resultaba absurdo y sus honorarios se calculaban en plazos de condena: de tres a diez años de trabajos forzados. Y en la actualidad, a los soldados del *samizdat* se les acusa de haber trabajado por pura ambición o por motivos sensacionalistas. A mi juicio, lo dicen aquellas personas que ignoran lo que es la cárcel.

La auténtica literatura es ajena a *toda* politiquería. Lo muerto no se combina con lo vivo. Y también podemos expresar esta idea en términos menos suaves: la noche después de la batalla pertenece a los merodeadores.

El artículo de Félix Svétov apela a la conciencia de la gente. La ética debe recuperar su posición prioritaria en la política, así como en las demás actividades humanas. Nuestro despertar tras el letargo de la conciencia sabe a pesadilla.

El bastión del GULAG en la Unión de Escritores de la URSS

El lector se habrá dado cuenta de que el análisis de la actualidad soviética, que ofrece el presente trabajo, es bastante convencional.

Cuanto se editó, entre 1988 y 1991, en los idiomas estonio, letón, lituano, moldavo, georgiano y armenio tenía un carácter abiertamente antisoviético y anticomunista, a diferencia de las publicaciones que aparecieron en el mismo lapso en otras regiones de la URSS. Lo mismo podría decirse de las publicaciones en ruso que aparecieron, durante ese mismo período, en las repúblicas bálticas, transcaucásicas y en Moldavia.

¿Cuál era la situación en Moscú, donde se concentran la mayoría de las editoriales rusas? En la Unión de Escritores de la URSS, según reveló el semanario *Literatúrnyaya gazeta* (26.12.90), nada se hacía para que se publicaran las obras de los escritores perseguidos, aquellas obras que todavía se desconocen en la URSS y en Occidente. Conste que se trata de centenares de personas, entre ellos, gente de incuestionable talento. La recuperación de este patrimonio literario se había iniciado con éxito en todas las repúblicas federadas, pero no en Moscú. Según algunos funcionarios, la demora se debía a las dificultades con el abastecimiento de papel.

La revista *Stolitsa* (enero, núm. 1/91) habló más claro: *El Departamento de Literatura, el último bastión del GULAG*. Así se titula un artículo del poeta y dramaturgo Vladímir Lázarev sobre las costumbres y usos de la Unión de Escritores (UE), la mayoría de cuyos dirigentes tienen que ver con las bellas letras tanto como los funcionarios de la Quinta Dirección General del KGB de la URSS o los del Departamento de Agitación y Propaganda del Comité Central del PCUS. Unos y otros actuaban juntos, mantenían en alto la vigilancia, luchaban contra la disidencia, mandaban a las cárceles y hospitales psiquiátricos a los insumisos y cebaban a los obedientes a cuenta de la Fundación Literaria (Litfond). A finales de agosto de 1991, se logró destronar a los representantes de la alianza PCUS-KGB en la Unión de Escritores de la URSS. Con tanto mayor interés leemos hoy el testimonio de Vladímir Lázarev, que fue publicado a comienzos de 1991:

Desde hace mucho soñaba con poder hablar en la prensa de la «biblioteca secreta» de la Casa Central del Literato. No se trata de una tienda especial ni de un depósito de piezas bibliográficas raras al que sólo tengan acceso nuestros clásicos en vida. Me enteré de su existencia casualmente. En cierta ocasión, cuando por enésima vez hice unas declaraciones «incorrectas» y por enésima vez se formó una comisión, uno de sus miembros, en un arrebato de franqueza, me dijo que, al objeto de que pudieran «apreciar debidamente la conducta de Lázarev», les habían traído —no sabía muy bien de dónde— unas carpetas voluminosas en las que estaban cosidas las actas taquigráficas de todas mis intervenciones, así como todas mis cartas privadas y abiertas. Alguien había subrayado diferentes pasajes de esos textos.

Me resultó bastante fácil averiguar que en la Casa del Literato existía una inmensa «biblioteca» con un sinnúmero de tomos en que se consignaban escrupulosamente las

incidencias de la vida literaria, social e incluso privada de todos los que habían tratado – de una u otra manera– de defender la verdad y la justicia. Era una forma de control «camaraderil», además de los sumarios en los organismos de justicia y los expedientes en el KGB. ¿Dónde se encuentra todo eso ahora? ¿Sigue en el mismo sitio de antes? ¿O lo han trasladado a otro lugar? Convendría conservar estos valiosos documentos; por ejemplo, en el Archivo Estatal Central de Literatura y Arte. Porque si nadie lo controla, podrían desaparecer muchas páginas...

El lector adivina, sin duda, que también los escritores tienen jefes. Quizá piense que esos cargos dirigentes son desempeñados por los mejores entre los mejores. No todos se dan cuenta de que el dirigir una asociación de intelectuales como la Unión de Escritores es un asunto muy delicado: en la Junta Directiva figuran personas conocidísimas, otras que lo son menos y otras más, que no lo son del todo. Son precisamente estas últimas las que tienen la sartén por el mango. Estos «secretarios-obreros» (que hacen el trabajo, bien pagado, de dirección) son o bien escritores fracasados, o bien plumíferos habilidosos, o bien –y son los más poderosos– funcionarios que nada tienen que ver con la literatura. Ellos fueron los promotores y comandantes en jefe de todos los *procesos de monos, cazas de brujas* e infernales campañas de mentalización que se llevaron a cabo en diferentes épocas. Y siguen tan campantes, como si no hubiera pasado nada. A la chita callando, pasan a ocupar posiciones claves en despachos vecinos de los que ocupaban antes. Como decía Stalin, «son los únicos, no tengo otros»... Como dicen ellos mismos con ironía, asimilan los elementos del nuevo pensamiento... Antes se distribuían los feudos desde la sede del Comité Central del PCUS... Ahora, desde otras sedes no menos poderosas.

Los «secretarios de organización» son los *padrinos*, los jefes de esa extraña institución denominada Unión de Escritores. En sus manos se concentran los nudos de todas las intrigas y los hilos de la distribución de bienes materiales. Este proceso requiere un gran «trabajo individual» cotidiano, mucha habilidad y destreza. Los secretarios trabajan duro. Van de gira con «escritores de confianza», se reúnen con ellos en partidas de caza y de pesca, los ayudan a resolver «problemas de orden material» y poco a poco se integran en esos ambientes. Beben juntos, cantan a coro (V. Kobenko, el secretario de organización de Moscú «estudió para cantante»)... Al cabo de unos meses los integran en comisiones literarias, y dos o tres años más tarde ya los tienen por escritores. Son ellos quienes suscriben convenios de colaboración con extranjeros, elaboran *toda* clase de «códigos» para los literatos profesionales (perfeccionan su «estilo» discutiendo y peleando entre sí por una u otra variante de redacción)... Son los primeros en ser condecorados. Yuri Vérchenko, secretario de organización de la UE de la URSS, tiene todo el pecho cubierto de medallas que le han sido otorgadas por sus «méritos ante la literatura soviética». ¿Qué méritos? Entre los que yo recuerdo figuran el de haber organizado la vergonzosa campaña contra Lidia Chukóvskaya y los intentos de «desahuciar» el museo Chukovski de la casa de Paredelkino donde vivió este escritor, para repararla y convertirla en la lujosa mansión de un nuevo dirigente de la UE. También se intentó llevar a cabo una operación similar en relación con la casa de Pasternak. Por lo demás, el camarada Vérchenko y sus acólitos se ensañaban no sólo con los museos, sino también con muchos escritores vivos. No tienen perdón, pero...

Pero, sin pasar siquiera un mal rato, Vérchenko asumió tranquilamente (o fue designado) el cargo... de secretario responsable del Comité para los Premios Lenin y de Estado de la URSS. Por si fuera poco, mientras se pasaba de un despacho a otro, fue distinguido con una orden más, esta vez la de la Amistad de los Pueblos. ¿Por qué méritos? Por su digna aportación a la causa internacionalista en la guerra de Afganistán. También fue condecorada con esa misma orden L. Schipájina, celosa intérprete —en versos y en prosa— de la opinión oficial. Durante sus viajes relámpago a Afganistán, Vérchenko y Schipájina arengaban a los jóvenes soldados para que siguieran arriesgando sus vidas en esa guerra sucia. Y se marchaban con las maletas llenas de «suvenires» orientales. No sé si sienten algún remordimiento...

El clan de los secretarios de organización (y sus esbirros) es la primera barrera que se interpone al desarrollo de reformas progresistas en la Unión de Escritores. Pero hay otras. La UE, que en principio debería dar el ejemplo promoviendo transformaciones radicales en su propio seno, conserva sus rasgos más detestables y, en cuanto organización, se ha convertido de hecho en uno de los principales bastiones de las fuerzas opuestas a las nuevas corrientes.

La máquina totalitaria no logró triturar y reducir a polvo el tipo del escritor amante de la verdad, en cambio obtuvo, mediante una labor de selección meticulosa y prolongada, el tipo único en su género del escritor-jefe. Y es de notar que si en los años 30 ó 50 se necesitaba burocratizar a un escritor de talento para adaptarlo a la condición de capitán de escritores (como en el caso de Fadéev), en los años del inmovilismo se generalizó otro fenómeno: burócratas natos se convertían poco a poco en escritores. Vérchenko en este sentido se quedó corto: lo más que podía publicar era un volumen de discursos selectos. Pero fíjense en la carrera de su bienquerido jefe Gueorgui Márkov o en la del último primer secretario de la UE, Vladímir Kárpov. ¿Cuántas medallas y laureles se ganaron! ¿A cuántas lenguas han sido traducidas las obras de estos típicos especímenes mitad escritores, mitad secretarios de organización. Markóv, antes de que lo mandaran en ayuda de Fedin, trabajaba en el Komsomol; pero poco a poco «se salió de su cauce» e inundó nuestras librerías con novelones torrenciales sobre la unidad del partido y el pueblo. Kárpov prestaba servicio como funcionario de la literatura en Uzbekistán, en el feudo de Rashí-dov, el cual sea dicho de paso también era miembro de la Unión de Escritores y un gran amante de *toda* clase de festivales y décadas culturales.

Sin detenerme a analizar la obra literaria de Kárpov, me limitaré a señalar que, obviamente, no reunía las cualidades intelectuales de líder de una asociación de escritores. Esto no le impide simultanear el cargo de primer secretario de la UE con el de presidente del Consejo de Fundadores de la Agencia Soviética de Derechos de Autor. Hasta hace poco, las obras de Márkov, Kárpov y otros escritores-jefes, supuestamente muy apreciados en nuestro país, se difundían y se editaban en decenas de países. Para mí sigue siendo un misterio cómo lograban nuestros funcionarios que se editaran esos libros en el extranjero. ¿Tenían con qué y sobre quién presionar, o es que en ello intervenían ventajas recíprocas? Porque ¿quién podía interesarse en Inglaterra o en Japón por una novela sobre un secretario de comité regional del PCUS, que nadie leía en nuestro país? Sin embargo, el dinero fluía en grandes cantidades y pienso que nuestros «escritores-presidentes» todavía cuentan con apreciables ingresos en divisas.

El sistema de autofecundación de nuestros generales de la literatura está compuesto por múltiples mecanismos de transmisión, desde la distribuidora Mezhdunaródnaya Kniga hasta la Dirección Política del Ejército. Gracias al perfecto funcionamiento de todas esas correas y engranajes, pueden verse da-chas de los dirigentes de la UE por todo el país, desde el Báltico hasta el litoral del Mar Negro, y sus libros amontonados en las más diversas latitudes, desde las tiendas de libros soviéticos de Etiopía o Mongolia hasta las bibliotecas de unidades militares emplazadas en el círculo polar.

En las actuales querellas con las editoriales que se han sacudido el yugo de la UE, los «escritores-presidentes» invocan los intereses de sus colegas ancianos o jóvenes. Pero tengo el convencimiento de que se preocupan únicamente de sí mismos. Se ha dado la señal para la contraofensiva, y no quieren desaprovechar esta oportunidad de dar una buena lección a los directores rebeldes y de paso disculparse a sí mismos ante los «tutores» por los graves descuidos en el trabajo de organización.

En relación con lo anterior, me acude a la mente otro recuerdo. Hasta hace poco, los pasillos del local donde se hallaba instalada la Junta Directiva de la UE de la URSS estaban adornados con retratos de los abanderados del ejército de «ingenieros de las almas humanas»: Shólojov... Símonov... Shaguinián... y de repente, Márkov... luego, Vérchenko... y algo más allá, de repente, el general del KGB, Tsvigún, que a la sazón ocupaba el cargo de primer adjunto de Andrópov. Con ayuda de sus celosos servidores del aparato de la UE, el general se convirtió de la noche a la mañana en novelista y guionista. Es más, ¡se le adjudicó el Premio de Estado de Literatura y Arte de la Federación Rusa! Y su esposa fue admitida a *toda* prisa en la Unión de Escritores, en la sección de literatura para la infancia. ¿Y cómo negarle el ingreso a una mujer de tanto talento? Si Brodski tiene o no talento, eso está por ver... pero en el caso de la generala, ¿quién iba a dudar de ello? Al ver el retrato de Tsvigún, algunos le encontraban un aire con Vérchenko y preguntaban ingenuamente si no eran primos. El parecido tenía una explicación bien sencilla...

El admitir en las «primeras filas» de la UE a altos representantes de las instituciones amigas es una vieja tradición. A los jefes de los Ministerios de Defensa, de Asuntos Exteriores y de Sanidad, de la Academia de Ciencias, del KGB y el Ministerio del Interior, del destacamento de cosmonautas y, como no, del aparato del CC del PCUS, se les concedía el ingreso enseguida y casi por unanimidad. Yo no descarto la posibilidad de que el joven Bobkov tenga verdaderas dotes de poeta, pero está claro que no son las virtudes de lira las que le han permitido editar en tan corto espacio de tiempo varios libros, a cual más voluminoso, ganarse el Premio de Estado y ser elegido secretario de Relaciones Internacionales de la UE de Rusia... Mientras el hijo del actual vicepresidente del KGB realizaba su vertiginosa ascensión, muchos otros autores de su edad envejecían a la espera de ser admitidos en la Unión de Escritores...

Es mucho lo que depende de las cualidades morales (o amoralidad absoluta) de los secretarios y presidentes, pero no todo. La propia presencia de esos burócratas, sus costumbres e impunidad emponzoñan la atmósfera de la organización.

¿Quizá no tenga sentido romper lanzas y más valga esperar que ese vetusto molino de viento se derrumbe por sí solo? No se derrumbará. Porque sus dueños todavía cuentan con muchos recursos para apuntalarlo y remozarlo por fuera.

Así, el ex dirigente de la organización de escritores de Moscú, Al. Mijáilov, llevó a cabo una reorganización: en lugar de la antigua secretaría de la Junta Directiva se instituyó un Consejo (quizá por analogía con el Consejo Presidencial de la URSS), y en lugar de la comisión para la admisión de nuevos miembros, un colegio.

Yo quiero preguntar: ¿quién ideó, elaboró y adoptó estas decisiones? Nadie consultó conmigo ni con ninguno de mis compañeros. Y el problema en este caso no estriba en que lo mismo da «colegio» que «comisión». Lo peor es que –por enésima vez– se trata de presentar como transformaciones revolucionarias un simple cambio de maquillaje en el rostro del *padrino* de nuestro *Litlag*, una de las últimas subdivisiones todavía en activo del GULAG estaliniano. Es un rostro que presenta claros signos de degeneración, y no hay maquillaje que pueda conferirle rasgos de inteligencia, benevolencia ni sinceridad. Surge entonces la pregunta: ¿es que se puede considerar como líderes a esa gente? Los profesionales del teatro, los cineastas, los arquitectos y los compositores se hicieron esta misma pregunta y supieron contestarla. Los únicos que se resisten son los escritores. ¿Será por la fuerza de la costumbre o por causa de impotencia?

Conviene restituir a la Fundación Literaria su función y prestigio iniciales. Todos sabemos que literatos y no literatos ingresan hoy en la UE para tener derecho a la pensión de vejez, a subsidios de enfermedad, plazas en sanatorios, etcétera... debemos deshacernos de los «secretarios-obreros» y, en primer término, de los de organización. De todos: de los malos y los buenos, los inteligentes y los tontos, los que escriben y los analfabetos. Vengan de donde vengan, del KGB o de la sección de poesía, no hacen falta. ¡Ya estamos hasta la coronilla!

Y para terminar con esas estructuras absurdas, debemos comprender que la Unión de Escritores es una unión, esto es, una asociación de profesionales que sólo líderes indiscutibles tienen derecho a encabezar. Hombres que merezcan la condición de líderes por su talento, y no porque alguien los haya designado para ese «cargo».

Hoy por hoy se siguen barajando los viejos naipes de mayor...

En julio de 1990, el semanario *Knízhnoe obozrenie* dio a conocer la lista de cien títulos elegidos por los lectores soviéticos como los mejores libros del año anterior. La tardanza en publicar los resultados del certamen era debido a la resistencia por parte de la dirección de la Asociación Nacional del Libro, la cual no se atrevió a otorgar el Premio del Público a *El Archipiélago GULAG*, de Alexandr Solzhenitsin.

La lista de los mejores libros de 1989 la inauguraba *Poesía y prosa*, de Vladímir Visotski, y en el segundo lugar estaban las memorias de su viuda, Marina Vladi, *Vladímir, o el Vuelo interrumpido*. Lamentablemente, ambos libros fueron publicados en una versión muy abreviada. La popularidad de Visotski en la URSS es enorme. Sus canciones fustigan a la mentira y la hipocresía, ponen en ridículo a los poderosos de este mundo y llaman a todas las cosas por su nombre. Estas canciones se han convertido en una especie de himnos en los medios juveniles, y son entonadas con el mismo entusiasmo por los obreros y los intelectuales. Los funerales

que más gente reunieron en Moscú, después de los de Stalin, fueron los de Vladímir Visotski, en 1980, y los de Andréi Sájarov, en 1989. Tanto el uno como el otro fueron perseguidos por el régimen, y sus obras no llegaron a publicarse en vida de los autores.

De los escritores rusos que aún viven sólo Solzhenitsin (*El Archipiélago GULAG*) entró en la primera decena de los mejores libros de 1989. Ocupó el quinto lugar. En el tercero está el libro de Stilmark, *El heredero de Calcuta*, seguido por *El Conde de Monte Cristo*, de Alejandro Dumas, *El espíritu del mal* y *El favorito*, de Valentín Píkul, *Jane Eyre*, de Charlotte Brónte, *La vida y el destino*, de Vasili Grossman, y *El doctor Zhivago*, de Borís Pasternak.

El recién fallecido Valentín Píkul tiene récord de libros que figuran en la lista: seis títulos (en el 6, 7, 17, 38, 56 y 98 lugares). Le sigue Alejandro Dumas, con cinco libros (4, 15, 24, 75 y 87 lugares). El éxito de ventas del año anterior —*Los hijos de la calle Arbat*, de Anatoli Ribakov— está ahora en el decimotercer lugar.

En la lista, no hay un solo autor de América Latina, Asia o África. Ni siquiera el colombiano Gabriel García Márquez, cuyos libros son muy populares en la URSS, ha entrado en ese *ranking*. Tampoco están allí las obras de Franz Kafka, que se venden en el mercado negro a precios escandalosos. Probablemente, el amplio público lector se queda indiferente ante las vanguardias literarias. Y es una lástima que no se hayan publicado las obras de otro escritor y filósofo, Merab Mamardashvili, quien falleció a fines del pasado año. Este hombre, perseguido por el régimen, «resultaba para muchos muy inconveniente en vida, sobre todo, en los años del libertinaje ético», según dijo Alexandr Yákovlev, consejero del Presidente de la URSS.

El lector soviético jamás tuvo libertad de opción y se vio obligado a leer cuanto hubiese sido aprobado por los altos funcionarios del PCUS o del Gobierno. El campo para elegir sigue siendo limitado. Faltan buenos escritores. ¿Cómo no van a faltar, si los mejores han abandonado la URSS, en su mayoría, forzados por el régimen? Así, los soviéticos desconocen los libros de Alexandr Zinóviev, exprofesor de la Universidad de Moscú, quien vive ahora en Alemania. Hasta la fecha, sólo se ha publicado una entrevista que este escritor, comparable con Saltikov-Schedrín y Zóschenko, concedió al diario *Pravda*. Si en la URSS se editan *Las alturas abiertas*, de Alexandr Zinóviev (y no en una de las revistas literarias, sino en un libro de gran tirada), éste se convertiría seguramente en un éxito de venta y podría reportar a la editorial ganancias cuantiosas.

La mejor parte de la literatura rusa del siglo XX fue editada en el extranjero y aún se desconoce en la Unión Soviética. Lo mismo podría decirse de los tratados sobre historia, filosofía, letras, economía, estudios sociales, arte, etc. Si las autoridades soviéticas manifestaran un

mínimo interés por ello, los editores occidentales, con la ayuda de organizaciones sociales o gubernamentales, podrían hacer el libro, que es el pan de *toda* cultura, accesible para las amplias masas populares. Los gastos serían insignificantes. Conste que aquí no hace falta traducir nada. En cuanto a los lectores, pagarían precios altos para conocer las obras de escritores auténticos, no de los funcionarios de la *nomenklatura* cultural.

Estos últimos siempre se ayudaron entre sí para publicar los libros que habían escrito. ¿Que cómo lo hacían? Supongamos que yo soy director de una editorial (cuyo número en Georgia no llega a diez). ¿Qué hacía? Primero publicaba la novela que había escrito en una revista literaria georgiana; luego, en una de las revistas centrales rusas; después, como libro en mi propia editorial —en georgiano—, en una de las editoriales de Moscú —en idioma ruso— y en las de todas las repúblicas federadas y de los hermanos «países socialistas» (ahora, ya con el prefijo «ex»). A cambio, tenía que publicar enseguida, en mi propia editorial, las obras de todos mis colegas de las dos revistas mencionadas, así como de otros más, de aquella veintena de editoriales. El resultado de estas prácticas era un mar de libros mediocres, la inquebrantable «amistad entre los pueblos» y, por supuesto, el monto de los honorarios por la reedición de mi libro, suma que habría provocado la envidia de Alejandro Dumas.

Nuestras editoriales soviéticas han mostrado siempre predilección por los clásicos extranjeros del siglo XIX. ¡Claro está! No había que pagarles nada y, además, se tenían todas las garantías de que tales escritores, que en paz descansan, no se sumarían en ningún momento a sus colegas de hoy día, para cantar las cuatro verdades sobre la democracia al estilo del Kremlin.

Por supuesto, sólo los autores comunistas y una veintena de «amigos fieles de la Unión Soviética» podían aspirar a un trato preferencial por parte de los organismos gubernamentales y, sobre todo, del Departamento Ideológico del CC del PCUS (cada *inspector* del cual controlaba «su» respectiva institución: la TV Central, el Comité Estatal para la Obra Editora, alguna publicación periódica). Con los demás autores extranjeros, es decir, con los no comunistas, el asunto era sencillo: apenas se planteaba la posibilidad de editar sus obras en la URSS, los directores de las editoriales recordaban la cara agría de sus superiores, se ponían tristes y empezaban a quejarse de la falta de divisas para pagar los honorarios.

Pienso que, para ayudar a los países de Europa del Este, los autores extranjeros podrían renunciar provisionalmente a los honorarios en divisas que les correspondan por la publicación de sus libros al otro lado del antiguo *telón de acero*. Estoy seguro de que en este caso nuestras editoriales empezarían a publicar un gran número de manuales de estudio

y obras de literatura occidentales. Para ello se requiere la buena voluntad de Occidente, máxime que las sumas en cuestión no son muy importantes.

Hay que tener en cuenta otra circunstancia. Hasta hace poco, las mejores 114 editoriales y 81 imprentas soviéticas, con un total de 80.000 trabajadores, pertenecían oficialmente al Comité Central del PCUS. Este imperio expoliaba a quienes recurrían a sus servicios de edición e impresión, todas las ganancias se transferían al CC del PCUS. Durante largos años la llamada «prensa del partido» se lucró gracias al monopolio de que gozaba para editar libros que no suponían el pago de honorarios a los autores (obras de Thomas Mayne Reid o Charles Dickens, por ejemplo).

No sé si es una casualidad o no, pero buena parte de las regiones soviéticas carecían de imprentas propias. De hecho, todas las imprentas se concentran en la capital o en las afueras de Moscú (Chéjov, Mózhaïsk, Smolensk, Tver). Bielorrusia y Moldavia tienen sólo una editorial importante; y Ucrania, un poco más. Las demás repúblicas y regiones de la URSS sólo cuentan con tipografías pequeñas, que estaban orientadas principalmente a la publicación de manuales o libros de pequeña tirada. En el caso de la Unión Soviética, «pequeña tirada» significaba que se editaban menos de 100.000 ejemplares del libro. Las autoridades centrales decidieron instalar en las repúblicas federadas, y en inmensos espacios de Rusia, sólo unos cuantos combinados de artes gráficas que recibían desde Moscú, por canales electrónicos, galeradas de periódicos y revistas.

De modo que en la capital, dos semanas son suficientes para imprimir un libro voluminoso en 200.000 ejemplares, e incluso para enviar esta tkada a la red comercial, mientras que en Tbilisi el proceso de publicación y del cosido puede prolongarse por varios meses. En general, los libros en la URSS tardan años en publicarse, a menos que se haya decidido hacer una edición «relámpago» que se publica en contados días. Este último procedimiento sólo se aplicaba a los libros que contienen discursos de nuestros dirigentes comunistas, y a una que otra publicación política de carácter coyuntural o conmemorativo.

Por lo común, el proceso de la edición de libros hace recordar el teatro del absurdo, y resulta absolutamente incomprensible para los extranjeros. Carece pura y simplemente de lógica. Todo autor debía llevar a la editorial el plan de su libro, una descripción detallada del contenido, una breve anotación y hasta un capítulo de prueba. En el caso de que los poderosos de la editorial en cuestión se mostraran benevolentes para con el autor, la solicitud de éste empezaba un largo recorrido por los gabinetes de muchos funcionarios, tanto en la editorial mencionada como en el Comité Estatal para la Obra Editora (Goskomizdat). Aunque eso sucediera en una de las repúblicas federadas, la solicitud se enviaba al Goskomizdat, para obtener

la autorización necesaria. Sólo después de cumplidos todos los trámites, la editorial podía incluir una anotación sobre el libro en los planes temáticos para el año siguiente, los cuales se publicaban en primavera. Luego, estos planes temáticos se distribuían a través de la red comercial, para estudiar la eventual demanda de los libros incluidos en la lista.

Por lo demás, hasta agosto de 1991, cualquier director de librería sabía que tendría que hacer pedidos de literatura de propaganda, publicada por la Editorial Política (Politizdat), del CC del PCUS, a pesar de que nadie iba a comprar esas publicaciones (incluso en las pequeñas tiendas de la zona rural, donde los libros suelen venderse en el mismo local que los artículos de consumo, había un estante especial con las obras de Lenin). El director de una librería georgiana podía pedir 10.000 ó 25.000 ejemplares del libro de Visotski, o del de su esposa, Marina Vladi, pero sabía que ese pedido jamás sería atendido: la tirada total de libros de este tipo no solía exceder los 50.000 ejemplares, de los cuales le mandarían unos doscientos, destinados a la élite y los revendedores locales. Las obras de los «clásicos vivos» de la literatura soviética, es decir, de los generales-dirigentes de la Unión de Escritores de la URSS, sólo podían venderse en Georgia como «suplemento inseparable» de otro libro, por ejemplo, algún recetario de cocina. Generalmente, la «obra clásica» permanecía durante meses en la estantería, acumulando polvo, mientras que el libro gastronómico, guardado en los depósitos de la tienda, se ofrecía a los clientes en voz baja y a un precio que triplicaba el nominal. Un buen gerente sabía que la mayoría de los libros, incluidos en la lista de las editoriales, nadie los iba a leer; que las encuademaciones eran pésimas y se deshacía nada más abrir el libro; por último, que no se puede apostar por los *best-sellers*, a menos que se tratase de las novelas de Agatha Christie o cosas por el estilo.

La demanda real no influía de ningún modo en la política de las editoriales soviéticas. Claro que se tomaba en cuenta la opinión de los lectores, pero las decisiones definitivas, como diría cualquier experto occidental, eran en todo caso «muy originales». Volvamos a nuestro desafortunado autor. ¡Cuánto se alegraba en primavera, cuando su obra fue incluida en el vistoso folleto de los planes temáticos de la editorial! Para el otoño, se habían recogido los pedidos del libro, se había determinado la tirada y el manuscrito ya figuraba en los planes de edición para el próximo año (quizás, para enero)... Pero todavía habían de estudiar el libro primero el redactor, y luego, el jefe de la Redacción, el director de la editorial, el censor, y un par de críticos que después escribirán las reseñas. Cada uno de esos «lectores» intentaba llamar la atención de los demás hacia las eventuales desviaciones respecto a la línea ideológica del partido, trataba de detectar y analizar cualquier alusión a la triste realidad del *socialismo real*, etc. Todos introducían en el original enmiendas que les parecían convenientes, sin tener en cuenta la opinión del pobre autor. Lue-

go, comenzaba el trabajo de composición que solía prolongarse varios meses. En la mayoría de los casos, entre la fecha en que la editorial recibía por primera vez el original y la fecha en que salía a la luz el ejemplar de prueba mediaban dos o tres años.

Ciertamente, la *perestroika* ha introducido ciertas modificaciones en estas prácticas muy arraigadas. En agosto de 1990, se eliminó la censura y las editoriales pudieron confeccionar los planes de publicaciones por cuenta propia, sin coordinarlos con las instituciones superiores. Pero surgieron otros problemas. Antes, no había dificultades con la comercialización del producto: algunos libros se vendían en cuestión de días; y otros, no demandados, permanecían durante años en los estantes de las librerías, y luego se mandaban tranquilamente a los depósitos de papel usado.

En 1991, el poder central estaba más interesado que nunca en reforzar el monopolio de la distribuidora Soyuzkniga. Los libros de Gorbachov se vendían a un precio simbólico en cualquier librería de la URSS, mientras que las memorias de Borís Yeltsin sólo podían ser conseguidas en el mercado negro, eso sí, también en la totalidad del territorio nacional. Las obras de líderes de las repúblicas que integraban la URSS (aunque se tratase de ediciones en ruso), por regla general, no se distribuían fuera de las respectivas repúblicas de origen.

El ex-disidente y hoy presidente de Checoslovaquia, Vaclav Havel, quien en 1989 recibió el Premio de la Paz, instituido por los editores y los vendedores de libros alemanes, tampoco pudo ver sus obras a la venta en la URSS, ni siquiera en el mercado negro. Tampoco hay manera de encontrar los libros de Juan Pablo II, Lech Walesa, la Madre Teresa, ni otros centenares y miles de títulos que se publican en diferentes idiomas en cualquier país civilizado.

En Moscú hay editoriales como Ráduga y Progreso, especializadas en la publicación de libros extranjeros. ¿Mas de qué progreso cabía hablar, si se traducen libros que habían salido a luz por primera vez hacía cinco o diez años? Otra casa editora, Mir, se especializa en la traducción de libros de autores occidentales, cuya gama abarca las más diversas ramas de la ciencia y la técnica. Las autoridades prestaban enorme atención al desarrollo de las ciencias naturales, que tienen importancia para nuestro complejo industrial militar, de modo que se publicaba inmediatamente en idioma ruso cuanto representaba algún Interés en dicha materia. Las traducciones de libros técnicos se editaban un año o, como máximo, dos años después que los respectivos títulos hubieran aparecido en Occidente. Asimismo, se traducían las más prestigiosas revistas técnicas de los países miembros de la OTAN, las cuales se distribuían entre los abonados.

Las librerías científicas de la URSS, así como las tiendas de libros soviéticos en los países de Europa del Este, siempre han sido un lugar muy concurrido, pues en cualquiera de estos locales se podían encontrar cen-

tenares de títulos sobre informática, tanto de autores soviéticos como de los extranjeros. En cuanto a las traducciones de libros de economía, incluso en la mayor de estas tiendas sólo era posible encontrar dos o tres títulos. Lo mismo ocurre en lo que concierne a otros campos de las humanidades.

Quizás, dentro de unos años las editoriales occidentales podrán inaugurar en Moscú y en San Petersburgo sus librerías, al menos, las de rebaja. Y no importa que tales libros hayan sido publicados uno o dos años atrás: su precio, en rublos o incluso en divisa, será módico. Quienes desean estudiar idiomas extranjeros comprarán gustosos las revistas ilustradas de diferentes países occidentales, aquellas que no se hayan vendido en los países de origen. Pero no nos hagamos ilusiones. Nuestros periódicos en 1990 y 1991 estaban plagados de anuncios publicitarios que ofrecían, a precios exorbitantes, prácticamente cualquier mercancía, menos libros editados en Occidente. Creo que ahí pasaba una de las fronteras invisibles de la *glásnost* y la *perestroika*. Las fotocopadoras y ordenadores personales, los Mercedes y los Nissan, los mejores *tours* por países extranjeros, los productos alimenticios y las medicinas, *toda* esa gama de bienes de consumo y servicios ya se podía adquirir en la Unión Soviética a precios de mercado libre (inaccesibles para la mayoría de los trabajadores). Pero esas listas, por extraña razón, no incluían libros occidentales. El libro editado en Occidente seguía siendo para los aduaneros soviéticos algo así como una capa roja para el toro. Y en la mayoría de los casos no se trata de la necesidad de pagar derecho. Simplemente, el funcionario de la Aduana decía un tajante «NIET» sin entrar en comentarios.

Los editores occidentales conservan el optimismo y esperan a que los tiempos cambien para mejor. En su país ya están surgiendo editoriales cooperativas e independientes, decían ellos a sus colegas soviéticos. Pero esa innovación agradable no alteró el *statu quo*, de modo que el Estado seguía teniendo el monopolio en lo que respecta a la obra editora. Los censores y los funcionarios del PCUS ya no reprendían a nadie, pero las autoridades controlaban perfectamente la situación, ya que las imprentas, las grandes fábricas de papel y las palancas fiscales y financieras permanecían en sus manos.

El nuevo mecanismo del dictado es tan sencillo como el anterior. Todo ciudadano tiene derecho de crear una editorial propia; para ello sólo necesita comprar la licencia, pagando una suma insignificante al fisco, e inscribir esta entidad en el respectivo registro. Cumplidos estos trámites, puede inaugurar la editorial aunque sea en su propia casa, donde siempre habrá una mesa de escribir, una silla y un teléfono. ¿Qué más quieren? Ah, sí: también es posible traer del extranjero un juego de equipos de imprenta electrónicos para poder imprimir varios centenares del libro en casa. En cuanto a la tipografía, que es una empresa grande, o la fábrica de pa-

pel, que es una planta gigante (en los talleres donde está instalada la máquina productora de papel podrían caber fácilmente dos aviones tipo Boeing), resulta imposible comprarlas en la CEI. Estas empresas pertenecen al Estado.

SEGUNDA PARTE
LA RADIODIFUSIÓN

CAPITULO OCTAVO

LA RADIODIFUSIÓN AL SERVICIO DE LOS INTERESES DEL PCUS

Este medio de información ocupa un lugar de honor en la historia del Estado soviético. La mayoría de las familias en la ex-URSS carecen de teléfono, pero muchas tienen un *Equipo* de radio, al menos, un modesto aparato capaz de sintonizar de uno a tres canales. Durante las décadas del treinta al cincuenta, en las calles de cualquier localidad soviética había altavoces que reproducían todo el santo día las consignas del PCUS y los editoriales de los periódicos más importantes. Las pausas se llenaban con marchas y canciones patrióticas. En todas las nuevas viviendas urbanas hay electricidad, agua y cables de radiodifusión. Es posible que no haya gas, o agua corriente en las poblaciones rurales, pero la instalación de líneas de radio (retransmisión por cable) ha sido siempre prioritaria. De todos modos sería exagerado decir que la red de radiodifusión cubre todo el territorio de Rusia. La estadística oficial indica la existencia de 65 millones de receptores por un total de 150 millones de habitantes.

La supresión de la censura en agosto de 1990 se tradujo en notables mejoras de las emisiones de radio: menos mentiras y propaganda, más información veraz, contraste de opiniones y diversiones. Menos textos leídos por locutores, y más tiempo de contacto directo con los reporte-

ros y presentadores de los diversos programas. Cabe hablar de una revolución en la radio soviética. Los periodistas obtuvieron, por fin, la posibilidad de leer en antena, es decir, que podían prescindir de los locutores, las grabaciones previas y la autorización de múltiples redactores y censores.

No obstante, a finales de 1991, los procesos de descentralización y privatización se hallaban todavía en fase incipiente. La red de transmisión constaba de tres cadenas centrales —la Primera, la Segunda, que pasó hace poco a Radio Rusia, y el canal Mayak, con emisiones informativas y musicales—, una o dos emisoras de ámbito local (en repúblicas o regiones), más el Servicio Mundial de Noticias de Radio Moscú en ruso.

A veces en algunas repúblicas salían al aire, sin permiso de las autoridades locales, emisoras piratas. Por ejemplo, en setiembre de 1990 apareció la estación Nadiezhda (Esperanza) que transmitía —en ruso— dos o tres horas diarias de programas hostiles al gobierno de Estonia. La nueva emisora se hallaba instalada en una unidad de la Marina en la parte céntrica de Tallinn, capital de la república, a poca distancia de la residencia del Gobierno y del Soviet Supremo. Preguntado por periodistas sobre este particular, el primer ministro Edgar Savisaar se encogía de hombros y decía que no podía hacer nada. Los ministerios federales del Interior, de Asuntos Exteriores, de Seguridad del Estado, de Defensa y de Aviación Civil tenían sus propias ondas de frecuencias y las utilizaban sin consultar con el servicio estatal de telecomunicaciones de la URSS...

Los equipos de periodistas de la mayoría de los programas de radio de las repúblicas asumieron en los últimos años una postura «nacionalista», según la terminología del Kremlin, es decir, patriótica, en defensa de los intereses nacionales. En nuestro país, el periodismo ha sido siempre un oficio político que implicaba enormes riesgos. Al periodista despedido nadie podía ayudarlo: ni sindicatos ni jueces. Hoy, resulta muy peligroso para un reportero presentarse con grabadora o cámara fotográfica en el escenario de enfrentamientos políticos de grupos opositores. Y el propio trabajo se ha tornado más complejo.

Argumenti i fakti (núm. 30, julio de 1990) insertó el artículo *¿Reformas en Gostelerradio?*, en que se examina uno de los aspectos del trabajo profesional en la radio soviética:

En febrero del año pasado por orden de A. Aksiónov, ex presidente de Gostelerradio de la URSS, los periodistas A. Zhetvin y S. Fontón fueron inhabilitados por tres meses para emitir programas radiales en directo. Este castigo sobrevino después de que en un bloque informativo de la radio Mayak habían citado materiales de la revista polaca *Odrodzenie* sobre el caso de Katyn, lo que «perjudicó los intereses de nuestro país» y «fue un grave error político».

Al cabo de un año, según declaración de TASS, la parte soviética expresó el profundo pesar a los polacos con motivo de la tragedia de Katyn, calificándola de uno de los más graves crímenes del estalinismo. Los periodistas sancionados se dirigieron a Mijaíl Nenás-

hev, quien sustituyó a Aksiónov como presidente de Gostelerradio, con la solicitud de anular la orden en que se les acusaba de actitud política irresponsable. Un reportero del semanario se entrevistó con A. Zhetvin y S. Pontón.

– Sólo tres meses después Nenáshev nos comunicó, a través de sus asesores, que no anularía la orden para no sentar un precedente, puesto que otras personas injustamente castigadas también podrían presentar apelaciones. Consideramos que tal comportamiento del presidente de Gostelerradio es continuación de la política que aplicaba en RTV el ex jefe Aksiónov. A nuestro juicio, es necesario sentar un precedente para que la gente confiara en que en Gostelerradio ha comenzado por fin la *perestroika* y que la justicia ha de triunfar.

– ¿Es democrático separar al periodista del trabajo en antena?

– Claro que no. Tal práctica puede aplicarse sólo en dos casos: cuando el locutor viola las normas constitucionales, o sea, llama a la violencia, aviva la enemistad interétnica o cuando se pone en duda su nivel profesional. Lamentablemente, en RTV de la URSS muy a menudo se impone tal sanción. Por ejemplo, estos últimos meses me prohibieron varias veces salir al aire: en febrero, por haber transmitido el reportaje desde el mitin de las fuerzas democráticas celebrado en Moscú; en junio, por haber preguntado en un espacio informativo de Mayak dedicado al deplorable estado de nuestros aeropuertos, sobre las condiciones en que realizan los vuelos *Los nuestros* máximos dirigentes. También ahora estoy castigado: realizando el seguimiento informativo del XXVIII Congreso del PCUS, entré en polémica con un funcionario del partido.

Pero hay un detalle curioso: hoy, cuando a uno le prohíben emitir en directo, no dan ninguna valoración política, se limitan a decir que el periodista tiene bajo nivel profesional.

– Hace días se publicó el decreto presidencial *Sobre la democratización y el desarrollo del sistema de RTV de la URSS*. ¿Cómo lo acogieron los trabajadores de radio y televisión?

– En términos generales, es un documento positivo, pero algunos aspectos del mismo suscitan dudas. Es lógico que comentando el decreto en la pantalla de TV, Mijaíl Nenáshev omitiera –creo que lo hizo adrede– varias cláusulas importantes del documento. Por ejemplo, no dijo nada sobre el punto que establece la inadmisibilidad de convertir «cadenas estatales de radio y televisión en un medio de propaganda de las ideas políticas personales de sus colaboradores». Y este punto se contradice con la Ley de Prensa que prohíbe tales prácticas discriminatorias, incluso cuando la opinión del periodista difiere de la de dirigentes del organismo en que trabaja.

El presidente de Gostelerradio se refirió a la necesidad de hacer de RTV una organización abierta al pueblo y reconoció que el PCUS controlaba las emisoras de radio y televisión. ¿Por qué no se suprimió ese control una vez anulado el artículo 6 de la Constitución de la URSS, relativo al papel dirigente del Partido Comunista?

Radio Rusia contra el Buró Político del CC del PCUS

En el territorio de la Federación Rusa hay 86 «casas de la radio» y 199 redacciones urbanas de radiodifusión. Tras el ignominioso final del PCUS,

en agosto de 1991, todas ellas pasaron a la jurisdicción del Gobierno ruso. Sin embargo, en los primeros tiempos de la confrontación entre el poder central y el *Equipo* de Yeltsin, las perspectivas para Radio Rusia eran poco halagüeñas. La posibilidad de cubrir todo el territorio del país durante las veinticuatro horas del día parecía un sueño casi irrealizable. Por parte de Gorbachov, el consentimiento para que fundara esta emisora había sido una pequeña concesión a Yeltsin, una jugada más en el continuo tira y afloja de la *glásnost* y la democratización.

A comienzos de 1991, la Radio Central reorganizó sus cuatro cadenas de programación. Mayak conservó su nombre, mientras que *La primera cadena* pasó a llamarse Radio-1; la tercera, Radio-2, y la cuarta, Orfeo.

Radio Rusia se integró en la Compañía Independiente de Radiotelevisión de Rusia, que acababa de constituirse bajo la presidencia de Oleg Poptsov. Además de los noticiarios, se incluyeron en la programación tres bloques de información: el de la mañana (en las ondas de Radio-1, desde las 6.30 hasta las 9), destinado a «animar» a la gente en la medida de lo posible; el de la tarde (Mayak, de 2 a 4), con entrevistas durante las cuales funcionaba una línea telefónica de contacto directo entre los oyentes y el estudio, y el bloque nocturno (Radio-2, desde las 22.15 hasta la medianoche), centrado en los acontecimientos culturales.

Por lo que se refiere a Radio Rusia, muy pronto se le puso sordina: le negaron espacio en las ondas de Radio-1 y Mayak, por lo cual perdió una tercera parte de su audiencia. El 5 de febrero de 1991, el Gobierno de la Federación Rusa exigió que se anularan las limitaciones impuestas a la Compañía de RTV de Rusia y se le concedieran sendos canales de radio y televisión, entre los de mayor audiencia. De lo contrario, decía la declaración, el Gobierno ruso haría valer sus derechos de soberanía para cumplir con el deber constitucional de mantener informada a la población de la república. Las medidas que mermaban la audiencia de la nueva emisora habían sido adoptadas a raíz de los sucesos de Vilnius y Riga, que suscitaron un flujo de comentarios con fuertes críticas contra el poder central. Radio Rusia rompió entonces el bloqueo informativo en torno a Lituania, emitiendo un reportaje en directo desde el epicentro de los trágicos acontecimientos, con lo cual colocó a sus colegas de Mayak en una situación comprometida: ellos salían al aire inmediatamente después de ese reportaje en las mismas ondas y desde los mismos estudios, y sólo disponían de la «información desinformativa» de TASS. Hay que decir en honor de la verdad, que supieron comentarla de modo objetivo, con lo cual señalaron el comienzo de una nueva etapa en la historia de la radio soviética. Desde ese momento, en la prensa del PCUS arreciaron las críticas contra Radio Rusia. El presidente de Gostelerradio, Krávchenko, la calificó de «voz hostil», llegando a decir que él no conocía a peor enemigo «en el aire»...

Después del sangriento enero de 1991 en Vilnius, los bolcheviques –los verdaderos organizadores de esa campaña de desestabilización– comenzaron a «apretar las clavijas» y sofocar la *glásnost*. El principal blanco de sus ataques era la prensa independiente y la recién constituida Compañía de Radiotelevisión de Rusia. El artículo del moscovita Oleg Kupriánov, escrito especialmente para el neoyorquino *Nóvoye Rússkoye Slovo* (12.2.91), refiere datos interesantes relacionados con ese período:

En la primera conferencia de prensa organizada por la Compañía de Radiotelevisión de Rusia el 4 de febrero en Moscú, se han denunciado hechos relacionados con la nueva ofensiva del Gobierno Central en el marco de la guerra contra la *glásnost*. Según informó el diputado popular de la URSS Oleg Poptsov, presidente de dicha compañía, Leonid Krávchenko, su homólogo de Gostelerradio de la URSS, le comunicó el 1 de febrero que a Radio Rusia no se le permitiría en adelante emitir en las ondas de *La primera cadena* estatal, aunque existía un acuerdo previo sobre este particular entre Gorbachov y Yeltsin.

Radio Rusia sólo podrá salir al aire en las frecuencias del tercer canal, lo cual reduce de hecho su área de audibilidad a las grandes ciudades. De este modo, aproximadamente el 40 % de la población de Rusia, sobre todo en el Norte y en las zonas rurales, se ve privada de la posibilidad de escuchar los programas de nuestra emisora nacional.

Oleg Poptsov refirió los argumentos esgrimidos por la «dirección» para justificar su decisión. Radio Rusia, que funciona desde el 10 de diciembre de 1990, critica las disposiciones del Gobierno central, está en contra de varios decretos del Presidente de la URSS promulgados en los últimos tiempos y difunde informaciones que «colocan al Gobierno en un callejón sin salida» (por ejemplo, en relación con la proyectada subida de los precios de comestibles). En opinión de los dirigentes de Gostelerradio, estar en contra de la estrategia del poder central significa adoptar una posición antiestatal; criticar las deficiencias del sistema significa mantener una postura antisocialista, y pronunciarse en favor del pluripartidismo es una «posición antipartido».

La dirección de la Compañía de Radiotelevisión de Rusia se propone presentar querrela contra Gostelerradio ante el tribunal. Considera que se ha creado una situación de emergencia. Se espera que el primer ministro ruso, Iván Siláev, emita una declaración especial en los próximos días. Otro claro indicio de que la dirección de esta compañía está decidida a enfrentar con firmeza la situación, es el hecho de que se esté examinando en serio, por si se prolonga el conflicto, no sólo la posibilidad de crear sus propias cadenas de radio y TV, sino también la de instalar antenas emisoras de Radio Rusia en el extranjero. Oleg Poptsov ha estudiado con especialistas el problema de eventuales interferencias. «Claro que sería una medida a todas luces absurda –dijo–. Pues se trata de las emisiones de radio y TV de una república soberana en su territorio».

Sin embargo, Rusia es la única república que prácticamente carece de un sistema nacional de radiotelevisión. Cotejen estas cifras: en Kazajstán, el volumen total de la radiodifusión nacional es de 28 horas; en Rusia, suma sólo 6 horas. En Armenia, la programación de la TV nacional ocupa 22,3 horas al día; en Rusia, 3 horas a la semana.

El caso de Radio Rusia ha puesto en el orden del día el tema de las represalias del

Gobierno central contra los medios independientes de comunicación de masas y el de las posibilidades existentes para impulsar la consolidación de las fuerzas políticas. Recientemente, 116 personalidades de la cultura y el arte declararon que se negaban a colaborar con Gostelerradio en señal de protesta contra la política de Krávchenko. Los directores de cine Elem Klímov y Andréi Smirnov exigieron por escrito que no se transmitieran sus películas por la TV Central. El humorista Arkadi Arkánov hizo que se retirara de la programación una emisión que ya había sido grabada y estaba anunciada para el domingo 3 de febrero. Los cineastas de Moscú estudiarán en los próximos días medidas ulteriores y se proponen crear una Fundación en Defensa de la *Glásnost*, una de cuyas finalidades consistirá en prestar ayuda económica a los periodistas despedidos de la prensa escrita y electrónica.

Por ahora no está claro si cabe esperar ciertas propuestas conciliadoras de Gorbachov, el cual es maestro en el arte de lograr acuerdos sobre la base de concesiones recíprocas. El que últimamente hayan reaparecido en la pequeña pantalla —aunque no sea en *La primera cadena*— programas de gran audiencia que «habían caído en desgracia», podría ser un indicio de próximos pasos tendentes a concertar un compromiso.

Es posible que se proponga ese acuerdo después de que todos hayan manifestado su indignación y hechas las esperadas declaraciones oficiales. Por otra parte, las represalias contra Radio Rusia se inscriben en las pautas de una política que tiende a cortar los conductos de información entre las grandes ciudades y la provincia, a donde casi no llegan más periódicos que *Pravda* y publicaciones similares. Es significativo que al enterarse de las medidas adoptadas contra Radio Rusia, el director de la Televisión de Tiumén llamó por teléfono a Oleg Poptsov y, para animarle, dijo: «Estamos todos de vuestro lado. ¡Seguid luchando!». «Si también se solidarizaran con nosotros los obreros de las explotaciones petrolíferas...», comentó Poptsov.

En opinión del diputado Yuri Rizhov, si Gorbachov planteara en el Soviet Supremo de la URSS la necesidad de suspender la Ley de Prensa, esta propuesta podría reunir un mínimo de 300 votos a favor, lo cual sería suficiente para pasar.

Pocos meses antes, durante el verano y el otoño de 1990, los periodistas demócratas contemplaban el futuro con más optimismo. Entonces parecía que la verdad comenzaba a abrirse paso, penetraba en las ondas de las emisoras soviéticas, en vez de llegar solamente, como antes, del extranjero. Ciertamente es que Gostelerradio de la URSS seguía castigando a los periodistas demasiado audaces; por ejemplo, impuso un castigo ejemplar al *Equipo* del programa *Auditoria* (Auditorio) por haber dado lectura a algunos extractos del libro de Yeltsin. Pero se vislumbraban nuevas oportunidades de avance. A raíz de la entrada en vigor de la Ley de Prensa, personas con espíritu de iniciativa se lanzaron al ataque contra el monopolio estatal de la radiodifusión.

«Eco de Moscú» salvó el honor de su pueblo

Decenas de entidades y particulares deseosos de fundar emisoras de radio e incluso estaciones de TV acudieron con las correspondientes solicitudes al Soviet de Moscú, Goskompechat de la URSS, el Ministerio de Información de la Federación Rusa y otros organismos oficiales. Muchas solicitudes fueron registradas, pero pocos proyectos prosperaron.

La cantidad de frecuencias que se utilizaban en la radiodifusión soviética era irrisoria. Tal situación se debe a que la formación de las radioseñales se rige por estándares arcaicos. Además, la banda de ondas ultracortas (FM) no coincide con la que ha sido adoptada en el resto del mundo, por lo que los receptores y los transmisores occidentales no funcionan en la URSS, a menos que se introduzcan importantes cambios en los circuitos. Pero el principal problema consistía en que la distribución de las frecuencias seguía siendo prerrogativa del tándem Gostelerradio-Ministerio de Comunicaciones, controlado a su vez por el KGB y el Ministerio de Defensa de la URSS, fieles defensores del totalitarismo.

El artículo 7 de la Ley de Prensa de la URSS declaraba inadmisibles «la monopolización de los medios de comunicación de masas (prensa escrita, radio, TV, etc.)». Es decir, que a partir del 1 de agosto de 1990, la situación real en el sector de radiodifusión entró en contradicción con la ley. ¿Cómo resolverla? Antes que nada, creando emisoras realmente independientes, es decir, no supeditadas a Gostelerradio. ¿Pero tenía sentido darse prisa para obtener la licencia? En virtud de la Ley de Prensa, «el derecho para iniciar la difusión de información social se conserva durante un año, a contar desde la fecha de entrega de la correspondiente licencia», pero los fundadores tropezaban de entrada con un problema en muchos casos irresoluble: no había frecuencias libres. De modo que las nuevas emisoras, cuando lograban salir al aire, tenían que hacerlo en las mismas frecuencias que otras, más antiguas, obligándolas a reducir el tiempo de programación.

La emisora «Ejo de Moskvu»

Entre los primeros «afortunados» que lograron romper el monopolio de Gostelerradio figuraba el joven *Equipo* de la emisora *Ejo Moskvu* (Eco de Moscú), que en agosto de 1990 empezó a transmitir por ondas medias programas diarios para la región de Moscú, desde las 19 hasta las 22 horas. Según cálculos aproximados, la emisora cubría una audiencia de 20 a 30 millones de personas. Se tenía previsto pasar a emitir las veinticuatro horas del día —en particular, en FM—, y adquirir insta-

laciones más potentes, lo cual, por supuesto, había de atraer más anuncios publicitarios.

Con Serguéi Korzún en el cargo de redactor jefe y Mijaíl Rosenblat de director, *Ejo Moskvyy* ganó rápidamente popularidad gracias al brío de sus presentadores, periodistas de talento que habían sido despedidos de Gostelerradio por «su excesiva audacia» y «falta de medida en los juicios críticos». Resulta difícil calificar de independiente esta emisora, entre cuyos fundadores figuran el Ayuntamiento de Moscú, la Redacción del semanario *Ogoniok*, la Facultad de Periodismo de la Universidad Lomonósov, la agencia Nóvosti, y la asociación Radio, que inicialmente estaba supeditada al... Ministerio de Comunicaciones de la URSS. Esta asociación se había reservado oportunamente un pequeño «espacio en el aire» y lo cedió a Serguéi Korzún, cuando Gostelerradio le denegó la concesión de una frecuencia de emisión, por considerar «inoportuna» la existencia de la nueva emisora. Lo extraño hubiera sido que ese monopolio ayudara a la proliferación de empresas rivales.

A finales de enero de 1991, el Soviet de Moscú asignó a la emisora 250.000 rublos para la construcción de una antena de 150 metros de alto. ¡Se lo había merecido! Como señaló con razón *Nezavisimaya gazeta* (5.2.91): «El 13 de enero *Ejo Moskvyy* salvó el honor de Moscú con sus reportajes sobre los sucesos de Lituania».

En esos días aciagos, en plena «catastroika» soviética, *Literatúrnyaya gazeta* (16.1.91) publicó un artículo titulado *El Tiroteo y el Eco*:

Igual que en la época de Brézhnev, millones de personas trataban de sintonizar emisoras occidentales para escuchar las últimas noticias de Vilnius. Sólo los moscovitas se enteraron enseguida: en la banda de 250 m, en la frecuencia de 1.260 kilohercios, estaba transmitiendo *Ejo Moskvyy*...

Y era cierto. Durante trece horas seguidas, cuatro jóvenes periodistas de esta emisora independiente se relevaban ante los micrófonos para contar a todo el mundo la amarga y emocionante verdad de los sucesos de Lituania. Estaban cumpliendo su deber profesional.

Poca gente los conocía antes de aquel día, pero el domingo 13 de enero, centenares de miles de soviéticos nos enteramos de su existencia.

La plantilla de *Ejo Moskvyy* consta de sólo cinco periodistas y una decena de técnicos. En el verano de 1991, ocupaban dos pequeñas habitaciones de un edificio situado detrás de los grandes almacenes GUM, a unos pasos de la Plaza Roja. Sus emisiones estaban en antena durante ocho horas al día. Siempre en directo, sin textos redactados de antemano y sin concertarlos con los directivos de la emisora ni con ningún organismo oficial. Programas en que la música alterna con las noticias sin solución de continuidad, con buena cadencia. Los presentadores emplean un

lenguaje sencillo, sincero, con tono de cordialidad y buen humor. Los fundadores no participaban en la financiación de la emisora. Esta se mantenía a flote gracias a los anunciantes. Ahora necesita, como mínimo, 60.000 dólares para renovar los aparatos.

La prensa moscovita ha dedicado no pocos artículos a esta emisora, cuya audiencia, según indican los sondeos, oscila entre uno y dos millones de personas. Los títulos son elocuentes: *Un islote en el océano*, decía *Zhurnalíst* (núm. 7/91), refiriéndose por lo visto al océano de mentiras de la propaganda comunista; *El eco de la verdad*, escribía *Argumenti i fakti* en su número 33 de 1991, el primero en salir después del golpe de agosto. Este último suelto merece que lo reproduzcamos íntegramente:

El oficio de periodista está relacionado con ciertos riesgos. Riesgos que alcanzan la dimensión de graves peligros en el contexto de un golpe de Estado. Lo primero que hace *toda* junta, después de establecer su control sobre los puentes y la central de teléfonos, es clausurar las emisoras de radio y los periódicos. Lo mismo ocurrió en Moscú.

En la madrugada del 19 de agosto, ocho hombres vestidos de paisano se presentaron en la sede de *Ejo Moskvý*. Mostraron los documentos que los acreditaban como oficiales del KGB y ordenaron que se interrumpieran las emisiones. El redactor jefe, S. Korzún, se opuso. Entonces ellos mismos desconectaron la línea y precintaron el transmisor, pero los periodistas continuaron reuniendo información y preparando las emisiones, al objeto de reanudarlas cuando se presentara la primera oportunidad.

Ejo Moskvý volvió a salir al aire el 20 de agosto, a las 13.40. La decisión de desacatar la orden de las nuevas autoridades fue concertada por los periodistas con varios diputados del Parlamento de Rusia y del Soviet de Moscú y con funcionarios del Ministerio de Comunicaciones de la URSS. Durante veinte horas *Ejo Moskvý* estuvo en antena, difundiendo la verdad.

Por la noche, la emisora fue desconectada dos veces, y dos veces reanudó sus emisiones. Durante esos días trabajaron de modo permanente tres puestos de corresponsales en diferentes pisos de la sede del Soviet Supremo de la Federación Rusa y uno más, en el Soviet de Moscú. Cuando los tanques comenzaron a demoler las barricadas en las inmediaciones de la *Casa Blanca* y parecía que había llegado la hora del combate final, muchos defensores se acercaron a los periodistas que trabajaban en vivo, para despedirse por radio de sus familiares y amigos... Por suerte, los acontecimientos tomaron otro cauce.

En la mañana del 21, las autoridades secuestraron por segunda vez el transmisor. Por orden del general coronel Kalinin, comandante de Moscú, un destacamento de paracaidistas mandado por el teniente coronel Zajárov ocupó el edificio donde se encontraba el transmisor. Por la tarde, cuando el fracaso de los golpistas se tornó del todo evidente, los militares abandonaron el lugar...

Ejo Moskvý reanudó sus emisiones a las 15.45. Aproximadamente a esa misma hora se presentó en el local de la Redacción un destacamento del OMON (fuerzas policiales de intervención especial) y se ofreció para proteger la emisora. Pero ya no hacía falta.

Habla Vilnius

¿Qué otras emisoras contribuían a difundir la verdad desde el interior del país? De una de ellas nos habla Vaidas Anialauskas en el periódico de la emigración rusa *Nóvoye Rússkoye Slovo* (19.3.91):

Todas las noches, a las ocho en punto, conecto mi transistor y, como miles de compatriotas diseminados por todo el mundo, espero con el alma en suspenso la señal de sintonía de la Patria. Lo mismo que en tiempos buscaba de noche La Voz de América o la emisora Libertad, ahora espero con impaciencia el momento en que me llegan las palabras *Kalba Vilnius* («Habla Vilnius»). Ironía del destino... Muchos lituanos establecidos en Occidente se han comprado receptores de ondas cortas, que por lo general gozan de escasa demanda en estos países. Para nosotros, el programa de media hora que Radio Vilnius transmite diariamente para el exterior es la voz viva de Lituania, de nuestra Patria asediada y martirizada por un enemigo cruel. Una voz que nos trae cada día la noticia de que Lituania vive, lucha, no se doblega...

Y cada vez que enchufo el transistor, siento angustia. Sobre todo después del sangriento domingo de enero, de ese día en que mi receptor, en la frecuencia de Radio Vilnius, sólo captaba el silencio en lugar de la acostumbrada melodía lituana. No sabía yo que en esos mismos instantes las tropas de Gorbachov asaltaban la Casa de la Radio en Vilnius. Cuando aquí, en el litoral oriental de Estados Unidos son las 8 de la tarde, allá, en Lituania, el reloj marca ya las 2 de la mañana: justo la hora en que se inició el asalto. Radio Vilnius enmudeció entonces por dos semanas. Ahora ha reanudado sus emisiones, aunque los pecuseros siguen mangoneando en los edificios ocupados por las fuerzas de intervención especial. La radio y la TV de Lituania emiten hoy al amparo de las barricadas levantadas por el pueblo. Podemos decir, por tanto, que esta frase que se repite cada día: «*Kalba Vilnius*» proviene directamente de las barricadas...

Es útil conocer la experiencia de Radio Vilnius. Los lituanos, cuya valentía y firmeza suscitaron la admiración de muchos soviéticos, alcanzaron altos grados de organización en la resistencia nacional frente a los comunistas y fueron los primeros en recuperar la libertad en agosto de 1991. El periódico parisiense *Rússkaya mísl* (16.4.91) insertó una entrevista con Neriius Maliukiavichus, director de la Radio Lituana:

– Hace unos días se cumplieron tres meses a contar desde el siniestro 13 de enero, el domingo en que las tropas soviéticas se adueñaron de los estudios y la torre de la Radio-televisión Lituana. ¿Es posible que a estas alturas, dichos locales e instalaciones todavía no hayan sido restituidos a sus dueños legítimos?

– Lamentablemente, no lo han sido. Desde hace más de tres meses están ocupados, pese a las protestas y peticiones enviadas a las instituciones supremas de la Unión So-

viética y, en particular, a pesar de que nos dirigimos reiteradamente al Presidente soviético. No ha habido respuesta. Cada vez tropezamos con una muralla de silencio. Tampoco se ha contestado a la petición presentada al Soviet Supremo de la URSS, con las firmas de 1.200 trabajadores de la RTV Lituana. A mi juicio, Gorbachov no resuelve este problema porque, entre otras razones, no siente presiones de la comunidad internacional: la opinión pública mundial no sabe que nuestros locales de Vilnius permanecen ocupados. En Alemania y en Bruselas, por donde he pasado últimamente, los periodistas están al corriente de lo que ocurrió en enero, saben que los edificios fueron ocupados, que hubo muertos, pero se quedan boquiabiertos al enterarse de que están siendo utilizados en calidad de cuarteles para los soldados que los custodian, y que el personal de la Radiotelevisión Lituana se ve obligado a trabajar en locales inhabilitados para su labor, mientras que las instalaciones de que se adueñaron las tropas soviéticas se utilizan para difundir calumnias contra el Parlamento y el Gobierno legítimos. Al hombre civilizado, le resulta difícil creer que esto sea así, pero lo es. Para manifestar su protesta contra tal situación, los trabajadores de RTV Lituana mantienen una huelga de hambre colectiva ante la sede que les ha sido arrebatada, turnándose cada tres, seis o diez días. Actualmente estamos recogiendo firmas en *toda* Lituania al pie de una petición que nos proponemos elevar a las Naciones Unidas, ya que la radio y la televisión son patrimonio de todo el pueblo y el arrebatarle este patrimonio constituye un crimen contra el pueblo, contra los valores universales en defensa de los cuales se ha pronunciado tantas veces y de manera tan vehemente el presidente soviético. En la guerra del Golfo, los aliados no recurrieron a tales métodos ni siquiera en contra de un criminal como Saddam Hussein: no ocuparon ni bombardearon los locales e instalaciones de radio y televisión del Irak. Cuando la dirección de un país tolera una situación en que el periodista es un ser despreciable, en que se puede prohibir cualquier programa de TV con la misma facilidad con que se cierra un libro, o incluso atrepellar con tanques a quienes se disponían a defender su radio y su televisión (y todo eso se lleva a cabo en otro Estado), tal Gobierno no puede durar.

– ¿Cómo pueden funcionar en tales condiciones sus estaciones de radio y TV?

– Hemos alcanzado ya el volumen de emisiones de antes; la radio, por ejemplo, ha restablecido las dos cadenas nacionales de programación, con un volumen total de 38 horas al día. Seguimos retransmitiendo el programa religioso *El Ángelus* (la primera emisión salió al aire en ondas medias en agosto de 1990). Pero las condiciones de trabajo son espantosas. Empleamos aparatos para aficionados. Los periodistas occidentales se extrañarían al ver que en Europa existe una TV nacional que utiliza magnetoscopios para uso doméstico, videocassetes VHS, etc. Pero somos optimistas. No daremos marcha atrás, sean cuales sean las dificultades con las que nos toque enfrentarnos en la sociedad poscomunista. Tanto más por cuanto ya empiezan a «funcionar» nuevas leyes económicas. Se ha iniciado el proceso de privatización (la ley correspondiente entró en vigor el 10 de abril); se ha intensificado la actividad de los bancos; las cotizaciones de las divisas firmes tiende a normalizarse y, por consiguiente, el estraperlo está perdiendo terreno. No hay vuelta atrás. Pero sí confiamos en que volveremos a instalarnos en nuestra sede. No cejaremos en nues-

tro esfuerzo por recuperarla.

La pesadilla ha terminado. Al cabo de medio siglo, las tres repúblicas bálticas han conseguido de nuevo la independencia. El glorioso Ejército Soviético se retiró de los estaciones de radio y TV. Lamentablemente, dejó tras de sí locales vacíos: los aparatos robados reaparecían periódicamente en el mercado negro de Pskov, donde se encontraban acantonadas las divisiones de Chernígov (paracaidistas) y de Vítebsk (aviación), que «tomaron» Vilnius en enero de 1991. Los militares-merodeadores causaron a la RTV Lituana daños y perjuicios por un valor de muchos millones de rublos. Lo que no podían llevarse consigo, lo destrozaron. Hasta tal punto que los comunistas locales para organizar sus servicios de radio y TV tuvieron que traer de fuera nuevos equipos. Los trabajos de instalación, con turnos de día y de noche y la participación de doce especialistas en electrónica, duraron un mes, hasta finales de febrero.

En la fase inicial de erosión del monopolio de Gostelerradio de la URSS, han participado no sólo *Ejo Moskvyy*, no sólo los militares que durante medio año leyeron ellos mismos sus «noticias» a los oyentes lituanos, sino también... los franceses.

Programas en ruso de emisoras extranjeras

«Dime quién hace propaganda de ti, y te diré quién eres». Este adagio es aplicable al caso de la emisora Europa + Moscú, cuyos anuncios publicitarios, con la silueta de la Torre Eiffel, llenaron todas las publicaciones periódicas del CC del PCUS desde mediados de 1990. Dicha emisora soviético-francesa era más bien una empresa afiliada a Gostelerradio de la URSS, se encontraba bajo su control y se atenía a un principio rector: nada de política. Con el inicio de las emisiones para Leningrado, desde febrero de 1991, la audiencia de Europa+ ha crecido hasta 20 millones de personas. La fonoteca de que disponen los *disc-jockeys* de Europa+ cuenta más de mil discos compactos con música occidental, y los propios estudios están equipados con sistemas y ordenadores modernos. Se hicieron intentos enérgicos para abarcar todo el territorio de la URSS en ondas medias, utilizando retransmisores y creando empresas filiales. Incluso se firmó un contrato para la producción de receptores baratos para automóviles, sintonizados con la onda de Europa+ . La Televisión Central de la URSS hacía amplia publicidad de la primera emisora musical y comercial del país.

Los locutores de esta emisora no leen informativos redactados de antemano, sino que improvisan ante el micrófono. La programación musical es determinada cada día por un ordenador, que los especialistas franceses «cargan» una vez al mes, cuando traen las nuevas grabaciones. Las

canciones se dividen en varios grupos, en función de su mayor o menor popularidad. Las de la «categoría A» (los veinte mayores éxitos europeos del mes) pueden ser emitidas varias veces cada día. El presentador no tiene derecho a modificar el repertorio ni el orden en que se transmiten las canciones (los socios franceses controlan de manera muy celosa que se observe esta regla).

Desde mayo de 1990, los moscovitas pueden sintonizar asimismo los programas de la emisora parisiense Nostalgie. Radio Moscú utiliza la parte musical de estos programas, que se transmiten vía satélite, e intercala algunas melodías soviéticas y noticieros.

La emisora soviético-francesa «Radio Nostalgie-Moscú»

Radio Nostalgie-Moscú, programa soviético-francés de carácter musical-informativo, destinado a los oyentes soviéticos, se estableció en los estudios de Radio Moscú (nombre del servicio de emisiones para el exterior). En los años de la *perestroika* este servicio abandonó los métodos propagandísticos propios de la guerra fría; empezó a transmitir información más objetiva y equilibrada y hasta organizar actividades conjuntas con las principales compañías radiofónicas del mundo. Seis horas al día en ondas cortas (y, en el futuro, en FM) transmite música francesa y de otros países, anuncios publicitarios y bloques informativos. En Francia, pasan prácticas redactores musicales soviéticos y otros colaboradores de Radio Moscú.

Moskóvskaya pravda (29.4.90) describe en los siguientes términos la historia de Radio Nostalgie-Moscú:

Una pareja simpática, con sonrisa bailando en los labios, nos dice desde un cartel publicitario: «Aquí todo es distinto»... Tal es la imagen que eligió para sí la emisora francesa Nostalgie, que hoy figura entre las más importantes de Francia.

«Aquí todo es distinto»... En efecto, aquí todo es distinto, ante todo, la audiencia. A diferencia de la mayoría de las emisoras occidentales que salen al aire en FM, Nostalgie no busca satisfacer las demandas de los quinceañeros, sino de las personas entre 30 y 50. Claro, sus programas sintonizan asimismo hombres de otras edades, pero en cualquier caso son aquellos los que ya han rendido tributo al *hard rock* y al *heavy metal* y ahora quieren escuchar... música.

– Tomando en consideración el interés tradicional de los soviéticos por la cultura francesa, estoy seguro de que nuestro programa tendrá gran aceptación en la URSS. Además, abrirá para los hombres de negocios franceses una «ventana radiofónica» a Moscú. Esta circunstancia atrae la atención de muchos industriales, en especial ahora cuando las reformas en la URSS prometen impulsar el desarrollo de la colabo-

ración internacional –dijo F. Fost, uno de los fundadores de Radio Nostalgie, elegido recientemente copresidente de la sociedad Francia-URSS.

Desde el punto de vista meramente técnico, la realización de este proyecto conjunto se hizo posible gracias a la reconversión. El programa soviético-francés saldrá al aire desde el local en que antes estaban instalados los equipos que interferían las emisiones occidentales destinadas a la URSS. Es un detalle simbólico.

Con las emisiones exteriores, estaban relacionados asimismo otros avances en el desarrollo de la radiodifusión soviética.

Otras emisoras internacionales. Radio Moscú

Radio Moscú ocupaba el primer lugar del mundo por el volumen de emisiones para el extranjero: 2.257 horas semanales en ochenta idiomas. Según un informe del Comité del Parlamento británico para Asuntos Exteriores, el récord de audiencia pertenece al servicio mundial de la BBC (120 millones de personas al año). Le siguen La Voz de América (85 millones), Radio Libertad y Europa Libre (55 mill.), Onda Alemana (30 mill.), Radio Moscú Internacional (15 mill.), Radio Francia Internacional (10 mill.) y Radio Pekin (5 mili.). Durante más de sesenta años, Radio Moscú se dedicó a la desinformación y a la apología del régimen, primero, de Stalin, y luego, de Jruschov y Brézhnev. Posteriormente, los dirigentes de Gostelerradio comprendieron que no tenía ningún sentido gastar 150 millones de rublos al año en propaganda inútil y que era mejor vender o, simplemente, regalar algunos programas a las emisoras occidentales.

En la llanura rusa y en la costa del Pacífico, se siente la presencia de Radio Moscú, así como de las emisoras occidentales que transmiten en ruso; en cambio, los programas radiales de las repúblicas federadas nadie los puede sintonizar, a pesar de que las regiones de Siberia o Extremo Oriente, por ejemplo, están llenas de militares, constructores, presos y otras «tribus» de diversas nacionalidades que quisieran escuchar programas en su lengua natal: desde Kíev, Tashkent, Tbilisi, Erevan, Bakú, Vilnius, etc. Últimamente, se han inaugurado servicios de radiodifusión en lenguas de otras repúblicas, pero cubren solamente la zona central de Rusia.

«El problema es que falta papel, digo,... falta dinero», intentará justificarse el experimentado burócrata capitalino, quien sabe responder a cualquier pregunta, por difícil que sea. Las autoridades siempre han encontrado recursos para financiar los programas de Radio Moscú para el exterior (los transmisores y los estudios de esta emisora se encontraban no sólo en Moscú, sino también en las ciudades fronterizas, más cerca del

destinatario, sin importarles que nadie escuchara tales programas). ¿Cómo iban a sintonizar esas emisiones en Estados Unidos, donde la mayoría de los receptores no captaban ondas cortas? Pero era inútil preguntarlo. Conste que los chinos también emitieron, durante decenios, programas en ruso durante veinticuatro horas diarias. Y nadie se preocupaba por interferir esas emisiones, a pesar de que en algunas zonas de la URSS las interminables citas de los discursos de Mao se oían con más claridad que los programas de la radio soviética.

Los funcionarios de las embajadas de la URSS trabajaban en estos servicios de propaganda con sus potentes equipos —las emisiones de Radio Moscú— y luego, muy satisfechos, informaban a las instancias superiores. Los corresponsales de Gostelradio organizaban, a través de asociaciones de amistad con la URSS, una que otra veintena de cartas entusiasmadas, en las cuales los radioescuchas extranjeros confesaban su amor a Radio Moscú. Dichas cartas eran traducidas cuidadosamente al ruso y publicadas en folletos especiales «de circulación interna», lo cual ya era un pretexto para seguir trabajando. Las asignaciones presupuestarias estaban garantizadas, pues el Parlamento soviético nunca debatió semejantes rublos por separado. Nadie sabe si los diputados habrían dado su consentimiento para financiar, a expensas de los soviéticos, el funcionamiento de los «clubes de amigos de Radio Moscú» (el dinero se utilizaba, por supuesto, para ampliar el volumen de las emisiones para el extranjero, cuyo presupuesto todavía se mantiene en secreto). El nuevo semanario *Pravítelstvenni véstnik* (Noticiero del Gobierno) señaló que el servicio internacional de Radio Moscú era poco eficiente: «Los emisores soviéticos están habilitados para ondas cortas, que son cada vez menos populares en Occidente. Allí prefieren la FM o las ondas medias que facilitan la escucha en el automóvil. De modo que a los ciudadanos occidentales les llega muy poco de lo que intentamos decir, en primer lugar, a causa de nuestro insuficiente equipamiento tecnológico».

Veamos cómo describió Iván Liprandi en *Nóvoye Rússkoye Slovo* (7.1.91) la «cocina política» de Radio Moscú:

Hace diez años tuvo lugar el siguiente caso. El locutor Dánchev, del Servicio Mundial de Radio Moscú en inglés, que trabajaba en el turno de noche y leía directamente al aire (es decir sin grabación previa); dejó de lado el texto que le habían entregado en la Redacción y se puso a expresar su opinión propia —en extremo crítica— sobre la agresión soviética a Afganistán. Para castigarle, se formó una comisión encabezada por Alexandr Plevako, secretario de la organización del PCUS en Radio Moscú. Dánchev fue despedido, declarado enfermo mental e internado en un hospital psiquiátrico. La campaña de solidaridad desplegada en Occidente impidió que se consumara el castigo: el locutor disidente recobró la libertad. Pero eso no fue óbice para que Alexandr Plevako ocupara en 1988 el cargo de vicepresidente de Gostelradio de la URSS para

Radio Moscú.

Sería difícil encontrar otra institución en la que se hayan operado tan pocos cambios en los últimos tiempos como en esta radio, cuyas oficinas y estudios ocupan un gran edificio situado en la calle Piátnitskaya de la capital. La mayor emisora del mundo –por la cantidad total de horas de programación, el número de lenguas en que transmite y el de países a los que se destinan sus emisiones– sigue siendo también la más independiente del mundo: absolutamente independiente de sus oyentes. En Radio Moscú, jamás se planteó el problema de lo que convenía transmitir y para quién. Lo importante era dar lectura en las diferentes lenguas del mundo a lo que decían TASS y los periódicos centrales de la URSS.

No había gente dispuesta a repetir el acto heroico de Dánchev, y como no fuera así era imposible decir lo que uno pensaba. Los textos de todos los programas eran corregidos primero por un redactor, luego por el jefe de sección y finalmente tenían que ser aprobados por el redactor jefe o su adjunto. Este sistema de filtros consecutivos no sólo impedía que se colara cualquier idea contraria a la línea oficial del régimen, sino que con frecuencia convertía los artículos y comentarios en una amalgama de tópicos propagandísticos desprovistos de *toda* ilación lógica. Pero eso no le importaba a nadie.

Los periodistas de Radio Moscú eran muy fecundos: como autores, cobraban honorarios por encima del sueldo y eso les estimulaba a escribir alrededor de diez páginas diarias o incluso más. Se pasaban el tiempo juntando palabras como «progresista», «socialista», «eficiente», etc., en las más diversas combinaciones. Los traductores –tecleando a una velocidad vertiginosa– vertían a otras lenguas las palabras de siempre, agrupadas en orden variable. Los autores, después de tachar términos específicos del tipo de *¡Aquí Radio Moscú!* o *Buenas noches, estimados oyentes*, metían su artículo en un sobre y lo hacían llevar por ordenanzas a la agencia Nóvosti, para cobrar allí también honorarios.

Por el mismo conducto llegaban a Radio Moscú artículos y comentarios firmados por periodistas de Nóvosti. En las redacciones de la calle Piátnitskaya los aceptaban de buen gusto, no sólo porque se consolidaban así relaciones mutuamente provechosas, sino porque regía una norma en virtud de la cual a cada 40 % de textos escritos por los trabajadores de la institución, debía corresponderle un 60 % de autores que no formaran parte de la plantilla. Cuentan que ese sistema fue implantado en tiempos de Lenin para que los periodistas profesionales –producto del viejo régimen– se vieran obligados a ceder más de la mitad del espacio en las publicaciones a quienes trabajaban con «la hoz y el martillo». Desde entonces el no profesionalismo ha sido un principio esencial de la prensa soviética.

Los analistas especializados en temas internacionales, al leer por la mañana los periódicos y las cintas de los teletipos, buscaban información sobre las fechorías del imperialismo. Se alegraban mucho cuando se encontraban con la noticia de que en algún lugar habían matado a balazos o ahorcado a un negro: el tema del racismo estaba elaborado hasta el automatismo. Dicha temática ocupaba un lugar importante en las emisiones destinadas a países multinacionales con fuertes tensiones internas. El objetivo, por lo visto, consistía en provocar conflictos y resolver de una vez por todas el problema de la nacionalidades. Como se hizo en su tiempo (y ahora podemos apreciar los resultados) en

la URSS.

Los periodistas especializados en temas de la vida soviética leían por la mañana *Sélskaya zhizn'* (La Vida Rural) y contaban a su manera las virtudes de nuevos métodos progresistas utilizados en la agricultura. Un «profesional» con cierta experiencia, a la hora de la comida ya tenía lista, por ejemplo, una entrevista con el jefe de un *Equipo* de pastores de las montañas de Kirguizia, y sólo le quedaba acercarse por la tarde a casa de alguno de sus vecinos pidiéndole que dijera unas palabras ante la grabadora, haciendo el papel del pastor imaginario.

Un caso aparte era el de la Redacción de Emisiones para China. En los años de confrontación con Pekín (el «período de los insultos», como lo llamaban en esa Redacción), la misión encomendada consistía en «denunciar las fechorías de la camarilla criminal de Mao». Lo que ocurría entonces en China guardaba gran parecido con lo que había ocurrido en la URSS en un pasado no muy lejano, sólo que mezclado con ciertos elementos de exotismo oriental. De modo que a los periodistas se les ofreció la posibilidad excepcional de decir francamente por los micrófonos de Radio Moscú lo que pensaban sobre el modelo totalitario comunista y, además, describir el creciente descontento de las masas con ese régimen antipopular. Lo más gracioso era leer después los textos de las agencias extranjeras y ver que algunas habían mordido en el anzuelo. Cuando terminó el «período de los insultos», los jefes de la Redacción comenzaron a lamentarse de que los periodistas jóvenes ya no crecían tan rápido como antes. Por una vez, las acostumbradas quejas contra la juventud no carecían de fundamento, pero la causa del fenómeno era sencilla: en esa nueva etapa de las relaciones con China, se había invitado a los periodistas a que pintaran los alcances de la vida soviética, lo cual, por supuesto, no podía alentar a los jóvenes talentos. Por otra parte, la reforma económica en la RPCh avanzaba a ritmo tan rápido que cuanto decía diariamente Radio Moscú, en dos dialectos del chino, sobre las ventajas del método de contrato por equipos en el agro, sólo podía agrandar a los campesinos chinos en el sentido de que ellos, por suerte, ya habían superado esa etapa.

Por lo demás, como dijimos antes, lo que menos preocupaba a Radio Moscú era lo que pudieran pensar los oyentes sobre el contenido y la calidad de sus emisiones. Las exhortaciones a «mejorar la orientación» de los artículos y comentarios coincidían generalmente con los momentos de lucha por alguna vacante de jefe de Redacción o un puesto más alto. De que la eficiencia de la propaganda radiofónica no importaba a nadie, nos convencimos una vez más en 1986, cuando fue nombrado jefe de Radio Moscú un tal Kezbers, oriundo de una república báltica, que había ocupado hasta entonces cargos bastante extraños en diferentes embajadas soviéticas. Kezbers —hombre joven, enérgico, de tipo europeo— quiso aclarar cómo se oían las emisiones de Radio Moscú en el extranjero, cosa que no se le había ocurrido a ningún dirigente anterior. Resultó que las emisiones para el exterior se oían bastante bien... en el interior de la URSS, pero en los demás países la calidad de recepción de las ondas dependía mucho, como nuestra agricultura, de las condiciones atmosféricas. El Ministerio de Comunicaciones, desde hacía mucho, ahorrraba en el consumo de energía rebajando la potencia de las antenas de Radio Moscú. Kezbers decidió llevar a cabo una reestructuración. La sección cubana pasó de la Redacción Latinoamericana a la de Países

Socialistas, y la sección turca, de la Redacción Europea a la de Países de Asia y del Pacífico. Kezbers tenía unas cuantas ideas más –no menos «constructivas»–, pero un buen día, cuando apenas había pasado un año desde su nombramiento, desapareció del edificio de la calle Piátnitskaya. Poco después fue reconocido por sus antiguos colegas en las imágenes televisivas que llegaban de Riga: ocupaba el cargo de secretario del CC de Letonia y, al mismo tiempo, era el único funcionario comunista de tan alto rango que formaba parte de la dirección del Frente Popular letón.

Apuntemos que Radio Moscú ha sido utilizada con frecuencia como lugar de tránsito o destierro de cierta clase de profesionales. Muchos de los que trabajaban allí solían contar sus recuerdos de París, Londres o Singapur. No eran antiguos corresponsales en el extranjero (Radio Moscú casi nunca los tuvo). Quienes evocaban los buenos tiempos de su estancia en el extranjero eran diplomáticos o espías *quemados*.

Después de Kezbers, el timón pasó a manos de Alexandr Plevako. El nuevo director declaró de entrada que Radio Moscú debía ser portavoz de la *perestroika*. Algunos redactores jefes pasaron al retiro, se reestructuraron varias secciones y se comunicó a los periodistas que en adelante debían tener y manifestar su opinión sobre cualquier tema. No se les dijo cuál debía ser esa opinión, pero todos lo sabían de sobra. Radio Moscú iba a cumplir 60 años, se hablaba de un próximo aumento de los salarios y se estableció un sistema de primas. Para mejorar la calidad de las emisiones, se generalizó el modelo de los programas musicales e informativos. La música, en efecto, contribuyó a amenizar la programación. A medida que se desarrollaba la *perestroika*, fue cambiando también el tono y el contenido de los documentos oficiales que se transmitían. Como resultado, Radio Moscú ha perdido el auditorio (de por sí no muy numeroso) de quienes seguían con simpatía –desde lejos– la construcción de una sociedad de justicia social. Se ha quedado con un círculo muy reducido de oyentes: gente que se entretiene escuchando, por pura curiosidad, lo que se dice en el aire. Más los luchadores por la libertad que reciben instrucciones desde Moscú y los redactores de periódicos extranjeros títeres que reproducen nuestros materiales. En el sentido de la calidad profesional de las emisiones, nada cambió.

Cierta vez, al final de la jornada laboral, algunos empleados que seguían en el trabajo advirtieron una avioneta que evolucionaba sobre la Plaza Roja. Varios reporteros (de esos que saben «cogerlas al vuelo», salieron a *toda* prisa y fueron los primeros en entrevistar a Mathias Rust. Por la noche no había nadie para dar el «visto bueno», por eso el texto del reportaje, con la transcripción de las preguntas y respuestas, se quedó en la calle Piátnitskaya esperando la llegada de los redactores jefes a la mañana siguiente. Un día después, Alexandr Plevako dijo en una reunión de la plana mayor que unos «muchachos listos» no sólo habían corrido a ver lo que pasaba en la Plaza Roja, sino que se les había ocurrido preparar un reportaje, el cual, naturalmente, no había salido al aire. Pero, agregó, este hecho, de por sí, evidencia la inmadurez y absoluta falta de responsabilidad de esos periodistas.

Desde 1988, las emisoras extranjeras se remiten, cada vez con mayor frecuencia, a informaciones facilitadas por la agencia independiente Interfax, de Moscú. Dicha agencia ha venido informando de manera objetiva sobre las actividades y la vida interna de los partidos políticos de la URSS, las manifestaciones y las declaraciones de di-

versos personajes y entidades. Hace un trabajo de buen nivel profesional. Pero poca gente sabe que Interfax se halla instalada en el séptimo piso del edificio de la calle Piátnitskaya, donde se redactan las noticias y los materiales básicos para todas las redacciones de Radio Moscú. Los noticiarios se confeccionan según el principio de «menos información y más propaganda». ¿Cómo pudo nacer Interfax en el seno de Radio Moscú? He aquí la opinión de Alexandr Nejoróshev, que en su calidad de jefe del Servicio Mundial de Información en Ruso, ocupaba el despacho contiguo a las oficinas de la agencia.

– Interfax fue fundada de manera insólita y también son insólitas todas las circunstancias en que se inscribe su existencia desde entonces. Bien sabemos que a TASS, sin hablar ya de Radio Moscú, se le prohíbe transmitir noticias «calientes», «escandalosas» o «no comprobadas», mientras que a la nueva agencia, que se encuentra bajo control del vicepresidente de Gostelerradio para Radio Moscú, se le permite. El jefe de Interfax es un funcionario de Radio Moscú, que no apareció hasta hace poco en la sede de la calle Piátnitskaya y en cuyo curriculum hay extrañas lagunas...

El mandar en vanguardia a hombres de confianza es una vieja práctica. Se comprende que Nejoróshev se sienta amargado. El Servicio Mundial en Ruso inauguró sus emisiones en enero de 1989 y muchos periodistas capaces cifraban en él sus esperanzas de poder realizar, por fin, un trabajo interesante y verdaderamente profesional. Alexandr Nejoróshev logró formar poco a poco un *Equipo* eficaz, que le permitió aproximarse a los estándares internacionales de la información. El Servicio en Ruso fue el único en dar noticia de las manifestaciones paralelas celebradas el Primero de Mayo en Moscú (por lo que Nejoróshev estuvo a punto de ser despedido).

En una conferencia de la organización del PCUS de Gostelerradio, Eduard Sagaláev, director del telediario *Vremia*, dijo: «Seguiremos emitiendo el programa *Vremia*, es el noticiario del *Politburó*. Y emitiremos también TSN (Servicio Televisivo de Noticias), para que la gente sepa lo que ocurre *en realidad*».

«El Servicio en Ruso –dice Alexandr Nejoróshev– era el primer intento que se hacía en Radio Moscú para informar a la gente de lo que «ocurría en realidad». Las tentativas de Plevako de corregir la concepción de nuestro servicio no surtieron efecto. Nosotros nos habíamos fijado otra trayectoria. Entonces decidieron ‘corregirme a mí’: en noviembre me despidieron y nombraron en mi lugar al ex secretario de la organización del PCUS en Radio Moscú».

¿Cuál es hoy la orientación ideológica de Radio Moscú? Muchos periodistas de esta emisora abandonan el PCUS, cosa que ya no escandaliza a nadie. Está claro, por tanto, que *Pravda* ha dejado de ser un punto de referencia.

– Nuestros servicios de radiodifusión para el exterior se guían por la posición personal del Presidente soviético –explica Nejoróshev–. Plevako ha dicho siempre que él militaría en el mismo partido que Gorbachov. Pero lo gracioso del caso es que no sabemos qué dice realmente Gorbachov a nuestros jefes y qué parte corresponde a la interpretación que ellos hacen de las instrucciones presidenciales. Un reciente artículo de Leonid Krávchenko, el nuevo Presidente de Gostelerradio de la URSS, se titula: *He venido para cumplir la voluntad del Presidente*. Una de las primeras decisiones de nuestro flamante jefe ha sido prohibir la exhibición de documentales, películas y programas «hipercríticos» por la TV

Central.

– ¿En qué consiste la «voluntad del Presidente»?

– Acabo de releer el reciente decreto presidencial *Sobre la democratización de la televisión y la radiodifusión*. Hay en este documento un punto que le pone a uno los pelos de punta: viene a decir que el periodista no tiene derecho a expresar su opinión. Tengo entendido que el Presidente está preocupado por el hecho de que los medios de información social «se han desviado del buen camino» y están mal controlados. Para remediar esta situación, se está creando el Ministerio de Información que permitirá reunir todas las riendas en un solo puño. Ejercerá el control de la prensa (aunque me parece que no va a ser fácil, gracias a la nueva Ley de Prensa), la TV y la radio. Esto último es muy importante. El papel de la radio y la TV cobrará mayor importancia en los próximos tiempos, debido a la proyectada y brutal subida de los precios de la prensa escrita, a partir de enero de 1991, y el descenso del nivel de vida. La gente ya no podrá leer tantos periódicos y revistas como antes.

– ¿Hay algún motivo de optimismo?

– La semana pasada asistí al nacimiento de la Compañía de Radiotelevisión de Rusia. Su presidente es el escritor Poptsov, ex director de la revista *Sélskaya Molodiozh* (Juventud Rural), y el director general, Lisenko, el padre y ex director del programa *Vzgliad*. Es evidente que el lanzamiento de esta nueva compañía de RTV está relacionado con la estrategia de Yeltsin.

En enero de 1991, en la atmósfera política del país comenzaron a soplar vientos álgidos, que congelaron las iniciativas democráticas de los periodistas. Los sectores *ultras* del PCUS lograron reanimar las prácticas de la *guerra fría* en el campo de la propaganda. *Glásnost* (24.1.91) dio cuenta con marcado disgusto del aumento del tiempo de emisiones de Radio Libertad, instalada en Munich, en las lenguas nacionales de las tres repúblicas bálticas, a las que todavía se solía designar con el adjetivo de soviéticas. Dicha emisora dedicaba antes una hora diaria de programación a cada una de esas repúblicas, pero después de los sucesos de Vilnius y de Riga, donde tropas soviéticas ocuparon la Casa de la Prensa, la duración de las emisiones aumentó hasta tres horas al día.

En el siguiente número de *Glásnost* (31.1.91), el malhumor de la Redacción se traslucía en un título que olía a rancio: «*Libertad*» y *el prurito de hablar*. Con cuánta nostalgia, debían de recordar nuestros viejos ideólogos los tiempos en que se obligaba a la gente a escuchar la radio oficial en *toda* la geografía del inmenso imperio soviético. No me refiero a la radio alámbrica que existe hoy en todas las casas soviéticas, en todas las residencias, hoteles, empresas y oficinas, y que, al menos, tiene la ventaja de que se puede apagar cuando uno quiera, sino a la de antes, que vomitaba propaganda por los altavoces instalados en todas las plazas y plazuelas de miles de ciudades y pueblos. Esa práctica de imponer la escucha de la radio oficial desde las seis de la mañana hasta la medianoche sólo comenzó a plegarse a finales de los años ochenta.

A comienzos de 1991, en los medios de información controlados por el PCUS reapareció la moda de criticar a ultranza todo lo occidental y achacar nuestros problemas a las «intrigas imperialistas». El semanario del Gobierno *Pravítelstvenni véstnik* (núms. 17 y 27/91) publicó artículos con encabezamientos muy significativos: *Los centros de emigrados nacionalistas actúan descaradamente dentro del país*; *Los disfraces de Radio Libertad*. La TV Central no tardó en incorporarse a la campaña emitiendo a la hora de mayor audiencia un «informe documental» preparado y presentado por el espía del KGB O. Tumánov, al que *Rossískaya gazeta* (13.4.91) respondió en una reseña anunciada de la siguiente manera: «Acerca de las voces «ajenas» y «nuestras». El 7 de abril, la TV Central presentó en el primer canal «Voces ajenas». Dejando de lado el bajo nivel profesional del programa, cabe señalar que la compañía de Krávchenko nos hace volver a los tiempos de la guerra fría».

En esos tiempos de retorno del frío, tanto más grato nos resultó leer en el semanario *Sobesédnik* (núm. 4/91) una entrevista a toda plana con Savik Schuster, responsable del programa *En el país y en el mundo* en Radio Libertad. Dicho semanario, estrechamente vinculado a *Komsomólskaya pravda* y al CC del Komsomol, destacó en un comentario editorial y en la propia entrevista con Schuster que nuestro país había reconocido que el envío de tropas soviéticas a Afganistán constituyó un grave error de la dirección política del país. Pero una cosa es reconocer el error cometido, y otra, arrepentirse de verdad. En ningún momento, se pidió responsabilidades a quienes habían provocado esa guerra y durante muchos años trataron de justificarla e impedir que se abriera paso la verdad. En Afganistán, murieron no sólo 15 mil soldados soviéticos, sino también millones de afganos. ¿A quién atribuir la aparición de centenares de miles de jóvenes amargados, destruidos física y moralmente por la guerra en Afganistán? Todavía no hay nada o casi nada escrito sobre las atrocidades perpetradas por las tropas soviéticas en ese país. Los estadounidenses tuvieron que marcharse de Vietnam ante la epidemia de violencia entre sus soldados y más tarde escribieron mucho sobre el particular. Nosotros seguimos guardando silencio. En la entrevista concedida a *Sobesédnik*, Schuster refirió un detalle poco conocido en este país. La escalada de violencia y crueldad, así como la máxima intensidad de las operaciones militares en Afganistán se produjo, concretamente, en los años 1985 y 1986. De no haber contado los guerrilleros afganos con misiles Stinger y con un sistema eficiente de defensa antiaérea, el Buró Político habría ganado la guerra de Afganistán. El ejército soviético se retiró de ese país, pero durante mucho tiempo continuaron los enormes suministros de armas y comestibles al régimen afgano impuesto por Moscú, suministros agobiantes para nuestra economía.

A partir de los años 50, los soviéticos se fueron acostumbrando a escuchar emisiones extranjeras. No le sabría decir por qué, después de la

muerte de Stalin, en la URSS empezaron a venderse aparatos de radio de onda corta. A lo mejor, los máximos dirigentes del PCUS, incapaces como eran de presentar la verdad sobre el régimen, consideraban conveniente que los eslabones intermedios de la jerarquía administrativa tuvieran acceso a una información verídica sobre la actualidad internacional. De modo que los barones de la *nomenklatura* recibían a diario las voluminosas versiones taquigráficas que, a veces, ocupaban decenas de páginas de las emisiones extranjeras en idioma ruso o en otros idiomas de la URSS. Anualmente, se gastaban miles de millones de rublos para interferir las emisoras «enemigas». Esa práctica fue interrumpida y reanudada varias veces, pero las escuchas (hasta 1990, con la clasificación de «información secreta») seguían entregándose, a título exclusivo, a los altos cargos de la *nomenklatura* soviética (ministros, primeros secretarios del PCUS en las repúblicas o regiones, etc.).

Los presentadores de las emisoras occidentales que transmiten en idioma ruso y otras lenguas de la ex-URSS serán incorporados un día a la lista de los héroes nacionales. Será un reconocimiento oficial, pues durante muchos decenios, la juventud y los intelectuales soviéticos estuvieron pendientes de sus programas y sintonizaban cada noche esas emisoras para escuchar la verdad. En la prensa nacional siempre ha habido ciertos temas vedados, y aunque ahora quedan muy pocos, las emisoras occidentales son tradicionalmente la única fuente de información fidedigna y completa sobre tales temas.

Si no fuera por dichas emisoras, los soviéticos nos habríamos enterado del accidente de Chernóbil muchos meses más tarde. La Voz de América, BBC, Onda Alemana y Radio Libertad informaban de esa catástrofe nuclear constantemente. Al cabo de cuatro años, las autoridades soviéticas tuvieron que reconocer a regañadientes lo siguiente: 1) el sistema de alerta a la población en el accidente de Chernóbil no se utilizó; 2) a los escolares de Kíev les hicieron participar en la manifestación festiva del primero de mayo, cuando la ciudad ya estaba contaminada por la radiación; 3) los nuevos poblados para los habitantes de Chernóbil fueron construidos en una zona afectada por el accidente, y, por lo tanto, inservible; 4) centenares de miles de personas todavía residen en las regiones, donde los productos agropecuarios se caracterizan por altos niveles de radiactividad, y a pesar de ello se dedican a la agricultura y... distribuyen tales productos por todo el territorio nacional; de este modo, la carne contaminada se utiliza en la producción de embutidos en Siberia; la leche radiactiva llega a los niños de Asia Central, etc.; la lista de esos crímenes, que no podían ser denunciados a causa de la censura, es interminable; 5) hasta la fecha, la población de las regiones afectadas carece de asistencia médica adecuada, así como de productos alimenticios; ni siquiera se les paga una indemnización (en algunos casos, sólo un aumento salarial de 15 rublos mensuales) y

sólo en 1990 nos enteramos de que los territorios contaminados de la Federación Rusa, Ucrania y Bielorrusia se equiparan, en cuanto a la extensión, a la mitad de Europa Occidental.

Ya lo he dicho y lo repito: si no fuera por las emisoras occidentales, las autoridades soviéticas habrían tardado muchos años en revelar esa horrible estadística. Sólo ahora se nos deja entender que millones de personas morirán a causa de enfermedades provocadas por la radiación. Para colmo, todavía nos negamos a recibir la ayuda de la comunidad internacional, en primer lugar, de los japoneses. Lo ideal sería firmar con Japón un tratado de paz, entregarles las Kuriles y, a cambio, recibir un amplio programa de ayuda a los damnificados de Chernóbil. Pero en vez de ello, el Ministerio de Defensa obtiene la autorización del Gobierno y empieza a construir tres portaviones para cuyo mantenimiento, según declaró el académico y diputado Gueorgui Arbátov, los contribuyentes tendrán que pagar miles de millones de rublos anuales (en precios de 1991).

En 1989, se interrumpieron las interferencias de los programas de la Radio Libertad, y en la prensa central de la URSS aparecieron los primeros reportajes desde la sede de esta emisora, en Munich, e incluso entrevistas con algunos periodistas y locutores. La Voz de América obtuvo autorización oficial para tener un corresponsal en la URSS.

Hay otra innovación que hace algunos años hubiera parecido inconcebible: el periódico oficial soviético *Izvestia* (14.08.90) publicó las bases del concurso literario convocado entre radioyentes soviéticos por... la Redacción rusa de la emisora Onda Alemana. Formó parte del jurado un representante soviético. En la organización del concurso, participaron trabajadores de Onda Alemana, embajada de RFA en Moscú, consulados generales en Leningrado y Kíev y el Instituto Goethe que a los dos premios dotados de 5.000 marcos cada uno por los mejores radiocuento y radiopieza en ruso, añadió dos plazas pagadas en los cursillos de idioma alemán en RFA de dos meses de duración.

Dicho concurso fue parte integrante de un programa más amplio. El 7 de agosto de 1990 en Moscú se registró un acontecimiento insólito: Gostelerradio de la URSS y la emisora Onda Alemana, que en un pasado reciente era considerada «subversiva» por las autoridades oficiales soviéticas, firmaron un convenio de colaboración.

En el semanario *Kuranti* (31.7.91), Elena Tumólskaya contó las impresiones de su visita a la sede central de la Onda Alemana, en Colonia:

Nuestra propaganda doméstica llegó a hacernos creer que hasta la propia sede de la Onda Alemana (OA) estaba cuidadosamente camuflada. Sin embargo, desde el centro mismo de Colonia se divisa a lo lejos, en dirección sudoeste, el conjunto de tres rascacielos, que juntos se asemejan a un faro. Uno de los alemanes que me acompañaban en esa excursión improvisada comentó en tono de broma que la

Onda Alemana es como la torre de TV Ostankino, de Moscú, sólo que cortada en tres partes. Como en *toda* broma, algo había de verdad: los edificios del «estado mayor» y las redacciones alcanzan una altura de 138 metros. Aunque parezca extraño, la sección rusa no ocupa, ni mucho menos, una posición «central». En el primer momento me pareció que había regresado repentinamente a la URSS: por todas partes oía hablar nuestra lengua materna sin el menor acento. Pero es que me encontraba en un diminuto islote donde la gente hablaba ruso: la mayoría de los trabajadores del Servicio Ruso de la OA son ex ciudadanos soviéticos. La redactora Neli Kossko, con quien tuve ocasión de conversar, es de origen alemán, pero vivía antes en Moldavia. Emigró hace 16 años, en 1975. Este trabajo lo encontró casualmente. Un reportero de la OA le hizo una entrevista, y fue así como entró en contacto con la emisora. Muchos emigrados de la URSS llegaron al Servicio Ruso más o menos de la misma manera. Ahora, claro es, a la nueva generación de emigrantes le resulta mucho más difícil colocarse en este servicio.

– La Onda Alemana tiene una reputación de emisora seria, algunos la encuentran demasiado seria –dice Neli Kossko–. En comparación con la BBC y otras estaciones, no reaccionamos inmediatamente a los acontecimientos políticos, no nos apresuramos a manifestar nuestra admiración o lanzar críticas. Creo que en ello se manifiesta uno de los rasgos del carácter germano: nuestra prudencia en los juicios, nuestro gusto por la exactitud, por la precisión de los detalles. En nuestra programación, concedemos mucho espacio a las traducciones de textos tomados de la prensa alemana. Quizá sea esta la causa de que no tengamos aquí estrellas del tipo de Seva Novgoródtsev, de la BBC. Creo que en la OA no hubiera podido brillar de esa manera. Tenemos otra forma de presentar los materiales, otro estilo.

– ¿Debo entender que ustedes rehuyen lo sensacional, prefieren mantener una actitud expectativa?

– Antes de transmitir una «noticia-bomba», la comprobamos, aunque ello requiera mucho tiempo. En nuestra Redacción recurrimos de vez en cuando a los servicios de corresponsales que residen en la Unión, al objeto de obtener información más fidedigna. Y en tales casos me toca trabajar bastante en mi calidad de redactora, pues hay mucha diferencia entre los periodistas de su país y los occidentales. En Rusia, predominan las emociones, y ello redundando en detrimento de la apoyatura fáctica. Recuerdo el caso de un joven periodista moscovita que nos mandó un reportaje de Lituania. Disponía de datos interesantes, pero puso el acento sobre... la descripción de un paisaje invernal, los árboles alestargados y el cielo gris, tratando de ofrecer una representación alegórica de la situación política en las repúblicas bálticas. En definitiva, más que un reportaje, aquello parecía un parte del tiempo.

En la Onda Alemana hay 34 servicios en lenguas distintas. Por eso nadie se extraña cuando se encuentra por los pasillos con gente hablando en árabe, inglés, portugués, ruso...

La principal subdivisión es el Departamento de Emisiones en Alemán. En la propia RFA, además de la producción radiofónica de la OA, gozan de gran audiencia sus programas de TV, sobre todo los informativos. En el terreno de la información, la Onda Alemana ocupa el primer puesto entre las cadenas nacionales.

– ¿Existe algún mecanismo de control de sus emisiones por parte del Gobierno?

– No hay censura en el sentido que suele darse a esta palabra en la URSS; la emisora es responsable de su producción y puede ser llevada a juicio si difunde información falsa o inexacta. La Onda Alemana goza del estatuto de entidad pública independiente. Sus actividades son financiadas por el Gobierno federal.

Hemos dejado ya de considerar la Onda Alemana como una «voz enemiga». La emisora de Colonia enjuicia con criterio objetivo y actitud benevolente el acontecer de nuestro país. Hace poco, su personal envió paquetes de ayuda humanitaria a varias casas de niños de Moscú y un asilo de ancianos de Letonia. Por lo que he podido juzgar, los alemanes desean sinceramente ayudarnos a superar este trance tan difícil por el que estamos pasando.

En setiembre de 1990, valiéndose de que se había suprimido la censura, varias publicaciones soviéticas informaron de un acto sin precedente celebrado en Kíev: una reunión abierta de la Redacción de la emisora Libertad de Munich.

Ante los reunidos, hicieron uso de la palabra Vladímir Malenkóvich, redactor del espacio *Derechos humanos* y miembro del grupo ucranio de Helsinki; Davy Arkádiev, colaborador permanente de Radio Libertad, y muchos otros publicistas y autores de programas cuya audiencia en la URSS sobrepasaba los 50 millones de personas, según datos de la emisora.

Se aclaró que en Ucrania la *glásnost* tropezaba todavía con muchas limitaciones; por eso, las emisoras occidentales seguían contando con un inmenso auditorio. La sala en que tuvo lugar la reunión de la Redacción estuvo llena: la gente ansiaba saber la versión no oficial de la muerte del académico Sájarov, enterarse de las actividades que Ivashko, ex-primer ministro ucranio y hoy subsecretario general del CC del PCUS, desplegó cuando ocupaba el cargo de asesor militar en Afganistán, y de otras muchas cosas...

A la pregunta sobre el futuro de la emisora de Munich, Vladímir Malenkóvich respondió: «Hoy, en los medios de información soviéticos aparecen juicios mucho más críticos que en nuestros espacios radiales. Pero consideramos necesario seguir saliendo al aire. Cuando desaparezcan todas las barreras y cada soviético tenga la posibilidad de viajar al extranjero y conocer cómo vive allí la gente, nuestro trabajo sería innecesario. Pero no sé cuándo llegará ese día».

Durante largos decenios los soviéticos pasaban noches en vela, sintoniando emisoras occidentales que en sus programas informaban sobre el acontecer en la URSS y en el mundo. En la época de Stalin, escuchar emisoras «subversivas» constituía un delito. Jruschov y Brézhnev también perseguían a aquellos que obtenían información de las fuentes radiales oficialmente prohibidas. Sin embargo, el dinero de los contribuyentes

occidentales no se malgastaba. Todo radioyente soviético políticamente activo sabía que la emisora de Londres le informaría sobre las últimas noticias políticas y musicales; desde Washington podría escuchar programas sobre la vida en EE.UU.; Onda Alemana de Colonia brindaba información detallada sobre los sucesos en la RFA y en los países de Europa del Este; la emisora Libertad de Munich se especializaba en comentarios sobre la vida en la URSS.

La prensa soviética guardando silencio, seguía muy atentamente las noticias emitidas por estas «voces». Sin embargo, hacía referencias a ellas, pero sin mencionar la fuente. Qué no hicimos para protegernos de estas radioemisoras: introducíamos espías en ellas, hacíamos explotar los transmisores, publicábamos libros sobre baja calidad moral de los emigrantes que allí colaboraban, ahogábamos sus programas, fabricábamos millones de aparatos de radio que no servían para nada y aterrorizábamos a nuestros radioyentes. Todo en vano. Por las mañanas en el trabajo los soviéticos intercambiaban, en secreto, las noticias que acababan de escuchar.

Mientras tanto, en los centros de enseñanza superior del PCUS, así como en otras instituciones docentes, decenas y centenares de «científicos» y funcionarios del partido inundaban el país de folletos y artículos de «contrapropaganda» para enfrentarse a la «propaganda imperialista burguesa», criticar el nacionalismo y ensalzar los «ideales comunistas». Era un trabajo bien remunerado, con el que se ganaban la vida legiones de publicistas.

Para millones de habitantes de la URSS los programas de las emisoras occidentales constituían un rayo de luz en el reino de las tinieblas. Los círculos gobernantes del Kremlin utilizaban esta información con sus propios fines. Los aparatos de interferencia funcionaban sin parar y su radio de acción abarcaba las principales ciudades, incluidas las capitales de distrito. Como es lógico, para cumplir eficazmente este cometido, en los equipos perturbadores se gastaban sumas exorbitantes, incomparables con el presupuesto de emisoras occidentales.

Sin embargo, en los vastos espacios del territorio soviético había también donde se podía escuchar tranquilamente, sin interferencias los programas emitidos desde el extranjero (por cierto que en los países socialistas de Europa del Este no se interferían las emisiones en vista de la ineficacia de tal medida: los emisores se encontraban demasiado cerca de sus fronteras). Por ejemplo, en zonas rurales a lo largo de la frontera occidental de la URSS potentes receptores captaban todas las emisiones radiofónicas en ruso, que se transmitían desde Occidente. Luego, las radiointerceptaciones se enviaban al estudio especial de Gostelerradio de la URSS en la calle Piátnitskaya de Moscú. Un sinnúmero de mecanógrafas, redactores y técnicos descifraban las grabaciones y las pasaban a máquina, sacando tres copias. Un funcionario de determinado rango leía las noticias internacionales y, acto seguido, daba parte a los dirigentes de Goste-

lerradio, los cuales estaban encargados de enviar los resúmenes informativos al CC del PCUS. Los jefes de emisoras occidentales, que en su mayoría eran gubernamentales o mantenían contactos con autoridades oficiales, sabían muy bien que cualquier noticia importante transmitida en ruso, en minutos contados (y en cualquier hora del día y de la noche) sería comunicada a las estructuras gubernamentales soviéticas correspondientes. Tal sistema se aplica hasta el día de hoy.

Las repúblicas también tenían, y tienen, servicios de escucha de las emisiones en lenguas de otros pueblos de la URSS. Los norteamericanos emiten programas en una veintena de idiomas nacionales. Los georgianos, armenios, ucranios, así como los habitantes de las repúblicas bálticas y centroasiáticas escuchan el punto de vista de sus compatriotas que trabajan en La Voz de América o en Libertad y lo hacen con sumo interés.

Si los periodistas rusohablantes moscovitas que dan cobertura informativa a los problemas complejos del movimiento de liberación nacional en las formalmente soberanas repúblicas federadas de la ex-URSS muy a menudo «meten la pata» por desconocer las tradiciones locales o para no disgustar a los dirigentes del Kremlin, los georgianos (uzbekos) que trabajan en las redacciones georgianas (uzbekas) de las emisoras estadounidenses La Voz de América y Libertad (en Occidente la conocen con el nombre de Europa Libre, filial que emitía programas para los países antes socialistas de Europa del Este) raras veces cometen desaciertos. Mientras Moscú, por medio de la propaganda, trata de imponer su voluntad y determinado punto de vista a las repúblicas federadas, los ex ciudadanos soviéticos simplemente brindan información a sus compatriotas, sin adelantarse a los acontecimientos ni dedicarse a las provocaciones.

Todo georgiano que se interesa mínimamente por la política conoce el nombre y la voz de Marina Ellis (Ebralidze), colaboradora de la Redacción georgiana de La Voz de América, y de Konstantín Nadirashvili de la Redacción rusa de Libertad. Y de súbito ve en el periódico *Vecherni Tbilisi* (12.12.90) y en el diario *Molodiozh Gruzii* (31.8.90) retratos de estas personas. Por si faltara algo, tiene la oportunidad de leer el artículo de Vladímir Matusévich, jefe de la Redacción rusa de Radio Libertad, sobre la ceremonia de entrega del Premio Nobel de la Paz 1990 al Presidente de la URSS, Mijaíl Gorbachov. *Vecherni Tbilisi* acompañó la entrevista a Ellis con el extenso comentario de V. Matusévich. Nadie pone en duda que el comunicado de TASS sobre la ceremonia, celebrada en Noruega, ha resultado aburrido y mediocre. Y es lógico, puesto que ningún periodista de TASS se hubiera atrevido a escribir que en Oslo los parlamentarios de Lituania, Letonia y Ucrania, así como activistas de movimientos pro derechos humanos de Rusia y Moldavia sometieron a críticas virulentas la decisión tomada por el Comité de los Premios Nobel.

El decreto del Presidente Yeltsin sobre la apertura de oficinas de corresponsales de Radio Libertad en Rusia

Claro, los periodistas de las emisoras occidentales se ganan el pan transmitiendo sus programas para nosotros. No es ningún secreto que las programaciones radiales «imperialistas», surgidas a principios de los 50, defiendan, en primer lugar, los intereses de los gobiernos de aquellos países que financian la actividad de unas u otras emisoras. El que paga, encarga la música. Pero nosotros no tenemos de qué escoger y por eso nos vemos obligados a sintonizar los programas de «cadenas enemigas». Y sus autores —¡vaya picaros!— procuran brindarnos información objetiva y expeditiva sobre nosotros mismos, o sea, se esfuerzan por mantenernos bien informados, mientras que la prensa soviética peca de desaciertos e imprecisiones. Tras el derrumbe de la prensa del PCUS, sus funciones pasaron a las cadenas centrales (moscovitas) de radio y televisión. Cinco años después del inicio de la *perestroika* los medios audiovisuales de información masiva se convirtieron en el principal instrumento del poder presidencial, del gobierno central y de las fuerzas centristas y derechistas.

Emigrantes periodistas de Europa Libre eran portavoces de la oposición en los países de Europa del Este hasta el momento en que allí sufrieran derrota los Partidos Comunistas gobernantes. El caso de la URSS es análogo: La Voz de América, Libertad, BBC y Onda Alemana divulgaban las ideas anticomunistas y apoyaban a los reformistas soviéticos, ofreciéndoles la oportunidad de tener audiencia de millones de personas en la URSS y en todo el mundo. Sin los esfuerzos de Libertad y de Europa Libre, no habrían podido aparecer el sindicato polaco Solidaridad ni figuras políticas como Lech Waleśa, Vaclav Havel y Borís Yeltsin. Los partidos comunistas que gobernaban en casi un tercio de la tierra firme del planeta, desde Europa del Este hasta el litoral del Pacífico, tenían en la segunda mitad del siglo XX una fuerte oposición: las emisoras antisoviéticas y anticomunistas de Munich y una decena de otros centros radiofónicos occidentales.

Según informó *Pravítelstvenni véstnik* (núm. 1/91), casi 2.000 emisores, de una potencia de 5 a 200 kilovatios, «protegían» antes el territorio soviético contra las «intrigas» de radios foráneas. De este número, 200 instalaciones se utilizaban para retransmitir programas radiofónicos de las diferentes repúblicas; otros tantos se asignaron al ejército, a la Marina mercante y a la policía; 80 emisores fueron puestos a disposición de Radio Moscú Exterior; 500 «se conservaron» para su eventual utilización en el futuro (!) y los demás fueron desmontados.

En 1990, se levantaron las limitaciones impuestas a la fabricación de receptores con bandas de ondas cortas de 13 a 25 metros. La ausencia de

tales equipos permitía ahorrar bastantes recursos en la interferencia de las emisoras occidentales que transmitía programas en ruso o en otros idiomas de la URSS.

No obstante, pronto se reanudaron las interferencias, sólo que con métodos más refinados. En vez de los mugidos de motores de antes, se emitía música u otra clase de sonidos que cubrían casi por entero las «voces» occidentales. El agente del KGB Oleg Tumánov, que trabajó muchos años en Radio Libertad, lo dijo de manera sutil en su documental presentado por la TV Central el 7 de abril de 1991: «Desde 1988, prácticamente, no se interfieren las emisiones de radios extranjeras». Traducida de la nueva lengua de la mentira al lenguaje corriente de la gente normal, esa fórmula tan elegante quiere decir que «en la práctica» se continuó interfiriéndolas.

Lo de aquí está claro. Pocos cambios, y muy a regañadientes. Veamos ahora cómo evolucionó la labor de las radios occidentales en los últimos tiempos. Al fin y al cabo, ellos tampoco —en Radio Libertad, por ejemplo— gozan de absoluta libertad. He aquí cómo respondió a las preguntas de Andréi Malguín, director de la revista moscovita *Stolitsa* (núm. 24, 24.6.91), el director del Servicio en Ruso de Radio Libertad, Vladímir Matusévich:

— ¿Ha habido algún cambio, estos últimos tiempos, en la actividad de la emisora, en la orientación y la tonalidad de los programas?

— Por supuesto. Antes nos hallábamos totalmente aislados de la Unión Soviética. Recibíamos una carta cada tres meses, por lo general inspirada por el KGB y llena de insultos. No sabíamos ni quién nos escuchaba ni cuántos oyentes teníamos.

— ¿Ahora lo saben?

— Poco más o menos. En mi calidad de crítico de cine, me tocó en suerte asistir a muchos festivales. Antes, mis antiguos conocidos, cuando se topaban conmigo de narices, cambiaban de cara y se escurrían enseguida por la puerta más cercana. Si alguno de ellos me dirigía la palabra —algún Gueorgui Kaprálov o Rostislav Yúrenev—, bastaba con dos o tres frases para que quedase claro quién le había encomendado que conversara conmigo y con qué finalidad.

No sentíamos el auditorio, y ello nos enervaba. Era fácil caer en el trabajo chapucero, se podía llenar el aire con cualquier bobada. Nos faltaba ese sentido de responsabilidad que experimentamos ahora, cuando sabemos que tenemos millones de oyentes.

Cuando llegué a Radio Libertad, me encontré entre los trabajadores del servicio ruso con gente que pertenecía a la primera generación de emigrados. Eran personas de edad avanzada. Víctor Frank, Vladímir Varshavski y Gaito Gazdánov, aunque estaban en minoría, influían sobre el ambiente que reinaba en la radio. Por lo que se refiere a la mayoría, eran representantes de la llamada *segunda ola de la emigración*, es decir, los que abandonaron el país durante la guerra o en la posguerra inmediata. A mediados de los años 70, comenzaron a aparecer emigrados de la *tercera ola*, que fueron recibidos de uñas por los de la segunda. En gran medida, las quejas y recelos de estos últimos eran motivadas.

Nuestros jefes norteamericanos partían a menudo del principio de que el ser ruso y haberse marchado de la URSS era ya una profesión. El género de ocupación al que se había dedicado una u otra persona antes de emigrar —que fuera contable, militar o ingeniero—, les interesaba menos. Por eso se admitió en la Redacción a mucha gente «casual», desprovista de talento. Su inepticia se ha revelado sobre todo en estos últimos años, en el período de la *perestroika*. Por suerte, ahora se han incorporado a la plantilla muchos periodistas de talento.

— Cuando se inició la *perestroika* y dejaron de interferir sus emisiones, ¿cómo reaccionaron ustedes? Hablaba antes de un nuevo sentido de responsabilidad...

— En realidad, sufrimos un *sbock*. Tuvimos que llevar a cabo una *perestroika* en nuestra propia Redacción. En las nuevas circunstancias, nos gustara o no, entrábamos en una fase de competencia con los *mass media* soviéticos. Actualmente, casi todos coinciden en que somos la emisora que cuenta con la mayor audiencia en la URSS. Y eso que nosotros jamás hemos coqueteado con los oyentes, no tratamos nunca de ganárnoslos a *toda* costa. Como hace, por ejemplo, La Voz de América al radiar programas juveniles con un falso *disc-jockey*, que se pone a leer en un ruso macarrónico fragmentos de las memorias de Michael Jackson. Nunca nos hemos rebajado a ese nivel.

— ¿Cuántas cartas de oyentes soviéticos recibe ahora Radio Libertad?

— No puedo dar una cifra exacta, pero pienso que son más o menos unas sesenta a la semana. Desgraciadamente, carecemos de un sistema elemental para sistematizar y analizar la correspondencia.

— ¿Será posible? Yo tenía entendido que cuentan ustedes con un verdadero centro de investigación...

— Sí, pero ese centro se dedica fundamentalmente al procesamiento de la prensa soviética, la escucha y el análisis de los programas de radio y TV de la URSS, el estudio de los discursos y declaraciones de personalidades oficiales, de los comunicados de las agencias de información, etc... Todo esto constituye una gran ayuda para nuestro trabajo.

— ¿Leen también nuestra revista?

— Sí, con suma atención... Volviendo al tema de las cartas, debo decir que me alegran mucho las que nos escriben jóvenes oyentes, desde estudiantes hasta obreros que trabajan en rincones de mala muerte. Comprenden todo lo que está pasando, razonan con buen juicio y emiten opiniones muy interesantes.

— ¿Podría decirnos a qué tipo de oyentes van dirigidas sus emisiones?

— Nosotros nos dirigimos a todas las categorías de la población. Ciertamente, en nuestras emisiones predominan los programas políticos, y si una persona no tiene inquietudes políticas es poco probable que se convierta en asiduo oyente de Radio Libertad. Pero, por lo que veo, en la URSS hay cada día menos personas de este tipo.

— Pero no todo es política en sus emisiones. Hay muchos programas centrados en temas culturales. Y también espacios en que se examina el problema de las nacionalidades...

— Cuando se inició la *perestroika* y se proclamó la *glásnost*, pasamos momentos de inquietud. Nos parecía que los medios soviéticos de información empezaban a pisarnos los talones. Pero ahora vemos que la prensa y, menos aún, la radio y la TV soviéticas no abordan los problemas más graves... Problemas entre los que figuran los de las

relaciones interétnicas y, en general, las cuestiones nacionales. El semanario *Soyuz* trata de hacer algo en esta vertiente, pero es una publicación de tirada muy reducida. La TV Central, en lo que concierne a los acontecimientos en diferentes repúblicas, miente descaradamente. Nosotros nos esforzamos por informar al máximo sobre esos problemas.

Por lo que se refiere a los temas culturales, en otros tiempos tuve que sostener una verdadera batalla contra muchos componentes de nuestra Redacción que subestimaban la importancia de esta temática. Nuestros programas culturales tienen connotaciones políticas, pero enfocan los correspondientes problemas con perspectiva, sin pegarse al terreno de la actualidad entendida de manera simplista. Esto gusta a los oyentes. Me consta, por ejemplo, que el programa *Por encima de las bañeras* cuenta con mucha audiencia, y no sólo en los ambientes intelectuales.

– Radio Libertad tiene otra virtud: nos permite ver lo que pasa en el país como quien dice «desde fuera». Es bueno poder enfocar los acontecimientos de esta manera, sin que nos nublen la vista los intereses y pasiones individuales o de grupo... Pero últimamente ustedes recurren cada vez más a colaboraciones de autores residentes en la Unión Soviética. Algunos espacios –*En el país y en el mundo* o *Aspectos*, por ejemplo– constan por entero de crónicas de toda clase de corresponsales soviéticos, transmitidas por teléfono. Por supuesto, esto permite seguir más de cerca el ritmo de la actualidad. Pero, por otra parte, supone el riesgo de perder esa virtud a que me he referido antes. ¿No temen ustedes convertirse en el portavoz de determinadas fuerzas sociales de la URSS?

– Ese peligro es real. Debemos esforzarnos por guardar las proporciones. Ahora bien, hoy ya no podemos pasarnos sin la ayuda de esas decenas de corresponsales y colaboradores de diferentes ciudades y confines de la URSS. Por regla general, les señalamos una tarea concreta, es decir, les pedimos que preparen una crónica sobre un tema determinado. Algunos no responden a nuestras esperanzas, en tal caso dejamos de colaborar con ellos. Pero otros han revelado excelentes dotes de reporteros y participan en nuestras emisiones diariamente.

– ¿Les pagan algo?

– Supongo que en su revista también pagan honorarios a los autores, ¿no?

– Radio Libertad recuerda constantemente a sus oyentes que su actividad es financiada por el Congreso de los Estados Unidos. Tengo entendido que en el Congreso y en los medios norteamericanos de comunicación de masas se plantea de tiempo en tiempo la cuestión de si en nuestro días es indispensable la existencia de una emisora que les dice a los rusos lo que está pasando en su país, un país donde se está instaurando la libertad de expresión y aparecen nuevos y nuevos periódicos, revistas y también nuevas estaciones de radio. Mantener una emisora que transmite en ruso durante las 24 horas del día (y aún habría que agregar los programas en otras lenguas de la URSS) les cuesta bastante caro a los contribuyentes norteamericanos. ¿No teme usted que el Congreso opte por cerrar Radio Libertad?

– Es una pregunta que me hacen muy a menudo. Y siempre contesto lo mismo: no temo tal contingencia. En EE.UU. nadie se hace ilusiones respecto al nivel de transparencia informativa alcanzado en la URSS. Todavía les queda mucho camino que cubrir para llegar a la plena libertad de expresión. Si alguna vez se emiten ciertas dudas, es

más bien en relación con Europa Libre que emite en las lenguas de los antiguos países socialistas de Europa (y ahora también en los idiomas de las repúblicas bálticas). Pero, recientemente, los presidentes de Checoslovaquia y Polonia se dirigieron al Congreso norteamericano pidiéndole que siguiera financiando la actividad de Europa Libre. Es más, últimamente se ha organizado la retransmisión de sus programas por emisores locales de Praga, Varsovia y Sofía. Hace unos días se debatió en el Congreso norteamericano el tema de las asignaciones a Europa Libre y Libertad. Nadie puso en entredicho su utilidad.

– Por cierto que, hace cosa de medio año, el presidente Bush elogió la labor realizada por ambas emisoras... ¿Resulta que la Administración norteamericana gasta mucho dinero para contribuir al desarrollo de la democracia en otros países?

– Así resulta, en efecto.

– ¿No suponen esas actividades cierta injerencia en los asuntos internos de otros países, en particular del nuestro? ¿Quién puede determinar qué procesos son positivos en un país concreto y merecen ser apoyados, y cuáles no merecen ese apoyo? Son cuestiones muy delicadas...

– Desde el principio mismo, las emisoras Libertad y Europa Libre fueron concebidas como sustitutas de los medios nacionales de información social. Cuando en la URSS y los países de Europa Oriental, haya medios de comunicación de masas que cumplan plenamente su misión, dejarán de ser necesarias esas sustitutas. Pero eso, voy a repetirme, ocurrirá sólo en un futuro lejano. Aun en el caso de un desarrollo favorable, tendrán que pasar decenios antes de que se instauren definitivamente en la URSS las normas democráticas de las sociedades civilizadas.

– ¿Se dan casos en que los proyectos de periodistas del servicio de emisiones en ruso entran en contradicción con las tareas fijadas por la administración norteamericana?

– Son cosas que ocurren de vez en cuando. Para resolver estos casos está el redactor, que es quien decide lo que puede y lo que no debe salir al aire, lo que se debe tachar y lo que conviene agregar.

– ¿No les molesta ese control permanente por parte de los americanos? –¿De los americanos, dice usted? Yo soy americano.

– Me refiero al control del redactor, a esa forma de censura.

– ¿Control del redactor o censura? –Digámoslo más claro: censura.

– No hay censura previa. Lo que sí hay es un sistema normal y corriente de control por parte del redactor. Hoy, por ejemplo, he dado indicaciones para que no se emita ningún artículo sobre el conflicto armenio-azerí sin habérmelo traído antes para que lo escuche. Es una materia explosiva y muy delicada, cualquier palabra imprudente puede tener graves consecuencias. No quiero que nos acusen una vez más de haber tomado partido por una de las partes en conflicto. En este caso, soy yo quien decide, y no interviene en el asunto ningún otro «americano».

A diferencia de la Voz de América, nosotros no estamos obligados a reflejar siempre el punto de vista oficial del Gobierno estadounidense. En algunos casos, hemos criticado la posición de la Administración americana, particularmente en relación con la guerra del Golfo. Pero eso ocurre rara vez. Porque lo que más nos preocupa son los problemas sovié-

ticos, y no los de Estados Unidos.

– De todos modos, en momentos de agudización de la situación política en la URSS, ustedes tienen que hacer una apreciación del momento. Seguramente, sienten más simpatía por los demócratas que por el general Makashov, digamos...

– Indudablemente.

– De ahí se desprende que ustedes toman partido.

– Entiendo por dónde va. En nuestro servicio de emisiones en ruso trabajan personas con criterios diversos. Está, por ejemplo, Vladímir Malinkóvich, el responsable del espacio *Barómetro*. Pues bien, Malinkóvich es un centrista convicto y confeso, tiene poca confianza en los demócratas radicales y recibe constantemente cartas airadas de los partidarios de Yeltsin, Afanásiev y Mura-shov. Sus corresponsales le dicen que él recibe dinero del Congreso norteamericano, pero está trabajando en favor del KGB. Como ve, en nuestra Redacción hay pluralismo.

Hasta ciertos límites, claro. Si algún miembro de nuestro servicio mostrara simpatía por las ideas nacional-patrióticas, como las que defiende la asociación *Pamiat*, yo haría uso de mis poderes para apartarlo del micrófono.

– Pero bien cedieron el micrófono a Polozkov y a los dirigentes de los Partidos Comunistas de las repúblicas bálticas...

– Eso es diferente. Por cierto, que podríamos alargar esa lista... Les damos la posibilidad de exponer su posición.

– ¿Y luego hacen algún comentario?

– No siempre. Si Polozkov o Dzasójov intervienen en el espacio *En el país y en el mundo*, no comentamos sus declaraciones. Pero es posible que lo hagamos en otro programa. Todo depende del género y del presentador. Fatima Salkazánova, por ejemplo, entrevistó recientemente a Chejóev, uno de los dirigentes del grupo parlamentario Soyuz. Fatima es una periodista de temperamento muy agresivo, «arranca» las respuestas a sus interlocutores y no tiene reparo en manifestar la opinión que le merecen.

Yo tengo otro temperamento. Cuando entrevisté a Gamsajurdia, me esforcé por mostrarle mi respeto. No es culpa mía que el entrevistado no quedara bien del todo. Fue él mismo quien «se destapó».

No creo que nadie sospeche que sentimos simpatía por Polozkov, Petrushenko, Alxnis o Shved. Pero ellos mismos nos piden constantemente que los entrevistemos. A los escritores patrioter los pasa lo mismo: por más que los critiquemos, siguen insistiendo para que les cedamos nuestros micrófonos.

– Resumiendo, podemos decir que Radio Libertad, aunque trata de ser objetiva en sus apreciaciones, tiene su propia posición con respecto a nuestros problemas...

– Claro que sí. Usted me preguntó antes por el control americano. Somos una emisora financiada por el Congreso estadounidense y sería extraño que difundiéramos ideas contrarias al espíritu y la letra de la Constitución de los Estados Unidos, los principios básicos de la política exterior e interior de este país y el propio sistema de valor adoptado por las naciones democráticas. Si yo fuese, por ejemplo, un comunista ortodoxo e idolatrara a Polozkov o Nina Andréeva, lo más probable es que no podría trabajar en esta institución. Pero no siento ninguna limitación interna, porque mis convicciones coinciden con los principios básicos que he mencionado antes. Estoy seguro de que lo mismo po-

drían decir la mayoría de los colaboradores del Servicio de Emisiones en Ruso de Radio Libertad.

Radio Libertad demostró su independencia en el contexto del golpe de Estado de agosto de 1991. Sus dos corresponsales en Moscú, Andréi Babitski, de 27 años, y Mijaíl Sokolov, de 29 años, realizaron durante esas tres jornadas un reportaje en directo y continuo desde el undécimo piso de la *Casa Blanca*. Cuando el asalto parecía inminente, Radio Libertad fue el único medio de comunicación que todavía tenía la posibilidad de informar sobre lo que ocurría en torno a la sede del Parlamento ruso.

Como consecuencia inmediata de la victoria de los demócratas y la desaparición del PCUS del escenario político, ha cambiado el *status* oficial de Radio Libertad en Rusia. Por primera vez en la historia del periodismo internacional, la inauguración de una oficina de corresponsales fue precedida por un decreto del jefe de Estado. Reproducimos a continuación el texto del decreto y una entrevista con Vladímir Matusé-vich, que el semanario moscovita *Tiempos Nuevos* publicó en su número 36 de 1991:

El decreto núm. 93, firmado por el Presidente de Rusia, Borís Yeltsin, el 27 de agosto, dice: «En relación con la solicitud de la Dirección de la emisora independiente Libertad/Europa Libre, financiada por el Congreso de Estados Unidos, y teniendo en cuenta el papel de este medio de comunicación que brindó a los ciudadanos de la Federación Rusa y la opinión mundial información objetiva sobre el desenvolvimiento de los procesos democráticos en Rusia, los acontecimientos en este país y en el mundo, y la actividad de la dirección legítima de la RSFSR en los días del golpe de Estado en la URSS, dispongo: 1) autorizar a la Dirección de la emisora independiente Libertad/Europa Libre la apertura de una oficina permanente en Moscú con subdivisiones en el territorio de la Federación Rusa...».

Nuestro compañero de Redacción Konstantín Isákov se entrevistó con el director del Servicio Ruso de Radio Libertad, Vladímir Matusévich:

V. Matusévich: El decreto de Yeltsin ha sido una sorpresa. Savik Schuster y yo llegamos a Moscú sin visados. Nos los pusieron en el aeropuerto de Shere-miétevo, por indicación del Ministro de Exteriores de la Federación Rusa.

Llevaba 23 años fuera de Rusia y no abrigaba esperanzas de que algún día podría volver: la idea de viajar a la Luna me parecía más verosímil.

Veán, por cierto, lo que, dos meses antes del *putsch*, el presidente del KGB, Vladímir Kriuchkov, escribió en su respuesta a una interpelación de Yuri Rizhov, presidente del Comité del Soviet Supremo de la URSS para asuntos científicos, sobre las *listas negras* del KGB: «Al ciudadano canadiense S. Schuster se le denegó el permiso de entrada en la URSS... habida cuenta de que, desde 1988, trabaja en el Servicio Ruso de la emisora Libertad, cuya actividad está orientada por entero a socavar el régimen constitucional soviético, prepara y presenta programas que tienen por objetivo desacreditar nuestro régimen y al Presidente de la URSS».

T. N.: ¿Cómo recibió usted la noticia del *putsch*?

V. M.: A las seis de la mañana, hora de Munich, me despertó una llamada telefónica del jefe de la Sección de Noticias de Rusia. Comprendí que hablaba en serio, que no se trataba de una de esas bromas que se gastan en el día de los inocentes, pero no podía creerlo. Conecté la TV. En lugar del acostumbrado programa *Utro* (La mañana), me encontré con un locutor que estaba leyendo los documentos del Comité de Emergencia. Salí corriendo hacia la radio. Por el camino me puse a pensar y comprendí que, en el fondo, el golpe de Estado era previsible. Al recordar los acontecimientos de los últimos tiempos, me extrañé de que hasta ese momento nadie hubiese tomado en serio los claros llamamientos a dar un golpe de Estado militar.

Al principio, pensé que la dictadura iba en serio y para largo. Pero recuerdo que me encontré en un pasillo con una colaboradora de nuestro centro de investigación y ella me dijo: «Eso apenas durará unos días».

Cuando vi que Yeltsin y su *Equipo* plantaban cara, que la multitud congregada en torno a la *Casa Blanca* estaba dispuesta a interponerse y cerrar paso a las fuerzas golpistas, comprendí que cuanto había hecho Gorbachov en esos seis años, no había sido en vano. Lo que ha hecho este hombre para el país es un milagro. La gente, cada persona, ha tomado conciencia de su individualidad.

T. N.: ¿Piensa usted que el mérito le corresponde a Gorbachov?

V. M.: Es una de las figuras más destacadas y más trágicas del siglo XX. A pesar de tantas cosas monstruosas, absurdas y detestables que saltan a la vista en la actividad política de Gorbachov, el caso es que sin él no existiría el Yeltsin que conocemos ni habría habido *toda* esa multitud concentrada junto a la *Casa Blanca*.

T. N.: ¿Cómo trabajaron ustedes en Radio Libertad durante los días del golpe?

V. M.: Sería ridículo hablar de heroísmo: la gente cumplía con su deber profesional, honradamente, trabajando de día y de noche. Pero, claro... nosotros estábamos aquí, en Munich, y no corríamos ningún riesgo...

T. N.: Hubo un momento en que su emisora era el único medio de información que todavía podía radiar a *toda* la Unión Soviética la verdad sobre lo que estaba ocurriendo. ¿Eran ustedes conscientes de ello?

V. M.: Sí. Y me siento orgulloso de que Radio Libertad, a diferencia de la BBC, no haya transmitido la «noticia» de la muerte de Gorbachov. En esos momentos de tensión extrema, estimé que no teníamos derecho de lanzar al aire, sin comprobarla, esa noticia sensacional por el mero gusto de ser los primeros.

T. N.: En los últimos tiempos, la única institución soviética que seguía presentando a Radio Libertad como una guarida de espías y un centro de actividades antisoviéticas, era el KGB. ¿Cómo concibe usted sus futuras relaciones con esta institución?

V. M.: He sentido alegría al enterarme de que el nuevo presidente del KGB, Vadim Bakatin, entregó a Egor Yákovlev, nuevo presidente de Gostelerradio, la lista de los agentes del KGB que trabajaban en la RTV soviética. Pienso que no se ha hecho ésta con ánimo de venganza. No se trata de humillar ni eliminar a nadie. El caso es que resulta repugnante estar trabajando en la radio o en un periódico, y pensar que algunos de tus compañeros de trabajo se están chivando por «obligación profesional» o simplemente para ponerte la zancadilla.

Las nuevas autoridades de Checoslovaquia pusieron a disposición de Europa Libre una lista de los agentes secretos de ese país infiltrados en los servicios de dicha emisora. Espero que Bakatin nos ayude a hacer limpieza y librarnos de los sucesores de Oleg Tumánov.

Es evidente que los *topos*, cumpliendo instrucciones de Moscú, intensificaron su actividad un mes antes del golpe de Estado e hicieron todo lo posible para que en el momento del golpe nos encontráramos, si no paralizados del todo, al menos muy disminuidos en lo que se refiere a la eficiencia de nuestra labor.

T. N.: ¿En que se manifestó esa activación?

V. M.: Discúlpeme, pero no puedo decirle más.

T. N.: Pero Libertad sigue siendo una emisora norteamericana, y puesto a hablar del KGB, cabe preguntar también por la influencia de la CIA..

V. M.: No veo relación entre las dos cosas. Está claro que la necesidad de los servicios de inteligencia es una constante. El KGB, por lo visto, seguirá esforzándose por incrementar su presencia en la CIA, en el Pentágono y los consorcios de la industria electrónica. Pero en Libertad, aunque se trate de una emisora financiada por EE.UU., no hay secretos ni misterios que puedan interesar al KGB a fin de garantizar la seguridad nacional de la URSS. ¿Por qué el KGB tiene infiltradas en Radio Libertad a personas que comprometen el buen nombre de nuestra emisora y fomentan rencillas?

T. N.: En la URSS se han levantado todas las restricciones que aún cercenaban la libertad de prensa. ¿No teme la competencia?

V. M.: Hace dos o tres años, cuando comenzaron a publicarse obras antaño prohibidas, sentí ciertos temores. Pero es precisamente entonces cuando aumentó el número de oyentes de nuestra emisora. Es bueno que haya competencia en el plano profesional. Además, creo que la prensa seguirá por mucho tiempo arrimada a una u otra orilla, a los grupos y estructuras más fuertes. Por eso nuestro epíteto de independiente debe resonar con creciente fuerza. Esto determina nuestro lugar en el mundo infinito de la información.

CAPITULO NOVENO

ESTRELLAS DE LA PEQUEÑA PANTALLA

Eduard Sagaláev, Tatiana Mitkova y Yuri Rostov contra el Presidente de la URSS

En un pasado reciente, la figura clave de la televisión soviética era el locutor que leía en los noticieros los comunicados oficiales de la agencia gubernamental TASS. En 1989, en la pequeña pantalla empezaron a aparecer comentaristas y presentadores. Este cambio no pasó desapercibido para los espectadores. En un santiamén gran número de animadores y teleperiodistas ganaron enorme popularidad, algunos llegaron a ocupar escaños en los Parlamentos de la URSS y de las repúblicas, así como diputados de los órganos locales del poder. Algunas estrellas políticas de televisión se negaron a compatibilizar su oficio de presentadores con las funciones políticas y... obtuvieron extraordinario prestigio entre los televidentes.

La primera cadena de la televisión central de la URSS, cubría todo el territorio nacional. *La segunda cadena*, por razones técnicas, tenía menos audiencia; en 1989-1990 por primera vez en la historia del país se utilizó para transmisiones en directo de las sesiones del Congreso de Diputados de la URSS, del Soviet Supremo de la URSS, del Congreso y conferencias nacionales del PCUS. *La tercera cadena* estaba destinada

únicamente a los moscovitas; y la cuarta, a la programación de carácter didáctico.

En 1989, según se desprende de un sondeo realizado por *Literatúrnyaya gazeta*, el mejor presentador de la TV Central fue Vladímir Molchánov. Entre los programas de mayor aceptación, el segundo lugar correspondió a las transmisiones en directo de los foros celebrados en el Kremlin. Estoy seguro de que dos o tres comentaristas políticos, incluido Molchánov, siguiendo el estilo analítico informativo occidental, podrían ofrecer resúmenes de dichos debates parlamentarios no menos interesantes que las propias transmisiones en directo. Por otra parte, en aquellos tiempos, en los espacios políticos de TV central predominaba todavía el estilo oficinesco, propio de los periódicos *Pravda* y *l'Humanité*, y además, muchos parlamentarios que hacían cola frente a micrófonos decían la verdad desde la pequeña pantalla y era el grito de sus almas y no el espectáculo propagandístico de turno, con discursos redactados por funcionarios del Comité Central del PCUS.

Se puede afirmar que hasta los últimos días de agosto de 1991, en la TV Central, igual que en el PCUS, no se registraron cambios sustanciales. Vivíamos una época de división en la sociedad y desintegración del imperio, de desgobierno y desprestigio de las estructuras de poder y todas las instituciones oficiales, pero no se llevaban a cabo transformaciones concretas. El PCUS no presentó sus disculpas al pueblo por haber aplicado el terror ideológico y ocultado la verdad durante decenios.

La poderosa máquina estatal que poseía el derecho exclusivo a vender vodka, emitir papel moneda y difundir la información radial y televisiva, no tenía ninguna gana de renunciar a su monopolio en estos campos. Para confirmar esta tesis, aduciré un ejemplo. Gavriil Popov, nuevo alcalde de Moscú y diputado al Soviet Supremo de la URSS, expresó el deseo de que el canal *Buenas noches, Moscú* tomara en consideración la nueva correlación de fuerzas políticas, configurada en la capital. Como respuesta, los dirigentes de la televisión central, por orden de las estructuras partidistas, apartaron del canal moscovita a los dos mejores presentadores, incluido el más popular, Gueorgui Kuznetsov.

Urmas Ott y su brillante espacio televisivo rara vez aparecían en las cadenas nacionales.

Pero lo más escandaloso en 1990 fue el cierre del informativo dominical *7 días*. Comentando lo sucedido, Eduard Sagaláev, redactor jefe de la Redacción Principal de Información de Televisión Central, escribió lo siguiente en el semanario *Argumenti i fakti* (núm. 16/90):

El informativo *7 días* debutó el 12 de noviembre de 1989 y se transmitió hasta el 4 de marzo de 1990. En estos cuatro meses el espacio recibió más de 20.000 cartas con opiniones positivas de televidentes sobre el noticiero.

El programa dejó de salir después de que los dirigentes de Gostelerradio firmaran el documento que decía: «Tomando en consideración el aumento del volumen de informa-

ción interna e internacional, así como la compleja situación socio-política en el país, se considera racional volver a emitir los domingos el programa *Vremia*, asignando al informativo *7 días* otro horario en la programación».

A juzgar por las cartas recibidas, el 99 % de los telespectadores desaprobaron el cierre del noticiero. Un sondeo realizado por el Centro Nacional de Estudio de la Opinión Pública arrojó que sólo el 2 % de la población apoyó la idea de restablecer *Vremia* los domingos, en sustitución de *7 días*.

En atención a la demanda pública de emitir el informativo dominical, aceptamos la propuesta de modificar el horario del programa. Sin embargo, los dirigentes de Gostele-radio presentaron la exigencia: separar del *Equipo* a A. Tijomírov, uno de los presentadores de *7 días*. Ante esta situación la Redacción no consideró ético reanudar el programa informativo.

Tal es la situación en que nos encontramos actualmente. Estamos a favor de que se reanude la emisión de *7 días*.

De esta manera, el noticiero monolítico *Vremia* recuperó la frecuencia diaria. Cuando veía este programa, tenía la sensación de estar leyendo *Pravda* (o *l'Humanité* parisiense), redactado por el miembro del Buró Político Egor Ligachov o por el valeroso general Rodiónov (protagonizó la matanza de abril de 1989 en Tbilisi y, luego, se jactó de su proeza desde la tribuna del Soviet Supremo de la URSS). A mí, me gustaría ver en la pequeña pantalla algo al estilo de *Ogoniok*, *Novedades de Moscú*, *Le Monde* o *Le Figaro*, que no escuchar las mentiras diarias sobre el acontecer en las repúblicas federadas.

Televisión alternativa. Los pros y los contras, tal fue el tema de una «mesa redonda» organizada por *Literatúrnyaya gazeta* (30.5.90) y en la que participaron presentadores soviéticos de primera fila, que juntos reunían una audiencia de hasta 200 millones de personas:

V. Tsvétov. Desde que existe la televisión soviética al frente de la misma jamás ha estado un profesional. Pero tales prácticas también se aplican en otros países. Por ejemplo, en Japón un ministro jamás es experto en materia: hoy, puede ocupar el cargo de ministro de Sanidad, mañana le pueden nombrar responsable de la política exterior. Pero debe ser un político capaz de tomar decisiones políticas. Y el resto del personal del ministerio se compone de los profesionales. Pero en nuestro país hay una multitud de personas incompetentes en todas las estructuras del poder. En la revista *Ogoniok*, Dmitri Zajárov describió a un jefe típico que confunde los términos «párrafo» y «fragmento». Un camarógrafo se dirige a hacer filmaciones en una exposición de escultura y dice que necesita una hora para instalar los equipos de luz. Y el jefe le pregunta: «¿Para qué necesitas tanto tiempo?». Y, acto seguido, añade: «Mira, un fotógrafo saca fotos en cinco minutos».

Cuando en el segundo Congreso de Diputados Populares se discutía el problema de lo sucedido el 9 de abril de 1989 en Tbilisi, los diputados tomaron la decisión de no retransmitir la sesión. Pero en los estudios de Ostánkino se realizaba la grabación de los debates. Sin embargo, en el momento en que la delegación georgiana abandonaba la sala,

las cámaras mostraban rostros de diputados, como si en la sesión no ocurriese nada extraordinario. ¡La historia se mutilaba en el momento mismo de su creación! Pasarían 10 ó 20 años y tal vez precisamente aquel gesto de la delegación georgiana sería considerado como un momento crucial de la *perestroika* o de las relaciones entre Georgia y la URSS, pero la televisión, debido a su bajo nivel profesional, no tendría testimonio documental de lo acaecido. La diferencia entre una persona incompetente y un profesional radica en que el primero sólo destruye, mientras que el segundo, al destruir lo viejo, construye algo nuevo. Otra enfermedad que carcome la televisión es «kashpirovización». El predominio de los brujos de *toda* clase en los espacios televisivos resulta muy peligroso. ¿Por qué? Juzguen ustedes mismos. Ocupen los asientos frente a la pequeña pantalla, invita Kashpirovski, y permanezcan quietos. Les voy a salvar de los males físicos, de las crisis sociales y de los problemas económicos. No se muevan, no hagan nada. No es sino el intento de extender los métodos de Lysenko a la esfera de lo espiritual. Entretanto, *Vzgliad o Antes y después de la medianoche* apelan a la conciencia del hombre, invitándolo a pensar, luchar y obrar para superar con esfuerzos propios las dificultades. Y a algunos no les gusta que la televisión emita tales mensajes.

I. Fesunenko. Hoy, la televisión debe ponerse a la altura de la sociedad. Hasta hace poco éramos un órgano de las estructuras ideológicas que controlan nuestro trabajo con envidiable esmero que a veces resulta excesivo. He aquí un ejemplo: el 11 de abril del año pasado, o sea, dos días después de que las tropas dispersaran la manifestación informal en Tbilisi, llegué a la capital georgiana para «calmar los ánimos» en los reportajes que debía hacer. Tras primeras entrevistas, surgió la interrogante: ¿quién dio la orden de aplicar gases lacrimógenos contra los manifestantes? En Moscú, *toda* referencia a este tema se recortaba de nuestros espacios. Como resultado, los espacios mutilados que se transmitían en *Vremia* no calmaban los ánimos, sino que exacerbaban las pasiones. El control demasiado riguroso por parte del centro produce efecto contrario al esperado. La moraleja está a la vista: hay que depositar mayor confianza en los periodistas que se encuentran en el epicentro de los acontecimientos. Además, la televisión debe dejar de ser portavoz del aparato burocrático. Ya es hora de poner en práctica la idea formulada en el Primer Congreso de Diputados Populares: Gostelradio debe estar controlado sólo por el parlamento que, por lo menos en teoría, refleja *toda* la gama de opiniones existente en la sociedad.

V. Molchánov. ¿Qué decir, cómo y en qué forma? Son problemas importantes y a veces insolubles. Por ejemplo, me atemoriza el verme obligado a presentar todo el programa informativo *Vremia*. ¿Qué enfoque se debe dar a los acontecimientos en las repúblicas bálticas? Yo, por ejemplo, no quiero decir a los telespectadores lo que ha preparado TASS. De conceder la palabra a nuestros corresponsales en el Báltico, no nos comunicarían nada concreto. Si tratamos de conceder la palabra a los periodistas locales, nuestra dirección jamás lo aceptará. Habría preferido presentar sólo el bloque internacional del informativo *Vremia* y no parecer un tonto, quien reflexiona sobre los acontecimientos internos de los que no tiene idea alguna.

V. Pózner. De nuevo se aborda el problema del profesionalismo. Es un axioma que cualquier programa con horario fijo en la programación lo debe hacer un «equipo» per-

manente. Cada edición del informativo *Vremia* debe ser preparado por un *Equipo* determinado. Sólo en este caso habrá la lucha competitiva ya que los reajustes interminables no benefician a nadie. Veamos el caso del informativo *120 minutos* que, a mi juicio, tiene la mayor audiencia nacional. En cualquier país –Gran Bretaña, Norteamérica o Italia–, el programa análogo lo hace un *Equipo* fijo. Sus miembros se acuestan a las nueve p.m. y se levantan a las cinco a.m. Y llevan tal vida cinco días a la semana. Pero no es ningún secreto que cobran mucho dinero por hacer ese trabajo extenuante. ¿Y cuál es el salario de los autores de *120 minutos*?

Gostelerradio con sus estructuras actuales es producto de determinado período en el desarrollo de la sociedad, no está interesado en los profesionales auténticos. Hoy, cuando esta sociedad ha entrado en la fase de cambios, el profesionalismo choca contra la pared de incompetencia. Este fenómeno se manifiesta cada vez con mayor frecuencia en la televisión.

En la televisión, no faltan periodistas honestos para quienes el concepto «conciencia» no es algo abstracto. Siempre tienen su propio punto de vista y lo defienden, pese a los constantes vapuleos por parte de los jefes (la televisión *alternativa* aún no existía y la TV Central acataba las órdenes del Departamento Ideológico del CC del PCUS). A continuación viene la opinión de otra figura brillante de la pequeña pantalla soviética.

Nuestra vida no es más que una serie de desilusiones

E. Sagaláev, cuyos programas fueron eliminados de la emisión (*7 días* y, un año antes, el popular espacio de debates *El piso 12*, suprimido a instancias de «los de arriba»), concedió una excelente entrevista a *Izvestia* (6.4.90):

Actualmente, el 96% de la población del país puede recibir *La primera cadena* nacional de TV Central y el 72,5 %, la segunda. Mientras que la cuarta, la única que puede servir de base para la televisión *alternativa*, tiene una audiencia que apenas alcanza el 10 %. De inmediato surge otra pregunta, no menos importante. ¿Qué ocurriría con la televisión «básica», si sólo la *alternativa* garantiza la libre circulación de ideas? De atenerse a tal lógica, resulta que sólo un 10 % de telespectadores podría ver la programación crítica, creativa e independiente, mientras que el resto de los soviéticos se vería obligado a «deleitarse» con programas aburridos, mediocres y dominados por el oficialismo dosificado.

A propósito, la idea de la televisión *alternativa* fue apoyada en *Pravda* (5.2.90) por M. Nenáshev. Pero el presidente de Gostelerradio planteó el problema de modo un tanto distinto. El considera la posibilidad de crear «al margen de la televisión estatal», una cadena *alternativa* que refleje los criterios y opiniones de distintas organizaciones sociales. En este caso sería claro qué programas y qué objetivos se proponen alcanzar. También la posición de Gostelerradio de la URSS sería comprensible y congruente...».

Temo que la puesta en práctica de este proyecto –cuya idea medular consiste en distanciarse de los que asumen una «postura errónea»– no conduzca a la victoria, sino a la derrota de la televisión estatal, la que ven o están obligados a ver millones de soviéticos.

En el mismo artículo el presidente de Gostelradio de la URSS pone en duda la posibilidad de reflejar en la Televisión Central la vasta pluralidad de opiniones. El autor afirma: «Muchas dificultades nuestras... se deben a que en el marco de la televisión estatal tratamos de conciliar y hacer que convivan las distintas posiciones sociales, ideas y enfoques que realmente existan en la sociedad democrática y pluralista». De esta tesis dimana la necesidad de crear una cadena *alternativa*, poniendo la pluralidad de opiniones al margen de la TV Central.

Pero en nuestro Estado se está arraigando el multipartidismo y el pluralismo político. Y si la televisión tiene el carácter realmente popular y funciona en un Estado de todo el pueblo, debe cubrir *toda* la gama de los puntos de vista existentes en la sociedad.

Hoy por hoy, con frecuencia aplicamos una política antipopular y antiestatal. ¿Cree que exagero las cosas? Por ejemplo, los telespectadores no vieron un reportaje. ¿Acaso se ha venido abajo el cielo? Claro que no. Pero cuando en Bakú se llevaban a cabo los pogromos y la televisión callaba, ese silencio causó enorme daño a los pueblos armenio y azerí y a los demás pueblos del país. Quisiera subrayar que me refiero sólo a la información y no a los comentarios analíticos o valoraciones; me refiero sólo a la información que no admite epítetos. Los televidentes quieren que el noticiero *Vremia* sea fuente de información sobre los acontecimientos *En el país y en el mundo* y no de las interpretaciones oficiales de uno u otro suceso.

Las tácticas de silenciar los hechos y manipularlos privan de información fidedigna a todos: desde el ciudadano sencillo hasta el Presidente de la nación. La información objetiva es un sustento del poder y de quienes lo ejercen. Cualquier otra información da un cuadro distorsionado de la realidad. (El subrayado es mío. -G. V.)

Sin embargo, debo confesar que también yo me dejo llevar a veces por fantasías. Por naturaleza, soy pedagogo y no político y mi proyecto de la televisión del futuro está inspirado en las experiencias que acumulé trabajando en la cadena didáctica de nuestra TV. Concibo este proyecto como un liceo televisivo. Me parece que es un objetivo noble, si conseguimos ampliar poco a poco la audiencia y distribuir videocassetes con películas más valiosas. Me gustaría que cada soviético tuviera en su casa una videoteca no sólo con películas del tipo de *Aurora roja* sino también con lecciones de inglés, con la historia de la cultura mundial y con mejores obras de teatro y de cine... Pero todo eso implica grandes esfuerzos y grandes desembolsos. Hay que hacer que el hombre viera lo mejor de la cultura mundial en la pequeña pantalla y deseara tenerlo en casa. Debemos montar una cadena que ofrezca al soviético la posibilidad de echar una mirada al futuro.

El hombre del siglo XXI debe saber manejar el ordenador, orientarse bien en el mundo de negocios, dominar dos lenguas extranjeras como mínimo, tener conocimientos de la Biblia, de la mitología y de la filosofía. Es decir, el soviético debe ser capaz de competir con el representante de cualquier nación en los planos intelectual, moral, físico y en otros.

Me doy cuenta de que la televisión por sí sola sería incapaz de resolver un problema de tal alcance, pero puede aportar su contribución a esta obra. ¿Tal vez sea una *alternativa* a la televisión *alternativa*?

Dos hombres tan diferentes como Krávchenko, el nuevo presidente de Gostelerradio, y Sagaláev difícilmente podían trabajar juntos. En 1991, este último se marchó de la TV Central. Poco después, en las primeras elecciones democráticas celebradas en la Unión de Periodistas de la URSS, fue elegido presidente de la Directiva. Y en agosto, cuando Krávchenko tuvo que ceder a Egor Yákovlev su puesto al frente de la Compañía de RTV de la URSS, Eduard Sagaláev se reincorporó a la misma en calidad de vicepresidente. Para que el lector pueda formarse una idea más completa sobre el modo de pensar y actuar de este dirigente, no estará de más transcribir aquí su conversación con Elena Chékálova, que *Novedades de Moscú* publicó el 21 de julio de 1991 con un título breve, El padrino, y un largo subtítulo: Eduard Sagaláev (45 años), *presidente de la Unión de Periodistas de la URSS, ex jefe de la Redacción Juvenil de la TV Central, ex director del telediario «Vremia», ex vicepresidente de Comité Estatal de la URSS para la TV y la Radio y autor del frustrado proyecto «TV-Siglo XXI», fue el 'padrino' de muchos programas nuevos de la TV Central en los años 80: «Muchachos alegres», «El piso 12», «Vzgliad», «7 días» y el noticiero TSN. Ahora, Sagaláev está en el origen de una nueva noticia sensacional: el proyecto de la primera compañía privada de TV.*

En realidad, Sagaláev es jefe de un verdadero clan en la TV. Para realizar el proyecto de turno, se constituía cada vez un equipo. Algunos eran concebidos por el propio Sagaláev, otros venían «de abajo» pero contaban con su apoyo. Y cada vez, al advertir su figura, se unían a la bandera del nuevo proyecto los pocos «supervivientes» de la TV Central.

Para ser líder, hay que tener vocación. En este sentido, los apodos que le ponían a Sagaláev en los estudios de Ostánkino son muestras de su talla: Seguí (a la manera de Ronie o de Gorby) o SEM (las iniciales de Salagáev Eduard Mijáilovich), como lo llamaba el *Equipo* del telediario *Vremia*.

En el Pleno del Comité Urbano de Moscú del PCUS, Serguéi Tarásov, secretario adjunto de la organización del partido en Gostelerradio, dijo irritado que Sagaláev introducía a «especialistas anticomunistas» en todos los programas de la TV Central. Ahora, el «padrino de la TV» de finales de los años 80 ocupa el lujoso despacho de presidente de la Unión de Periodistas, una asociación profesional que Dios sabe de qué se ocupa. Sagaláev viste una cazadora de estilo deportivo en vez de los insufribles trajes azules propios de la nomenklatura, con que intervenía en los telediarios *Vremia*. Nuestro encuentro de hace año y medio me dejó profundamente desilusionada: me concedió una entrevista bastante áspera acerca de las razones del cierre de *7 días*, después de lo cual exigió casi histérico que se retirara el texto de la plana ya compuesta. ¿Por qué se retractó súbitamente? Era natural

que comenzara este encuentro preguntándole por aquella actitud suya que tanto me había afectado.

– En aquel entonces creía que todo podía solucionarse recurriendo al compromiso y a las mesas redondas. Creía que, al fin y al cabo, se podría llegar a un acuerdo con la dirección de Gostelerradio. Durante mucho tiempo mantuve la esperanza de que la TV comunista podía convertirse en una entidad estatal e incluso popular. Pero cuando comprendí definitivamente que la TV era una esfera más de los intereses del aparato del Partido Comunista, y de manera exclusiva, me fui de la TV Central. La filiación en ese clan no era más que una de las tantas formas de esclavitud, la cual exigía de cualquier persona que allí trabajaba sacrificar en el altar comunista los demás intereses, tanto sociales como personales. Recuerdo perfectamente una de mis últimas charlas con el primer vicepresidente de Gostelerradio. Le pregunté quién salía ganando con ocultar la verdad sobre la catástrofe de Chernóbil, y él me respondió: «El Partido Comunista». ¿Y quién propagó la mentira sobre las huelgas mineras?, pregunté a continuación. «El Partido Comunista», confesó. Imagínese, ese hombre sacrificaba su honor en aras de la hermandad comunista. ¡Y estaba orgulloso de ello!

– ¿Ha abandonado usted el PCUS?

– No.

– ¿Acaso no se ha desilusionado usted del Partido Comunista?

– Jamás concebí ilusión alguna en cuanto al PC. Y nadie la tenía. Ahora, no hace falta ser muy valiente para abandonar las filas del PCUS. Además, no me deja tranquilo el sentimiento de culpabilidad: durante muchos años he sido militante. Y ahora no puedo descartar la posibilidad de que sería capaz de evitar nuevos actos destructivos por parte del aparato del partido.

– ¿Y si luego cae en la cuenta de que eso también es una ilusión?

– Al fin y al cabo, *toda* nuestra vida no es más que una serie de desilusiones. En tiempos pasados aplaudí la *perestroika*. Pensaba que, por fin, podría desdoblarme. Pero ahora ya sé que nadie me traerá en bandeja la libertad ni la independencia. El camino de la libertad pasa por todo lo que hemos vivido: los compromisos con la conciencia, los campos de trabajo forzoso y el odio. Tolstói dijo que en su larga vida hubo varios Tolstói, pero que sólo en los últimos años fue el Tolstói verdadero. En los últimos dos años me he convertido en otro Sagaláev. Quizás, no sea el que quisiera ser, pero creo que logré despojarme de muchos rasgos vergonzosos de mi carácter.

– ¿Por ejemplo?

– Ante todo, de la disposición a entrar en compromiso con mi conciencia. Pienso que ahora soy mucho menos vulnerable.

– ¿Está usted seguro de haber roto definitivamente los lazos con el clan comunista?

– Hace poco me preguntaron cómo habría actuado caso de que me propusieran el cargo de Krávchenko, el actual presidente de la Compañía Estatal de Radiotelevisión. Desde luego, no puedo dar garantía completa, pero creo que habría rechazado tal cargo. El hombre es un ser débil y aún tengo bastantes ambiciones y amor propio. Lo único que me consuela es que no sentiré tal tentación: «ellos» jamás me ofrecerán cargo alguno.

– ¿Cabe deducir que «ellos» se han desilusionado de usted por completo?

– Sólo se fían de la persona que en casa dice una cosa, y otra muy distinta en público, pero actúa de una manera que nada tiene que ver ni con lo que dice en casa ni con lo que manifiesta en público. Tal es su ética corporativa. Para «ellos», el peor defecto de una persona es la imposibilidad de predecir el paso que dará mañana. Tal individuo, después de recibir *toda* clase de privilegios, puede imaginarse que es libre y olvidarse que se ha vendido.

– ¿En qué momento ellos se desilusionaron definitivamente de usted?

– El descontento fue acumulándose poco a poco. El programa El piso 12 se discutió dos veces en el Buró Político. El noticiario *Siete días* fue prohibido de hecho por decisión del *Politburó*. Cuando me destituyeron del cargo de jefe de la Redacción Juvenil y me designaron director del telediario *Vremia*, me estaban dando la última oportunidad de «enmendar mis errores», para que fuera acostumbándome a la vida dentro del «sistema». También el «sistema» necesita de buenos profesionales. No quisiera pecar de presumido, pero puedo hacer bastante bien lo que me propongo hacer.

– ¿Así se explica la carrera del ‘niño de Samarcanda’?

– Sí. Se fijaron en mí. El Sistema obedece a leyes biológicas. Necesita no sólo ejecutantes y esclavos, sino también sacerdotes, guardas y jefes. Y además necesita gente que genere ideas. Soy realista en la apreciación de mi potencial creativo. Y soy consciente de mis límites. Pero tengo una cualidad: sé distinguir de los demás a las personas de talento y apreciarlas como tales.

– En efecto, fue usted quien descubrió a Liubímov, Politkovski y Lístiev, los muchachos de *Vzgliad*. Usted convirtió en «estrella de primera magnitud» a Tatiana Mitkova, que antes era una sencilla redactora y jamás aparecía en la pequeña pantalla. Pero, por algún motivo, además del sincero agradecimiento, todos ellos han tenido la sensación de que usted los abandonó en el momento más difícil.

– Si realmente ellos piensan así, será porque son demasiado ingenuos (en el mejor sentido de esta palabra). Compréndame bien, también yo, igual que cualquier otra persona, estoy en constante lucha conmigo mismo. También yo abrigo el deseo elemental de sobrevivir. Pero sucede que la gente suele perdonarse las debilidades propias, pero jamás perdona las del líder. ¿Qué querían que hiciera? ¿Que subiera por ellos al patíbulo? ¿Me habrían seguido ellos en tal caso? Me gustaría saber cómo responden ellos a esta última pregunta. En primer lugar, no estoy seguro de que me habrían seguido los pasos. Y segundo, jamás habría exigido de nadie semejante actitud. Sólo de mí exigían tal coraje.

– ¿Qué quiere decir usted con eso de subir al patíbulo?

– En nuestro caso significa perder el empleo y la posibilidad de influir en ciertos procesos de gran importancia social.

– ¿No puede imaginarse su futuro sin la posibilidad de «influir en los procesos»? ¿No se contenta usted con la carrera de periodista sencillo?

– Soy fatalista y creo que la vida coloca a cada cual en su debido lugar. En este sentido, pienso que mi vida ha seguido una trayectoria óptima. De joven trabajé en un periódico regional, escribí versos y hasta quería ser escritor. Pero mis gustos personales entraron en contradicción con mi trabajo de creador. Pienso que el organizar el proceso creador (a lo

cual he dedicado la mayor parte de mi vida) es lo que mejor puedo hacer.

– Usted nunca ha tenido descensos en su carrera. Si decidía o tenía que cambiar de cargo, era –en el peor de los casos– un traslado en línea horizontal. Jamás pasó momentos muy difíciles.

– ¿Debo deducir que le gustaría a usted que hubiera pasado por momentos de verdadero apuro o incluso de tragedia? El bienestar externo no deja nunca de ser un fenómeno externo. Ya sabe usted que lo esencial es la tranquilidad y la libertad. En este sentido, soy más desgraciado que muchas otras personas. No diré que llevo sobre los hombros un fardo agobiante, pero hay cosas que no puedo cambiar, de las que no puedo librarme.

– ¿No sería mejor perdonarse a sí mismo los errores del pasado y comenzar un vida normal desde cero?

– He pensado en ello muchas veces. Pero para mí la única manera de perdonarme algo es haciendo algo.

– ¿Qué han hecho usted y la Unión que usted dirige para los periodistas de la TV que han perdido su empleo a causa de sus convicciones?

– El caso es que la Unión de Periodistas nunca ha tenido facultades para defender a sus afiliados. Hemos dirigido nuestra protesta oficial en defensa de los teleperiodistas lituanos, cuyos puestos de trabajo son custodiados con metralletas. El resultado ha sido nulo. Para ser más eficaz, la Unión de Periodistas debe ser transformada en un sindicato que defienda los intereses de sus miembros frente a los patronos. Pero no creo que este proceso culminará rápidamente. Por eso decidí avanzar por otro camino y edificar –junto a lo que existe– algo completamente nuevo que a fin de cuentas pueda desplazar lo viejo.

– Muy propio de su carácter. Ahora, según informó irónicamente *Rabóchaya tribuna*, usted está trabajando en el proyecto de la TV privada «Sagaláev»...

– De todos modos, después de ese artículo nada favorable para mi persona y otros comentarios similares en Mayak y el programa *Utro*, he recibido muchas propuestas...

– ¿‘*Rabóchaya tribuna*’ suponía que eso de ser ‘una tienda privada’ indignaría al público?

– El caso es que nadie se indignó. Todo lo contrario. Comprendí que en nuestra sociedad había ocurrido algo muy serio. La gente está harta del monopolio estatal, incluso el monopolio de la información. La gente presta mayor crédito a una persona privada –jurídica o física– que al Estado, el cual adapta la TV a sus intereses.

– ¿De verdad está organizando usted su cadena de TV privada?

– Mía, no. Se trata de crear en este país *La primera cadena* de TV no estatal, instituida por personas jurídicas y físicas. Estas últimas, por lo general, no aportarán dinero sino su capacidad intelectual.

– ¿Será usted el presidente de la nueva compañía?

– Efectivamente.

– ¿Puede decirnos quiénes serán los principales accionistas?

– Nadie –ningún socio soviético o extranjero– tendrá el paquete de control. Actualmente sostenemos conversaciones con la Unión Científico-Industrial, encabezada por Volski, con la alcaldía de Moscú, con Vladímir Pózner y con Tatiana Mitkova. Pero aún

no ha llegado el momento de mencionar a los fundadores.

– ¿Puede, al menos, anticiparnos los grandes rasgos de la futura cadena?

– Nos proponemos crear una TV para los televidentes. Por eso cada programa se evaluará de acuerdo con su *rating*. De hecho, la concepción general ha sido elaborada en el marco del proyecto «TV-Siglo XXI». Con una enmienda sustancial: un servicio informativo, concebido como elemento principal de la programación.

Mi intención es crear, por fin, una TV con alto nivel de crédito, lo cual sólo es posible en el marco de una estructura no gubernamental, puesto que todo Gobierno –ya sea totalitario o democrático– aspira a difundir una imagen edulcorada de sí mismo.

– Suena bien. A decir verdad, también sus ideas de antes eran muy sugestivas...

– Sabe usted, cada uno de nosotros tiene aún una oportunidad más. Antes rara vez pensaba en la muerte. Ahora pienso constantemente en ella. Y soy más feliz, ya que me estoy librando de muchas vanidades. Mientras uno vive, siempre le queda una oportunidad, porque cada día que pasa, mañana será parte del pasado.

Tras los sangrientos acontecimientos de enero de 1991 en Lituania, comenzó el éxodo de los periodistas honrados de la TV. Algunos no se iban, sino que los echaban. Se quedaron (hasta agosto) los Krávchenko y los Réshetov, junto con periodistas «cumplidores» como Lomakin, Zorin, Kakychai y otros. Todos los profesionales honrados fueron a parar, unos, a la calle, otros, a la recién instituida Compañía de RTV de Rusia. El 19 de marzo de 1991, *Nezavisimaya gazeta* publicó en primera plana una entrevista con Tatiana Mitkova y Dmitri Kiseliiov, del noticiero TSN, con el siguiente encabezamiento: *¡Adiós, noticias de la noche! Los populares comentaristas de «TSN» Tatiana Mitkova, Yuri Rostov y Dmitri Kiseliiov, separados de la pequeña pantalla. Torpedeado el mejor noticiero de la TV Central:*

– ¿El informativo TSN fue concebido desde el principio como un noticiero *alternativo* o adquirió este carácter sobre la marcha?

T. M.: La idea venía gestándose desde hacía tiempo. Sentíamos que hacía falta un informativo que se distinguiera de *Vremia* tanto en la forma como en el contenido. Pero la palabra *alternativo* aún no había adquirido carta de naturaleza... Su uso se generalizó cuando Eduard Sagaláev asumió la dirección de los informativos. Y sólo con él pudo realizarse el proyecto.

– ¿Es cierto que el «padre fundador» del programa fue Alexandr Gurnov?

T. M.: No del todo... En la concepción del programa intervinieron muchas personas, pero él fue el primero en salir a la pantalla. Ahora bien, si comparamos los primeros programas del otoño de 1989 con lo que hacíamos ya el verano del año pasado, es fácil comprobar que se diferencian entre sí como la Noche del día. Si recuerda usted, al principio TSN tendía a satisfacer la curiosidad superficial: noticias sensacionales, escándalos,

crónica de sucesos, etcétera. Posteriormente, en enero del año pasado, nos incorporamos al programa Yuri Rostov y nosotros dos, cada cual con nuestra manera propia de presentar las noticias.

Pero había y se mantuvo un estilo común. TSN fue convirtiéndose en un programa cada día más serio...

– ¿Es verdad que hasta los acontecimientos de enero en Lituania nadie controlaba la emisión?

T. M.: Si se refiere a la dirección de Gostelerradio, es cierto que no había control directo. Pero en ningún momento nos sentimos como un destacamento de guerrilleros en territorio ocupado por el enemigo. Por el contrario, experimentábamos un sentimiento de inmensa responsabilidad, ya que la dirección confiaba en nosotros.

Luego llegó un momento, a mediados del año pasado, en que sentimos que TSN estaba adquiriendo una nueva calidad, y que las noticias son algo muy serio, es parte de la política. Téngase en cuenta que en la TV soviética jamás tuvimos una idea mínimamente clara de lo que debía ser la información televisiva.

– ¿Puede decirnos ahora lo que debe ser?

T. M.: A decir verdad, no me gustan las definiciones ni las fórmulas. Pero quizá quepa destacar la brevedad de la noticia, su carácter concreto, indicando sin falta la fuente y tratando de dar el máximo de imágenes filmadas.

– ¿Es decir que TSN nos ofrece una muestra de lo que debe ser la información televisiva «digna de ese nombre»?

D. K.: En TSN no hemos descubierto nada del otro mundo desde el punto de vista del periodismo internacional. Es simplemente un informativo hecho con buen profesionalismo, como los hay en todo el mundo. Antes teníamos una Dirección Principal de Información, pero no había ni un solo espacio informativo.

– ¿Y *Vremia*?

D. K.: *Vremia* no es un noticiero ni un telediario sino un tumor ideológico.

– ¿La información y la ideología son incompatibles?

D. K.: No cabe duda de que el telediario del primer canal de la TV estatal debe reflejar *toda* la gama de opiniones e ideologías que existen en la sociedad. Pero hay que priorizar el hecho; la apreciación viene en segundo lugar. Por otra parte, hay casos en que la apreciación es un hecho. Cuando Yeltsin dice que Gorbachov debe dimitir, su apreciación es de por sí un elemento concreto de la vida política que merece nuestra atención.

La fórmula es sencilla: debemos informar de todo lo que incide en la vida de las personas. *Vremia* nos enseña, por ejemplo, las faenas de siembra en un sovjós. Pero, en primer lugar, está claro que el sistema de los sovjoses no puede alimentarnos y, segundo, nadie puede garantizar que se recogerán en verano los frutos de lo que se siembra en primavera y que esos productos llegarán a nuestras mesas. Por tanto, esa noticia no influye de ninguna manera sobre nuestra vida, ¿me entiende? Pero cuando en la plaza Manézhna-ya se congregan medio millón de personas para manifestar su respaldo a las autoridades de la Federación Rusa, esto significa que algo está cambiando en nuestra vida. Y si la TV no informa de esta concentración (como fue el caso de *Vremia*), eso quiere decir que se infringe el principio básico de los noticieros y se vulnera el derecho de los televidentes a

recibir información.

– ¿Tal vez pueden darse situaciones en que callar sea mejor que informar, aunque se trate de una noticia absolutamente exacta? En particular, en una situación explosiva como la de nuestro país en estos momentos. ¿No podría ocurrir que la difusión de una noticia alarmante se convirtiera en la chispa que provoca el incendio?

D. K: Creo que la humanidad resolvió hace mucho la cuestión de la utilidad de la información y la libertad de expresión. Para mí esa cuestión no existe. La libertad de información es un atributo indispensable para la existencia de *toda* sociedad. No puedo imaginar ninguna situación en que el callar una noticia convenga más que difundirla.

T. M.: Lo que sí puede tener consecuencias imprevisibles es precisamente el silenciamiento de determinados sucesos, sobre todo en la región de donde procede la noticia. Cuando se secuestró la información –en relación con los sucesos de Moldavia el año pasado o de Osetia del Sur en fechas más recientes–, esta medida no ayudó en absoluto a resolver la situación. En cambio, cuando empezamos a difundir las noticias que nos llegaban de allí, en seguida notamos que la información ayudaba a atenuar las tensiones.

En ese mismo número, *Nezavisimaya gazeta* (19.3.91) insertó un comentario de su director Vitali Tretiakov, titulado «*Finita la comedia*», *la comedia de la «glásnost» en la TV Central*:

En la noche del 13 de enero, cuando Tatiana Mitkova informaba de los trágicos acontecimientos de Vilnius, las lágrimas le asomaron a los ojos. Ahora ha llegado la hora del castigo por esas lágrimas y por su trabajo de profesional honrada. En rigor, T5N ha dejado de existir. Se rumorea que Bela Kurkova ha sido apartada de *Piatoe kolesó*. ¿Queda alguna parcela de honradez en la TV? ¿*Antes y después de la medianoche*? Ya veremos si la próxima edición de este espacio, programada para el 30 de marzo, llega a nuestras pantallas o si a Vladímir Molchánov le pasa lo mismo que a sus colegas.

Que se esté luchando por el primer canal –presidencial– de la TV, no me parece extraño. Es normal incluso. Lo extraño es que la TV presidencial prescindiera precisamente de los teleperiodistas de más alto nivel profesional, los más inteligentes, honrados y populares. Son sustituidos por otros que, al parecer, poseen cualidades «idóneas». ¿Qué debemos pensar de un político al que atienden TALEs propagandistas?

Cuando aún faltaban unos días hasta el referéndum, la TV guardaba al menos ciertas apariencias de objetividad, mostraba cierto deseo de presentar opiniones distintas. Pero la víspera de la consulta, se dejó de conveniencias y llegó al colmo del cinismo. Los locutores –o sea, funcionarios públicos– nos mostraban claramente, con la papeleta en la mano, cómo debíamos votar, qué respuesta debíamos tachar. El telediaro *Vremia* superó sus récords de propaganda tendenciosa, azuzando a los ferroviarios contra los mineros en huelga y acusando a éstos de mantener «relaciones con Estados Unidos». Cedía la palabra a primeros secretarios de comités regionales del PCUS cada uno de los cuales aseveraba que *toda* «su» región votaría «sí». Afirmaba explícitamente que quienes mantenían un criterio distinto estaban dividiendo el país y nos llevaban a

la guerra civil. La mentira campaba por sus respetos en cada nueva edición de *Vremia*. *NG* tiene contactos en todas las repúblicas del país, y podemos demostrar lo que decimos con hechos concretos.

¿Qué vemos hoy en nuestra TV? Propaganda comunista, en extremo intolerante hacia los que discrepan. Imágenes eróticas en abundancia, y en su mayoría soeces. Prédicas religiosas continuas, fundamentalmente en favor de la religión ortodoxa. Interminables conciertos de rock. Y astrólogos. ¡Menudo mejunje: comunismo, erotismo, cristianismo ortodoxo, astrología y rock! Marx y Lenin se levantarían de sus tumbas si supieran como presenta la TV soviética su doctrina.

La *glásnost* está amordazada. Pero existe también la prensa libre a la que no se puede tapar la boca.

La Redacción de *Nezavisimaya gazeta* está dispuesta a admitir en su plantilla a los teleperiodistas que, por efecto del «nuevo telepensamiento», se encuentren sin la posibilidad de ganarse HONESTAMENTE el pan de cada día para sí mismos y sus familias. Esto se refiere, en primer término, a los periodistas de TSN.

La Redacción de *NG* también está dispuesta a fundar en su nombre una compañía independiente de TV, denominada TSN, especialmente para Tatiana Mitkova, Yuri Rostov y Dmitri Kiseliyov, y ayudar a las necesidades de esta compañía con recursos monetarios, locales y equipamiento técnico. La independencia profesional y política de la compañía TSN estaría garantizada por el prestigio de *NG* y las correspondientes cláusulas del convenio fundacional.

Al parecer el Presidente de la URSS, no necesita de estos periodistas, pero los teleespectadores y lectores no pueden pasarse sin ellos. Y seguirán trabajando —con nuestra ayuda o sin ella— en este país.

La primera entrevista televisiva con el académico Sájarov

Por primera vez en la historia de la televisión soviética en 1989 en la pequeña pantalla, aparecieron el académico Andréi Sájarov y muchas otras personalidades renombradas, comprendidos los «disidentes» y superiores de la Iglesia Ortodoxa Rusa. Aquel año por primera vez empezaron a hablar en voz alta de que en el país hay más de un millón de huérfanos (cifra superior a la registrada después de la Segunda Guerra Mundial), que en la URSS anualmente nacen 45.000 niños con anomalías cardíacas congénitas (de los que la mitad muere, pues no existen posibilidades de operarlos), que 400.000 niños soviéticos padecen parálisis cerebral, que 6.000 niños mueren anualmente de cáncer, que de cada 1.000 recién nacidos 24 padecen enfermedades de aparato locomotor y 48 tienen patologías nerviosas. El sistema de sanidad y las industrias farmacológica y de equipos médicos están al nivel de los más pobres países africanos. En esta situación, la televisión no podía hacer nada mejor que organizar el impresionante telemaratón de 24 horas de duración a fin de recolectar dinero para financiar distintos programas

de la Fundación Soviética para la Infancia. Los conocidos periodistas leningradenses Támara y Vladímir Maxímov, promotores y animadores del telemaratón, no sólo reunieron importantes sumas de dinero (millones de rublos y de dólares), sino que rescataron del olvido conceptos tales como honor, conciencia, generosidad, beneficencia, misericordia, honradez, ayuda y respaldo. A juzgar por la información que brindaba nuestra prensa y televisión, en nuestro país desde hace mucho ya no había mendigos, vagabundos, inválidos, enfermos, desamparados, huérfanos y desempleados.

En 1986, sobrevino la catástrofe de Chernóbil; durante varios años guardábamos silencio sobre la tragedia. Pero por fin en abril de 1990, los Maxímov organizaron otro telemaratón: de nuevo hicieron la recolecta, pero esta vez para los niños y adultos, víctimas de la explosión atómica y de la indiferencia criminal de las autoridades de Bielorrusia, Ucrania y de las regiones centrales de Rusia que había condenado a millones de personas a la vida en zonas radiactivas. Y no fue castigado nadie: ni dirigentes partidistas ni ministros de Energía Atómica, de Sanidad y de Defensa que durante cinco años mantenían en secreto los datos sobre el verdadero alcance de la catástrofe nuclear. Sólo en 1990, presionada por algunos diputados al Parlamento federal, la televisión informó con cautela al público que ciertos sectores de la opinión pública insistían en llevar ante la justicia a los dirigentes responsables de que durante muchos años en territorios contaminados seguía viviendo la gente. ¿Acaso la TV Central envió brigadas móviles al poblado de Naródichi (región de Zhitómir) donde no sólo mueren los niños, afectados por las radiaciones de Chernóbil, sino que se recoge la cosecha en campos contaminados y se destina, luego, a los consumidores en zonas vecinas? No, tales materiales no aparecieron en los informativos de la televisión. Las cadenas nacionales tampoco dijeron nada sobre un tren entero con carne radiactiva que llegó a Georgia, fue descargado en el frigorífico de Gori y sólo por pura casualidad se descubrió que era producto contaminado y se consiguió devolver al proveedor. ¿Acaso la TV Central comunicó que el té georgiano resultó contaminado en 1986 con partículas radiactivas a causa de la nube que llegó de Chernóbil? Algunos periódicos insertaron esa noticia. No es casual que los automóviles con inscripciones llamativas: «*Vremia-TV Central*» dejaran de recorrer las calles de capitales de las repúblicas federadas: en 1988-1989 telespectadores indignados los habían despedazado.

Y eso que los responsables de la TV Central y de otras estructuras ideológicas comprendían que sería suficiente transmitir por *La primera cadena* nacional, en horas de la noche, una pequeña parte de los video-materiales sobre los sufrimientos de los habitantes que residen en la zona de Chernóbil (este término no sólo incluye territorios adyacentes a la planta nuclear, pues las manchas radiactivas cubren el mapa de la parte

euroccidental de la URSS). Los críticos han hecho alguna que otra referencia a esos videomateriales, pero los telespectadores jamás los han visto: ni el documental *Mi-cró-fono*, de Gueorgui Shkliarevski, ni la cinta *Más allá de la razón*, que Ala Yaroshínskaya, diputada popular de la URSS por la región de Zhitómir, entregó en un videocasete a Mijaíl Gorbachov. He aquí un episodio de ese documental, filmado en mayo de 1989 y descrito en *Literatúrnyaya gazeta* (28.2.90):

La cámara nos muestra a los niños jugando en un terreno de recreo y en primer plano aparece un aparato que registra altos niveles de radiación. ¡Son nuestros niños! Mañana mi hijo se casará con esa muchacha, tendrá hijos y, luego, nietos... ¿O tal vez no los tendrán? ¿O alguien piensa que se separó de este mundo, edificando una muralla infranqueable, y que adquiriendo alimentos en circuitos especiales para dirigentes de alto nivel, sería capaz de mantener a sus hijos dentro de una realidad «especial»? ¿En qué están pensando estos tipos que están ALLI, arriba? *Literatúrnyaya gazeta* señaló que la situación en los territorios contaminados no había mejorado en febrero de 1990. Si la televisión fuese realmente libre, las figuras clave del gobierno hace tiempo que se habrían visto obligadas a dimitir.

Sin embargo, la televisión libre existe en la URSS: en las capitales de las repúblicas federadas y en regiones periféricas de Rusia. Los Centros de TV de Tbilisi, Erevan, Riga, Vilnius, Tallinn y Leningrado se diferencian de la Televisión Central como el respetable semanario *Kommersant* del diario *Pravda*. Pero la audiencia de los canales periféricos es insignificante en comparación con la de TV Central. También la colaboración mutua deja mucho que desear. Por ejemplo, la televisión de Tbilisi tenía reservados 30 minutos al trimestre en los canales de la TV Central, mientras que ésta transmitía sus programas para Georgia diariamente: los espacios de *La primera cadena* se emitían sin corte alguno y el telenoticiero *Vremia* se transmitía a partir de las 21.00, hora de Moscú, desde Tbilisi simultáneamente por el primer canal y el segundo (republicano).

La única excepción era la televisión de Leningrado. Este canal tenía una audiencia potencial de 50 millones de personas, residentes en las regiones de Moscú y Leningrado, en las repúblicas bálticas y en zonas adyacentes. Los teleperiodistas leningradenses gozaban de relativa libertad, pero sin que se les permitiera traspasar ciertos límites. Oficialmente, la TV de Leningrado era una filial de la Televisión Central de la URSS y en materias de personal y de programación dependía mucho más de las estructuras administrativas centrales que, por ejemplo, telecentros de Sverdlovsk, Tbilisi o Tallinn. En 1979, el Consejo de Ministros de la URSS emitió una disposición que preveía crear en 1983 el quinto canal experimental de TV Central a base de la televisión de Leningrado.

Con la aparición en Leningrado del espacio televisivo *Piatoe kolesó*

(*La quinta Rueda*) en la TV soviética nació un nuevo género. El programa constituye un conglomerado de temas de carácter muy distinto y el principio que se utiliza para unirlos se encuentra en el nombre del programa, algo irónico: «*La quinta Rueda*»; es algo de lo que se puede prescindir. ¿Y de qué se solía prescindir antes? De las inquietudes espirituales, de una vida social auténtica y de sinceras discusiones en público y no en las cocinas. Eso es lo que se proponía recuperar en el espacio *La quinta Rueda*.

Muchas secuencias de este programa señalaron un hito en la historia de la TV: la primera entrevista con el académico Sájarov, las primeras imágenes (con comentarios racionales) de los mítines de la sociedad chovinista *Pamiat* (Memoria), las primeras exhibiciones de películas del cine *alternativo*, los primeros mítines reclamando la construcción de un Monumento Conmemorativo a las víctimas del estalinismo, la primera charla con Veniamín Eroféev, destacado exponente de la literatura *underground*, etc... Teniendo en cuenta el alto nivel analítico que ofrece *La quinta Rueda* en sus mejores ediciones, considero que era, en general, lo mejor que se hacía en la televisión soviética.

El analista del diario *Izvestia* (23 de marzo de 1990), V. Arséniev, describe sus impresiones de la siguiente forma:

La quinta Rueda se ha convertido en una tribuna para expresar las opiniones que son diametralmente opuestas a las oficiales en Leningrado.

Es una mirada desde fuera. Cuando vine a Leningrado y me encontré con Bela Kurkova, directora del programa *La quinta Rueda*, confirmé esta opinión. Por ejemplo, me pareció que el viraje radical de *La quinta Rueda* hacia una nueva imagen se produjo aquel día de noviembre en que Bela Kurkova entrevistó en directo a Anatoli Sobchak, diputado popular de la URSS, quien habló con tanta franqueza de los acontecimientos de abril en Tbilisi y del dirigente del Partido de la región de Leningrado que se podría implantar una nueva unidad para medir la transparencia informativa: la «*Rueda*».

– Es verdad –me dio la razón Bela Kurkova–. Aquella entrevista constituyó una etapa para el programa. Por lo menos para mí. Considero que si yo no hubiera hecho nada más en el periodismo que esta entrevista, me bastaría para pensar que no he vivido en vano...

– ¿Esto se explica porque sus puntos de vista coinciden, así como sus visiones del mundo? le pregunté. Bela Kurkova me contestó:

– Sí, así es. Hemos creado un círculo de personas con opiniones comunes. Les invitamos a participar en nuestro programa. Se trata de políticos. Con *toda* nuestra fidelidad al tema del resurgimiento de la espiritualidad y de la cultura, no podemos permanecer indiferentes para con la situación política, ni queremos hacerlo. De las orientaciones en la política depende también la situación de la cultura...

Las reflexiones de Bela Kurkova sobre el pluralismo en el marco de una misma edición resultaron ser muy interesantes y permitieron comprender mucho las actuales

peculiaridades de *La quinta Rueda*. Son unas reflexiones inesperadas: Kurkova considera que el pluralismo es imposible en tal situación, lo mismo que no puede haberlo en una misma persona. «El espacio» del programa –según comprendí, escuchando a Belano permite barajar muchas posiciones, nublando con ello la única postura auténtica del autor. El programa debe tener su voz inconfundible. Mientras que el pluralismo y la polifonía pueden manifestarse solamente en todo el abanico de los programas que se hacen en los estudios. Tanto el periodista como el espectador han de hacer una elección de igual modo que cuando se está en una cabina electoral. Un programa es lo mismo que un voto.

Pasarán los años y también tendremos, quizá, una TV *alternativa*, de cuya utilidad hoy se discute con pasión. Una TV nueva, con horizontes más amplios. Pero ya tenemos su prototipo, en Leningrado, en la calle Chapiguin 6, donde en el marco de una TV monopolizada se hace *La quinta Rueda*.

...El cuatro de marzo Bela Kurkova fue elegida Diputada del pueblo del Soviet de Leningrado y, a la vez, de la Federación Rusa. Así la aprecian y así la creen.

La valentía de Bela Kurkova, como periodista, política y diputada, se ganó las simpatías y el respeto de los telespectadores. El semanario *Argumenti i fakti* (num. 12/91) entrevistó a Kurkova y se interesó por cómo había logrado llevar a la pequeña pantalla emisiones en las que aparecían «políticos indeseables» como Borís Yeltsin (con su famoso discurso en la Casa del Cine), Yuri Afanásiev y Artiom Tarásov:

– En Moscú trato de no perderme ninguno de sus programas y he llegado a la conclusión de que los leningradenses se han adelantado mucho a los moscovitas en lo que respecta a su capacidad para mostrar con imágenes televisivas los aspectos positivos y negativos de nuestra vida. Por otra parte, nos llegan rumores de que usted tropieza en su labor con muchas más dificultades de lo que puede parecer viendo sus emisiones...

– Nuestra fama se la debemos más a la prensa escrita que a la electrónica. Si la primera no hablara de nosotros, el país no tendría idea de que existe *La quinta Rueda*. El canal de Leningrado tiene una audiencia de 70 millones de televidentes. Pero nuestra «*Rueda*» sale a la pantalla muy tarde. En Sverdlovsk, por ejemplo, la emisión comienza a la una de la madrugada, hora local (debido a la diferencia de los usos horarios). Es poco probable que puedan verla todos los que quieran, puesto que por la mañana tienen que ir al trabajo.

– ¿Por qué pasan este espacio tan tarde?

– Cuando lo concebimos, decidimos que sería un programa elitista, destinado exclusivamente a los intelectuales. Hasta ese momento no se habían hecho programas dirigidos expresamente a los intelectuales. Pensamos que sería bueno pasarlo después de las diez, cuando los actores, los músicos y otros artistas terminan su jornada... Pero poco a poco fuimos desplazados hacia horas más tardías. Ahora, antes de que comience *La quinta Rueda*, leen incluso el anuncio de las emisiones para el día siguiente. Por otra parte, nuestra audiencia se ha ampliado, hoy abarca todos los grupos sociales.

- ¿Cuál era el principal objetivo que se fijaron inicialmente?
- El renacimiento de la vida cultural y espiritual. En particular, porque San Petersburgo es la ciudad que más perjuicio ha sufrido en este sentido.
- ¿Qué ambiente existe en la TV de Leningrado? ¿Cuál es la actitud de la dirección y de sus colegas respecto a *La quinta Rueda*?
- Nada favorable. En un encuentro celebrado en *Novedades de Moscú*, Vladímir Molchánov dijo que lo más terrible es cuando uno se percató de que sus colegas tienen ganas de «hundirlo». En la Redacción que dirijo yo, tenemos la impresión de que nos han cercado con banderines rojos. Como en la canción de Visotski *La caza de lobos*, ¿se acuerda?

El personal creativo de nuestra Redacción consta de 58 personas. Es gente «fuera de serie», gente que no se fue a pesar de lo precario de nuestra situación. Gente que recibió muchas «palizas» en otras redacciones, gente de carácter insumiso. Yo también tengo genio...

– Todo el mundo sabe que usted tiene convicciones democráticas. Pero he oído decir que nunca invita a su espacio a gente del otro «bando».

– Es verdad. Jamás invitamos a nadie del otro campo. Es una norma que nos fijamos desde el principio. No queremos hacerles la publicidad en nuestro programa. Ellos tienen la posibilidad de intervenir en otras emisiones. No queremos «destaparlos» en *La quinta Rueda*, ¿Que «se destapen» en otro sitio!

– Hablemos ahora de la Compañía de TV de Leningrado... Todos quieren tener su compañía. ¿Quisiera usted tener la suya, integrada, digamos, por los colectivos de *La quinta Rueda* y *Monitor*?

– La situación es muy compleja. Durante cierto tiempo, nos dejaron tranquilos. Al fin y al cabo, soy diputada del Congreso de la Federación Rusa y al Soviet de Leningrado. Esto hizo que nuestro programa gozara de inmunidad. Además, mantenemos relaciones de amistad con gente audaz y respetada, muchos de los cuales son bastante influyentes desde el punto de vista político. Nos enorgullecemos de nuestra amistad con Anatoli Sobchak, Yuri Afanásiev, para el cual nuestro programa era la única posibilidad de aparecer en la pequeña pantalla, y otros destacados demócratas.

Pero lo que se ha dicho sobre el fenómeno de la TV de Leningrado no es del todo exacto. Es verdad que aquí trabajan muchos buenos periodistas, pero no constituyen, en las diversas redacciones, colectivos cohesionados por la coincidencia de ideas y convicciones. A menudo, dentro de una misma Redacción encontramos gente que mantiene posiciones diametralmente opuestas. Lo que pasa es que la mayoría de los telespectadores no ven todos los programas y tienen la impresión de que en la TV de Leningrado todos son demócratas. La realidad es diferente. Por eso me temo que, si entramos ahora en la «era de Krávchenko», casi todas las redacciones comenzarán a trabajar en el mismo espíritu y harán lo que diga Krávchenko. Los únicos que opongan resistencia seremos nosotros y un puñado de periodistas de las demás redacciones. Esto nos obliga a apreciar objetivamente nuestras posibilidades...

– Se rumorea que algunas ediciones de *La quinta Rueda* salieron al aire en circunstancias propias de novelas policíacas...

– Nos valemos de diferentes estratagemas. Puedo revelar una que empleamos ya y no podremos utilizar nuevamente en un futuro próximo. Se trata del programa en que inter-

vino Artiom Tarásov. Si, como lo prescriben las instrucciones, hubiese entregado de antemano a la dirección el guión e indicado que nos íbamos a entrevistar con Tarásov, adjuntando la transcripción de sus declaraciones, esa emisión jamás habría visto la luz. Poco antes nos habían prohibido pasar unas secuencias en las que intervenían cineastas que protestaban contra la política de la TV Central. Por eso no tenía más remedio que entregar un guión falso. Como pensábamos pasar la entrevista con Tarásov hacia la mitad del espacio, nos fue más fácil camuflarla. El montaje lo hicimos en días de asueto cuando los «grandes jefes» no estaban en los estudios.

La noche que había elegido para pasar la emisión sobre Tarásov, logré convencer a Anatoli Sobchak para que interviniera en directo en nuestro espacio. Por lo común, después de hablar ante nuestras cámaras, él se iba inmediatamente. Pero esta vez, a petición mía, pasó por el despacho de Petrov, el dirigente de TV Leningrado. Sobchak, queriéndolo o no, distrajo a Petrov. Según mis cálculos, Tarásov «empezó a hablar» cuando Petrov estaba en el coche que le llevaba a casa. Y cuando el programa ya estaba en antena, ni él se hubiese atrevido a cortarlo. El escándalo habría sido de ordago.

Quizá exageré las precauciones. No puedo decir a ciencia cierta, que si le hubiese presentado el guión completo a Petrov, él habría «cortado» lo de Tarásov. Pero yo no podía correr ese riesgo.

Con *Vzgliad*, hicimos casi lo mismo. Era imposible ocultar la aparición de Liubímov en nuestros estudios. Por eso «destapamos» inicialmente un pequeño fragmento del programa, de unos cinco minutos. Pero los muchachos de *Vzgliad* nos dejaron una cinta con el programa entero. Nuevamente presentamos un guión falso... Estaba claro que el dirigente del Comité de RTV de Leningrado no podía autorizar el pase de un espacio que el presidente del Comité Estatal había prohibido. El director de programación me preguntó donde había grabado la emisión, si en Moscú o en Leningrado. Mentí por primera vez en mi vida. Dije que en Leningrado, porque, si no, habrían querido ver *toda* la cinta. Al comienzo de la *Rueda*, apareció en directo en la pantalla V. Pravdiuk, un especialista en filosofía y literatura. De ahí se desprendía que ese día no abordaríamos cuestiones de la «política pura». Pero, luego conectamos la cortinilla de *Vzgliad* y pasamos *toda* la emisión. Era una nueva victoria, si bien de alcance local.

Tras el fracaso del golpe de Estado de agosto, Piátokolesó se trasladó «sobre *Ruedas*» de Leningrado a la TV Central. Bela Kurkova encabezó la Dirección de Leningrado de la Compañía de RTV de Rusia. Ya después de ocupar este cargo, concedió una entrevista a *Uchítelskaya gazeta* (setiembre de 1991):

– ¿Cómo ocurrió que se encontrara usted en la *Casa Blanca* de Moscú al estallar el *putsch*?

– Estaba en Moscú por motivos del trabajo. El 19 de agosto por la mañana, mi marido me llama desde Leningrado y me pregunta: «¿Qué está pasando ahí? ¿Es un golpe de Estado?». Yo le digo: «¿Estás mal de la cabeza? Desde la ventana veo el Kremlin, aquí reina la calma, los pajaritos cantan». Enchufé el televisor y comprendí: el silencio había hecho explosión. Llamé enseguida a Sobchak, a su piso de Moscú. Me dijo: «Nos veremos en la antecámara de Yeltsin». Cuando llego allí, el secretario me dice: «Hemos llevado a Sobchak a

la *dacha* de Arjánguelskoe, a la residencia de Borís Yeltsin. Allí están también Búrbulis, Siláev y Jasbulátov. Bueno, *toda* la dirección de Rusia». Me puse negra: «¿No han encontrado nada mejor para que caigan todos juntos?». Hasta que llegaron Yeltsin y Sobchak, pasé un miedo horrible.

– Sabemos que usted estuvo en la *Casa Blanca* durante los tres días y noches del *putsch*. Hay quien dice que las mujeres no tenían nada que hacer ahí.

– Los diputados no nos dividimos en hombres y mujeres. Y además de encontrarme ahí en mi calidad de diputada, yo hacía mi trabajo de periodista, cumplía con mi deber profesional. Por cierto, que estuvieron conmigo dos equipos femeninos de filmación. Entre sus componentes había dos mujeres que tienen niños pequeños, y yo les dije que se fueran inmediatamente de la *Casa Blanca*. Pero no me hicieron caso.

– Si no me equivoqué, a ese edificio del malecón, por primera vez lo llamaron «*Casa Blanca*» hace cosa de un año, en el programa *La quinta Rueda*.

– Sí, a esa edición le pusimos el título de La ‘*Casa Blanca*’ de *Rusia*. Pero, a decir verdad, es un edificio muy incómodo. El 19 de agosto instalamos un pequeño «estudio» o «radiocasetta» en la planta baja. Porque nos encontramos en una situación trágica: el presidente Yeltsin tenía que dirigirse al pueblo, y en el Casa del Gobierno no había ni siquiera un megáfono. Los rusos siempre pecamos de descuidados. Pero esa vez salimos de apuros. A las 2 y 25 minutos entré en el estudio improvisado, con el primer «invitado», Jasbulátov, quien iba a hablar a los defensores de las barricadas. Recuerdo cómo llegamos hasta allí. Jasbulátov iba echando pestes contra Lopatin que nos guiaba por un interminable laberinto de pasillos para enseñarnos el camino más corto. Nos sentamos ante el micrófono, y dije: «Amigos, a partir de este momento les informaremos cada hora sobre los acontecimientos en la *Casa Blanca* y en Moscú. Les rogamos que comuniquen a sus familiares, conocidos, compañeros de trabajo y diplomáticos, todo lo que oigan aquí. La población de Moscú debe estar informada». La primera noche de trabajo en esa «emisora» fue muy dura. Contaba con la ayuda de Vladímir Molchánov, el *Equipo* de *Noticias del Parlamento* y el de *Vzgliad*.

– Es usted una mujer valiente. Se la puede ver a menudo en los lugares más arriesgados. ¿Alguna vez ha experimentado miedo?

– No, aunque hubo de todo: pintadas de cruces en la puerta de mi casa, amenazas por teléfono e insultos soeces. Unos amigos me «armaron» con un *paralizer*. No tengo coche ni lo tuve nunca. Mis colegas me prohíben ir sola en taxi, siempre me acompaña alguien. Y si voy en metro, mi marido me espera en la estación... De todos modos, no he pasado miedo. Hay que dar el primer paso, luego todo va sobre *Ruedas*.

Recuerdo que el 20 de agosto salí al tejado de la *Casa Blanca*. Llovía, abajo estaba la multitud de los defensores, miles de personas con la ropa empapada. En la avenida de Kutúzov centelleaban las luces de los tanques... Y en las barricadas los esperaban jóvenes con palos y piedras. Si los tanques llegan a atacar... Entonces sí que tuve miedo. Pero no por mí. Al fin y al cabo, ya no tengo dieciséis años. Debo resistir, seguir firme. Porque la gente confía en mí.

Información del golpe de agosto de 1991

El agosto de 1991 dejó malparados no sólo a los promotores del golpe,

sino también a sus lacayos de la dirección de TV Leningrado (B. Petrov) y, en particular, al presentador de *600 segundos*, Alexandr Nevzórov. Desde el otoño de 1990, este joven excéntrico se destaca en la vida política del país como exponente de los sectores más reaccionarios de la población rusa.

El espacio *600 segundos*, pese a su brevedad, logró hacer competencia a otros programas más prestigiosos, ofreciendo una velocidad vertiginosa en la presentación de sus microrreportajes que son mezcla de noticias proporcionadas por diversas agencias de información, episodios de la crónica criminal de Leningrado y casos curiosos enfocados con cierto aire irónico. Alexandr Nevzórov, el presentador permanente del programa, que prácticamente en solitario cubría todos los materiales que se exhibían a lo largo de los diez minutos de duración diaria del programa, se convirtió en uno de los telerreporteros más famosos.

En otras palabras, casi siempre los teleperiodistas de Leningrado daban un buen ejemplo de cómo resolver los problemas que no podían solventar sus colegas de Moscú y otras ciudades. Si la transparencia informativa era el principal resultado de los primeros cinco años de la *perestroika*, ¿acaso lo que estaba pasando en la pequeña pantalla lenin-gradense no suponía una revolución en la TV?

Realmente, se trataba de una revolución, pero ahora, teniendo a nuestras espaldas la triste experiencia del Gran Octubre, miramos con recelo a los enemigos irreconciliables (?)... del comunismo. Especialmente, a los que se desenvuelven en el terreno del periodismo y la política. Alexandr Nevzórov se hizo famoso en la URSS a finales de 1990. Su nombre era conocido incluso entre la gente que por vivir lejos de Leningrado prácticamente no tenía la posibilidad de verlo en la pequeña pantalla. El 12 de diciembre, en uno de los solares abandonados de Leningrado, Alexandr Nevzórov sufrió un atentado. El telerreportero quedó vivo de milagro. Mijaíl Gorbachov le envió un telegrama en que le deseaba que se restableciera pronto. Se puso en alerta a todos los agentes del Ministerio del Interior y del Comité de Seguridad de Estado, de Leningrado, para encontrar al autor del crimen.

A mí personalmente no me gusta Alexandr Nevzórov con su rechazo de las instituciones soviéticas, la crítica de todos y de todo, su monarquismo y la lucha por «la salvación de Rusia» en la que «está dispuesto a ir hasta el final». ¿Quién en nuestro país quiere al Emperador y una «mano dura»? ¿Quién no quiere a los bolcheviques, cooperativistas o vanguardistas? ¿Han adivinado? Acaso son los integrantes de la sociedad «*Pamiat*» todos tan serios, anchos de hombros, no muy cultos, vestidos con trajes de cuero y que suelen enarbolar banderas negras con una calavera y huesos cruzados. Una bandera igual la pudimos ver en el despacho de Alexandr Nevzórov, en una foto del periódico *Kommersant* del 10 de diciembre de 1990. En 1990, Alexandr Nevzórov cumplió 32 años. El telerreporte-

ro nació en Leningrado, cantó en un coro eclesiástico, quería tomar el hábito, intentó ser *cascadeur*. Durante los últimos años es presentador del programa *600 segundos*. En su espacio, nos mostró cómo antiguos comunistas quemaban sus carnés del PCUS con la efigie de Lenin, pero nadie prohibía su programa. Uno miraba a Nevzórov, tan nervioso y duro, que siempre estaba desenmascarando a alguien o intimidando, o saboreando el mal y la suciedad humana, y pensaba que no necesitábamos a semejante comisario o *hongweiping*; ya tuvimos otros por el estilo.

Lo principal en este caso no es que Nevzórov estuviera estrechamente vinculado a los sectores más reaccionarios del Ejército, el KGB y el Ministerio del Interior, ni siquiera el hecho de que según el testimonio de psiquiatras leningradenses Nevzórov presente síntomas evidentes de desequilibrio mental (entregaron a *Nezavisimaya gazeta* un extracto de la historia clínica núm. 613/683, correspondiente al año 1975, del recluta A. Nevzórov en el hospital mental núm. 3 de Leningrado y declararon que la impresión que les causaba la conducta de su ex paciente y actual reportero, observándole en la pequeña pantalla, confirmaba el dictamen médico emitido entonces). Pero lo peor, lo terrible, es que, por un lado, el régimen agonizante eligiera como pregonero de sus acciones criminales a este periodista y, por otro, el hecho de que Nevzórov en esta nueva calidad de reportero oficioso se convirtiera en el ídolo de millones (!) de personas.

El síndrome de Nevzórov

«*El síndrome de Nevzórov* es uno de los problemas más preocupantes de la actual sociedad soviética», declaró Vladímir Matusévich, director del Servicio de Emisiones en Ruso de Radio Libertad, en una conversación con el periodista moscovita Andréi Babitski (*Golos*, núm. 31/91):

– ¿Ha cambiado en los últimos años su percepción de la Unión Soviética, sigue teniendo la sensación de que existe un abismo infranqueable entre el mundo soviético y el occidental?

– Ese abismo lo sentía hace 20 años, hace 10 años, y desde entonces no ha habido cambios sustanciales en mi percepción de la Unión Soviética.

– Pero no negará usted que en estos años de *perestroika* hemos asistido a fuertes mutaciones tanto en la vida como en la conciencia del soviético. En la esfera de los ideales sociales, la Unión Soviética se ha acercado un poco a las libertades occidentales.

– Ese es un tema inabarcable, pero yo he elegido un fenómeno concreto que, a mi juicio, revela el abismo que ha existido y seguirá existiendo entre estos dos mundos. Me refiero al «fenómeno Nevzórov». Podría aludir a otras realidades, pero este fenómeno es el que más me ha impresionado. ¿Por qué?

No se trata sólo de que Nevzórov es, valga el eufemismo, un títere preparado de antemano y manipulado con determinados fines. Lo peor del caso son las circunstancias, la

existencia de un clima social en el que ha podido desarrollarse el «síndrome Nevzórov». Aparece su tristemente célebre serie de documentales *Los nuestros*. Es evidente que este hombre ha cometido en el campo de lo profesional un crimen equiparable a lo que significa en la vida corriente un acto de violación o un homicidio con torturas previas. Desde el punto de vista profesional, perpetró un crimen cuyo equivalente en el campo del derecho penal se castiga –incluso en los países donde rigen las leyes más humanas– con cadena perpetua. Creó un «documental» sobre acontecimientos monstruosos, falsificándolo todo desde el principio hasta el fin. Este periodista cometió un crimen después del cual deberían haberse cerrado ante él las puertas de cualquier Redacción: de los periódicos, las revistas y los estudios de TV.

Sé que varios cineastas hablaron de ello en *Nezavisimaya gazeta*, sé también que se publicaron muchos artículos llenos de indignación en los que se desenmascaraba a Nevzórov, se le condenaba, etc. Pero todo eso son emociones.

Una sociedad en la que Nevzórov puede trabajar en la TV es una sociedad de permisividad absoluta. Paradójicamente, a mí me gustaba más la sociedad de antes de Gorbachov, en la cual, por determinadas razones (claro que no tenían nada que ver con la ética profesional), no había ni podía haber ningún Nevzórov. Es una situación paradójica que todavía no acabo de comprender: en cierto sentido, la sociedad soviética actual es más repugnante aún, más endemoniada y más antihumana que la de antes de Gorbachov. Una cosa es el actual pluralismo con *Ogoniok*, por un lado, y por otro, la revista *Kubañ*, en la que han llegado al colmo de insertar el artículo de un tal Tetiónov, que califica a Solzhénitsin de sionista y masón. Pero el «fenómeno Nevzórov» es ya otra cosa, porque lo más terrible del caso es que, a pesar de todo el revuelo que se armó, hay gente que sigue trabajando con él, filmando para él, haciendo el montaje, pagándole el sueldo y entrando con él en el mismo edificio.

– ¿No le parece que una de las causas del fenómeno es la ausencia de relaciones jurídicas en la sociedad? Si la mentira y la falsificación de la información en la prensa y la TV implicasen automáticamente el procesamiento y el castigo del autor, los periodistas y las redacciones se lo pensarían más antes de publicar materiales de ese tipo.

– Creo que, en efecto, este es uno de los problemas más terribles e irresolubles que padece hoy y seguirá padeciendo mañana la sociedad soviética. A pesar de todas las peroratas de Gorbachov sobre la necesidad urgente de edificar un Estado de derecho, el propio Gorbachov y su *Equipo* hacen todo lo posible para que el soviético sienta un desprecio absoluto hacia el derecho desde su más tierna infancia. Esto es mucho más grave que todos los problemas económicos. Quizá sea esta la causa por la que en la Unión Soviética no hay ni puede haber un Estado de derecho en el sentido genuino de la palabra. Usted tiene razón: el «fenómeno Nevzórov» guarda estrecha relación con este problema.

Por otra parte, el que existan o no cláusulas o normas jurídicas en virtud de las cuales la dirección de la TV leningradense tuviera la obligación de despedir a Nevzórov, no es lo más importante del caso. Lo asombroso es que el propio medio en el que se desenvuelve, me refiero al de la TV o los medios periodísticos en general, no lo hayan rechazado como un cuerpo ajeno. Aparte del problema moral, está el profesional. Se ha reor-

ganizado la Unión de Periodistas, se ha adoptado un nuevo código ético, pero todo eso no vale nada mientras Nevzórov siga apareciendo en la pantalla, pues lo que hace él constituye un desafío absoluto al periodismo profesional.

– De su planteamiento se infiere que la conciencia del soviético, aun liberada de las bridas totalitarias (las cuales, sea dicho de paso, presuponían ciertas normas de decoro), no ha adquirido las virtudes de una conciencia de hombre civilizado y libre. Por el contrario, es una conciencia bárbara y arbitraria, que no se sujeta a norma alguna de conducta. Esa barbarie se manifiesta en la mentira de Nevzórov, el antisemitismo de las publicaciones patrióticas y el régimen instaurado en Georgia, que son fenómenos del mismo tipo.

– Lo de Georgia, por cierto, es un caso interesante. Después de triunfar Gamsajurdia en las elecciones presidenciales y cuando se le empezó a criticar diciendo que se estaba convirtiendo en un pequeño dictador o en el gran dictador de un pequeño país, él espetó con aire indignado: «¿Dónde se ha visto que un dictador ascienda al poder por la vía democrática, como resultado de elecciones democráticas?». Desgraciadamente, nadie le recordó en ese momento (más tarde se habló de ello en la prensa norteamericana y en la de Europa Occidental) que la historia registra muchos antecedentes de ese tipo y el más conocido es el caso de Hitler, el cual llegó al poder a raíz de su victoria en elecciones absolutamente democráticas, y no por medio de un golpe de Estado cruento. Ahora bien, yo no confundo lo que simboliza *Nash Sovremennik* con lo que simboliza Gamsajurdia, no son fenómenos del mismo tipo, aunque, desde luego, lo que está ocurriendo en Georgia es, en gran medida, una consecuencia de los 70 años de historia soviética.

De todos modos, algo muy similar a lo que sucede hoy en Georgia podría acaecer en cualquier pequeño país de América Latina.

Lo de *Nash Sovremennik* es otra cosa, mucho más temible. En la sociedad soviética de antes de Gorbachov existían, por lo menos, ciertas normas de comportamiento civilizado, en virtud de las cuales se podía hacer la vista gorda cuando alguien del pueblo llano despotricaba contra los judíos o los caucasianos en el tranvía o en una cola cualquiera, pero se consideraba indecoroso, vergonzoso que un intelectual tuviera ideas racistas y, sobre todo, que las manifestara en público. Tan vergonzoso como contraer una enfermedad venérea. ¡Con qué increíble rapidez se esfumaron esos tabúes! Cuando apareció en *Nash Sovremennik* la primera parte del artículo de Shafarévich sobre la rusofobia, me quedé estupefacto. Pensé que se lo tragaría la tierra, que iba a producir una explosión de ira e indignación. La explosión se produjo... en Occidente, con un torrente de artículos y reseñas, mientras que en la URSS hasta *Novedades de Moscú* se limitó a reproducir una breve nota de dos autores extranjeros.

No puedo situar en el mismo plano el nacionalismo ruso y los nacionalismos georgiano, lituano o tártaro. Berdiáev ya explicó, hace casi cien años, la diferencia esencial entre el chovinismo de una nación grande, opresora, y el nacionalismo de un pueblo pequeño, que lucha para sobrevivir. Los patrioter rusos preguntan a voz en cuello: «¿Por qué a los ucranios se les permite, a los lituanos también, y a nosotros no?». Pero esos gritos, a más de revelar ignorancia supina y falta de responsabilidad, son demagógicos.

Lo peor es que esa peste, la del chovinismo ruso, viene de arriba, proviene de quienes

deberían ser focos de cultura y civismo: de los escritores y publicistas.

En julio de 1991, Nevzórov en el espacio *Panopticum*, que viene a ser un suplemento de 600 segundos, acusó de alta traición a dos presidentes: Gorbachov y Yeltsin. Valeria Novodvórskaya fue a parar a la cárcel moscovita de Lefórtovo (la prisión del KGB) por haber criticado al Presidente de la URSS en un mitin, Nevzórov hizo lo mismo en la pequeña pantalla, ante una audiencia inconmensurablemente más numerosa, y no le pasó nada.

Si, de acuerdo con la terminología convencional, Nevzórov puede ser catalogado entre los «pardos», la TV de Krávchenko y *Pravda*, entre los rojos, y otras publicaciones viejas o nuevas, entre los «rosas», la *Glásnost* de Grigoriant, el semanario *Express-jrónica* y los periódicos de la emigración *Nóvoye Rússkoye Slovo* y *Rússkaya misl* entran en la categoría de las «publicaciones de élite», redactadas por profesionales de alta cualificación, inmunes a la influencia de los dogmas comunistas. En la prensa soviética de gran difusión, apenas se habló del «caso Novodvórskaya». Menos aún, por la TV. Es cierto que *Literatúrnyaya gazeta* insertó dos artículos de Novodvórskaya en setiembre de 1991, después del fracaso del *putsch* y la decisión del colectivo de este semanario de destituir a su director, el «gran defensor de los derechos humanos» F. Burlatski. Pero en los meses de verano de ese mismo año Nevzórov estaba en el apogeo de su carrera y Novodvórskaya se encontraba en la cárcel. Malva Landa escribió entonces en *Express-jrónica* (núm. 25, 1991):

Los miembros de la Unión Democrática Valeria Novodvórskaya y Vladímir Danílov, signatarios de la *Carta de los doce*, han sido detenidos «por haber incurrido en el artículo 70 del Código Penal», en su variante renovada.

Según el nuevo artículo 70, son punibles «los llamamientos a derrocar o cambiar por medio de la fuerza el régimen estatal y social soviético».

La *Carta de los doce*, con fecha del 12-13 de enero de 1991, fue una reacción inmediata a los ataques lanzados por las Fuerzas Armadas soviéticas contra instituciones legítimas y ciudadanos de la República de Lituania, una de las repúblicas soviéticas que trata de convertirse —por vía pacífica, apoyándose en las leyes y el derecho internacional— en una república soberana, no soviética, que pueda resolver con independencia sus asuntos internos.

Los inductores y dirigentes de esas acciones armadas no han sido procesados. Por el contrario, los medios de información social controlados por el poder central achacan la culpa a los dirigentes de Lituania y los ciudadanos que trataron de defender a su Gobierno y las instituciones oficiales de la república (el Centro de TV y otros establecimientos).

La película pseudodocumental de Alexandr Nevzórov, que fue emitida varias veces por la TV Central, nos brinda un ejemplo de cómo se adultera la verdad.

El poder central ha mantenido una actitud más que condescendiente con respecto a los dirigentes de los PPCC. de Lituania y Letonia que invitaron a emprender acciones violentas contra los gobiernos de esas repúblicas, y los jefes militares que hicieron llama-

mientos similares. Tampoco ha censurado el poder central a quienes constituyeron el llamado Comité de Salvación Nacional en Lituania y trataron de llevar a cabo un golpe de Estado.

Continúan las acciones de las FF.AA. contra instituciones de Lituania y las otras dos repúblicas bálticas, que reivindican su derecho a la soberanía nacional.

Continúan también la labor de desinformación y los intentos de fomentar sentimientos de hostilidad y enemistad hacia la población autóctona de las repúblicas bálticas.

Todo esto constituye no sólo una grave violación de las normas jurídicas internacionales y los derechos humanos, incluido el derecho a la vida, sino también... una vulneración de las propias leyes soviéticas.

A juzgar por todo, el Secretario General del PCUS y Presidente de la URSS apoya —si no es que inspira él mismo— dichos actos: no los ha censurado públicamente; las operaciones de las FF.AA. soviéticas se realizan bajo la dirección inmediata de los ministros de Defensa y del Interior, que han sido nombrados por él y están subordinados a la presidencia; la TV Central, dirigida por una persona que ha sido designada por el Presidente, está haciendo una labor tendenciosa de desinformación. Otro tanto cabe decir en relación con la prensa comunista de gran tirada.

En tales circunstancias se distorsionan fácilmente las nociones de la población sobre lo legítimo y lo no legítimo. Surge la idea de que conviene organizar la autodefensa, la resistencia armada y la lucha contra los explotadores.

No estoy de acuerdo con quienes llaman a desplegar la lucha armada. Esta puede conducirnos a un mayor derramamiento de sangre y nuevos sufrimientos del pueblo. Sin embargo, repito que desde el punto de vista de la ley y el orden legal —en el significado genuino de estos términos, y no como los entiende la dirección del PCUS— los infractores contumaces son, en primer lugar, los dirigentes de la URSS y quienes colaboran con ellos y actúan como instrumentos de violencia contra los pueblos, grupos e individuos insumisos.

Valiéndose del «derecho del más fuerte», ellos pueden juzgar y juzgarán —apoyándose en la letra de la ley— a quienes, ingenuamente y en un momento de ofuscación, han llamado o llamen a responder a la fuerza con la fuerza y a la violencia con la violencia.

En el verano de 1991, el ministro soviético de Defensa, Dmitri Yázov, condecoró personalmente a Alexandr Nevzórov con la medalla «Por el fortalecimiento de la comunidad de armas», distinción que no mereció ningún otro periodista, de cuantos cubrieron los «conflictos interétnicos» en las repúblicas bálticas, el Asia Central y Transcaucasia. La prensa soviética ha consagrado decenas y centenares de artículos al *fenómeno Nevzórov*, con lo cual sólo ha logrado la mayoría de las veces hacer publicidad a ese reportero leningradense de inspiración fascista. A ello se refiere Alexandr Timoféevski en un artículo que salió en *Nóvoye Rússkoye Slovo* (1.2.91):

Hace dos meses comenté con ironía que el telediario *Vremia* había cambiado su encabezamiento por uno de estilo parecido al de la BBC. Una semana después, el nuevo ministro de la TV, camarada Krávchenko, tomó posesión y, en vísperas de Año Nuevo, los

acordes de Schedrín se volatizaron dejando sitio a la antigua cortinilla, con la música de Svirídov escrita para la película *Vremia, vperiod!* (¡Adelante, tiempo!).

Debemos reconocer que el camarada Krávchenko tiene sentido de la armonía: ha puesto, por fin, la forma de *Vremia* en plena consonancia con su contenido. Ese cambio del encabezamiento simbolizó un cambio de épocas, el fin de la *perestroika*: nuestra TV caníbal ya no se las da de vegetariana, y nos propone ¡Adelante, tiempo!, sobreentendiendo que vamos a dar marcha atrás. En realidad, ya no podemos volver a lo de antes, a los tiempos del estancamiento, con su misantropía moderada y debilucha, como tampoco se podrá relanzar esa fase de la *perestroika* intersticial, sino que se iniciará una etapa con características propias cuyos contornos hemos visto traslucirse en la historia relacionada con el reportaje de Nevzórov sobre los acontecimientos de Lituania.

Lo más asombroso del caso es que este reportaje haya podido asombrar a tanta gente. En sus palabras de introducción, el propio Nevzórov nos dijo con su voz de tenor abaritonado que seguramente iba a perder a muchos amigos y admiradores. ¿Por qué? Por lo que se refiere a la personalidad del autor, el reportaje no nos reveló ningún rasgo esencial que no conociéramos. Nevzórov jamás ocultó su nostalgia de una «mano dura», su amor al orden, el Ejército y el KGB, al «zar, la fe y la patria», es decir, al imperio. En lo ideológico, todo lo que aparece en el reportaje era previsible. En este caso, lo interesante no es la ideología. Es más, lo que suscita interés no es el reportaje de por sí, sino las circunstancias concomitantes. Como dijera, Kozmá Prutkov, lo bueno no es la cura en sí, sino los fomentos que la acompañan.

Enseguida, después del primer pase, llovieron críticas. Uno de los reproches que se le han hecho a Nevzórov es que su reportaje carece de lógica. En efecto. Él autor canta loas a las armas rusas y, al mismo tiempo, farfulla no se sabe qué sobre el «gobierno criminal» que mandó allí esas tropas. Pero enseguida insiste en que la presencia militar es indispensable para proteger a la población ruso-hablante. Dejando de lado el que esta defensa tiene todas las trazas de una agresión, lo que no dice el reportero ni trata de explicar con argumentos lógicos es a santo de qué el ejército debe proteger a quien sea contra el Parlamento legítimo. La lógica no tiene nada que ver con el caso.

A Nevzórov se le acusa también de hacer trampa. Desde el punto de vista de todo documentalista o profesional en general, el reportaje es incorrecto, para no decir más. No se trata de «imágenes captadas al vuelo», sino de secuencias cuidadosamente preparadas y mal montadas. El montaje es tan descarado y provocativamente malo que pone de relieve los elementos de «escenificación», en vez de encubrirlo. Pero las acusaciones de faltar a la verdad son tan inconsistentes como las críticas que señalan la falta de lógica. Porque ni el apego a la verdad ni el rigor lógico entran en las reglas del juego que nos proponen.

Nevzórov lleva ya varios años jugando de acuerdo con esas reglas, provocando en algunos casos indignación y la mayoría de las veces los aplausos de los mismos sectores intelectuales que ahora le vuelven la espalda con gesto de indignación. Son reglas insólitas para este género en que el reportero debería esfumarse en las imágenes que nos ofrece. En el caso de Nevzórov ocurre lo contrario. El está siempre «por encima» de la información que vierte al otro lado de la pantalla, como se trasvasa un fluido de recipiente a recipiente, de boca a oído.

Esta transmisión o, mejor dicho, anuncio de conocimientos impersonales va en contra de las leyes de un género tan sencillo como es el reportaje. Por eso me extraña que hasta críticos inteligentes coincidieran en calificar a Nevzórov de buen profesional. El, justamente, es el antípoda del profesional, un héroe, un devoto, un apasionado, una especie de Robín Hood que se lanza solo contra todos: contra los bolcheviques y las prostitutas, contra quienes roban la carne destinada al pueblo y contra los pintores adscritos a corrientes vanguardistas, contra los demócratas y los cooperativistas; solo contra todos, y uno para todos, Nevzórov nos dice la Verdad.

Esa triple misión –Denunciar, Defender, Anunciar– lo determina todo en el reportaje de Nevzórov: su propia imagen, la de un hombre dramáticamente cansado, que lleva ya tres días sin tener tiempo de afeitarse; la forma de presentar su desayuno, con riesgos y «atentados»; y la de presentar el programa: música con mensaje angustioso, un aro en llamas, y el «600» que viene a llenar la pantalla (¿cómo no se le ocurrió elegir «666»?). Todos esos elementos nos preparan para asistir a un espectáculo mitológico, una película en la línea de Píriev y Chiaureli, una serie de secuencias a todas luces escenificadas, un texto melodramático, metáforas trilladas y, al final, la inevitable representación: la Madre-Patria reducida a la condición de vagabunda.

Entre el hecho terrenal, del que sólo cabe dar parte, informar, y el acto de Anunciación que Nevzórov está llamado a protagonizar, el contraste y desproporción son tan acusados, que se pierde *toda* sensación de realidad. Movido por el resentimiento contra el Soviet de Leningrado y la verdad mezquina, propia de intelectuales, difundida por la comisión de esa institución, Nevzórov viajó a Lituania para contar al mundo la Gran Verdad, que otros querían ocultar pérfidamente. Llegó y, a fuerza de confundirlo todo, de meter en el mismo saco al Ejército Rojo y al de los Guardias Blancos, e incluso a los cruzados, terminó identificándose a sí mismo con el arcángel San Miguel. Por eso las preguntas del presentador que le hizo una entrevista a los pocos días y quería saber qué opinaba Nevzórov sobre Gorbachov, Yeltsin y Guidáspov, denotaba falta de tacto. «¿Gorbachov, Guidáspov, Yeltsin? –se extrañaba Nevzórov–. A mí, me tienen sin cuidado». Y tenía razón: ¿qué le importan al arcángel San Miguel esas vanidades?

Esa grave manía de grandeza oculta, seguramente, complejos no menos peligrosos. En todo el reportaje de Lituania, por detrás de la figura de ese arcángel desprovisto de huestes y que probablemente nunca sirvió en el ejército, se transparentaba la imagen de un muchacho grandullón, de cabeza ancha y hombros estrechos, que observa con admiración, de abajo arriba, a los militares, y se acerca, y se atreve: «Por favor, déjeme tocar su pistola». Dejemos de lado lo que se transparentaba en las secuencias sobre niñas y ancianas violadas; de eso que se ocupen los psiquiatras.

Lo que yo sentía mientras miraba el reportaje de Lituania, era compasión. Sí, compasión por Nevzórov. Y cuando le oía decir a ese tribuno popular, a esa víctima infeliz de la paranoia, que a él Gorbachov y Yeltsin le tenían sin cuidado, me costaba reprimir las ganas de pasar la mano a través de la pantalla para acariciarle la cabeza y decirle palabras cariñosas, palabras de consuelo: «No te pongas nervioso, todos sabemos que tú eres el más valiente, el más guapo».

Podría poner aquí el punto final. Pero no me sale. Si el reportaje de Lituania lo hubiesen pasado sólo donde le correspondía, en el espacio *600 segundos*, no habría nada más que decir. Al fin y al cabo, esos «segundos» se han convertido en un matiz imborrable de nuestra época, algo así como un plato del día –de cada día– que nos ofrece la cocina propagandística de la *perestroika*. Lo malo en este caso no es la cura, sino los elementos que la acompañan. Por decisión del Soviet Supremo de la URSS, el «documental» de Nevzórov fue proyectado dos veces más en la pequeña pantalla.

Lo terrible no es el reportaje, sino el hecho de que se haya convertido en la versión oficial de los acontecimientos. Al autor le perdonaron no sólo las acostumbradas invectivas contra los bolcheviques (¿a quién preocupan en nuestros días?), sino también su nuevo exabrupto con alusión al «Gobierno criminal» que mandó a Lituania esas tropas. Le perdonaron sus desplantes porque, además de esos dardos, además de todas esas palabras trasvasadas de recipiente a recipiente, de boca a oído, Nevzórov vertía en la conciencia de nuestros compatriotas la Gran Verdad impersonal que pérfidamente trataban de ocultar los demócratas. Se lo perdonaron todo porque en ese esquema, en esa misteriosa Verdad encajaban perfectamente la versión de Pugo, y la de Yázov, y la del propio Gorbachov.

«¿Por qué el Ejército cumple las órdenes de un Comité de Salvación en contra del Parlamento elegido por el pueblo?», preguntaban diputados y periodistas basándose en lo que estipula la ley y sugiere el buen sentido. «Porque de parte del Comité está la Verdad», venían a contestar ellos. Esa «Verdad» es lo que me pone los pelos de punta.

Las mentiras insulsas y desdentadas que nos echaban encima en los tiempos de Brezhnev eran menos dañinas. Uno podía correr las cortinas de su casa, apagar el televisor y refugiarse en la lectura de Pushkin o Brittain, o en la contemplación de álbumes sobre el barroco milanés, según los gustos de cada cual. El telediario *Vremia*, a pesar de sus incoherencias, su tendencia a las medias tintas y el carácter ecléctico de las formas y el contenido, al menos nos divertía. Pero la paranoia de Nevzórov elevada al rango de conciencia estatal, ni es posible evadirla ni divierte a nadie. Por si fuera poco, las protestas se han quedado cortas.

Ha habido mítines multitudinarios para exigir la retirada de las tropas y la dimisión del Gobierno. El poder central vio todo eso como un elefante ante un perrito que ladra. Los argumentos de la razón y la invocación de la ley son tan impotentes como el llamar «canalla» a Nevzórov y otras apreciaciones morales por el estilo de que «es monstruoso emplear los tanques contra gente inerme». Hasta el telegrama de nuestros grandes cineastas que denunciaba el reportaje como una falsificación, apenas podía tener algún efecto.

Todo eso son balbuceos de intelectuales que nada pueden frente a la alianza solidaria de las fuerzas de la demencia.

He aquí otra advertencia, que nos hace desde las páginas de *Ogoniok* (núm. 42/90) el periodista A. Térejov, al ver la «crónica criminal», la de accidentes y otras «atracciones» que ofrecen las cadenas nacionales (también las de Moscú y Leningrado) de la TV que consiente los gustos más bajos:

Cuando la luz vieja se ha apagado y la nueva no se ha encendido aún, la plebe sale al escenario, la penumbra es su tiempo. La plebe no deja de reclamar: ¡danos!

Nuestra miserable televisión alimenta la plebe con un humus mezclado con canciones que no dejan de murmurar «Rusia, Rusia» sobre el fondo de las iglesias destruidas, nuestra cultura está aplastada por los eructos «deseos de la plebe» que no son mejores que «los deseos de los trabajadores» y ya no nos queda periódico decente alguno que no explote el tema de los «platillos volantes», de «armarios que se desplazan por sí solos» o de «galimatías astrológicas» sobre el fin del mundo. Cuántas veces surgen ganas de escribir al margen de este torrente: ¡todo no es tan fácil! La transformación de la muchedumbre en el rebaño se consigue a través de la uniformidad de la alimentación: no hay que simplificar las cosas. Somos demasiado pobres para permitirnos la dictadura de la plebe.

Cada revolución es un cambio de nivel, pero ¡no la nivelación de todo! Una vez ya hemos tirado por la borda los encajes y el mármol de las mansiones de la nobleza y ensalzamos a la aldea, sacando a la fuerza sus raíces de la tierra. Como resultado, nos vimos privados tanto del suelo como del aire.

No se debe ceder a la plebe que quiere algo «picante» para que el corazón quede helado y la espalda se moje antes de dormir, no se puede deslizar con una mirada vaga por los cadáveres, ni sacar en las pantallas a gente realmente enferma. El dolor debe permanecer siendo el dolor, su agudeza no está relacionada con la cantidad ni la regularidad.

Con el tiempo la plebe recibirá sus periódicos y revistas, cadenas televisivas y comics, pero esto no significa, ni mucho menos, que el pueblo se privará de su eterno deber moral: educar y perfeccionar a sus peores hijos. No obstante, por el momento, se debe defender de la chusma. La plebe odia las circunvalaciones y le encantan los caminos cortos. Derribar al zar y darse a la buena vida. Desterrar al «kulak» y darse a la buena vida. Reunir a una gran multitud, elegir a la frente más fuerte, cascar con la misma las puertas del Kremlin o de Lubianka, sacar por los pelos a un par de boyardos y, de nuevo, darse a la buena vida.

Haciendo concesiones a la plebe, echamos al pueblo del país, reducimos el tiempo de aquellos que se esfuerzan por hacer algo. Hacemos creer a la gente que vivimos al borde de algo terrible, de una explosión universal. La gente que está acostumbrada a vivir a diario en medio de pequeñas convulsiones, puede añorar acontecimientos más fuertes e, incluso, inventarlos. La chusma siempre sueña con rebeliones e impostores.

Lo más alarmante es que últimamente, en nuestro país, casi no se ve gente que dude, todos conocen todo sobre los otros. O se apresuran en saberlo.

Lo que me preocupa no es la misma oleada, sino la falta de una mínima oposición. Ya no sueño con aristócratas rusos y dulces princesas del guisante, y ya he perdido la esperanza de ver aunque sea a un estadista que no hubiese empezado la vida laboral a los trece años como ayudante de un pastor koljosiano y que no hubiese conservado desde aquellos inolvidables años el léxico y los modales.

¿Pero dónde está la gente simplemente educada que por lo menos apagaría su televisión al escuchar la pregunta del presentador del programa *600 segundos* formulada a un

violador «de qué se separó con más facilidad la mujer violada: de su dignidad o de la botella»? ¿Acaso las largas colas y la tiranía de los tontos y analfabetos han hecho trizas nuestra instrucción universitaria, las castas tradiciones populares, las lecciones paternas y las palabras de los libros sabios? ¿Acaso hemos dejado de diferenciar entre una verdad que es como una pepita de oro extraída con sangre y sudor para el renacimiento espiritual y las búsquedas de una vía difícil y dolorosa, de la verdad que, cual un brebaje hediondo, nos echará en la cazuela un villano con uñas sucias?

No sé, pero me produce dolor sólo pensar en ello.

Lo único de que estoy seguro es que el deber de todos los que escriben y hablan es rehabilitar socialmente a la gente para la cual se han derrumbado a la vez todas las bases espirituales anteriores. En nuestra época trágica los hombres son como niños. Hay que decirles sólo la verdad, pero no se les puede asustar. Si se les asusta, tendrán miedo. Y querrán volver atrás.

La despolitización de la sociedad empieza con la liquidación de la opresión informativa que trata de meter en todas las cabezas lo mismo, aunque algo bueno, pero lo mismo. En la vida del hombre ha de ser fundamental su vida privada y no las elecciones, ni los mítines, ni tampoco si van a elegir al general Kalugin diputado y cómo violaron a una anciana en un WC público.

Es algo vergonzoso que la gente, al encontrarse, no hable de sus propios problemas, sino de la basura que publican los periódicos.

Dejad a la gente su geranio en la ventana, una tarde tranquila junto con su familia, su huerta, sus libros eternos, el descanso tras un largo día de trabajo. Que pasen menos tiempo en reuniones y elecciones, que miren menos y vivan más.

Para que el hombre tenga ganas de ver el amanecer de un nuevo día, debe saber que en la época de un desbarajuste universal, la verdad, el honor, la valentía, la conciencia, la bondad, el desinterés y el amor a la Patria siguen siendo inquebrantables. Y seguirán siéndolo.

La vida ha de ser una alegría, indistintamente de si sale hoy por la televisión el programa *Vzgliad* o no sale. A fin de cuentas, ninguna intervención del presidente es más valiosa que el húmedo banco otoñal ni el susurro de las hojas que caen.

Permitid al hombre vivir tranquilamente.

La TV soviética trata de no mostrar a la gente que tiene algo que decir ni a aquellos a los cuales es un placer escuchar. Estaría bien ver en la TV a grandes personalidades, pero estas últimas, por lo general, no se presentan en la misma, porque no quieren mentir y, por otra parte, nadie les dejaría decir *toda* la verdad. Garrí Kaspárov saldrá en la pequeña pantalla soviética arrugando la frente ante el tablero, Ala Pugachova cantando, pero nadie les permitirá hablar de forma libre y desenfadada ante las cámaras. La TV Central trata de mostrar a gente decente sólo en programas grabados, después de una rigurosa censura. Esta práctica larga y sistemática de una mentira total estropea a las propias estrellas de TV y a todo el personal creativo. Muchos teleperiodistas se esfuerzan por hacer las cosas bien, pero consiguen el efecto contrario, puesto que resultan desplazados

los criterios del bien y del mal, no se tienen en estima la buena educación ni la honestidad. Un ejemplo muy característico se menciona en un reportaje hecho en Moscú por V. Soloviov, del diario norteamericano *Nóvoye Rússkoe Slovo* (24.7.90):

Lo primero que llamó mi atención al llegar a Moscú, fue el gran número de mendigos que había en las calles, las estaciones ferroviarias, los pasillos del metro y los pasos subterráneos. La actitud de los moscovitas hacia los mendigos es negativa, pero no despectiva. Es una actitud con cierto aire de envidia: los mendigos saben hacer lo que todavía no han aprendido aquellos que los critican. Me contaron que los mendigos alquilan a niños pequeños y la gente se ponía furiosa cuando yo empezaba a dudar de tales afirmaciones y les preguntaba de dónde se sabía esto.

Algunos consideran que los mendigos de Moscú son millonarios clandestinos e, incluso, exigen registrar sus casas. Por lo menos, en un conflicto producido entre un popular reportero televisivo y una mendiga desconocida, la mayoría de los telespectadores apoyó al primero.

Sobre este tema sostuve una discusión con Aliosha, un joven de 14 años, sensato y educado, el cual fue el primero en hablarme del reportaje televisivo.

Ya al final de una jornada laboral, el reportero junto con su equipo, las cámaras y micrófonos se acercó a una mendiga y le preguntó cuánto había ganado durante el día. La mendiga se negó a satisfacer su curiosidad, entonces el reportero por fuerza se apoderó de su bolsa y ante los ojos de millones de telespectadores contó sus beneficios de un día que constituyeron, al parecer, varios centenares de rublos (aunque no se descarta la posibilidad de que en la bolsa pudiese haber otro dinero, y no sólo el ganado en aquel día).

A Aliosha le encantó mucho aquel reportaje y el joven me lo contaba con gran entusiasmo. Según sus palabras, el programa tuvo mucho éxito y al día siguiente la gente no hacía otra cosa más que hablar del episodio, admirándose del audaz reportero y censurando a la millonaria clandestina.

— ¿En su país hay programas análogos? — me preguntó con orgullo Aliosha.

— En mi país no puede haber semejantes programas. Primero, la policía detendría al reportero por haber molestado a la mendiga, organizado un escándalo y por atentado contra la propiedad ajena. Segundo, el reportero se vería obligado a irse inmediatamente del trabajo ya que la mayoría de los telespectadores norteamericanos — a diferencia de los soviéticos — le condenaría resueltamente por su conducta escandalosa.

Aliosha se asombró de las costumbres norteamericanas no menos que yo de las soviéticas. Junto con el padre de Aliosha, mi viejo amigo, logramos persuadir a su hijo de que el reportero abusó de sus poderes, pero ¿cómo se puede persuadir de ello al propio reportero y a sus numerosos *fans* que lo colocan en uno de los primeros lugares en las clasificaciones de popularidad?

En general, he notado que mis gustos televisivos no siempre, ni mucho menos, coinciden con los de los soviéticos, pero en este caso concreto no se trata de estética, sino de ética.

En nuestro país, durante decenios, intervinieron por la TV como especialistas en temas de Occidente, hombres de doble moral que sa-

bían muy bien lo que era en realidad «el Occidente corrompido». Esta gente difundía galimatías y desinformación desde la pantalla, luego, escribía libros análogos, recibía títulos científicos, impartía «clases» de manipulación a los estudiantes. Es característico que se recurriera a los servicios de estos embusteros profesionales en dos planos: como propagandistas en la TV y como asesores del Ministerio de Asuntos Exteriores (del CC del PCUS, el Consejo de Ministros, etc.). En la «cumbre» soviética, siempre se ha hecho diferencia entre los tópicos de la propaganda masiva y la política real, pero esta diferencia siempre ha sido pequeña. Mientras que en los países occidentales las estrellas más dotadas del periodismo y la soviología se convertían al mismo tiempo en personalidades muy respetadas en la política y en círculos académicos. Zbigniew Brzezinski y Richard Pipes, en los años de estancamiento se les citó muchas veces en tonos groseros, pero hoy no hace falta presentar los apellidos de estos dos corifeos al auditorio televisivo. En 1990, Hélene Carrere D'Encausse, sovióloga de renombre universal, a quien conoce cada francés por sus numerosas intervenciones por la TV, se convirtió en la tercera mujer elegida como miembro de la Academia Francesa.

La guerra de la información en las ondas hertzianas terminó el 21 de agosto de 1991

La información es poder, es una importante mercancía estratégica. El dictador que pone limitaciones al libre flujo de la información, sale ganando porque esto le ayuda a conservar el poder, pero al mismo tiempo embrutece a la población de su país, la cual, al cabo de dos o tres generaciones se transforma en un desierto cultural. En el espacio de un solo mes, Gamsajurdia se las ingenió para sembrar el caos y la discordia en Georgia y colocarla al borde de la guerra civil. En setiembre de 1991, alarmado por los progresos y consolidación de la oposición democrática, disolvió el Parlamento, desconectó la TV Central y Nacional, clausuró casi todas las publicaciones editadas en Georgia y prohibió la reimpresión y distribución de todos los periódicos y revistas moscovitas. Simultáneamente, suspendió indefinidamente las clases en las escuelas y universidades y dejó prácticamente sin sueldos a los intelectuales, como castigo por su adhesión al movimiento opositor. Para colmo, concentró en Tbilisi a sus partidarios (llegaron en autocares desde todos los confines de la república) y organizó un mitin permanente de apoyo a su persona ante su propia residencia.

En Moscú, las fuerzas comunistas –antes y después de los acontecimientos de Vilnius de enero de 1991– actuaban de forma menos descarada, ya que no querían reñir definitivamente con Occidente. Pero el complejo militar-industrial, con el apoyo del KGB y demás sectores de la

nomenklatura del PCUS, proseguía la guerra de la información contra las fuerzas democráticas. Estas últimas, gracias a Dios, contaban con recursos intelectuales suficientes para salir airoso de los enfrentamientos con los comunistas ortodoxos.

En 1991, los mejores cerebros del PCUS se pasaron al lado de los demócratas, lo cual supuso una importante victoria en el marco de la batalla por la opinión pública. La TV se convirtió entonces en el último reducto de los comunistas que se aferraban al poder.

El objetivo principal es impedir que Rusia alcance la independencia informativa, con este título *Nezavisimaya gazeta* (21.3.91) insertó una entrevista de Serguéi Fomín al presidente de la Compañía de RTV de Rusia, Oleg Poptsov:

– En la conferencia de prensa convocada con motivo de la toma de posesión del cargo de presidente de la Compañía de RTV de la URSS, Leonid Krávchenko dijo que en las relaciones con la compañía homóloga de Rusia ha surgido «una situación que no podrá ser resuelta rápidamente ni sin dolor...».

– Para la compañía de la URSS, la de Rusia es un ente rival. Un rival «incómodo», que no comparte las ideas de Krávchenko respecto a los medios de comunicación de masas y su papel en el proceso renovador, y por tanto un rival irritante. Por otra parte, pienso que Krávchenko comprende que la existencia de la TV y la Radio de Rusia es inevitable.

– En dicha conferencia de prensa, subrayó que la idea de dividir el patrimonio del antiguo Gostelerradio es inadmisibles. Según él, ninguna república, a excepción de Rusia, pretende esos bienes...

– Rusia es de todas las repúblicas la que goza de menos derechos en el campo de la información, con sólo 5 horas diarias de radiodifusión y 7,5 horas de televisión a la semana. En todas las repúblicas, las líneas de retransmisión desde la capital hasta los centros regionales les pertenecen a ellas. En Rusia, forman parte del patrimonio de la Unión. ¿Cómo se explica esta injusticia? La ausencia de redes propias de TV y radiodifusión significa para Rusia la parálisis del sistema de gobierno, de la economía y la cultura de esta república.

Rusia se propone firmar el nuevo Tratado de la Unión; si persiste esta situación llegará a la mesa de negociaciones en situación de desventaja. Para que existan garantías de igualdad, debe protestar contra el menoscabo de su derecho constitucional a la libertad de información, la libertad de informar a sus ciudadanos. Por cierto que este es un deber constitucional tanto del Parlamento como del Gobierno.

El Parlamento de Rusia está bloqueado. No se cumplen las leyes promulgadas. Se comprende que esto cree malestar entre los parlamentarios. Además del sabotaje organizado por las fuerzas derechistas a nivel local, hay otro factor: la población de nuestra república ni siquiera ha oído hablar de esas leyes. Por otra parte, las desavenencias, la irritación del poder central ante la «intransigencia» de Rusia y sus dirigentes que no están dispuestos a abdicar los principios de la soberanía, se traducen en una situación de bloqueo informativo, ya que la TV Central está en contra de la concepción de la independencia de Rusia y no lo oculta.

Lo extraño es que se concentren tantos esfuerzos para impedir que Rusia tenga su radio y TV. Y es lamentable que el Presidente de la URSS esté desempeñando un papel clave en este sentido. La silueta de Yeltsin le tapa el horizonte de Rusia.

– En la conferencia de prensa se dijo que el 70 % del volumen de emisiones correspondían a programas sobre Rusia y para Rusia...

– Ese 70 % del que habló Krávchenko es una prueba más de que Gostelerradio no sabe presentar la imagen de cada república en la pequeña pantalla. De ahí que los conflictos que estallan en diferentes repúblicas, por regla general, sorprendan a los televidentes. Para presentar adecuadamente la imagen de un pueblo, hay que empezar por decir la verdad.

La formación de la TV de Rusia permitirá a la Compañía de RTV de la URSS dedicar más espacio en sus emisiones –y, en primer término, en la «cadena presidencial»– a la vida de otras repúblicas. Pero parece que Krávchenko no desea tal perspectiva, es más, le tiene miedo. Obviamente, el principal objetivo es impedir que Rusia alcance la independencia informativa. Mejor sería que hablaran menos del internacionalismo e hicieran más.

Si, como dice el propio presidente de la URSS, TV-1 es la «cadena presidencial» y su tarea más importante es conservar la Unión, es evidente que la función de esta cadena consiste en servir de puente de comunicación entre las naciones y etnias de este país. *La segunda cadena* ha funcionado siempre como un basurero al que se tiraban los programas menos logrados desde el punto de vista de los directivos de Gostelerradio o al que eran «deportados» los espacios «rebeldes». *Avtórskoe televidenie* se transmite ahora por *La segunda cadena*. ¿Por qué? Porque han pensado que, con un poco de suerte, ese *Equipo* integrado por profesionales de talento no muy «tratables» podría entrar en conflicto con la dirección de la TV de Rusia. ¿Cómo se alegrarían entonces nuestros colegas de la Compañía de RTV de la URSS!

– No se entiende cómo pueden los comités locales y republicanos de RTV ubicados en el territorio de Rusia ser independientes, si en virtud del reciente decreto presidencial todo el patrimonio del antiguo Gostelerradio se transmite a la Compañía de la URSS.

– Inicialmente, antes del decreto, habíamos llegado a un acuerdo con Gostelerradio en el sentido de que los bienes de los comités locales pasarían al patrimonio de las repúblicas. Ya estaban listos casi todos los documentos para recibir esos bienes de manos de Gostelerradio. Pero en eso se promulgó el decreto. Y tuvimos que empezar de nuevo: intercambio de cartas entre los gobiernos de la URSS y de la RSFSR, dilaciones, evasivas. Todo eso ha sido norma en nuestras relaciones con Gostelerradio. Lo curioso es que ahora esa gente que nos pone trabas, ni siquiera está en la plantilla de la Compañía de RTV de la URSS: por ahora el único numerario es el presidente.

Cada vez que nos entrevistamos o conversamos por teléfono con Leonid Krávchenko, me parece que nos hemos puesto de acuerdo. En el fondo, aunque nuestras respectivas compañías se hagan competencia, podemos cooperar. Yo comprendo que la situación de Krávchenko es bastante delicada, me compadezco de él, pero el caso es que las cosas van demasiado despacio.

Por lo demás, el problema radica no sólo en Krávchenko. Entre nuestros funcionarios, los de la Federación Rusa, hay también muchos burócratas contumaces. La

historia del proyecto de disposición sobre los medios de información social, sometido a la aprobación del Soviet Supremo de la Federación Rusa, podría ser el tema de otra conversación, pero quiero decir dos palabras al respecto. Esta disposición fue preparada por especialistas y tenía por objeto sentar la base material y técnica de los *mass media*. Quienes participaron en el debate eran, en su mayoría, políticos que no tenían ni la más mínima noción de lo que es la radio, ni la TV, ni la actividad editorial, y los que echaron por tierra el proyecto eran también personas con humos de grandes políticos. No saldremos adelante si no aprendemos a respetar la opinión de los profesionales.

Consideramos nuestra presencia en *La segunda cadena* de la TV de la URSS como una etapa transitoria. Nuestra meta sigue siendo la misma de antes: tener una cadena propia, de Rusia. El Consejo de Ministros de la Federación Rusa nos ha asignado recursos, pero el problema es que nuestra república carece de divisas. Y la TV no es algo que se pueda hacer «de repente» a partir de la nada. En un país con alto nivel de organización económica, la construcción de un centro de TV requeriría tres años, que es el tiempo que se ha tardado para poner en pie la TV de Cataluña. En un país medianamente civilizado, se necesitarían cinco años. En el caso de nuestro país, en condiciones normales, siete. Y en condiciones de crisis, diez. ¿Cómo podríamos estar tanto tiempo sin TV?

Por cierto, que en el decreto presidencial del año pasado se decía que Rusia tendría su centro de TV. En aquel entonces el Presidente quería dar la impresión de que no tenía nada en contra de la TV de Rusia. Pero sólo dar la impresión...

– Krávchenko, como sabemos, ha llegado «para cumplir la voluntad del presidente».

– Es posible que eso explique por qué trata de impedir que Rusia tenga una TV y una radio nacionales, dignas de este nombre.

Pero Rusia no puede contemplar con indiferencia como se pisotean los acuerdos del Congreso de Diputados y del Gobierno de la Federación. ¿Hasta cuándo? Yo trato de justificar al Presidente: se encuentra él mismo en condiciones de bloqueo informativo, está influido por quienes le rodean... Pero enseguida me contesto yo mismo: hoy concentra en sus manos la plenitud del poder, le han otorgado facultades extraordinarias y, por tanto, puede romper el bloqueo informativo. El que no termine con esta situación significa que no lo desea o que quiere recibir la información que él necesita. Dicho en otras palabras, el propio Presidente se somete a ese bloqueo informativo. No creo que quepa otra explicación.

Y las tentativas de enmendar la Ley sobre la Prensa y los Medios de Información Social, una ley que fue promulgada hace menos de medio año, se explican por el hecho de que sus cláusulas molestan, pero como se trata de una ley, no se puede saltar a la torera.

Hay quien pregunta en voz alta: «¿Hasta cuando vamos a tener que aguantar esa prensa independiente? ¿No es hora ya de suprimir el espacio *Vzgliad?*». Son juicios despreciables. Los conservadores están furiosos porque comprenden que los demócratas se han convertido en una fuerza real. La reacción tiene un odio feroz a *Kuranti*, a *Novedades de Moscú* y ahora al periódico de ustedes. Pero jamás he oído de labios del Presidente de

la URSS reproche alguno dirigido, por ejemplo, contra *Sovétskaya Rossiá*. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que los dardos que lanza este periódico van dirigidos contra los opositores políticos de Gorbachov. Y él está dispuesto a cerrar los ojos a todo lo que emana de ese periódico: el lenguaje grosero, las injurias, las calumnias y las mentiras. Resulta que todos los medios son válidos siempre que redunden en beneficio suyo. ¡Lástima!

Como escritor-periodista y como ciudadano, considero injurioso lo que dijo el Presidente de la URSS en su discurso ante los fiscales. Afirmar que la prensa está vinculada a la *mafia* es una acusación demasiado seria para que podamos atribuirla a un arrebato emocional. Se trata de un paso consciente, un paso encaminado a sembrar cizaña entre la prensa, por una parte, y el Ministerio Fiscal y la sociedad en conjunto, por otra. Acusa a la prensa de dejarse sobornar. Si tiene pruebas, debe informar a la Fiscalía General, y en tal caso que se instruya sumario de acuerdo con la ley. Si no las puede aducir, debe presentar disculpas. Al azuzar a los fiscales contra la prensa, el Presidente les ofrece una oportunidad de ajustar las cuentas a los periodistas por las críticas de hace dos o tres años. Ese es el cálculo. Abogando de palabra por la reconciliación, el poder supremo en la práctica siembra discordias.

Otro decreto presidencial supone un intento de ganarse a las uniones de escritores, artistas y periodistas. ¿Se las exime de impuestos? ¿Con qué fin? Para poner la sogá al cuello a las publicaciones que se separaron de dichas uniones, no se someten a su *diktat* y ahora se han quedado sin los privilegios otorgados por el Presidente.

– ¿Cómo concibe el futuro de la Compañía de RTV de Rusia?

– En primer término, no debemos convertirnos en un monopolio. Los comités de RTV locales gozarán de plena autonomía, tanto en el plano económico como en el campo de la creación. Si nos necesitan, ellos mismos acudirán a nosotros. Estamos dispuestos a prestar máximo concurso para elevar la calidad de los programas al nivel de los de Moscú y Leningrado. Muchos estudios locales, sobre todo los de las grandes ciudades, podrían competir fácilmente con los de la TV Central por su dimensión de actualidad y audacia, con sólo eliminar cierta tendencia provinciana a recargar las tintas. Nuestra función primordial consiste en coordinar ideas y saturar las ondas de la TV de Rusia con programas de calidad.

Algunos presidentes de comités locales pasarán a formar parte del consejo de nuestra compañía. Me parece que esto es racional e indispensable. En general, nuestras relaciones se encuentran todavía en una fase incipiente.

– Se habla de un éxodo de periodistas y realizadores de los estudios de Ostánkino y Shabolovka. ¿Se pasan a la TV de Rusia?

– Creo que el término «éxodo» es exagerado, pero puedo decirle que quienes han manifestado el deseo de trabajar con nosotros no son los peores.

– ¿Qué opina usted sobre la decisión de integrar los comités de Moscú y Leningrado en el sistema de la Compañía de la URSS?

– Es una manifestación más de la política monopolista, de estar en todas partes, someter y controlar. Por lo visto, el Presidente está convencido de que él sabe mejor que nadie lo que se debe ofrecer a los telespectadores, los oyentes y los lectores. Estamos creando un departamento de nuestra compañía en la TV de Leningrado. Haremos valer nuestros derechos. *La quinta Rueda* pasará a la TV de Rusia.

El 13 de mayo de 1991 se inauguraron las emisiones de la TV de Rusia (TVR). Ese día brillaron en la pequeña pantalla todas las estrellas de la TV soviética y, aunque no todos los profesionales que se marcharon o fueron despedidos por Krávchenko se incorporaron a la plantilla de la Compañía de Rusia, ante ésta se abrían perspectivas muy halagüeñas.

Ambas compañías –TV Central y TVR– eran estatales. Ambas ponían celo en demostrar fidelidad a «sus» políticos y se ensañaban con «los ajenos». Ni la una ni la otra dependía de los televidentes. En Occidente, la mayor o menor audiencia de los espacios es un criterio determinante, del cual dependen, en particular, las tarifas de la publicidad. Y la responsabilidad ante televidentes y anunciantes es más fuerte que el miedo a los jefes.

De todos modos, hasta agosto de 1991, pudimos apreciar un fuerte contraste entre la TV Central, patológicamente hipócrita, falsa y cínica, y TVR, que nunca descendió hasta el nivel de la mentira o la omisión premeditada. La primera seguía instalada como una gran señora en los estudios de Ostánkino, mientras que su hermana menor era una cenicienta que se cobijaba en un local diminuto de la calle Yamskóe Polie. Aquella reinaba en la pequeña pantalla mientras que a TVR sólo se le dejaba entrar de vez en cuando por la puerta pequeña de *La segunda cadena*, de audiencia reducida (la mitad del auditorio de *La primera cadena*). Además, para reducirla más, en muchas repúblicas y regiones pasaban expresamente a esas mismas horas programas de la TV local.

En vísperas del *putsch*, *Literatúrnyaya gazeta* (14.8.91) insertó un artículo de Yuri Bogomólov, que comentaba la nueva situación en la TV soviética:

A finales de mayo ocurrió lo que esperábamos desde hacía tiempo. TVR irrumpió en la pequeña pantalla. Ostánkino se presenta a la vista del telespectador como el Elbruz, con dos cumbres.

La primera es el nuevo TSN y el eterno *Vremia*, que simbolizan la TV Central (TVC).

La segunda es Vestí, que representa a la TV de Rusia (TVR).

Al separarse de aquella, TVR ha creado las premisas de una situación esencialmente nueva en el campo de la información televisiva: una situación de competencia reñida para ganarse la atención del telespectador.

El otoño pasado, Leonid Krávchenko regresó a Ostánkino con la idea heroica y romántica de rescatar para la Patria uno de los principales medios de comunicación, que los «demócratas» habían secuestrado.

Todos sabemos lo que se ha hecho desde entonces para alcanzar el objetivo fijado. Esgrimiendo diversos pretextos y empleando diferentes métodos, se desterró de la Compañía de RTV de la URSS el pluralismo, que se había hecho fuerte en espacios como *Vzgliad*, *La quinta Rueda*, *Antes y después de la media noche* y el informativo TSN.

Krávchenko hizo más que cumplir con el compromiso asumido (y la tarea encomendada). Gracias a los esfuerzos de su presidente, la TV Central dejó de ser una entidad estatal, esto es, pública, para convertirse en un Estado *sui generis*.

Si en otros tiempos se trató de edificar el socialismo «en un solo país determinado», esta vez se hizo un intento excéntrico de preservar el régimen totalitario en un «ente determinado». Pero pronto se vio que no bastaba con restablecer un rígido sistema de jerarquía y subordinación en el seno de la institución, sino que hacía falta subordinar al tele espectador. El ordeno y mando es un elemento consustancial a todo organismo autocrático.

Forzar al telespectador a que vea lo que se le mande, era una misión imposible en el contexto de una sociedad en que, mal que bien, comenzaban a funcionar ciertos mecanismos democráticos. Por lo demás, sería injusto achacar todos los males de TVC al mal genio del camarada Krávchenko.

La tendencia de imponer a la fuerza su opinión viene determinada por la propia esencia de la TV estatal¹, y las primeras experiencias de TVR confirman esta tesis.

No se trata de apreciar si TVR es mejor o peor que la TVC. Eso se ve a simple vista.

Pero ser mejor en este caso no es nada difícil. Lo difícil sería hacer un telediario peor que *Vremia*, comentarios más flojos que los de *Conversando en franqueza* y documentales más triviales que *Ser como se es*.

Si el oficioso *Vremia* presenta aún cierto interés informativo es, más que nada, por lo que calla. El silencio es una modalidad de información, pero, claro está, por ese camino la TV Central lleva todas las de perder en la lucha propagandística con TVR, que marca puntos llenando esas lagunas. *Vremia* «informa» que Shevardnadze ha hecho declaraciones sensacionales y Vestí nos refiere el contenido de las mismas.

TVR acrecienta la ventaja gracias a la dimensión de actualidad de sus informes-documentales. TVC pasó por alto las fechas de aniversario de los sangrientos sucesos de Tbilisi y de Novochoerkassk. TVR presentó en esas fechas los filmes *El ensayo* y *El álbum de Novochoerkassk*.

También quedó mejor TVR en el ciclo de entrevistas preelectorales. Lo que hizo TVC en este plano sólo sirvió para evidenciar la caducidad de la forma dramática de *Quién es quién*. Hoy sabemos que, con un poco de experiencia, se puede manipular una entrevista «en vivo» como se hace con las que se transmiten en diferido. El espacio de Igor Fesunenko abunda en preguntas triviales a las que los interrogados contestan con frases –no menos banales– preparadas de antemano. No hay tensión, polémica, conflicto.

Desde el punto de vista dramático, los debates en los estudios de TVR, en que el protagonista se ve obligado a dialogar con el autor de la pregunta «embarazosa» son mucho más interesantes y permiten apreciar mejor «quién es quién» entre los políticos.

En la «sección de artes», TVR también ha logrado notables éxitos: el diálogo «apolítico» de Andréi Bítov con Rezó Gabriadze, la cinta *Fantasia sobre un tema rococó*, cen-

1. No se confunda el modelo soviético de la TV estatal con el de los países occidentales, que presupone otro nivel de integración de los mass media en las estructuras oficiales.

trada en la figura de Rostropóvich... Cabe destacar asimismo el espacio *Komanda-2* (Equipo-2), por su movilidad, que dio muy buen resultado durante el Festival de Cine de Moscú.

Los éxitos de TVR cobran mayor relieve si tenemos en cuenta la precariedad de su infraestructura técnica.

Los trabajadores de las compañías estatales de TV, por regla general, ven con malos ojos la eventual aparición de una o varias cadenas privadas. Para ellos, privada es sinónimo de antiestatal.

En relación con este tema, conviene que fijemos nuestra atención en el papel que la cadena privada CNN, del señor Turner, desempeñó durante la guerra del Golfo.

Creo que la presencia de las cámaras de televisión a ambos lados del frente influyó en el desarrollo de las hostilidades. La guerra del Golfo ha sido más «visible» que cualquier otra, y tal vez sea esta una de las razones por que duró tan poco. La información visual incidió en la actuación de las dos partes beligerantes.

Si la cobertura informativa de la guerra de Afganistán hubiese sido tan vasta...

Si el conflicto armenio-azerí se hallase permanentemente en el «punto de mira» de las cámaras de televisión...

Si la TV hubiese tenido la oportunidad de mediar entre las partes enfrentadas en las repúblicas bálticas...

Todos estos «si» son como el recuerdo de las nieves de antaño. Y de la sangre que corrió entonces.

La desestatización de la pequeña pantalla es un asunto de importancia estatal. Es una medida que sólo puede repercutir en beneficio del Estado, siempre, claro, que no sea un Estado totalitario, imperialista, sino abierto.

Hoy por hoy, la TV no estatal parece ser un proyecto para el futuro lejano. Pero ¿quién sabe? Hace poco nos parecía que aún tendría que pasar mucho tiempo antes de que aparecieran los primeros periódicos independientes con respecto al Estado.

Ya se han creado las premisas para la promoción de cadenas privadas de TV: *Vzgliad* se mantiene al margen de las estructuras de TVC y TVR; Pózner y Molchánov también han preferido, como el gato de Kipling, «andar solos».

Quizá lo que acabo de exponer sea más que una idea. ¿Quizá sea una imagen televisiva de la sociedad del futuro?

Las estrellas que aparecen en nuestra pequeña pantalla son reflejos de nuestras inquietudes y problemas cotidianos. Aparecen ante nosotros con rostros de cansancio y preocupación como si acabaran de hacer cola en alguna tienda o recibir una reprimenda de sus jefes. Esa imagen contrasta con la de los presentadores de las cadenas occidentales, a los que cualquier telespectador invitaría con gusto a su casa. Porque causan una impresión de gente honrada, con sentido de dignidad y responsabilidad. Es una lástima que hasta los teleperiodistas soviéticos más honrados no han sabido comportarse y manifestar sus ideas ante las cámaras con tanta libertad como lo hicie-

ron en ocasiones en las páginas de publicaciones democráticas. En este país el teleperiodista depende mucho más de los funcionarios que de los televidentes. Tal era la situación en Gostelerradio de la URSS, tal fue también en la Compañía de RTV de la URSS, instituida en lugar de la anterior el 8 de febrero de 1991, y tal sigue siendo hasta ahora.

CAPITULO DÉCIMO

¿TELEVISIÓN PARA EL PRESIDENTE?

La noticia del terremoto de Georgia en decimocuarto lugar en el telediario

En Francia, los dirigentes de la oposición aparecen en la pequeña pantalla (en cualquier cadena) con tanta frecuencia como el Presidente de la nación. Las críticas al primer mandatario no sorprenden a nadie. Ninguna compañía de TV puede permitirse el lujo de silenciar de manera deliberada alguna noticia de peso, aunque ello pueda «causar perjuicio al prestigio del Presidente», ya que las cadenas rivales aprovecharían la oportunidad y a fin de cuentas saldría perjudicado el prestigio de dicha compañía. El silenciar o tergiversar un hecho más o menos importante se convierte en piedra de escándalo. En cualquier país occidental, la TV *se ve obligada* a cumplir su misión informativa y respetar las normas del derecho y la *moral*. En el nuestro, siempre ha reinado el monopolio del poder que lo corrompía todo y pervertía a todos.

¿De qué moral, honradez y aspiración a respetar aunque sólo fuera las estipulaciones del Código Penal cabe hablar con referencia a la actividad de Krávchenko y sus amos del *Politburó*, cuando en cada edición del noticiario *Vremia* se falsificaba –en mayor o menor grado– la información? Veamos lo que decía al respecto Tatiana Ivanova en un artículo publicado por *Novoe Vremia* (núm. 19/91), bajo el título *de La secuencia 14*:

Si no me equivoco, la secuencia sobre el terremoto de Georgia ocupaba el lugar deci-

mocuarto (¿o el decimotercero?) en el telediario *Vremia*. De ahí se deduce que antes pasaron trece (¿o doce?) noticias más importantes. Georgia no había sido escenario de semejante siniestro desde hacía 800 años. La tierra se tragó aldeas enteras, devorando a jóvenes y ancianos, separatistas y comunistas, justos y pecadores, trabajadores perezosos y conciencizados, mujeres bellas y feas, niños recién nacidos, vacas y gatos, jefes y subordinados.

Durante decenios hemos vivido juntos en el mismo país, «en familia», decíamos hasta hace poco. Pero Moscú no arrió las banderas a medía asta, la TV y la radio no dejaron de reírse y cantar, en la plaza mayor del país no se suspendió la manifestación y los máximos dirigentes permanecieron en la tribuna del mausoleo, saludando a la multitud, y nadie dijo: «Inclinemos las cabezas, guardemos silencio, ha ocurrido una desgracia...».

En dos aldeas armenias de Azerbaidzhán, están de luto. Entierran a sus muertos. Murieron de muerte violenta... Pero ningún miembro de la dirección del país ha dicho: «He mandado que se investigue inmediatamente el caso, castigaremos a los culpables. Haré todo lo que esté a mi alcance para que en este país no vuelva a correr la sangre de personas inocentes...».

Como sí no fuésemos seres humanos, pienso yo. ¡Hasta cuándo seguiremos viviendo así! ¿Acaso somos demasiados y por eso al poder le da lo mismo: unas vidas más, unas vidas menos?

¿Que pasáis hambre? Trabajad mejor. ¿Que os están matando? Será que no os portáis como es debido. ¿Que se os tragó la tierra? Bueno, pero quedan otros; no vamos a aguar la fiesta: la vida continúa.

En un territorio que cubre la sexta parte de la tierra firme, han cristalizado extrañas relaciones entre el pueblo y el Gobierno, el tipo de relaciones más extraño, quizá, de cuantas se han registrado en la historia de la humanidad. El pueblo y el Gobierno no pueden verse. Sí, claro, hubo muchos casos en que no se querían, los hay aún. Pero, aparte del amor, existen otros muchos sentimientos. Pueden establecerse relaciones de respeto recíproco, contractuales o de interés general. Todo eso es posible. Pero creo que han sido y son imposibles, en cualquier país que no sea el nuestro y en cualquier época, que existan relaciones pueblo-Gobierno que no se basen en el respeto mutuo, ni en ningún contrato, ni en consideraciones de utilidad, ni en intereses comunes...

De los periódicos, la TV y la radio oficiales emana un hálito de frío cósmico. Desde las tribunas más altas, también. Entre las palabras que suenan a insulto en las estructuras estatales, el primer lugar corresponde a «democracia», y el segundo a «populismo».

El populista, tal como entiendo este concepto, es una persona que habla con la gente de los problemas que le preocupan y, en su calidad de político, promete que se ocupará de manera prioritaria de esos problemas, que hará todo lo posible para terminar con los motivos de angustia, de desconcierto, de dolor. El populista busca popularidad...

¿Qué busca el poder supremo? No encuentro la respuesta. Pero jamás votaré por quien que busca no sé qué. Que vote por él, no sé quién.

Y que no sé quién, si le gusta, se pase el tiempo mirando por la televisión no sé qué.

Veamos ahora el testimonio de un periodista que trabajó en la TV

«presidencial» y conoce bien la «cocina» de Ostankino. Serguéi Fomín, de *Nezavisimaya gazeta* (27.4.91), conversó con un teleperiodista (por razones obvias, *NG* no revela el nombre del entrevistado):

– Mijaíl Nenáshev dijo una vez que Gostelerradio era ingobernable. Pero llegó Leonid Krávchenko, empuñó el timón, giró a derecha y la nave ha respondido. Después de dos o tres escándalos relacionados con el cierre o suspensión de determinados programas, se ha instaurado la calma. Los espacios de filo crítico han desaparecido o tienden a desaparecer. ¿Puede describirnos la tecnología empleada para cambiar de rumbo?

– Los métodos que se emplean son triviales. Todos los lunes se efectúan reuniones de los redactores jefes en las que se pasa revista a los programas más importantes y a la que asiste el presidente de la compañía o alguno de sus adjuntos. Allí se hacen observaciones con relación a los programas emitidos y se trazan planes para el futuro inmediato. Luego los redactores jefes informan al personal de sus respectivas redacciones.

– ¿Y si algún periodista no está conforme con lo que se haya acordado allí y decide atenerse a su concepción propia del espacio que dirige? ¿Es que los dirigentes miran todos los programas antes de ser emitidos?

– El presidente de la compañía tiene varios adjuntos, cada uno de los cuales supervisa un área concreta. Son ellos quienes ejercen las principales funciones de control de la producción. Hay entre ellos hombres que, hasta cierto punto, pueden contribuir al desarrollo de ideas originales, actuar como aliados de los autores, pero en el momento crítico se ponen siempre del lado del presidente. Valentín Lazutkin, por ejemplo, prestó cierto concurso a la creación de TVR, buscaba formas de compromiso con la dirección de la Compañía de RTV de la URSS. Pero últimamente ya no actúa con tanta energía como antes, ya que ello ponía en peligro su permanencia en la estructura.

Los programas son vistos por los dirigentes antes de ser emitidos, pero no todos, sino los de mayor audiencia y aquellos a los que, por una razón u otra, se concede mayor importancia. Ahora bien, el control concierne, más que al producto, al productor. Si el autor es una persona «leal», se pone menos atención previa en lo que hace. Cuando se decide retirar de la programación una emisión anunciada, se dan indicaciones a la Dirección Principal de Programas y a la Sala Central de Aparatos. Luego sale el locutor y explica que la emisión no tendrá lugar «por razones técnicas».

Los principales informativos son redactados personalmente por los directores en estrecha colaboración con los vicepresidentes. A veces ellos mismos escriben el texto del locutor, como lo hizo, por ejemplo, Piotr Reshetov para el telediario *Vremia* durante los acontecimientos de enero en las repúblicas bálticas. Cada edición de *Vremia* se atiene a un plan previamente preparado y aprobado por los jefes. La ejecución de esos planes se confía a redactores conocidos por sus opiniones conservadoras. Los cambios de última hora se realizan «desde abajo», en determinados casos, o «desde arriba». Las modificaciones introducidas desde abajo –a propuesta de los autores– tienen que ver, por lo general, con temas lejanos de la política. De arriba, pueden llamar por teléfono Yázov, Lukiánov, Dzasójov o cualquier alto funcionario con acceso a la línea de comu-

nicación gubernamental.

Todas las indicaciones se dan por teléfono. La famosa nota de Reshetov, escrita de su puño y letra, para suspender la producción de *Vzgliad*, es un caso único en la historia de la TV soviética.

– ¿Cómo se realiza el control en el caso de emisiones en directo?

– Se hacen ensayos en el marco de los cuales los presentadores dicen lo que se proponen repetir luego en presencia de los demás participantes. Los vicepresidentes los siguen en las pantallas de la red interna. Además, la emisión «en vivo» es emitida varias veces a través del sistema de satélites Órbita. En total hay cuatro redes de transmisión vía satélite. Por lo general, los dirigentes miran lo que pasa en la primera. Luego dicen lo que conviene «cortar» en las siguientes. En principio, se puede emitir el programa con los cortes para la parte europea del país y hacer como si se tratara de una emisión en directo.

– He oído decir que las emisiones en directo salen al aire con un desfase de 30 segundos con respecto al tiempo real, al objeto de poder quitar lo que moleste...

– Me parece que son rumores infundados. Yo he presentado emisiones en directo, teníamos un televisor con antena exterior y la imagen coincidía siempre con lo que estaba pasando en el estudio. Por lo demás, no hace falta retener la señal. El dirigente que controla el espacio puede llamar en cualquier momento a la sala central de aparatos o directamente al realizador para que suspendan la emisión. En previsión de semejante contingencia, siempre hay locutores de guardia, con los textos correspondientes, y cintas con programas de sustitución.

Además, está el sistema de sanciones preventivas. Uno puede encontrarse con el estudio cerrado con llave. Pueden colocar a la entrada uno o varios policías e impedir que entren en el estudio personas invitadas por el periodista. Eso ocurrió una vez que *Vzgliad* invitó a Sájárov. El académico no acudió, pero la policía, por si acaso, estaba presente.

– En el discurso pronunciado en la fábrica Kírov, Yeltsin dijo que la TV Central estaba dirigida por el KGB.

– Pienso que lo dijo llevado por el calor de la polémica. No hace falta que la dirija directamente. Krávchenko mantiene contacto permanente con las más altas esferas del poder. Pero es verdad que entre el personal hay agentes del KGB. El edificio de Ostánkino es transparente.

– ¿Existen criterios rígidos para determinar lo que se puede y lo que no se puede decir?

– Sena difícil definirlos. El sistema general de permisos y prohibiciones depende mucho de los gustos del dirigente. Va siendo determinado, en gran medida, en el marco del proceso de negociaciones que el autor mantiene con la dirección directamente o a través de los redactores jefes. Las cualidades personales del presidente de la RTV de la URSS inciden notablemente en este proceso. El es el punto de referencia que permite determinar aproximadamente el límite de lo permisible. Lo difícil es definirlo de manera exacta, sobre todo en los momentos de conyuntura política mutable.

– En varias ocasiones, la TV Central presentó, en lugar de los programas anunciados, filmes centrados en temas políticos de actualidad palpitante: por ejemplo, *Fisonomía del extremismo*, *Reflexiones sobre el tema báltico* y *Voces ajenas*. Son películas extrañas por el estilo de realización y los comentarios (más tendenciosos aún de lo que es norma en

TVC). Además, no se indican los nombres de los autores ni del estudio productor. ¿De dónde provienen esos filmes?

– Por regla general, se realizan a petición del KGB, previamente concertada con las instancias supremas del poder. Además, no se hace secreto de la procedencia del pedido. Se constituyen grupos de periodistas y realizadores. El trabajo de producción tiene lugar en Ostánkino, pero la mayoría de las secuencias documentales provienen del propio KGB. Eso se ve por la calidad de las filmaciones y el montaje, que se efectuaron con equipos técnicos no profesionales o diferentes de los que se hallan instalados en Ostánkino.

– Es curioso que la dirección de TVC haya clausurado *Vzgliad*, «corregido» TSN, pero no ha adoptado medidas contra *La quinta Rueda*. ¿Cómo explica usted esta diferencia en el trato?

– Puede haber influido el hecho de que las TV de Leningrado cubre solamente la mitad del país o que Bela Kurkova, directora de *La quinta Rueda* tenga en Leningrado más prestigio que algunos redactores jefes de TVC. Y puede ser también que Sobchak y Gorbachov hayan llegado a un acuerdo. El control es un proceso muy complicado, que presenta no pocas contradicciones y paradojas.

La simbiosis de la TV Central y el KGB

El presidente Mijaíl Gorbachov no podía ni quería vivir sin una TV Central supeditada a él. Pero existían cadenas republicanas que ya le hacían competencia a la TV central. Todo indicaba que el Kremlin estaba dispuesto a pasarse sin muchas cosas, incluso sin el diario *Pravda* y sin el *Politburó*, pero conservando en la TV –en una forma más civilizada– el monopolio de la información.

En los períodos de intenso enfrentamiento entre el Kremlin y los movimientos de liberación nacional en las repúblicas, las unidades militares del Comité de Seguridad del Estado (KGB), de los Ministerios de Defensa y del Interior, solían ocupar los estudios de TV locales. A partir de 1989, todos los centros de TV de las repúblicas bálticas, de Transcaucasia y Moldavia fueron asaltados en reiteradas ocasiones. En otras palabras, la TV de Lituania, Letonia, Estonia, Moldavia, Georgia y Armenia no seguían las instrucciones del Kremlin (aunque durante mucho tiempo «guardaron las apariencias»; a comienzos de 1991, en todo el territorio de la URSS, la población veía por las tardes el programa gubernamental *Vremia* que se emitía desde Moscú). Ucrania, Bielorrusia, Azerbaidzhán, Kazajstán y tres repúblicas del Asia Central (Turkmenia, Kirguizia y Uzbekistán) en sus programas de TV nacionales criticaban la renuencia del poder central a delegar en las repúblicas los poderes que ellas venían reclamando. Rusia, la mayor república de la URSS, no tenía su propia TV; Rusia y la URSS tenían la misma capital y, a juicio de algunos, podían seguir teniendo la misma TV. Pero a Borís Yeltsin, a la sazón presidente del Soviet Supremo de la Federación Rusa, prácticamente no le conce-

dían espacio en la TV Central.

El 14 de enero de 1991, después de una hora de intervención en la edición vespertina del principal programa televisivo *Vremia* de Mijaíl Gorbachov y de los ministros federales de Defensa y del Interior, D. Yázov y B. Pugo, que intentaron justificar ante el mundo el asalto por las fuerzas del Ejército Soviético al centro de TV republicano en Vilnius (13 muertos y centenares de heridos entre la población civil, frente a un solo militar muerto), se enseñaron al público varios episodios filmados en Riga, junto a la sede de la TV republicana (en espera del asalto militar, la población local rodeó este edificio y sus accesos de una barrera protectora compuesta de decenas de remolcadores, tractores y camiones, así como de paneles de hormigón armado y de grava). Los siguientes 30 segundos se dedicaron a la visita de un día a las repúblicas del Báltico de Borís Yeltsin y a su conferencia de prensa celebrada en Moscú: se mostró a Yeltsin, pero se oyeron solamente las palabras del comentarista, quien dejó de hablar sólo por un instante para que oyésemos la siguiente frase de Yeltsin: «Estoy convencido de que a partir de ahora Rusia no podrá prescindir de su propio ejército». Al mismo tiempo, los presentadores del programa *Vremia* se las ingeniaron para no decir que la visita de Yeltsin a las repúblicas del Báltico que se mostró por la TV Central concluyó con la firma de un nuevo documento conjunto (como ya ocurriera en 1990) de los dirigentes de los parlamentos de Rusia, Estonia, Letonia y Lituania, que esta vez contenía una protesta contra los intentos de liquidar por *la via militan* los parlamentos y gobiernos legítimos de dichas repúblicas.

La interpretación dada por la TV Central, especialmente por el programa *Vremia*, de lo acontecido en las repúblicas federadas podía no satisfacer a centenares de millones de telespectadores, desde Sofía hasta Kabul, desde Berlín hasta las costas de Alaska. Pero a los telespectadores que fueron testigos oculares de aquellos acontecimientos cruciales para el movimiento emancipador, sobre los cuales guardaba silencio o desinformaba el programa *Vremia*, les dejaba helados la «información» que llegaba desde los estudios de Ostánkino.

En otoño de 1990, el PCUS perdió las elecciones parlamentarias en Georgia del mismo modo que unos meses antes en Lituania, Letonia, Estonia y Armenia. Tampoco en las épocas anteriores a la *perestroika*, las noticias que se emitían por la TV Central nos llenaban de júbilo a los telespectadores en las repúblicas, pero aquello era «goma de mascar para ojos» que dejaba indiferente prácticamente a *toda* la Unión multinacional. Quién de los periodistas o de los redactores se atrevería en aquel entonces a meterse «en serio», por ejemplo, en el programa *Vremia* con la misma Georgia, si su «amo», el primer secretario del CC del Partido Comunista de la república (hasta 1986,

Eduard Shevardnadze) era a la vez miembro suplente del Buró Político del CC del PCUS.

Después de la tragedia del 9 de abril de 1989 la TV Central criticaba de manera indiscriminada a todos los «nacionalistas georgianos». Por eso a Moscú llegaban muchas cartas dirigidas a la televisión central. La prensa local publicaba algunas. Ofrecemos a continuación una carta, la más inofensiva, que se publicó en el semanario *Naródnoe obrazovanie* (Enseñanza pública, 12.10.90), que se edita en ruso, en Tbilisi. La misiva lleva la firma de V. Rtsjiladze, presidente de la Unión de Cristianos de Georgia.

El 9 de octubre del presente año la Televisión Central de la URSS exhibió un programa de publicidad dedicado a la suscripción de periódicos y revistas. En particular, se habló de la revista *Sovétskaya literatura* (Literatura soviética). A fin de atraer al lector a esta publicación se presentó a un autor de dicha revista, al general Rodiónov, veterano de la guerra de Afganistán, y «protagonista» de la tragedia acaecida el 9 de abril de 1989, en Tbilisi, que con una sonrisa en los labios habló al público de sus planes. El redactor de la revista Projánov, sentado junto al general, dijo más o menos lo siguiente: «Hoy se habla mucho sobre una Rusia mala y satánica, ¿pero acaso no existe otra Rusia mística y santa?».

Después de este pasaje nos enseñaron excelentes muestras de la pintura sacra rusa que se iban a publicar en la revista.

Quisiera señalar que esta carta la escribe un georgiano creyente, cristiano ortodoxo, ex preso político que estando en el destierro donde no le dejaban en paz el ruido que metían las botas herradas rusas, con amor y esperanza miraba a la Rusia santa y mística. A la Rusia de San Sergio de Radonezh y del Reverendo Serafín de Sárov, a la Rusia de Vladímir Soloviov y León Tolstói.

Desde mi puesta en libertad traduzco y publico en georgiano las obras maestras del pensamiento religioso ruso, empezando por Nikolái Berdiáyev y terminando por Vladímir Losk. Pero lo que vi en su programa, en el que junto al verdugo del pueblo georgiano se habló de las cosas sagradas de Rusia, lo considero un sacrilegio y estoy seguro de que comparten mi opinión no sólo los georgianos, sino también cada ruso honrado y creyente. Lo que logran publicaciones y programas análogos es levantar ánimos antirrusos y rusofobia.

El segundo momento al que quisiera atraer su atención, es la declaración hecha en la sala de un juzgado de Moscú por el antisemita Smirnov-Ostashvili, ofrecida en el mismo programa unos minutos después de la intervención del general Rodiónov. En el programa le presentaron al auditorio de muchos millones de telespectadores solamente como Ostashvili (apellido de procedencia georgiana), olvidándose de su segundo apellido, el ruso, Smirnov. Considero que no ha sido casualidad. ¿Acaso entre los numerosos antisemitas rusos, correligionarios de la organización Pámiat no se hubiese podido encontrar un apellido auténticamente ruso para que no figurase únicamente Ostashvili? ¿Acaso la propagación del antisemitismo en Rusia es un mérito de los georgianos?

El telediario militar-comunista «Vremia»

A partir de otoño de 1990, la TV Central empezó a inclinarse cada vez más hacia las posiciones de las «fuerzas comunistas sanas», como se solía definir las hace poco. Los informativos de la TV Central no sólo indignaban al espectador sencillo de las repúblicas nacionales, sino que causaban profundo malestar en los medios intelectuales rusos.

En setiembre de 1990, el semanario capitalino *Kuranti* publicó los datos de una encuesta sociológica, según los cuales *Vremia* era considerado por los telespectadores como el peor entre todos los programas de TV. Además, le separaban muchos puntos del programa que se había granjeado el honor de ser el segundo entre los peores.

Mientras no hubiera más que un telediario, era imposible acabar con la monotonía y la homogeneidad primitiva del programa *Vremia*. Este, al igual que en la época brezhneviana, seguía siendo «la voz del Estado», una especie de TASS con «imágenes». Por otra parte, sí la esencia de TASS era más que evidente, las «imágenes» que ofrecía *Vremia* eran capaces de inducir a error, creando una ilusión de diversidad. Aunque la diversidad de las secuencias no era óbice para que se unificara el contenido ideológico de las noticias transmitidas.

El carácter «totalitario» de este noticiero era innato. *Vremia* irrumpía de modo violento en la programación de la noche, dividiéndola en dos mitades desiguales y ocupando el tiempo de mayor audiencia. Es más, se transmitía a la vez por todos los canales: las noticias oficiales eran «obligatorias» para todos. Al entrar en el quinto año de la *perestroika*, en 1990, se perfilaron ciertas «mejoras»: de los cinco canales captados en la capital, *Vremia* se transmitía sólo (!) por tres o cuatro, según el día de la semana.

La dirección de la TV Central hacía recordar constantemente a los millones de telespectadores que *Vremia* era su principal espacio. Era también el único programa que no se atenía a horario alguno. En los días de «grandes acontecimientos» o «discursos importantes», el comienzo de una película anunciada para las 21.40, podía ser aplazado hasta las once o las doce de la noche. Casi a diario, el programa se convertía en un largo informe sobre algún evento oficial del que se podría haber informado en un reportaje de dos minutos, dejando los pormenores para los periódicos.

La edición vespertina del telediario *Vremia* cambiaba de locutores y comentaristas como se cambia de guantes. Realmente, no es nada fácil, como el actor en el escenario, representar en directo ante los telespectadores su indignación por las acciones de los «nacionalistas» en Lituania o

Georgia, cuando uno sabe muy bien que las emisoras extranjeras y la mayoría de los órganos de prensa patrios reflejan el mismo acontecimiento de manera mucho más objetiva. Cómo podía el trabajador de la «TV presidencial» (o sea, que expresaba la voluntad del Presidente de la URSS) explicar a fondo en las ediciones de *Vremia* correspondientes a los días 13, 14 y 15 de enero de 1991, que el asalto nocturno a la sede de la TV en Vilnius por los paracaidistas, con el respaldo de tanques, y las ráfagas de metralletas contra la multitud civil habían sido «autorizados»... por el jefe militar de la guarnición de Vilnius sin coordinar esta operación con Moscú.

El telediario *Vremia*, sin escrúpulo alguno, asumía las funciones de portavoz de los intereses de los sectores comunistas y castrenses que no ocultaban su intención de derrocar por la fuerza las estructuras legítimas del poder, elegidas por los pueblos en algunas repúblicas. ¿La TV Central consideraba, por lo visto, que el PCUS es invencible, ya que incluso al perder las elecciones libres en las repúblicas, con ayuda del ejército puede recuperar fácilmente sus posiciones? Antes de la *perestroika*, los locutores del programa *Vremia* leían los textos escritos por otros. En la TV de Krávchenko, los comentaristas del telediario —embusteros profesionales con canas en las sienes o jóvenes que se iniciaban en la carrera periodística— se dedicaban con energía y pasión a la labor subversiva, intentando cumplir de forma creativa el encargo de las fuerzas comunistas que iban siendo desplazadas de la palestra política en Moscú, Vilnius, Erevan, Bakú, etc.

El programa oficial *Vremia*, al comentar la situación en las repúblicas del Báltico y de Transcaucasia, atizaba sistemáticamente la guerra civil, alentando, haciendo propaganda y estimulando las «protestas» de la población inmigrante. En *Literatúrnyaya gazeta* del 16 de enero de 1991, N. Kóguinova y L. Pólskaya, sus analistas en temas de televisión, comentaban:

Violencia informativa, así puede definirse la postura adoptada por la dirección de Gostelerradio de la URSS. El programa oficial *Vremia* ofrece una información subjetiva, incompleta y a veces premeditadamente falsa sobre Lituania. De hecho, *la cadena estatal se ha convertido en fuente de desinformación para la sociedad soviética* (el subrayado es mío.-G.V.). Centenares de millones de soviéticos pueden obtener una pobre porción de noticias verídicas sólo de las ediciones del telediario TSN, pero también en las mismas se notan los cortes hechos por la censura.

En la misma plana de *Literatúrnyaya gazeta*, el famoso periodista Yuri Rost dirigía a sus compatriotas un vibrante mensaje titulado *¡Han disparado contra ti!*:

Lector, en Vilnius se disparó contra ti. Es a ti a quien se pretendió matar en Tbilisi, en Bakú, en Checoslovaquia, en Novocherkassk, en Afganistán y en Hungría.

Si aún no te han matado es porque lograste agachar la cabeza. Simplemente, porque aún no ha llegado tu turno. Aún no ha crecido el nieto del vecino para matarte, ni tu hijo, para hacer lo mismo con el vecino. Pero ya van creciendo. Se desarrollan conforme a las leyes de un mundo dudoso, cumpliendo sin discusión las órdenes de los jefes sin y con bandas en pantalones, que hacen de nuestros hijos cómplices de sus actos, convirtiéndoles en simples ejecutores sin el espíritu cívico. Los mayores también fueron niños y también se les implicó en el asunto. Ahora son ellos los tutores.

La sociedad que vive conforme al principio de caución solidaria no necesita leyes, ni voluntad. Sus ideólogos van implicando en la causa a generación tras generación. Envenenan la conciencia, empujando a cometer crímenes y protegiendo a los malhechores del castigo merecido.

¿A quién se ha castigado por los miles de muertos en Afganistán?

¿A quién se ha castigado por los asesinatos de Tbilisi?

¿A quién se ha castigado por la sangre derramada en Bakú, Praga, Novocherkassk y Budapest?

¿A nadie!

¿A quién se castigará por la sangrienta noche de enero en Vilnius?

Esto significa que a nuevos niños y adultos se les encerrará en este terrible círculo. Esto significa que decenas o, quizá, miles de centenares de personas con una conciencia que no se ha liberado de un justo castigo, se pondrán al lado de aquellos que conocen su complicidad en los asuntos feos. Les unirá un miedo común ante el posible desenmascaramiento, que es, por cierto, condición necesaria para hacer una carrera política en nuestra estructura social.

¡Dios mío! Qué Estado es ese, donde uno puede ascender por la escalera jerárquica sólo al hacer una transacción con su conciencia (sabiendo que otros conocen su culpa).

Basta de hacer cómplices de vuestros compatriotas. ¡Esconded las metrallas! Iros de Lituania, no entréis en Leningrado, ni en Moscú, ni en Kíev, ni tampoco en Vorkutá... Lector, mira a tu hijo. Es él quien disparará contra ti. No apartes la vista, aparta su mano. No necesitamos muertos, ni asesinos.

Dejad crecer honrada aunque sea a una generación y la misma salvará al país. Cada uno al suyo.

Con esa TV Central de la URSS, inspirada, dirigida y controlada por las estructuras comunistas, militares y del KGB, era imposible educar una generación honrada. Los últimos años se efectuaron frecuentes relevos en la dirección de la TV Central ya que era difícil hacer propaganda de la *perestroika*, observando tres condiciones: primero, no cambiar nada en el Sistema; segundo, avanzar hacia el mercado libre velando al mismo tiempo por los «valores socialistas»; y tercero, seguir controlando la prensa en el contexto de la *glásnost*.

El 14 de noviembre de 1990, en virtud de un decreto presidencial, Leonid Krávchenko, de 52 años, diputado popular de la URSS, encabezó la radio y la TV del país. Sustituyó en este cargo a M. Nenáshev, quien estuvo a la cabeza de Gostelerradio de la URSS 18 meses. Krávchenko

conocía muy bien todos los estudios de Gostelerradio, situados en la calle Piátnitskaya (es donde se encuentra la administración), en Shábolovka y en Ostánkino. Durante cuatro años fue primer adjunto del presidente de Gostelerradio de la URSS, dedicándose a la TV (luego, un tiempo relativamente corto estuvo a la cabeza de TASS). Fue una época de grandes cambios en la vida de la TV, precisamente entonces surgieron los mejores programas: *120 minutos*, *Vzgliad*, *Antes y después de la medianoche*. Pero la gente suele cambiar. Quizá esto tuvo en cuenta V. Arséniev, periodista mordaz del diario *Izvestia*, que tituló su entrevista con el nuevo dirigente de la TV Central con una frase de Leonid Krávchenko: «He venido para cumplir la voluntad del Presidente». El título resultó ser muy preciso, aunque no creo que los casi 90.000 trabajadores de la televisión del país quisieran hacer suya esta divisa.

El nuevo esquema de la TV soviética presentado por Leonid Krávchenko —poco antes de su nombramiento, M. Nenáshev, su antecesor en el cargo, nos habló de las mismas decisiones aprobadas en «la cumbre»— partía de un hecho fundamental: el poder del Departamento Ideológico del CC del PCUS, todopoderoso hasta hace poco, había acabado. Llega una nueva época en la que cada una de las cuatro cadenas que existen en la TV Central obtendrá una independencia comercial relativa y una especialización.

La primera cadena que cubre todo el país y que es la principal, estaba subordinada por completo al Presidente; entre sus «fundadores» figuraban también el Soviet Supremo y el Gobierno de la URSS. *La segunda cadena* (que no cubre todo el territorio de la URSS) se llamaría Sodrúzhestvo (Comunidad) y la TV Central debía explotarla conjuntamente con la recién creada TV de la Federación Rusa. *La tercera cadena*, dirigida a la audiencia de Moscú (ciudad y región), funcionaría sobre los principios de una sociedad anónima, con participación del Soviet de Moscú y otras organizaciones sociales (incluido el PCUS). *La cuarta cadena*, que se utiliza de siempre con fines didácticos, tomaría el nombre de TV-Siglo XXI y seguiría haciendo lo que había hecho hasta entonces, sólo que mejor.

Las relaciones entre la TV Central y los Comités republicanos de Radio y TV, que hasta hace poco dependieron de la primera, se regirían por las mismas normas que se aplicaban en la prensa escrita y en la industria del libro. Las repúblicas que firmaran el acuerdo de cooperación con la TV Central, mejor dicho, con el Consejo Coordinador de TV y Radio que había de sustituir al Comité Estatal para la TV y Radio (Gostelerradio de la URSS), podrían adquirir equipos televisivos a precios más o menos fijos, las que no lo hicieran (por ejemplo, las repúblicas bálticas, Georgia, Moldavia...) no tendrían dicha posibilidad. Seguramente, se verían obligadas a comprar los equipos a Moscú pagando en divisas o a un precio muy alto.

En otra entrevista (*Pravda*, 27.11.90), Leonid Krávchenko mencionó la siguiente cifra: «A la TV se le asignan 2.700 millones de rublos al año, pero el Ministerio de Comunicaciones se queda con 2.000 millones». En efecto, dicho ministerio es el que dispone de los equipos de rodaje, líneas de retransmisión, satélites de TV, antenas terrestres, el tiempo y la frecuencia de salida al aire. Además los elementos más sofisticados de los aparatos se hacían en fábricas de la industria de guerra. La conclusión que se podía sacar era la siguiente: no serían los periodistas ni demás componentes del personal creativo quienes iban a administrar esas riquezas. El título con el que el diario *Pravda* publicó ese artículo contenía también una alusión: *El reparto en Ostánkino*. O sea, habría reparto y los rebeldes se quedarían sólo con lo que ya tenían. Eso en el mejor de los casos; en el peor, se les quitaría todo por la fuerza como en Vilnius. En vez del censor general que había existido hasta entonces, en adelante iban a controlar los programas los militares, los funcionarios del Ministerio de Finanzas y los asesores del Presidente.

Los programas televisivos preparados por los estudios de TV republicanos y regionales siempre se turnan en el aire con los programas que se emiten desde Moscú. No obstante, no existe una relación inversa, ni un intercambio. Los moscovitas ven en sus pantallas muchas cosas (desde 1990 incluso pueden tener acceso a la televisión occidental mediante antenas parabólicas individuales o colectivas), pero los programas televisivos republicanos se excluyen. Esto no se refiere a los programas televisivos que hacen los leningradenses puesto que se les considera «suyos». La Televisión Central *prometió* al telespectador soviético empezar a emitir por *La segunda cadena* —junto con los programas de la nueva Compañía Televisiva de la Federación Rusa— reportajes preparados en los estudios televisivos de las repúblicas federadas.

Sería la administración de la Televisión Central quien «ordenaría el desfile» de las repúblicas por *La segunda cadena*. No se fijaba ningún plazo concreto para las reformas en la TV Central. Hasta agosto de 1991, bajo la dirección de Krávchenko, la Televisión Central sujetaba las riendas de sus periodistas. Por otra parte, la TV no dependía nunca de los juicios del público, ya que funciona a costa del presupuesto estatal. La aparición de anuncios publicitarios y de reportajes puramente comerciales por los que pagaba el cliente, no cambiaba mucho tal estado de cosas. La Televisión Central no tenía «interés material en aumentar la audiencia». Estas son palabras pronunciadas por M. Nenáshev en su última conferencia de prensa, celebrada el 13 de noviembre de 1990, unas horas antes de su destitución del cargo de presidente de Gostele-radio. Mucha gente lo criticaba, pero pasados tan sólo unos días, la destitución de M. Nenáshev demostró a todo el mundo, entre otros ejemplos análogos, la aparición de tendencias conservadoras en la línea política del Kremlin (cabe recordar que en un breve período de tiempo

se retiraron de la palestra política A. Yákovlev, V. Bakatin, E. Shevardnadze).

Un «vistazo» desde la clandestinidad

Con la llegada de Krávchenko, desapareció la posibilidad de emitir por la TV Central programas como aquella edición de *Vzgliad*, que el teleperiodista Evgueni Dódolev analizó en su artículo *Pamiat*, el KGB y '*Vzgliad*', publicado en *Moskovski komsomólets*, el 27 de octubre de 1990.

Valentín Koroliov, teniente coronel retirado del KGB, no quiso seguir siendo un títere. Creo que este acto de penitencia no fue fácil para Koroliov. No obstante, el 19 de octubre, al ex agente secreto, simultáneamente, se le pudo leer en la revista *Ogoniok* (núm. 43/90) y ver en la televisión central, en el programa *Vzgliad*.

Según Koroliov, la sociedad *Pamiat* (en su actual papel) fue creada por el KGB de Moscú como instrumento de lucha política y, en un futuro, armada contra las tendencias sociales no deseables. Los principales cabecillas de *Pamiat*, según el teniente coronel, están reclutados por la policía secreta y muchos de ellos consideran que son ellos, patriotas, los que orientan la labor del KGB. (Cuando Koroliov propuso reclutar a un integrante de *Pamiat* para el KGB se le dio a entender que todos los dirigentes de esta sociedad ya desde hace tiempo trabajaban para dicha organización).

O sea, los jefes del KGB están seguros de que son ellos los que controlan a la sociedad *Pamiat*, mientras que los padrinos del fascismo ruso piensan que son ellos los que tienen al KGB «en su bolsillo». Y todos juntos están dispuestos a actuar cuando llegue la hora H. Según Koroliov, la mutua compenetración de la sociedad *Pamiat* y el KGB ha alcanzado su punto álgido.

Se debe recordar que *Vzgliad* aparece igual que antes: de día, en directo para el Lejano Oriente (luego se repite para Siberia y Asia Central vía Órbita), y de noche, en directo para Europa. Son dos variantes del programa que, como regla, se distinguía entre sí.

En las tramas grabadas el 19 de octubre no se hicieron supresiones. Pero, a diferencia de los textos grabados, los fragmentos de estudios de aquel *Vzgliad* se distinguían uno del otro como el telediarario llamado en ruso *Vremia* se distingue de *Siete días* suprimido por decisión del Buró Político. En las variantes retransmitidas por Órbita tras la entrevista concedida por Koroliov aparecía el siguiente diálogo de los presentadores:

Dódolev: Retomemos el tema del KGB. Desde primavera Koroliov hace intentos infructuosos de ver a algunos de nuestros diputados famosos y ser recibido en las editoriales más progresistas. Pero en vano. Parece que el KGB tiene informadores voluntarios en todas partes.

Liubímov. En el Comité de Seguridad los suelen llamar ayudantes.

D.: A la par con los AYUDANTES que reciben remuneración, existen otros, que lo hacen por obligación. Por ejemplo, incluso el intrépido *Ogoniok* se negó a publicar el artículo *Secretos de los servicios secretos*, de Koroliov. Verdad que en el último momento decidieron no devolver el manuscrito al autor. Pero el tiempo se cobra lo suyo. En el número 43 de la revista –los suscriptores lo van a recibir a partir de mañana– aparece, por fin,

ese artículo de Koroliov.

L.: Temeroso de un ensañamiento físico, el teniente coronel entregó parte de su archivo a la redacción de *Vzgliad*. A propósito, si alguno de los líderes de *Pamiat* quiere refutar sus contactos con la policía secreta, puede venir aquí para debatirlo.

D.: Muchos se enterarán con asombro de que existan vínculos entre el KGB y *Pamiat*. En cuanto a mí, también me asombraba antes: ¿por qué los nazis de Leningrado pasean impunes por el jardín de Rumiántsev, por qué los *hongweibings* de *Pamiat* logran escapar al Código Penal, cómo le permitieron a *Pamiat* celebrar un mitin en la Plaza Roja? ¿Cómo sus miembros lograron penetrar en la Casa del Literato, en la que no nos dejan entrar a mis colegas y a mí, aunque tenemos nuestros carnés de periodistas? Pero hoy ya no me asombra nada de eso. El Estado tiene su partido, y el KGB, *Pamiat*.

L.: ¿O al contrario: el partido tiene su Estado? En cuanto a mí, no estoy seguro de que el ejército o el KGB siempre se subordinen al Presidente.

D.: La mayoría de los dirigentes del KGB no son agentes profesionales, sino ex funcionarios del partido. Guardan fidelidad a los principios de éste, no pueden «traicionarnos». En la diligencia del KGB, hay muchos veteranos, por así decirlo. Lo es, por ejemplo, el teniente general Tolkunov, Aunque ya tiene 75 años, encabeza el sector de inspección. Cuando Gorbachov trabajó en el territorio de Stávropol, Tolkunov dirigía allí el KGB local. Según el ex general Kalugin, ésta es una circunstancia bastante significativa. ¿A quién se subordina Tolkunov, a quién se subordina el Comité? A nadie. El propio Comité puede crear en el papel cierta amenaza (por ejemplo, la de Kalugin). El propio Comité hará creer en esa amenaza a los dirigentes supremos, emitirá una orden y la cumplirá. Pues es un Estado dentro del Estado,

L.: Víktor Iliujin, jefe del Departamento de Observancia de las Leyes por el Servicio de Seguridad del Estado, de la Fiscalía de la URSS, ha reconocido estos días en *Literatúrnyaya gazeta*: «El servicio de inteligencia y el de contraespionaje desbordan las posibilidades de nuestro Departamento de Inspección. Es imposible regular por la Ley su actividad». Se puede garantizar el orden en la cárcel de Lefórtovo y otros lugares análogos. En eso no hay problema. Es posible también que la Fiscalía le siga los pasos al Comité de Seguridad. Mas hay un pero: a la cabeza de esa inspección está Abrámov, fiscal general adjunto, quien antes trabajó en el KGB.

L.: Dirigió el Quinto Departamento, aquel que persiguió a Solzhenitsin y a Sájarov y hoy supuestamente se encarga de proteger la Constitución.

D.: Abrámov era subdito de Bobkov, hoy vicepresidente primero del KGB, y sigue manteniendo con él relaciones de amigos. Este es un magnífico ejemplo de la cooperación entre la incorruptible Fiscalía y el espléndido KGB formado en la época de Vishinski y Beria. Dos leznas no se pinchan...

En una reunión relámpago que celebramos tras la retransmisión por Órbita decidimos jugar el todo por el todo durante la comparecencia en directo en Moscú. Pero se inmiscuyó el KGB...

Es que la variante que se transmite por Órbita se inspecciona, que yo sepa, en tres organizaciones capitalinas, como mínimo: el Comité para Radio y Televisión, el PCUS y el KGB. La retransmisión para Lejano Oriente terminó a eso de las cuatro de la tarde.

Dentro de un par de horas en el despacho N 1231, el de dirigentes de *Vzgliad*, resonó un timbrazo. Hacia comienzos del programa *Vremia*, a Ostánkino llegaron dos huéspedes: un coronel y un mayor, dijeron que querían comentar en directo el tema del KGB.

Habría sido poco cortés negarse a recibir en la TV a los visitantes tan poco habituales. Sólo podíamos estar adivinando de qué se trataba, se nos ocurrieron las siguientes versiones. A Koroliiov lo iban a acusar de que él: a) estaba contratado por el servicio secreto de Israel; b) tenía trastorno psíquico; c) estaba sobornado por los cooperativistas sionistas; d) fue despedido del KGB por ser un alcoholizado. Admitíamos también que todas esas acusaciones –menos la última– podían ser dirigidas a los presentadores de *Vzgliad*.

Pues ya teníamos un precedente: cuando *Vzgliad* estaba preparando la entrevista a K., un veterano del KGB, un visitante intentó chantajear a Artiom Borovik, presentador, y a Tatiana Dmitrakova, directora del programa.

– Tenemos «dossieres» de cuantos hacen *Vzgliad*. Si el tema en cuestión sale a la pantalla, haremos públicos los datos comprometedores –dijo.

Los muchachos contestaron: vamos a ver qué tienen ustedes. Pero, lamentablemente, K. no pudo salir al micrófono... Se encontraron palancas para presionar sobre otra gente.

El viernes pasado no hubo amenazas. Pero los oficiales que llegaron de visita demostraron ser ases del debate. Lograron que la conversación se desviara tanto de *Pamiat* como de Koroliiov. Eran cuentos afables de que en Lubianka no había sótanos; también sobre el suicidio de Sávinkov y, por último, sobre nuevos libros.

Dimitre Shevardnadze

A finales de diciembre de 1990, Eduard Shevardnadze, ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, presentó la dimisión. Fue un hecho sin precedentes en los últimos 70 años por parte de un alto dirigente, pues ninguno se marchó por su propia voluntad. Shevardnadze anunció su decisión de irse desde la tribuna del Soviet Supremo de la URSS, era una sesión que se transmitía por TV en directo. El canciller abandonó su ministerio en señal de protesta contra la presión que ejercían sobre él los partidarios de una nueva dictadura militar que viene madurando. Es muy probable que E. Shevardnadze supiese que tendría que irse de todos modos y no quisiese hacerlo con la docilidad con que lo hizo recientemente el ex ministro del Interior de la URSS, Vadim Bakatin. Hecha la declaración, la TV Central dejó de mencionar a E. Shevardnadze, aunque él siguió desempeñando sus funciones de canciller durante tres semanas.

El periódico *Komsomólskaya pravda* (29.12.90) reaccionó a ese acontecimiento con un artículo de A. Vasíliev titulado *¿Quién y por qué prohibió la edición de «Vzgliad» con participación de asesores de E. Shevardnadze?*:

Ayer no salió *Vzgliad* en que tenían que comparecer colaboradores del ministro de Relaciones Exteriores, Eduard Shevardnadze, que acaba de presentar su dimisión: Teimuraz Stepánov, asesor del ministro, y Serguéi Tarasenko, jefe del Departamento de Valoraciones y Planificación. Según hemos podido averiguar, precisamente ellos conocieron los primeros la intención de dimitir de E. Shevardnadze.

– Tras la dimisión de Shevardnadze –nos contó Stepánov– ha surgido una situación rara: en Occidente todo bulle, y aquí vivimos en una zona de silencio. Se hacen circular versiones cada vez más estúpidas. Por eso Tarasenko y yo decidimos comparecer en la pantalla.

– ¿Por qué se lo negaron?

– No sé.

Cuando llamamos a la Redacción de *Vzgliad*, atendió Alexandr Liubímov:

– Sí, queríamos que T. Stepánov y S. Tarasenko salieran al micrófono en nuestro programa. Pero el presidente del Gostelerradio, L. Krávchenko, y sus vices nos prohibieron hacerlo. A partir del lunes, no cesábamos los intentos de lograr que cambiaran de opinión, pero en vano. No cabe duda alguna de que ello se hizo por razones políticas.

Suspendido el tema de Shevardnadze, no quisiéramos salir al aire. Esta fue la causa por la que los televidentes no vieron aquella edición. No queríamos levantar ruido ni ganar puntos de este modo, pero resultó otra cosa...

– Según unas fuentes, Krávchenko debatió este problema con Mijaíl Gorbachov.

– También me parece a mí que esa decisión tan poco popular de Krávchenko, designado hace poco a su puesto, la adoptó después de haberlo coordinado con el escalón supremo del poder. Es de señalar que el 4 de enero, en vez de *Vzgliad*, quisimos exhibir la película *Equipo*, que trata de Eduard Shevardnadze y sus colegas. Pero nos lo prohibieron...

Telefonamos a Leonid Krávchenko:

– Los muchachos de *Vzgliad* querían invitar a Shevardnadze. Pero les disuadí, pues sabía que él no iba a aceptar. De tarde tuve una charla con Liubímov, y él me dijo que la edición no iba a salir, que la próxima vez ellos saldrían el 11 de enero. Les propuse que invitaran a Yanáev, pero ellos no querían.

– Según nos han informado, usted prohibió la edición en que tenían que participar los ayudantes de Shevardnadze...

– No he prohibido nada... No sé... Son unos juegos...

Volvimos a telefonar a Liubímov:

– Por vez primera el último año y medio fue prohibido un tema concreto, y no la comparecencia de unas personas. Es de suponer que se está jugando la carta llamada a demostrar el carácter inquebrantable de la mentalidad jerárquica. Es preferible estar más cerca de los de arriba que de los de abajo...

La situación parece ser más que rara. Ya nos hemos acostumbrado a que tales cosas a veces le suceden a *Vzgliad*. Pero ahora se trata de Shevardnadze. Da la impresión de que han prohibido mencionar su nombre en el aire. ¿Quién creará en este contexto las aseveraciones de que la política exterior de la URSS no ha cambiado?».

Vzgliad, el mejor espacio político en la Televisión Central, dejó de existir a comienzos de 1991. El semanario *Argumenti i fakti* (núm. 2, enero de 1991) comentó –arriba, en la primera plana– ese acontecimien-

to que infunde poco optimismo:

No salió la edición dedicada al Año Nuevo, se suspendieron las ulteriores. El 4 de enero los dirigentes de Gostelerradio volvieron a prohibir la proyección de la cinta *Equipo* que trata de Shevardnadze y sus colegas. El 8 de enero A. Liubímov fue citado al despacho de P. Reshetov, vicepresidente de Gostelerradio, allí le dijeron que el programa que él dirige se suspendía indefinidamente. Nuestro reportero A. Binev formuló varias preguntas al *Equipo* que hacía ese popular programa.

– ¿Esta es una decisión definitiva?

A. *Liubímov*, director del programa: Nos manifestaron que las ediciones de *Vzgliad* se suspendían mientras no fuera formulada nuestra concepción, aunque ésta se halla recogida en los respectivos documentos: cubrir la vida política y social del país. Me parece que al presidente de Gostelerradio, L. Krávchenko, no le gustó cómo estábamos cubriéndola.

– ¿El problema consiste, quizás, en que ustedes se atrevieron a comentar los traslados que se efectúan en los escalones supremos del poder, incluida la famosa declaración de Shevardnadze?

A. *Politkovski*, enviado especial del programa: Pienso que eso se utilizó como pretexto para aplicar sanciones contra nosotros. La causa es otra. Hacia el 11 de enero de 1991 presentamos el guión de una edición en que no había ni una palabra relacionada con Shevardnadze. Pero tampoco nos dejaron salir al aire.

– ¿A qué se debe la prohibición, entonces?

A. *Liubímov*: Se dijo –y eso es de todos conocido– que los criterios políticos de los dirigentes de Gostelerradio y del *Equipo* de *Vzgliad* divergen. Esta es la causa fundamental.

– ¿No será el comienzo de una «cruzada» contra los medios de información democráticos?

A. Shepilov, dirigente de la compañía VID: Nadie nos ha autorizado a hablar por todas las ediciones democráticas, pero aquello que sucede no puede menos que preocuparnos, pues vemos en eso no un simple hecho de la suspensión de *Vzgliad*, sino la confirmación de determinadas tendencias que han surgido en nuestra vida política. En cuanto a mí, lo acojo como manifestación de la censura política, aunque ésta fue prohibida en el país por la Ley de Prensa.

V. *Listiev*, observador del programa: A lo largo de dos años y medio en la televisión existía la posibilidad de expresar distintos puntos de vista. Era lo que hacía *Vzgliad*. Nos inscribíamos en la tendencia general, además éramos los primeros. Y hoy que ha surgido la necesidad de fortalecer el poder centralizado, la tendencia ha empezado a cambiar. Ya no somos del agrado de los dirigentes.

Según el comentarista de *Vzgliad* (semanario *Kommersant*, 31 de diciembre de 1990), «aunque se ha suprimido el control ideológico por parte del PCUS, otra vez nos vemos en una situación en que nos obligan a invertir el 80 % de nuestros esfuerzos en abrir paso a nuestro material. Ignoramos quién nos pone trabas». En el deslinde de los años 1990 y 1991 se agudizó la confrontación entre Yeltsin y Gorbachov o, mejor dicho, entre los demócratas dispersos y la oligarquía militar-partidista bien

cohesionada. El *Equipo* de *Vzgliad* fue expulsado de la TV Central en los mismos días de la masacre de Vilnius, perpetrada por tropas de intervención especial del KGB al objeto de llevar a cabo un golpe de Estado en Lituania y, luego, en Letonia.

Pero *Vzgliad* no murió. Las circunstancias en que logró sobrevivir constituyeron el tema de una entrevista de Nikolái Kirílov que con el título *La cocina de Politkovski para «Vzgliad (Vistazo) desde la clandestinidad» publicó el semanario Golos* (núm. 23, 17.6.91), de la Unión de Periodistas de la URSS:

Un buen día la cocina del apartamento de Alexandr Politkovski se convirtió en «estudio y sala de controles» de *Vzgliad*. Ahora, se está montando allí la tercera edición clandestina del famoso espacio.

Poca gente, incluso entre los periodistas, tiene idea de cómo se prepara el programa en las nuevas condiciones. El caso es que resulta muy difícil cazar a los autores-coordinadores Liubímov y Politkovski, quienes además de su actividad profesional como periodistas son diputados de Rusia. De todos modos logré dar con el director de la legendaria primera edición de «*Vzgliad*» desde la clandestinidad, Alexandr Politkovski. A él van dirigidas las preguntas:

¿Cuánto dinero invierten en cada edición de «*Vzgliad*» desde la clandestinidad?

– Entre 25.000 y 30.000 rublos. No es mucho. En la TV estatal, gastábamos 75.000. En las condiciones actuales, nos ahorramos los costos de transmisión. El dinero se destina a los gastos de viaje, la adquisición de equipos y accesorios indispensables.

– ¿Dónde pasan sus programas?

– Los reproducimos en videocasetes VHS y los vendemos a diferentes estudios de TV del país. Hace poco hicimos una emisión en directo para la zona del Báltico, que se emitió desde Riga. Es posible que mantengamos nuestros contactos con la TV de Leningrado.

– ¿Por qué *Vzgliad* no se incorpora a la TV de Rusia, cuyo director general es el antiguo jefe de vuestro equipo?

– La TV de Rusia es, como la Compañía de RTV de la URSS, una estructura estatal. En la mesa de su presidente, hay un teléfono conectado a la línea del Kremlin, igual que en el despacho de Krávchenko. Y aunque los dirigentes de la TV de Rusia son más democráticos, se ha creado allí una situación similar a la que reina en la TV Central.

Cuando creamos nuestra estructura propia, teníamos una idea clara del lugar que ocuparía y el papel que iba a desempeñar en la vida social del país. En el trabajo de las compañías estatales intervienen muchos factores circunstanciales. Si Rizhkov gana las próximas elecciones presidenciales, es fácil adivinar a quién servirá la Compañía de RTV de Rusia. Por eso hemos decidido crear una entidad independiente, una sociedad en comandita denominada *Vzgliad*.

Ahora tenemos un aire de capitalistas, pero nadie se inmiscuye en nuestra labor. Nadie puede entrar sin pedir permiso. Estamos libres de *toda* censura política: yo mismo soy el propietario y el censor de lo que hago.

Ya nadie puede prohibir *Vzgliad*, porque gozamos de independencia jurídica y personalidad jurídica propia y actuamos en consonancia con la ley. Tenemos buenos asesores

jurídicos y el principio fundamental de nuestra actividad financiera es rehuir *toda* clase de especulaciones.

– ¿Les hicieron ofertas para crear empresas mixtas con EE.UU., RFA o Italia?

– Claro que las hubo. Pero estoy en contra de esas formas de «acoplamiento». Supondrían un estorbo para el cumplimiento de nuestra misión fundamental, a saber: crear un programa informativo libre, veraz y que vaya dirigido a nuestros compatriotas. Luego alguna cadena japonesa, por ejemplo, si le interesa, puede utilizar determinadas secuencias, pero no quiero que *Vzgliad* se convierta en una empresa del tipo de las de Hong-Kong.

Nos han hecho una oferta interesante: comprar un espacio o tiempo de transmisión a la TV estatal, pero para ello necesitamos 150 millones de rublos, mientras que por ahora sólo podemos reunir unos 20 millones. Me parece que un contrato comercial con la TV –ellos nos ceden el espacio en antena, nosotros pagamos y pasamos lo que queremos– podría ser una buena variante.

– ¿A cuánto les sale cada cásete de *Vzgliad* y a cuánto lo venden?

– Soy diputado popular de la Federación Rusa, y no puedo, ni quiero, meterme en actividades especulativas, subiendo el precio del cásete hasta 1.200 rublos, por ejemplo. Nosotros lo vendemos a 200 rublos. De todos modos hemos logrado que nuestras producciones sean rentables y tenemos bastante para pagar al *Equipo* de profesionales que las realiza.

– ¿Participa usted mismo, directamente, en el programa?

– En la primera edición preparé un informe documental sobre la famosa habitación secreta en la sede del Gobierno de Rusia. La que pertenece al KGB y, supuestamente, está destinada a evitar fugas de información. Investigué el asunto tratando de revelar la vinculación del KGB con el CC del PCUS, vinculación que no ha desaparecido a pesar de las nuevas tendencias que se están abriendo paso en materia legislativa. ¿Que si hay pruebas? En el KGB tenían los expedientes de muchísimas personas, pero en ningún caso los de los máximos dirigentes del PCUS. Esta prohibición sigue en vigor. Mientras se mantenga ese tabú, no se habrá cortado el cordón umbilical que une a los dos organismos. En mis pesquisas conté con la ayuda de diversos miembros del servicio de protección de Yeltsin, que, por cierto, trabajaban antes en el KGB. No revelé secretos de Estado, aunque me enteré de algunos. Actualmente, estoy trabajando en la producción de dos videocintas sobre la actividad de Yeltsin. Trato de analizar no sólo sus éxitos, sino también las causas de sus reveses.

CAPITULO DECIMOPRIMERO

TÉCNICA DE TELEVISIÓN

El Kremlin prometió derribar el primer satélite de comunicaciones de Rusia

En 1917, los compañeros de lucha de Lenin iniciaron su golpe de Estado ocupando las centrales de correos, telégrafos y teléfonos. En 1991, el intento de derrocar el poder constitucional en Lituania comenzó por el asalto de tropas especiales del Ejército Soviético y el KGB de la URSS al Centro de TV de Vünius. En Moscú, el PCUS y el KGB ya habían colocado al frente de la televisión a Leonid Krávchenko, fiel leninista y gran mentiroso, que traicionaba a la patria, a sus conciudadanos y el buen sentido en cada edición del telediario *Vremia*. Al presidente Gorbachov lo traicionó en agosto de 1991, sólo por tres días. Su actuación en los días del *putsch* le costó el puesto de dirigente de la Compañía de RTV de la URSS. De todos modos cabe considerar que salió bien librado. En este país, el mentir sistemáticamente en el ejercicio de una función pública no constituye delito y, por tanto, no es punible. Pero antes, en febrero de 1991, el Gobierno lituano ya había reclamado a Moscú una indemnización de 18 millones de rublos por los daños causados a la torre y los estudios centrales de TV de Vünius. Teniendo en cuenta la inflación del rublo y la situación de paro forzo-

so en que se encontró la televisión lituana desde enero hasta septiembre de 1991, los daños y perjuicios ascendieron a centenares de millones de rublos.

Es de señalar que el PCUS y su secretario general –presidente– ya habían perdido el monopolio de la televisión mucho antes de los acontecimientos de agosto de 1991. Las antiguas repúblicas federadas han conseguido la independencia completa y son ya Estados soberanos. Casi todas las repúblicas autónomas de la Federación Rusa y decenas de grandes ciudades aplican su propia política de programación, con independencia de Moscú. Tras la supresión de la censura previa en agosto de 1990, aparecieron centenares de redes de televisión por cable y estudios comerciales de TV, organizados en forma de sociedades anónimas u otros tipos de empresas privadas. Algunas ex-repúblicas federadas tienen ya sus propios satélites de comunicación.

La TV de Leningrado cuenta con una plantilla de 2.000 trabajadores y sus programas son captados en *toda* la parte central de Rusia y en Estonia.

En los estudios de Kiev y otros catorce centros regionales de la TV estatal de Ucrania trabajan decenas de miles de personas. Pronto entrarán en servicio otros diez centros de entidad regional. Todos ellos competirán con los programas emitidos diariamente durante 15 horas desde Kiev. *La primera cadena* de la TV Nacional de Ucrania funciona desde hace cuarenta años; la segunda (de carácter informativo y comercial) entrará en servicio cuando se culminen las obras del nuevo edificio de 24 pisos destinado a estudios y servicios técnicos. Esta gigantesca sede, parecida a los estudios centrales de Ostánkino en Moscú, se alza ya junto a la torre de TV de 380 metros de alto, en el casco viejo de Kiev. Con todos estos gastos, ¿seguirá participando Kiev en la financiación de los programas de la TV Central de la URSS? No. Retransmitirán, eso sí, los programas de Moscú a *toda* Ucrania, pero no quieren pagar. Ellos proponen que, a cambio, se retransmitan en Rusia las emisiones de la TV de Ucrania. Y muchos habitantes de la Federación Rusa, donde viven millones de ucranianos, celebrarían la posibilidad de captar los programas de Kiev. Como también se alegrarían los televidentes de media Europa y una parte menor de Asia si pudieran ver en sus pequeñas pantallas las emisiones de la TV de Leningrado. Pero para ello se necesitan satélites artificiales. Tan sólo unos cuantos, en contraste con los miles que fueron puestos en órbita por nuestras instituciones militares y paramilitares.

En las estepas y desiertos de Kazajstán emiten sus programas, además de la cadena nacional con sede en Alma Ata, 21 estudios regionales.

En Rusia, el PCUS hizo todo lo posible por tener marginadas de la TV a las fuerzas democráticas. Estas tuvieron que batallar durante nueve meses, sembrados de promesas y engaños, antes de conseguir un espa-

cio relativamente pequeño en la programación. Pero algo es algo. ¡*Rusia ya está en Ostánkino!* Así se titulaba el artículo del semanario *Novoe Vremia* (núm. 21/91), en el que Tatiana Ivanova comentaba el acontecimiento:

Los escépticos deben reconocer humildemente que se equivocaban. ¿Qué decían ellos? Que se tendría que abrir una colecta pública y pedir que cada ciudadano aportara un rublo... Luego, con ese dinero y recurriendo al método del trabajo voluntario en «obras de todo el pueblo», construir una torre más alta que la de Ostánkino... Luego, recaudar nuevos fondos entre la población, otra vez a un rublo por persona, y cambiar esos rublos por divisas en el mercado negro... Llevar –clandestinamente– ese dinero al extranjero... Comprar allí los equipos necesarios y traerlos –también de contrabando– a Moscú... Invertir cinco años en los trabajos de montaje... Sólo entonces, cuando se reunieran todas esas circunstancias –una nueva torre y nuevos estudios debidamente equipados–, podríamos ver las emisiones de la TV de Rusia. Eso decían los escépticos, y debo confesar que yo estaba entre ellos. Nos equivocábamos.

TVR salió al aire mucho antes. ¡Se le ha permitido a Rusia utilizar la torre de Ostánkino! ¡La bondad y generosidad de los propietarios legítimos no tienen límite! Porque, fíjense bien, han cedido a Rusia hasta lo más valioso: tres franjas de dos horas en la programación. ¡Y qué bien elegidas, además! Las dos primeras franjas coinciden con las horas de trabajo. Es bien sabido que la gente, después de sortear en el colectivo los vales para la comida, no tiene nada que hacer en el trabajo. En adelante, podrá ver la televisión.

Las dos últimas horas nos las ofrecen hacia la medianoche. En vez de acostarse y ver pesadillas, mejor matar el tiempo, aprovechándolo, por ejemplo, para zurcir los calcetines, hasta que comience el programa de TVR.

Es simbólico también el día elegido para la inauguración de la TV de Rusia. Lunes 13... Un día memorable. Cuatro meses antes, día por día, el «Hombre con fusil»¹ se plantó a la entrada de la TV de Vilnius. Desde hace cuatro meses todos sabemos en este país que la televisión forma parte del patrimonio inalienable del Partido Comunista y que éste tiene derecho a matar a quien se atreva a penetrar en ese vedado. El pueblo de este país no entiende de derechos patrimoniales y, en Vilnius, quería apropiarse de la televisión. Hubo que recurrir a los tanques. En Moscú también, la gente se puso a reclamar. No se atrevió a marchar sobre Ostánkino, pero se concentró en la plaza Manézhnaya. «¡Es nuestra –gritaban miles y miles de personas–; fue construida con nuestro dinero! ¡Paso a Rusia –reclamaban–; Rusia también es un Estado! ¿Por qué Kirguizia tiene su propia televisión, y nosotros no?».

Por fin, nos la dieron. Pero...

Creo que los presentadores de TVR hacen mal en no explicar a los telespectadores por qué, con tanta frecuencia, las secuencias visuales no coinciden con el texto hablado, por

1. Alusión al título de una película soviética sobre los primeros días de la Revolución de Octubre.

qué recibimos en nuestras pequeñas pantallas imágenes borrosas, por qué se rompen las cintas, por qué ocurren tantos percances.

Deberían decir cada vez que, con excepción de un proyector de cine (un modelo destinado al uso de niños, con pilas flojas, y no hay dinero para comprar nuevas pilas a precio de mercado negro), la TV de Rusia no tiene por ahora ningún aparato. Comprendan ustedes, estimados televidentes, que todo lo demás pertenece de derecho a la TV Central, ha sido regalado, en virtud de un decreto presidencial, al camarada Krávchenko, a la Kravchenkovisión, por decirlo así... Ustedes, que son personas educadas, ¿tomarían lo ajeno? Claro que no. Nosotros tampoco. Tengamos paciencia. Este micrófono, por ejemplo, lo encontramos en la basura. Lo habían tirado por inservible. Lo hemos arreglado y ya ven: funciona. ¿Me oyen ustedes? ¿Sí? ¡Alabado sea Dios! Poco a poco iremos reuniendo dinero, construiremos nuestra torre, y todo cambiará a mejor. Por ahora, ¡paciencia!

Si los presentadores de TVR atendieran mi consejo, ello tendría gran efecto educativo. Sentados frente a la pequeña pantalla, los telespectadores aprenderían a querer aún más a Krávchenko, la TV Central, los derechos presidenciales, el patrimonio del PCUS y su carácter inalienable...

Aunque debemos anotar que en los corazones de nuestros televidentes arden ya sentimientos profundos. Muy profundos.

Respecto a los programas de TVR, no me pierdo ninguno. Los miro con alegría y no quiero buscar defectos. Tengo delante de la vista ese proyector de cine obsoleto y el micrófono recogido en la basura. ¿Qué sentido tiene hablar de defectos en tales circunstancias?

Novoe Vremia insertó el artículo de Tatiana Ivanova bajo la rúbrica de *Lógica femenina*. Era como decir: «no se lo tomen en serio, son ideas de mujer y no se le puede pedir peras al olmo. Ella puede cantar verdades que nosotros (el Consejo de Redacción) de todos modos no nos creemos». En efecto, en la URSS cuando alguien decía la verdad se le llamaba mentiroso, y siempre se ha tratado de hacer pasar por verdad cualquier mentira pronunciada desde la tribuna del Kremlin o publicada en el mal llamado *Pravda* (La Verdad).

Para que el lector pueda convencerse de que Tatiana Ivanova no recargaba las tintas, respaldaremos su testimonio con el de otro periodista de probidad comprobada. Me refiero a Mijaíl Poltoranin, ministro de Prensa e Información de Masas de la Federación Rusa, quien contó en *Golos* (núm. 17/91), publicación de la Unión de Periodistas de la URSS, algunas peripecias de la «batalla por la información»:

Cuando el presidente Gorbachov desposeyó a Rusia, al promulgar el Decreto por el que se constituía la Compañía Estatal de Radiotelevisión de la URSS, tuvimos que buscar soluciones para que la RTV independiente de Rusia pudiera salir al aire. Gracias al Presidente (bien dijo Krávchenko que cumpliría lo que él dispusiera), muchos habitantes de la Federación Rusa se ven privados de la posibilidad de escuchar su radio nacional, que se ha visto forzada a cambiar de frecuencia.

Dicho Decreto vulneró burdamente la Constitución de la URSS: puso en manos de Krávchenko lo que es patrimonio de Rusia y le otorgó funciones de organismo dirigente. En una reunión del Comité del Soviet Supremo de la URSS para asuntos de la transparencia informativa, los derechos y las solicitudes de ciudadanos, detallé –argumentadamente– los artículos de la Constitución que habían sido vulnerados por el Presidente. Desde el punto de vista jurídico, dicho decreto es inválido. El presidente juró fidelidad a la Constitución, pero la viola a cada paso y, además, se hace el ofendido por supuestas faltas de respeto a su persona.

Pues bien, buscamos una salida y la encontramos. La solución consistía en utilizar las frecuencias de radio reservadas a la Defensa Civil en previsión de una guerra eventual. Nos enteramos asimismo de que en un satélite de la TV Central se utilizaban sólo dos canales de transmisión, mientras que otros cinco eran aprovechados por los militares.

En previsión de una guerra, se ha construido y permanece inutilizado un centro de TV de reserva, con torre y todo, situado en los alrededores de Moscú, junto a la carretera de Noguinsk.

Es más, para el caso de que estallara una guerra, se han construido también imprentas móviles con buena dotación tecnológica. Estas capacidades están sin utilizar, al tiempo que muchos periódicos de Rusia no pueden salir por falta de imprentas. Hay que activar urgentemente esas tipografías de reserva, pero el poder central se comporta como el perro del hortelano, a pesar de la situación desastrosa con que nos enfrentamos hoy en el sector de artes gráficas. Este problema todavía está por resolver, pero mis colegas deben saber que existen capacidades disponibles.

Quiero contarles cómo se desarrollaron los acontecimientos en relación con la búsqueda de un canal de comunicación para Radio Rusia. El Consejo de Ministros de la Federación Rusa dispuso, con la firma de Siláev, que se utilizara el canal reservado a la Defensa Civil en el mencionado satélite. Era una resolución legítima, puesto que todas las líneas de comunicación de la Defensa Civil instaladas en el territorio de nuestra Federación pertenecen a Rusia.

Se iniciaron los preparativos para activar dicho canal.

¡La que se armó! Enseguida hubo quien corrió para informar a Yázov (sé de un general que estuvo entre los que corrían), Yázov dio parte a Gorbachov, e inmediatamente se promulgó un Decreto presidencial, marcado con el sello de «secreto», que derogaba la disposición del Consejo de Ministros de la URSS y nos prohibía terminantemente tornar posesión de dicho canal.

Conviene que mis colegas sepan quiénes impiden que Rusia y su pueblo dispongan de sus propios medios de información social. ¿Por qué tratan de impedirselo? La respuesta está clara: para poder seguir desinformando y dosificando, en consonancia con la ideología bolchevique, el nivel de difusión de la verdad sobre los acontecimientos que tienen lugar en nuestro país, determinando lo que conviene que el pueblo sepa y lo que no conviene.

Nuestro ministerio está creando la base material y técnica indispensable para el desarrollo de sus medios de información social. Y hemos puesto en órbita un satélite de comunicación, que nos ha costado 20 millones de rublos. Tenemos previsto lanzar en breve otros dos. Cuando logremos, por fin, que se emitan los programas de la TV de Rusia por *La segunda cadena*, estos satélites permitirán cubrir todo el territorio de nuestra Federación.

El otro canal del satélite lo utilizaremos para transmitir a las imprentas locales las «matrices» de los periódicos de ámbito nacional. De este modo llegarán el mismo día de su edición a los lectores de Siberia y el Lejano Oriente.

Pero los militares nos pidieron cuarenta millones por el segundo satélite del programa. Y repentinamente el Ministerio de Comunicaciones de la URSS hizo valer supuestos derechos de propiedad sobre esos ingenios espaciales. Resulta que ahora tenemos que pedirle permiso a ese organismo para utilizar el mencionado canal. Estoy seguro de que nos lo denegarán: seguirán obedeciendo al poder central y a Gorbachov.

Cuando reivindicamos los derechos de Rusia, nos amenazaron:

– Si os ponéis tercos, muchachos, entonces... Tened en cuenta que no es muy difícil... derribar un satélite...

En una palabra, nos dieron a entender: «No os paséis de la raya, muchachos; recordad que el poder está en manos de quien controla el ejército y los misiles. Os hemos dejado jugar un poco a la independencia, y basta. Porque ya es el colmo: ahora os ha dado por cantar verdades al Presidente».

Temo que esta amenaza sea real. La lucha de Rusia contra el poder central por el derecho de informar a la población se ha enconado. Más que una lucha, es ya una guerra. Rusia no dispone de divisas convertibles para crear la TV nacional. Los recursos con que contamos, debemos emplearlos en primer término para comprar medicamentos y víveres. En la situación actual sería inmoral invertir divisas en la compra de equipos para los estudios. Por eso en el reciente mitin propuse otra solución.

Si se organizara una colecta entre la población de Rusia, y los ciudadanos aportaran cada uno lo que pudiera, aunque sólo fuera medio gramo de oro, podríamos reunir el dinero necesario para comprar los equipos. El pueblo mismo puede crear una televisión *alternativa*.

En el mitin del 28 de marzo revelé que se nos había amenazado con derribar nuestro satélite de comunicación. Al día siguiente, se dijo en *Vremia* que Poltoranin trataba de desinformar a la gente. ¿Menudo bulo, verdad?

La prensa soviética tenía prohibido hacer cualquier alusión a la preponderancia del complejo militar-industrial en la economía nacional. Pero a partir de agosto de 1990, cuando, entrados ya en el quinto año de la *perestroika* y la *glásnost*, se suprimió la censura, nos enteramos de muchas cosas... Después de agosto de 1991 llovieron sobre nosotros nuevas revelaciones, pero aquella primera ola de denuncias dejó estupefacta a la mayoría de la población. Porque una cosa es lo que digan espías transfugas por las emisoras extranjeras, y otra lo que reconocen diputados al Soviet Supremo, ministros y periodistas acreditados.

El ministro Mijaíl Poltoranin capta siempre la atención del oyente o del lector. En su discurso se traslucen su talento y larga experiencia de publicista, así como el carácter de un hombre fuerte y apasionado.

El nuevo ministro de la Federación Rusa para Comunicaciones, *Informática* y Actividades Espaciales, Vladímir Bulgak, se muestra más ponderado en una entrevista concedida a *Rossiyskaya gazeta* (28.6.91). Su ministerio, recién constituido, cuenta ya con realizaciones apreciables. He aquí lo que dijo V. Bulgak al periodista Vladímir Fiódorov en vísperas de la puesta en órbita geoestacionaria del segundo satélite ruso de comunicación.

– El sistema de televisión instalado en el territorio de Rusia es el más grande del mundo: 620 potentes emisoras, más de 7.000 instalaciones para la recepción de señales de estaciones cósmicas, unas 9.000 unidades de retransmisión, más una agrupación de satélites que atienden cinco husos horarios. Sin embargo, no menos de tres millones de ciudadanos no tienen acceso a la TV. Aunque parezca extraño, todavía se encuentran fuera de la zona de recepción unas 20.000 poblaciones de la parte europea de Rusia. Para solventar este problema, en noviembre del año pasado se lanzó el primer satélite artificial de Rusia. Ahora, con el concurso de los órganos de administración local, estamos trabajando intensamente en el montaje de estaciones terrestres. El año que viene *toda* la población de la parte europea del país podrá ver las dos primeras cadenas de TV. Dentro de unos días pondremos en órbita nuestro segundo satélite artificial, y, a fines de año, el tercero. De este modo aseguraremos que el 97 % de la población de nuestra república pueda ver no sólo las emisiones de *La primera cadena*, de la TV de la URSS, sino también las de la TV de Rusia.

– Dos cadenas para una república tan grande, no es mucho.

– Hemos presentado al Consejo de Ministros un programa de desarrollo que contempla la puesta en servicio de un nuevo canal de ámbito nacional para finales de 1995. De modo que recomiendo a todos los que aún no han comprado adaptadores para la recepción de señales decimétricas, que lo hagan con tiempo.

– ¿Cómo se piensa cubrir los gastos relacionados con estos proyectos?

– Hasta los viejos modelos de satélites que lanzamos actualmente, permiten, valga la expresión, «hacer dinero». Cuando se ponga en pie la TV comercial y se despierten nuestros clientes potenciales, podremos cubrir fácilmente los gastos. Es una meta real. Hemos recibido unas cien propuestas relacionadas con la utilización del primer satélite. Cierto es que sólo hemos atendido treinta.

– Ninguna república había atentado hasta ahora contra el monopolio de Glavkosmos sobre las actividades espaciales. ¿Cómo lograron ustedes llevar a cabo el proyecto?

– Eramos los primeros clientes del interior del país que deseaban comprar un satélite. Fue construido en la Agrupación Industrial de Mecánica Aplicada de Krasnoyarsk. Compramos al ejército un cohete Protón, que se fabrica en serie y puede poner en órbita geoestacionaria ingenios con un peso de cinco toneladas. Es de subrayar que esta vez el

lanzamiento no corría a cargo del presupuesto de la URSS y, por tanto, suponía importante riesgo. Por eso tuvimos que concertar un seguro sobre todas las fases del lanzamiento, lo cual fue motivo de gran sorpresa para todas las compañías de seguros del país.

– ¿Cuánto costó la póliza?

– Recibimos ofertas del banco Vostok y de la compañía Ingosstraj de la URSS. Finalmente, concertamos el seguro con esta última porque fue la primera en presentarnos documentos internacionales relacionados con casos semejantes. Por el primer lanzamiento pagamos una póliza de 650.000 rublos, es decir, el 7 % del costo del proyecto. Ahora los precios han subido.

– ¿Y cómo lograron comprar el cohete, cómo reaccionaron los militares a su propuesta?

– Primero se extrañaron. Pero después se hicieron a la idea: al fin y al cabo, Rusia pagaba y corría con todos los riesgos.

– La Federación Rusa aporta 23.000 millones de rublos al presupuesto de la URSS, en particular para financiar las actividades de Glavkosmos. Resulta que ustedes compraron para los contribuyentes rusos lo que ellos ya habían pagado. Es decir, que pagaron el doble.

– Sí, pero en este caso apalabramos que el satélite sería utilizado de acuerdo con las decisiones del Gobierno de Rusia y sin que las demás instituciones pudieran oponer su veto.

– ¿Es decir que todo este proyecto se realizó en aras de la independencia?

– Sí. Esa fue la primera condición. Ahora tenemos, al menos, ciertos derechos. Digo «ciertos» porque ocupamos un punto en una órbita que, de acuerdo con el reparto mundial, pertenece a la URSS. La Unión Soviética tenía allí un satélite y había contraído ciertos compromisos con respecto a los servicios de comunicaciones de varios países. Ese satélite agotó sus recursos y dejó de funcionar. Ahora nuestro satélite atiende dichos compromisos, pero la parte fundamental de sus recursos se utiliza en interés de Rusia.

– ¿Se reduce a ello el sentido de la expresión «actividades espaciales» que figura en el nombre de su ministerio?

– En absoluto. Lo fundamental en este plano es el examen pericial de los diferentes programas espaciales de la URSS y la aportación de Rusia a los mismos. De este modo nuestro Gobierno dispondrá de datos que le permitirán determinar hasta qué punto y en qué cantidad conviene contribuir a cada programa concreto y al correspondiente renglón del presupuesto de la URSS. Otro aspecto de nuestra actividad es la utilización de los satélites en interés de Rusia. De todas las repúblicas federadas, somos la más interesada en esos sistemas. Sabido es que muchas repúblicas se niegan a contribuir con sus recursos al desarrollo de los programas de investigación y aprovechamiento del espacio.

Nuestro ministerio patrocina algunos programas y determina las vertientes de utilización de algunos satélites en interés de las diversas ramas de nuestra economía nacional. Mantenemos contactos con los directores generales de las oficinas de diseño de ingenios

espaciales y de las estaciones de seguimiento. No estará de más recordar que el satélite en sí es tan sólo un elemento del sistema. A cada rublo que se invierte en él, le corresponden diez rublos invertidos en las instalaciones terrestres.

Con todo, nuestra principal vertiente de actividad son los sistemas espaciales de comunicación. Todos los *sputniks* sirven —en mayor o menor grado— como unidades integradas en los sistemas de comunicación. En un futuro próximo pondremos en marcha, en base a los principios de actividad comercial, servicios de filmación espacial para atender a las necesidades de la agricultura, la geología, la cartografía y la ecología. Dicho en otras palabras, es como si abriéramos una tienda a la que puedan dirigirse los directivos de empresas y encargar servicios de filmación, tomografía computarizada o *monitoring*.

— Los satélites cuestan mucho dinero. De ahí que en la práctica mundial se hayan desarrollado diferentes formas de copropiedad. En una de las corporaciones transnacionales participan empresas de 150 países. La mayor parte de los beneficios corresponde a EE.UU. ¿No sería lógico que Rusia se incorporara a estas formas de cooperación?

— La Unión Soviética es ya uno de los miembros de la organización internacional Intersputnik, que presta servicios a 27 países. Hemos emprendido gestiones para ingresar en este organismo, puesto que Rusia posee ahora ingenios espaciales. En la actualidad, el Gobierno de la URSS se propone ingresar en Intelsat, el mayor organismo internacional de sistemas espaciales. Anotemos que las compañías occidentales se niegan a asegurar algunos satélites soviéticos, porque estos no cumplen ciertos requisitos internacionales. Por eso hemos entrado en contacto con empresas canadienses que manifestaron el deseo de participar en el diseño, fabricación y explotación de satélites artificiales.

— ¿No es hora ya de pensar en los rusos que viven más allá de las fronteras de nuestra Federación? Veinte millones de personas es una cifra apreciable.

— Ya estamos pensando en ellos. A petición de Kazajstán, el satélite que vamos a lanzar dentro de unos días cubrirá también el territorio de esa república. Es más, invitamos a todas las repúblicas federadas a participar en nuestros programas. Algunas se han mostrado interesadas. En el programa de los satélites Gals hemos previsto la utilización de algunos canales por diferentes repúblicas federadas y para la retransmisión multizonal en Rusia, que está programada para 1994. Por ejemplo, Bashkiria está dispuesta a invertir dinero en la construcción de una estación de retransmisión activa en Ufá. Esto nos permitirá desarrollar la programación nacional en la zona de los Urales y las regiones aledañas.

— En este campo entran ustedes en competencia con el Glavkosmos.

Sí, hay competencia. Pero Rusia, en definitiva, obtiene lo que le corresponde de derecho. Es verdad que el poder central y sus organismos tratan de mantenerlo todo bajo su control y monopolizar la representación en el ámbito internacional. Sostenemos un diálogo muy difícil, en el que se trata a veces de dictarnos condiciones. Pero ha habido avances notables. Hemos obtenido puntos en órbitas asignadas a la URSS, para colocar tres satélites. Ya hemos llegado a un acuerdo en cuanto al lanzamiento de otros dos inge-

nios. Es decir, que a pesar de la existencia de dos sistemas –el de la URSS y el de Rusia–, el nuestro tiende a ocupar un digno lugar en las órbitas espaciales.

En este mismo tema abunda otra entrevista concedida por el ministro de Comunicaciones de la Federación Rusa, esta vez a Yuri Beliavski, del periódico *Rossia* (3.8.91):

– Aclaremos de entrada una cuestión: ¿a quién pertenecen los medios de comunicación instalados en territorio de Rusia, a la república o a la Unión Soviética?

– En lo fundamental, a la república. Para ser más exactos, digamos que el 75 % nos pertenece a nosotros y el 25 %, a la Unión Soviética. De un total de un millón de trabajadores ocupados en los servicios de comunicación, 900.000 están en las plantillas del sistema del Ministerio de Comunicaciones de la Federación Rusa, y sólo 100.000 trabajan en las estructuras del correspondiente ministerio de la URSS.

– ¿Cómo se desarrollan sus relaciones con el ministerio de la Unión?

– Son bastante complejas. Todo ministerio es un organismo de administración, y en la situación actual, al Ministerio de Comunicaciones de la URSS le queda bien poco que administrar. Mi opinión es que dicho ministerio no tiene por qué ser propietario de ningún medio de comunicación. Las repúblicas deben delegar en él ciertas funciones (por ejemplo, en el ámbito de coordinación de las políticas tecnológicas y los trabajos de investigación y desarrollo) y pagarle esos servicios. Dicho organismo de la Unión, llámese ministerio, comité o, por ejemplo, asociación, debe limitarse al ejercicio de funciones coordinadoras y metodológicas.

Veamos un ejemplo concreto. En el territorio de Rusia, el ministerio de la URSS sigue siendo propietario de los principales cables y líneas troncales de comunicación. El argumento fundamental con que se pretende justificar esta situación, es el siguiente: estos sistemas son utilizados por el ejército, y puesto que se trata de las Fuerzas Armadas de *toda* la URSS, esos medios de comunicación deben pertenecer al ministerio de la Unión. En parte, es cierto, aunque no entiendo por qué no se podría confiar a Rusia la administración de esas líneas. Pero admitamos que nuestros opositores tengan razón. El ejército utiliza sólo parcialmente la capacidad de esos potentes sistemas. Y resulta mucho más difícil explicar por qué los beneficios de actividades comerciales relacionadas con el empleo de esos canales de comunicación deben ir a parar al bolsillo de la Unión, y no al de la Federación Rusa. Por lo visto, hay que tener en cuenta otra circunstancia: al conservar este patrimonio, el gobierno central tiene la posibilidad, en caso necesario, de cortar los canales de TV que cubren un 70 % del territorio de nuestra Federación.

– ¿Tal vez sea ésta la causa fundamental?

– Es, probablemente, uno de los motivos. Por otra parte, las 312 emisoras de TV y 7.000 estaciones receptoras instaladas en el territorio de Rusia pertenecen a nuestro ministerio. De este modo, en el campo de la TV, cabe hablar de cierta paridad entre Rusia y la Unión. De todos modos, creo que el motivo principal es el deseo del ministerio de la Unión de conservar su condición de organismo administrativo. Otro factor

que incide en el problema es nuestra propia falta de organización política. En el Primer Congreso de los Diputados Populares de la Federación Rusa, al adoptar la Declaración de la Soberanía, por descuido de algún miembro de la comisión de redacción, se incluyó la administración del sistema de comunicaciones en la esfera de competencia del Gobierno Central. Luego, en el Soviet Supremo se dieron cuenta y quisieron corregir ese error. Pero las decisiones del Congreso sólo pueden ser anuladas por el propio Congreso. Desde entonces se han celebrado cuatro períodos de sesiones del Congreso, y en ninguno de ellos la secretaría encontró la posibilidad de incluir esa cuestión en el orden del día.

El 23 de octubre de 1991 se colocó en órbita geostacionaria el tercer *sputnik* de la serie Gorizont comprado por el Ministerio de Comunicaciones de Rusia al de Defensa de la URSS. Rusia tuvo que pagar 7 millones de rublos por cada Gorizont, más otros 10 millones por cada lanzamiento efectuado por medio de un cohete portador del tipo Protón. Dato curioso, el Gobierno de Yeltsin es, hoy por hoy, el único de la CEI que posee títulos de propiedad —debidamente formalizados— sobre ingenios emplazados en el espacio.

Entre tanto, siguen girando alrededor de la Tierra centenares de satélites artificiales soviéticos de los que nadie sabe a quién pertenecen. Otro tanto cabe decir respecto a las instalaciones terrestres: cosmodromos, centros de mando y seguimiento, puestos de medición. Esta situación puede tener graves consecuencias, particularmente en medio de un proceso incontrolado de privatización que se desarrolla en *toda* la extensión de la ex Unión Soviética. Ya han aparecido muchos aspirantes al «patrimonio cósmico».

Este es el tema de un artículo publicado por el semanario *Megapolis Express* (31.10.91).

«El proceso de privatización en el espacio es un fenómeno absolutamente nuevo para nosotros», confiesa Yuri Semiónov, constructor general de la Agrupación Energuia, la más famosa empresa soviética de la industria aeroespacial. Pero todo indica que Energuia se ha lanzado de lleno por ese camino. En septiembre de 1991, las principales agencias mundiales de información difundieron una noticia sensacional. Los soviéticos vendían a EE.UU. su complejo orbital Mir, por una suma a concertar entre 600 y 800 millones de dólares. Se informó también que en Nueva York se encontraban representantes de Energuia y eran ellos quienes estaban negociando el contrato. Pero la divulgación de la noticia les impidió llevar el asunto hasta el fin, obligándoles a cancelar las conversaciones sobre la venta o arriendo del complejo Mir. Por una simple razón: la estación orbital no pertenece a la empresa de Semiónov.

Sin embargo, lo que no pudo llevar a cabo una empresa, lo ha logrado una república soberana de la antigua Unión. Kazajstán se ha proclamado potencia espacial y ha hecho valer sus derechos de propiedad sobre el principal cosmodromo soviético, el de Baikonur, que está siendo inspeccionado por delegados oficiales de este nuevo Estado soberano.

El caso es que Kazajstán, aunque lleve a efecto la nacionalización de las instalaciones de lanzamiento de Baikonur, no podrá lanzar nada: esta república carece de empresas astronáuticas. En cambio, Ucrania, que está colocando bajo su jurisdicción las empresas productoras de los cohetes Zenit y Tsiklón, tendrá misiles portadores de sobra, pero no dispondrá de ningún cosmodromo para utilizarlos... Lógicamente, cabe esperar que el siguiente paso sea el reparto de los aparatos que se encuentran ya en el espacio: éste para Georgia, éste otro para Yakutia, estos dos para Moldavia, la estación orbital para Uzbekistán, etc... Y aunque parezca una escena absurda, no faltarán argumentos para justificar la distribución. En efecto, todas las repúblicas de la antigua Unión Soviética contribuyeron —en mayor o menor grado— al presupuesto de las actividades espaciales.

Pero lo más curioso del caso es que existe un propietario y dueño único de todo el sistema soviético relacionado con las actividades espaciales. Y siempre lo hubo. Verdad es que hasta hace poco se prohibía terminantemente hablar de él. En voz alta, preferíamos hablar de los éxitos de la cosmonáutica civil. Sin embargo, todos los programas soviéticos de exploración y aprovechamiento del espacio eran llevados a cabo por las llamadas unidades cósmicas del Ministerio de Defensa de la URSS, que desempeñaban en la URSS el mismo papel que la NASA en EE.UU. Con la única diferencia de que los empleados del centro soviético de investigaciones espaciales llevaban galones, mientras que sus colegas norteamericanos no formaban parte del ejército...

«Las unidades cósmicas tienen por misión asegurar el lanzamiento y funcionamiento en órbita de los ingenios espaciales de destino científico, económico y militar, las sondas automáticas interplanetarias, las naves tripuladas y las estaciones orbitales. Forman parte de las mismas los cosmodromos de Baikonur y Plesetsk con sus respectivas subdivisiones de ensayo y preparación de los aparatos cósmicos para su lanzamiento, el complejo central de mando y seguimiento del Ministerio de Defensa...». Estas cuantas líneas constituían hasta hace poco un importante secreto de Estado. Un secreto que puede ser causa ahora del colapso del programa espacial soviético. O de su reparto en pequeños «compartimientos soberanos». Lo cual, en el fondo, viene a ser lo mismo...

La cosmonáutica militar

Frente a la enérgica ofensiva de los dirigentes políticos de la Rusia democrática —Borís Yeltsin, Mijaíl Poltoranin, Vladímir Bulgak—, el complejo militar-industrial, representado por los antaño poderosos ministerios de Defensa y de varias ramas industriales, el CC del PCUS y el KGB, decidieron tomar la iniciativa en sus manos y... vender todo el patrimonio de la industria espacial (que no les pertenecía a ellos, sino al pueblo) a firmas occidentales o crear una red de empresas mixtas con participación de Occidente. Con tal de ganarle por la mano a Yeltsin, el Kremlin estaba dispuesto a rebajar los precios hasta ponerlos por el suelo. ¡Mejor regalárselo a los alemanes o norteamericanos que entregarlo a los demócratas domésticos! Esta idea se lee entre líneas en un artículo publicado el 1 de abril de 1991 por el neoyorquino *Nóvoye Rússkoye Slovo*, un periódico-

co poco propenso a gastar bromas incluso en un día que, según nuestras tradiciones, se presta mucho a las inocentadas:

Washington, 31 de marzo. Bob Davis, corresponsal de *Wall Street Journal*, comunica que la Unión Soviética está dando pasos para interesar a los norteamericanos en un nuevo proyecto espacial: el lanzamiento de cuatro grandes satélites de telecomunicaciones, capaces de cubrir un vasto territorio que abarcaría la URSS y otros países.

Alexander Dunáev, presidente de Glavkosmos de la URSS, entidad de comercio exterior para la cooperación en el espacio cósmico, se entrevistó en Washington con representantes de la NASA. El emisario soviético les informó de que, a partir de 1994, la Unión Soviética se proponía lanzar por medio del potente cohete portador Energía cuatro satélites de 18 toneladas cada uno. Si se lleva a cabo este proyecto, se colocarán en órbita circunterrestre, a una altura de 40.000 km sobre la Tierra, satélites artificiales cada uno de los cuales tendrá un peso cinco veces superior, como mínimo, al de cualquiera de los que giran actualmente alrededor de nuestro planeta.

Dunáev comunicó, además, que su entidad se proponía poner próximamente a la venta fotografías de la Tierra tomadas por el satélite Almaz, que fue lanzado la semana pasada. El procedimiento fotográfico se basa en una tecnología radar: las ondas ultracortas generadas en el cosmos son capaces de «ver» el planeta incluso de noche y a través de nubes espesas. Como se sabe, este tipo de fotografías tomadas desde el espacio es el más valioso para las actividades de reconocimiento militar. Durante la guerra del Golfo, los norteamericanos emplearon activamente los aparatos espaciales de reconocimiento por medio de ondas de radar para reunir datos sobre los desplazamientos de tropas irakíes.

En una entrevista concedida a *Wall Street Journal* al término de dos semanas de negociaciones con los norteamericanos, Dunáev, al abordar el tema de los planes a largo plazo de Glavkosmos, dijo que esta entidad se esforzará por contribuir a la expansión de la industria espacial soviética y, simultáneamente, desarrollar los vínculos de cooperación con socios norteamericanos.

Casi nadie duda de que el objetivo fundamental de Glavkosmos, objetivo al que no hizo referencia el representante soviético, consiste en ganar más divisas convertibles, ampliando la presencia soviética en el mercado mundial de servicios espaciales. El empeño de Glavkosmos por conseguir divisas en Occidente es tan evidente que los especialistas no descartan la posibilidad de ofertas comerciales hasta hace poco inconcebibles, como la venta de un modelo —en tamaño real— de la estación cósmica Mir, al término de la exposición internacional de la industria aeroespacial que tendrá lugar en París el próximo mes de junio.

Los especialistas conceptúan de audaz, si no desesperado, el programa de despliegue en el cosmos de un gigantesco sistema de satélites para la transmisión directa de programas televisivos. Según explicaron Dunáev y sus ayudantes, cada uno de esos satélites tendrá dimensiones y capacidad suficientes para combinar en sí las funciones de retransmisión de señales de TV, teléfonos y otros tipos de telecomunicaciones. El representante soviético reconoció que en el nuevo proyecto participan empresas ale-

manas, las cuales accedieron no sólo a financiarlo sino también a colaborar en el diseño y construcción de los satélites.

Según la idea inicial de Glavkosmos, tres satélites del nuevo sistema servirán para la transmisión de programas televisivos a la mayor parte del territorio soviético, mientras que el cuarto atenderá las necesidades de otros países. Las señales de los satélites podrán ser captadas por antenas parabólicas de medio metro de diámetro.

Dunáev señaló que Alemania se mostraba interesada por el proyecto y agregó que Glavkosmos se alegraría si EE.UU. se sumaba también al mismo.

Entre los organizadores y participantes del encuentro con los representantes de la entidad soviética figuraba uno de los principales especialistas norteamericanos en tecnología espacial, Edward Croly, del Instituto Tecnológico de Massachusetts. Croly estima que los soviéticos están en condiciones de construir y poner en órbita potentes ingenios cósmicos de gran tamaño, pero difícilmente podrán pasarse sin la cooperación norteamericana en materia de dispositivos electrónicos funcionales del nuevo sistema de telecomunicaciones en el cosmos y en tierra. Es más, la Unión Soviética, con su red de comunicaciones tremendamente atrasada, necesitará el concurso occidental para modernizar sus equipos terrestres de recepción.

Croly previno asimismo que el proyecto soviético de despliegue de un gigantesco sistema de telecomunicaciones en el espacio podía resultar mucho menos económico que el desarrollo de la infraestructura terrestre con funciones análogas.

Además de las unidades cósmicas del Ministerio de Defensa, tenemos ahora un servicio de prensa de las mismas. Su jefe, Alexéi Radiónov confirmó recientemente en *Nezavisimaya gazeta* (17.9.91) la opinión expresada por Edward Croly, a saber: que la calidad de nuestras tecnologías espaciales deja mucho que desear:

En el contexto de la desintegración de la URSS, la cosmonáutica se encuentra en trance de agonía. Al propugnar la reducción de los programas de exploración y aprovechamiento del espacio cósmico, nuestros parlamentarios, que esperan poder entrar en el Mercado Común, no caen en la cuenta de que disponemos tan sólo de unos quince satélites de comunicación, mientras que EE.UU. tiene sesenta, de nivel tecnológico mucho más alto. Nuestro Horizont puede atender poco más de 3.000 comunicaciones telefónicas y su «vida en órbita» dura apenas tres años, mientras que el norteamericano Intelsat, tiene capacidad para 120.000 llamadas y un período de vida activa de 10 a 12 años. Con la puesta en marcha de la conversión se han efectuado recortes injustificados de los programas espaciales. La reorientación a la producción de bicicletas y cacerolas hace que los obreros cualificados se pasen a las cooperativas. La reconversión de nuestras empresas no ha logrado saturar el mercado de artículos de uso y consumo, y se ha traducido en una menor fiabilidad de la producción destinada a ingenios espaciales. En los países civilizados, la cosmonáutica es una industria rentable; nosotros terminamos cada año con un balance negativo.

Radiónov resume en esas líneas casi todos los argumentos de nuestros militares. Siguiendo esta lógica se puede llegar a la conclusión de que, puesto que nuestros tanques han dado mal resultado en Irak, conviene acrecentar los gastos militares. ¿Quién le explicará a Radiónov y a sus jefes que un pueblo sin bicicletas ni cacerolas, que pasa hambre y anda vestido con andrajos, no puede rivalizar en los dominios de la cosmonáutica con EE.UU., Japón y Alemania? A los militares no les gusta que se les expliquen estas cosas. El especialista que trabajaba a las órdenes del Ministerio de Defensa sabe que en esta sociedad socialista, aunque él ponga en marcha la producción en grandes series de las mejores cacerolas del mundo, no obtendrá ningún beneficio personal, mientras que el lanzamiento de turno de un satélite militar fabricado en serie le garantiza el otorgamiento de una condecoración, la opción a una vivienda más espaciosa, la obtención de un título científico sin tener que defender ninguna tesis y una prima equiparable a su salario anual.

Según datos de fuente extranjera, citados por el semanario moscovita *Nachalo* (núm. 13/91), la URSS destina a las actividades espaciales el 1,5 % del producto nacional bruto; Estados Unidos, el 1 %. En la URSS más de 600.000 personas están ocupadas en la cosmonáutica; en EE.UU., aproximadamente 250.000.

En la cosmonáutica soviética —dice más adelante el autor del artículo en *Nachalo*, V. Póstishev— se hallan concentrados los intereses de 9 grandes ministerios y organismos de gobierno (tras la reciente reorganización, siete). Más de mil direcciones generales y subdivisiones de ministerios, instituciones de investigación científica y empresas participan en las actividades espaciales. Todas están acostumbradas a fijar ellas mismas los precios y a trabajar sin el debido control del Estado y, menos aún, de la sociedad. Los órganos de coordinación existentes (por ejemplo, el Consejo Científico-Técnico Interdepartamental para las Investigaciones Espaciales de la Academia de Ciencias de la URSS) son inoperantes ya que tienen un carácter meramente representativo y carecen de facultades serias.

En rigor, esta forma de dirección no merece el nombre de sistema. Se entrelazan en ella de manera inconcebible elementos de dispersión y de monopolismo en cada mínimo sector de la cosmonáutica. Militares y civiles, científicos e industriales se disputan cada pedazo del pastel presupuestario. Este horrible híbrido de localismo y monopolismo en la dirección de la cosmonáutica soviética se traduce en terribles y agobiantes costos económicos, políticos y morales.

Veamos un ejemplo ilustrativo. Hace 20 años surgió la idea de comerciar con los servicios de lanzamientos de ingenios espaciales, al objeto de obtener divisas convertibles. La idea fue rechazada so pretexto de que ponía en peligro los secretos de Estado. Pero las reservas de moneda fuerte se fueron agotando y en 1985 la URSS trató, por fin, de salir al mercado internacional de servicios espaciales. Sin embargo, ya habíamos perdido mucho tiempo y desaprovechando momentos de coyuntura favorable. En los años 70 habría-

mos podido monopolizar esa vertiente de actividades. Ahora EE.UU., Francia, China y la India disponen de cohetes muy económicos y nos resulta difícil competir con ellos.

Antes aún, se había lanzado el proyecto del sistema global Intelsat de comunicación vía satélite. La URSS decidió instituir un organismo paralelo, Intersputnik. En definitiva, Intelsat reunió más de 120 países, e Intersputnik, sólo 14. Las ganancias anuales de Intelsat superan los 250 millones de dólares; por lo que es de Intersputnik, hasta ahora no se han publicajdo datos sobre los resultados económicos del programa. La URSS ingresó hace poco en Intelsat. Tras la liquidación del Consejo de Ayuda Mutua Económica, el futuro de Intersputnik es una incógnita.

Durante tres lustros nos hemos opuesto a la libre propagación de las fotografías tomadas desde satélites. Perdimos de vista la tendencia a comercializar esta aplicación de la cosmonáutica. Ahora la empresa francesa Spotimage obtiene anualmente más de 30 millones de dólares vendiendo los datos de sondeos geológicos efectuados desde el cosmos. Nosotros no tenemos aparatos adecuados para captar la información transmitida desde el satélite, ni cinta magnética para grabaciones de alta densidad, ni personal apto para el tratamiento inmediato de los datos obtenidos.

En 1972, la URSS fue la primera en poner en servicio un sistema de TV vía satélite. Pero sólo ahora se empiezan a vender al público antenas receptoras. ¿Por qué? Por la simple razón de que hasta hace dos años se mantuvo vigente una disposición secreta que prohibía la recepción directa de programas de TV emitidos por otros países. ¿A quién vamos a culpar ahora del atraso acumulado en *toda* una área de la industria espacial, que ha revelado ser una de las más rentables a escala mundial? Los sistemas de comunicación telefónica vía satélite resultan unas cinco o seis veces más baratos que los de transmisión por cable. Y en este país que posee actualmente una buena decena de satélites funcionando en órbita, es imposible llamar por teléfono de Moscú a Leningrado. Por cierto que ahora se prevé invertir ingentes sumas en el desarrollo de las telecomunicaciones, cuando existen satélites de comunicación integrados en el sistema del Ministerio de Defensa, cuya capacidad se utiliza sólo en un cinco por ciento.

Se ha hablado mucho de la generosidad con que contribuimos a los vuelos de cosmonautas de los antiguos países socialistas o en vías de desarrollo. Según ciertas fuentes, la URSS asumió hasta el 95 % del total de gastos relacionados con el programa Intercosmos. A título de comparación, señalemos que los programas de cooperación de la NASA son financiados en un 70 % o una proporción mayor aún por los participantes extranjeros.

«Más vale menos, pero mejor», dijo Lenin. Pero nuestros dirigentes militares asimilaron mal hasta las enseñanzas de nuestro «guía». Ellos fueron quienes planearon, instalaron y desarrollaron, a cuenta de los contribuyentes, todos esos sistemas inoperantes.

Georgui Kuznetsov: «sí, queremos tener 20 canales de TV»

V. A. Shamshin dirigió en un pasado reciente el Ministerio de Comunicaciones de la URSS (una institución subordinada de hecho al Minis-

terio de Defensa y al CC del PCUS) y ahora suele escribir artículos en revistas científicas en los que defiende proyectos de desarrollo de la infraestructura de la TV. Es un hombre que habla con conocimiento de causa, por lo cual merece nuestra atención un artículo publicado en *Elektrosviáz* (núm. 5/91):

Las emisiones de TV cubren actualmente un territorio en el que reside el 98 % de la población, pero sólo la mitad puede ver tres programas o más. De todos modos, para alcanzar estos resultados tuvimos que construir 600 potentes estaciones de TV y más de diez mil repetidores de pequeña potencia, uniéndolos con los centros de televisión por canales de transmisión hertziana (líneas de radiorrelé) o vía satélite. La longitud de estos canales, en la parte transmitida por radiorrelé supera 500.000 kilómetros; la de las líneas de transmisión por satélites integrados en los sistemas Órbita, Ekrán y Moskvá es todavía mayor. En conjunto, estos medios permiten la difusión de dos programas de la TV Central y uno de ámbito republicano (Federación Rusa) en, prácticamente, todo el territorio del país, teniendo en cuenta la existencia de cinco husos horarios de emisión, así como programas de ámbito republicano y regional dentro de las fronteras correspondientes, más el intercambio de espacios en escala de *toda* la Unión o entre determinadas ciudades. El sistema de distribución de los programas de TV está integrado en la red automática única de comunicación de la URSS. La experiencia indica que para la transmisión de programas a distancias comprendidas entre 1.500 y 2.000 km es preferible el uso de líneas de radiorrelé; para distancias mayores conviene emplear satélites.

En este sistema se han invertido más de 10.000 millones de rublos, pero esta suma representa tan sólo una décima parte del dinero gastado por la población para comprar televisores. Este hecho determina cierto «conservadurismo» en el enfoque de los problemas relacionados con el perfeccionamiento de los sistemas de TV y se tuvo en cuenta, en particular, al pasar del blanco y negro a la TV en color. En todos los países se eligieron sistemas compatibles –NTSC, PAL o SECAM–, que permitían prolongar la vida de los televisores de la generación anterior.

Recordemos que en nuestro país las emisiones de televisión en color se iniciaron hace un cuarto de siglo, y abarcan *toda* la zona de transmisión. Sin embargo, a estas alturas, menos de la mitad de los televisores de que dispone la población pueden reproducir imágenes en color. Esta «inercia» se explica no sólo por la duración de vida de los televisores, cuyo promedio supera los diez años, sino también por la relación existente entre el precio de mercado de los televisores de color y el salario medio de los trabajadores. Este factor seguirá influyendo en cuanto al perfeccionamiento del sistema de TV y deberá ser tomado en consideración al elegir entre las diversas tecnologías de alta definición.

V. Shamshin pinta perspectivas halagüeñas. Promete que «en los próximos diez años el 90 % de la población de la URSS podrá captar por tres cadenas los programas emitidos desde Moscú. Se construirán unos 8.000 nuevos retransmisores». Con ayuda de las redes de TV por cable,

en algunas ciudades el número de canales en servicio aumentará hasta 10 e incluso 20. Pero, se queja Shamshin, todo esto cuesta mucho dinero, sobre todo si se trata de la recepción de los programas de emisoras extranjeras por antenas parabólicas.

Georgui Kuznetsov, jefe de la cátedra de Televisión y Radiodifusión de la Facultad de Periodismo de la Universidad de Moscú y uno de los presentadores más populares del espacio televisivo Buenas (ar-des, Moscú (popularidad que le ganó la antipatía de la dirección de Gostelerradio de la URSS y motivó su despido), comentó en cierta ocasión que los jefes de la TV y los líderes del PCUS entienden de modo muy peculiar el concepto de pluralismo. El modelo que más les gustaría sería el siguiente: el locutor Igor Kirílov leyendo *Pravda* por *La primera cadena*, mientras la locutora Aza Lijítchenko leyera *Sovétskaya Rossía* por la segunda. ¡El televidente podría contrastar opiniones y elegir! G. Kuznetsov y un *Equipo* de profesores de la Universidad de Moscú decidieron explorar las perspectivas de la TV en la URSS y en parte abordaron este problema en *Zhurnalíst* (núm. 7/91), en un artículo que lleva un título muy largo: *¿Veinte cadenas de TV? ¿Para qué? ¿Tantas cadenas más como las de ahora?, se estremecerán algunos televidentes. Pero, quizá, esto nos ayude a tener una TV distinta de la de ahora. Así pues,...*

Los especialistas técnicos del antiguo Gostelerradio discutían ese día el plan de desarrollo de la televisión presentado por un *Equipo* de profesores de periodismo de la Universidad de Moscú. Elogiaban el trabajo realizado en el plano de estudio de la experiencia mundial, el análisis de las opiniones de diferentes personalidades sociales. Pero en un momento dado, todos los que intervinieron en la discusión venían a decir lo mismo: «Lo único que no convence es la idea de poner en servicio para *toda* la URSS 18 ó 20 canales, de aquí al año 2015. Es un proyecto inviable». Y quienes determinaban la estrategia técnica de nuestra TV aducían múltiples argumentos para explicar por qué rechazaban esa idea concebida en las mentes de «teóricos un tanto despegados de la realidad».

En primer lugar, por falta de recursos financieros. El Gobierno no tiene dinero. Las demás fuentes de financiación son inadmisibles. «Nuestra TV no debe ser venal». En segundo lugar, no hay ni habrá posibilidades técnicas. Tres canales para el país, eso es lo real. Lo demás está reservado a los militares y los servicios especiales. Y en tercer lugar, no tiene sentido desarrollar tantas cadenas: faltarán programas para llenarlas.

De todos modos, a petición de los dirigentes de Gostelerradio, la Facultad de Periodismo preparó un breve resumen en que los autores se esforzaban por demostrar que el tener 20 cadenas no era un proyecto orientado a las necesidades de pasado mañana, sino a las de hoy mismo.

Nos vino como anillo al dedo una idea expresada por el jefe de los servicios técnicos de la TV hace cosa de quince años, al ser entrevistado por un periodista de *Zhurnalíst*. En aquel entonces, el vicepresidente de Gostelerradio, G. Juskevics, Premio de Estado de la

URSS y Personalidad Emérita de la Técnica de la RSS de Lituania, dijo:

«Desgraciadamente, durante mucho tiempo se ha mantenido una situación en que los ingenieros podían decir a nuestros redactores y directores: estas son nuestras posibilidades técnicas, hagan el favor de no desbordar el marco de lo posible. Yo soy materialista, pero de todos modos pienso que lo primero debe ser la idea, el pedido social: hay que hacer esto y esto. Y la técnica debe movilizarse para cumplir la tarea planteada. He pedido a los especialistas de programación que den rienda suelta a su fantasía, que nos digan lo que necesitan. Ya nos encargaremos nosotros de resolver los problemas técnicos.

– ¿No le pidieron que organizara veinte cadenas? –preguntó el periodista...».

Señalemos que la idea de las veinte cadenas de TV no debe de ser muy novedosa, si ya se hablaba de ello en 1975 en las páginas de *Zhurnalists*. Antes aún, en 1965, se celebró la primera (y última) conferencia sobre los principios de programación. En aquella ocasión el teórico R. Boretski también pidió más de lo que podían brindar los estudios de Ostánkino todavía en obras.

En nuestras ciudades de provincia y aldeas apartadas de las grandes aglomeraciones urbanas hay todavía mucha gente que se da por satisfecha con tener una cadena y poder ver Moscú, el Kremlin. Y, además, considera que esto es una muestra de desvelo paternal por parte del Gobierno. Pero hay también telespectadores que comienzan a reflexionar al encontrarse, pongamos por caso, con los datos del anuario *Informática en EE. UU.* En una pequeña ciudad de la región de Boston el telespectador paga 2 dólares al mes por tener acceso a los 29 canales principales ó 12,5 dólares por 46 canales. Hay más cadenas aún, por las que también hay que pagar 12,5 dólares, lo cual, sea dicho de paso, corresponde a lo que gana un obrero en una hora y media de trabajo. ¿Quizá nos convendría que el desvelo gratuito del Estado se limitara –aun en perspectiva– a tres cadenas, y por las demás ya pagaremos nosotros?

Los equipos instalados en la teletorre de Ostánkino posibilitaron, a finales de 1990, que se captaran informativos de la Cable News Network (CNN) en las casas de todos los moscovitas. Al principio, este canal se distribuía, con fines publicitarios, sin restricción alguna (o sea, no estaba codificado). Para 1992 se tenía previsto pasar a las emisiones con traducción simultánea al ruso y mediante el pago de un abono. En Ostánkino ya se montaron dos antenas especiales para la captación de los programas de CNN.

La cadena norteamericana de noticias CNN se convirtió en un elemento inalienable de la vida moscovita y no sólo porque los presentadores de sus informativos aparecen en la Plaza Roja, frente a las murallas de Kremlin y al mausoleo de Lenin. El semanario *Literatúrnyaya gazeta* (25.7.90) anunció un concurso a la mejor obra artística, convocado por CNN. En los 30 años próximos a los ganadores del certamen se les adjudicará anualmente el premio Turner. La temática de las obras debe abordar los problemas de la supervivencia de la humanidad y los progresos de la civilización humana. Se concederán varios premios a los autores de

distintos países que ofrezcan fórmulas eficaces de solución de los problemas globales. El primer premio está dotado de 500.000 dólares (más que el Premio Nobel) y otros cuatro, de 50.000 dólares cada uno. El periódico *Sovétskaya kultura* (21.11.89) publicó una entrevista que se titulaba: *CNN llega a Moscú*:

El periodista norteamericano Stuart Loory, quien trabajó muchos años en los principales tabloides de Nueva York, Los Angeles y Chicago, se incorporó a la CNN en 1980, como director de la oficina de Washington. En 1983, Loory inauguró la corresponsalía de Cable News Network en Moscú, donde trabajó tres años y medio. El 17 de noviembre de 1989, ese periodista firmó en la capital soviética un convenio entre la corporación TBS, a la cual pertenece la CNN, y el Gostelerradio de la URSS. De acuerdo con dicho documento, la CNN estaba autorizada a extender sus servicios a los abonados soviéticos.

Nos entrevistamos con Stuart Loory al día siguiente después de la firma del convenio.

– La cadena TBS, igual que su filial, la CNN, mantienen estrechas y antiguas relaciones con la URSS. Sabemos que se están desarrollando numerosos proyectos conjuntos. ¿Podría mencionar algunos?

– Por supuesto. El proyecto más importante, cuyos preparativos están ahora en plena marcha, es la celebración de los Juegos de Buena Voluntad, que en julio y agosto próximos tendrán lugar en Seattle (Washington). Próximamente, pensamos completar las negociaciones sobre los futuros convenios entre la TBS, Gostelerradio y Goskomsport, en lo que concierne a la organización de los Juegos de Buena Voluntad en Moscú y Leníngrado, en 1994, y en Estados Unidos, en 1998. Se trata de la tercera y la cuarta ediciones.

Asimismo, tenemos proyectos menos ambiciosos. Así, estamos discutiendo con Gostelerradio la posibilidad de mostrar, por TV soviética, una serie de excelentes películas cuyos derechos pertenecen ahora a la TBS. La muestra cubrirá un período de dos años e incluirá veinticuatro películas (una cinta cada mes) de la mejor cinemateca del mundo que fue comprada por Ted Turner, hace cuatro años, a la Metro Goldwin Mayer.

Pensamos mostrar a los telespectadores soviéticos *La Saga de los Foryste*, que ya fue proyectada en la URSS y tuvo una acogida muy buena por parte del público, así como otras películas renombradas de la época anterior. También sostenemos conversaciones acerca de la muestra de los dibujos animados de EE.UU. en la URSS.

Gostelerradio nos propuso crear un programa especial, *El mundo visto por la CNN*, que saldría al aire cada semana y al cual seguirían los anuncios publicitarios de las empresas occidentales.

En lo que respecta a los convenios ya logrados, cabría mencionar el que se firmó con Intersputnik (Consortio internacional de comunicaciones vía satélite, con sede en Moscú). Dicho documento, que cubre un período de cinco años y nos parece muy prometedora, establece que Intersputnik se compromete a difundir los programas de la CNN en los países de la región del Océano Índico. El convenio entra en vigor a partir del primero

de octubre de este año. La señal que llega desde satélite es tan potente que nuestros programas pueden retransmitirse a numerosos países, comenzando con las zonas del norte de Noruega y terminando con el extremo sur de Nueva Zelanda. Conste que la calidad de la imagen, en todo ese territorio, es muy alta.

– Si mal no recuerdo, durante la cumbre soviético-norteamericana en Moscú, en mayo de 1988, los periodistas podían ver programas de la CNN en centros de prensa internacionales. Y ahora, la cadena TBS le autoriza a firmar el ya mencionado convenio con Gostelerradio, mediante el cual los programas de la TBS podrán difundirse en la Unión Soviética...

En efecto, hemos firmado con Gostelerradio un contrato histórico que está previsto para un plazo de cinco años y otorga a la parte soviética el derecho exclusivo de difundir los programas de la CNN por *toda* la URSS. En la actualidad, Gostelerradio se considera propietario de nuestra licencia, y se le reserva el derecho de transferirla a una tercera parte. De acuerdo con el contrato, las ganancias serán repartidas al cincuenta por ciento. Creo que en un principio los programas de la CNN se venderán a aquellos usuarios que tengan divisas convertibles, aunque en algunos casos es posible también la venta en rublos, por ejemplo, a diversas organizaciones e instituciones públicas. Ambas partes planean en el futuro suministrar dichos programas a *toda* entidad o persona que lo desee. El problema consiste en que por ahora el Ministerio de Hacienda soviético prohíbe a la TBS vender en rublos aquellos equipos adicionales que se requieren para poder captar, en el territorio soviético, sus programas.

De todas formas, la firma del contrato será seguida por la instalación de algunos equipos técnicos. En el caso de que este proceso se complete en los próximos dos o tres meses, la CNN empezará a funcionar en la capital soviética ya en el primer trimestre de 1990. Según demuestra la experiencia, en cuanto entran en servicio las primeras instalaciones, el resto de los equipos suelen ponerse en marcha muy rápido.

Por lo que toca a la cumbre de 1988, usted tiene razón: los cinco mil reporteros que estaban acreditados en Moscú durante la reunión de ambos dirigentes, tenían la posibilidad de ver los programas de Cable News Network. Y en la actualidad, que yo sepa, se puede captar la CNN en algunas secciones de Gostelerradio, así como en el hotel Savoy, que ha sido reconstruido por la primera empresa soviético-finlandesa y el cual se encuentra en pleno corazón de Moscú. Estas transmisiones son una especie de test, una prueba que ha tenido, a decir verdad, bastante éxito: la imagen que se capta aquí no tiene nada que envidiar en cuanto a la definición, a la que veo en mi televisor en Atlanta (Georgia), donde se encuentran las sedes de la CNN y la TBS.

– ¿Cuánto tiempo duraron los preparativos para la suscripción del contrato?

– El proyecto de las negociaciones comenzó hace cuatro años. Durante todo ese tiempo las delegaciones trabajaron en la redacción del anteproyecto del convenio. En un principio, los preparativos avanzaban a un ritmo insuficiente, pero a medida de que en la URSS empezaban a aplicarse las reformas, el proyecto se iba haciendo realidad. Primero, suscribimos un contrato con Vladímir Tavrín, director general de Sovtelexport, y luego sostuve una entrevista muy interesante con Mijaíl Nenáshev. El presidente de Gostelerra-

dio sugirió formar delegaciones, seis personas por cada parte que podrían trabajar durante un año en EE.UU. y en la URSS, respectivamente, acumular así cierta experiencia e intercambiar conocimientos con los colegas del otro país. Hoy en día, pensamos desarrollar este proyecto.

– ¿Va a haber en el futuro algunas conferencias, similares a la que tuvo lugar, con su participación, en Atlanta?

– Por supuesto. Planeamos convocar la segunda conferencia de Cable News Network World Service en la capital soviética, en la primera mitad del próximo septiembre. Este evento será patrocinado conjuntamente por la CNN y el Gostelerradio, y según los cálculos preliminares, contará con la participación de unos 200 ó 300 reporteros, procedentes de todo el mundo, lo cual de por sí resulta muy significativo. El tema de la futura conferencia será el siguiente: «La utilización de las noticias televisivas en el ulterior perfeccionamiento de los derechos del hombre». Como ve, se trata de un tema universal y algo filosófico. Claro que también hablaremos del futuro desarrollo de CNN World Service. Creo que ahora, cuando los soviéticos tienen la posibilidad de ver los programas de la CNN, ellos también se sentirán interesados en su ulterior perfeccionamiento. Hoy, estamos discutiendo la posibilidad de transmitir desde Moscú, en vísperas de la conferencia y durante sus labores, telenoticieros diarios de Cable News Network World Service. De este modo, podríamos coproducir el primer informativo soviético-norteamericano, caso sin precedentes en la historia de la TV. Todo el programa sería producto de la colaboración: reportajes, selección de temas, redacción, montaje, todo se haría conjuntamente. Después de que finalice la conferencia, pensamos invitar a los reporteros de diferentes países a que visiten diversas regiones de la URSS, para preparar así programas propios. Luego, un amplio grupo de periodistas extranjeros podrá crear un reportaje colectivo sobre la actualidad soviética. Todo el mundo se muestra entusiasmado con este proyecto.

Es posible que los progresos tecnológicos de Occidente ayuden también a nuestro país a familiarizarse con la televisión de alta definición, la TV del siglo XXI, escribe Vadim Koziulin, en *Rossia* (9.10.91):

Imagínense el siguiente cuadro: una alondra volando bajo el cielo matutino, un prado en el que abundan saltamontes; al lado, un río en cuyas orillas el sol irisa los guijarros húmedos. Todo esto, incluidos la alondra que evoluciona bajo el cielo, y los saltamontes entre la hierba, y las centellas del sol en los cantos rodados de la ribera, aparece con gran nitidez y colores matizados en las pantallas de los televisores de alta definición (AD).

Los especialistas de muchos países llevan ya más de quince años trabajando en proyectos de desarrollo de televisores AD, que además de la calidad extraordinaria de la imagen ofrecen otras muchas ventajas: sonido estereofónico, tubos extraplano y de pantalla más ancha. En el futuro estos supertelevisores podrían convertirse en una especie de ángeles custodios de los hogares, capaces de captar las más diversas imágenes, sea cual sea su procedencia.

En opinión de los profesionales del ramo, la promoción de estas técnicas significa una revolución en el campo de la TV. Una revolución que, de paso, ofrece la posibilidad de

eliminar las supervivencias de la primera época de expansión del mercado de la televisión, a saber, la existencia paralela de tres sistemas de TV color: SECAM, PAL y NTSC, elaborados hace varios decenios por los especialistas de diferentes continentes y que dieron origen al desarrollo de un sinnúmero de aparatos emisores y receptores, de grabación y lectura, con tres «grupos de sangre» diferentes, haciendo indispensable el recurso a sofisticados sistemas de adaptación. En aquel entonces, los Estados no lograron ponerse de acuerdo para estandarizar el mundo de la TV. Todo indica que ahora también desaprovecharán esta última posibilidad de unificar a escala mundial las características básicas de las redes de televisión.

La carrera por la primacía en el campo de la TVHD ha entrado en una fase decisiva: los japoneses están «poniendo a punto» su estándar (Hivision), los europeos perfeccionan su sistema (AD-MAC) y los norteamericanos elaboran el suyo. Queda por ver quién se llevará el primer premio: las previsiones para el año 2000, partiendo de la cifra actual de 700 millones de televisores, indican que el total de operaciones en el mercado mundial se cifrará en decenas de miles de millones de dólares. El primero que logre dominar las nuevas tecnologías de alta definición, gozará de enorme ventaja en la producción de programas televisivos y la fabricación de todo tipo de aparatos, desde los magnetoscopios de la nueva generación hasta los lectores de discos ópticos. A los rivales que quedan rezagados en esta primera etapa, les será muy difícil alcanzar después al líder; por lo que se refiere a los países que todavía no se han incorporado a la carrera, no tendrán la menor probabilidad de vencer el handicap.

Las apuestas son muy fuertes y los primeros en comprenderlo fueron los japoneses. En 1983 ya exhibieron los primeros sistemas de televisión AD y en 1985 lograron ponerse de acuerdo con la CBS y «fichar» a Francis Ford Coppola para lanzar una gran ofensiva publicitaria.

Los industriales, las cadenas de TV y el Gobierno japoneses trabajan desde hace tiempo «en equipo»: crear el máximo de facilidades para la propagación de sus tecnologías y mercancías en el mercado mundial es un principio fundamental de la política oficial de Tokio.

En la industria estadounidense, la televisión AD ha motivado un reflejo nacionalista. Por una parte, el Congreso no puede infringir el principio liberal de la libre competencia, pero la industria nacional, cuando se trata de la promoción de las tecnologías de AD, sí puede contar con la ayuda de la Administración en lo que concierne a la obtención de créditos de Estado y una interpretación más condescendiente de las leyes antitrust. El propio Pentágono participa en la financiación de los trabajos de investigación científica en esta esfera.

En un momento dado pareció que los japoneses habían dejado definitivamente atrás a todos sus rivales. Pero en la Comunidad Europea, alarmada desde hacía tiempo por la preponderancia exterior —particularmente, norteamericana— en los dominios de la alta tecnología, aparecieron líderes que supieron movilizar las industrias punta del Viejo Mundo e incorporarlas a esa carrera. En 1985, François Mitterrand, con el concurso de Helmut Kohl, logró juntar los recursos necesarios para lanzar el programa europeo de investigación y desarrollo EUREKA. Al frente de los trabajos relacionados con las técnicas televisivas de AD se colocó el gigante holandés Philips, que reunió bajo sus banderas

los consorcios Thomson, Bosch y una veintena más de empresas europeas. Hoy Mitterrand invita a los europeos del Este a participar en el programa y ayudar a derrotar las compañías niponas y estadounidenses. Todo indica que los esfuerzos mancomunados de los europeos están dando frutos: Philips ha anunciado que iniciaría la producción en serie de sistemas de televisión AD a comienzos de 1994, es decir, un año antes de los que se había programado inicialmente. Esto significa que los europeos contemplan en serio la posibilidad de adelantarse a sus rivales.

Philips ha conseguido poner a punto antes de lo previsto los componentes del estándar AD-MAC, que simplifican considerablemente el diseño de los televisores, en comparación con las primeras elaboraciones, y permiten reducir las dimensiones de los bloques electrónicos al tamaño de un pequeño maletín.

Los japoneses, como hemos dicho antes, marchan delante en cuanto a la producción de programas de TVHD (desde hace más de dos años, los transmiten vía satélite en el marco de una emisión de prueba de una hora de duración diaria), pero el estándar Hivision adolece de un defecto sustancial: los programas realizados en este sistema no pueden ser captados por los televisores que se utilizan actualmente.

La compatibilidad del sistema AD-MAC con aparatos de las generaciones anteriores y el paso a la TVHD a través de un estándar intermediario constituyen las cartas de triunfo de los europeos. Pero, para hacerlas valer, tendrán que salir de los pañales en el campo de los programas de exhibición y asegurarse el respaldo de grandes casas editoras. Es posible que esto ocurra durante los próximos Juegos Olímpicos, cuya retransmisión correrá a cargo de la empresa Thomson. En esta ocasión la TVHD europea se pondrá de largo por primera vez. Muchos recuerdan que, en 1968, los JJ.OO. de invierno en Grenoble señalaron el despegue de la TV en color en Francia.

¿Y la URSS? ¿Quedará sitio para nosotros en la pantalla europea? En 1989 la Unión Soviética pasó a formar parte junto con otros 25 países del organismo europeo Eureka Audiovisual, se incorporó con entusiasmo al trabajo y... es la única entre los grandes Estados que no ha pagado su cuota de ingreso (casi 100.000 ECU). Si la secretaria en Bruselas no recibe de la URSS más que promesas, el pueblo soviético corre peligro de verse marginado de la TV del siglo XXI y quedarse sin televisores AD de fabricación nacional, como tampoco tiene sus propios fax, ni fotocopadoras, ni tantos otros aparatos y máquinas sin las cuales no se concibe la civilización moderna...

Sea como sea, el día de mañana de la televisión mundial ha adquirido contornos concretos y visibles. Es verdad que por ahora sólo han podido ver esas maravillas los «grandes» de este mundo: en Madrid se organizó una sesión de TVHD para los participantes de la cumbre de la CEE; Mijaíl Gorbachov asistió a una exhibición de la nueva técnica de alta definición en París. Pero hasta ahora los «grandes» no han sabido ponerse de acuerdo. ¿Cuándo llegarán los tiempos de la televisión sin fronteras?

Es poco probable que logremos lanzar la fabricación en grandes series de televisores AD; en este campo nos hallamos más o menos al mismo nivel que los demás países de Europa Oriental. El retraso acumulado es tanto más deplorable por cuanto hubo tiempos —en la primera mitad del

siglo— en que nos hallábamos a la altura de las naciones más avanzadas, y el mundo entero aplaudía nuestros éxitos. Por aquel entonces vivían aún personas a las que mi abuela llamaba «reliquias de Nicolás». Se refería a Nicolás II, bajo cuyo reinado y en la época inmediatamente posterior, muchos especialistas tuvieron la suerte de recibir una formación profesional completa, digna de esta nombre; además, era gente que trabajaba a conciencia, y no por obligación.

No creo que, en las postrimerías del siglo XX, la población de las repúblicas integradas en la antigua Unión Soviética haya perdido su capacidad intelectual. El 2 de marzo de 1991, en Los Angeles, se hizo entrega del Osear de la Academia de Ciencias y Artes Cinematográficas a un representante del Instituto de Investigación Científica del Cine y la Fotografía de la URSS (NIKFI). S. Rozhkov, jefe del laboratorio de estereocinematografía del NIKFI, regresó a Moscú con el galardón de la Academia de Hollywood y el correspondiente diploma, que ponía de relieve «el constante perfeccionamiento de las técnicas y los equipos de cine tridimensional para el público soviético durante los últimos 25 años».

Los norteamericanos han destacado en reiteradas ocasiones con sus premios a otros especialistas de nuestro país. Jenrikas Juskevicius, quien durante muchos años ocupaba el cargo de vicepresidente de Gostelerradio de la URSS y era responsable del desarrollo tecnológico de la televisión soviética, es una persona muy competente y digna de respeto por sus cualidades humanas. No es casual que el 3 de setiembre de 1990 haya sido nombrado director general adjunto de la UNESCO. Ese mismo año, la Academia Nacional de Artes y Ciencias Televisivas de EE.UU. le otorgó un premio por su actividad fructífera en materia de ampliación de los vínculos entre el Este y el Oeste (en 1989 este premio anual correspondió a Ted Turner, director de la CNN). En su país de origen Juskevicius era conocido como vicepresidente de la Federación de Tenis de la URSS y miembro del Comité Olímpico Nacional. Inició su carrera profesional en 1958 como ingeniero de la televisión lituana.

Izvestia (13.7.90) publicó un artículo de Jenrikas Juskevicius sobre las perspectivas de desarrollo tecnológico de la televisión central. 124 estaciones de TV soviéticas transmiten sus programas en 48 lenguas.

Pero ¿de dónde sacar dinero para financiar estos programas? —se pregunta el vicepresidente de Gostelerradio de la URSS—. El pago por el uso de televisor fue suprimido en 1962 y sustituido por un pequeño recargo sobre el precio de venta de aparatos receptores (hoy, dicho recargo constituye una suma meramente simbólica). Nuestras tiendas permanecen vacías y, por ende, no hay publicidad que es la fuerza motriz de la lucha competitiva en el mercado de bienes de consumo. El Gostelerradio es monopolista en su sector y cubre él mismo todos los gastos (más bien, lo hacen los contribuyentes soviéticos), incluidos los que están relacionados con la adquisición de equipos televisivos que en nuestro país se producen

en las industrias militares, debido al embargo decretado por los países occidentales sobre el suministro a la Unión Soviética de los equipos de alta tecnología. Por esta razón, en cuanto a la calidad de los equipos televisivos, Occidente nos adelanta en 5-10 años y habida cuenta de las perspectivas poco alentadoras en materia de reconversión de la industria de guerra y de nuestra situación económica crítica, el atraso de la URSS en este ámbito iría creciendo. La Unión Soviética ha quedado al margen del progreso tecnológico en el capítulo de los equipos televisivos multicanales, escribía Juskevicius.

En opinión de nuestro famoso economista Vasili Seliunin (*Literatúrnyaya gazeta*, 31.7.91), hasta el 80% de la producción de la industria soviética de construcciones mecánicas corresponde a pedidos militares. De ahí que el COCOM, lejos de levantar las restricciones impuestas al comercio con los antiguos países socialistas, haya agregado nuevos renglones a la lista de tecnologías de comunicación y mercancías de la industria electrónica que se prohíbe terminantemente exportar a esta área del mundo...

La TV soviética está técnicamente preparada para ampliar, de manera considerable, sus actividades. La historia demuestra elocuentemente el incuestionable talento de los ingenieros rusos. Sabido es que el italiano Guglielmo Marconi y el ruso Alexandr Popov realizaron su invento —una comunicación sin hilos— prácticamente al mismo tiempo, a fines del pasado siglo. Entre los pioneros de la televisión figura Borís Rosing, profesor de San Petersburgo, quien propuso, en 1907, utilizar el tubo de rayos catódicos para reproducir las imágenes a distancia. Dicho procedimiento fue patentado en Rusia (25.6.07), Alemania (26.11.07), e Inglaterra (13.12.07). A principios de la década del 30, el profesor Rosing fue encarcelado como «enemigo del pueblo», y en 1933 murió en prisión. Uno de los discípulos de Rosing, Vladímir Zworykin, emigró a Estados Unidos, y, en los años treinta creó los primeros talleres de televisión. Gracias a sus gestiones, la corporación RCA vendió a la URSS los equipos de televisión que él había inventado, y en el período entre 1938 y 1941, fecha en que Hitler atacó a la Unión Soviética, en Moscú empezaron a desarrollarse los primeros programas de TV. Para 1943, Zworykin había perfeccionado su sistema hasta niveles increíbles, de modo que en las décadas posteriores se quedó prácticamente inalterable. En 1982, Vladímir Zworykin murió.

El ingeniero soviético V. Konstantínov desarrolló un modelo de iconoscopio que superaba al de Zworykin, pero también fue represaliado. Cabría mencionar también los nombres de S. Katáev, P. Shmákov y P. Timoféev. El primero ideó, en octubre de 1931, un tubo almacenador, y cuatro años más tarde creó, sobre esta base, un sistema de televisión electrónica de 250 líneas. A finales de la década del 40, un nutrido grupo de científicos e ingenieros soviéticos desarrollaron varios equipos de TV que siguen empleándose en la ex-URSS hasta hoy día.

La gran interrogante que se planteaba ante la TV soviética en 1991 era la elección de un modelo para la televisión de alta definición. En Japón, se utiliza un estándar de 1.125 líneas; en Europa Occidental, de 1.250, y en la URSS, de 1.375. Sin entrar en detalles técnicos, diré que el mantenimiento de la norma vigente en la URSS permite garantizar una imagen de buena calidad (en el sistema TVHD) con el empleo de los estándares eurooccidentales (625 líneas). Ello significa que los propietarios de viejos televisores (sólo en la Unión Soviética había unos 90 millones) también podrán ver los programas de TVHD.

Lo mejor sería, tanto para nosotros como para el resto del mundo, desarrollar un sistema de televisión único. Dicho problema adquiere enorme importancia, sobre todo, en el caso de la URSS que está pagando en la actualidad la decisión voluntarista y técnicamente desacertada de sus antiguos dirigentes. Estos, en su deseo de agradar al presidente de Francia y fomentar la cooperación galo-soviética, resolvieron introducir en el país el sistema de televisión SECAM. Como resultado, la televisión soviética se ha quedado a la zaga en lo que concierne a la calidad de los imágenes, y se ve obligada a utilizar equipos cuyo precio es de 2 a 2,5 veces superior al de los demás países. Todo indica que estas consecuencias se dejarán sentir durante mucho tiempo.

Es evidente que la última palabra sobre la TVHD la van a decir los especialistas. Se había prometido que para 1995 el auditorio soviético tendría acceso al sistema de TVHD nacional. Para conseguirlo, hace falta producir nuevos equipos de televisión, en particular, televisores de nuevas generaciones. Entretanto, incluso los antiguos modelos escasean en la URSS, y la producción anual de aparatos tan sencillos como dictófonos, players o máquinas de escribir electrónicos con una «memoria» de dos páginas se mide en centenares (!) de piezas. La cinta fotográfica de fabricación nacional y el papel de copiar son absolutamente inservibles; los lápices, la goma, las estilográficas... bueno, esa lista sería interminable. La industria soviética es capaz de producir transbordadores espaciales Burán (del tipo Shuttle) —por supuesto, a un precio astronómico—, pero no consigue llenar el mercado de artículos elementales, digamos, de zapatillas de tenis. A lo mejor, simplemente no quiere hacerlo. Las empresas del sector de defensa continúan fabricando aparatos audiovisuales de uso doméstico a partir de residuos de la producción fundamental; en cuanto a los directores de dichas empresas, así como del sector arriba mencionado, es obvio que no quieren sustentar su carrera y prosperidad en una cosa tan insignificante como los televisores.

Según datos referidos a 1986, el número de televisores y aparatos de radio por cada 1.000 habitantes en Estados Unidos era de 813 y 2.126, respectivamente; en la RFA, de 379 y 439; en Gran Bretaña, de 346 y 1.157. Los datos correspondientes a la URSS en 1988 eran de 314 televi-

sores y 292 radiorreceptores, más 394 aparatos conectables a la red alámbrica.

Hong Kong es el mayor productor mundial de los aparatos de radio (53.000.000); le sigue China (15), Japón (14), Corea del Sur (14), Singapur (13) y la Unión Soviética (8).

En cuanto a los televisores, en 1989 se produjeron 26 millones de unidades en China, 15 en Japón, 14 en Estados Unidos, 10 en la Unión Soviética, 10 en Corea del Sur, 4 en la RFA, 3 en Gran Bretaña, y un millón en Polonia. En la mayoría de los países mencionados sólo se fabrican televisores en color, menos en la Unión Soviética y en China, donde los aparatos en blanco y negro representan más de la mitad del volumen total de producción.

Desde el verano de 1990, las tiendas de televisores, artículos de fotografía y electrodomésticos en la URSS quedaron completamente vacías. La única manera de comprar esas mercancías es a través del centro de trabajo, el cual distribuye entre los empleados (a veces, mediante una rifa) los cupones para la adquisición de tales artículos. La red comercial de la URSS nunca estuvo bien surtida, pero algo se podía conseguir: o permaneciendo largas horas en la cola, o untando la mano a los vendedores, a fin de que ayudaran a comprar, digamos, un nuevo modelo de la aspiradora. Todo desapareció de los mostradores, hasta artículos que nunca habían gozado de gran demanda.

Semejante coyuntura, lógicamente, no contribuye en nada a la calidad, vida operativa o fidelidad de los bienes de consumo. En la Federación Rusa, en 1988 se registraron fallos durante el plazo de garantía en un 25 % de los televisores, en un 20 % de las grabadoras y en el 8,5 % de los aparatos de radio.

Según evaluaciones de expertos, en comparación con las principales potencias capitalistas tenemos un retraso de cinco o diez años en lo que se refiere a la producción de equipos audiovisuales. En opinión del soviético de la calle, es decir, del simple consumidor, este retraso es mucho mayor. La cantidad de fotocopiadoras, máquinas de escribir, vídeos y ordenadores personales que se fabrican en la URSS es puramente simbólica; y la calidad, simplemente desastrosa. ¿Qué sentido tiene hablar de vídeos, si este *Equipo* es obviamente más sofisticado que el televisor?

Y los televisores de fabricación soviética se inflaman y explotan a cada rato (oficialmente, se registran unos 7.000 casos al año), provocan incendios y víctimas humanas (sólo en 1988 murieron 271 personas). Conste que se trata de modelos recientes, es decir, de aquellos televisores que se fabricaron en el período entre 1987 y 1990; en cuanto a aparatos más viejos, de hace cinco, diez o doce años, son especialmente peligrosos. En la mayoría de los manuales de instrucciones que se entregan al cliente se recomienda que no deje el aparato conectado, en el momento de abando-

nar la habitación. Otro motivo de constantes aficciones para el consumidor soviético consiste en que nadie está dispuesto a indemnizar los daños materiales. Los derechos del hombre y los del consumidor son nociones inseparables, y sólo pueden existir en un Estado democrático. De aquí que los soviéticos más o menos acomodados prefieren pagar el quintuplo, si no el décuplo, por un televisor hecho en Japón o en Corea del Sur. Así, al menos, estarán seguros de que el aparato va a funcionar bien unos quince o veinte años, y no tendrán problemas para encontrar piezas de repuesto.

Si en su tiempo nuestro complejo militar-industrial, dirigido por el PCUS, se hubiera fijado la tarea, ya se habría cubierto la demanda de servicios telefónicos y los televisores soviéticos podrían captar 20 ó 30 canales. Sin embargo, el CC del PCUS jamás ha planteado tal objetivo, y la industria militar no se esforzaba demasiado, limitándose a lanzar naves espaciales con motivo de cada fiesta nacional y publicar en las primeras planas de periódicos las biografías de nuestros cosmonautas y la ración alimentaria que consumían en órbita. La ingeniería espacial, o sea, el sector de altas tecnologías se utilizaba en nuestro país con fines meramente propagandísticos para celebrar cualquier fecha importante del calendario. Tales prácticas acarrearón nefastas consecuencias: nuestros ingenios espaciales pueden permanecer en órbita en régimen operacional unos cinco años como máximo y ningún televisor de fabricación soviética puede funcionar sin fallos durante unos 20 años.

En Nueva York, la diferencia entre el precio de un kilo de pan y de un vídeo es de 300 veces, aproximadamente; en Moscú dicha diferencia llega a 20.000 veces. Este dato prueba no tanto lo barato que es el pan en nuestro país (el promedio salarial del obrero soviético es 10-15 veces más bajo que el de un trabajador norteamericano) como los precios exorbitantes de equipos audiovisuales en la URSS. Según datos del Comité de Estadística de la URSS, a mediados de 1990, pese a la escasez crónica de los equipos audiovisuales y a su venta por cupones especiales, la calidad de dichos aparatos registró un descenso drástico (en 1989-1990 en el total de grabadoras, aparatos de radio y televisores vendidos, la parte de los equipos defectuosos constituyó 20 %, 6 % y 12 %, respectivamente). «Comprador, esté alerta», advertían muchos periódicos.

Nuestros comercios permanecían vacíos, a pesar de que en 1990, en comparación con el año anterior, sólo en la Federación Rusa la producción de vídeos creció en 260 % (500.000 unidades); de grabadoras, en 14 % (3,4 millones); de aparatos de radio, en 4 % (5,7 millones incluidos radiocasetes), en 25 % (800.000) y de televisores, en 5 % (4,7 millones), también de receptores en colores, en 11 % (2,6 millones de unidades).

El nuevo periódico moscovita *Rínok* (Mercado) (núm. 2, enero de 1991) tenía razón al escribir que este año la demanda de los equipos elec-

trodomésticos y audiovisuales sería cubierta en el país sólo en un 50 %. El artículo dedicado a este tema tenía el título sugestivo: *No se amargue la existencia con la esperanza de comprar un nuevo televisor*.

En la URSS, no se logró organizar la producción en serie de televisores multifuncionales de la quinta generación, las piezas básicas para los cuales se adquirieron en el extranjero. Las fábricas de Lvov y de Minsk se proponen iniciar la producción de receptores de este modelo sólo en 1992.

La impresionante e inesperada ampliación de la colaboración económica entre la URSS y Corea del Sur movió a esta última a conceder a los dirigentes soviéticos un crédito del orden de 3.000 a 5.000 millones de dólares. Por lo visto, unos 300 millones de dólares de dicha suma sirven para financiar la adquisición de piezas para el ensamblaje de televisores (1,5 millones de unidades en 5 años) en la importante empresa Gorizont de Minsk que antes pertenecía al sector militar. El nuevo receptor de 40 canales, tipo monitor, será producto de la reconversión de la industria de guerra soviética y de nuestros éxitos diplomáticos en el Sudeste de Asia. Según el periódico *Kommersant* (7.1.91), en la etapa inicial de este proyecto todas las piezas serán de fabricación sudcoreana. A partir de mediados de 1990 las más importantes corporaciones de Corea del Sur abrieron en la URSS sus representaciones oficiales y anunciaron que habían firmado con autoridades soviéticas acuerdos que suponen el suministro a nuestro país de artículos de amplio consumo por valor de centenares de millones de dólares. Una parte de los suministros se efectuará sobre bases de compensación.

En la reunión de la comisión intergubernamental soviético-francesa para la colaboración económica, industrial, científica y técnica, celebrada a principios de febrero de 1991 en París, se decidió crear en Moscú una empresa mixta con participación de la firma Thomson que lanzaría anualmente 600.000 televisores en colores. Se llegó también a un acuerdo para construir en la URSS dos fábricas de circuitos impresos con empleo de tecnología francesa. Además, se firmó el convenio sobre el tendido de una línea de fibra óptica a través del lago Baikal.

¿Qué situación se ha configurado en el capítulo de aparatos de vídeo? Su precio sigue creciendo. ¿A qué se debe esta situación? La respuesta es obvia: a la demanda insatisfecha. En 1990 la empresa de Vorónezh (única en el país que lanza estos equipos) produjo sólo 250.000 unidades. La situación ha mejorado, hasta cierto punto, después de que algunas fábricas soviéticas (incluso del sector siderúrgico) montaron líneas de ensamblaje de vídeos, adquiriendo todas las piezas en el extranjero. A principios de 1990 la firma sudcoreana Samsung suministró equipos necesarios a la empresa de Vorónezh. La firma japonesa Funai organizó la producción de vídeos en un taller (equipado por los daneses) de la fábrica metalúrgica de Lípetsk. La parte soviética compensará los gastos de la empresa japonesa con exportaciones de metal.

¿Por qué resulta tan difícil comprar un televisor en nuestro país? *Argumenti i fakti* (núm. 28, 1991) respondió parcialmente a esta pregunta insertando una carta del teniente coronel V. Súrikov, ingeniero jefe (!!) de la dirección para Asuntos del Interior, del Comité Ejecutivo del Soviet Regional de Smolensk. ¡Viva el Gulag! En este país se seguía explotando el trabajo de los esclavos del Ministerio del Interior de la URSS. He aquí lo que escribía el teniente coronel Súrikov:

Nuestra institución se especializa en la producción de envolturas-pantalla de trenzado metálico. Somos los únicos proveedores nacionales de estas envolturas. Hasta hace poco hemos mantenido una cifra anual de producción del orden de 90.000 km, el 50 % de la cual se destinaba a la fabricación de electrodomésticos (aparatos de radio y televisores) y se suministraba a empresas del Ministerio de Industria Radiotécnica de la URSS.

A través de su periódico, que es leído por millones de personas, me dirijo a la opinión pública para informarla que nos vemos obligados a parar la producción; por consiguiente, no llegarán a las tiendas del país nuevos televisores de las marcas Rubín, Record, Beriozka, Fotón, Gorizont, Electrón, etc., y el que esto ocurra no es culpa nuestra.

En el proceso tecnológico empleamos utillaje fabricado en la RDA, que no tiene análogos en la industria soviética. Hasta la unificación de la RDA y la RFA, podíamos renovar periódicamente la maquinaria y adquirir piezas de repuesto a cuenta de los recursos asignados por el Ministerio del Interior y los Comités Estatales de Planificación (Gosplán) y de Abastecimiento (Gossnab) de la URSS. Pero desde 1990 la Alemania unificada acepta solamente divisas libremente convertibles, de las que no dispone nuestra institución ni el departamento para Asuntos del Interior del Comité Ejecutivo del Soviet Regional de Smolensk. Varias veces nos hemos dirigido a los ministerios cuyas empresas utilizan trenzado de pantalla, al Gosplán de la URSS y a los Consejos de Ministros de la URSS y la Federación Rusa, pidiendo que nos asignaran recursos en divisas convertibles para importar la maquinaria y las piezas de repuesto indispensables, pero estas solicitudes no han sido atendidas.

De un total de 317 unidades de maquinaria instalada, en 1992 tendremos que desmontar 266 por desgaste total y tampoco podremos mantener en servicio las demás por falta de piezas de repuesto.

En la situación creada tendremos que proseguir la conversión de los talleres, adaptándonos a otro tipo de producción.

No se extrañe el lector de que la fabricación de televisores dependa de lo que produzca o deje de producir un establecimiento penitenciario. En este país casi todas las grandes obras —desde la central del Dniéper y el canal del Mar Blanco hasta el ferrocarril Baikal-Amur— fueron construidas por presos. Y por los jóvenes reclutas de las tropas de ingenieros. Las mejores casas de Moscú fueron edificadas por prisioneros de guerra alemanes, y en las explotaciones forestales de Siberia trabajaban prisioneros japoneses. Pero en el siglo de la electrónica

es imposible salir adelante basándose en el entusiasmo laboral de los presos y reclutas. Hasta un periódico firmemente adscrito a la ortodoxia comunista como era *Pravítelstvenni véstnik*, lamentaba (núm. 11, marzo de 1991) las dificultades con que se enfrentaba la única empresa soviética productora de equipos audiovisuales modernos para uso doméstico:

La fábrica de vídeos de Voronezh, que según el plan debe lanzar este año 150.000 magnetoscopios, dispone ya de tecnologías y capacidades suficientes para producir el doble o incluso el triple de unidades en comparación con esa cifra. Pero la empresa no puede cumplir ni siquiera lo planificado, por falta de recursos materiales.

Así, por ejemplo, la fábrica estatal de rodamientos núm. 4, de Kúibishev, se ha comprometido a suministrar 200.000 cojinetes de precisión, cuando en realidad se necesita casi el cuádruple. Las empresas cooperadoras no han cumplido las tareas relacionadas con el desarrollo de los equipos, accesorios y materiales. El nuevo modelo de magnetoscopio BM-18 estaba listo desde 1988, pero su fabricación en serie se demoró dos años por falta de materiales químicos indispensables. Para finales del año en curso, el Instituto de Investigación Científica del Vídeo de Voronezh terminará el trabajo de diseño del modelo BMTS-22. Pero nadie puede decir cuándo se pondrá a la venta este vídeo, equiparable por sus prestaciones a los modelos de grandes marcas extranjeras. Por ahora, las empresas petroquímicas pueden suministrar sólo 8 de los 36 nuevos tipos de materiales, y la industria de construcciones mecánicas sólo 15 de las 26 unidades de utillaje indispensables. Se pensaba encargar las cajas del nuevo vídeo a la fábrica Ritm, de Bélgorod, que debía entrar en servicio este año, pero las obras han sido «congeladas» por decisión del Comité Ejecutivo del Soviet Regional.

¿Cómo utilizar entonces las capacidades de la fábrica —ya construida— de Voronezh? Hace un año se establecieron contactos con la empresa sudcoreana Samsung. Actualmente en el taller de ensamblaje final funcionan a pleno rendimiento dos líneas continuas de dicha firma, lo cual permitió lanzar al mercado el año pasado otros 250.000 aparatos modernos, a base de componentes importados.

El periódico *Delovói mir* (28.6.91) insertó en primera plana la fotografía de un grupo de jóvenes sonrientes con un televisor en las manos. Esta foto «a la *Pravda*», que se inscribía en la tradición de la propaganda de nuestros «grandes éxitos laborales», fue hecha en Kirguizstán con ocasión del ensamblaje del primer televisor a base de componentes de la empresa sudcoreana Gold Star. Operaciones de este tipo podrían realizarlas también en Etiopía o en Bangladesh.

El caso es que el Gobierno de Pávlov saboteaba hasta esos tímidos primeros pasos encaminados al montaje de vídeos, grabadoras y otros aparatos electrónicos a base de componentes importados. He aquí lo que decía *Kuranti* (28.6.91) en un artículo titulado *Gabelas impuestas a las empresas mixtas*:

Según las estipulaciones del contrato fundacional, la fábrica de la empresa mixta Varus Vídeo debía entrar en servicio el año pasado, lanzando al mercado magnetoscopios modernos, audio y videocasetes, y videocintas con los mejores filmes extranjeros (con este fin ha adquirido ya los derechos para reproducir y vender en nuestro país mil películas de argumento). Pero nuestra realidad socialista ha interferido en estos planes. Los constructores aún no han terminado la obra, aunque ya se encuentran en Moscú y han comenzado a realizar su cometido los especialistas ingleses encargados del montaje de novísimos equipos tecnológicos.

De todos modos, Tamaz Topadze, director de la empresa mixta y gran entusiasta de esta industria nueva en nuestra capital, confía en que la fábrica lanzará las primeras unidades de producción en agosto. Espera asimismo que de aquí a entonces podrá resolver los problemas relacionados con la apertura de una tienda especializada en la que su empresa pondrá a la venta hasta fines de año 500.000 videocasetes con películas, un millón de audiocasetes y no menos de 20.000 magnetoscopios ensamblados a partir de componentes de marcas conocidas en el mercado mundial. Y todo eso podremos comprarlo con nuestros «rublos de madera», aunque no dispongamos de divisas convertibles.

Varus Vídeo es un ejemplo demostrativo de que muchas empresas occidentales están dispuestas a afrontar grandes riesgos y colocar recursos en nuestra economía: en la fábrica de Moscú ya se han invertido 10 millones de dólares. Sin embargo, al tiempo que llamamos a los extranjeros a colaborar y hacer inversiones, en la práctica levantamos *toda* clase de barreras burocráticas y, peor aún, les tendemos verdaderas celadas. Esto se refiere no sólo a la lentitud de las obras de construcción.

La empresa mixta se fundó en un marco económico aceptable para nuestros socios occidentales; desde entonces, las condiciones han cambiado. En particular, el pasado mes de febrero se implantó un arancel expoliador que grava los artículos importados por las empresas. Se establecieron, por ejemplo, derechos de aduana que representan el 600 % del precio de contrato para los magnetoscopios y el 630 % para los cassetes (vídeo y audio). El nuevo arancel, que atañe también a los componentes, ha colocado la empresa mixta en una situación financiera apurada. Para mantenerse a flote tendrá que subir los precios al consumidor. Lástima, porque inicialmente se había pensado que Varus Vídeo no sólo contribuiría a saturar nuestro mercado sino que imprimiría a los precios comerciales tendencias a la baja.

– Depositamos nuestras esperanzas en el Gobierno democrático de Rusia –dice Tamaz Topadze–. Las empresas extranjeras que estén dispuestas a invertir divisas en nuestra economía y vender sus mercancías por rublos deben gozar del régimen más favorable. Y, desde luego, el Gobierno debe reducir las tarifas de aduana que gravan la importación de artículos de uso y consumo, así como los módulos y piezas utilizados en el país como componentes de los mismos.

Tras el fracaso del *putsch*, se han dado muchos pasos encaminados a establecer un marco económico normal. En noviembre de 1991 se eximió de derechos de aduanas la importación de casi todos (!) los tipos de mercancías. Paralelamente, el hombre de la calle se enteró de que los es-

pecialistas soviéticos son capaces de hacer emisores portátiles de TV que caben en una bolsa de viaje. El 20 de agosto de 1991, cuando los golpistas controlaban el centro de Ostánkino, se instaló en el tejado de la *Casa Blanca* de Moscú un aparato de este tipo, de la fábrica Síntez, de Vorónezh, que permitió al Gobierno de Rusia «permanecer en antena».

El triunfo de las fuerzas de la democracia y la libertad ha estimulado la actividad empresarial. La empresa Xerox, mundialmente conocida, ha ampliado el proyecto de construcción de una fábrica de ensamblaje en Sarátov, a la orilla del Volga, con otro proyecto similar que se llevará a efecto en Chimkent (Kazajstán). En el otoño de 1991 se inauguró en Moscú la Bolsa Internacional de la Industria de Televisión (TVIN), con sucursales en Almá-Atá, Barnaúl, Najodka y Novosibirsk. En la sede central y en todas las sucursales de TVIN se realizan transacciones de compraventa de espacios con fines publicitarios en la programación de los diferentes canales de TV, equipos audiovisuales para usos profesionales o domésticos, servicios para la fabricación de vídeos, etc.

Simultáneamente, han salido a «la luz del día» las fábricas semisecretas del ya finado Ministerio de la Industria Radiotécnica de la URSS, como Protón, Skala, Kibernétika, Vímpel o Almaz en Moscú, y sus centenares de «hermanas» dispersas en el territorio de la antigua URSS. De ahora en adelante la conversión colocará a todas estas empresas en las condiciones—duras y estimulantes— de la economía de mercado.

Claro que la industria nacional es capaz de producir equipos más sofisticados. No olvidemos que el primer satélite artificial fue lanzado en la URSS, en 1957, y el primer astronauta del mundo, Yuri Gagarin, también era ciudadano soviético.

El sistema, Moscú Global, entró en funcionamiento en 1989, y permite emitir programas de televisión a todo el planeta, exceptuando la región noroccidental de América del Norte.

Desde agosto de 1983, el programa de la TV soviética Moskvá, de tres horas de duración, llegaba a todas las regiones del mundo: para verlo, bastaba con comprar una pequeña antena parabólica y sintonizarla al satélite soviético. Los habitantes de Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria, Rumania y Alemania Oriental podían ver todos los días programas del primer canal de la TV Central de la URSS, sin necesidad de instalar para ello una antena especial.

Las autoridades soviéticas siempre han velado por el monopolio de la propaganda, sobre todo, en lo que atañía a la televisión daban «luz verde» a la exportación de teleprogramas, y, al mismo tiempo, restringían el acceso de los soviéticos a la información procedente del mundo capitalista. Sin un reportero de la TV Central se hubiese atrevido, hace apenas tres años, a mostrar las vitrinas de cualquier supermercado occidental, habría perdido seguramente el empleo. Igual que el redactor que no se lo hubiese impedido.

En 1990, las autoridades permitieron a los usuarios privados instalar antenas parabólicas, fotocopiadoras, equipos de telefax y otros aparatos. Asimismo, fue autorizado el uso de *walkie-talkies*. El problema es que en la URSS no se producen ni se venden tales equipos y es poco probable que la situación cambie en un futuro próximo. Se pueden conseguir todas estas cosas en el mercado negro, pero a precios prohibitivos para la mayoría de la población... En 1989, el promedio salarial en la URSS era de 230 rublos mensuales; el dólar se vendía de estraperlo a 18 ó 20 rublos; y la fotocopiadora más barata costaba en este país 17.000 rublos. Los precios de un videoplayer, un magnetoscopio completo y una antena parabólica eran de 5.000, 7.000 y 20.000 rublos, respectivamente.

Por otra parte, hasta 1990 las antenas parabólicas sólo podían sintonizar en territorio soviético dos programas norteamericanos: uno, de la USIA y el otro, de la CNN. El resto de los programas que se transmitían vía satélite a cualquier lugar de Europa Occidental, incluida Escandinavia, en principio podían ser captados en Estambul, Varsovia, Tallinn y Leningrado, pero no llegaban a las zonas centrales ni a las regiones del este de la URSS. Para la casi totalidad de los soviéticos ver en sus pequeñas pantallas, por ejemplo, *The Image of America*, de la misma manera que escuchaban por radio *La Voz de América*, era un sueño imposible.

El académico Stanislav Shatalin declaró, en una entrevista concedida al semanario *Ogoniok* (núm. 20, 1990), que la economía soviética se regía por las leyes del manicomio. Ya entonces estaba claro que con ayuda de *Pravda* o de la TV Central de la URSS no se podría llevar a cabo la indispensable labor de «ilustración» para eliminar los estereotipos que conformaban la opinión pública. Asimismo era y es evidente que ya habríamos vuelto a las ramas, y que en la URSS no habría habido ninguna *perestroika*, si no fuera por los continuos esfuerzos de las emisoras occidentales.

Como indicaba *Pravitelstvenni vestnik* (núm. 3/91), la Unión Soviética, aunque autorizó oficialmente en 1990 a los ciudadanos a captar en sus receptores domésticos las emisiones vía satélite de cadenas occidentales de televisión, no ha hecho lo principal: no se adhirió a la Convención de Berna sobre la protección de los derechos de propiedad de las obras artísticas. Pero dentro de poco la URSS firmará esta Convención y entonces nuestras numerosas cooperativas que se ganan el dinero, distribuyendo de manera «clandestina» los programas televisivos occidentales captados por antenas parabólicas, se verán en la *alternativa* de pagar fuertes sumas en divisas a las cadenas extranjeras o de... no pagarlas.

En el territorio de la URSS era prácticamente imposible captar las emisiones occidentales vía satélite por medio de receptores individuales, puesto que ninguna cadena de Occidente transmitía su programación

directamente para la Unión Soviética. Hasta el vasto territorio de nuestro país llegaban señales débiles emitidas por satélites geoestacionarios occidentales que no podían ser captadas por televisores de fabricación soviética, carentes de dispositivos especiales. Nuestros receptores pueden sintonizar sólo 10 de las 20 cadenas que se captan en Moscú, por ejemplo, por medio de antenas parabólicas muy caras y de gran tamaño. Para captar dos cadenas de RFA y EE.UU. se requiere una antena de 150 centímetros de diámetro. La programación de CNN y los espacios deportivos y recreativos de Francia y Gran Bretaña podrán captarse por medio de una antena de 250 centímetros de diámetro. Y para recibir los demás programas es necesario disponer de una antena de 4 metros de diámetro. En todos los casos mencionados el satélite occidental debe encontrarse en los límites de visibilidad directa, en ángulo al horizonte de 10 a 20°. La antena debe estar orientada en dirección al sur, y el horizonte tiene que ser libre de obstáculos naturales. El costo de la antena, con el descodificador y el convertidor, asciende a miles de dólares, lo que hace inaccesibles estos dispositivos para la mayoría de los usuarios soviéticos.

Es poco probable que el precio de estas antenas en nuestro mercado interior baje en un futuro próximo, puesto que se producen en cantidades ínfimas por varias empresas: «Iskrá» de Krasnoyarsk, «Revolución de 1905» de Moscú, la fábrica de televisores de Vítebsk, «Vest» de Lvov, «Elektropribor» de Penza y «Kvant» de Nóvgorod. Los descodificadores (en Occidente cuestan unos 350 dólares y más), los convertidores (dispositivos que adaptan la señal *Pal* al sistema *Secam*) y los cables sencillamente no se producen en nuestro país a escala industrial. Para resolver este problema y cubrir la demanda de estos equipos en Moscú, los dirigentes de telecentro de Ostánkino anunciaron a principios de 1991 su propósito de crear una empresa mixta con participación de la compañía norteamericana ACA.

Habrá televisión por cable

A pesar de que los primeros cables de televisión fueron tendidos en Moscú antes de que comenzara la Gran Guerra Patria, sólo en 1988 el ayuntamiento de la capital soviética aprobó el «Esquema general para el desarrollo de los sistemas de televisión por cable». Moscú cuenta con más de mil «sistemas de recepción colectiva» (SRC), los cuales dan la posibilidad de sintonizar los programas emitidos desde la Torre de Ostánkino (de aproximadamente 500 m de altura), así como retransmitirlos por cable a diferentes barrios residenciales. Las redes más potentes extienden su servicio por cable a 10.000 ó 13.000 abonados, y, en total, abarcan a la mitad de los habitantes capitalinos. Por ahora, los SRC sólo garantizan

una recepción más fiable de los programas que emite la TV Central, pero para mediados de esta década, los moscovitas tendrán acceso a doce nuevos canales (en la actualidad, funcionan seis) y podrán comunicarse a través del televisor con el servicio de ambulancia, cuerpo de bomberos y centro de información meteorológica. Todo eso, sin la ayuda del teléfono.

Se espera que para 1995 en Moscú se haya introducido a escala global el sistema de recepción colectiva, y en algunas zonas, también el sistema de televisión por cable. Para realizar este proyecto, hace falta resolver una serie de problemas importantes. Las eventuales averías del cable o de la antena, que surgen durante la limpieza de las calles o durante la reparación de los edificios, provocan ahora el lógico descontento de unos cuantos abonados: y en el caso de que accidentes similares se produzcan en la antena de la estación central, el número de perjudicados se elevará a varios miles. Para garantizar el funcionamiento del sistema colectivo, es necesario someterlo al control de los modernos equipos informáticos. La computadora instalada en la estación central podrá controlar la calidad de la recepción en cada caso concreto.

La adquisición de equipos sofisticados, capaces de conectar varios miles de televisores a una sola antena; los sistemas de control, que se basan en los últimos descubrimientos del campo de la informática; todo ello requiere ingentes inversiones de capital. Si antes el pago de 15 kopeks mensuales por cada abono bastaba mal que bien para cubrir los gastos de mantenimiento de una antena, ahora, según los cálculos más modestos, se necesita diez o veinte veces más. Y eso sin tomar en consideración los gastos que se requieren para construir nuevas instalaciones, adquirir diferentes equipos y desarrollar la red de televisión. Por otra parte, ninguno de los usuarios estará dispuesto a pagar más, a menos que le ofrezcan nuevos e interesantes programas.

El nuevo sistema de televisión será, por supuesto, más atractivo. En primer lugar, va a mejorar la calidad de las imágenes (en particular, desaparecerán de la pequeña pantalla los actuales contornos dobles); además, habrá posibilidad de organizar programas especiales, por ejemplo, a los cuales tendrán acceso únicamente los abonados a la televisión por cable. La forma de pago, en este caso, podría ser similar a la que se utiliza en las comunicaciones telefónicas interurbanas, es decir, en función del tiempo de conexión.

La televisión por cable presenta oportunidades que a muchos parecen fabulosas. El número de los televisores que tiene la población de Moscú dobla al de los teléfonos. Las características del cable televisivo, también conocido como coaxial, permiten aumentar la cantidad de los programas y, llegado el caso, transmitir información complementaria. Con la ayuda de un pequeño adaptador, incorporado al televisor, cada

usuario podrá acceder a los servicios de emergencia (policía, unidades antiincendios, ambulancia, etc.), incluso si no tiene teléfono en el apartamento.

Los recursos que se requieren para desarrollar el sistema de televisión por cable los podrían aportar los usuarios como diversas instituciones públicas, por ejemplo, los servicios comunales. La información suministrada por los contadores de energía eléctrica, así como por los sensores que controlan el consumo de agua, gas y calefacción, o el funcionamiento de ascensores y puertas automáticas, llegará por cable a la terminal y será procesada por los ordenadores. Dicho sistema tendrá un alto nivel de fidelidad, pues los equipos de computación y sensores instalados en diferentes eslabones de la red de cable podrán detectar inmediatamente los eventuales fallos, así como enviar al centro de mantenimiento técnico una información detallada sobre el carácter de la avería. El centro, a su vez, podrá informar por la radio a una unidad móvil de reparación.

El empleo de los equipos informáticos es un elemento clave del plan para el desarrollo de la televisión por cable en la URSS. Al incorporar una pequeña computadora al televisor, conectado al servicio por cable, el usuario tendrá la posibilidad de acceder a las más diversas fuentes de información, tal como se practica en Occidente (Teletexto). Con todo, habrá ciertas diferencias. Así, en Moscú se contempla asignar a esa información un canal especial: gracias a ello, se podrán manejar mayores cantidades de datos y, por lo tanto, aumentar la intensidad de las operaciones. Cada suscriptor del sistema tendrá acceso a la información didáctica, cultural o de entretenimiento, la cual se va a almacenar en la terminal de datos.

Sabido es que en Occidente ya se están utilizando los cables de fibra óptica, que sustituye a los habituales cables coaxiales, amplían considerablemente la banda de frecuencias y posibilitan la transmisión instantánea de numerosos programas. Una de las principales ventajas del nuevo procedimiento consiste en que está completamente protegido contra las interferencias electromagnéticas, y, además, no estorba el funcionamiento de otros sistemas. En la URSS también se realizan algunos experimentos con el cable de fibra óptica, mas todo se limita a los ensayos. El problema es que dicho sistema tiene un costo de diez a veinte veces superior al de los cables coaxiales, y para su explotación se requieren nuevos equipos de medición y tecnologías punta.

Según la opinión generalizada, el amplio uso de los cables de fibra óptica para la televisión todavía resulta económicamente desventajoso para la URSS, a excepción de aquellas líneas que van a conectar en el futuro los telecentros con las terminales de datos; con el transcurso del tiempo, el nuevo cable empezará a aplicarse también en las líneas secundarias.

En 1991, se instalaron en Moscú los primeros sistemas colectivos con telecontrol automático incorporado. En adelante se crearán numerosas

zonas experimentales de la televisión por cable y se realizarán las primeras pruebas de la televisión de alta definición. Cuando se hayan perfeccionado los sistemas colectivos ya existentes, habrá posibilidad de transmitir hasta veinte programas. Lamentablemente, ninguno de los televisores que se fabrican en la URSS está adaptado para recibir tantos canales, por lo que se plantea la necesidad de lanzar a la producción nuevos aparatos. El valor total de los televisores instalados en Moscú representa aproximadamente 1.000 millones de rublos (en precios de 1989), y como resulta imposible sustituir todo el parque en plazos breves, será necesario desarrollar algunos adaptadores para las modalidades ya existentes.

La introducción de los sistemas de recepción colectiva y del servicio por cable en Moscú se habrá completado para 1995. La envergadura de este proyecto queda reflejada en la siguiente cifra: sólo en la capital será necesario tender aproximadamente 10 millones de metros de cables coaxiales. Además, en la actualidad este tipo de cable –incluso el de fabricación nacional– se vende solamente en divisas convertibles.

También subsiste otro problema: apenas se instalaron los primeros amplificadores (elementos indispensables del sistema de televisión por cable) en los bloques residenciales, la gente empezó a romperlos. Como antes hacían añicos las bombillas eléctricas y destrozaban los auriculares en las cabinas telefónicas. Semejantes actos de vandalismo son una manifestación de la escasa cultura de la población, y, a juzgar por todo, el ulterior desarrollo de los modernos sistemas de televisión requiere no sólo de equipos perfectos sino también de cierto nivel educacional.

El punto de vista de Nenáshev y Krávchenko (que refleja la posición del presidente Gorbachov) sobre la necesidad de despolitizar la televisión soviética contribuyó al desarrollo vertiginoso en el país de la televisión por cable. Sin lugar a dudas, resulta atractivo el propósito de desviar la atención de los soviéticos de los problemas políticos y de la vida mísera que llevan, mediante la distribución de los informativos occidentales, del sexo, de música y de otros espacios recreativos. En agosto de 1990, tras largos debates, se fundó la Unión de Entidades de Televisión por Cable y Antena, siendo elegido presidente Eduard Sagaláev, que ocupaba entonces el cargo de redactor jefe del Servicio de Información de la Televisión Central. Los organizadores de la nueva unión artística declararon que representaban unos 500 estudios de televisión por cable registrados en el país (no confundir con videosalas) que prestaban servicios a unos 5-15 millones de abonados.

La mayoría de los estudios funciona en condiciones técnicas que dejan mucho que desear. Además, los equipos para sistemas de televisión por cable los produce en la URSS sólo una empresa situada en la ciudad de Grodno (Bielorrusia). Ante este sector televisivo se plantean no pocos problemas: formación del personal técnico y artístico

capaz de producir programas de alta calidad, preparación de ejecutivos competentes que respeten el derecho a la propiedad intelectual, etc.

El semanario *Kommersant* (31.12.90) informó que a varios establecimientos y hoteles moscovitas, con equipos que permiten captar emisiones extranjeras (incluida la cadena CNN), se sumó el hotel Ukraína en el que se puso en explotación el sistema de televisión por cable. El mantenimiento de la red corre a cargo de la empresa mixta soviético-austríaca Sovavstralteknika. Los inquilinos del hotel pueden ver la cadena CNN y cuatro canales eurooccidentales, así como tener acceso a los servicios de telecomunicación por satélite Teletxt (noticieros diarios en materia de negocios, política, cultura, deporte, etc.). Además, en el hotel Ukraína se distribuirán por cable las cintas de vídeo adquiridas por la empresa mixta a través de Goskinó de la URSS. Por supuesto, los inquilinos podrían recibir cuatro canales moscovitas y la cadena leningradense. Todos estos servicios son de pago: 3 rublos al día para soviéticos y 3 dólares para extranjeros.

Este sistema de telecomunicaciones funciona en régimen autónomo, y en un principio no tenía análogos, en cuanto a la calidad, en la URSS. Puede difundir 24 canales y captar cualesquiera señales no codificadas. El sistema recibe los programas del satélite europeo F-4. Los equipos técnicos y antena fueron suministrados por la firma húngara Hirdastechnika y mil receptores individuales de 40 canales cada uno, por la firma sudcoreana Gold Star. La red de televisión por cable, montada en el Ukraína, se corresponde con las más elevadas normas técnicas y se pueden conectar a la misma otros 18.000 usuarios de los barrios cercanos: el Centro de Comercio Internacional, el hotel Mir y los edificios residenciales en la avenida Kutuzovski. Dicho sistema resultó varias veces más barato que las redes análogas extranjeras. En Occidente, los trabajos de montaje y de diseño cuestan muy caro, mientras que en el hotel Ukraína todas las instalaciones fueron montadas por especialistas soviéticos. En *Izvestia* (11.6.71), V. Arseniev, uno de los mejores críticos de TV moscovitas, abordó —como siempre, con gran acierto— el sempiterno tema de las «dificultades objetivas» en un artículo titulado *La televisión por cable, a dos pasos del 'boom'*:

La televisión por cable está cobrando fuerza a ojos vistas. No sólo en las capitales de repúblicas y regiones. Hoy vemos cómo en pequeñas ciudades y poblados surgen estudios organizados por grupos de entusiastas. Estamos a la puerta del *boom*. Lo que fue novedoso en EE.UU. y Europa Occidental hace veinte años, llega ahora a nuestro país. Y una vez más lo nuevo, al echar raíces en nuestra realidad, adquiere múltiples rasgos aberrantes. La Unión de Entidades de Televisión por Cable y Antena de la URSS (UETCA), fundada en agosto del año pasado, se proponía, entre otros objetivos, contribuir a normalizar la situación en este terreno. Pero ella misma se enfrenta con problemas difíciles de resolver. ¿Por qué? Con esta pregunta iniciamos nuestra conversación con Tatiana Bolshakova, directora ejecutiva de la UETCA.

– Las causas son varias –dice Tatiana Bolshakova–. ¿Se acuerda de una frase de Voland en *El Maestro y Margarita*? «¡Qué país es éste –exclama–; dondequiera que uno se meta, no hay nada!». Esta, a mi juicio, es la causa principal de nuestros problemas. La otra, desgraciadamente, radica en la psicología social, que refleja como un espejo los vicios de nuestra vida.

De las doscientas entidades que manifestaron el deseo de integrar nuestra unión, sólo tres han permanecido fieles a los compromisos asumidos en el Congreso constituyente. Las demás se han mantenido a la expectativa, calculando las ventajas que podrían sacar. Creo que esta organización social, cuya finalidad consiste en desarrollar la televisión por cable en el país, ya habría dejado de existir a no ser por el tesón de nuestro presidente, Eduard Sagaláev.

– No soy un gran entendido en su esfera de actividad, pero me parece que desde el principio hubo cierta tendencia a identificar dos conceptos distintos: televisión por cable y televisión comercial.

– En efecto, y hay que hacer distinción entre las dos. En EE.UU., por ejemplo, el primer cable de TV fue tendido en 1949 en el estado de Pensilvania, para que la gente pudiera ver los programas de las principales cadenas sin perturbaciones de la imagen. En Moscú, gracias a la transmisión por cable, muchas familias pueden seguir las emisiones de la TV de Leningrado. En las casas que no tienen la posibilidad de conectar por cable, la calidad de la imagen es bastante mala, incluso en las inmediaciones de la torre de Ostánkino, debido a las interferencias de origen atmosférico e industrial.

Otra cosa es la TV comercial, de pago, que nació en 1972, gracias a la existencia de las redes de cable, también en EE.UU. e incluso en el mismo estado de Pensilvania. Una compañía privada abrió un nuevo canal por el que ofrecía a sus abonados películas que no figuraban en la programación de las grandes cadenas (ABC, NBC, CBS).

En el contexto de nuestro país, marcado por el desabastecimiento total y la falta de una legislación normal, la TV comercial tomó enseguida formas teralógicas. El objetivo principal es lucrarse sin hacer ningún gasto. Los estudios se ponen de acuerdo con los dirigentes de los servicios comunitarios y de explotación de viviendas, penetran en los canales existentes, «cubriendo» a menudo otros programas, y pasan películas compradas, las más de las veces, en el mercado negro: no disponen de los recursos ni equipos necesarios para hacer programas propios. Por lo visto, es una etapa inevitable en el desarrollo de nuestra televisión por cable: en este país no hay leyes ni mecanismos que protejan la propiedad intelectual, por consiguiente no puede haber un sistema civilizado de televisión por cable. Cuando tengamos esas leyes y mecanismos, el aventurerismo y la piratería desaparecerán por sí solas.

– Tengo entendido que la UETCA fue fundada en agosto del año pasado precisamente para conducir el desarrollo de la TV por cable, desde el principio, por los cauces de la actividad comercial civilizada...

– Sí. La UETCA fue fundada, con el consenso de los participantes en el Congreso, al objeto de coordinar la actividad de todas las entidades interesadas en el desarrollo de los

sistemas de TV por cable, por antena y vía satélite. Nuestra meta fundamental consiste en alcanzar un alto nivel técnico y garantizar el libre intercambio y elección de la información.

– Ahora ya podemos decir que nuestra labor se desarrolla normalmente, gracias al respaldo de quienes confiaron en nosotros. También hemos recibido ayuda de la Compañía de RTV de Rusia, que puso a nuestra disposición un local. Pero nos queda mucho por hacer. Hemos enviado cuestionarios a todas las entidades –afiliadas o no a la UETCA; estamos reuniendo un banco de datos sobre las redes de TV por cable y las empresas productoras de equipos. Difundimos listas de videoprogramas en venta en el mercado legal. Figuramos asimismo entre los fundadores de la Bolsa Internacional de la Industria de Televisión (TVIN) y ayudamos a adquirir los equipos necesarios por mediación de sus agencias. En consonancia con el programa norteamericano *Una ventana sobre el mundo*, debemos recibir gratuitamente cien antenas parabólicas, con ayuda de las cuales nos proponemos organizar centros regionales de TV por cable. Y, posteriormente, crear un canal de transmisión vía satélite, por medio del cual las redes de TV por cable recibirían –de modo civilizado– programas complementarios...

– Esta entrevista la leerán, probablemente, muchas personas que participan en el desarrollo de la TV por cable. La UETCA ha trazado planes de largo alcance, pero ¿cabe esperar que algún día las pequeñas ciudades y pueblos tengan también ventanas abiertas sobre el mundo?

– Procuramos ayudar a todos los que solicitan nuestro concurso. La asociación Detstvo (Infancia), por ejemplo, ha pedido que la ayudemos a organizar la televisión por cable en los poblados militares de la zona subártica, donde tanto los niños como los adultos tienen que contentarse con las emisiones de una sola cadena. Está claro que el problema estriba en la financiación de este proyecto. La UETCA contribuiría gustosa, pero por ahora no tenemos recursos disponibles. ¿Quizá el Ministerio de Defensa encuentre dinero para mejorar las condiciones de vida de los militares y sus familias? De todos modos, trataremos de ayudar a la asociación Detstvo y ya hemos establecido contactos con algunas empresas que están dispuestas a participar en la realización de este proyecto.

Obviamente, nuestra unión debe determinar su política tecnológica y abordar los aspectos jurídicos, el tema de las licencias y otros problemas de la TV por cable, terrenos en los que estamos muy rezagados.

– ¿Para cuándo cabe esperar el *boom* de la TV por cable en nuestro país?

– Estamos a dos pasos del *boom*. Lo que no está claro por ahora es cuándo se eliminarán las restricciones que frenan el desarrollo de este medio de información social, atendiendo a los intereses de las compañías gigantes y otras estructuras estatales. ¿Cuándo se promulgará una ley que determine el estatuto de la TV por cable y refrende el derecho de opción de los televidentes?

En EE.UU., el presidente Reagan levantó todas las restricciones en 1984. En Francia, F. Mitterrand inauguró varios estudios de ámbito municipal. En Bélgica, muchos ayuntamientos están representados en las juntas directivas de las principales compañías de TV por cable. En cierto sentido, nosotros tenemos una ventaja. Podemos aprovechar, desde

el principio, las experiencias positivas. Siempre, claro, que sepamos obrar con cordura y prudencia...

La mafia del vídeo en la URSS

En 1989, la industria soviética fabricó 73.000 equipos de vídeo. Según las estadísticas de 1990, la población del país tenía aproximadamente 2,5 millones de magnetoscopios, en su mayoría, traídos del extranjero, lo cual significa un *Equipo* por cada 70 familias. En cuanto a los videocasetes, la industria nacional prácticamente no los producía, y en las denominadas «tiendas comerciales», es decir, aquellas que venden a precios de libre mercado, dicho artículo cuesta casi la mitad del salario mensual promedio.

Antes de 1987, ver películas de vídeo en la Unión Soviética, o peor aún, tener un vídeo en casa era sumamente peligroso. Imagínense, por ejemplo, que en cierto edificio se produce un apagón; la policía, utilizando ese pretexto conveniente, irrumpe en uno de los apartamentos, y saca del aparato un cassette, en el cual —¡qué barbaridad!— las señoras no siempre aparecen totalmente vestidas. Las escenas «top-less» se encuentran prácticamente en todas las películas occidentales, y en la URSS eso se clasificaba como pornografía y amenazaba a uno con varios años de prisión. El dueño del vídeo estaba viendo la película con sus amigos, lo cual ya podría interpretarse como difusión de productos pornográficos con afán de lucro, corrupción de menores (caso de que los hubiere), etcétera. La legislación penal de la URSS cambió muy poco en los últimos años; sólo que ahora a uno no le meten en la cárcel con tanta frecuencia como hace cinco años. Aunque, eso sí, en 1991 ya no había peligro de que te privaran de la libertad por el mero hecho de haber organizado una sesión de vídeo. En cuanto a las personas que fueron condenadas por incurrir en ese «delito», todavía cumplen condena, y sí han sido liberados ya, intentan desesperadamente conseguir de las autoridades una rehabilitación oficial.

Hace apenas tres años, muchos de mis conciudadanos acaudalados tenían miedo de comprarse un vídeo: incluso si nadie los encarcelaba, iban a tener bastantes problemas. Bastaba con que un vecino o un colega presentara la respectiva denuncia a las autoridades para que el infeliz dueño del *Equipo* tuviera que enfrentarse a los severos funcionarios del PCUS en su centro de trabajo. Y se viera obligado a explicarles de dónde había sacado el dinero, equivalente a lo que ganaba en tres años de intenso trabajo un humilde empleado soviético, para adquirir semejante «juete» occidental.

A pesar de las medida, evidentemente draconianas, el mercado negro de los videocasetes extranjeros (acompañados de una traducción

simultánea al ruso) se ha desarrollado intensamente en la URSS. Lo que antes se realizaba en condiciones de semiclandestinidad (los tiburones de ese negocio sobornaban a los policías), ya se hacía de manera abierta, en centenares y miles de salas de vídeo inauguradas en los últimos tiempos por todo el país. Y aunque la aduana prohibía introducir en la URSS buena parte de las películas occidentales, los productos más interesantes llegaban de contrabando, se traducían al ruso, se editaban en miles de copias y se divulgaban entre los consumidores. Lógicamente, no cabe hablar del menor respeto a los derechos de autor. En cuanto a la producción nacional, goza de escasa demanda, de modo que nadie se preocupa por grabarla.

En diciembre de 1990, el Presidente de la URSS, Mijaíl Gorbachov, tomando en consideración «la preocupación de los soviéticos por la divulgación en el país de literatura pornográfica de carácter pseudoeducativo y de cintas eróticas», dispuso que se elaboraran «medidas urgentes con miras a proteger la moral pública».

Según el presidente, le movió a hacerlo un escrito redactado por Evgueni Primakov y Valentín Rasputin. El máximo dirigente soviético no detalló el contenido del escrito. Sin embargo, tal actitud del presidente no extraña a los observadores: el periódico *Dom kinó* (Casa del cine) escribió en su tiempo que Gorbachov, durante la exhibición de la película *Pequeña Vera*, había abandonado la sala en el momento en que la protagonista se preparaba a «hacer el amor».

Como responsable de la moral pública se nombró al ministro de Cultura, Nikolái Gubenko, quien se negó a decir a los periodistas de qué manera se proponía cumplir este cometido.

Hasta ese momento, la salud moral de los soviéticos estaba protegida por una disposición gubernamental de 1987 que prohibía la propaganda de la violencia y la pornografía. Basándose en ese documento, el Ministerio del Interior trató de defínk las normas de la moralidad soviética. El primer lugar en la *lista negra* de la policía correspondió a la película *El último tango en París*, de Bertolucci. En su disposición, el Presidente de la URSS propuso «declarar la guerra contra la pornografía», aprovechando las experiencias de otros países.

Es de señalar que las experiencias extranjeras ya habían sido aprovechadas en su tiempo por la Academia de Ciencias de la URSS, la cual hizo públicas en noviembre de 1988 sus *Recomendaciones metodológicas en materia de peritaje artístico de las producciones televisivas y cinematográficas*. Según los datos proporcionados por la Fiscalía de la URSS, antes de que esas «recomendaciones» se llevaran a la práctica, unas 200 personas habían sido condenadas a diferentes penas de prisión por delitos relacionados con la propaganda de pornografía. No se había incoado ningún proceso por propaganda de la violencia. Después de

entrar en vigor el mencionado documento, fueron enjuiciadas unas 15 personas.

Según algunos funcionarios del Ministerio del Interior, la Academia de Ciencias «legalizó la pornografía en la URSS»: si se aplican sus recomendaciones, no es posible conceptualizar de pornográficas películas como *Chicas en bragas transparentes*.

En 1990 un 80 % de la programación de las salas de vídeo del país correspondió a los filmes eróticos. En la URSS ya no gozan de demanda las películas de categoría X, según la clasificación occidental, puesto que el interés de los soviéticos por el «pomo duro» decayó hace un año y medio.

Nóvoye Rússkoye Slovo (14.12.90) insertó el artículo *Gorbachov echa un hueso a la mafia*, enviado desde Moscú por Alexandr Vladíkin, que describía el trasfondo del decreto presidencial:

El 5 de diciembre, en el marco del debate parlamentario sobre las enmiendas a la Constitución, se abordó el tema de la pornografía. Gorbachov, quien empleó el eufemismo de «ciertas relaciones» para referirse al coito, se declaró indignado por un programa de televisión dedicado a la pintura china antigua y, más concretamente, por un grabado en el que se mostraban diferentes posturas eróticas. Era su respuesta a una interpelación del diputado Vasílets, quien preguntaba si no era hora de poner coto a «la propaganda de la violencia y las relaciones sexuales» en las salas de vídeo. Gorbachov contestó que era hora. Es más, con una rapidez insólita, al día siguiente vio la luz una «disposición presidencial» en la cual se indicaba que, «habida cuenta de la preocupación manifestada por los soviéticos», debían adoptarse medidas urgentes tendentes a «proteger la moral pública», tarea que se encomendaba al ministro de Cultura, Nikolái Gubenko (seguramente, porque Gorbachov no ha tenido tiempo de crear un «Ministerio de la Moralidad»).

Está claro que un jugador político de la talla de Gorbachov no hace nada por casualidad. En realidad, en ese período de sesiones se examinaban cuestiones de suma importancia para él: una mayor concentración del poder —esta vez, ejecutivo— en manos del Presidente, facultándole para que forme él mismo el Gabinete de ministros, y el futuro «tratado de la Unión», que también es motivo de «preocupación» para algunos soviéticos por el grado de soberanía otorgado a las repúblicas y porque, a juzgar por todo, se inscribe en el cauce de un entendimiento con Yeltsin (las divergencias entre los proyectos del poder central y de Rusia atañen únicamente a cuestiones secundarias). En esas condiciones, el brindar en sacrificio a los «preocupados» el *Kamasutra* y los manuales de «formación primaria en técnicas sexuales», es como hacerles un guiño.

Todos recordamos un precedente de semejante maniobra política, que tuvo lugar en los albores de la era de Gorbachov, cuando a los conservadores «preocupados» se les hizo un regalo en forma de la campaña antialcohólica. Un «gesto» que, como bien sabemos, tuvo consecuencias dramáticas.

Por cierto que aquello fue más que un «gesto». El desvelo demagógico por la «salud de la nación» no era más que el marco visible en que se inscribían cálculos políticos sola-

pados. Gorbachov, que (a juzgar por todo) es abstemio, obtuvo así un arma infalible contra los funcionarios alcoholizados del aparato del partido y la *nomenklatura* de todos los niveles. Baste recordar que uno de sus principales rivales, Románov, perdió su puesto del *Politburó* «por borracho»: durante una visita a Hungría, Kadar lo embriagó hasta tal punto que no pudo cumplir con las formalidades protocolarias, y el dirigente húngaro informó de ello a Moscú. Decenas de secretarios de los comités regionales fueron removidos por su excesiva afición a la bebida o por falta de celo en la lucha contra el alcoholismo. Al calor de la campaña se llevaron a cabo las correspondientes purgas en los ministerios, empezando por el de Asuntos Exteriores, sin hablar ya de los peones de organismos de mucha menor entidad, como el Ministerio de Cultura.

Después de ganar esa batalla política (y atribuir ahora la iniciativa de la campaña a Ligachov, el cual –voluntariamente o porque no le queda otro remedio– ha asumido *toda* la responsabilidad), Gorbachov ya habrá calculado los costos de la aventura. En primer lugar, la inflación, ya que en un país en que el alcohol es la unidad de cuenta –a menudo más preciada que el rublo– para pagar *toda* clase de servicios, la escasez del mismo provocó automáticamente el alza de los precios. Además Gorbachov trató de enderezar la situación aumentando el precio de la botella de vodka, lo cual no hizo sino acelerar la devaluación del rublo no convertible. El segundo efecto fue una brusca disminución de los ingresos al tesoro público: el dinero se quedaba en manos de la población, lo cual sólo podía acrecentar la inflación en el contexto de la escasez de artículos de consumo. Como tercera consecuencia hay que señalar el incremento de la emisión de papel moneda (sin respaldo real) en forma de aumentos salariales. Estos factores significaron una dura patada en la espinilla para la economía de este país, que ya sin ello pasaba bastantes apuros.

Finalmente, apareció la «nueva ola» de la delincuencia organizada. Aprovechando la situación y tratando de sacar mayor provecho, la *mafia* del comercio ajustó vínculos interregionales, conectó con la policía y los organismos de justicia, reclutó guardaespaldas, tendió su propia red de comunicaciones, amasó dinero, y constituye ahora un ejército armado hasta los dientes, al que no podrá vencer ni el general Grómov, el héroe de la guerra de Afganistán, que acaba de incorporarse al Ministerio del Interior para reforzar su dirección. A la luz de esos resultados, el reciente gesto del presidente para complacer a los conservadores que desean proteger la «moral pública» contra las videopelículas (de origen occidental, por supuesto) es un regalo más que le hacen a la *mafia*.

Hablemos ahora de la moralidad. En realidad es muy difícil defenderla: la propagación de enfermedades venéreas en las escuelas y los campamentos infantiles de vacaciones, el ingente número de divorcios, las proporciones gigantescas de la prostitución, la ofensiva del SIDA en un país donde han desaparecido por completo de las farmacias hasta los preservativos, el bajo nivel de cultura y responsabilidad y el estado de desmoralización de la sociedad constituyen el telón de fondo sobre el cual la desaprensiva Emanuelle parece una encarnación de la pudibundez. Y es precisamente a ella a quien tendrán que dar caza la policía y el KGB, ocupación sin duda más agradable y menos arriesgada que la de perseguir a las bandas armadas de extorsionistas.

Hoy por hoy el panorama de las actividades contra las cuales va dirigida la actual campaña es el siguiente. En todas las ciudades, grandes y pequeñas, hay salas de vídeo

en las que pasan interminablemente películas eróticas. Por regla general, no se trata de pornografía, sino del erotismo más ingenuo. Por lo demás, puede ocurrir que en algún instituto de investigación científica se organice en horas de trabajo una sesión colectiva, con asistencia de todo el personal de una sección, para ver *Calígula*. Es costumbre ver películas eróticas «en familia» o en casa de amigos; las ven los niños; los adolescentes reclaman a gritos que les pongan *Badman* en el vídeo. Se están produciendo en serie filmes soviéticos de pésima calidad, que vienen a ser una imitación de los *thrillers* occidentales, condimentada con una fuerte dosis de erotismo chabacano.

En todas las ciudades y pueblos se venden en la calle «guías de las relaciones sexuales» y «boletines eróticos», editados de manera artesanal —a menudo en forma de fotocopias—, y las revistas oficialmente registradas (como la publicación del Komsomol Smena) ofrecen recetas ilustradas contra la impotencia. *toda* esa producción tiene un carácter netamente provinciano, chapucero y, dato importante, se vende a precios asequibles, como en la avenida 42 de Nueva York. Y no es difícil prever las consecuencias que van a tener las nuevas prohibiciones.

En primer lugar, surgirán videotecas y cines clandestinos, con «mercancía chachi» y entradas diez veces más caras que las de ahora. A buen seguro que ofrecerán una gama de servicios mucho más amplia que la actual, con bebidas alcohólicas, drogas y mujeres. Y si en las salas de cine de ahora abundan soldados que vienen a gastarse el último rublo que poseen, un público que no representa ningún interés para las prostitutas, no cabe duda de que en torno a los cines clandestinos prosperará el comercio de mercancía viva. En las condiciones de odio generalizado a todo lo estatal y de una completa falta de cultura del ocio, el éxito de estos «centros de recreo» está garantizado. Por consiguiente, surgirán nuevos campos de actividad para los extorsionistas, la necesidad de contratar «grupos de protección» y un nuevo canal de corrupción, pues creo que en la URSS jamás hubo un policía que no aceptara dádivas. Es fácil predecir que el nivel de ganancias en este sector creará un nuevo estímulo para el desarrollo de sindicatos ramificados. El narcotráfico, por ejemplo, hasta el momento, sólo tiene vinculaciones accidentales con la prostitución, pero los cines clandestinos serán un lugar apropiado para la convergencia de grupos criminales especializados en actividades diferentes.

Por lo que se refiere a la producción impresa, hasta ahora, como dijimos más arriba, se han vendido en cada esquina publicaciones chapuceras y baratas, que satisfacían los gustos poco exigentes del público, pero cuando las nuevas normativas espanten a esos vendedores, los precios subirán en flecha. La edición y difusión de las publicaciones de carácter erótico tiende a convertirse en un negocio muy lucrativo: en la actualidad, los cooperativistas obtienen ya de 6 a 8 rublos de ganancia por cada rublo invertido en actividades editoriales. Por cuanto el contrabando de pornografía es una empresa arriesgada y onerosa, se empezará a imprimirla en el país, pero con más profesionalismo que hasta ahora. Se necesitarán fotógrafos, modelos y agentes de distribución, es decir, que se configurará un nuevo mercado con la inevitable estela de actividades delictivas: extorsión, corrupción, etc.

No cabe duda de que el negocio de las películas y publicaciones eróticas debería haber sido colocado, desde hace tiempo, en un marco legal; en casi todos los países se han adop-

tado y se adoptan medidas –bastante eficientes– en este plano. Lo que no está nada claro es qué necesidad tenía el presidente Gorbachov de llevar esta cuestión al Parlamento y promulgar disposiciones especiales. O, dicho en otras palabras, ¿por qué inyectó tanto carburante en el motor de su juego político?

Cierto es que se trata de una pregunta meramente retórica: en la URSS, cuando se lucha por el poder, todos los medios valen.

El «hueso» que echaron a las estructuras de poder y la policía era muy grande y succulento. Tan grande que, para aprovecharlo bien, no bastó con el decreto presidencial. Cuando el país se enfrentaba ya con una situación de caos económico, el Parlamento de la URSS adoptó una disposición que, de hecho, venía a ser un intento de restablecer la censura. El documento merece ser citado íntegramente, aunque sólo sea porque fue la última disposición legal adoptada por el órgano supremo de poder de la URSS en los setenta años largos de predominio de la ideología soviética:

Disposición del Soviet Supremo de la URSS
Sobre medidas urgentes para poner coto a la propagación
de la pornografía y el culto a la violencia

El Soviet Supremo de la URSS, reconociendo el derecho inalienable de *toda* persona a la libertad de creación y la satisfacción de sus necesidades culturales y espirituales, y expresando su preocupación ante la propagación de producciones cinematográficas, videogradas, impresas y de otro tipo que propagan la pornografía y el culto de la violencia mostrando en emisiones de televisión, espectáculos y programas de los establecimientos de recreo escenas que ofenden la dignidad humana, así como los sentimientos nacionales y religiosos de los pueblos, y provocan delitos y trastornos psicológicos entre los niños y los jóvenes, dispone:

1. Encomendar al Gabinete de Ministros de la URSS que:

instituya en el plazo de un mes una Comisión Estatal de Expertos, integrada por especialistas altamente cualificados, para examinar los espectáculos, programas de variedades, emisiones de TV, publicaciones impresas y producciones cinematográficas, audiovisuales y de otro tipo, al objeto de ver si contiene elementos de pornografía o culto a la violencia;

crea un Organismo para el registro de películas cinematográficas, videofilmes y videoprogramas, encomendándole la clasificación de las obras y la otorgación de las correspondientes licencias (certificados);

redacte –en el plazo de dos meses– y apruebe un Reglamento que regule la exhibición pública de obras audiovisuales, determinando en él las condiciones de exhibición y alquiler, importación y exportación, las normas de apertura y registro de salas de vídeo, y obtención de licencias (certificados) para servicios de alquiler de las mencionadas obras, edad mínima de los espectadores y usuarios, etc.;

forme en los órganos dependientes del Ministerio del Interior un servicio especial para prevenir y atajar la comisión de delitos e infracciones contra la moral pública; adopte medidas complementarias para impedir la entrada en el país de obras de contenido pornográfico y/o que propaguen el culto a la violencia.

2. Establecer que las diferentes empresas, entidades y particulares sólo podrán vender, difundir o hacer propaganda de los artículos de contenido erótico en lugares asignados a esos efectos y determinados por los órganos ejecutivos de los Soviets locales de diputados populares.

3. Recomendar a los Soviets Supremos de las repúblicas que: instituyan –a nivel de república– comisiones de expertos y registros de películas cinematográficas, videofilmes y videoprogramas; determinen limitaciones de edad para prevenir la participación de menores en la producción, la difusión, la publicidad y la venta de artículos de contenido erótico; regulen la venta, distribución y publicidad de materiales de contenido erótico; adopten disposiciones que establezcan la responsabilidad administrativa de quienes infrinjan las normas vigentes de venta, difusión y publicidad de materiales de contenido erótico y los reglamentos de exhibición pública de obras cinematográficas y audiovisuales.

4. Proponer al Tribunal Supremo de la URSS que examine cómo se aplican en la práctica las leyes adoptadas contra la producción, difusión, publicidad y venta de artículos pornográficos y obras que propagan el culto a la violencia, y dé las recomendaciones pertinentes a las instancias judiciales inferiores.

5. Encomendar al Gabinete de Ministros de la URSS que informe al Soviet Supremo de la URSS, antes del 1 de noviembre de 1991, sobre la realización del punto primero de la presente disposición.

6. Los Comités del Soviet Supremo de la URSS para la Cultura y para la Legislación y el Orden Legal deberán controlar el cumplimiento de la presente disposición e informar al Soviet Supremo de la URSS sobre este particular a finales de 1991.

El presidente del Soviet Supremo de la URSS,

A. Lukiánov

Moscú, Kremlin, 12 de abril de 1991

En este país se puede llamar a filas a muchachos de 18 años, darles una metralleta, confiarles misiles y mandarlos a Afganistán o contra sus propios compatriotas. Se puede (todavía en nuestros días) mantener en condiciones inhumanas a los presos del GULAG. Se puede educar a los ciudadanos exhibiendo películas sobre la guerra civil y otras contiendas sangrientas. Se puede cultivar el odio de clase, el terrorismo de Estado y la sodomía en el Ejército y los establecimientos penitenciarios. Se puede

subalimentar a los niños y ancianos, y condenarlos a la muerte por inanición, o a consecuencia de los desastres ecológicos, o por falta de medicamentos.

Pero se prohíbe terminantemente contemplar beldades desnudas que se deleitan con los placeres del amor en el envidiable ambiente de la vida occidental. Es una de tantas aberraciones que conformaban la realidad soviética.

Desde comienzos de 1991, el Ministerio del Interior de la URSS puso manos a la obra para llevar a la práctica el rescripto presidencial sobre la «lucha por la pureza moral de los ciudadanos soviéticos». Para librar este combate se recurrió fundamentalmente al arsenal de los medios económicos: altos precios, con pago parcial en divisas, de las licencias para poder alquilar y exhibir películas eróticas, y fuertes multas por infracción de las limitaciones de edad en las salas de exhibición o por vender publicaciones pornográficas fuera de los lugares reservados a este comercio. Se anunció que en los casos de «pornografía evidente» se seguiría aplicando el artículo 228 del Código Penal, el cual estipulaba penas de reclusión contra los culpables. Eran medidas en todo punto razonables, pero no estaba claro lo que entraba en el concepto de «pornografía». Y D. Starostin se preguntaba en *Nezavisimaya gazeta* (11.4.91) si el Parlamento de la URSS, en vez de implantar la censura moral y formar brigadas especiales para el control de las costumbres, no debería ocuparse de problemas más apremiantes:

Mientras la multitud congregada en las calles de Tbilisi aplaudía clamorosamente la independencia de Georgia, la cuarta república que se separa de la Unión Soviética, el Soviet Supremo de la URSS discutía las diferencias entre lo pornográfico y lo erótico. El ministro soviético de Cultura, Nikolái Gubenko, interrumpió sus vacaciones en Crimea para participar en el examen de su proyecto de disposición sobre la protección de la moral pública. Al término de tres horas de debate, el texto del documento fue aprobado, en lo fundamental, por los diputados.

La tarea principal consiste en proteger a la mujer frente a la expansión de la pornografía, declaró el 9 de abril Borís Oléinik, cuyo discurso se centró en los métodos de lucha contra la «ocupación pornográfica» de la Unión Soviética. Oléinik condenó «los llamados concursos de belleza» y exhortó al Presidente de la URSS a participar en la lucha contra la industria *porno*, extendiendo su control y protección personal a las uniones de escritores y artistas.

Valentín Rasputín expuso criterios más diferenciados. Dijo, en particular, que la estatua de la Venus de Milo no es una obra pornográfica. El ex miembro del Consejo Presidencial acusó de atentado contra la moral al Komsomol, el cual es propietario de casi la mitad de las 25.000 salas de vídeo abiertas al público en nuestro país. Dirigió también acerbas críticas contra la recién constituida Asociación de Empresas Distribuidoras, cuyo dirigente, Izmaíl Tagui-zade, cuenta –según dijo Rasputín– con el asesoramiento de Fili-

pp Ermash, ex presidente del Comité Estatal de Cinematografía, y Alexandr Sújarev, ex Fiscal General de la URSS.

Como es sabido, la Unión Soviética se adhirió el 8 de julio de 1935 al Convenio Internacional contra el tráfico de publicaciones pornográficas. El artículo 228 del Código Penal de la Federación Rusa prevé condenas de hasta tres años de reclusión como castigo por la producción o venta de obras pornográficas, con confiscación del material y los medios de producción. De conformidad con la legislación soviética vigente, el concepto de «pornográfico» puede ser aplicado no sólo a libros, fotografías y dibujos, sino también a grabados, emblemas y hasta grabaciones en cinta magnética.

En los años de 1989 y 1990, la aduana soviética se incautó de más de 350.000 ejemplares de escritos impresos y grabaciones audiovisuales, considerados «pornográficos». En el puesto fronterizo de la carretera de Leningrado a Finlandia siempre está de guardia un oficial cuya misión consiste exclusivamente en examinar las videocintas traídas por viajeros que entran en la Unión Soviética.

A comienzos de la década del 80 fueron detenidas varias personas por el mero hecho de ver en casa cásales pornográficos. En 1985, según datos oficiales, se aplicó el artículo 228 a más de 300 personas. Las protestas de las uniones de profesionales del arte y la expansión del vídeo hicieron que esta cifra disminuyera en 1990 hasta 20 personas.

La disposición —relativamente liberal— adoptada el 9 de abril por iniciativa de una comisión que preside el ex actor Nikolái Gubenko, es considerada a todas luces «insuficiente» por los escritores patrioteros empeñados en el combate contra la pornografía. Vasili Belov, quien había delcarado anteriormente que cuando veía a una mujer desnuda en la pequeña pantalla le entraban ganas de destrozar el televisor a hachazos, se negó a comentar el texto aprobado por el Parlamento, alegando que *NG* «no es un periódico independiente».

En la URSS nunca se respetaron las leyes. En cada caso concreto las autoridades las interpretaban a su manera. En los tiempos de Súslov —nuestro principal ideólogo, antes que asumiera este cargo Egor Ligachov—, si bien se prohibía exhibir en público filmes pornográficos, también es verdad que no se robaban películas extranjeras en cantidades tan grandes como ahora. Bajo Gorbachov, el poder ya no decide gran cosa. La piratería en los dominios del vídeo ha alcanzado proporciones gigantescas.

El cásete con copias de películas pornográficas de tres horas de duración se vendía en 1990 a 150 ó 200 rublos. Hoy, los aficionados a las películas de este género insisten en que sean traducidas al ruso, de lo que se ocupan los especialistas de Leningrado. Las copias en ruso cuestan más caro. Según los cálculos de expertos, sólo en Moscú la distribución clandestina de copias de videocintas proporciona beneficios por valor de 6,5 millones de rublos mensuales. La parte de películas pornográficas en este conjunto no sobrepasa el 10 %.

Los filmes norteamericanos y de otros países se distribuyen en la URSS sin control alguno; de cada uno se saca un gran número de copias.

El Estado ya no hace intentos de poner orden en este sector, limitándose a gravar con pequeños impuestos a los propietarios de videotecas privadas. De aplicar en este sector las normas del mundo civilizado, Spielberg y Bertolucci harían fortunas en rublos y cualquier ciudadano soviético podría comprar (alquilar) en una tienda videocase-tes de alta calidad con películas a su gusto, escogiendo entre unos 7.000 ó 10.000 títulos. De momento, gozan de demanda estable «comedias eróticas» y *thrillers* occidentales. En la ex-URSS el mercado del vídeo nada tiene que ver con la divulgación de la cultura y constituye un negocio lucrativo que explota las bajas pasiones, salvo, tal vez, la distribución de dibujos animados de producción norteamericana y japonesa. Las películas de este género son comercializadas también por los video-clubes oficiales, pero su parte en el volumen total de ventas ni siquiera llega al uno por ciento. El resto corresponde a empresas piratas.

La prensa soviética dio amplia cobertura informativa a un acontecimiento que en cualquier país occidental pasaría inadvertido. En setiembre de 1990 en los comercios de Moscú se pusieron en venta videocasetes con 12 nuevas películas de largometraje, producidas en Japón, EE.UU., Italia y España. Esta noticia atrajo la atención general por no haber tenido precedentes en la Unión Soviética.

En nuestro país sólo con mucha suerte y a precio exorbitante se podían adquirir documentales soviéticos y extranjeros filmados en los «puntos álgidos» de la URSS y que se exhibieron en algunos cines y se transmitieron por canales locales, sin aparecer en la gran pantalla. Por ejemplo, los georgianos adquirirían gustosamente copias de la videocinta filmada por agentes del KGB en la madrugada del 9 de abril de 1989 en la plaza frente a la Casa de Gobierno. En su día, el Congreso de Diputados Populares de la URSS (instancia más alta que el Parlamento federal) decidió que se mostrara por la TV Central ese testimonio documental de la horrible carga de los paracaidistas contra los manifestantes pacíficos de Tbilisi. Sin embargo, el pueblo soviético jamás ha visto el filme. El rasgo distintivo de esta película, que los camarógrafos del KGB filmaron durante varias horas, consistía en que era imposible hacer recortes en la misma, porque además de la imagen, el espectador veía en la pantalla el cronizador funcionando en tiempo real. El espectador podía ver a qué hora comenzó el ataque contra los manifestantes, así como los detalles de la masacre con empleo de tanques y palas de infantería. Entre los militares no se registraron víctimas. Pero en la plaza quedaron los cadáveres de 20 personas, entre ellas 18 mujeres de distinta edad.

A mediados de enero de 1991, en Moscú se celebró con éxito el festival Obras Maestras del Cine Europeo Desconocidas en la URSS, organizado por la Asociación de Iniciativas Cinematográficas Soviéticas. Los periodistas, que en horas de la noche del 16 de enero no acudieron a la

embajada de Francia para encontrarse con cineastas franceses y prefirieron reunirse en la Casa del Cine con documentalistas lituanos, tuvieron la oportunidad de ver la película filmada en Vilnius en la madrugada del 13 de enero durante la ocupación de las instalaciones del telecentro local por unidades del ejército soviético. (El 17 de enero, por la noche, el filme fue emitido por la cadena de Leningrado).

En las calles de Vilnius rugen los motores de tanques. Se mueven camiones con soldados. Los tanques rodean la torre del telecentro.

Vehículos blindados y soldados con chalecos antibala. La entrada al telecentro es protegida por un grupo de personas inermes.

Rompe el silencio una ráfaga de metrallata. Gritos: «¡No teman! ¡Son cartuchos sin bala!». La cámara enfoca huecos que dejaron sobre la pared de hormigón «cartuchos sin bala». Unas cuantas personas llevan a una ambulancia al joven con rostro cubierto de sangre. Gritos: «¡Es ése quien ha disparado! ¡Ese!». La cámara muestra a un soldado corpulento con uniforme de tropas de desembarco. Está de pie sobre el techo del transporte blindado, con metrallata en mano: un vencedor de ciudadanos pacíficos.

La torre del tanque se pone en movimiento. El cañón busca el blanco.

Automóviles aplastados por carros blindados. Juguetes desparramados por la calle.

Los automóviles destruidos quedaron en la calle. A las personas aplastadas se las llevaron al hospital.

Hospital. Chófer del camión que transportaba juguetes. Tiene fracturada la espina dorsal. Pero puede hablar. Recuerda el año 1940, la llegada de los nazis.

Asalto al telecentro. Suenan disparos. Soldados arremeten a culatazos contra personas indefensas. Gritos de los golpeados. Movimientos rápidos y precisos de los atacadores. Es imposible bloquear los golpes que asestan los soldados bien adiestrados.

En el campo visual aparece el extremo de una culata...

Las imágenes comienzan a bailar. Se oyen gemidos. Uno llega a comprender que el camarógrafo salvó la cámara, recibió el golpe en la cabeza, pero, al caer, sigue filmando, sigue...

Amanece. Por un parque avanzan muchachos uniformados, con chalecos antibala, cascos y metrallatas en mano. Las imágenes que aparecen en la pantalla se parecen como dos gotas de agua a las secuencias finales de las películas norteamericanas sobre la guerra de Vietnam. «Boinas verdes» (o comandos), al cumplir la misión asignada, regresan ilesos a su cuartel.

Pero de súbito entre los tanques aparece un hombre vestido de paisano. Tiene buena presencia y lleva puesto un impermeable y un sombrero. No sé de qué marca son. Pero el ritmo de sus movimientos y la manera de portarse me hacen recordar a las personas, investidas de poder y acostumbradas a dar órdenes, saludar a las manifestaciones e inaugurar foros de *toda* clase.

¿Qué está haciendo allí, en medio de carros blindados y tanquistas? ¿Por qué no tiene miedo? ¿Por qué se porta como un amo? ¿Espera que le rindan cuenta del trabajo realizado? Es el único civil que permanece tranquilo en medio de gritos, gemidos y voces que piden socorro.

Pero no es el único que conserva la presencia de ánimo. He aquí miles de personas tranquilas. Protegen con sus cuerpos y sus vidas el edificio del Parlamento. Permanecen en sus puestos durante *toda* la noche y no los abandonan, pese a que se oyen disparos y estallidos. Entre estas personas no hay ninguno que tenga puesto el sombrero. Guardan silencio, pero al cabo de un segundo en la plaza se dejarán oír los gritos: «¡Qué deshonra! ¡Fascistas!».

Ha terminado la película. Es una auténtica obra maestra, pese a que está mal filmada y mal montada. Uno podía estar seguro de que este documental y otros de la misma clase jamás serían exhibidos en las regiones de la URSS donde todavía estaban en el poder las estructuras comunistas. Tales producciones cinematográficas, no convenientes a las autoridades, no aparecerían en la gran pantalla so pretexto de no ser taquilleras. (En otras épocas las autoridades no eran tan cínicas. Simplemente, a cada película se le inscribía dentro de determinada categoría, fijando de esta manera el alcance de su distribución. Las mejores producciones soviéticas, que ganaban los premios en distintos festivales de cine en el extranjero, no aparecían en la gran pantalla en la URSS).

A finales de 1990, en la Casa del Cine de Moscú se celebró un mitin político de cineastas capitalinos que apoyaron la idea de repetir la variante polaca de boicot de los intelectuales a la dictadura de Jaruzelski. Se sugirió elaborar las normas de comportamiento de las personalidades de cultura en el período de la futura dictadura. Sin embargo, no llegó a plasmarse en la práctica esta propuesta, ya que, salvo una veintena de cineastas realmente talentosos, los ocupados en el enorme sector cinematográfico soviético (su número asciende a 300.000 personas, entre los cuales figuran administradores, ejecutivos y el personal de distribuidoras) se proponen sobrevivir en condiciones de situación crítica configurada en la economía del país. Sobrevivir en un sector que difícilmente se mantendrá en el marco de las normas civilizadas, aunque cuente con la ayuda de socios extranjeros.

La ASTDC (Asociación Soviética de Trabajadores de Distribuidoras Cinematográficas, una organización recién creada pero que se las arregló para celebrar en enero de 1991 su segundo congreso en el Palacio del Kremlin, foro que duró tres días) anunció el propósito de lanzar al mercado soviético más de 100 películas (ya adquiridas) de producción norteamericana.

Es bien poco en comparación con los miles de títulos de películas occidentales (de todos los tiempos y pueblos, pero con notable predominio de producciones norteamericanas) que circulan en nuestro mercado del vídeo. El régimen soviético ha mantenido una actitud negativa hacia las normas del «derecho burgués» y, por vía de consecuencia, la legislación de la URSS, hasta estos últimos tiempos, ha ignorado pura y simplemente el problema de la piratería. A nadie se le ocurría pagar a firmas

occidentales los derechos de reproducción o exhibición (sólo se pagaba por unas cuantas películas compradas oficialmente para ser exhibidas en la red estatal de cines). Los «piratas» soviéticos, si acaso, iban a parar a la cárcel por «propaganda antisoviética», «especulación» o «actividades empresariales privadas», podían ser despedidos del trabajo por «comportamiento amoral», pero nunca se les castigaba por impago del copyright.

Asociados, bajo la dirección de Izmaíl Taguizade, candidato a doctor en Historia del Arte y afortunado empresario, los distribuidores soviéticos de películas y videocintas medraron rápidamente. Enviaron nutridas delegaciones (centenares de personas) a festivales internacionales del cine en EE.UU. y Francia. Los norteamericanos se extrañaron: ¿cómo era posible que *toda* esa gente que andaba por el mundo haciendo alarde de riqueza no les pagara ni un céntimo por concepto de derechos de distribución? También hubo en la URSS algunas personas que pusieron su granito de arena para que los productores estadounidenses desfogaran su ira en Taguizade. La educación comunista ha hecho lo suyo: en nuestro país la prosperidad ajena provoca envidia y odio mortales.

En junio de 1991, los norteamericanos anunciaron, primero, que no nos venderían más películas; segundo, que no acudirían al festival de cine de Moscú, y tercero, que suspendían todo contacto con nosotros. Acusaron de hurto no sólo a nuestros «piratas» del vídeo, sino también a la TV Central y las máximas estructuras del cine soviéticas. Es de suponer que la Asociación de Cineastas de Estados Unidos, presidida por Jack Valenti, se lo pensó mucho antes de mandar una violenta carta de protesta al viceministro de Asuntos Exteriores de la URSS, Vladímir Petrovski, porque, de todos modos, los productores norteamericanos solían recibir de nosotros alrededor de un millón de dólares por sus películas y, además, los contactos con nuestro país les prestaban utilidad en otras esferas de la industria del cine.

Habida cuenta de la enorme diferencia entre el costo de producción de películas en la URSS y en Occidente, muchas firmas extranjeras se muestran interesadas en colaborar con socios soviéticos en materia de vídeo y cinematografía. A finales de 1990 en el paseo Tsvetnoi de Moscú se inauguró la sala de cine franco-soviética. El Soviet de Moscú ratificó un acuerdo conforme al cual Hollywood debía construir en la capital soviética seis cines de multisalas, según proyectos norteamericanos.

A principios de 1990, se pusieron a la venta los primeros 50.000 discos compactos que habían sido grabados en la URSS con la ayuda de la tecnología germanooccidental. Eran 15 programas de música clásica rusa. La fábrica experimental Gramzapis es capaz de producir hasta cinco millones de discos al año, pero sólo producirá unos 500.000.

A principios de enero de 1991, en la URSS se fundó la primera empresa privada en el sector de productos audio, monopolizado hasta ese momento por la casa discográfica Melodía. La firma Erio se propone

controlar el 15 % del mercado musical soviético, producir y vender elepés, discos compactos y casetes con grabaciones. Los discos grabados se distribuirán en cantidades limitadas (unas 20.000 unidades como máximo). La firma Erio ya ha comenzado a vender sus productos en comercios especiales de Moscú, Leningrado y de las repúblicas bálticas.

CAPITULO DECIMOSEGUNDO

REDES DE TELECOMUNICACIONES

El teléfono del «hermano mayor»

En la Unión Soviética, país de economía subdesarrollada en que las autoridades han venido aplicando una política social antihumana, el servicio telefónico es uno de los sectores más atrasados de la economía nacional. La deplorable situación en el ámbito de servicios postales, telefónicos y telegráficos y la imposibilidad de acceder a las redes computarizadas y a bancos de datos son producto del instinto de conservación y la mentalidad específica del Estado soviético totalitario.

En un pasado reciente, en la URSS estaba limitada incluso la venta a la población de máquinas de escribir, y hace sólo 7 años todas las máquinas que pertenecían a establecimientos estatales tenían que ser registradas oficialmente en departamentos locales de policía, junto con las muestras del texto impreso. En víspera de días festivos las mecanógrafas debían trasladar las máquinas de escribir a un local determinado, rigurosamente protegido. Durante el gobierno de Stalin, Jruschov y Brézhnev en nuestro país, igual que en Albania y China, imperaba la fórmula: un pueblo pobre y mal informado es más fácil de gobernar. Precisamente por eso en la URSS jamás se ha estimulado la adquisición de vehículos, apartamentos y teléfonos en propiedad personal ni la li-

bertad de prensa; es decir, se intentaba impedir que el soviético fuera un hombre libre e independiente.

En las ciudades, un tercio de las familias no tienen apartamentos propios. El hecho de que en un mismo apartamento, compartiendo cocina y baño, residieran de dos a diez familias facilitaba la vigilancia sobre las mismas por parte del «hermano mayor», o sea, el KGB. El resultado de tal política es hartamente conocido: el pueblo trabajaba tal como vivía. Vivía en condiciones pésimas, trabajaba mal, cobraba y gastaba poco, permaneciendo durante decenios a la espera de que el Estado le concediera un apartamento o instalara en su casa el teléfono.

En zonas rurales el problema de la vivienda no es tan grave como en las ciudades, pero el estado de los servicios telefónicos es más deplorable aún. Los aparatos telefónicos están instalados sólo en los despachos y apartamentos de los dirigentes locales de distinto rango. Además, las centrales telefónicas rurales no funcionan en régimen automático y para conversar con otra ciudad o aldea es necesario recurrir a los servicios de telefonista.

Las líneas telefónicas interurbanas automáticas unen una parte ínfima de las ciudades soviéticas. Es fácil hacer una llamada de Moscú a Leningrado, pero es prácticamente imposible al comunicante rural conectar con el teléfono de una persona que reside a 100 ó 1.000 km de distancia. Por supuesto, las redes de ferrocarriles y la aviación, las estructuras partidistas y estatales, los servicios de seguridad y los Ministerios del Interior y de Defensa tenían sistemas autónomos de comunicación telefónica. Las redes de destinación pública prestaban servicios de conferencias interurbanas primero a las instituciones estatales (en determinado orden jerárquico) y sólo después atendían las solicitudes de usuarios particulares.

El servicio telefónico internacional se encuentra en la URSS en un estado embrionario. En enero de 1990, en Moscú, en el lujoso hotel Savoy, en un ambiente solemne, se inauguró (con participación de una compañía británica) el primer... teléfono público de comunicación internacional. Sin embargo, sólo pueden usarlo quienes disponen de divisas convertibles. La situación configurada en el capítulo de los servicios telefónicos internacionales es una ignominia que humilla a los soviéticos. El habitante de Moscú y de otras ciudades grandes del país tiene que esperar horas y hasta días para poder hacer una llamada telefónica al extranjero. En la capital soviética sólo los extranjeros tienen derecho a utilizar el servicio telefónico automático para hacer llamadas a países occidentales, pagando en divisas por anticipado. Entretanto, ya en la década de los 70, en Varsovia cualquier polaco podía comunicar desde teléfonos públicos con decenas de países.

Desde Moscú (pero no desde otras ciudades soviéticas), la mayoría de los usuarios, marcando un prefijo, podían hacer llamadas a Bulgaria, Ru-

mania, Hungría, Polonia, Checoslovaquia, RDA, Mongolia y hasta Cuba. Este hecho es una prueba más de que en un pasado reciente en la URSS existía una relación directa entre las preferencias ideológicas y el acceso al servicio telefónico internacional.

Moscow Magazine, en su número de octubre de 1991, se refirió a las causas de nuestro atraso en el campo de la telefonía:

El modo soviético de abordar los problemas de las telecomunicaciones ha sido siempre un tanto distinto del enfoque occidental. Si el lector se pregunta por qué es más fácil llamar desde la URSS a Cuba que a Estados Unidos, habrá dado en el clavo. Desde hace muchos años, los directivos de las principales entidades occidentales del ramo se reúnen periódicamente para tratar de la integración de la red mundial de comunicaciones. Son encuentros a los que nunca han sido invitados expertos soviéticos, los cuales se reunían con sus colegas del campo socialista.

Para terminar con esta situación, hay que demoler una vieja barrera: el convenio del COCOM (Comité Coordinador para el Control de las Exportaciones), el cual prohíbe vender a la URSS tecnologías que puedan ser utilizadas para fines militares.

«Nuestros problemas –dice Piotr Chachin, del Instituto de Economía y Problemas de las Telecomunicaciones– pueden ser resueltos con la ayuda de compañías extranjeras, la cual nos permitiría aprovechar al máximo nuestras propias ventajas. Pero las aspiraciones de nuestros eventuales socios de otros países apuntan más allá de la simple venta de artículos: ellos desean participar en el desarrollo de nuestro sistema, ofreciéndonos su experiencia en este campo y ajustando lazos de cooperación».

Las dimensiones de la URSS constituyen uno de los principales obstáculos. Por eso la tarea estratégica primordial consiste en tender líneas telefónicas hasta los confines más remotos del país. Hoy por hoy, algunos habitantes tienen que cubrir centenares de kilómetros para llegar al teléfono más próximo.

Cuando se haya establecido la comunicación telefónica con las zonas apartadas, habrá que multiplicar el número de líneas entre las grandes ciudades. Las tecnologías de comunicación vía satélite podrían ser una solución. Surge también la tarea de desarrollar las redes en los centros densamente poblados (más del 80 % de las llamadas urbanas son de carácter local). Finalmente, está el problema de las comunicaciones internacionales. En una palabra, hay mucho que hacer.

A título de comparación, señalemos que si un pescador islandés quiere comunicar, pongamos por caso, con un sobrino suyo que reside en alguna ciudad norteamericana, marca directamente el número, utilizando uno de los 1.500 canales que enlazan este pequeño país con Estados Unidos. En cambio, la URSS, esta gigantesca superpotencia, con aproximadamente 286 millones de habitantes, sólo dispone de 2.600 canales de comunicación con el mundo exterior.

Lo paradójico es que la empresa leningradense Dals produce varios elementos vitales de los equipos que el COCOM prohíbe exportar a la URSS. «Nuestros equipos para líneas de fibras ópticas –dice Yuri Rúdov, director general de Dais– pertenecen a la tercera generación. La distancia entre las estaciones de regeneración es de más de 70 kilómetros.

Pienso que esta característica corresponde a los estándares mundiales».

Otra empresa de Leningrado, Severkabel, lleva ya varios años fabricando líneas de transmisión a base de fibras ópticas. La primera experiencia soviética en este dominio data de 1979, cuando se tendió en la ciudad del Neva un tramo de tres kilómetros de largo. Posteriormente se pusieron en servicio líneas de este tipo en Moscú, Gorki, Minsk y entre varias ciudades de los Urales. Actualmente, Dais está tendiendo una línea de comunicación de mil kilómetros entre Leningrado y Minsk. Realiza asimismo otro proyecto —más importante aún— a lo largo del Ferrocarril Transsoviético, en la zona del lago Baikal.

«Si tuviésemos algunos componentes de fabricación occidental, podríamos poner en marcha ahora mismo la producción en serie de equipos para las nuevas líneas», resume Rúdov.

El problema estriba no sólo en las sanciones del COCOM. La URSS se está resintiendo también de la disolución del CAME (Consejo de Ayuda Mutua Económica), de cuyos países importaba anualmente 15.000 unidades de equipamiento para sistemas de telex.

En la Unión Soviética hay gran escasez de conmutadores digitales. El Gobierno ha programado la instalación de capacidades que permitirán obtener 5 millones de conmutadores de este tipo en los próximos cuatro años. Para implementar el programa, se han fundado varias empresas mixtas, con participación de la conocida compañía norteamericana AT&T, la italiana CTET y otras firmas occidentales. Siemens ha elaborado dos proyectos para la fabricación de conmutadores en territorio soviético: en Kíev y en una planta de Izhevsk, que hasta poco trabajaba para la defensa. Al visitar el museo fabril, nos enteramos de que allí se fabricaban las famosas metralletas Kaláshnikov. Los datos relativos al resto de la producción todavía se mantienen en secreto. Los representantes de Siemens quedaron impresionados por lo que vieron. «En lo ergonómico y lo tecnológico —dice el Dr. Egert—, esta fábrica está al nivel de las empresas de Occidente con altos índices de rendimiento y calidad». Pero, aquí también, el problema radica en la falta de componentes, que sólo pueden ser comprados con divisas convertibles. La URSS confía en que obtendrá un importante paquete de ayuda occidental.

Hay muy pocas soluciones para resolver rápidamente todos los problemas con que se enfrenta la URSS en el campo de las comunicaciones, pero el desarrollo de redes radiotelefónicas apanaladas permitiría satisfacer en plazos relativamente cortos las necesidades de las grandes ciudades, donde la gente espera decenios que le llegue el turno para obtener un número y donde es mayor la densidad de llamadas.

Hace cinco años, el tener un *walkie-talkie* era motivo suficiente para que uno fuera a parar entre rejas. El uso de esos aparatos estaba estrictamente reservado a la *nomenklatura* del PCUS, el KGB y la policía. Hoy los hombres de negocios de la capital disponen de una red autónoma de radiotelefonía, instalada con el concurso de la empresa finesa Nokia.

El año pasado la Asociación de Radiotelecomunicaciones de la URSS (Vart) fundó varias empresas mixtas con participación de consorcios extranjeros. Vart es una muestra de los cambios que se están operando en la economía soviética. La industria de telecomunicaciones, que hasta hace poco entraba por entero en la esfera de competencia del

aparato burocrático, se esfuerza actualmente por atraer inversiones privadas de los principales usuarios, en particular de las grandes empresas. Uno de los objetivos que se ha fijado Vart consiste en agrupar las empresas mixtas de las grandes ciudades y las zonas económicas libres al objeto de crear sistemas de radiotelefonía apanalada. Para muchas personas que se ven condenadas a esperar durante decenios la conexión a las centrales telefónicas, el radioteléfono no es un símbolo de prestigio sino un artículo de primera necesidad. Los soviéticos podrán pagar estos servicios en rublos. Para los usuarios que los paguen en divisas, el costo de un minuto de comunicación será de aproximadamente 0,25 US\$.

Actualmente, se están elaborando proyectos de comunicación radiotelefónica para Leningrado (por un valor de 6,7 millones de dólares, con participación de empresas occidentales y el Servicio Urbano de Teléfonos) y Minsk.

La fundación de Vart ha sido posible gracias a una reorganización del Ministerio de Comunicaciones. El consorcio Telecom, encargado de la fabricación de equipos, goza de autonomía. La separación entre usuarios, productores y proveedores de servicios tiene por objeto crear una especie de mercado.

De todos los cambios registrados en los últimos tiempos, el más radical ha sido seguramente la penetración del capital privado en la esfera de los sistemas espaciales. Antes, sólo los militares tenían la posibilidad de realizar semejantes proyectos. Pero la URSS empieza a comprender que es hora —lo es desde hace tiempo— de recurrir a los viejos métodos capitalistas y aprovechar las tecnologías avanzadas como fuente de beneficios. Tanto más cuando se cuenta con la ventaja de poder ofrecer precios relativamente bajos en comparación con los sistemas occidentales.

Es inexplicable que en la URSS sólo un 2 ó 3 % de los canales telefónicos comunican entre sí por medio de satélites. Según algunas estimaciones, esta relación debería ser de cincuenta por ciento para la comunicación entre ciudades y regiones separadas por grandes distancias. Los ingenios colocados en órbita podrían satisfacer en un futuro relativamente próximo las necesidades de millares de usuarios. En los años 60 y a comienzos de los 70, el lanzamiento de tres sistemas espaciales significó un milagro para los televidentes de las zonas de la URSS alejadas de la capital. Hoy, un 98 % de los telespectadores soviéticos ve programas retransmitidos vía satélite. Ciertamente todavía queda bastante por hacer en el plano de la construcción de estaciones terrestres.

La industria soviética de comunicaciones proyecta lanzar una serie de satélites por medio del cohete Energuia, utilizado para poner en órbita estaciones cósmicas. En esas grandes plataformas pueden ser instalados no sólo aparatos de retransmisión sino también sistemas «más racionales», por ejemplo conmutadores. Algunas estimaciones indican que para 1993 se podrían colocar en órbita circunferente aparatos con capacidad suficiente para conmutar las conversaciones de un millón y medio de abonados.

El único inconveniente es que esos proyectos resultan muy caros. De ahí la necesidad de captar inversiones de tipo comercial. Los gobiernos de las repúblicas y la industria de hidrocarburos ya han comprobado que las inversiones en esta esfera son rentables.

Aunque la Unión Soviética dispone de un sistema perfecto de lanzamiento de satélites, la tecnología occidental puede crear una red de retransmisión y equipos de conmutación más potentes.

Desde el territorio de la ex-URSS es muy difícil ponerse en contacto telefónico con Occidente para los abonados que no residen en Moscú y en capitales de las repúblicas. El periódico georgiano Zariá Vostoka (5.12.90) publicó la carta de E. Shamlidi-Grammatikópulo, residente en la ciudad de Sujumi. La autora se quejaba de que desde hacía dos años no podía llamar por teléfono a sus hijos, establecidos en Salónica (Grecia). El diario no comentó la carta, pero insertó una respuesta del Ministerio de Comunicaciones de Georgia, de la cual se desprendía que esta república (con 5 millones de habitantes) disponía sólo de 4 canales de servicio telefónico interurbano con capacidad para 320 conferencias diarias, encargadas con anticipación. Además, los abonados residentes en Tbilisi podían utilizar el servicio de comunicación automática con 200 ciudades de la URSS y con 40 de Georgia. El resto de la población de la república no tenía, prácticamente, acceso a la red telefónica automática (no es casual que en el aparato administrativo soviético uno de los rasgos distintivos de *toda* persona que ocupaba un puesto influyente en la pirámide del poder era su acceso a las redes telefónicas interurbanas e internacionales).

A finales de 1990, los norteamericanos obtuvieron por fin el consentimiento de las autoridades soviéticas de crear el sistema de servicio telefónico directo, integrado en la red de telecomunicaciones por satélite Inmarsat. Para los hombres de negocios de EE.UU. ponerse en contacto telefónico con socios soviéticos resultaba un problema insoluble. Era mucho más fácil tomar el avión y desplazarse a la URSS que pasar largas horas en espera de una conferencia con la URSS y... no conseguirla. Incluso cuando se trata de un proyecto por valor de mil millones de dólares, los ejecutivos de la planta automovilística del Volga no pueden ponerse en contacto telefónico con la compañía General Motors. En noviembre de 1990 la parte norteamericana decidió resolver el problema de manera radical. Asignó fuertes sumas para comprar a las firmas Belka International y Kan Shiffer los equipos para el sistema de servicios telefónicos vía satélite y financió su transporte a la URSS. Es permisible incurrir en tales gastos cuando están en juego un contrato estimado en mil millones de dólares. Si Occidente desea mantener negocios con la URSS, tiene que ocuparse por cuenta propia de los servicios telefónicos. Los japoneses ya lo han comprendido y anunciaron que en 1991 aumentarán de 24 a 60 el número de canales telefónicos Tokio-Moscú y establecerían el enlace telefónico directo con Leningrado. Por término medio, un soviético hacía cada año 7 llamadas interurbanas; un habitante de la RFA, 66, y uno de EE.UU., 100.

En la Unión Soviética estaban en servicio centrales telefónicas de distintas generaciones: mecánicas (producidas a finales de la década de los 30) y de coordenadas (las instalaciones de este tipo ya no se fabrican en ningún país industrializado). Las centrales electrónicas son todavía pocas:

en 1990 la industria soviética produjo centrales de este tipo sólo para un millón de abonados.

En diciembre de 1990, se firmó un contrato con la empresa sudcoreana IL SHIN para el suministro de componentes y el ensamblaje en empresas soviéticas de 500.000 teléfonos. En el futuro se prevé importar de Corea del Sur líneas automáticas para el ensamblaje de los aparatos.

El periódico *Pravda* (6.2.89) escribió que sólo un 25 % de las familias soviéticas tenían teléfonos privados. La población disponía de 22 millones de aparatos telefónicos. El número de teléfonos de servicio (conectados a redes departamentales y de uso general) es dos veces mayor. En Moscú el servicio telefónico cubre el 87 % de los apartamentos; en las ciudades bálticas, un 60 %; en Sverdlovsk, Gorki, Ashjabad y en muchas otras ciudades importantes, de un 10 a un 15 %. En zonas rurales hay sólo 6 millones de abonados, de los que un poco más de la mitad utilizan teléfonos privados. En la Zona de las Tierras No Negras de Rusia, unos 20,000 poblados no tienen servicio telefónico ni otros sistemas de comunicación.

Sovétskaya Rossia (13.10.90) comunicó que en Moscú 126.000 familias estaban inscritas en la lista de espera para abonarse a la red telefónica urbana.

El atraso patológico de la infraestructura de comunicaciones se debe a causas de carácter ideológico. No es casual que en la ex RDA hubiera menos teléfonos que antes de la Segunda Guerra Mundial. En Hungría para adquirir el derecho a instalar el teléfono particular hay que esperar unos 10-15 años.

A quién vigilaba Kriuchkov

Sin embargo, hay ámbitos en que jamás se registra escasez de fondos. *Komsomólskaya pravda* (5.2.91) informó que en las habitaciones 420 y 420-a, situadas justamente sobre el despacho de B. Yeltsin en el edificio del Soviet Supremo de Rusia, en el malecón Krasnopresnenski de Moscú, se descubrieron equipos destinados a interferir las conversaciones telefónicas. Los periodistas del diario se enteraron de que la orden de instalarlos había sido dada por el ex jefe del departamento administrativo del Consejo de Ministros de la Federación Rusa, quien justo acababa de pasar a ocupar un cargo en el aparato del KGB. Yeltsin y los periodistas decidieron no entrar en combate contra los servicios secretos, y este tema no volvió a ser tratado por la prensa soviética.

En setiembre de 1991, el semanario *Argumenti i fakti* publicó un curioso suelto titulado *Los teléfonos de Yanáev y Lukiánov estaban 'pinchados' por orden de Kriuchkov:*

Desde el 15 de agosto, por orden del ex jefe del KGB, Vladímir Kriuchkov, los servicios especiales de escucha tenían intervenidos los teléfonos de Yeltsin, Siláev, Jasbulátov y Búrbulis. Aunque parezca extraño, dicha medida se hizo extensiva a Yanáev y Lukiánov, quienes, por lo visto, inspiraban fuertes recelos a Kriuchkov (el primero, por su debilidad de carácter, y el segundo, por su carácter marrullero).

Entre los últimos «blancos» de la guerra telefónica de Kriuchkov figuraban los presidentes de EE.UU. y Francia, George Bush y François Mitterrand, cuyas conversaciones con Yeltsin también fueron grabadas.

Después del golpe de agosto, *Argumenti i fakti*, ya sea por influencia de la campaña de suscripción o debido al desmantelamiento —más aparente que real— de las estructuras del KGB, insertó varias denuncias contra la interferencia de ese monstruo omnipresente en la vida privada de los soviéticos. Respondiendo a una pregunta de la familia Lopujov, de Moscú, que deseaba saber por qué en los días del *putsch* se cortaban con tanta frecuencia las conversaciones telefónicas, sobre todo cuando se trataba de conferencias interurbanas, Ai? (núm. 34, 8/91) publicó la siguiente respuesta (sin firma):

Esta cuestión interesa a muchos lectores. Nuestra Redacción no ha logrado obtener respuesta de organismos oficiales. Sin embargo, según fuentes extraoficiales bien informadas, desde el centro técnico del KGB (instalado en el nuevo edificio de la plaza Lubianka) se mantienen bajo escucha todos los servicios de comunicación: conferencias interurbanas, radiocontactos, etc. Diversos aparatos controlan todas las conversaciones en régimen automático durante las 24 horas del día. Existe un sistema de palabras clave que al ser pronunciadas por el usuario activan el *Equipo* de grabación, registrando el número del teléfono desde el cual se efectuó la llamada. Si se trata de controlar, por ejemplo, la lealtad de un ciudadano, esas palabras pueden ser «Comité Central», partido y determinados apellidos.

Durante las jornadas del 19 al 21 se pronunciaban tan a menudo palabras clave («tanques», «golpe de Estado», etc.) que los aparatos automáticos no podían grabarlo todo y optaban por cortar pura y simplemente las conversaciones.

En el núm. 38/91, el semanario propuso a sus lectores una entrevista de P. Lukiánchenko con un tal I. Proskurin, comandante del KGB:

— Ya sé, comandante, que me estás escuchando y das parte a los de arriba. Lo sé, comandante, pero me importa un pepino. Se le oyó decir muchas veces a T. Gdlián cuando tenía conversaciones telefónicas de particular importancia. ¿Es verdad que quienes realizan servicios de escucha en el KGB suelen ser oficiales del mismo rango que usted, es decir, comandantes?

— La escucha es un trabajo que requiere un nivel bastante alto de cualificación, pero no es obligatorio que todos sean comandantes. Yo diría que se trata de oficiales de grado

comprendido entre el de teniente mayor y comandante. En el caso de Gdlián es posible que se haya encargado el trabajo a un coronel.

– ¿Cómo instala el KGB el sistema de escucha en casa de la persona que le interesa controlar?

– Por lo general, participan en la operación tres grupos. Uno bloquea el lugar de trabajo del ciudadano en cuestión, y otro, el de su esposa.

El tercer Equipo penetra en el piso, después de colocar piquetes en los pisos de arriba y de abajo. Unos seis hombres, calzados con zapatillas de suela blanda, penetran en el piso, desplazan, por ejemplo, algún armario, recortan un pequeño cuadrado en el empapelado, taladran un orificio en la pared, colocan ahí el *micro-espía* o *escarabajo*, vuelven a pegar el pedazo de papel pintado y el artista del grupo hace los retoques necesarios para que nadie pueda darse cuenta de nada aunque esté al lado. Finalmente, colocan el mueble en su sitio, cierran la puerta y desaparecen. *toda* la operación dura unos cuantos minutos.

– Se rumorea que en las centrales telefónicas se registran todas las conversaciones y que las grabaciones se guardan, como mínimo, tres días. ¿Cómo es posible que se graben tantas conversaciones, pues para ello hace falta mucha gente?

– No hace falta que participe mucha gente. Ni siquiera es necesario realizar la escucha desde la central. Basta con conectar en el sistema único de centrales automáticas. Tampoco es indispensable escuchar todas las conversaciones. La escucha es selectiva.

El sistema de grabación emplea alambre de acero que gira lentamente (más fiable que la cinta magnética convencional). Imagínese dos bobinas en una de las cuales va enrollándose lentamente un alambre de varios centenares de metros de largo. El sistema registra el momento de la comunicación y los números de teléfono desde los cuales se habló. Permite asimismo transcribir el texto de la conversación.

– ¿Es verdad que los aparatos del KGB pueden cortar la comunicación reaccionando a determinadas palabras «clave»?

– Sí. Hasta hace poco una de esas expresiones era: «¡Abajo el PCUS!».

– En mi oficina hay un teléfono del que no me sirvo en este momento. ¿Puede ser utilizado para escuchar esta entrevista?

– Hay aparatos capaces de registrar las vibraciones electromagnéticas de la cápsula de su teléfono. Además, se puede recurrir a micrófonos orientados que permiten grabar conversaciones desde una distancia de hasta 200 metros. Naturalmente, cuanto más lejos esté, peor será la calidad de la grabación.

Es posible igualmente grabar conversaciones en la calle. Supongamos que el KGB se interesa por las actividades de algún diplomático. Y quiere escuchar sus conversaciones con otras personas cuando va por la calle. Con este fin se colocan de antemano, cada tres metros, *micro-espías* en las fachadas de los edificios junto a los cuales suele pasar el diplomático, y se graban sus conversaciones aunque ande en medio de una multitud bulliciosa. Es posible que muchas calles céntricas de Moscú estén infestadas de *escarabajos*.

– Durante medio año, se podía ver cada día frente a la casa de Gdlián una camioneta azul parecida por fuera a las del servicio de correos o un autobús de la fábrica de Lvov. Gdlián está seguro de que eran vehículos especiales, equipados para escuchar todo lo que se decía en su apartamento. De creer los rumores que circulan, los aparatos instalados en esos vehículos son tan caros que el KGB tiene sólo tres. También he oído decir que en la jerga de ustedes suelen llamarlos *submarinos*.

– No estoy seguro de que fuesen *submarinos*. Lo más probable es que se tratara de puestos de vigilancia externa. No sé si se llegó a emplear submarinos contra Gdlián. Me parece que resultaba más barato instalar micro-espías electrónicos en su apartamento.

– ¿Cuánto cuestan los escarabajos?

– De 100 a 200 rublos; en algunos casos, el precio puede subir hasta mil rublos.

– ¿De qué tamaño son?

– Por regla general, son pequeños. Los hay cuadrados, y esféricos, y en forma de botones, gemelos o broches, y también extraplanos, apenas un poco más gruesos que una hoja de papel. Los más diminutos son como cabezas de cerillas.

– ¿Qué fuentes de energía utilizan?

– Por lo general, tienen pilares solares.

– Cuentan que en el despacho del embajador de EE.UU. en Moscú había un retrato de un presidente norteamericano, regalado por el Gobierno Soviético. Los norteamericanos tardaron mucho en comprender cómo llegaban a conocimiento de los soviéticos las conversaciones que tenían lugar en ese despacho. Hasta que un buen día uno de los empleados de la embajada, al estudiar la capa de pintura del retrato, descubrió un micrófono oculto en el ojo del presidente.

– El incrustar un *escarabajo* en el ojo del presidente no es muy difícil. Por otra parte, no cabe duda de que es una irreverencia.

El KGB «escuchaba» al propio Gorbachov. Y el Presidente de la URSS lo sabía. Vitali Korótich cuenta algunos episodios significativos en su libro recién editado en Estados Unidos, del que hemos reproducido algunos extractos más arriba, al hablar de la revista *Ogoniok*. En este país, el KGB no sólo interfería en el ámbito de la vida privada de los ciudadanos sino que destituía a secretarios generales –Stalin, Jruschov– y nombraba a otros: Brézhnev, Andrépov, Chernenko, Gorbachov. A este último quiso «arrimarlo a la pared» en la *dacha* de Foros, pero erró en sus cálculos. Alguien ganó por la mano a alguien, y, al final, una parte del generalato del KGB fue a parar a la cárcel, otros pasaron al retiro y los terceros festejaron su ascenso.

Es de señalar que Gorbachov había hecho todo lo posible por reforzar el poder de los órganos de «seguridad estatal», en los que quería apoyarse.

El 12 de junio de 1990, el presidente Gorbachov legitimó la escucha de las conversaciones telefónicas. Ese día firmó un decreto que enmendaba los Principios Fundamentales de la Administración de Justicia en la URSS. Al comentar el decreto presidencial, el periódico moscovita *Megapolis Express* señaló que el nuevo agregado al artículo 35 autorizaba la «escucha de conversaciones telefónicas y otras conversaciones» en territorio de la URSS. El nuevo texto conceptúa la interferencia de conversaciones telefónicas como un acto de investigación oficial, admisible siempre que se haya incoado proceso en relación con un crimen concreto. «En tal caso —dice el añadido al artículo 35— el órgano de investigación o el juez de instrucción adoptan la disposición pertinente y solicitan la sanción del fiscal para efectuar la escucha». Dicha disposición es remitida oficialmente a la administración del servicio de comunicaciones a través del cual deben ser intervenidos los correspondientes teléfonos.

Al comentar este nuevo artículo, el teniente coronel Alexandr Turbánov, subjefe del departamento jurídico del Ministerio del Interior de la URSS, observó que para aplicar la cláusula referente a la escucha de conversaciones telefónicas no es necesario crear potentes sistemas técnicos. «Basta con utilizar los equipos técnicos de que disponemos actualmente —dijo el teniente coronel Turbánov al corresponsal de *Megapolis Express*—. En la disposición oficial, sancionada por el fiscal y dirigida a la correspondiente institución del servicio de comunicaciones, deberá indicarse el nombre y señas de la persona cuyas conversaciones se desee escuchar y su número de teléfono. Los empleados de dicho servicio sólo tendrán que efectuar la parte técnica de la operación. Para ello, tampoco hacen falta locales especiales: en las centrales hay secciones desde las cuales es muy fácil efectuar la conexión». Por otra parte —según declaró A. Turbánov—, además de la escucha de conversaciones telefónicas —en cuanto acto oficial de investigación—, hay formas de vigilancia encubierta que «no están reglamentadas por el Código Procesal».

El KGB, con el pretexto de proteger los secretos de Estado, tenía a su cargo la organización, manutención y, de paso, la escucha del sistema de líneas oficiales de comunicación. Pero las publicaciones más populares de Moscú, como *Stolitsa*, *Nezavisimaya gazeta*, *Argumenti i fakti* o *Kuranti — a diferencia de Pravda*, por ejemplo— no tenían acceso a ese sistema. Son periódicos y revistas que suelen decir francamente a los lectores lo que saben, pero no han dicho hasta qué punto es difícil ejercer con eficiencia el oficio de periodista y, en general, desarrollar cualquier tipo de actividad social en un país donde no hay ni siquiera guías de teléfonos y es prácticamente imposible comunicar con los servicios de informaciones. De ahí, quizás, que cuanto más alto sea el rango de un funcionario soviético tanto mayor suele ser el número de teléfonos instalados en su despacho, el cual recuerda en algunos casos toda una centralilla con decenas (!) de aparatos.

Argumenti i fakti (núm. 36/91) publicó algunos datos sobre la red telefónica del KGB utilizada por la élite moscovita de la nomenklatura:

En Moscú funcionan dos centrales automáticas (ATS-1 y ATS-2) que atienden las líneas oficiales de comunicación. En las *Reglas de uso de los teléfonos de la red oficial ATS-1* se indica que esas líneas constituyen un sistema sin conexión con la red pública y permiten mantener conversaciones secretas.

En el listín de la ATS-1 figuran 600 personas; la ATS-2 atiende aproximadamente a 6.000 usuarios.

Documento. Extracto de la respuesta de V. Kriuckov, presidente del KGB de la URSS, a la Comisión del Soviet Supremo de la URSS para cuestiones de los privilegios.

Por lo que se refiere al sistema de comunicación telefónica gubernamental, en consonancia con la disposición de los correspondientes organismos del 13 de junio de 1979, núm. 558/183, los gastos del KGB para el mantenimiento de esa red, por ahora, no son compensados por los departamentos ministeriales, organismos estatales e instituciones sociales que la utilizan, incluido el Comité Central del PCUS.

Los gastos para el mantenimiento de un teléfono del sistema de comunicación oficial interurbana suman 46.000 rublos al año, y para el mantenimiento de cada aparato de la línea oficial urbana (ATS-1, ATS-2), 16.000 rublos. Actualmente se encuentran instalados en los apartamentos de ex altos funcionarios del CC del PCUS y de otros organismos estatales y sociales 30 teléfonos de la línea de comunicación gubernamental... En 1988 fueron retirados 61 aparatos; en 1989, 42; en 1990, 47; y en 1991, 18 aparatos...

Muchas publicaciones moscovitas tenían acceso a la red de comunicación oficial. Los gastos corrían a cargo del KGB. *Nezavisimaya gazeta* (4.7.91) publicó la lista de periódicos y revistas de la capital que, en aquel momento, podían utilizar las líneas gubernamentales:

Vechérniaya Moskvá, Za rubezhom, Zemliá i liudi, Komsomólskaya pravda, Krásnaya zvezdá, Léninskoe znamia, Literatúrnyaya gazeta, Pravítelstvenni véstnik, Rabóchaya tribuna, Novedades de Moscú, Nedelia, Sélskaya zhizn', Sovétskaya kultura, Sovétskaya Rossia, Sobesédnik, Sovetski sport, Soyuz, Trud, Shit i mech y Ekonómika i zhizn'.

También tienen teléfonos conectados a la red gubernamental casi todos los miembros de los Consejos de redacción de *Pravda* e *Izvestia*, que es el órgano de prensa del Soviet Supremo de la URSS, a diferencia de *Pravda*, que es tan sólo el diario central de uno de los partidos políticos de este país. Pero aquí rigen otros principios según los cuales se han incluido igualmente en el listín del KGB las siguientes revistas: *Voprosi istorii KPSS, Dialog, Zhurnalíst, Glásnost, Znamia, Kommunist, Krestianka, Mezhdunaródnaya zhizn', Narodni díputat, Novoe Vremia, Novi mir, Oktiabr, Ogoniok, Rabórnitsa, Ródina, Sovétskaya zhénschina* y *Sovetski Soyuz*.

El abandono de las posiciones comunistas no ha sido óbice para que los periódicos independientes *Vechérnaya Moskvá* y *Novedades de Moscú* sigan figurando entre los usuarios de esas líneas privilegiadas de comunicación.

El KGB mantenía sistemas especiales de telefonía en todas las capitales de las repúblicas y regiones del país. Añádanse las vastas infraestructu-

ras de comunicación de las FF.AA., el Ministerio del Interior y el propio KGB... En lugar de invertir esos miles de millones de rublos en el desarrollo de los sistemas de telefonía de uso general, todo ese dinero se gastaba en balde para asegurar la custodia de las diferentes líneas, con escucha permanente y grabación de las conversaciones, desde la red de la ATS-1, del Kremlin, hasta los circuitos urbanos, rurales, fabriles, militares, de bomberos e incluso el «teléfono confidencial» de asistencia psicológica a suicidas potenciales.

No nos vendría mal estudiar la experiencia polaca. En Varsovia, quienes desean tener acceso a la red autónoma, especialmente concebida para los círculos de negocios y que puede atender a 2.000 usuarios, deben pagar un abono de 1.000 dólares al año (contra doscientos dólares por un teléfono «común y corriente»). En la Polonia poscomunista, la situación en el terreno de las comunicaciones ha cambiado rápidamente: se ha renovado casi por entero todo el sistema de telefonía, la mayor parte del cual había sido instalado en el transcurso de los años 30. En 6 meses los varsovianos han logrado avanzar en este campo más que en el medio siglo anterior; ya han comprado para la capital 420 km de cable de fibra óptica y modernos equipos digitales. Pero es que la libertad y el capital privado llegaron a Polonia antes que a nuestro país.

En noviembre de 1990, el periódico *Pravda* (18.11.90) informó que las bolsas de valores y de comercio de Moscú tenían el propósito de gastar 50 ó 60 millones de rublos para poner en órbita su propio satélite de comunicaciones. Con miras al futuro, las bolsas, los consorcios y las empresas mixtas soviéticas acariciaban otro proyecto que suponía poner en órbita *toda* una plataforma, con equipos electrónicos capaces de garantizar el servicio de telecomunicaciones con el mundo entero. Son tan sólo proyectos... Pero hace apenas un años o dos, la creación de bolsas en Moscú también parecía un proyecto irrealizable.

Ante la amenaza de perder el acceso a las fuentes de financiación ilimitadas, el sector aeroespacial de la industria bélica anunció su propósito de poner en órbita enormes plataformas saturadas de equipos electrónicos de telefonía que permitirían cubrir todo el territorio de Siberia y del Lejano Oriente. Sin embargo, hay una dificultad: la baja calidad de los equipos electrónicos soviéticos, que limita la vida útil de los satélites a 3 ó 5 años, al tiempo que los ingenios espaciales norteamericanos y europeos funcionan durante 7-10 años y en un futuro este plazo ascenderá a 15 años.

¿Cómo resolver este problema? La única solución pasa por el desarrollo de los sistemas de fibra óptica. Sin embargo, la URSS todavía no produce fibras ópticas a escala industrial (cuenta sólo con unas cuantas empresas experimentales). El primer sistema telefónico por fibra óptica (con empleo de conductores de luz de cuarzo) fue creado en Zelenograd, ciudad satélite de Moscú. Los Institutos de Física General, de Química y

de Electrónica y Radiotecnica, de la Academia de Ciencias de la URSS, crearon en su tiempo los equipos necesarios y tendieron en la década de los 80 varias líneas de fibra óptica en Moscú, Leningrado y Gorki.

La COCOM está en contra de que se nos vendan tecnologías de fibras ópticas

En este terreno existe otro problema: Occidente, cumpliendo las recomendaciones de la COCOM, se niega a suministrar a la URSS altas tecnologías en materia de equipos electrónicos y fibras ópticas. Las organizaciones correspondientes soviéticas concertaron con la filial belga de la firma francesa Alcatel un importante contrato para el suministro de instalaciones telefónicas. Sin embargo, en setiembre de 1989 se canceló el convenio, debido a las limitaciones impuestas por el COCOM a la exportación de tecnologías con destino a los países signatarios del Tratado de Varsovia. Dicho contrato suponía la fabricación en la URSS de centrales telefónicas digitalizadas de 1,5 millones de abonados al año.

El Ministerio de Comunicaciones de la URSS dio su consentimiento para participar en el tendido, en territorio de la Unión Soviética, de una línea transcontinental de comunicación por fibra óptica, que permitiría completar, hacia 1993, la Red Digital de Servicios Mundiales.

Habida cuenta de que dicho sistema será conectado con redes vía satélite, como Intelsat e Intersputnik, el circuito global podría cubrir las demandas de la comunidad mundial en telecomunicaciones intercontinentales, audiofonía, transmisión facsímile y de datos, conexiones entre ordenadores, servicio de mensajería electrónica y el acceso a los bancos de datos nacionales e internacionales.

El tendido de la Línea Transsoviética por fibra óptica (LTS), importantísimo componente del circuito mundial, posibilitaría realizar el intercambio de información entre Europa y Asia, con los países del Pacífico, incluido Japón, y con naciones del Sudeste Asiático, de Oceanía y con Australia.

Según expertos occidentales y soviéticos, la construcción de la Línea Transsoviética de Telecomunicaciones sería uno de los principales proyectos técnicos de finales del siglo XX. Esto se refiere, en particular, a su extensión: 17.000 kilómetros. La LTS tendrá tres tramos unidos con países extranjeros. El tramo Norte enlazará Copenhague (Dinamarca) con Moscú; el tramo Sur, Palermo (Italia) con Sebastopol, y el tramo Este unirá Yamada (Japón), con Najodka.

El proyectado sistema permitiría prestar servicios telefónicos de comunicación internacional con ciudades situadas a lo largo de la línea y resolvería el problema del enlace telefónico interurbano entre las zonas

occidental y central de Rusia, de un lado, y las regiones de Siberia y el Lejano Oriente, del otro (el sistema nacional, lo mismo que el internacional, tendría unos 8.000 canales telefónicos digitalizados).

Las experiencias de actividad de tales corporaciones demuestran que es posible vender por anticipado los canales de la futura red y emplear los recursos obtenidos de este modo para financiar la realización del proyecto. En el costo total de la línea en territorio de la URSS (su presupuesto será de varios centenares de millones de dólares), un 50 % correspondería a los equipos y materiales (cable de fibra óptica y sistema de transmisión de información) y otro tanto, a los terrenos. Los equipos y el cable para los sistemas internacional y nacional de la red serían suministrados —mediante licitación— por prestigiosas firmas extranjeras.

En mayo de 1990, y en período posterior, el Ministerio de Comercio de EE.UU. expresaba su desacuerdo con la decisión de suministrar a la URSS los equipos de varias firmas occidentales para el tendido de la línea de fibra óptica Europa-Japón. La parte norteamericana insistía en lo suyo, pese a que las compañías proveedoras aseguraron que a la URSS no sería transferida la tecnología de última generación. En 1990 y 1991, los Estados Unidos, igual que otros miembros de la COCOM, decidieron mantener las limitaciones al suministro de altas tecnologías de telecomunicación a la Unión Soviética. El 6 de junio de 1990, la Cámara de Representantes del Congreso norteamericano por 340 votos a favor y 6 en contra prohibió la exportación a la URSS de muchos tipos de altas tecnologías en señal de protesta contra el bloqueo de Lituania. De la misma manera reaccionó el COCOM a los trágicos acontecimientos de Vilnius en enero de 1991. Se reforzarán las medidas de bloqueo si Gorbachov opta por limitar la emigración de judíos, afirmaban los altos cargos de la Administración norteamericana. Y la postura de Washington era bien comprensible.

Según *Rossíyskaya gazeta* (5.2.91), en EE.UU. provoca recelos el hecho de que en Leningrado, de un total de 1.100.000 obreros, 700.000 están ocupados en la industria de guerra. Y Leningrado no es la única ciudad soviética que presenta tal proporción. Los occidentales no quieren que aparezca en el planeta otro Saddam Hussein y les alivia el hecho de que la calidad de radares, buques y equipos electrónicos soviéticos es incomparable con la de modelos occidentales. A EE.UU. le conviene que un submarino norteamericano con suma facilidad pueda destruir una decena de submarinos soviéticos, pues desplazándose, produce varias veces menos ruido que cualquier sumergible soviético (*Izvestia*, 4.2.91).

Occidente no puede acoger con indiferencia la información de que en 1991 los círculos castrenses soviéticos solicitaron 40.000 millones de rublos para la adquisición del material bélico, al tiempo que a la instrucción pública y al sistema de sanidad se proponía asignar 4.600

millones y 2.900 millones de rublos, respectivamente, según datos proporcionados por G. Arbátov, Diputado popular de la URSS, al periódico *Izvestia* (10.1.91). El académico Arbátov explicó que un rublo soviético, invertido en la compra de producción civil, equivale, aproximadamente, a 50 centavos de dólar, mientras que un rublo «militar», gastado en armas y material bélico, tiene un valor real de 6 a 9 veces superior. Así las cosas, los 30.000 millones de rublos, asignados en 1990 para la adquisición de armas, se convierten en una suma exorbitante.

En 1991, el Consejo de Ministros de la URSS solicitó casi 100.000 millones de rublos para los programas militares, incluida la compra del material bélico. Todo eso es muy extraño, puesto que oficialmente se hablaba de ciertos recortes a los gastos bélicos y, además, la situación mundial permitía a la URSS reducir drásticamente los presupuestos militares. Quisiera añadir que el diputado Arbátov y muchos de sus colegas desconocían el estado real de cosas en la economía soviética. El profesor A. Rakítov, miembro del Consejo Consultivo Supremo del Parlamento ruso, dijo que incluso el Equipo Shatalin-Yavlinski, que en verano de 1990 trabajó en el *Programa 500 días*, auspiciado por Gorbachov y Yeltsin, no pudo obtener información económica exhaustiva y fidedigna. Rakítov citó datos del Instituto Nacional de Información Técnica, de los cuales se desprende que los científicos norteamericanos están mucho mejor informados que los soviéticos (la diferencia llega a 100 veces). De ahí también las diferencias en el rendimiento.

Después de agosto de 1991 es como si se nos ofreciera la oportunidad de nacer por segunda vez. Uno abriga la esperanza de que en la Rusia poscomunista lograremos construir no sólo la LTS, que constituye el tema del siguiente artículo de *Moscow Magazine* (agosto de 1991):

Stan Crampton, vicepresidente de la mayor filial de la compañía telefónica norteamericana Bell, tiene categoría de personaje legendario en la capital soviética. Al tiempo que desempeña las funciones de presidente de USSR Enterprises, que viene a ser una sección de US West para las operaciones en la Unión Soviética, Crampton se las arregla para recorrer en el transcurso de diez días medio mundo y celebrar encuentros de negocios en Seúl, Tokio, Copenhague, Estambul, Washington, Sofía y Moscú.

La jornada de este ex hockeísta semiprofesional de 52 años, «residente» en Moscú desde febrero de 1991, comienza todos los días a las 7 y media de la mañana. La US West ha fundado una empresa mixta conjuntamente en el Ministerio de Comunicaciones de la URSS. El mayor proyecto de la nueva empresa, denominada International Gateway Corporation, es el de la Línea Transsoviética (LTS) que debe unir la URSS con el resto del mundo. De conformidad con este proyecto, la US West tenderá un cable de fibra óptica que unirá el Sudeste de Asia y Europa, utilizando modernas tecnologías para la transmisión de grandes volúmenes de información. La LTS atravesará once husos horarios en territorio soviético y tendrá una longitud de 12.000 km, desde el puerto de Najodka en

el Lejano Oriente hasta el mar Báltico. En opinión de Crampton, jamás se ha realizado en el mundo un proyecto de tamañas dimensiones.

¿Por qué se han dirigido los soviéticos a la US West para elaborar e implementar este proyecto? En parte, gracias a Harry Hart. En 1988, después de que las revelaciones sobre su aventura amorosa con Donna Rice le obligaran a abandonar la carrera por la presidencia del país, Hart se metió de lleno en negocios internacionales y mostró especial interés por Europa Oriental. Fue a él a quien se dirigió, en busca de un socio occidental para la LTS, Piotr Kurakov, dirigente del servicio de Relaciones Internacionales del Ministerio de Comunicaciones de la URSS, y Hart («como buen nativo de Colorado», dice Crampton) lo puso en contacto con la US West, de Denver.

Actualmente ya son doce las empresas que participan en el proyecto de la LTS (es posible que este número aumente en el futuro). Por ahora se han unido al mencionado ministerio y la US West las compañías OTS (Austria), KDD (Japón), KT (Corea del Sur), varias grandes empresas de Dinamarca, Francia e Inglaterra, la alemana Bundespost, la italiana STET, la española Telefónica y la turca PTT (el último «fichaje», conseguido por Crampton en marzo de 1991). «Me ha tocado a mí llevar las negociaciones con cada una de estas compañías –dice Crampton–. Su participación es indispensable para conectar la LTS con la red mundial de telecomunicaciones». La US West se hará cargo de los suministros y el tendido del cable óptico, así como de los trabajos de mantenimiento en territorio de la URSS, y los demás participantes asegurarán la comunicación internacional en sus respectivos sectores.

De Moscú saldrán tres líneas internacionales: una hacia el sur, hasta el mar Negro, y de ahí a Estambul y el Mediterráneo; otra hacia el norte, hasta Leningrado y el Báltico, y luego, por cable submarino, hacia Escandinavia; y la tercera en dirección oeste, hacia Europa Central. Crampton explica que este sistema enlazará Japón, Australia y otros países de Asia y el Pacífico con Gran Bretaña, Francia, Alemania y, por cable transatlántico, con el mercado norteamericano.

En opinión de nuestro interlocutor, la comunicación por medio de fibras ópticas es preferible a la que se realiza vía satélite, por cuanto aquella garantiza «una recepción de alta calidad, sin las distorsiones inevitables en caso de retransmisión desde el espacio». La señal enviada vía satélite debe cubrir una distancia de 22.300 millas a través de la atmósfera hasta llegar al retransmisor, y luego otras tantas para volver a la Tierra, lo cual implica demora y eco. «En el mundo hay muchos ingenieros listos, pero es imposible engañar la distancia», comenta Crampton. En cambio, el cable de fibra óptica garantiza la recepción de una señal pura, sin distorsiones en forma de eco. Pero, como ocurre siempre en la URSS cuando se trata de realizar un proyecto grandioso, surge la pregunta: «Pensamos –dice– que todo se resolverá tarde o temprano. En cualquier país el desarrollo de la infraestructura de telecomunicaciones es condición indispensable del progreso económico. Esto es evidente».

Lo principal es que la Unión Soviética, por fin, parece darse cuenta de esta evidencia. Crampton afirma que tanto sus socios como el Gobierno del país comprenden que es importante desarrollar dicha infraestructura.

Es indispensable, en particular, para atraer a los hombres de negocios occidentales. «La mayoría de ellos –comenta Crampton– están convencidos de que el poder llamar en

cualquier momento a donde sea es un derecho inalienable y soportan muy mal el hecho de que esto no siempre sea posible en este país. Si la Unión Soviética está interesada en atraer a las grandes empresas occidentales, debe mejorar radicalmente su red de comunicaciones».

US West, a diferencia de otros muchos proyectos conjuntos, no tiene motivos para quejarse de los burócratas soviéticos. «Considero que he tenido suerte —dice Crampton, quien encomia a los ministros y viceministros de Comunicaciones de la URSS y de Rusia—. Son hombres muy competentes, con un modo de pensar de tipo occidental y colaboradores que revelan no menos espíritu de iniciativa que nuestros empresarios en la búsqueda de soluciones... Trabajar con ellos es un placer».

Los principales adversarios de la US West son la Administración norteamericana y el COCOM, que controla la exportación de tecnologías occidentales. Crampton afirma que el cable de fibras ópticas que su empresa se propone utilizar no está incluido en la lista de mercancías que se prohíbe vender a la URSS. «La Unión Soviética dispone de la tecnología necesaria y ella misma es productora de cable óptico, si bien no siempre en cantidades necesarias para satisfacer sus necesidades». De todos modos, los miembros del COCOM concertaron un especie de «pacto entre caballeros» por el que se comprometieron a no exportar cable. ¿Por qué? Porque es mucho más difícil interferir las comunicaciones por fibra óptica que la información transmitida vía satélite o por sistemas de microondas. Esto es lo que más preocupa al Gobierno norteamericano y el COCOM, que a mediados de mayo confirmó la prohibición de exportar cables ópticos a la URSS.

Crampton dice que había previsto tal decisión, pero que la US West seguirá luchando contra las restricciones y estima que se trata de obstáculos provisionales. Por ahora, la compañía se propone llenar las lagunas del sistema soviético de telecomunicaciones desarrollando tecnologías de telefonía inalámbrica o por microondas. El COCOM permite que se tiendan cables hasta una distancia de 10 kilómetros de la frontera soviética. Desde allí se podría realizar la comunicación por medio de dichas tecnologías. Al final, espera Crampton, o bien el COCOM levantará las restricciones, o bien la URSS empezará a producir cable en cantidades suficientes para cubrir *toda* la longitud de la línea transsoviética.

Cierto es que habrá que cambiar el nombre —transsoviética— de la línea. Esperemos que en las nuevas condiciones este grandioso proyecto de comunicación internacional logre romper el cerco de las prohibiciones. En última instancia, podríamos realizarlo nosotros mismos. Por ahora, especialistas de 23 países (en total, 38 empresas) están ocupados en el tendido de una línea de fibra óptica entre Japón y Singapur. El cable, de 7.560 canales y 7.500 km de largo, empezará a funcionar a finales de julio de 1993.

De todos modos, las compañías norteamericanas ya han logrado realizar algunos proyectos en el territorio de la antigua URSS. A finales de octubre de 1991, en presencia del primer Presidente de la República de Armenia, Levón Ter-Petrosián, se procedió en Erevan a la inauguración de una central telefónica internacional. Al intervenir en la ceremonia, el

norteamericano Sam Wilkoxon, presidente del grupo internacional de la compañía AT&T, dijo que la puesta en servicio de la nueva central señalaba un gran día para Armenia y un hito muy importante para su compañía. Con motivo de la inauguración, por vez primera desde 1922, se emitió un sello de la República de Armenia dedicado a un acontecimiento memorable.

La nueva central permite atender 180 conferencias telefónicas simultáneas entre Erevan y Estados Unidos, más 90 canales de comunicación con Francia. Los usuarios pueden llamar directamente de Estados Unidos a Armenia, y a la inversa, desde Erevan hasta cualquier lugar del mundo, sin recurrir a los servicios de la central de Moscú.

Los gastos de construcción y equipamiento, que ascendieron a unos seis millones de dólares, quedarán compensados al término de dos años de servicio. Los primeros 500 números han sido concedidos a empresas que proporcionan divisas a Armenia, las representaciones de firmas de otros países y las oficinas de corresponsales extranjeros. En Erevan funcionan asimismo dos estaciones abiertas al público, desde las cuales se pueden efectuar conferencias internacionales pagando en monedas convertibles. La inauguración de esta central de comunicación telefónica vía satélite permitirá a la emigración armenia cooperar de manera más activa al desarrollo de la actividad empresarial en la república.

Los equipos para el sistema de telefonía digital 5ESS (que utiliza la tecnología más avanzada del mundo) y para la estación terrestre de comunicación vía satélite, instalada en las afueras de la capital armenia, fueron suministrados por la AT&T. Los norteamericanos han prometido que la segunda fase del proyecto permitirá enlazar a decenas de miles de abonados con el mundo exterior. La central internacional de Erevan, la primera que se construyó en la URSS fuera de Moscú, entró en servicio apenas ocho meses después de firmado el contrato, lo cual constituye una verdadera hazaña.

La AT&T ha venido cooperando con la URSS desde hace 40 años en el desarrollo de los sistemas de comunicación con Estados Unidos. En los primeros días después del terremoto de Armenia, la AT&T Network Systems International mandó por avión a la región siniestrada una estación móvil para asegurar la conexión con las líneas telefónicas internacionales.

En setiembre de 1991, otra empresa norteamericana, la US West, de la que ya hablamos más arriba, inauguró en San Petersburgo un sistema de radiotelefonía para 750 abonados (se proyectaba aumentar la capacidad hasta 3.000 abonados para comienzos de 1992 y 500.000 en 1995), con conexión a la red urbana y las líneas nacionales e internacionales. San Petersburgo se convirtió así en la primera ciudad de Rusia dotada de un sistema privado de comunicación por radioteléfonos. Los usuarios pagan 2.000 dólares de entrada y un abono mensual de 195 dólares que les da

derecho a 210 minutos de conversación. El minuto complementario cuesta 65 centavos de dólar. Por la conexión a las líneas de comunicación interurbana e internacional hay que pagar un suplemento de 25 dólares al mes. El precio de alquiler de los aparatos oscila entre 50 y 75 dólares según el modelo. Para una tercera parte de los abonados –el Ayuntamiento, la policía, los bomberos y las ambulancias–, la US West ha establecido tarifas en rublos.

A principios de la primavera de 1992 la misma empresa inauguró un sistema análogo en Moscú. De esta manera se puso fin al monopolio de los teléfonos blancos con el escudo dorado de la URSS en el dial. Como dijo Richard D. McCormack, presidente de la US West, al corresponsal de *Megapolis Express* (19.9.91), «Gorbachov no hubiera quedado ‘fuera de juego’ en su *dacha* de Crimea, si hubiese dispuesto de un radioteléfono. La existencia de un sistema apanalado les habría permitido a él y otros dirigentes, que se encontraban aislados, acceder rápidamente a las líneas locales, nacionales e internacionales de comunicación».

Ahora uno puede llamar a Estados Unidos desde su coche. Los sistemas apanalados de radiotelefonía superan a los demás sistemas de comunicación por sus posibilidades y calidad. El territorio de la ciudad se divide en pequeños sectores, semejantes a las celdillas de un panal, que son atendidos por radioemisoras conectadas a un centro de conmutación, con extensión a todas las redes telefónicas.

Por ahora, los adelantos de las telecomunicaciones penetran lentamente en la realidad de este país y nuestros periódicos insertan artículos como el que publicó *Moskovski komsomólets* (3.8.91) con ocasión de la visita del Presidente Bush a Moscú:

El servicio de prensa de la *Casa Blanca* se instaló en el Centro de Comercio Internacional (Sovintsentr). Los preparativos estuvieron a cargo de la empresa Intercongress. La noticia de que la oficina de prensa de la *Casa Blanca* desplegaría sus servicios en Sovintsentr llegó el 18 de julio, diez días antes de que se iniciara la visita del señor Bush. En *Siete días*, trabajando de manera ininterrumpida, los principales servicios técnicos –comunicaciones, suministro de energía, reparaciones menores y obras de acondicionamiento– realizaron lo imposible y crearon las condiciones necesarias para el trabajo de las grandes cadenas de TV –CNN, ABC, NHK– y agencias de información. Los norteamericanos trajeron consigo todos los equipos de televisión y comunicación, limitándose a alquilar a Sovintsentr los cables de potencia y los muebles. En las horas de emisión en directo, más de mil corresponsales ocupaban los 1.350 metros cuadrados de la sala de congresos. La embajada norteamericana reservó las seis primeras filas, con ocho secciones en cada una, para sus periodistas y las vendió cuando éstos se encontraban aún en Estados Unidos. La *Casa Blanca* organizó ella misma la subasta a través de firmas intermediarias. Cada periodista disponía de una mesda con dos teléfonos, un tele tipo y un telefax. La comunicación se realizaba vía satélite. No hubo problemas. El *Equipo* de sesenta técnicos, que acompaña al Presidente de EE.UU. en todos sus viajes,

trabajó con suma eficiencia. Todas las grandes cadenas de radio y televisión y agencias noticiosas pagaban a los norteamericanos el alquiler de los equipos. Según me dijeron unos colegas, el puesto que ocupaban ellos en las primeras filas de la sala de congresos le costó 5.000 dólares a su periódico. Se instalaron potentes antenas emisoras y receptoras en el tejado de Sovintsentr, y la ABC construyó en la techumbre del hotel Mezhdu-naródnaya-1 una estación emisora que parecía más bien un gran cobertizo de madera. En este caso la estética importaba poco, lo principal era cubrir debidamente el acontecimiento...

Los periodistas que acompañaban al señor Presidente llegaron el 29 de julio por la tarde en un Boeing 747 que seguía al avión oficial. En vez de dirigirse al hotel y descansar un poco, como suele hacer la gente normal después de un viaje tan largo, pidieron que les llevaran a la sala de congresos, donde, abandonando las maletas en el hall, corrieron a ocupar sus puestos y ponerse en contacto con sus respectivas redacciones.

Vladímir Vartánov, asesor de Intercongress, estima que «Moscú debería tener desde hace mucho un Centro de Congresos con la debida infraestructura, locales auxiliares, salas grandes y pequeñas y una oficina de prensa equipada con modernos equipos estacionarios de comunicación telefónica, por telefax, teletipo y satélite». Esta vez la CNN tuvo que traer consigo casi siete camiones de material técnico y montar un centro de TV de apreciable potencia, no en el Bagdad asediado durante la reciente guerra, sino en la capital de un gran Estado en tiempos de paz. Por lo visto, sólo así se puede asegurar la calidad al transmitir información desde Moscú.

En realidad, cuando no se trata de transmitir imágenes, se puede asegurar la calidad de la comunicación por procedimientos más convencionales. La oficina de Moscú del *Washington Post* tiene un teléfono común y corriente conectado automáticamente a la red internacional, por el que paga 5.000 dólares al mes. Marcando el correspondiente prefijo, los corresponsales conversan con sus colegas de la Redacción del periódico en Washington, o con algún amigo o amiga, como si éstos se encontraran en la habitación de al lado. Y pueden hablar cuanto quieran, puesto que todo está pagado de antemano: 5.000 dólares al mes.

Naturalmente, en el desarrollo de la red de telecomunicaciones de nuestro país participan no sólo compañías norteamericanas. En marzo de 1991, varias empresas austríacas (cierto es que con el concurso de firmas de EE.UU.) instalaron en Tbilisi un sistema para que el Gobierno georgiano, a través de una conmutadora de Viena, pudiera comunicar con el mundo entero, sin pasar por Moscú. Se terminó así con una situación en que el poder central monopolizaba las comunicaciones telefónicas internacionales. Los georgianos comentaron entonces que si hubiesen tenido acceso a las líneas internacionales dos años antes, seguramente se habría podido evitar la tragedia del 9 de abril de 1989 en la avenida Rustaveli de Tbilisi.

En 1991, los turcos abrieron 60 canales de comunicación directa vía satélite con Azerbaidzhán y organizaron en Bakú la producción conjunta

de aparatos digitales. Últimamente se ha establecido también la comunicación telefónica y postal directa entre Georgia y la vecina Turquía. Durante los 70 años anteriores los envíos postales, las líneas de teléfono y telex y hasta los viajeros tenían que pasar necesariamente por Moscú...

Hasta hace poco, desde el Lejano Oriente soviético se necesitaba menos tiempo para llegar a Tokio en barco que para comunicar por teléfono con esa capital a través... de Moscú. Los japoneses, finalmente, han puesto término a esta situación aberrante instalando en Vladivostok un sistema de 120 canales, que enlazan dicha región con EE.UU., Japón, China y Singapur.

En los tiempos de Stalin y Brézhnev no se recomendaba a los soviéticos tener conversaciones telefónicas con personas residentes en otros países. Bajo el gobierno de Gorbachov, ya se permitía, pero sólo era posible hacerlo desde las grandes ciudades y pagando en monedas convertibles. Hoy cabe esperar que gracias a los esfuerzos de empresas como la japonesa NEC, la alemana Siemens, la belga Alcatel Bell y la francesa Alcatel, sin hablar ya de las compañías norteamericanas, dentro de unos años se podrá comunicar con el mundo civilizado desde lugares de Rusia apartados de las grandes urbes, rápidamente y pagando en rublos un precio que, por ser alto, no equivalga de todos modos al salario mensual de un ingeniero ruso...

Inspección de todas las cartas...

En los últimos tiempos, el retraso de la URSS con respecto a Occidente representaba dos épocas: la postindustrial y la postinformática. Por lo que se refiere al nivel de vida, nos hallamos en la sexta decena de la clasificación mundial y seguimos bajando. En este país se han venido vulnerando sistemáticamente los derechos humanos y siempre ha reinado el culto del secreto y el militarismo. Durante decenios, el correo soviético ha estado subordinado, antes que al Ministerio de Comunicaciones, a los servicios de propaganda comunista y la policía política.

Nuestras oficinas postales se encargan de todos los tipos de distribución de publicaciones periódicas, el envío y entrega de paquetes, cartas y telegramas, el giro de dinero y pensiones. En los años en que estos servicios funcionaron mejor, las cartas solían tardar una semana para cubrir, en el interior del país, la distancia entre dos ciudades, y mucho más cuando el destinatario residía en alguna localidad rural. En muchas ciudades, incluso grandes urbes, sin hablar ya de las aldeas, el cartero reparte los periódicos y la correspondencia una vez... a la semana.

Para atender a las más altas esferas de la *nomenklatura* soviética, el KGB tenía su propio servicio de mensajería. Entre Moscú y centenares de capitales de república o región iban y venían mensajeros oficiales,

con uniforme militar y baúles, que llevaban a destino la correspondencia supuestamente secreta, en el plazo máximo de 24 horas. La moda de los fax (importados, porque no los había de fabricación soviética) se implantó solamente a comienzos de los años 80. Los funcionarios del PCUS preferían los telegramas cifrados o los sobres rojos con triple forro interno de papel opaco, sellados con lacre como se estilaba hace dos siglos.

En los últimos meses de su existencia, el PCUS se propuso sofocar la *glásnost* aumentando en flecha las tarifas postales del reparto de publicaciones periódicas a los suscriptores y los quioscos. En 1990, el aparato del partido ya había lanzado una ofensiva similar decuplicando de golpe (!) los precios del papel. En 1991, el Ministerio de Comunicaciones de la URSS anunció que en 1992 cobraría el 52 % del precio de cada ejemplar, independientemente del destino. En el caso de un periódico moscovita, por ejemplo, costaría lo mismo el transporte de cada ejemplar a un quiosco situado al lado de la imprenta o a la ciudad de Magadán, en el extremo oriental del país.

Los periodistas hicieron cuentas y se horrorizaron. Como ya había ocurrido el año anterior, tendrían que subir el precio de sus publicaciones y conformarse con la inevitable caída de la demanda. Huelga decir que el Ministerio de Comunicaciones no mencionaba para nada las indicaciones del CC del PCUS y el KGB. Tratando de justificar las nuevas tarifas, el ministro G. Kudriávsev esgrimió el siguiente argumento: «la capacidad defensiva del país reclama el desarrollo prioritario del sector de comunicaciones» (*Moskovski komsomólets*, 11.7.91). Un argumento absurdo de una política infame. ¿Acaso no contaba el Ejército Soviético con unidades especiales para las comunicaciones? ¿Que se encarguen ellas de reforzar nuestra capacidad defensiva! Es verdad que en este país jamás hemos tenido ministros civiles. Todo ellos estaban, en primer lugar, al servicio de los militares. Los resultados de esta política son deplorables.

Ya hemos hablado antes de la carencia de teléfonos. Ahora se quería forzar a los lectores de publicaciones periódicas a subsidiar por enésima vez el complejo militar-industrial y el insaciable PCUS. Este último podría así seguir subvencionando, a su vez, con jugosas inyecciones de dólares las «empresas amigas»; *People's Daily World* (EE. UU), *L'Unità* (Italia), *Morning Star* (Inglaterra), *Rizospastis* (Grecia), *Globus* (Austria), *Land og Folk* (Dinamarca), *OPF* (Francia), *Pergamon Press* (Inglaterra), *Editori Riuniti* (Italia), *Avante!* (Portugal) y otras muchas decenas de publicaciones y editoriales procunistas de Occidente (véase *Argomenti i fakti*, núm. 42/91).

Durante decenios en cada (!) quiosco de periódicos de nuestro inmenso imperio siempre estaban a la venta el diario comunista francés *l'Humanité* y las revistas del mismo partido *Cahiers du communisme* y

Economie et politique. Y se vendía también un periódico argelino en francés. Los repartidores traían al quiosco un paquete de los últimos números de la prensa comunista extranjera, y los viejos, ya amarillentos, para entregarlos en los depósitos de papel usado. En París y Argel recibían «a cambio» dólares y francos. Desde los tiempos de Stalin hasta los de Gorbachov, concretamente, hasta 1990, nuestros servicios de correos imponían topes a las tiradas de casi todos los periódicos y revistas. Las únicas publicaciones a las que uno podía suscribirse libremente o comprar sin problemas en cualquier quiosco eran el *Pravda*, los diarios comunistas de las diferentes repúblicas y unas cinco revistas «teóricas» del PCUS, que en realidad no interesaban a nadie; más los periódicos de los Partidos Comunistas de Francia e Inglaterra.

Por lo que se refiere a la prensa de otros PPCC., incluidos la de los «fraternal» países de Europa Oriental, Soyuzpechat la distribuía con cuentagotas. Y es que uno podía encontrar algunos datos interesantes incluso en el diario de los comunistas polacos *Tribuna Ludu*. Además ¿qué sentido tenía ayudar a partidos gobernantes? El régimen «obrero y campesino» de Polonia mandaba él mismo al Kremlin paquetes con millones de dólares por concepto de ayuda a los «sectores progresistas» de países occidentales. Por indicación del CC del PCUS, el Ministerio de Comunicaciones y su agencia Soyuzpechat «cortaban el oxígeno» a cualquier publicación que se tornaba interesante; y en su lugar nos ofrecían, a precios muy bajos, *Pravda* y *l'Humanité*, confiando en que podrían tener salida gracias a la escasez permanente de papel higiénico y de envolver...

En el otoño de 1991, fueron desmanteladas las estructuras centrales del PCUS y del KGB. Por enésima vez desde comienzos de siglo se cambiaron las siglas odiosas del partido bolchevique y de la policía política. Y como suele ocurrir en tales casos, empezaron a llover testimonios y revelaciones sobre diversas prácticas de las que todo soviético estaba enterado por experiencia propia.

Antes de la llegada de Gorbachov al poder, *Literatúrnyaya gazeta*, el periódico «contestario» de los escritores (cuya «rebeldía» no iba nunca más allá de los límites fijados por el departamento de Agitación y Propaganda del CC del PCUS), en un artículo firmado por A. Rubínov, y apoyándose en los testimonios de varios lectores, criticó el hecho de que algunas cartas enviadas al extranjero, o a la inversa, mandadas a la URSS desde fuera, tardaran uno o dos meses en llegar a sus destinatarios. Ya en tiempos de la *perestroika*, Rubínov en una entrevista a *toda plana* con el ministro de Comunicaciones de la URSS, G. Kudriáv'tsev, se quejó de que todos los envíos internacionales se pasaran meses enteros por el camino. *Kuranti* (27.7.91) apuntó más alto y señaló al «honorable jefe del KGB», Kriuchkov, que está mal vulnerar el secreto de la correspondencia.

Argumenti i fakti (núm. 38/91) llamó las cosas por su nombre e insertó el facsímil de una «tarjeta de registro», como las que rellenan los inspectores de la correspondencia por cada (!) envío postal que cruza la frontera; y al lado, una foto en que podía verse un montón de cartas tiradas en un contenedor de basura. El comentario que acompaña esos documentos gráficos también es interesante:

En el núm. 11 del año pasado, insertamos testimonios documentados enviados por lectores de AiF, de los cuales se desprendía que en nuestro país hay servicios especiales de censura de la correspondencia internacional. Los funcionarios del Ministerio de Comunicaciones de la URSS niegan la existencia de tales servicios en las estructuras de correos, pero en la Redacción seguimos recibiendo cartas cuyos autores aportan nuevos y nuevos datos y ejemplos concretos. En particular, esta «tarjeta de registro», con la inscripción de «rigurosamente secreto», en la que figuran las señas del autor de la carta y su corresponsal extranjero, un breve resumen del contenido de la misiva—de carácter absolutamente íntimo— y la firma del empleado que la revisó. A juzgar por la fecha, el acto de inspección de la carta fue efectuado en 1967, lo cual indica que en aquel entonces existía tal servicio. Es posible que posteriormente haya la siguiente pregunta al Departamento de Correos: «¿Cuándo fue suprimido y sobre la base de qué documento? ¿Quién adoptó esa decisión?».

En lugar de perder tiempo en rellenar fichas, se puede ir por otro camino: tirarlas. Por ejemplo, a este contenedor de basura, instalado junto al edificio de la Central de Teléfonos en la carretera de Mozhaisk, 38, bloque I. Allí encontramos cartas procedentes de diversos países y destinadas a diferentes personas (en particular, al Presidente de la URSS, Mijaíl Gorbachov).

¿Quizá los carteros las hayan abandonado allí por descuido? Entonces pueden venir a buscarlas a nuestra sede. Nosotros las recogimos. Un cajón entero de correspondencia internacional les está esperando en nuestra sede.

Megapolis Express (31.10.91) publicó una carta de A. Merkúlov, de San Petersburgo, a quien la oficina de correos F-284, que atiende su barrio, remitió en octubre de 1991 un paquete contra reembolso por valor de 9,96 rublos:

¿Con qué me encontré al abrirlo? El paquete contenía 105 (ciento cinco) cartas de ciudadanos soviéticos enviadas en diciembre de 1989 a EE.UU. (entre ellas, dos que mandé yo), así como una carta expedida desde la RDA con destino a EE.UU. y otra dirigida a Nueva York (al embajador soviético Dubinin) desde Florida. A juzgar por la ausencia de los correspondientes matasellos, ninguna de estas misivas llegó a EE.UU. Que se extravíen las cartas enviadas al extranjero, que las tiren a la basura, ya no extraña a nadie en este país. Pero los empleados de la Central de Correos de Moscú, por lo visto, han ideado un nuevo método muy original de lucha contra ese aborrecido, por ellos, torrente de correspondencia. ¿O quizá existan otros motivos que escapen a mi percepción? Todo es posible. Pero el hecho es que tengo en casa más de cien cartas y tarjetas postales y no sé qué hacer con ellas.

En el KGB, la mayoría del personal encargado de la censura de envíos postales son mujeres con grado de sargento. La inspección de la correspondencia nacional se efectúa de modo discrecional; la correspondencia internacional se revisa casi toda. Existen listas de personas cuyas cartas son sometidas a control esmerado. Todo este trabajo se realiza bajo la dirección de un departamento especial del KGB, opina el periodista de *Izvestia* S. Mostovschikov. Según él, existen aparatos especiales, parecidos a los que utilizan los médicos y los aduaneros, que permiten revisar el contenido de las cartas sin abrirlas.

Como han informado varios periodistas, en 1991, en la Central Internacional de Correos de Moscú, sita en la carretera de Varsovia, seguía funcionando una sección de censura de publicaciones periódicas, otros impresos y grabaciones audiovisuales que llegaban a la URSS desde otros países. Allí, en las habitaciones del antiguo Glavlit y actual Dirección General de Protección de los Secretos de Estado, más de cien funcionarios con enseñanza superior, políglotas, seguían trabajando intensamente antes y después del golpe de agosto, separando la literatura «peligrosa» y destinándola a los *depósitos especiales* de diversas instituciones y bibliotecas.

A veces, uno tiene que mandar urgentemente al extranjero o recibir de ahí una carta. Desde 1991, quienes no tienen la posibilidad de utilizar los servicios de correos diplomáticos o la llamada *bolsa del piloto* de Aeroflot o compañías aéreas extranjeras, pueden recurrir a la empresa norteamericana Emery Worldwide, la cual se encarga de llevar a cualquier punto de Europa (en el plazo de dos días) o EE.UU. (cuatro días) un paquete de peso inferior a un kilogramo, cobrando entre 42 y 79 dólares. La firma francesa Sofipost ofrece servicios similares, pero con la ventaja de que se pueden pagar en rublos y resultan más baratos.

En todo el contexto de la transición a la economía de mercado y la desintegración de la URSS, nuestra organización de correos se encuentra en trance de muerte. Exasperados por los bajos sueldos, la inflación galopante y el disparo de los precios, los empleados de las oficinas locales venden a los nuevos hombres de negocios sus locales y equipos técnicos. En la espléndida y altísima sala central de la antigua Central de Correos, Teléfonos y Telégrafos de Moscú acaba de instalarse... la Bolsa de Mercancías y Materias Primas de Rusia.

CONCLUSIONES

El mañana que nos espera

Conclusiones de cara al futuro:

1. *La prensa de Rusia libre tardará aún bastante tiempo antes de convertirse en el 'cuarto poder' dentro del Estado, pero nuestros periódicos y la TV serán algo así como una incubadora de personajes políticos influyentes.*

En la primavera de 1992, Egor Gaidar y Mijaíl Poltoranin, quienes habían trabajado antes en *Pravda*, desempeñaban los cargos de primeros ministros adjuntos en el Gobierno de Yeltsin. Otros dos ex periodistas de ese mismo diario, Evgueni Primakov y Tatiana Samoilis, fueron nombrados, respectivamente, jefe y secretaria de prensa del Servicio Central de Inteligencia (la antigua Primera Dirección General del KGB). Valeri Boldin, ayudante de Gorbachov y uno de los ideólogos del golpe de Estado de agosto de 1991, pasó en *Pravda* sus mejores años.

En *Izvestia* hicieron carrera el actual embajador de Rusia en Israel, Alexandr Bovin, y el presidente de una de las cámaras del Parlamento de la antigua URSS, Iván Laptev. El 13 de marzo de 1992, en ocasión del 75 aniversario de *Izvestia*, la colectividad del periódico recordó a sus lectores que Borís Orlov, hoy doctor en Historia, había sido enviado el 21 de

agosto de 1968 a Praga, pero se negó a cantar la agresión, regresó a Moscú y se dio de baja del vespertino, quedándose por muchos años con el estigma de «desleal».

En *Komsomólskaya pravda* trabajaron en otros tiempos Pável Voschánov, secretario de prensa de Yeltsin hasta marzo de 1992, y Borís Pankin, ministro de Asuntos Exteriores en los últimos meses de existencia de la URSS.

Georgui Shajnazárov, Fiódor Burlatski y Evgueni Ambartsúmov, famosos personajes de la *perestroika*, son periodistas profesionales. Entre los hombres más influyentes de Moscú en la primavera de 1992 figuraban los dirigentes de diferentes medios de información: Egor y Vladímir Yákovlev, Vladislav Starkov, Vitali Tretiakov, Pável Gúsev, Andréi Malguín, Igor Golembiovski y Len Karpinski. En esta constelación hay que incluir también a Vitali Korótich, ex director de *Ogoniok*, que se marchó por cierto tiempo a Estados Unidos.

Los presentadores más populares de la TV son Tatiana Mitkova, Yuri Rostov y Svetlana Sorokina, de quienes se sabe que jamás mentirán ante las cámaras. Por otra parte, Alexandr Nevzórov, otra estrella de primera magnitud de nuestra televisión, es hoy el portavoz de las fuerzas prona-cionalistas de la Rusia libre.

En la Rusia poscomunista, los periodistas más talentosos se han convertido en figuras políticas de peso, siendo de notar que la inmensa mayoría de ellos propugna de manera consecuente la vía democrática de desarrollo de Rusia y la restauración de la propiedad privada de la tierra y los medios de producción.

Con todo, los más populares en Rusia son periodistas que viven en el extranjero y trabajan en las emisoras Liberty, The Voice of America, Deutsche Welle y BBC. Por lo que se refiere a la prensa escrita, no es casual que el semanario *Rússkaya misl*, editado en ruso en París, se destaque por la profundidad del análisis y la veracidad con que describe el acontecer de Rusia. En Moscú no se publican periódicos que reúnan esas características y, desgraciadamente, *Rússkaya misl* no llega a esta capital.

2. *En la Rusia poscomunista no habrá prensa libre, porque las estructuras de poder no están interesadas en que la haya. Los amos necesitan una prensa amaestrada.*

¿A quién le gusta que le critiquen? El Gobierno y el Parlamento de Rusia, así como millares de funcionarios acomodados en las estructuras de poder han manifestado reiteradas veces su indignación con motivo de noticias y comentarios publicados por determinados periódicos o revistas de Moscú. En agosto de 1991, *Izvestia* se independizó del Soviet Supre-

mo de la URSS, del que había sido hasta entonces órgano de prensa. Pero en abril de 1992, Ruslán Jasbulátov, presidente del Soviet Supremo de Rusia, exigió que se restableciera la tutela del Parlamento sobre dicho periódico. La respuesta de la dirección de *Izvestia* fue muy lacónica: sólo acataría el dictamen de los tribunales.

En la primavera de 1992, el Gobierno de Rusia acordó que se asignaran 5.000 millones de rublos para subvencionar algunos periódicos y revistas. Es decir, que los contribuyentes rusos deben sufragar la difusión – en escala de *toda* la CEI– de publicaciones como *Komsomólskaya pravda* y *Rabóchaya tribuna*, y de las emisiones del primer canal de la TV de Moscú. ¿No les parece absurdo? Por cierto que los editores imploraban que el Gobierno les asignara mucho más: ¿60.000 millones de rublos! A mi juicio, sería mejor invertir ese dinero en la publicación de libros de texto y literatura infantil y en programas de asistencia a los ancianos e inválidos que viven en la miseria.

¿De qué libertad de prensa cabe hablar cuando las páginas de nuestro diario «principal» de ahora, *Rossíyskaya gazeta* (órgano de prensa del Soviet Supremo de Rusia), están llenas de actas taquigráficas de los debates en el Parlamento y los textos íntegros de informes y memorias enviados a Moscú por los órganos locales de administración! Borís Mirónov, el primer director de *Rossíyskaya gazeta*, fue destituido inmediatamente después de que saliera a la luz el primer número. El mismo comenta: «Hicieron bien en despedirme. De lo contrario, no nos habiéramos callado el hecho de que, en vísperas de la subida de precios de enero de 1992, los diputados se apresuraron a comprar los coches destinados a los propietarios de los bonos *Urozhái*, que habían sido extendidos a campesinos como recompensa por los productos agropecuarios entregados al Estado».

Ahora, con los demócratas en el poder, tenemos también un diario del Gobierno –*Rossíyskie vesti*–, al que en virtud de un decreto del presidente Yeltsin se incorporó en febrero de 1992 la colectividad de periodistas del ex semanario oficial *Pravítelstvenni vestnik*.

3. A mi juicio, en Rusia convendría prohibir no sólo el Partido Comunista, sino también las ideas comunistas.

De lo contrario, dentro de poco todos nosotros sólo podremos leer un periódico: *Deñ*, o *Pravda*, o *Soviétskaya Rossía*. La antigua *nomenklatura* siempre dispondrá de recursos para hacer propaganda de las ideas delirantes del nacional-socialismo. Miles de millones de dólares del PCUS han sido trasvasados a entidades económicas interpósitas en Rusia y en el extranjero. No es casual que aún no hay sido publicado en ruso en Moscú el libro de Jean Montaldo *Los secretos de la banca soviética en París*, que fue campeón de ventas de 1979 en Francia y en el que se denuncia el trasvase

masivo de recursos del PCUS a estructuras cuyas camufladas en Europa Occidental.

El hecho probable de que *Pravda* deje prácticamente de existir en el futuro, en principio no quiere decir nada. Es posible incluso que ello entrase en los planes de los antiguos dirigentes del país. Al frente de *Izvestia* siempre tuvieron a hombres inteligentes, mientras que la dirección de *Pravda* solían confiársela a personas de pocas luces. De los locales ocupados por las 56 oficinas de corresponsales de que disponía este periódico en el extranjero, sólo uno –en Finlandia– era propiedad de *Pravda*, es decir, que en el transcurso de decenios se despilfarró por concepto de alquiler una cantidad de dinero que habría sido suficiente para adquirir –a título eterno– cientos de locales.

La idiotez ostensible, no disimulada, de algunas estructuras comunistas no era, de hecho, más que un elemento del dispositivo de «defensa escalonada» de la casta gobernante. Esta dejó, por ejemplo, que le arrebataran el PCUS y la prensa comunista, pero a nivel local, en Rusia, mantuvo en los puestos de dirección hasta un 80 % de la antigua *nomenklatura*, conservando además el control de las estructuras del KGB, sin hablar ya de la Iglesia ortodoxa rusa, que desempeñaba en este país el papel de sucursal de la policía política.

No me extrañaría que algún experto agregara periódicos como *Nezavisimaya gazeta* y *Rossia* y la agencia Interfax a esa enumeración de «baluartes» de los viejos sectores pudientes. Es sabido que al frente de la brillante y respetable Interfax y del muy interesante diario *Rossia* se encuentran oficiales del KGB, y que uno de los tres miembros del *Equipo* dirigente de *Nezavisimaya gazeta*, cuando era corresponsal de *Nóvosti* en el extranjero, prestó fieles servicios a dicha institución durante mucho años. Añádase que el actual jefe de nuestra radio y TV, ex miembro de la Junta Directiva de la agencia *Nóvosti*, amigo de Gorbachov y autor de libros y películas que ensalzaban la figura de Lenin, jamás adoptó en el pasado actitudes disidentes y anticomunistas.

4. *Es posible que se logre desplazar al KGB de las posiciones que le permiten controlar la difusión de publicaciones periódicas y libros dentro y fuera de la CEI.*

La tristemente célebre Agencia de Derechos de Autor de la URSS (VAAP), que ha venido extorsionando a escritores y periodistas, músicos y científicos, fue desde su nacimiento un feudo de oficiales del KGB del más alto nivel. En febrero de 1992, el presidente Yeltsin firmó un decreto sobre la fundación –en calidad de sucesora de la VAAP– de la Agencia de la Propiedad Intelectual de Rusia (RAIS), encabezada por el conocido jurista Mijaíl Fedotov, ex adjunto de nuestro ministro de Información,

Mijaú Poltoranin. Pero la dirección de la VAAP no se rindió y anunció que ésta seguiría funcionando «de forma paralela» junto a la RAIS. La nueva agencia ha prometido que cobraría a sus clientes entre un 5 y 10 % por concepto de servicios, en lugar del 70 ó 90 % con el que se quedaba la VAAP.

El 22 de enero de 1992, por decreto del presidente de Rusia, dejaron de existir las agencias Nóvosti (APN-IAN) y TASS. En su lugar apareció un nuevo híbrido, denominado Agencia Telegráfica de Información de Rusia (ITAR-TASS). En 1991, el Estado otorgó a Nóvosti una subvención de 680 millones de rublos y 57 millones de dólares. Todo ese dinero se gastó en vano, sirviendo en lo fundamental para mantener estructuras del KGB en el extranjero. Probablemente no hay país del mundo en el que no se encontrara algún corresponsal de TASS o de Nóvosti, que por regla general era un agente del KGB o del GRU (Dirección Central de Inteligencia del Ejército). En la primavera de 1992 se supo que un gran número de esos corresponsales, al enterarse de su despido, habían decidido... no regresar a Moscú. Pero no está claro si tomaron esta decisión por iniciativa propia o por indicación del KGB.

5. De momento, el espíritu del KGB no se extinguirá en Rusia.

El cuadro fundamental de corresponsales de los periódicos de Moscú en el extranjero está estrechamente relacionado con el departamento de desinformación y otras secciones de los servicios soviéticos (ahora, de Rusia) de espionaje (KGB y GRU). Antes y después de Gorbachov, durante los años 80 y en lo que va de la década del 90, las agencias APN (LAN) y TASS, *Pravda*, *Izvestia*, *Komsomólskaya pravda*, *Novoe Vremia*, *Trud* y la TV Central han estado representados en el exterior por un cuerpo prácticamente invariable de periodistas, cuya vinculación con los servicios especiales era condición primordial e indispensable para salir al extranjero.

Es posible (¡posible, pero no seguro!) que en el extranjero disminuya el número de publicaciones mantenidas con dinero del KGB, como es el caso del casi desconocido periódico norteamericano *Gardian* y el bien conocido cotidiano parisiense *l'Humanité*.

Al hablar del KGB, me refiero también a la *nomenklatura* del PCUS y de los organismos de administración económica, que se fusionó con aquél en los tiempos de Gorbachov. A comienzos de 1992, fuerzas próximas a la dirección comunista clandestina seguían controlando una parte de la prensa que representaba la mayor tirada total, incluidos los diarios *Trud*, *Pravda*, *Rabóchaya tribuna*, *Soviétskaya Rossía*, y, en general, toda la antigua prensa comunista. El hecho de que la revista *Partíynaya zhizn'* (Vida del partido) se llame ahora *Delovaya zhizn'* (Vida de los negocios)

no significa ningún cambio sustancial en el cuadro de distribución de ese control. Todos los *antiguos* arden en deseos de recuperar el poder y sus privilegios. La principal cadena de televisión, la antigua TV Central, también hace el juego a la vieja *nomenklatura*, mientras que la TV de Rusia revela preferencia por el equipode Jasbulátov de dirección del Soviet Supremo.

Entre las estructuras que se esfuerzan por torpedear la actividad del Gobierno, cabe mencionar, en primer término, el complejo militar-industrial, de cuyos intereses se ha hecho intérprete en los últimos tiempos Alexandr Rutskói. Llevado por la lógica de su combate contra los «acaparadores-especuladores», el vicepresidente de Rusia se ha convertido, desde comienzos de 1992, en uno de los pilares políticos de la actual economía sumergida y la corrupción administrativa.

En 1992, proseguirá en Rusia la guerra civil sigilosa de las estructuras clandestinas del PCUS con empleo de la estructura legal de los sindicatos sectoriales. El estallido de la huelga general puede ser provocado en cualquier momento. A la persistencia de esta situación contribuye la actitud de «lealtad» de Yeltsin hacia los *apparatchiki* comunistas. Estos últimos desorientarán al Presidente y al Gobierno con torrentes de información falsificada, como lo hicieron antes con Gorbachov.

Tal es el precio exorbitante que supone la ausencia de una prensa libre en la URSS-CEI, de una prensa capaz de participar objetiva y debidamente en la formación de la opinión pública. ¿Tendremos que seguir escuchando a nuestros mejores periodistas por mediación de las emisoras occidentales? ¿Quién nos informará mañana? Por ahora es evidente que los medios nacionales de información social no logran ponerse por encima de la simple propaganda de intereses concretos de sus patrocinadores.

6. En Rusia podrán sobrevivir algunos periódicos de ámbito local y los grandes consorcios editoriales.

No es casual que en el otoño de 1991 en Moscú figuraran en cabeza por el número de suscripciones para 1992 dos diarios de entidad local: *Moskovski komsomólets* (con 726.000 suscriptores) y *Vechérnaya Moskvá* (390.000), seguidos en orden descendente por *Trud* (340.000), *Komsomólskaya pravda* (260.000), *Moskóvskaya pravda* (201.000), *Ivestia* (183.000), *Kuranti* (143.000), *Pravda* (61.000), *Nezavisimaya gazeta* (22.000), *Rabóchaya tribuna* (14.000) y *Krásnaya zvezdá* (9.000).

Los mastodontes de la propaganda, los desinformadores crónicos y patológicos de TASS y APN desaparecerán de muerte natural o serán desplazados por rivales más decentes y ágiles, del tipo de la agencia Interfax. Los periódicos regionales de Rusia, ya sea los de San Petersburgo o

los del Lejano Oriente, han obtenido la independencia real respecto a Moscú y el acceso a fuentes normales de información. En consecuencia, el mercado saturado (en la primavera de 1992, en San Petersburgo se editaban 140 periódicos) ya no gravitará en torno de los periódicos centrales de Moscú. De la actual decena de diarios moscovitas, pocos lograrán sobrevivir.

Uno de ellos será *Izvestia*, que en el otoño de 1991, en el ocaso del poder soviético, constituyó —con este mismo nombre— un consorcio editorial de periódicos, revistas y libros, con imprenta propia y múltiples locales situados en el centro mismo de Moscú, en la calle principal.

7. Los lectores preferirán cada vez más la información objetiva a las divagaciones sobre temas diversos.

He aquí los resultados de la campaña de suscripciones a publicaciones periódicas para 1992 (según datos correspondientes a diciembre de 1991).

Número de suscripciones en 1992 y 1991 (en miles de ejemplares)

<i>Título</i>	1992	1991
Publicaciones económicas:		
<i>Ekonomika i zhizn</i>	585	515
<i>Kommersant</i>	220	113
<i>Business i banki</i>	24	22
<i>Delovíe liudi</i>	20	21
<i>Delovói mir</i>	18	15
Public, socio-políticas		
<i>Argumenti i fakti</i>	22.599	23.840
<i>Trud</i>	12.320	18.292
<i>Izvestia</i>	2.781	3.873
<i>Megapolis-Express</i>	1.600	93
<i>Ogoniok</i>	1.492	1.723
<i>Moskovski komsomólets</i>	1.338	1.538
<i>Pravda</i>	874	2.221
<i>Soviétskaya Rossía</i>	780	1.321
<i>Rossiiskaya gazeta</i>	577	252
<i>Moskovskie nóvosti</i>	337	1.297
<i>Nedelia</i>	70	76
<i>Nezavisimaya gazeta</i>	64	No hubo suscripción

La única sorpresa de la campaña para 1992 fue el resultado impresionante de *Megalopolis*, que aumentó en 1.700 % el número de suscripcio-

nes en comparación con el año anterior. Por lo demás, el fenómeno se explica fácilmente: Megalopolis sacó provecho de las deficiencias del mercado librero y ofreció a los lectores para 1992 una serie de obras populares —desde *Los tres mosqueteros* hasta *Neznaika en la Luna*—, imponiéndoles como «sobrecarga» indispensable la suscripción anual al periódico.

Ogoniok recurrió al mismo método, pero con mucho menos éxito: la oferta de libros de Arthur Conan Doyle y Francis Scott Fitzgerald sólo logró reducir un tanto la pérdida de suscriptores.

Fueron algo inopinados los resultados registrados por *Nezavisimaya gazeta* y *Moskovskie nóvosti* (Novedades de Moscú), dos periódicos que compiten entre sí en el ámbito de la prensa política.

Moskovskie nóvosti perdió 970.000 suscriptores, o sea un 75 % del total correspondiente al año anterior, pero *NG*, contrariamente a lo que se esperaba, no logró ganarse a esos lectores, debiendo contentarse con apenas 74.000 suscripciones.

Por lo que se refiere a las demás publicaciones, los resultados fueron acordes con los pronósticos, *Izvestia* se mantuvo a flote, si bien con un millón de suscriptores menos que el año anterior. *Moskovski komsomólets* y *Argumenti i fakti* seguían siendo campeones por sus tiradas, gracias a su capacidad de respuesta inmediata a las demandas de las masas lectoras.

En el mercado de la prensa especializada en temas económicos y comerciales, no se registraron cambios sustanciales en la clasificación de las diversas publicaciones.

Ekonomika i zhizn', que busca al lector de masas aplicando una estrategia de «precio bajo» (29 rublos por la suscripción anual), aumentó en un 15 % el número de suscriptores, alcanzando un total de 585.000.

Kommersant, que se atiene a los principios estratégicos diametralmente opuestos de «lector selecto y precio alto» (96 rublos al año), incrementó el número de suscripciones en un 94 %, con un total de 220.000.

Delovíe liudi y *Delovói mir* terminaron la campaña con resultados un tanto peores.

8. *En la Rusia poscomunista, afectada por crecientes fenómenos de pauperismo, el nivel de información disminuye, al tiempo que se debilitan la independencia y la orientación democrática de las masas.*

Desde la oposición al *Politburó* comunista y la mayoría del Parlamento de la URSS, los demócratas consiguieron que en agosto de 1990 se aprobara una Ley de Prensa —bastante buena en una apreciación de conjunto—, que suprimió la censura previa y autorizó la edición de cualesquiera publicaciones y la fundación de emisoras de radio y televisión por personas privadas. A finales de diciembre de 1991, el Soviet Supremo de Rusia adoptó una Ley sobre los Medios de Comunicación de Masas, que

otorgó al ministerio fiscal derechos excepcionales para registrar los locales de redacciones y perseguir a los periodistas que se negaran a revelar «en interés de la instrucción» sus fuentes de información.

La prensa es cada vez más cara y las tiradas disminuyen. Por lo que se refiere a los libros, ya sólo se editan diccionarios y obras eróticas.

Todo poder suele ver con malos ojos a los críticos. Bajo el régimen comunista, solían amaestrarlos y controlarlos con bastante éxito. Bajo el gobierno de Yeltsin, la palabra escrita resuena cada día menos en el escenario político. Hace cosa de tres o cuatro años, los periódicos, revistas y libros eran algo así como una mercancía de importancia especial: eran editados y se hacían llegar al consumidor, sin reparar en los gastos. Las cosas han cambiado mucho. 1992 puede ser para los medios de información social de Rusia un año en que se pierda todo lo que se había ganado hasta ahora y se extingan la mayoría de los periódicos.

9. *La mayoría de los llamados periódicos centrales de Moscú no tienen futuro.*

Decenas de esas publicaciones de 4 a 8 páginas desaparecerán poco a poco, agobiadas por el alza de los precios del papel y los servicios de imprenta.

El lector, reducido a la pobreza por la inflación galopante, ya no puede comprar varias publicaciones como lo hacía antes, sino que debe contentarse, en el mejor de los casos, con una sola.

El periódico se está convirtiendo en un objeto de lujo. Y los ricos, si bien están dispuestos a pagar un precio alto, sólo lo harán cuando se les ofrezca información veraz, objetiva y que satisfaga sus intereses cotidianos. Es posible que *Kommersant* y *Moskovski komsomólets*. Este periódico juvenil es diez veces más popular en Moscú que el diario *Komsomólskaya pravda*, que también va dirigido fundamentalmente a la juventud.

Está claro asimismo que la mayoría de los periodistas, que se acostumbraron durante decenios a decir verdades a medias o puros disparates, no podrán seguir trabajando en este oficio. Sólo los jóvenes, es decir, las nuevas generaciones de periodistas contarán con el crédito de confianzas imprescindible. Por supuesto, la gente ha leído siempre y seguirá leyendo con interés los artículos y declaraciones de personas como Elena Bonner, Yuri Mitiunov, Félix Svétov o Serguéi Grigoriants.

10. *En Occidente ha habido periódicos amarillos (dirigidos al gran público), de calidad (para la élite) y especializados (para satisfacer intereses concretos). Ahora se perfilan en nuestro país tendencias a una diferenciación similar.*

De todos modos, tanto *Pravda* como *Komsomólskaya pravda* deben comprender que los tiempos de la prensa amarilla, destinada al lector de masas, han quedado atrás. La televisión y el vídeo mostrarán y contarán cualquier asunto, cualquier escena pornográfica, drama o tragedia, mucho mejor de como lo hacen los mencionados periódicos para su lector desamparado y con bajo nivel de instrucción.

El ruso muy acaudalado y muy inteligente ni lee *Komsomólskaya pravda* ni se pasa mucho tiempo ante la pequeña pantalla. Necesita información para la élite, es decir, de calidad muy alta. No se interesa por los cotarros políticos, sólo desea gozar de libertad y que se creen condiciones favorables para sus negocios, su carrera profesional, el ocio, etcétera.

Cuando se lleve a cabo la privatización, aparecerán periódicos para la élite y la clase media.

Aparecerán también imprentas privadas y se empezará a editar lo que faltaba en la URSS, centenares de revistas ilustradas destinadas a las diferentes categorías de lectores. Por algo será que nuestras tres principales revistas –*Rabótnitsa*, *Krestianka* y *Zdorovie*– fueron las únicas que lograron mantener en 1992 sus tiradas (¡con decenas de millones de suscripciones!). Desgraciadamente, la calidad de presentación tipográfica de estas revistas mensuales de pocas páginas deja mucho que desear.

11. Las relaciones de mercado redundan en beneficio de la prensa de Rusia.

La nueva Ley sobre los Medios de Comunicación de Masas de Rusia indica en su artículo 43 que las redacciones no tienen la obligación de contestar a las cartas de lectores ni de transmitir las a los organismos a los que incumba examinarlas. A comienzos de 1992, inmediatamente después de adoptada esa ley, las redacciones despidieron una parte considerable del personal de sus secciones de correspondencia, que siempre habían sido las más numerosas en cada periódico.

En adelante serán los tribunales los que deberán examinar las quejas de los ciudadanos. Hasta ahora, durante decenios, en los periódicos «centrales» de Moscú había un centenar de personas encargadas de leer las cartas (¡poco menos de un millón por año!), contestar a cada una y transmitir cada queja al ministerio u organismo correspondiente para que se adoptaran las medidas pertinentes. Casi todo el país participaba en esa correspondencia burocrática, creando así apariencias de desvelo por el bienestar de los trabajadores.

En Moscú está a punto de ser inaugurada la Casa de la Prensa de Rusia. En 1992 se puso a disposición de los periodistas un edificio reciente-

mente restaurado de la calle de Pushkin, en el que apenas habían tenido tiempo de instalarse 1.800 funcionarios del último Gabinete de Ministros de la URSS.

12. En los nuevos Estados independientes de la antigua URSS habrá que empezar a crear casi desde cero la prensa, la TV y la radio nacionales.

Formalmente, el corresponsal de *Izvestia* en Tadjikistán se encuentra allí en las mismas condiciones que, por ejemplo, los corresponsales de *The Washington Post* o *Le Figaro*. Pero estos sólo acuden a Dushambé de vez en cuando, mientras que el primero estaba allí permanentemente y fue expulsado de esa capital en marzo de 1992. Es verdad que quién lee en Tadjikistán los escritos de periodistas occidentales.

En esa misma república o incluso en Letonia, los periodistas locales, una vez liberados de la presión de las estructuras centrales y locales del PCUS, permanecen en el campo visual del KGB, de los diversos órganos de justicia y de la *mafia*. Definitivamente arruinados a raíz de la nueva y brutal subida de los precios (en una proporción de 1.000 a 2.000 %) en enero de 1992, los periódicos se han visto obligados a resolver el dilema de o bien cerrar o bien encontrar patrocinadores entre los comunistas, los hombres de negocios, las estructuras militares, etc. No faltaban ofertas sugestivas ni en Dushambé ni en Riga. Pero todas estaban sujetas a la misma condición: a cambio de los millones prometidos, había que ceder los derechos de propiedad del periódico. ¿De qué independencia y responsabilidad ante los lectores cabe hablar en tal caso?

Así las cosas, los periodistas de la antigua URSS suelen soñar con que algún norteamericano o oesteuropeo adinerado compre sus publicaciones. A decir verdad, semejante solución es por lo general, la más beneficiosa para todos.

13. En el territorio de la ex- URSS no habrá un espacio informativo único.

Las llamadas prensa y televisión centrales dejarán de existir. Hace tiempo que en las repúblicas bálticas, en Ucrania, en Transcaucasia y en el Asia Central la población dejó de prestar crédito a la voz de Moscú.

En la mayoría de esas regiones, ya no se reproducen cada noche los periódicos centrales a partir de matrices enviadas desde Moscú, como se hacía aún hace pocos meses. La suscripción a dichas publicaciones costará el triple que en Moscú, y ya no están a la venta en los quioscos.

Por ahora la gente mira todavía los programas de la TV de Moscú, pero ninguno de los nuevos Estados tiene ganas de participar en su financiación. Y es que los puntos de vista e intereses de Moscú no coinciden en absoluto con los criterios y esperanzas de la mayoría de la población

de esas repúblicas. El divorcio se percibe incluso ahora, cuando la TV de Moscú ya no miente de manera tan descarada como hasta agosto de 1991.

Para la primavera de 1992, en la mayoría del territorio de la antigua URSS se había creado un inmenso vacío en el campo de la información. Los jóvenes Estados independientes querían librarse del *diktat* informativo de Moscú y en las provincias de Rusia se observaba una tendencia similar.

Muy pronto resultará imposible comprar periódicos capitalinos en lugares situados a 100 ó 200 kilómetros de Moscú. Todo el mundo recuerda que la prensa y la TV del Kremlin se pasaron decenios atizando la guerra fría, provocando conflictos armados en el Tercer Mundo. Más recientemente, ya en tiempos de Gorbachov, cuando se vieron amenazados los privilegios del complejo militar-industrial, del PCUS y del KGB, provocaba esos conflictos en el territorio mismo de la URSS. Bajo el gobierno de Yeltsin, tras el derrumbe del poder soviético y la quiebra de las ideas comunistas, el pensamiento imperialista sigue marcando las palabras y los hechos de muchos demócratas rusos.

Las tensiones en la sociedad repercuten en el trabajo de los reporteros, muy peligroso en nuestros días. Por el número de muertos y heridos, los periodistas de la CEI están al nivel de Yugoslavia. Los relatos de palizas y atracos sufridos por nuestros informadores se están convirtiendo en una especie de folklore profesional.

El periodista carece de derechos en cualquier república de la antigua URSS: no está protegido por la ley, como, por ejemplo, los médicos o los policías. Los chalecos antibalas y los seguros de vida sólo están al alcance de sus colegas occidentales. Estos se encuentran también en condiciones privilegiadas para obtener información de las partes beligerantes en las zonas de conflicto, ya que los periodistas soviéticos han sido siempre y siguen siendo objeto de escasa confianza, debido a su bajo nivel profesional, indigencia y dependencia absoluta.

Desde hace tiempo nos acostumbramos a recibir de periodistas occidentales lo principal de la información sobre el acontecer en la URSS. Nuestros mejores periodistas, a su vez, ofrecen los datos más interesantes reunidos por ellos, en primer lugar, a los medios occidentales de comunicación. Los reportajes televisivos, fotografías, comentarios y noticias se pagan en Occidente a un precio cien veces más alto que en la URSS-CEI.

Además, para el periodista de la CEI que desee informar sobre un tema candente es mucho menos peligroso publicar el artículo en Occidente que en su propio país. Los fiscales y los movimientos armados de las repúblicas del Cáucaso y Moldavia la tienen tomada con todos los periodistas rusos y son un tanto más condescendientes hacia los occidentales: no los llevan a los tribunales, no los encarcelan ni los torturan. Cierto es que las balas

perdidas y las palizas no hacen distinción entre unos y otros.

En el futuro próximo, los pueblos de la ex URSS dependerán de Occidente en lo que concierne a todos los tipos de información. Tanto las autoridades como la población de las repúblicas antes federadas tienen en poco a la mayoría de sus propios periodistas y los de Moscú. A «los de arriba» no les gustan los discursos, y a «los de abajo», los dóciles. En Ucrania, por ejemplo, el periódico más influyente, *La Independencia* (con una tirada de 1,3 millones de ejemplares), estuvo a punto de fenecer en febrero de 1992 por falta de papel. En realidad, se encontró en ese trance debido a la actitud de las autoridades, que se esforzaban por atajar el desarrollo de las tendencias independentistas. Al Gobierno no le había gustado, en particular, un artículo en el que se informaba de que, en vísperas de una subida en flecha de los precios, a todos los parlamentarios se les había brindado –por iniciativa del Gabinete de Ministros– la posibilidad de adquirir a precios viejos, «de Estado», coches (por 10.000 rublos en vez de un millón) y diversos artículos de uso y consumo...

En decenas de repúblicas federadas o autónomas de la ex URSS ocupan hoy los puestos más altos ex secretarios y miembros del CC del PCUS, bonzos del KGB y disidentes de inspiración nacionalista. ¿Acaso se les puede considerar demócratas convencidos? Gamsajurdia, por ejemplo, persiguió –con mucho más encono que Brézhnev y Gorbachov juntos– al destacado filósofo Meraba Mardashvili, que murió hace poco.

En 1917 y durante el período posterior, el poder soviético aniquiló a la clase media y los intelectuales. Las nuevas generaciones de la llamada intelectualidad soviética aprendieron a delatarse unos a otros por iniciativa propia; entre los escritores y los periodistas se formaron legiones de hipócritas. También los músicos escribían denuncias –secretas o públicas– contra sus colegas más talentosos. El famoso compositor moscovita Mikaél Tariverdiev ha narrado en un libro el drama (tragedia) de nuestra intelectualidad.

14. Nuestro 'material humano' está casi irremediablemente estropeado. Las discordias en el Cáucaso constituyen la prueba más fehaciente de ello. Es sólo con ayuda del exterior como podrá la población de la antigua URSS alzar la cabeza y convertirse en ciudadanos libres y civilizados.

En febrero de 1992 se puso a la venta por fin el periódico semanal ruso-norteamericano *WelMy*, de 16 páginas, cuyos coeditores –*Izvestia* y la corporación Hearst– se proponen convertirlo próximamente en una publicación diaria. En marzo apareció el primer número en ruso de la revista *Europa*, editada por la representación de la Comisión de Comunidades Europeas en Moscú. En los países de la CEI se

ha anunciado la suscripción al resumen semanal en ruso del *New York Times*.

En junio de 1991, los norteamericanos –por boca del secretario de Estado Baker– declararon que ayudarían a fortalecer la independencia de los medios de información de masas en los países de Europa Oriental y en la URSS. Pero, llegados ya a la primavera de 1992, hay que constatar que en el territorio de la CEI es muy poco lo que se ha realizado en este plano. Aunque se hicieron muchas promesas: crear en Moscú, en cooperación con el Instituto de EE.UU. y Canadá de la Academia de Ciencias de Rusia, un centro de servicios informatizados para los periodistas soviéticos y corresponsales extranjeros, con acceso directo a los bancos de datos de Occidente; organizar también en Moscú una importante biblioteca de literatura y publicaciones periódicas norteamericanas, conferencias de destacados soviétólogos, etc.

El problema estriba ahora en que ese maná llueva no sólo sobre Moscú, sino también sobre las demás capitales de la CEI. ¿Accederán a ello los norteamericanos? Si no ayudan ellos, tendremos que recurrir a los alemanes, los turcos o los iraníes, a quien sea. Los franceses de *Le Monde*, por ejemplo, podrían organizar un buen día en todas las capitales de la CEI filiales de su excelente banco de datos sobre la URSS. Por ahora ningún periódico de la CEI –ni en las capitales de las repúblicas, ni en el propio Moscú– dispone de un servicio de consulta tan desarrollado.

Tras un largo período de reflexión, el Ministerio francés de Asuntos Exteriores se inclina a inaugurar en Moscú, en 1993, una escuela de periodistas.

15. En los próximos años, la comunidad internacional empeñará esfuerzos por salvar en Rusia los fondos de libros y documentos de inmenso valor.

Los franceses, por ejemplo, abrigan la esperanza de recuperar los veinte vagones de archivos (1,2 millones de unidades) incautados por la URSS a los alemanes, los cuales, a su vez, se los habían llevado de Francia en 1940. Se trata de documentos de máximo valor de las FF.AA. y los servicios de espionaje franceses, que abarcan un período de al menos tres siglos.

¿Y cuál será el destino de las colecciones procedentes de bibliotecas, archivos y museos alemanes? En el Archivo Central (especial) de la URSS se guardaban documentos procedentes de casi *toda* Europa. Los funcionarios del KGB eran los únicos que tenían acceso a estos trofeos, al objeto de reunir datos comprometedores contra ciudadanos soviéticos.

El Instituto Hoover y la Biblioteca del Congreso de EE.UU. anunciaron en 1992 que habían llegado a un acuerdo con las autoridades de

Rusia sobre la utilización conjunta de los documentos guardados en los principales archivos de Moscú y la Biblioteca Estatal Lenin. En este país se construían portaviones, y el KGB, tan sólo en los últimos seis años, inauguró dos inmensos edificios en el centro de Moscú e inició obras de modernización en el tercero. Mientras tanto, las principales bibliotecas del país —en Moscú y San Petersburgo— se convirtieron en un símbolo de ruina y degradación. No disponen ni siquiera de un dólar para comprar libros y publicaciones periódicas de otros países. Hace varios años que prácticamente no se recibe ni siquiera un ejemplar de los 5.000 títulos de revistas científicas extranjeras tan necesarias para nosotros...

Al Instituto Hoover se le permitirá sacar copias (microfilmes, microfichas) de los documentos guardados en archivos rusos, a la mayoría de los cuales nadie tuvo acceso durante los últimos setenta años. Se dejarán dos copias en el Comité Ruso de Archivos y en la Biblioteca Lenin, y otras dos se mandarán al extranjero. A su vez, el Instituto Hoover, que posee una abundante y muy valiosa colección de documentos concernientes a la historia de Rusia del siglo XX, nos transmitirá los microfilmes de todos sus fondos rusos, en total 20.000 carretes. Nosotros también cedemos 20.000 carretes. Además, recibiremos 3 millones de dólares. Todo el trabajo de preparación y filmación de nuestros documentos se efectuará con la participación y el concurso técnico de los norteamericanos. Pienso que ellos estarían dispuestos a gastarse ya no tres, sino 300 millones de dólares, con tal de garantizar a la humanidad la conservación de documentos testimoniales del experimento social más trágico de cuantos se realizaron en la historia mundial. En este sentido, los archivos del CC del PCUS y de KGB tienen un valor inestimable y deben ser accesibles. Desgraciadamente, ya han sido objeto de «limpieza» por parte de gente interesada en borrar las huellas de sus crímenes.

Es probable que la Biblioteca Lenin y la del Congreso de EE.UU. terminen fusionándose, lo cual permitiría a la primera salir de su actual estado de indigencia prehistórica. Aunque el Parlamento de Rusia acordó financiar la reconstrucción de la Biblioteca Lenin, por ahora no se han asignado a estos fines los 150 millones de dólares necesarios. Antes ya hubo muchas disposiciones del Gobierno y decretos de Gorbachov, pero de nada sirvieron. Las dos o tres principales bibliotecas de Moscú y San Petersburgo han sufrido decenas de incendios e inundaciones debidas a desperfectos de las cañerías. Hasta 1991, las mayores bibliotecas del país, con sus fondos secretos —ahora abiertos al público— fueron filiales del KGB. De ahí que la sociedad no se preocupara por ellas. El problema es que en esas bibliotecas se está echando a perder una parte de la memoria histórica del mundo.

Los franceses han hecho un esfuerzo y han traído miles de obras de autores contemporáneos para los moscovitas que entienden su lengua.

Una parte de esos libros se ha puesto en venta en la librería de la editorial Progreso y otros 10.000 ejemplares están al alcance del público en el Centro de la Cultura Francesa, que el Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia inauguró, en 1992, en una de las salas de la Biblioteca de Literatura Extranjera de Moscú.

16. La prensa de los 'verdes' se convertirá muy pronto en la que goce de mayor demanda en la CEI.

Por ahora no tenemos leyes que prohíban la producción y venta al público de productos contaminados. El agua de beber, el aire, la tierra, los alimentos, todo en este país está contaminado por encima de las normas permisibles. La concentración de gases de escape en el aire, la radiactividad y la radiación electromagnética, el elevado contenido de sustancias tóxicas en los terrenos y el ruido no permiten llevar una vida sana en la URSS-CEI. Por el conjunto de factores ambientales nocivos que influyen sobre él, el moscovita se encuentra en condiciones peores que los participantes de expediciones antárticas. Los diplomáticos extranjeros que trabajan en Moscú cobran sobresueldos por el entorno insalubre en que les toca vivir. Sólo un 14 % de los niños soviéticos llegan sanos a la edad de 17 años. Desde la década de los 70 ha aumentado en un 50 % el número de casos de enfermedades –cardiovasculares y oncológicas– causadas por factores ambientales. En la Federación Rusa, el índice de mortalidad de niños menores de un año es el doble que en EE.UU. La esperanza de vida de nuestra población masculina es de 7 a 10 años inferior a la de los países desarrollados. Los hombres del Norte siberiano viven 22 años menos que en los países europeos nórdicos, y las mujeres, 14 años menos.

17. Los derechos humanos (de los niños, las mujeres, los ancianos, las personas disminuidas, los presos, los campesinos, los consumidores, etcétera) seguirán siendo otro tema de actualidad para nosotros.

En 1992, en la CEI no existía prácticamente ningún sistema de seguros de vida y de la propiedad, ni para los ciudadanos ni para las personas jurídicas. 130.000 personas encarceladas por delitos de «especulación» y actividad empresarial privada permanecen presas, a pesar de que se han anulado los artículos del código penal en virtud de los cuales fueron condenadas. En 1991, el número de muertos en accidentes de carretera ascendió en la URSS a 37.510 (un 150% más que en los 10 años de la guerra de Afganistán). En las carreteras de EE.UU. mueren cada año aproximadamente el mismo número de personas, pero allí hay diez veces más automóviles.

18. *Los nuevos Estados independientes aplicarán intensos esfuerzos por realizar en la práctica el derecho a la información. A comienzos de 1992, en decenas de ciudades de la ex URSS, en el campo de los servicios telefónicos con pago en divisas comenzó a funcionar —antes que en otras esferas de actividad económica— un mecanismo de competencia basado en las leyes de mercado.*

En la URSS, el dueño real de cualquier línea telefónica era (¿quizás siga siéndolo?) el KGB. De ahí que el Gobierno de Ucrania firmara, en enero de 1992, un contrato con la ATT para fortalecer su independencia respecto a Rusia. Por 1.000 millones de dólares, la empresa norteamericana se comprometió a triplicar de aquí a fines de siglo el número de líneas telefónicas instaladas en Ucrania (aproximadamente 7 millones a principios de 1992). En la fase inmediata entrarán en servicio 60 canales de comunicación internacional directa, además de los 150 que pasan por Moscú. Para el verano de 1992, las bolsas ucranias tienen proyectado el lanzamiento de un satélite comercial de comunicaciones.

Es curioso que Rusia ocupe el último puesto entre las repúblicas de la ex URSS por el índice relativo de teléfonos particulares instalados en zonas urbanas (número de aparatos por cada cien familias). Para la primavera de 1992, Rusia disponía de apenas 3.000 canales de comunicación internacional, cuando necesitaría más de 55.000.

Estados Unidos ha decidido firmemente que en los próximos tiempos reducirá pero no anulará las restricciones impuestas por el COCOM a la exportación de tecnologías avanzadas, particularmente en lo que concierne a fibras ópticas. En este plano, más que el deseo de preservar a los occidentales contra la eventual competencia de nuestras empresas, interviene el hecho de que es prácticamente imposible interferir las comunicaciones transmitidas por fibras ópticas de alta velocidad... Hace poco el Congreso de EE.UU. aprobó un proyecto que contempla, para el año 2015, conectar todas las casas del país al sistema de comunicación por cables ópticos. Semejante programa sería demasiado ambicioso en el caso de nuestro país. Aunque producimos casi todos los componentes indispensables para la comunicación digital por fibras ópticas, no podemos pasarnos sin la ayuda de Occidente en esta esfera de alta tecnología. Por ahora tampoco contamos con lo indispensable para instalar una línea transiberiana de comunicación: los norteamericanos temen que se utilice con fines puramente militares en las zonas de concentración de nuestra industria bélica.

Hacia marzo de 1992, el COCOM autorizó la venta a nuestro país de cables de fibra óptica de baja velocidad. La compañía norteamericana ATT fundó inmediatamente, con participación de la firma Dálniya Svias —la más conocida de nuestra industria de defensa— una empresa conjunta

para la modernización del sistema de comunicaciones de Rusia. Esta modernización requerirá mucho dinero. Se estima, por ejemplo, que el gasto necesario para renovar la red telefónica urbana de Moscú representará entre 6.000 y 8.000 millones de rublos. Por ahora la ATT ha comenzado a tender un cable óptico de Copenhague a la ciudad de Kingisepp, en la región de Leningrado, que será prolongado posteriormente hasta Moscú. Para finales de 1992, la ATT tiene previsto dar cima a las obras de construcción e instalación de una central telefónica internacional en San Petersburgo.

19. La radio es y seguirá siendo la fuente de información más fiable en los territorios de la antigua URSS. A diferencia de la prensa escrita y la TV, nuestra radio tiene muchos rivales extranjeros.

Hasta 1990, la propaganda oficial soviética llamó siempre «voces enemigas» a las emisoras occidentales que emitían en ruso. Entre los acusadores más virulentos figuraba el jefe del KGB, Vladímir Kriuchkov, uno de los organizadores del golpe de Estado de agosto de 1991.

Los periódicos y la TV de Rusia siguen considerando a las «voces» extranjeras como un modelo y la única garantía de su propia libertad de prensa. En la primavera de 1992, la prensa moscovita conmemoró ampliamente en su páginas el 50 aniversario de La Voz de América. Radio Rusia retransmite desde agosto de 1992 algunas emisiones de la BBC en ruso. La emisora norteamericana Liberty informó en marzo de 1992 que tenía más oyentes que antes en el territorio de la ex URSS. Los periodistas de esta emisora aconsejan a sus colegas rusos que no se limiten a transmitir información negativa, pues es necesario alimentar la esperanza de que la situación mejorará y ver los elementos realmente positivos del momento actual.

En la mayoría de los Estados independientes de la CEI, los corresponsales de Liberty y La Voz de América ocupan hoy los puestos más altos en la jerarquía periodística local, es decir, el lugar que correspondía antes al corresponsal particular de *Pravda*. Los programas de estas emisoras —no sólo en ruso, sino también en las lenguas de las antiguas repúblicas federadas— constituyen una aportación inestimable de Estados Unidos a nuestro proceso democrático. En febrero de 1992, la BBC informó de la apertura de una oficina de corresponsales en Ucrania, en la que trabajarán no menos de diez periodistas, con dominio perfecto de las lenguas inglesa y ucraniana. En Moscú, además de sus oficinas instaladas en varios locales, la BBC ha organizado en la Biblioteca de Literatura Extranjera una exposición que durará cinco años y en la cual se transmitirán de modo permanente las últimas noticias.

Y es una suerte que uno pueda ir allí a escucharlas, pues los radiorecep-

tores son, entre todos los medios audiovisuales, los que más escasean últimamente en este país. Antes, en la URSS, la producción de radios estaba concentrada en Riga, y las tiendas del país estaban inundadas de transistores con la marca de la fábrica de Riga. Ahora los estantes están vacíos. Se ha puesto en marcha la fabricación de magnetoscopios en cuatro fábricas de Rusia, pero se olvidaron de los radioreceptores. ¿Será casual? De todos modos, en Rusia ya han empezado a emitir dos cadenas de radiodifusión para los hombres de negocios —Delovaya Volná y Radio-Máximo—, y esto quiere decir que los radioreceptores reaparecerán en las tiendas.

20. La TV soviética es tan incorregible e irreformable como el poder y la ideología de los comunistas. El último baluarte del imperio se derrumbará ineluctablemente y en su lugar aparecerán decenas de compañías privadas y estatales de Rusia y los demás Estados de la ex URSS. Además, todas estas compañías tendrán igual acceso a la pequeña pantalla: los programas de Tashkent, Erevan o Kazan podrán ser retransmitidos vía satélite —en su totalidad y de manera permanente— a los territorios de Rusia y los demás Estados de la ex URSS.

Esto, por supuesto, es un pronóstico optimista, cuya realización requerirá mucho dinero. En un proyecto más modesto se prevé que la cadena Ost (Ostánkino, heredera del primer canal de la antigua TV Central) conceda espacios iguales en su programación a todas las ex repúblicas federadas, reservando a Moscú las funciones de distribuidor y comentarista.

Los dirigentes de muchas repúblicas consideran utópica la idea de repartir el primer canal y les gusta aún menos ver a los moscovitas en el papel de comentaristas y arbitros. En particular, señalan al Kremlin y a los directivos de la compañía Ostánkino que por ahora la TV de Polonia o la de Corea del Norte ocupan más espacio en la programación del primer canal de Moscú que, por ejemplo, las emisiones preparadas en los estudios nacionales de la capital de Kirguizia.

Lo peor es que nuestra TV, en su forma actual, es algo así como una revista y diario audiovisuales inspirados en los modelos del socialismo desarrollado. Tras el fracaso del golpe de agosto de 1991, bajo el gobierno de Yeltsin, los puestos de dirección de las dos cadenas principales vuelven a estar ocupados por hombres que no son profesionales de la televisión: Oleg Poptsov, ex director de la revista *Sélskaya Molodíozh*, y Egor Yákovlev, ex director del semanario *Moskovskie nóvosti*.

Poptsov está al frente de la radio y la televisión de Rusia, mientras que Yákovlev dirige la Radiotelevisión central, rebajada a la condición más modesta de «cadena Ostánkino». El núcleo de la TV de Rusia lo compusieron personas que habían sido expulsadas —de una u otra

manera— de la TV Central. En el cuadro de dirigentes y periodistas de esta última no hubo cambios, exceptuando la destitución del lacayo del CC del PCUS Krávchenko y algunos de sus colaboradores más próximos. En la primavera de 1992 seguían trabajando en la compañía Ostánkino quienes habían asegurado la cobertura ideológica de los pogromos del KGB y el Ejército Soviético en Almá-Atá y Ferganá, Tbilisi y Bakú, Sumgaít y Stepanakert. Uno o dos centenares de funcionarios del Comité de Televisión y Radio de la URSS deberían ser juzgados en el marco de un nuevo proceso de Nuremberg. Sus mentiras, concebidas y amañadas con habilidad profesional, atizaban las llamas de cruentos conflictos en todos los confines del imperio del Kremlin. Además de las mencionadas ciudades soviéticas, la desinformación difundida por la TV Central llevaba la muerte y privaciones a todos los «países socialistas hermanos», fomentaba el culto a Gaddafi, Hussein, Arafat y Nadjib, echaba leña al fuego de la contienda iraní-irakí, la efervescencia sij en la India y las guerras en África y América Latina.

En 1992, la TV de Moscú impone al telespectador la retransmisión completa de debates en el Soviet Supremo de Rusia y cultiva el fascismo en los programas de Nevzórov y en nombre de un puñado de políticos a los que poca gente hace caso, como Zhirinovski, Makashov y Umalátova. La diferencia con *Pravda* consiste en que este periódico depende en cierto modo del número de suscriptores, mientras que la TV del Kremlin puede seguir transmitiendo tranquilamente a medio planeta su turbia propaganda, invirtiendo en ello miles de millones de rublos a expensas de los contribuyentes.

Nuestros jefes del *Politburó* conocían muy bien el valor de la información transmitida por su TV, por eso ellos mismos miraban en sus despachos los programas de la CNN y se lo permitían también a centenares de funcionarios. La TV del Kremlin es irreformable aunque la privaticen a través de testaferros y con el dinero del complejo militar-industrial o del PCUS-KGB.

La salida consiste en diluir sus programas con los de otras compañías liquidando así el monopolio de la TV del Kremlin. Ya se están dando pasos en esa dirección. El alcalde de Moscú, Gavriil Popov, está decidido a fundar «una empresa autónoma de televisión para la región de Moscú». La TV del San Petersburgo, que posee el más alto índice de popularidad en el territorio de la ex URSS, ya se ha independizado de Moscú. Cada mes aumenta el número de estudios de TV privados en Rusia.

En marzo de 1992, la compañía OST permanecía cerrada a las emisiones de los estudios de Estados independientes a los que Moscú, desde hace decenios, transmite los programas de su primer canal durante las 24 horas del día. Ucrania ha respondido desconectando casi por completo

dicho canal. Por esas mismas fechas, en marzo, Hungría puso fin a la retransmisión de los programas de Moscú. Los presidentes de Bulgaria y Checoslovaquia, Zhélev y Havel, se pronunciaron también en contra de la retransmisión completa y unilateral de las emisiones de Moscú, y propusieron la creación de un sistema integrado de información en Europa Oriental, con el nombre de Expreso del Este.

En las repúblicas de Europa Central los programas televisivos de Moscú serán desplazados en un futuro próximo por los de Turquía. Los correspondientes acuerdos ya han sido firmados al más alto nivel. Se están realizando emisiones de prueba de Ankara para Azerbaidzhán y Uzbekistán. Turquía ha prometido que, si estos jóvenes Estados musulmanes pasan del alfabeto cirílico al latín, les prestará amplio concurso para el reequipamiento y modernización de sus imprentas.

En marzo de 1992, incluso Bielorrusia se negó oficialmente a financiar los programas de Moscú mientras no tuviera participación en las emisiones. A juzgar por todo, los principales patrocinadores de la TV de Moscú serán propietarios de redes de cable de EE.UU., Canadá, Israel, Alemania y otros países, que están dispuestos a retransmitir por entero vía satélite las emisiones del canal Ostánkino, para las diásporas rusa, ucraniana y hebrea.